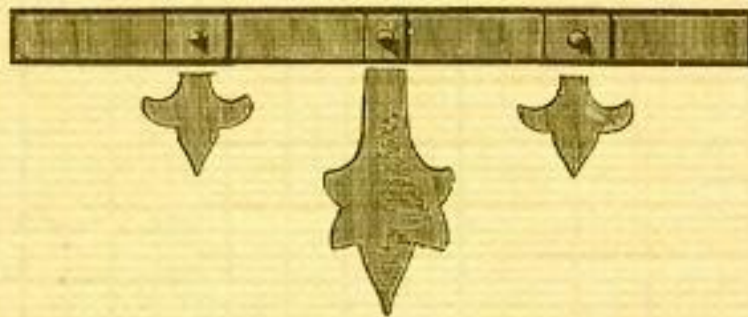




La Guerra de Mearth

Las crónicas de
Thomas Covenant el Incrédulo
LIBRO II

STEPHEN R. DONALDSON



Thomas Covenant se autodenominaba «El Incrédulo» porque ni aún en su segunda visita al Reino pudo descuidar las precauciones que necesita un leproso para sobrevivir. Aquí, en el planeta Tierra, una cantante de cabaret había pedido después de su actuación un aplauso para él, que se hallaba entre el público, llamándole Berek Mediamano. Poco después, ya en su casa, Covenant se desvaneció e inició su segunda visita al Reino. Y se encontró en una reunión del Consejo de los Amos que había apelado desesperadamente a él y a la magia legendaria del oro blanco, porque el Amo Execrable estaba en posesión de Illearth, la «Piedra de la Mala Tierra». Y empezaron a luchar contra el mal antes de que éste se posesionara de sus días.

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

La guerra de Illearth

Las crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo II

ePub r1.0

AINoah 10.09.13

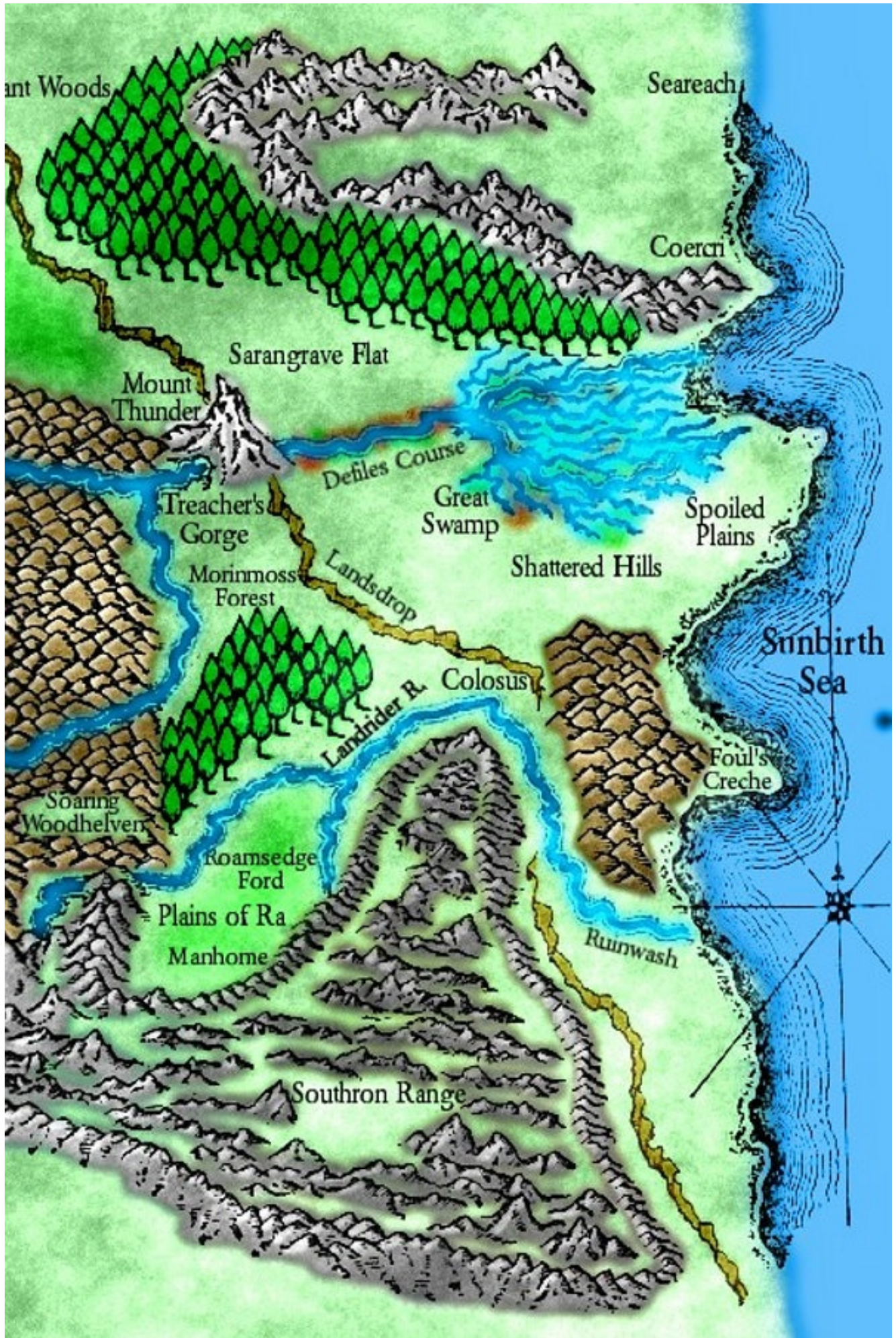
Título original: *The Illearth War*
Stephen R. Donaldson, 1977
Traducción: Jordi Fibla
Diseño de portada: rosmar71

Editor digital: AlNoah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para el doctor en Medicina James R. Donaldson,
cuya vida expresó compasión y responsabilidad
más elocuentemente que cualquier palabra.





Aquella belleza, y aquella verdad pasarán sin dejar rastro

LO QUE SUCEDIÓ ANTES

Thomas Covenant es un escritor de éxito, satisfecho de sí mismo, hasta que una infección, que al principio le pasa desapercibida, reviste tal gravedad que deben amputarle dos dedos. Entonces su médico le dice que ha contraído la lepra. Logran detener el curso de la enfermedad en una leprosería, pero cuando regresa a su hogar se encuentra convertido en un paria. Su esposa le ha abandonado y el miedo, avivado por la ignorancia, hace que todos sus vecinos le eviten. Así se convierte en un ser solitario y angustiado.

Tratando de imponerse a la situación, va a la ciudad. Allí, tras haber hablado con un extraño mendigo, cae al suelo ante el morro de un coche patrulla. Sufre una absoluta desorientación y de repente, se encuentra en un mundo extraño donde la voz maligna del Amo Execrable le da un irónico mensaje de condenación para los Amos del Reino. Después una muchacha llamada Lena lo conduce a su hogar, donde lo tratan como al héroe legendario Berek Mediamano, y descubre que su alianza matrimonial de oro blanco es un talismán de gran poder en el Reino.

Lena le aplica un barro llamado marga antilesiones, que parece curar su lepra. Las sensaciones de la curación le hacen perder el control de sí mismo y viola a Lena. A pesar de ello, Atiaran, la madre de la muchacha accede a acompañarlo hasta Piedra Deleitosa, pues el mensaje de Covenant es más importante que el odio que siente hacia él. Atiaran le habla de la antigua guerra entre los Amos de otro tiempo y el Execrable, cuyas consecuencias fueron milenios de desolación para el Reino.

Covenant no puede aceptar la existencia del Reino, donde hay demasiada belleza y donde la piedra y la madera están sometidas al poder de la magia. Se convierte así en el Incrédulo, porque no se atreve a descuidar la atenta disciplina que un leproso necesita para sobrevivir. Para él, el Reino es una fuga de la realidad emprendida por su mente, lesionada y quizá delirante.

En el río Aliviaalmas, un amistoso gigante admite a Covenant en su embarcación y lo lleva hasta Piedra Deleitosa, donde se reúnen los Amos. Éstos le aceptan como uno de ellos, llamándole ur-Amo. Pero el mensaje del Amo Execrable que les transmite les causa preocupación. Si Lombrizderoca Babeante —un Ente de la Cueva, maligno— posee el Bastón de la Ley, de suprema potencia, su situación es realmente peligrosa. Ya no tienen los poderes de los Antiguos Amos a quienes venció el Execrable. Sólo disponen de la primera de las Siete Alas del Antiguo Amo Kevin, y sólo comprenden parcialmente esa ciencia.

Deciden entonces ir en busca del Bastón, en posesión del Babeante que habita en las cavernas bajo el Monte Trueno. Covenant los acompaña y sufre con ellos los ataques de los esbirros del Amo Execrable. Se dirigen hacia el sur, hacia las llanuras de Ra, donde los hombres Ra sirven a los ranyhyn, los grandes caballos libres. Allí los ranyhyn se inclinan ante el poder del anillo de Covenant. Como compensación a su acto contra Lena, ordena que un caballo vaya a verla cada año para hacer lo que ella disponga.

Luego los Amos cabalgan hacia el Monte Trueno. Allí, tras muchos encuentros con criaturas malignas y una tétrica magia, se enfrentan al Babeante. El Amo Superior Prothall lucha con él y le arrebató el Bastón. Huyen de las catacumbas cuando Covenant logra usar el poder de su anillo... aunque sin saber cómo lo ha conseguido.

Mientras los Amos huyen, Covenant comienza a desvanecerse...

Éste es un breve resumen de La ruina del Amo Execrable, la primera crónica de Thomas Covenant, el Incrédulo.

Primera parte
PIEDRA DELEITOSA



«LOS SUEÑOS DE LOS HOMBRES»



uando Thomas Covenant llegó a su casa, su angustia por lo que le había sucedido era ya intolerable.

Al abrir la puerta se halló de nuevo ante el orden perfecto de su sala de estar. Todo continuaba donde lo había dejado, como si nada hubiera sucedido, como si no hubiera pasado las últimas cuatro horas en estado de coma o en otro mundo donde su enfermedad había sido anulada, por increíble que pareciera. Tenía los dedos de manos y pies insensibles y fríos; sus nervios estaban muertos. Aquello jamás podría cambiar. Su sala de estar, al igual que todas las habitaciones de la casa, estaba organizada, alfombrada y acolchada de tal forma que le permitiera al menos sentirse a salvo del peligro de golpes, cortes, quemaduras y magulladuras que podrían lesionarle mortalmente, ya que no podía sentir el dolor. Allí, encima de la mesita de centro, ante el sofá, estaba el libro que había estado leyendo el día anterior. Mientras lo leía se había esforzado por reunir valor para arriesgarse a ir a la ciudad. El libro todavía estaba abierto por una página cuyo significado era para él totalmente distinto que cuatro horas antes. Decía: «... modelar la incoherente y vertiginosa materia de que se componen los sueños es la tarea más difícil que un hombre puede emprender...». Y en otra página leyó: «... los sueños de los hombres pertenecen a Dios...».

No podía soportarlo.

Estaba tan fatigado como si realmente hubiera colaborado en la búsqueda del Bastón de la Ley..., como si hubiera sobrevivido a una tremenda experiencia en las catacumbas y en el flanco de la montaña, y desempeñado involuntariamente un papel en la lucha para arrebatarse el Bastón al frenético sirviente del Amo Execrable. Pero Covenant consideraba suicida creer que tales cosas habían sucedido, que podían suceder. Eran imposibles, como la sensación de salud que había experimentado mientras los acontecimientos ocurrían a su alrededor o dentro de él. Su supervivencia dependía de su negativa a aceptar lo imposible.

Como estaba cansado y no tenía ningún otro refugio, se acostó y durmió profundamente, sin soñar.

Posteriormente su vida cotidiana fue transcurriendo sumida en una especie de somnolencia. Pasaron dos semanas. Covenant hubiera sido incapaz de decir con qué frecuencia sonó el teléfono, cuántas llamadas anónimas le amenazaron, zahirieron o insultaron por haberse atrevido a ir a la ciudad. Rodeó su mente de una capa de indiferencia, semejante a un grueso vendaje, y ni hizo ni pensó nada. Olvidó tomar su

medicación y descuidó la OVE, la «observación visual continua de extremidades», una disciplina de inspección constante de su cuerpo de la que, según le habían dicho los médicos que se la enseñaron, dependía su vida. Pasaba la mayor parte del tiempo en cama, y cuando no estaba acostado seguía soñoliento. Al deambular por la casa rozaba repetidamente los dedos con los bordes de las mesas, los marcos de las puertas, los respaldos de las sillas y los accesorios domésticos; parecía como si tratara de limpiarse algo de las manos.

Era como si se hubiera ocultado, como si hubiera puesto sus emociones en hibernación o el pánico las hubiera paralizado. Pero las alas de buitre de su dilema personal batían el aire buscándole incesantemente. Aumentó el tono acre y violento de las anónimas llamadas telefónicas. Su falta de reacción era un acicate para quienes las hacían, espoleaba su hostilidad. Y en lo más profundo de su sopor algo comenzó a cambiar. Cada vez con más frecuencia se despertaba con la débil convicción de que había soñado algo que no podía recordar, ni se atrevía a intentarlo.

Al finalizar aquellas dos semanas, vio de repente con plena claridad su situación: vio su sueño por primera vez. Había una pequeña fogata, unas pequeñas llamas sin localización ni contexto, pero de algún modo puras y absolutas. Mientras las contemplaba fueron agrandándose, se transformaron en una gran hoguera, en una conflagración. Y él alimentaba aquel fuego con papeles... Eran las páginas de sus escritos, la novela publicada que había tenido tanto éxito y la nueva novela en la que estaba trabajando cuando fue descubierta su enfermedad.

Aquello era un hecho: había quemado ambas obras. Tras saber que era un leproso, después de que su esposa, Joan, se hubiera divorciado de él llevándose a su hijito, Roger, de la finca; tras pasar seis meses en la leprosería, sus libros le habían parecido tan insensatos, de una suficiencia tan injustificable, tan destructivos para él, que los había quemado tras renunciar a volver a escribir.

Pero ahora, al contemplar, al soñar con aquel fuego, sintió por primera vez el pesar y el horror de ver destruida la obra que había creado. En aquel momento despertó y se incorporó en la cama, con los ojos muy abiertos y sudoroso... Todavía podía oír el crepitar de las voraces llamas.

Los establos de Joan se estaban quemando. Hacía meses que Covenant no visitaba el lugar donde en otro tiempo su esposa albergaba los caballos, pero sabía que no contenía nada que hubiera podido provocar el incendio. Era un acto vandálico, de venganza. Lo que había tras de aquellas llamadas telefónicas.

La madera seca ardía con furia, y sus pavesas se desvanecían en el negro abismo de la noche. Entonces Covenant vio en aquel incendio la Fustaria Alta envuelta en llamas. Podía oler con la memoria la muerte abrasadora del pueblo arbóreo. Se vio a sí mismo matando a los Entes de la Cueva, incinerándolos con la energía imposible que parecía surgir del oro blanco de su alianza matrimonial.

¡Era increíble!

Huyó del fuego, entró precipitadamente en la casa y encendió las luces, como si unas simples bombillas eléctricas fueran su única protección contra la locura y la confusión.

Abrumado por todas aquellas cosas, recorrió lentamente la sala de estar de un lado a otro, recordando lo que le había sucedido.

¡Era un leproso, un paria impuro! Y se había atrevido a ir a la ciudad desde Haven Farm, donde vivía, para pagar personalmente la factura del teléfono, en un acto de afirmación como ser humano contra la hostilidad, la animadversión y la falsa caridad de sus conciudadanos. Y cuando regresaba había caído en medio de la calzada, ante el morro de un coche patrulla de la policía...

No supo si el coche le había atropellado o no. Al instante tuvo conciencia de que se hallaba en otro mundo. Era imposible que existiera un lugar como aquel y, de existir realmente, era imposible que él pudiera trasladarse hasta allí..., hasta el lugar donde los leprosos recobraban la salud. Lo llamaban «el Reino», y allí le habían tratado como a un héroe debido a su parecido con Berek Mediamano, el legendario Padre Fundador..., y gracias a su anillo de oro blanco. Pero no era un héroe. No había perdido dos dedos de su mano derecha en combate, sino en el quirófano. Se los habían amputado a causa de la gangrena que ya le había acometido cuando descubrieron su enfermedad. Y aquel anillo se lo había dado una mujer que lo había abandonado porque era un leproso. Lo que le atribuían en el Reino no tenía nada de cierto. Y como se hallaba en una posición falsa, se había conducido con una sutil infidelidad que ahora le hacía estremecerse.

Desde luego, ninguna de aquellas personas había merecido que él se comportara como lo hizo. Ni los Amos, guardianes de la salud y la belleza del Reino, ni Corazón Salado Vasallodelmar, el gigante que se hizo amigo suyo, ni Atiaran de Trell, que le había guiado para que llegara sano y salvo a Piedra Deleitosa, la ciudad en la montaña donde vivían los Amos... ni tampoco, ¡oh, no!, su hija Lena, a la que él había violado.

«¡Lena!», exclamó involuntariamente, golpeándose los costados con sus dedos insensibles mientras deambulaba por la estancia. «¿Cómo pude hacerte una cosa así?».

Pero sabía cómo había ocurrido. La salud que le proporcionó el Reino le había cogido por sorpresa. Tras meses de impotencia y furor reprimido, no estaba preparado para la repentina afloración de su vitalidad, y aquella vitalidad tuvo también otras consecuencias. Le sedujo para prestar al Reino una cooperación condicional, aunque sabía que lo que le estaba ocurriendo era imposible, un sueño. Gracias a aquella salud, llevó a los Amos de Piedra Deleitosa un mensaje de condenación que le había dado el peor enemigo del Reino, el Amo Execrable, el Despreciativo. Luego

acompañó a los Amos en su Búsqueda del Bastón de la Ley, el mágico bastón de Berek que perdiera el Amo Superior Kevin, último de los Antiguos Amos, en su batalla contra el Despreciativo. Los Amos consideraban que aquel arma era la única esperanza contra su enemigo. Y él, Covenant, sin convencimiento y sin fe, les había ayudado a reconquistarlo.

Luego, casi inmediatamente, se encontró en la cama de un hospital de la ciudad. Sólo habían transcurrido cuatro horas desde que se produjo su accidente. Seguía padeciendo la lepra. Dado que no se habían producido lesiones, los médicos le dieron de alta y regresó a su casa de Haven Farm.

Y ahora había salido de la somnolencia y paseaba por su casa iluminada, como si fuera un centro de calma en un huracán nocturno de oscuridad y caos. ¡Engaño! Había sido engañado. La mera idea del Reino le enfurecía. Era imposible que los leprosos recobraran la salud, y aquélla era la ley que regía su vida. Los nervios no se regeneran, y sin el sentido del tacto no hay defensa alguna contra las lesiones, la infección, el desmembramiento y la muerte..., ninguna defensa excepto la exigente ley que había aprendido en la leprosería. Allí, los doctores le habían enseñado que su enfermedad era el hecho definitivo de su existencia, y que si no se entregaba plenamente a su protección, poniendo en ello los sentidos que conservaba indemnes, se deslizaría sin remedio por una pendiente que le llevaría a la invalidez y a la putrefacción antes de que llegara su horrible final.

Aquella ley tenía una lógica que ahora parecía más infalible que nunca. Le había seducido un engaño, un espejismo, y los resultados eran devastadores.

Hacia ya dos semanas que Covenant había descuidado por completo las precauciones necesarias para su supervivencia, había dejado de tomar los medicamentos, abandonado la OVE y cualquier otro ejercicio, y ni siquiera se había afeitado durante aquel tiempo.

Sintió un vertiginoso acceso de náusea. Mientras revisaba su estado, temblaba sin poder contenerse.

Sin embargo, no descubrió nada alarmante en su cuerpo. Parecía difícil que después de aquel prolongado descuido no hubiera sufrido alguna lesión, por pequeña que fuera, pero lo cierto era que su piel no mostraba rasguños, quemaduras, contusiones ni una sola de las fatales manchas purpúreas que indicarían una recaída de la lepra.

Jadeando como si acabara de salir indemne tras una inmersión en un mar de horror, se dispuso a esforzarse para recobrar la normalidad de su vida.

Lo primero que hizo fue tomar apresuradamente una gran dosis de su medicamento, el DDS, diamino-difenil-sulfona. Luego se dirigió al cuarto de baño, encendió los blancos fluorescentes y afiló su vieja navaja de afeitar, aplicándola seguidamente a la garganta.

Afeitarse así, cogiendo la hoja con los tres únicos dedos de su mano derecha, era un ritual personal que se había impuesto para disciplinar y mortificar su desbocada imaginación. Le serenaba casi a pesar de sí mismo. El peligro que representaba aquella hoja afilada que sujetaba de modo tan precario, le ayudaba a concentrarse, a desembarazarse de falsos sueños y esperanzas, que eran la atrayente y suicida progenie de su mente. Las consecuencias de un movimiento equivocado estaban grabadas a fuego en su cerebro. No podía ignorar la ley de su lepra cuando era tan fácil que se lesionara, produciéndose una herida que podría reavivar la putrefacción latente de sus nervios, causarle infección y ceguera, roerle la carne del rostro hasta darle un aspecto tan horrible que su contemplación pondría los pelos de punta.

Después de afeitarse la barba de dos semanas, se observó en el espejo. Era un hombre pálido y flaco, con la lepra oculta en el fondo de sus ojos, como un barcoapestado en un mar de hielo. Aquella visión le explicó en cierto modo el engaño que había sufrido. Había sido la acción de su subconsciente, la obra de una desesperación o cobardía ciega dimanante de un cerebro despojado de todo aquello que anteriormente había poseído un significado. La revulsión de sus congéneres le había enseñado a revolverse contra sí mismo, y el desprecio que se había infligido se enseñoreó de él mientras permaneció inconsciente tras su accidente con el coche de policía. Sabía qué nombre podía aplicar a aquel trastorno: era un deseo de muerte, y había impregnado su subconsciente porque su mente consciente se aferraba con tanta tenacidad a la supervivencia, tratando de evitar el desenlace de su enfermedad.

Pero ahora no estaba inconsciente, sino despierto, y tenía miedo.

Cuando al fin llegó el día, telefoneó a su abogado, Megan Román, una mujer que se ocupaba de sus contratos y asuntos financieros, y le contó lo ocurrido en los establos de Joan. Pudo percibir claramente la incomodidad de la abogada al otro lado de la línea.

—¿Qué desea que haga, señor Covenant?

—Pida a la policía que investigue. Averigüe quién ha sido el causante y asegúrese de que no vuelva a ocurrir.

La mujer permaneció en silencio durante un largo y tenso momento. Luego dijo:

—La policía no hará caso. Está usted en el territorio del sheriff Lytton, el cual no moverá un dedo por usted. Es uno de los que opinan que deberían expulsarle del condado. Hace mucho tiempo que es el sheriff local y protege por encima de todo «su» condado. Cree que es usted una amenaza. Entre nosotros, le diré que seguramente no tiene más humanidad de la necesaria para salir reelegido cada dos años. —La abogada hablaba rápidamente, como si quisiera impedir que Covenant le replicara o le hiciera alguna sugerencia—. No obstante, creo que lograré convencerle para que haga algo por usted. Si le amenazo, diciéndole que irá usted a la ciudad para poner una denuncia, lograré que adopte las medidas necesarias para que no se

reproduzca el incidente. Conoce este condado. Apostaría a que ya sabe quién prendió fuego a sus establos.

Los establos de Joan, pensó Covenant en silencio. A él no le gustaban los caballos.

—Puede evitar que esa gente haga algo más —añadió la mujer—, y lo hará... si le asusto lo suficiente.

Covenant le dio su conformidad. No parecía tener otra elección.

—A propósito —dijo ella—, algunas personas afincadas aquí han hecho gestiones a fin de encontrar alguna manera legal para obligarle a marcharse. La visita que usted hizo a la ciudad los ha trastornado. Les he dicho que es imposible... o al menos que van a tener tal cúmulo de problemas para lograr su objetivo, que no vale la pena intentarlo. Hasta ahora, creo que la mayoría de ellas me creen.

Covenant colgó el teléfono con un estremecimiento. Practicó una OVE completa, revisando su cuerpo de la cabeza a los pies en busca de señales de peligro. Luego volvió a la tarea de intentar recuperar todos sus hábitos de autoprotección.

Al cabo de una semana los progresos se hicieron notar. Deambulaba entre el orden impecable de su casa como un robot curiosamente consciente de la maquinaria alojada en su interior, buscando, pese a las funciones limitadas de su programación, una buena respuesta a la muerte. Y cuando salía de la casa, rebasaba los límites de la finca para recoger sus provisiones o caminaba durante horas enteras por los bosques, a lo largo del arroyo Righters, detrás de Haven Farm. Se movía con una precaución extrema, observando cada piedra, cada rama, olisqueando la brisa, como si sospechara que contenían algo maléfico.

Pero gradualmente empezó a mirar a su alrededor y, al hacerlo, vaciló un poco su determinación. Abril en los bosques..., los primeros signos de una primavera que debería parecerle hermosa. A veces, cuando estaba a punto de sucumbir a la euforia a que invitaba la naturaleza exultante, una sombra de aflicción se cernía sobre él. En aquellos momentos inesperados recordaba la primavera en el Reino. En comparación con aquel lugar paradisíaco, donde la misma salud de la savia y los retoños era visible, palpable, discernible por el tacto, el aroma y el sonido, los bosques por donde ahora caminaba parecían tristemente débiles. Los árboles, la hierba y las colinas le parecían insípidos, su belleza carecía de fuerza. Sólo podían recordarle a Andelain y el sabor de la *aliantha*.

Entonces otros recuerdos empezaban a perturbarle. Durante varios días no pudo apartar de su pensamiento a la mujer que murió por él en la batalla de la Fustaria Alta. Ni siquiera sabía su nombre, y nunca le preguntó por qué había dedicado su vida a servirle. Era como Atiaran, Vasallodelmar y Lena; aceptó que Covenant tenía derecho a semejantes sacrificios.

Como Lena, en la que pocas veces soportaba pensar, aquella mujer le había hecho

sentirse avergonzado. Y a la vergüenza se unía la cólera, la vieja y convencional cólera del leproso, de la que tanto dependía su resistencia. «¡Pero qué diablos!», se decía furioso. No tenían derecho. ¡No tenían derecho! Entonces la inutilidad de su ira recaía en él, y se veía obligado a recitarse a sí mismo, como si leyera el catecismo de su dolencia: la futilidad es la característica definitoria de la vida. El dolor es la prueba de la existencia. En la adversidad de su soledad moral, no tenía otras respuestas.

En ocasiones así, hallaba un amargo consuelo pensando en los experimentos psicológicos en que se impedía a un sujeto toda aportación sensorial, se le cegaba, ensordecía, silenciaba e inmovilizaba y, como resultado, comenzaba a experimentar las más horrendas alucinaciones. Si hombres y mujeres conscientes podían ser dejados así a merced de su propio caos interno, sin duda un abyecto leproso en estado de coma podía tener un sueño que era peor que el caos, un sueño diseñado específicamente por su propia mente para volverle loco. Al menos lo que le había sucedido no rebasaba del todo la comprensión.

Así pues, de un modo u otro, había sobrevivido día tras día durante casi tres semanas después del incendio de los establos. A veces era casi consciente de que la tensión no resuelta en su interior iba incrementándose y avanzando hacia la producción de una crisis, pero él reprimía una y otra vez ese conocimiento, ahogaba la idea con su ira. No creía que pudiera soportar otra experiencia tan terrible; le había sido muy difícil resistir mal que bien la primera.

Pero incluso el vitriolo concentrado de su cólera no era lo bastante potente para protegerle indefinidamente. Un jueves por la mañana, cuando se miraba en el espejo para afeitarse, la crisis estalló de repente en su interior, y su mano empezó a temblar tanto que tuvo que dejar caer la navaja en el lavabo para no seccionarse la yugular.

Los acontecimientos en el Reino no habían terminado. Al reconquistar el Bastón de la Ley, los Amos habían hecho exactamente lo que el Amo Execrable quería que hicieran. Aquél no era más que el primer paso en las maquinaciones del Execrable, las cuales se habían iniciado cuando convocó en el Reino al anillo de oro blanco de Covenant. No cejaría hasta haber logrado el poder de vida y muerte sobre toda la Tierra. Y para ello el Execrable necesitaba la magia impetuosa del oro blanco.

Covenant se miró desesperado en el espejo, tratando de conservar el asidero en su propia realidad. Pero no vio nada en sus ojos que pudiera defenderle. Había sido engañado una vez. Podía suceder de nuevo.

«¿De nuevo?», gritó en un tono tan triste que parecía el lamento de un niño abandonado. ¿Otra vez? No podía comprender lo que le había sucedido durante el primer engaño. ¿Cómo podría resistir otro?

Estaba a punto de llamar a los médicos de la leprosería —¡recurrir a ellos para rogarles, como un mendigo!— cuando recobró algo de su intransigencia de leproso. No habría sobrevivido tanto de no haber poseído una especie de capacidad

fundamental para rechazar la derrota, y aun la desesperación, y esa capacidad le detuvo ahora. ¿Cómo podían creer los médicos lo que ni él mismo creía?

Las gentes del Reino le habían llamado el Incrédulo. Ahora comprendía que debería ganarse ese título tanto si el Reino existía de veras como si no. Y durante los dos días siguientes se esforzó por ganárselo con una inflexibilidad pareja al valor de que era capaz. Sólo cedió en una cosa: ya que sus manos temblaban tanto, se afeitó con una maquinilla eléctrica, apretándola con fuerza contra la cara, como si tratara de remodelar sus facciones. Aparte de eso, no hizo la menor concesión. Por la noche, el corazón le latía con tanta fuerza que no podía conciliar el sueño, pero él apretaba los dientes y soportaba el insomnio. Estableció entre él y el engaño una muralla de DDS y OVE, y cada vez que el engaño amenazaba con abrir una brecha en sus defensas, lo hacía retroceder con maldiciones.

Llegó la mañana del sábado, y todavía le era imposible controlar el temor que hacía temblar sus manos.

Entonces, finalmente, decidió arriesgarse y mezclarse una vez más con sus conciudadanos. Necesitaba su realidad, su afirmación de la realidad que él comprendía, incluso la repulsión que sentían hacia su enfermedad. No conocía otro antídoto contra el engaño; ya no podía hacer frente a su dilema solo.

II

MEDIAMANO



ovenant ya había tomado la decisión de ir a la ciudad, pero le atemorizaba mucho y decidió esperar hasta la noche. Dedicó la mayor parte del día a limpiar su casa, como si no esperase regresar a ella. Luego, a última hora de la tarde, se afeitó con la maquinilla eléctrica y se duchó despaciosamente. Tuvo la prudencia de embutirse unos recios pantalones tejanos y calzarse con fuertes botas, pero sobre la camiseta se puso una elegante camisa, corbata y una chaqueta deportiva, de modo que no se metieran con él por la informalidad de los pantalones y las botas. No solía llevar billetero, porque apenas lo utilizaba, pero esta vez se lo colocó en el bolsillo de la chaqueta, y se metió un pequeño y afilado cortaplumas en un bolsillo de los pantalones. Siempre llevaba consigo aquella navajita, por si perdía su concentración defensiva: necesitaba algo peligroso que le ayudara a concentrarse de nuevo. Finalmente, cuando el sol comenzó a descender, bajó por el largo sendero de la finca hasta la carretera, donde se dispuso a hacer autostop. No quería ir a la ciudad más próxima.

La primera población en sentido contrario se encontraba a dieciséis kilómetros de Haven Farm, y era mayor que la ciudad donde había sufrido el accidente. Iría allí porque era menos probable que lo reconocieran. Pero lo primero de todo era lograr que lo recogieran antes de que algún motorista de la zona pudiera reconocerlo, en cuyo caso tendría problemas desde el principio.

Durante los primeros minutos pasaron tres coches sin detenerse. Los conductores le miraban al pasar como si fuera un tipo extravagante e inofensivo, pero ninguno aminoró la velocidad. Luego, cuando desaparecieron los últimos rayos del sol y empezó a oscurecer, apareció un gran camión. Covenant le hizo la seña con el pulgar y el camión avanzó lentamente hasta detenerse después de rebasarlo, con un fuerte siseo de frenos neumáticos. Covenant subió al estribo y el conductor le hizo un gesto para que entrara en la cabina.

El hombre mordisqueaba una negra colilla de cigarro puro, y la atmósfera de la cabina estaba llena de humo. Pero a través de aquella neblina, Covenant pudo distinguir que el hombre era grande y corpulento, con el vientre abultado, y que su enorme brazo movía el volante como si fuera un pistón, haciendo girar fácilmente al vehículo. Aquél era su único brazo; tenía vacía la manga izquierda, sujeta al hombro con un imperdible. Covenant comprendió que estaba mutilado, y sintió simpatía por él.

—¿Adónde va, amigo? —le preguntó el hombre en tono amable.

Covenant se lo dijo.

—No hay problema —le respondió, disipando así la duda que Covenant había dejado traslucir en su voz—. Voy precisamente allí.

Mientras gemía el dispositivo de la transmisión automática, el conductor escupió lo que le quedaba del puro por la ventanilla y soltó el volante para quitar la funda de un nuevo cigarro y encenderlo. Mientras tuvo la mano atareada, sujetó el volante con el vientre. La luz del tablero de instrumentos no permitía verle el rostro, pero el brillo del cigarro cada vez que inhalaba iluminaba unos rasgos macizos. Bajo aquella luz rojiza su rostro parecía compuesto por pedruscos.

Una vez encendido el cigarro, el conductor depositó el brazo sobre el volante, como una esfinge, y empezó a hablar de repente. Algo parecía danzarle en la cabeza.

—¿Vive usted por aquí?

—Sí —dijo evasivamente Covenant.

—¿Desde cuándo? ¿Conoce a la gente?

—Hasta cierto punto.

—¿Conoce a ese leproso... ese Thomas no sé qué... Thomas Covenant?

Covenant se estremeció en la oscuridad de la cabina. Para disimular su inquietud, cambió de posición en el asiento.

—¿Qué interés tiene usted por ese hombre? —le preguntó torpemente.

—¿Yo? No tengo ningún interés. Estoy de paso..., voy con mi panza allá donde me ofrecen una carga para transportar. Mire, nunca había estado por aquí. Pero en la fonda donde comí, en la ciudad, oí hablar de ese tipo. Así que fui y le pregunté a la chavala del mostrador, y ella se puso a hablar por los codos. No hice más que una pregunta... y estuve a punto de devolver la primera papilla. ¿Sabe usted qué es un leproso?

Covenant se sintió violento.

—En cierto modo.

—Pues mire, es una cosa asquerosa. Mi mujer siempre lee cosas de ésas en la Biblia. Mendigos sucios. Contaminados. No sabía que existiera esa clase de degenerados en América. Pero a eso estamos llegando. ¿Sabe lo que pienso?

—¿Qué piensa usted? —le preguntó Covenant con un hilo de voz.

—Pues que los leprosos deberían dejar en paz a la gente decente, como aquella chica del mostrador. Una buena chica, aunque hable como una cotorra, pero casi está fuera de sus cabales por culpa de un enfermo asqueroso. Ese tipo, Covenant, debería dejar de pensar en sí mismo. Los demás no necesitan esa clase de provocación. Debería juntarse con los otros leprosos, permanecer alejado y dejar en paz a la gente decente. Hay que ser muy egoísta para esperar que la gente normal como usted y yo podamos aguantar eso. ¿Comprende lo que quiero decir?

El humo de tabaco en el interior de la cabina era espeso como incienso, y Covenant se sentía un poco mareado. Seguía moviéndose en su asiento, como si la falsedad de su posición le impidiera encontrar una postura adecuada. Pero la charla y su vaga sensación de vértigo le hicieron sentirse vengativo. Por un momento, olvidó la simpatía que aquel hombre le había inspirado al principio. Empezó a dar vueltas, nerviosamente, a la alianza matrimonial en su dedo. Cuando se aproximaban a la entrada de la ciudad, se volvió hacia el conductor.

—Oiga —le dijo—, voy a un club nocturno... Está un poco más allá, en la misma carretera. ¿Quiere tomar una copa conmigo?

El conductor aceptó la invitación sin vacilar.

—De acuerdo, amigo. Nunca digo que no cuando me ofrecen un trago gratis.

Aún faltaba un buen trecho para llegar al club nocturno y tenían que detenerse ante varios semáforos. Para llenar el silencio y satisfacer su curiosidad, Covenant le preguntó al conductor cómo había perdido el brazo.

—Fue durante la guerra. —Detuvo el vehículo ante un semáforo mientras se llevaba el cigarro a los labios y sujetaba el volante con la barriga—. Iba de patrulla y tropezamos con una mina enemiga. Voló el pelotón entero. Tuve que regresar al campamento arrastrándome. Tardé dos días... Me desquicié un poco, ¿comprende lo que quiero decir? No siempre sabía lo que estaba haciendo. Cuando me atendió el médico ya era demasiado tarde para salvarme el brazo. Pero ¡qué diablos!, no lo necesito. Hasta mi mujer dice que no me hace falta... y a estas alturas ya debe saber por qué lo dice. —Soltó una risita y añadió—: Para eso no se necesitan dos brazos.

—¿Tuvo algún problema al solicitar el permiso para conducir este trasto? —le preguntó Covenant en tono ingenuo.

—¿Está de broma? —replicó el conductor sin quitarse el cigarro de la boca—. Puedo conducir este camioncito con la barriga mejor que usted con cuatro brazos y sobrio. —Sonrió satisfecho de su sentido del humor.

La jovialidad del conductor conmovió a Covenant. Lamentaba ya su duplicidad, pero la vergüenza continuaba presente y también la cólera que la acompañaba... Era el reflejo condicionado del leproso. Cuando el camión quedó estacionado detrás del club nocturno, Covenant abrió la portezuela y saltó al suelo como si tuviera prisa por alejarse de su compañero.

Como había viajado en la oscuridad, no reparó en que la distancia entre la cabina y el suelo era considerable. Le sacudió un ramalazo de vértigo. Aterrizó torpemente y casi perdió el equilibrio. No sintió nada en los pies, pero el encontronazo añadió una nueva pulsación al dolor de sus tobillos.

Tras aquel momento de vértigo, oyó la voz del conductor:

—¿Sabe? Por un momento pensé que se me había adelantado para empinar el codo.

Para evitar la mirada inflexible e inquisitiva del hombre, Covenant se encaminó en seguida hacia la entrada del club.

Al doblar la esquina, Covenant casi tropezó con un viejo desastrado que llevaba gafas negras. El viejo estaba de pie, de espaldas al edificio, con una abollada taza metálica en la mano extendida hacia los transeúntes, cuyos movimientos seguía guiado por el ruido que hacían. Mantenía la cabeza alta, pero el delgado cuello le temblaba levemente. Entonaba «Seguridad bendita» como si fuera un canto fúnebre. Sostenía bajo un brazo un bastón con la punta blanca. Covenant viró para apartarse de él, pero el viejo movió la taza lentamente en su dirección.

Covenant recelaba de los mendigos. Recordaba al andrajoso fanático que se había acercado a él como una introducción o preparación poco antes de que se iniciara su engaño. Aquel recuerdo le hizo percibir una súbita tensión en la noche. Se aproximó al ciego y escrutó su rostro.

La melodía del mendigo no cambió de tono, pero orientó una de sus orejas hacia Covenant y le puso su taza en el pecho.

El conductor del camión se detuvo detrás de Covenant.

—Diablos —gruñó—, son una plaga. Es como una enfermedad. Vamos. Me ha prometido un trago.

A la luz de la farola, Covenant pudo ver que aquél no era el mendigo fanático que encontró en otra ocasión, pero aun así la ceguera del hombre le impresionaba. Se llevó la mano a la cartera, sacó un billete de veinte dólares y lo introdujo en la taza.

—¡Veinte machacantes! —exclamó el conductor—. ¿Está usted ido o qué le pasa? No necesita un trago, amigo, sino un loquero.

Sin interrumpir su canción, el ciego extendió una mano sarmentosa, arrugó el billete y lo escondió en algún lugar entre sus harapos. Luego se volvió y empezó a alejarse, orientándose al palpar la acera con su bastón. Seguía cantando, y Covenant entendió algunas de sus palabras: «un goce anticipado de gloria divina».

Covenant vio desvanecerse en la noche la espalda del anciano, y luego se volvió hacia su compañero. El conductor era bastante más alto que Covenant, y la mole de su cuerpo descansaba sobre piernas macizas como columnas. El cigarro brillaba en sus labios como un ojo de Lombrizderoca Babeante.

Recordó al Babeante. El Ente de la Cueva era un sirviente o un peón del Amo Execrable, una criatura enloquecida. Encontró el Bastón de la Ley y fue destruido por él o a causa de él. Su muerte había liberado a Covenant del Reino.

Covenant tocó con un dedo insensible el pecho del conductor, en un vano intento de comprobar su realidad por medio del tacto.

—Oiga —le dijo—. Le he dicho en serio que le invitaba a una copa. Pero debo decirle una cosa... —Tragó saliva e hizo un esfuerzo para pronunciar las palabras—: Soy Thomas Covenant, ese leproso.

El hombre soltó un bufido.

—Claro, hombre. Y yo soy Jesucristo. Si ha despilfarrado su pasta, dígalo claramente, pero no me venga con el cuento del leproso. Usted está algo tocado, eso es todo.

Covenant miró al hombre con el ceño fruncido. Luego le dijo resueltamente:

—Bueno, en cualquier caso, no estoy arruinado. Todavía no. Vamos adentro.

Entraron juntos en el club nocturno. Se llamaba «La Puerta». En consonancia con su nombre, el establecimiento tenía una gran puerta de hierro que era como el portal de acceso al Hades. Una débil luz verde hacía resaltar la puerta, pero en el centro había un cartel de gran tamaño iluminado por una luz blanca, con las palabras:

Definitivamente, última actuación.

La cantante más sensacional aparecida en los últimos tiempos en América

SUSIE THURSTON

Una fotografía adjunta trataba de mostrar atractiva a Susie Thurston, pero con el tiempo los brillantes colores de la foto se habían deslucido hasta adquirir un ambiguo tono gris.

Covenant realizó una somera OVE, imploró a su valor que no le abandonara y entró en el club nocturno, reteniendo el aliento como si entrara en el primer círculo del infierno.

El club estaba atestado de público. Había acudido mucha gente a la actuación de despedida de Susie Thurston. Covenant y su acompañante ocuparon los únicos asientos que pudieron encontrar ante una mesita cerca del escenario. La mesa estaba ya ocupada por un hombre de edad mediana con un traje que parecía muy usado. Algo en su manera de sostener el vaso sugería que llevaba ya algún tiempo bebiendo. Covenant le preguntó si podían compartir la mesa, pero el hombre no pareció enterarse. Miraba hacia el escenario con los ojos muy abiertos, hierático como un pájaro.

El conductor del camión hizo un gesto brusco, indicando que podían prescindir de la aquiescencia del caballero para sentarse. Dio la vuelta a una silla y se sentó a horcajadas, como si asegurase la carga de su vientre contra el respaldo de la silla. Covenant cogió la otra silla y se sentó lo más cerca de la mesita que pudo, para evitar el riesgo de que le golpeará alguien al pasar.

El hacinamiento de la gente, al que no estaba acostumbrado, le hizo sentir una dolorosa ansiedad. Permaneció inmóvil, encerrado en sí mismo. El temor que le producía su vulnerabilidad se reflejaba en la aceleración de su pulso. Trató de serenarse respirando hondo, como si resistiera un ataque de vértigo. Su vulnerabilidad se acentuaba al verse rodeado de gente desconocida, que no le prestaba atención.

Estaba corriendo un riesgo demasiado grande. Pero, aparentemente, él no era distinto de aquellas personas. Resistió el impulso de huir. Poco a poco se fue dando cuenta de que su acompañante esperaba que pidiera las bebidas.

Inseguro y sintiéndose vagamente enfermo, levantó el brazo y atrajo la atención del camarero. El conductor pidió un whisky doble con hielo. La aprensión paralizó por un instante la voz de Covenant, pero al fin pidió un gin-tonic. En seguida se arrepintió de haberlo hecho, pues el gin-tonic era la bebida favorita de Joan, pero no por eso solicitó otra cosa. Apenas pudo evitar un suspiro de alivio cuando el camarero se alejó.

Atenazado por la tensión, le pareció que servían las bebidas solicitadas con una celeridad casi milagrosa. Deslizándose alrededor de la mesa, el camarero depositó tres bebidas, entre ellas un vaso de algo que parecía alcohol puro para el hombre de mediana edad. El conductor alzó su vaso, bebió la mitad, hizo una mueca y murmuró: «Agua azucarada». El hombre hierático vació de un trago su vaso; su prominente nariz brincó al paso del alcohol.

En algún lugar de la mente de Covenant tomó forma la pregunta de si acabaría él pagando las consumiciones de los tres.

Probó a desgana el gin-tonic, y una ira repentina casi le hizo vomitar. El zumo de lima que contenía la bebida le recordó intensamente el sabor de la *alianta*. ¡Aquello era patético!, se dijo reconviniéndose a sí mismo. Como castigo, apuró el resto de la bebida e hizo una seña al camarero para que le sirviera otra. De súbito decidió emborracharse.

El camarero sirvió de nuevo tres bebidas. Covenant dirigió una mirada a sus compañeros de mesa. Luego los tres bebieron como si estuvieran participando tácitamente en un concurso.

El camionero se inclinó hacia adelante y, limpiándose la boca con el dorso de la mano, le dijo:

—Amigo, he de hacerte una advertencia. La pasta es tuya. Si me desafías a beber, te pondrás borracho como una cuba.

Covenant aprovechó la ocasión para hacer hablar al tercer hombre, o al menos intentarlo.

—Creo que nuestro amigo aquí presente va a durar más que nosotros dos.

—¿Qué? ¿Un tipejo como él? —El tono del camionero no era insultante, sino humorístico, con un claro ofrecimiento de camaradería—. Qué va. Ni hablar de eso.

Pero el hombre hierático no reconoció la existencia del camionero ni siquiera con un parpadeo, y siguió mirando fijamente el escenario como si fuera un abismo.

Durante un rato la lóbreguez de aquel hombre presidió la mesa. Covenant volvió a pedir otra ronda, y unos minutos después el camarero trajo las bebidas... tres vasos más. Esta vez, el camionero le detuvo. En un tono jocosos, como si asumiera la

responsabilidad de Covenant, señaló con el pulgar al hombre de edad mediana y dijo:

—Confío que sepa que no estamos pagando lo que bebe él.

—Claro que no —dijo hastiado el camarero—. Paga por anticipado y encarga previamente lo que va a consumir. —El desdén pareció endurecer sus facciones—. Viene aquí todas las noches sólo para contemplar a esa mujer y beber hasta quedarse ciego.

Entonces alguien hizo una seña al camarero, y éste se alejó.

El tercer hombre siguió en silencio. Lentamente, las luces se apagaron y un silencio expectante cayó como un sudario sobre la estancia atestada. Entonces, en medio de aquel silencio, el hombre hierático pronunció dos palabras con voz quebrada:

—Mi esposa.

Un foco iluminó el escenario, y el presentador del club salió de entre las bambalinas. Tras él, los músicos ocuparon sus asientos. Era una pequeña orquesta de música de baile, con atuendos informales.

El presentador sonrió de oreja a oreja e inició su pregón.

—Hoy me entristece presentarles a nuestra estrella, porque ésta es su última noche con nosotros... al menos por algún tiempo. Se va de aquí hacia lugares donde la gente famosa adquiere aún más fama. Aquí, en «La Puerta», no la olvidaremos fácilmente. Recuerden que éste es el primer lugar donde la han oído. Damas y caballeros, ¡la señorita Susie Thurston!

El círculo de luz iluminó a la cantante, que salió con un micrófono de mano. Llevaba un atuendo de cuero, una falda que dejaba al descubierto la mayor parte de las piernas y un chaleco con una orla sobre los senos, que acentuaba su movimiento. El cabello era rubio y corto, y los ojos oscuros estaban rodeados de profundos círculos, como moratones. Su figura era plena, apetecible, pero su rostro no concordaba con ella: parecía el de una niña abandonada. Con una voz pura y frágil, que hubiera sido adecuada para la súplica, cantó una serie de baladas de amor en tono desafiante, como si fueran canciones de protesta. Los aplausos después de cada número eran estruendosos, y el ruido hizo estremecerse a Covenant. Cuando finalizó la primera parte y Susie Thurston se retiró para descansar, Covenant estaba empapado en un sudor frío.

La ginebra no parecía afectarle, pero necesitaba alguna clase de ayuda. Obedeciendo a un impulso desesperado, alzó la mano para pedir otra ronda. La rápida llegada del camarero con las bebidas le tranquilizó.

Después de tragar su whisky escocés, el camionero acercó la cabeza a Covenant y, sin preocuparse lo más mínimo de que el otro pudiera oírle, comentó:

—Creo que ya comprendo lo que pretende ese cabrón.

El hombre hierático ignoraba por completo a sus compañeros de mesa.

—Mi esposa —repitió, en voz que parecía un triste graznido.

Covenant no quería que el camionero se refiriese de manera tan descarada a aquel hombre, pero antes de que pudiera desviar la conversación, su invitado añadió:

—Lo hace por despecho, eso es todo.

—¿Despecho? —preguntó Covenant sin poder evitarlo.

No comprendía qué tenía que ver el despecho con la situación de aquel hombre. Por lo que él podía deducir, su compañero de mesa —sin duda feliz o al menos sumisamente casado y sin hijos— había concebido una pasión sin esperanzas por la cantante de aspecto de niña abandonada. Esas cosas suceden con frecuencia. Dividido entre la fidelidad, que ahora le resultaba difícil, y la pasión que le era insoportable, sólo se le había ocurrido emborracharse día tras día hasta perder el sentido, mientras contemplaba a la causante de su problema, a la mujer a quien no podía ni debía poseer.

Con tales ideas acerca de su compañero de mesa, Covenant se sintió momentáneamente desorientado por el comentario del camionero. Pero el hombretón no tardó en ofrecerle una explicación.

—Naturalmente. ¿Creías acaso que es divertido ser un leproso? Está pensando en extender su dolencia, ¿comprendes lo que quiero decir? ¿Por qué ser el único? Eso es lo que piensa ese cabrón. Créeme, amigo. He descubierto sus intenciones. — Covenant contemplaba aquella cabeza inclinada sobre él, mientras le hablaba, con sus facciones que parecían toscamente talladas en piedra—. Lo que hace es ir por ahí, a sitios donde no le conocen, ocultando su condición, de modo que nadie sabe que está enfermo. Así es como extiende el mal. Al no saberlo, nadie toma precauciones, y de repente vamos a sufrir una epidemia, lo cual hará que Covenant se eche a reír como un loco. Es el despecho, te lo digo yo, créeme. No se te ocurra ir por ahí estrechando la mano si no conoces al tipo que te la ofrece.

—Mi esposa —gruñó débilmente el tercer hombre.

Covenant tocó su alianza matrimonial como si tuviera poder para protegerle.

—Puede que no se trate de eso, sino que simplemente necesite el contacto con los demás. ¿Nunca te sientes solo... conduciendo ese cacharro sin nadie a tu lado, hora tras hora? Quizá ese Thomas Covenant no puede soportar seguir viviendo sin ver otras caras de vez en cuando. ¿No has pensado en ello?

—Pues entonces que se reúna con los leprosos. ¿Por qué tiene que molestar a la gente decente? Piensa un poco.

¿Qué piense un poco?, estuvo a punto de gritar Covenant. ¡Por todos los diablos! ¿Qué creía aquel tipo que estaba haciendo? ¿Creía acaso que le gustaba estar allí? Una mueca que no pudo dominar ensombreció su rostro. Irritado, hizo una seña para pedir más bebidas. El alcohol parecía actuar en sentido contrario al habitual, aumentando su tensión en vez de relajarla, pero estaba demasiado enfadado para

saber si se estaba emborrachando o no. El ruido del público llenaba el ambiente de «La Puerta». Covenant era consciente de la gente que estaba tras él, como si fueran serpientes al acecho.

Cuando llegaron las bebidas, se inclinó hacia adelante para refutar los argumentos del camionero. Pero en aquel momento empezaron a apagarse las luces. Iba a empezar la segunda parte de la actuación de Susie Thurston.

—Mi esposa —repitió tristemente su compañero de mesa, con una voz que empezaba a difuminarse. Lo que bebía, fuera lo que fuese, le estaba causando efecto.

En el momento de oscuridad antes de que apareciera el presentador, el camionero se dirigió a él.

—¿Quiere decir que esa chavala es su mujer?

Por toda respuesta el hombre emitió un lamento angustiado.

Tras una rápida presentación, Susie Thurston apareció de nuevo bajo la luz del foco. Acompañada por la música quejumbrosa de la orquestina, con un tono de voz herido, cantó sobre las infidelidades de los hombres. A la tercera canción las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas. Al escuchar sus airados lamentos, Covenant sintió un nudo en la garganta. Lamentaba no estar borracho. Le hubiera gustado olvidarse de la gente, de su vulnerabilidad, de su empeño por sobrevivir..., olvidarse y llorar.

Pero la siguiente canción fue especialmente hiriente. Echando la cabeza atrás, de manera que su blanca garganta brillaba bajo la luz del foco, la mujer entonó una canción que terminaba así:

Sal de mi corazón...

Tu amor hace que me vea empequeñecida.

Oh, no, no quiero hacerte ningún daño,

Pero lo que siento forma parte de mí:

Tu presencia convierte en suciedad todo lo que tengo...

Así que sal de mi corazón.

En cuanto se desvaneció la última nota sonó una estruendosa salva de aplausos, como si el público estuviera perversamente deseoso de presenciar su dolor. Covenant no pudo soportarlo más. Abrumado por el ruido, arrojó un puñado de dólares, sin contarlos, sobre la mesa, y apartó su silla para escapar.

Pero al rodear la mesa, pasó muy cerca de la cantante, y ella le vio de repente. Extendió los brazos y, llena de alegría, exclamó:

—¡Berek!

Covenant se quedó inmóvil, aturdido y aterrado.

¡No!

Susie Thurston estaba extasiada.

—¡Eh! —gritó, agitando los brazos para acallar los aplausos—. ¡Enfocad aquí! ¡A él! ¡Es Berek! ¡Berek, cariño!

Por encima del escenario, un haz de intensa luz blanca descendió para iluminar a Covenant. Atrapado en aquel resplandor, se volvió para mirar a la cantante, parpadeando rápidamente, invadido por el temor y la cólera.

¡No!

—Damas y caballeros, amable público, quiero que conozcan a un viejo amigo mío, un hombre por el que siento un inmenso afecto. —Susie Thurston estaba entusiasmada y llena de emoción—. Él me enseñó la mitad de las canciones que sé. Amigos, les presentó a Berek. —Empezó a aplaudirle mientras añadía—: Quizá querrá cantar para todos nosotros.

El público aceptó de buen grado el gesto de la cantante y aplaudió con entusiasmo al hombre iluminado por el foco.

Las manos de Covenant tantearon débilmente a su alrededor, en busca de apoyo. A pesar de sus esfuerzos por dominarse, miraba a la mujer que le había convertido en centro de la atención general con una expresión desolada. El ruido de los aplausos resonaba en sus oídos, produciéndole vértigo.

¡No!

Durante un largo momento se encogió de miedo bajo la mirada de Susie Thurston. Luego, como un alud de revelación, se encendieron todas las luces del local. Por encima de los murmullos del sorprendido público y los ruidos producidos al moverse inquietos en sus asientos, se destacó una voz imperiosa:

—Covenant.

Covenant giró en redondo como para rechazar un ataque. Vio a dos hombres junto a la puerta, ambos con gorras negras y uniformes caqui, armados con pistolas en pistoleras negras y con insignias plateadas prendidas en sus camisas. Uno de ellos destacaba sobre el otro: era el sheriff Lytton. Permanecía de pie con los puños en las caderas. Cuando Covenant lo miró, el sheriff le hizo una seña con dos dedos.

—Tú, Covenant. Ven aquí.

—¿Covenant? —gritó el camionero—. ¿Eres realmente Covenant?

Covenant giró torpemente sobre sus talones para enfrentarse a aquel nuevo ataque. Vio que el rostro del hombretón estaba enrojecido de ira, y encajó la violencia que reflejaba su mirada lo mejor que pudo.

—Ya te dije quién era.

—¡Ahora voy a saber la verdad! —gruñó el camionero—. ¡Todos la sabremos! A ver, di, ¿qué diablos pretendes?

El público de «La Puerta» se había puesto en pie y se apiñaban para observar lo que sucedía. Por encima de sus cabezas, el sheriff gritó:

—¡No le toquen!

A continuación, el representante de la ley empezó a abrirse paso entre la muchedumbre.

En medio de aquella confusión, Covenant perdió el equilibrio, tropezó y algo, un pulgar o el borde de una silla, le golpeó un ojo. Finalmente se refugió bajo una mesa.

La gente gritaba y rebullía a su alrededor. Entre aquel alboroto, el sheriff gritaba órdenes. Luego, de un manotazo, apartó la mesa bajo la que se ocultaba Covenant.

Desde su posición en el suelo, Covenant alzó la vista. Le lagrimeaba el ojo magullado, y lo veía todo distorsionado. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Parpadeando y haciendo un esfuerzo de concentración, distinguió a los dos hombres que estaban de pie ante él, el sheriff y el que había sido su compañero de mesa.

El hombre hierático se balanceaba levemente y miraba a Covenant sin expresión alguna. Habló con una voz rasposa y fatigada:

—Mi esposa es la mujer más bella del mundo.

El sheriff apartó al hombre y se inclinó sobre Covenant, mostrándole su recia dentadura.

—Bueno, ya basta. Estoy buscando algo de lo que pueda acusarle, así que no me cree ningún problema. ¿Me oye? Levántese.

Covenant se sentía demasiado débil para moverse y no podía ver con claridad, pero no quería aceptar la clase de ayuda que el sheriff podía ofrecerle. Rodó sobre sí mismo, situándose fuera de su alcance inmediato, y se incorporó. Al ponerse en pie, vaciló como si fuera a caer de nuevo al suelo, pero el sheriff no hizo ademán alguno para impedirlo. Covenant se apoyó en el respaldo de una silla y miró desafiante a los ahora silenciosos espectadores. Por fin la ginebra que había ingerido parecía afectarle. Ya afianzado, se ajustó el nudo de la corbata con un gesto de dignidad.

—Vámonos —le ordenó el sheriff.

Covenant no obedeció en seguida. Aunque lo veía todo borroso, permaneció donde estaba y realizó una OVE.

—Vámonos —repitió el sheriff en tono opaco.

—No me toque.

Una vez finalizada la OVE, Covenant dio media vuelta y se dirigió a la salida del club nocturno.

La noche de abril era fresca, y respiró hondo, serenándose. El sheriff y su ayudante le escoltaron hacia el coche patrulla, cuyas luces rojas brillaban con un resplandor siniestro. Una vez instalado en el asiento posterior, tras la rejilla protectora de acero, los dos policías subieron al vehículo. Mientras el ayudante ponía el coche en marcha y avanzaba en dirección a Haven Farm, el sheriff habló a Covenant a través de la rejilla.

—Nos ha costado demasiado encontrarle, Covenant. Los Miller nos informaron

de que intentaba el autostop, y supusimos que estaría haciendo de las suyas en alguna parte, pero no sabíamos dónde. Éste sigue siendo mi condado, y usted es un problema ambulante. No hay ley alguna en su contra..., no puedo arrestarle por lo que ha hecho, pero desde luego no está bien. Óigame, mi misión consiste en cuidar de este condado, no lo olvide. No quiero tener que andar husmeando por ahí para localizarle. Si vuelve a hacer una cosa así, le meteré en chirona por perturbar la paz, conducta desordenada y todo lo que se me ocurra. ¿Comprendido?

Covenant sintió una oleada de vergüenza y de cólera, pero no podía exteriorizar sus sentimientos. Quería gritar a través de la rejilla, quería decirles con toda la fuerza de sus pulmones: «¡No es contagioso! ¡Yo no tengo la culpa!». Pero el nudo que tenía en la garganta se lo impedía. No podía dar salida a su protesta. Al final, sólo pudo musitar:

—Déjeme salir. Iré andando.

El sheriff Lytton lo miró fijamente y luego dijo a su ayudante:

—Muy bien. Lo dejaremos ir andando. Quizá tenga un accidente.

Ya estaban a una distancia considerable de la ciudad.

El ayudante se detuvo en el arcén y el sheriff dejó salir a Covenant. Los dos hombres permanecieron un momento de pie en medio de la noche. El sheriff lo miraba ceñudo, como si tratara de medir su capacidad para hacer daño. Luego le dijo:

—Vaya a su casa y no salga de allí.

El sheriff subió de nuevo al vehículo, el cual giró con un fuerte chirrido de neumáticos y partió velozmente de regreso a la ciudad. Un instante después Covenant saltó al medio de la carretera y gritó:

—¡Leproso paria e impuro!

Las luces traseras del coche que se alejaba eran rojas como sangre en la oscuridad.

Su grito no pareció hacer mella en el silencio. Poco después Covenant emprendió la marcha hacia Haven Farm, sintiéndose empequeñecido, como si las pocas estrellas esparcidas por el negro firmamento se mofaran de él. Estaba a quince kilómetros de su casa.

No había nadie en la carretera. En medio de la quietud y el silencio que le rodeaba, Covenant avanzaba creando un leve paréntesis de movimiento. Se estaba internando en el campo abierto, pero no oía ningún ruido ni la cháchara nocturna de pájaros o insectos. El silencio le hacía sentirse sordo y solo, vulnerable a los buitres que le perseguían.

¡Era un engaño! Elevó su protesta como un desafío, pero, incluso para sus propios oídos, tenía un dejo de desesperación que estaba compuesto a partes iguales de derrota y terquedad. Y a través de aquel jaleo podía oír a la cantante que gritaba: «¡Berek!», como la sirena de una pesadilla.

Llegó a un punto donde la carretera se internaba entre un grupo de árboles que impedían el paso de la débil luz de las estrellas. No podía notar la calzada bajo sus pies, y corría el peligro de desviarse, caer en la cuneta o lesionarse al tropezar con un árbol. Intentó seguir andando, pero el riesgo era demasiado grande y finalmente se vio obligado a extender los brazos y tantear su entorno, como un ciego. Hasta que llegó al final del bosquecillo, avanzó como si estuviera perdido en un sueño, empapado en sudor, aterido.

Entonces decidió apretar el paso. Le espoleaban los gritos que resonaban a sus espaldas: «¡Berek! ¡Berek!». Cuando al fin, tras recorrer muchos kilómetros, llegó al sendero que conducía a Haven Farm, casi corría.

Una vez en el santuario de su casa, encendió todas las luces y echó los cerrojos. Le alivió la pulcritud y el orden que presidía aquel espacio vital. Comprobó en el reloj de la cocina que era poco más de medianoche. Se iniciaba un nuevo día, un domingo... un día reverenciado por otras personas. Empezó a preparar café, se desembarazó de la chaqueta, la corbata y la elegante camisa, y luego llevó la taza humeante a la sala de estar. Se sentó en el sofá, colocó la fotografía de Joan que estaba sobre la mesita de centro de manera que le mirase directamente, y se dispuso a capear la crisis.

Necesitaba una respuesta. Ya no le quedaban recursos y no podía seguir por el camino en que se encontraba.

¡Berek!

El grito de la cantante, el aplauso del público, la cólera del camionero, todo eso resonaba en su interior como soterrados terremotos. La idea del suicidio le asaltaba cada vez con más ímpetu. Estaba atrapado entre un loco engaño y el peso opresor de sus congéneres.

¡Leproso, paria e impuro!

Se llevó las manos a los hombros, abrazándose en un intento de acallar los violentos latidos de su corazón.

«¡No puedo soportarlo! ¡Que alguien me ayude!».

De repente sonó el teléfono. El timbrazo penetró en su conciencia con la fuerza estridente de una maldición. Se puso en pie con dificultad, como si se hubieran descoyuntado sus articulaciones y su esqueleto sólo fuera un montón de huesos sueltos. Pero aunque estaba de pie, no se movió. No tenía valor para enfrentarse a más hostilidad, para soportar más exigencias de indemnizaciones.

El teléfono sonó de nuevo.

Se estremeció el aire en sus pulmones. Tras el cristal de la fotografía enmarcada, Joan parecía dirigirle un mudo reproche.

Nuevo timbrazo, insistente como un puñetazo repetido.

Covenant se dirigió tambaleándose hacia el teléfono. Lo descolgó y lo apretó con

fuerza contra su oreja, para que se mantuviera firme.

—¿Tom? —suspiró una voz débil y triste—. Tom... Soy yo, Joan. ¿Tom? Espero no haberte despertado. Sé que es tarde, pero tenía que llamarte. ¿Tom?

Covenant permanecía erguido y rígido, escuchando con atención, con las rodillas juntas para evitar una posible caída. Se le movía la mandíbula, pero ningún sonido salía de sus labios. El nudo que sentía en la garganta se había hinchado, como un coágulo de emociones, y los pulmones, hambrientos de aire, empezaban a dolerle.

—¿Estás ahí, Tom? ¿Me escuchas? Por favor, di algo. Necesito hablar contigo. He estado muy sola. Yo... te echo de menos.

Covenant podía notar el esfuerzo en la voz de su mujer.

Su pecho se agitaba con violencia, como si se ahogara. Se libró abruptamente del nudo en la garganta y aspiró hondo. Pareció como si sollozara, pero seguía sin poder articular palabra.

—¡Por favor, Tom! ¿Qué te ocurre?

Su voz permanecía presa en una trampa mortal. Desesperado por librarse de aquella opresión que le enmudecía y responder a Joan, retenerla en la línea, cogió el teléfono y se dirigió al sofá..., confiando en que el movimiento suavizaría el espasmo que le agarrotaba y le ayudaría a recobrar el dominio de sus músculos.

Pero al volverse lo hizo en la dirección errónea, enrollándose el cable telefónico al tobillo. Al avanzar, tropezó y cayó hacia la mesita de centro, golpeándose con el borde en plena frente. Al tocar el suelo, creyó sentir que rebotaba.

Inmediatamente perdió la visión, pero todavía tenía el receptor apretado contra la oreja. Durante un momento de absoluta inmovilidad, oyó claramente la voz de Joan. Empezaba a mostrarse molesta, enfadada.

—Tom, hablo en serio. No hagas que esto me resulte más difícil de lo que ya es. ¿No comprendes? Quiero hablar contigo. Dime algo, Tom. ¡Tom! ¡Maldita sea, di algo!

Entonces un gran rugido en los oídos de Covenant hizo desaparecer la voz de Joan. «¡No!», exclamó. «¡No!». Pero no podía hacer nada. El impetuoso sonido le inundó como una oscura marea, y se lo llevó.

III

LA LLAMADA



medida que el gran rugido se atemperaba lentamente, el espacio ante la visión de Covenant fue cambiando. Al principio, una especie de velo verdigris se extendió hacia arriba hasta cubrirle como una mortaja. Era aquél un verde hiriente, nocivo, con una intensa fetidez dulzona de esencia de rosas que sofocaba. Pero la nota musical en los oídos de Covenant se concentró más, elevó su tono, a la vez que unas gotitas doradas atravesaban la tonalidad verdosa. Entonces, el sonido se suavizó, se hizo más soportable, su tono siguió matizándose hasta que al fin se convirtió en un lamento humano. El color dorado se impuso al verde. Pronto, un familiar y cálido resplandor apareció ante la vista de Covenant.

El lamento humano fue revelándose como una canción entonada por una voz femenina, mientras que el color dorado se extendía y hacía más denso, acunando al leproso como si lo transportara dulcemente sobre las ondulaciones de la voz. La melodía tejía la luz, le proporcionaba textura, forma y solidez. En su impotencia, Covenant se aferró al sonido, concentrándose en él con la boca abierta, en un gesto de protesta.

Tuvo la sensación de que la garganta que modulaba aquel cántico se endurecía lentamente: las notas hasta entonces armónicas se hicieron más inflexibles, más exigentes. Ahora Covenant sintió que tiraban de él, le precipitaban hacia la corriente de la voz. Y las palabras se hicieron nítidas y parecían contraerse bajo la carga de la súplica.

Sé sincero, Increíble...
Responde a la llamada.
Sólo la vida da:
La muerte acaba con todo.
La promesa es la verdad,
Y dispersas ponzoñas
Que guardan la promesa.
Pero la profunda maldición
De la fe destruida
Y la esclavitud sin fe,
Lo cubre todo
Con su tiniebla de condenación.

Sé sincero, Increíble...
Responde a la llamada.
Sé sincero.

La canción parecía envolverle, agitando recuerdos, evocando personas a las que alguna vez, de un modo extraño, había considerado con derecho para exigirle prestaciones. Pero él se resistía, manteniéndose en silencio, esforzándose para que no le absorbiera aquella alucinación.

Pero la melodía le arrastraba, le acercaba más y más al cálido resplandor dorado.

Por fin la luz empezó a definirse y Covenant pudo localizarla ante él. Le impedía la visión, como si mirase al sol directamente. Pero cuando la voz entonó las últimas palabras, la luz disminuyó su intensidad y perdió su brillantez. Y cuando, por último, dijo: «Sé sincero», muchas gargantas la secundaron diciendo al unísono: «¡Sé sincero!». Y aquella súplica era en los oídos de Covenant como una aguda nota llevada a su tono más alto.

Entonces la fuente de la luz fue desvaneciéndose y Covenant pudo ver lo que había tras ella.

Reconoció el lugar. Estaba en el Cercado, la cámara del consejo de los Amos, en el corazón de Piedra Deleitosa. Sus gradas se elevaban, rodeándolo completamente, hacia el granítico techo de la sala.

Covenant se sorprendió al verse de pie en el centro del Cercado. Aquel súbito cambio de perspectiva confundió su sentido del equilibrio y cayó hacia el pozo de gravanel, fuente de la luz dorada. Las piedras de fuego ardían allí sin consumirse, y llenaban la atmósfera con un olor de tierra recién removida.

Unas manos recias lo sujetaron por ambos brazos, impidiéndole caer. Gotas de sangre salpicaron el suelo de piedra, junto al pozo de gravanel.

—¡No me toquéis! —exclamó Covenant con brusquedad al recobrar el equilibrio.

La confusión y la ira le producían vértigo, pero se mantuvo en pie con firmeza mientras se llevaba una mano a la frente. Al retirar los dedos, vio que estaban manchadas de sangre. Se había producido un profundo corte al caer y golpearse con el canto de la mesa. Se quedó mirando con asombro su mano ensangrentada.

En medio de su consternación, oyó una voz que le hablaba en tono mesurado pero firme.

—Bienvenido al Reino, ur-Amo Thomas Covenant, Increíble y Barón del Anillo. Te he llamado para que acudieras a nosotros. Grande es la necesidad que tenemos de tu ayuda.

—¿Me has llamado? —inquirió Covenant con voz ronca.

—Así es —replicó la voz—. Has de saber que soy Elena, Ama Superior elegida por el Consejo y poseedora del Bastón de la Ley. He sido yo quien te ha llamado.

—¿Me has llamado? —repitió Covenant, alzando lentamente la vista. Un líquido

viscoso nublaba sus ojos, como si llorase con lágrimas de sangre—. ¿Me has llamado? —insistió una vez más, aturdido porque sus sentidos constataban lo que su mente se negaba a aceptar. Sintió que algo cedía en su interior, que se desmoronaba el asidero al que se había aferrado desesperadamente. Y, con un angustiado hilo de voz, añadió—: Estaba hablando con Joan.

A través del velo sanguinolento que empañaba su visión, distinguió vagamente las formas de la mujer, que estaba en pie tras la mesa de piedra, sobre un estrado, por encima de Covenant, y sujetaba un largo bastón con la mano derecha. Había otras personas alrededor de la mesa y, detrás de ellas, muchas más abarrotaban el graderío del Cercado. Todos miraban fijamente a Covenant.

—Hablabas con Joan, ¿no me comprendes? Estaba hablando con ella. Joan me llamó..., después de tanto tiempo, cuando más lo necesitaba y ella me... necesitaba a mí. No tenéis derecho. —Hizo acopio de energía y su voz atronó en el recinto—: ¡No tenéis ningún derecho! ¡Estaba hablando con Joan! —Gritaba con todas sus fuerzas, pero no era bastante. Su voz no podía expresar la emoción que sentía—. ¡Era Joan! ¡Joan! ¿No me oís? ¡Era mi mujer!

Un hombre que había permanecido de pie cerca del Ama Superior, rodeó apresuradamente la amplia mesa en forma de C y bajó hasta el lugar en que se hallaba Covenant. Éste reconoció el delgado rostro de aquel hombre, con la nariz en forma de gancho y las comisuras de los labios curvadas, cuyo rictus benévolo contrarrestaba la fiera de unos ojos en los que titilaban reflejos de oro. Era el Amo Mhoram.

Cogiendo a Covenant por un brazo, le dijo en voz baja:

—Amigo mío, ¿qué te ha sucedido?

—¡No me toques! —le espetó Covenant a la cara—. ¿Es que estás sordo además de ciego? ¡Estaba hablando con Joan! ¡Por teléfono! —Su mano se agitaba convulsamente, esforzándose en vano por mostrar el teléfono—. Joan necesitaba... —Sintió de repente un nudo en la garganta y tragó saliva—. Me necesitaba. ¡A mí!

Pero su voz no podía expresar los gritos de su corazón. Se llevó una mano a la frente, tratando de limpiarse la sangre de los ojos.

De pronto, agarró a Mhoram por su túnica azul celeste, y le dijo entre dientes:

—¡Devuélveme a mi mundo! ¡Aún hay tiempo, si puedo regresar con bastante rapidez!

Entonces la mujer habló serenamente por encima de sus cabezas.

—Ur-Amo Covenant, me aflige saber que nuestra llamada te ha perjudicado. El Amo Mhoram nos ha explicado todo cuanto él sabe de tu dolor, y no es nuestro deseo aumentarlo, pero es inevitable que lo hagamos. Grande es nuestra necesidad, Incrédulo. La devastación del Reino está ya muy cercana.

Covenant se apartó de Mhoram para plantar cara a la mujer.

—¡El Reino me tiene por completo sin cuidado! —exclamó enfurecido, pero

tanto le hacía jaderar la ira, que no podía hablar a gritos—. No me importa vuestra necesidad. Por lo que a mí respecta, podéis moriros. ¡Sois un engaño! Una enfermedad de mi mente. ¡No existís! ¡Devolvedme a mi mundo! Tenéis que hacerlo. ¡Mientras aún haya tiempo!

—Thomas Covenant —dijo Mhoram en un tono de autoridad que hizo volverse a Covenant—. Escúchame, Incrédulo.

Entonces Covenant vio que Mhoram había cambiado. Su rostro seguía siendo el mismo —la benevolencia de su boca seguía equilibrando la peligrosa amenaza de sus iris dorados—, pero era más viejo, tanto que bien podría ser el padre de Covenant. Tenía arrugas alrededor de ojos y boca, y el cabello entreverado de hebras blancas. El rictus de sus labios al hablar reflejaba humildad, y había una indeseada agitación en las profundidades de sus ojos, pero sostuvo sin parpadear la enfurecida mirada de Covenant.

—Amigo mío, si pudiera elegir, te devolvería en seguida a tu mundo. Ha sido muy dolorosa la decisión de llamarte, y ojalá pudiera volverme atrás. El Reino no quiere que le sirvan si no es de buen grado y libremente, pero ur-Amo —cogió de nuevo el brazo de Covenant, previendo que podría tambalearse otra vez—, amigo mío, no podemos hacerte regresar.

—¿No podéis? —gruñó Covenant mostrando una agudeza en su voz que preludiaba la histeria.

—No tenemos ninguna ciencia para librarnos de las presiones. No sé cómo será en tu mundo, pues no has cambiado nada a mis ojos, pero han pasado cuarenta años desde que luchamos juntos en las laderas del Monte Trueno y tú liberaste el Bastón de la Ley para nosotros. Durante largos años nos hemos esforzado...

—¿No podéis? —repitió Covenant en un tono aún más exaltado.

—Nos hemos esforzado en vano por dominar una energía y comprender una Ciencia... Cuarenta años nos ha costado llegar a este punto y ser capaces de llamarte. Hemos alcanzado el límite de nuestras posibilidades.

—¡No! —exclamó Covenant, y se volvió porque no podía soportar la sinceridad que veía en el rostro de Mhoram. Se encaró a la mujer que sostenía el Bastón y le gritó—: ¡Hacedme volver!

Ella le miró con fijeza un momento, ponderando la intensidad de su demanda. Luego le dijo:

—Te suplico que comprendas. Escucha la verdad de nuestras palabras. El Amo Mhoram te ha hablado con franqueza. Sé que te hemos causado daño, y eso me entristece. —Estaba a unos diez metros de distancia, al otro lado del pozo de gravanel y detrás de la mesa de piedra, pero su voz llegaba claramente a Covenant gracias a la perfecta acústica del Cercado—. Pero no puedo desconvocar la llamada. Aunque tuviera poder para hacerlo, la situación en que se encuentra el Reino me lo impediría.

El Amo Execrable, el Despreciativo...

Covenant echó la cabeza hacia atrás y alzó los brazos.

—¡No me importa! —aulló.

—Entonces regresa por ti mismo —dijo secamente la Ama Superior—. Eres tú quien tiene el poder. Llevas el oro blanco.

Lanzando un grito, Covenant trató de abalanzarse sobre ella, pero antes de que pudiera dar un paso, le sujetaron por detrás. Al revolverse, se encontró ante Bannor, el insomne Guardián de Sangre que le había vigilado durante la ficción anterior.

—Somos la Escolta de Sangre —dijo Bannor con su extraña voz sin inflexiones—. En nuestras manos está el cuidado de los Amos. No permitimos que nadie intente hacer daño al Ama Superior.

—Bannor —le suplicó Covenant—. Era mi esposa.

Pero Bannor se limitó a mirarle sin parpadear, con el rostro inescrutable.

Revolviéndose de nuevo, logró enfrentarse otra vez a Elena, mientras el Guardián de Sangre seguía sujetándole. El brusco movimiento hizo que le brotara más sangre de la frente.

—¡Era mi esposa! —repitió.

—Basta —ordenó Elena.

—¡Hacedme volver!

—¡Basta!

Elena golpeó el suelo con la contera metálica del Bastón de la Ley, y al instante surgió de él una llama azul que crepitó vivamente, como un desgarrón en el tejido de luz dorada, haciendo que brillara a su través la energía oculta. Y la fuerza de la llama precipitó a Covenant en los brazos de Bannor. Pero la mano del Ama que sostenía el Bastón quedó indemne a pesar de las llamas.

—Soy la Ama Superior —dijo severamente—. Esto es Piedra Deleitosa..., las Defensas de los Amos, no la Guarida del Execrable. Hemos hecho el Juramento de Paz.

Hizo una seña con la cabeza y Bannor soltó a Covenant, el cual dio unos pasos vacilantes y cayó hacia atrás, quedando acurrucado junto al gravanel. Permaneció un momento en el suelo, respirando entrecortadamente. Luego se irguió hasta quedar sentado. La cabeza inclinada, en un gesto de derrota.

—Tendréis la Paz —gruñó—. El Execrable os destruirá a todos. ¿Habéis dicho cuarenta años? Sólo os quedan nueve. ¿O acaso habéis olvidado su profecía?

—Lo sabemos —dijo sosegadamente Mhoram—. No lo olvidamos.

Sonrió y se agachó para examinar la herida de Covenant. Mientras lo hacía, la Ama Superior Elena apagó la llama del Bastón y dijo a alguien a quien Covenant no podía ver:

—Debemos tratar este asunto ahora, si podemos tener alguna confianza en el oro

blanco. Traed aquí al cautivo.

El Amo Mhoram enjugó la sangre de la frente de Covenant, examinó el corte y luego se levantó y fue a consultar con alguien. Una vez solo, y sin que la sangre empañara su visión, Covenant concentró su mirada para hacerse cargo del lugar en que se hallaba. Su instinto de conservación, o la parte de aquel instinto que no había neutralizado la tremenda experiencia que estaba viviendo, le impulsaba a ponderar los riesgos que le rodeaban. Se encontraba en la parte más baja de aquella sala con gradas, alto techo abovedado con aristas de encuentro e iluminada por el resplandor del gravanel y cuatro grandes antorchas de *lillianrill* que alumbraban sin producir humo, colocadas en las paredes. En el centro del Cercado, en el siguiente nivel, estaba la mesa en forma de C, ante la que se sentaban los Amos, y por encima y detrás de la mesa estaban las gradas. Ante las altas y macizas puertas montaban guardia dos Guardianes de Sangre. Aquellas enormes puertas de la entrada principal, por encima y frente al asiento de la Ama Superior, habían sido fabricadas por los Gigantes, y su tamaño permitía el paso de los de su especie.

Era considerable la diversidad de los que ocupaban las gradas: guerreros del Ala de Guerra de las Defensas de los Amos, Guardianes de la Ciencia de la Raat, varios Estigmatizados y Gravanélicos, ataviados respectivamente con sus tradicionales mantos y túnicas, y algunos otros Guardianes de Sangre. Por encima de la Ama Superior, a sus espaldas, se sentaban dos personas que Covenant creyó reconocer: el Gravanélico Tohrm, un Guardahogar de las Defensas de los Amos, y Quaan, el Puño de Guerra que había acompañado a los miembros de la Búsqueda del Bastón de la Ley. Había dos más a su lado, uno de ellos un Estigmatizado, a juzgar por su manto fustariano y la guirnalda de hojas alrededor de su cabeza, probablemente el otro Guardahogar. El hombre que estaba a su lado era el Primer Signo de la Escolta de Sangre. Covenant se preguntó vagamente quién habría ocupado aquella posición tras la pérdida de Tuvor, en las catacumbas bajo el Monte Trueno.

Su mirada recorrió el perímetro del Cercado. Siete Amos estaban sentados ante la mesa, aparte de la Ama Superior y de Mhoram. Covenant no reconoció a ninguno de ellos. Todos debían de haber superado las pruebas y se habían unido al Consejo en los últimos cuarenta años. ¿Cuarenta años?, se preguntó Covenant débilmente. Mhoram había envejecido, pero no parecía cuarenta años más viejo. Y Tohrm, que apenas era más que un muchacho risueño cuando Covenant le conoció, ahora no parecía, ni mucho menos, un hombre de mediana edad. Los Guardianes de Sangre no parecían haber cambiado lo más mínimo; pero aquello, pensó Covenant, no tenía nada de sorprendente teniendo en cuenta la edad que decían tener. Solamente Quaan mostraba una vejez verosímil. Sus cabellos blancos, que empezaban a clarear, daban al antiguo Puño de Guerra el aspecto de un hombre de sesenta o sesenta y cinco años. Pero sus hombros cuadrados seguían manteniéndose erguidos, y la franqueza de su expresión

no había variado: miraba al Incrédulo con el ceño fruncido, con la misma sincera desaprobación que Covenant recordaba.

Prothall no parecía estar presente. Prothall..., el Amo Superior durante la Búsqueda y que había sobrevivido a la batalla final en las laderas del Monte Trueno. Pero Covenant también sabía que Prothall era entonces muy viejo, y le parecía natural que hubiera muerto en los últimos cuarenta años. A pesar de su dolor, deseó que el anterior Amo Superior hubiera muerto como merecía: en paz y con honor.

Apartó de su mente el pensamiento de Prothall y dirigió la mirada al único hombre entre los que rodeaban a la Ama Superior que no estaba en pie. Aquel individuo vestía como un guerrero, con unas botas altas, de suela blanda, medias negras y una camisa sin mangas también negra, sobre la que lucía un peto de un metal amarillo y llevaba en la cabeza una cinta igualmente amarilla. Sobre el metal del peto exhibía las dos marcas negras diagonales que le distinguían como Signo General, jefe del Ala de Guerra del ejército de los Amos. Aquel hombre no miraba a nadie en concreto. Permanecía sentado en su silla de piedra, con la cabeza agachada y tapándose los ojos con una mano, como si durmiera.

Covenant volvió la cabeza y dejó que su mirada recorriera al azar el Cercado. La Ama Superior Elena conferenciaba en voz baja con los Amos más próximos a ella. Mhoram aguardaba cerca de las amplias escaleras que conducían a las puertas principales. La acústica de la estancia llevaba hasta los oídos de Covenant las voces mezcladas del público en las gradas, de modo que la atmósfera estaba llena de murmullos por encima de su cabeza. Se enjugó la sangre acumulada lentamente en las cejas, y pensó en la muerte.

Se dijo que valdría la pena morir. Sí, después de todo, valdría la pena, pues sería el único camino de huida. No era lo bastante fuerte para continuar cuando hasta sus sueños se volvían contra él. Tendría que renunciar a la vida, dejarla a quienes tenían la fuerza necesaria para enfrentarse a ella.

Soltó una muda maldición, y suspiró. Entonces oyó el ruido distante que las grandes puertas del Cercado hacían al abrirse. En seguida cesaron los murmullos en el aire. Todos se volvieron para mirar hacia las puertas. Haciendo un esfuerzo para utilizar parte de la energía que le abandonaba, Covenant se giró para ver quién llegaba.

Lo que vio hizo que se sobrecogiera de horror. Parpadeó ante aquella visión de pesadilla.

Con los ojos ensangrentados, observó cómo dos Guardianes de Sangre bajaban por las escaleras, sosteniendo erguida entre ellos a una criatura gris verdosa que parecía aterrorizada. Aunque los Guardianes la sujetaban con cuidado, sin la menor violencia, la criatura temblaba de miedo. Su piel lampiña estaba viscosa de sudor. Sus rasgos generales eran humanos, pero tenía el torso más largo de lo habitual, mucho

más largo, y sus miembros eran cortos y de idéntica longitud, como si fuera natural para ella correr a cuatro patas por estrechos túneles subterráneos. Sin embargo, tenía los miembros doblados, inutilizados, contorsionados, como si se hubieran roto muchas veces y no se hubieran vuelto a encajar. Y el resto de su cuerpo mostraba señales de daños mayores.

Lo menos humano de aquella criatura era la cabeza. Tenía el cráneo calvo y carecía de ojos. Sobre la mellada abertura de la boca, en el centro del rostro, había dos anchas y húmedas fosas nasales a las que el temor hacía temblar en los bordes, como si la criatura oliera su situación. Sus pequeñas orejas puntiagudas estaban en lo alto del cráneo. Toda la parte trasera de su cabeza había desaparecido. Una membrana verdosa, como una cicatriz, cubría el hoyo, y latía contra el fragmento restante de un cerebro.

Covenant supo de inmediato qué era aquello. Había visto una vez a una criatura semejante, con el cuerpo entero, pero muerta, tendida en el suelo de su Resguardo con una barra de hierro clavada en el corazón.

Era un Waynhim, un vástago de los Demondim, igual que los ur-viles. Pero, al contrario que sus negruzcos parientes, los Waynhim habían dedicado su saber al servicio del Reino.

Aquel Waynhim había sido torturado horribilmente.

El Guardián de Sangre llevó a la criatura al centro del Cercado, ante Covenant. A pesar de la debilidad que sentía, Covenant hizo un esfuerzo para incorporarse y se apoyó en el estrado. Le pareció que ya estaba recobrando parte de la nueva dimensión visual que caracterizaba al Reino. Podía ver en el interior del Waynhim, podía sentir a través de sus ojos lo que le habían hecho. Vio el tormento y el desmedido dolor..., vio el sano organismo del Waynhim atrapado en una red de maldad que le torturó a placer hasta dejarle inválido. Covenant sintió que le dolían los ojos a causa de aquella visión. Tuvo que juntar las rodillas para evitar que el temblor de sus piernas le impidiera sostenerse. Una fría niebla de estupor y desesperación llenó su cabeza, y se alegró de que el velo sanguinolento de sus ojos hubiera vuelto a empañarle la visión, pues así no veía bien al Waynhim.

A través de aquella niebla mental, oyó la voz de Elena:

—Ur-Lord Covenant, es necesario abrumarte con esta visión. Debemos convencerte de nuestra necesidad. Te ruego que nos perdones por semejante recepción en el Reino, pero la gravedad de nuestra situación no nos deja otra alternativa.

»Ur-Amo, esta pobre criatura nos decidió a llamarte. Sabemos desde hace años que el Despreciativo organiza sus fuerzas para marchar contra el Reino..., que el tiempo señalado en su profecía va tocando a su fin. Fuiste tú quien nos transmitió esa profecía, y los Amos no hemos estado ociosos en Piedra Deleitosa. Desde el día en

que el Amo Mhoram trajo a las Defensas de los Amos el Bastón de la Ley y la Segunda Ala de la Ciencia de Kevin, nos hemos preparado para cuando tengamos que enfrentarnos a esa condenación. Hemos multiplicado los efectivos del Ala de Guerra y estudiado nuestras defensas. Nos hemos adiestrado en todas nuestras habilidades y fuerzas. Hemos aprendido algunos de los usos del Bastón. En la Raat han explorado, con toda sabiduría y dedicación, la Segunda Ala. Pero en cuarenta años no hemos adquirido un conocimiento claro de lo que se propone el Amo Execrable. Tras arrebatarse el Bastón a Lombrizderoca Babeante, la presencia del Despreciativo desapareció de Kiril Threndor, en el Monte Trueno, y pronto reapareció en el gran salón del trono de Ridjeck Thome, la Guarida del Execrable, antiguo hogar del Asesino Gris. Y desde entonces nuestros exploradores han sido incapaces de penetrar en los dominios del Amo Execrable, y aunque hay allí indicios de energía y maldad, no hemos podido saber nada de ellas. Aunque el Amo Mhoram en persona intentó la tarea, no pudo abrir brecha en el formidable poder del Despreciativo.

»Sin embargo, ha habido débiles y oscuros presagios en todo el Reino. Los *Kresh* del este y los ur-viles del Monte Trueno, los *grifos* y otras horrendas criaturas del Llano de Saran, los Entes de la Cueva, los habitantes, poco conocidos, del Gran Pantano..., se dirigen hacia las Llanuras Estragadas y la Guarida del Execrable. Desaparecen más allá de las Colinas Quebrantadas, y no regresan. No hay que ser muy sabio para adivinar que el Despreciativo está preparando su ejército. Pero nuestro conocimiento seguía siendo escaso. Entonces, por fin, conseguimos noticias. Durante el verano, nuestros exploradores capturaron a esta criatura, este destrozado resto de lo que fue un Waynhim, en los linderos occidentales del Bosque de Grimmerdhore, y lo trajimos aquí con el propósito de intentar que nos descubriera lo que estaba pasando.

—Así que lo torturasteis para averiguar lo que sabía —le interrumpió Covenant.

Tenía los ojos viscosos de sangre, y los mantenía cerrados, entregándose a una cólera y una oscuridad inútiles.

—¿Eso crees de nosotros? —preguntó la Ama Superior en tono dolido—. No, nosotros no somos Despreciativos. No traicionaríamos de ese modo al Reino. Hemos tratado al Waynhim con el máximo respeto con que se puede tratar a un prisionero, y él nos ha dicho voluntariamente todo lo que ahora sabemos. Ahora nos ruega que le demos muerte. Escúchame, Incrédulo. Esto es obra del Amo Execrable, que está en posesión de Illearth, la piedra de la mala tierra: éste es el resultado de esa ponzoña.

A través de la semioscuridad en que estaba sumida su mente, Covenant oyó que las puertas se abrían de nuevo. Alguien bajó las escaleras y le susurró algo al Amo Mhoram, el cual dijo entonces:

—Ama Superior, han traído marga antilesiones para el Incrédulo. Me temo que esta herida es bastante más que un simple corte. Algún otro mal afecta al ur-Amo, y

es preciso atenderle sin dilación.

—Bien, hacedlo en seguida —respondió la Ama Superior Elena—. Hemos de hacer cuanto podamos para curarle.

Mhoram se acercó rápidamente a Covenant, el cual, al oír mencionar la marga antilesiones, se apartó del estrado y se frotó los ojos para limpiarse la sangre coagulada. Vio que Mhoram sostenía un pequeño cuenco de piedra, que contenía un barro liviano cuyos destellos auríferos parecían vibrar bajo la luz del Cercado.

—Aleja eso de mí —susurró.

Mhoram se quedó desconcertado.

—Esto es marga antilesiones, ur-Amo, y procede del suelo curativo de la Tierra. Te sentirás como nuevo.

—¡Conozco sus consecuencias! —gritó Covenant con la voz quebrada, afónico tras los gritos que había dado, una voz espectral y vacía, como el crujir de las tablas de un barco naufragado—. Ya lo probé en otra ocasión. Si aplicas ese barro a mi cabeza, volverá en seguida la sensación a los dedos de mis manos y pies, e iré por ahí violan... —Apenas pudo rectificar a tiempo—: haciendo daño a la gente.

—Lo sé —dijo Elena en voz baja.

Covenant la oyó, pero no le hizo caso.

—Ésta es la verdadera mentira —gruñó, señalando el cuenco—, ese mejunje. Eso es lo que me hace sentirme tan sano que no puedo soportarlo. —Aspiró hondo y luego añadió con firmeza—: No lo quiero.

La mirada que le dirigió Mhoram estaba llena de preguntas. Y como Covenant no se inmutaba, el Amo le preguntó en voz baja, con un tono de perplejidad:

—¿Acaso deseas morir, amigo mío?

—Aplicáselo a ese pobre diablo —replicó sombríamente Covenant, señalando al Waynhim—. Tiene derecho.

Mhoram no desvió su inquisitiva mirada.

—Ya lo hemos intentado. Ya nos conoces, Incrédulo, y sabes que no podríamos negarnos a aliviar semejante aflicción. Pero nada podemos hacer para socorrer al Waynhim. Nuestros curadores no pueden llegar hasta su herida interna, y estuvo a punto de morir cuando le aplicamos la marga antilesiones.

A pesar de estas palabras, Covenant no cedía.

Tras él, la Ama Superior Elena, completó lo que Mhoram había dicho.

—Ni siquiera el Bastón de la Ley puede contrarrestar la energía que ha mutilado a este Waynhim, con lo que puedes tener una idea de cuán terrible es nuestra situación, ur-Amo. El poder de Illearth es superior a nosotros.

»El Waynhim nos lo explicó, y gran parte de lo que no comprendíamos está ahora bien claro para nosotros. Él llama a esa ponzoña *dharmakshetra*, que en la lengua de los Waynhim significa «desafiar al enemigo». Y ahora él se llama a sí mismo *dukkha*,

que quiere decir «víctima». Fue a la Guarida del Execrable porque su gente deseaba conocer las maquinaciones del Despreciativo. Allí fue capturado y... y lo torturaron. Luego lo dejaron en libertad, como una advertencia a su gente, según parece. Nos ha dicho todo esto.

»Incrédulo, sabemos que cuando comunicaste por primera vez la profecía del Despreciativo al Amo Superior Prothall, hijo de Dwillian, y al Consejo de los Amos, hace cuarenta años, no se comprendieron muchas cosas relativas al propósito del Asesino Gris. ¿Por qué advirtió a los Amos que Lombrizderoca Babeante había encontrado el Bastón de la Ley bajo el Monte Trueno? ¿Por qué pretendía prepararnos para nuestro destino? ¿Por qué ayudó al Babeante en su búsqueda de la oscura energía y luego traicionó al Ente de la Cueva? Ahora tenemos la respuesta a estas preguntas. El Babeante poseyó el Bastón, y con él desenterró la ponzoña, Illearth, la piedra de la mala tierra. Debido a tales poderes, el Despreciativo estaba a merced del Babeante mientras éste viviera.

»Pero con el Amo Mhoram y el Amo Superior Prothall, tú rescataste el Bastón de la Ley y pusiste fin a la amenaza de Lombrizderoca. Así la piedra de la mala tierra cayó en manos del Execrable, el cual sabe que la Piedra, unida a su propia ciencia y poder, tiene una fuerza superior a la del Bastón de la Ley. Y también sabía que nosotros no dominamos ni siquiera el poco poder que poseemos.

»No hemos descansado durante cuarenta años. Hemos hablado con todos los habitantes del Reino. La Raat ha crecido mucho, pues más y más nutrido ha sido el número de los que han ido a estudiar en ella, y nos ha proporcionado guerreros, Guardianes de la Ciencia y Amos, para hacer frente a nuestras necesidades. El *rhadhamaerl* y el *lillianrill* han rendido máximos servicios. Y todos se han dedicado al estudio de las Dos Alas y del Bastón. Hemos adelantado algo. Fidelia, donde los Amos juraban su promesa de curación del Reino, ha florecido, y hemos hecho allí obras que no habían podido soñar nuestros antepasados. El Bastón cubre muchas necesidades, pero continúa intocado el núcleo de nuestro fracaso.

»Como sabes, toda nuestra ciencia, todo nuestro conocimiento del Bastón y el poder de la Tierra, proceden de Kevin, Amo Superior de los Antiguos Amos, el cual fue derrotado, sí, y algo peor que derrotado. Ahora nos enfrentamos al mismo enemigo, que se ha hecho mucho más fuerte con la Piedra Illearth, y sólo hemos recuperado dos de las Siete Alas en las que Kevin dejó su ciencia, y la verdad es que lo más profundo de esas dos sigue siendo un enigma para nosotros. Hay alguna debilidad en nuestras facultades intelectuales o una incapacidad de espíritu que nos impide comprender su misterio. Sin embargo, sin el dominio de las Dos Alas, no podremos dominar el resto, pues Kevin, conocedor de los peligros que entraña el conocimiento y el poder cuando quien los alcanza no está preparado para ellos dispuso sus Alas por riguroso turno de manera que la comprensión de una llevara al

descubrimiento de la siguiente.

»Este fracaso nos ha acompañado durante cuarenta años. Y ahora por fin hemos sabido que tampoco el Amo Execrable ha estado ocioso. Nos lo ha dicho este Waynhim. La fuerza y los ejércitos del enemigo del Reino han ido aumentando más y más hasta que la región que se extiende más allá de las Colinas Quebrantadas está llena de seres desgraciados..., miríadas de pobres criaturas sojuzgadas, como los *dukkha*, que el poder de la Piedra ha convertido en esclavos del Amo Execrable, el cual dispone de una potencia más maligna que todo lo que el Reino ha conocido hasta ahora, más cruel que cualquier otra fuerza en cuya conquista podamos confiar. Ha reunido a sus tres Delirantes, los servidores de su mano derecha, para que se pongan al frente de sus ejércitos. Es posible que sus hordas ya estén en camino para atacarnos.

»Por eso te hemos llamado, ur-Amo Covenant, Incrédulo y poseedor del oro blanco. Tú eres nuestra última esperanza. Te hemos convocado aun sabiendo que ello podía ser muy duro para ti. Hemos jurado dedicación al Reino, y no podíamos hacer otra cosa. ¡Escúchame, Thomas Covenant! ¿No vas a ayudarnos?

Mientras hablaba, la voz de Elena aumentó en potencia y vehemencia, y al final casi parecía que cantara. Covenant no podía negarse a escucharla. El tono de aquella voz le devolvía vívidos todos sus recuerdos de la belleza del Reino. Recordó la embrujadora Danza de la Celebración de Primavera, la lozanía de las Colinas Andelainianas, en las que Covenant había percibido la salud de la tierra con todos sus sentidos, el inquietante brillo espectral del Bosque de Morin, la severidad de las Llanuras de Ra, donde trotaban los Ranyhyn, aquellos grandes caballos. Y recordó la sensación de tener los nervios vivos en los dedos, capaces de notar el tacto de la hierba y la piedra. Y el dolor de la nostalgia le oprimió el corazón.

—Vuestra esperanza os engaña —dijo con la voz ronca cuando Elena concluyó su explicación—. Yo no sé nada de poderes. Mirad, el poder, la energía, se relacionan con la vida, y yo estoy casi muerto. ¿Cuál, si no, es vuestra idea de la vida? Para mí la vida es sensación, y eso es lo que me falta. No puedo sentir. Soy un leproso.

Estaba a punto de enfurecerse de nuevo, pero una voz, que hasta entonces no se había oído en el Cercado, interrumpió su protesta.

—En ese caso, ¿por qué no arrojas ese anillo lejos de ti?

Covenant se volvió y encontró ante él al guerrero que estaba sentado en el extremo de la mesa de los Amos. Había bajado hasta el nivel más inferior del Cercado, y miraba a Covenant con las manos en las caderas. Algo en el rostro de aquel hombre le sorprendió: llevaba gafas, unas gafas negras. Los sutiles y precisos movimientos de su cabeza indicaban la atención que prestaba a cuanto tenía alrededor. Daba la impresión de que lo estudiaba todo y parecía estar en posesión de un secreto. En su rostro sin mirada, la leve sonrisa de sus labios era insondable, no

transmitía nada; era como una frase en una lengua desconocida.

Aquellas gafas de sol eran un elemento extraño, una contradicción... Estaban fuera de lugar en el ambiente intemporal del Cercado, pero la pregunta que le había formulado aquel hombre le había dejado perplejo, y apartó de su mente aquella contradicción.

—Era mi anillo de boda —respondió con sequedad.

El hombre no pareció impresionarse por la réplica.

—Hablas de tu matrimonio en tiempo pasado. Estás separado..., o divorciado. No puedes vivir dos vidas contrapuestas. O bien te libras del anillo y te entregas a lo que parece considerar real, sea lo que fuere, o te libras de tu esposa y cumples aquí con tu deber.

—¿Mi deber? —El juicio expresado por aquel hombre era un ultraje, y le dio a Covenant energía para objetar—: ¿Cómo sabes cuál es mi deber?

—Me llamo Hile Troy —dijo el hombre, haciendo una ligera reverencia—. Soy el Signo General del Ala de Guerra de las Defensas de los Amos. Mi tarea consiste en idear la manera de enfrentarnos al ejército del Amo Execrable.

Entonces habló Elena, lentamente, casi con vacilación.

—Hile Troy... viene de tu mundo, Increíble.

Covenant sintió un escalofrío. ¿Qué había oído? Las palabras de la Ama Superior parecieron apartar el suelo bajo sus pies. La histeria que le había amenazado desde su brusca irrupción en el Reino, se apoderó súbitamente de él. Le atacó el vértigo, como si estuviera al borde de un acantilado, y se tambaleó. Cayó de rodillas y Mhoram se apresuró a sujetarle.

Su movimiento distrajo a los Guardianes de Sangre que sujetaban al Waynhim *dukha* y, antes de que pudieran reaccionar, la criatura se libró de ellos y se abalanzó contra Covenant, gritando enfurecida.

Para salvar a Covenant, Mhoram giró sobre sus talones y detuvo el ataque del *dukha* con su bastón. Inmediatamente, los Guardianes de Sangre lo apresaron de nuevo, pero Covenant no pudo verlo. Cuando Mhoram se apartó de él, cayó de bruces junto al pozo de gravanel. Se sentía débil, poseído por la desesperación, como si estuviera sufriendo una hemorragia mortal. Durante unos momentos estuvo inconsciente.

Una sensación de frescor en la frente lo despertó. Tenía la cabeza apoyada en el regazo de Mhoram, el cual le aplicaba suavemente la marga antilesiones en la herida.

Ya podía sentir los efectos del barro. Era como una suave caricia que se extendía desde la frente hasta los músculos de su cara, relajando la tensión que atenazaba sus rasgos. Y a medida que aquella untura iba liberándole de su agarrotamiento, experimentaba una dulce somnolencia que eliminaba la inquieta servidumbre de su espíritu. En su debilidad, vio que la trampa de su engaño giraba en torno a él y,

esforzándose por dar a su voz el mayor tono de súplica, le dijo a Mhoram:

—Sácame de aquí.

El Amo pareció comprenderle. Asintió con firmeza y luego se puso en pie, levantando con él a Covenant. Sin dirigir la palabra al Consejo, volvió la espalda y subió las escaleras para llevar al ur-Amo fuera del Cercado.

IV

«EL PELIGRO DE QUE SE PIERDA ALGO»



ovenant apenas oyó el ruido de las grandes puertas que se cerraban tras él; apenas era consciente de lo que le rodeaba. Dirigía su atención hacia dentro, a los efectos de la marga antilesiones, que parecían extenderse por su cráneo y descender luego por el resto de la cabeza, irradiando suavidad. Le cosquilleaba la piel, y esa sensación pronto le cubrió el rostro y el cuello. Covenant estaba pendiente de lo que hacía en él la marga, como si fuera un veneno que hubiera tomado para poner fin a su vida.

Las sensaciones de la marga rebasaron la garganta y se extendieron al pecho, entonces se tambaleó y ya no pudo recuperarse. Bannor le cogió por el otro brazo. El Amo y el Guardián de Sangre lo transportaron a través de la ciudad de piedra, casi siempre en sentido ascendente, recorriendo los niveles entrelazados de las Defensas de los Amos. Por fin llegaron a una amplia zona destinada a vivienda, entraron en un dormitorio y le depositaron en la cama, aflojándole las vestiduras para que se sintiera cómodo.

Entonces Mhoram se agachó a su lado y le susurró en tono tranquilizador:

—Éste es el poder de la marga antilesiones. Cuando actúa para curar una lesión grave, produce un sueño profundo, a fin de acelerar la curación. Ahora descansarás bien. Has estado demasiado tiempo sin descansar.

El Amo y Bannor se volvieron para marcharse. Pero Covenant podía sentir la fría y cosquilleante sensación muy cerca del corazón, y llamó a Mhoram. Estaba aterrado y no podía soportar la idea de quedarse solo. Por decir algo, pues solamente quería que Mhoram permaneciera junto a él, preguntó:

—¿Por qué me atacó ese... ese *dukkha*?

De nuevo el Amo Mhoram pareció comprender. Acercó un taburete de madera a la cabecera de la cama y tomó asiento. En voz baja y firme, replicó:

—Eso mismo me pregunto yo, amigo mío. Mira, el *dukkha* ha sido torturado de tal manera que no sabe lo que hace, y podría suponerse que actúa movido por impulsos ciegos. Pero debes recordar que es un Waynhim. Durante largas generaciones, después de la Profanación, cuando los nuevos Amos empezaron su obra en Piedra Deleitosa, los Waynhim sirvieron al Reino, no por fidelidad a los Amos, sino más bien por su deseo de reparar al Reino por las peligrosas acciones y la

oscura ciencia de los ur-viles. Y eso todavía está vivo, profundamente arraigado en el interior del *dukkha*. A pesar de lo que le han hecho, aunque el poder de la Piedra haya esclavizado su espíritu hasta hacerle servir al Despreciativo, todavía recuerda lo que fue y detesta lo que es ahora. Así es como siempre actúa el Amo Execrable: fuerza a sus enemigos a que se conviertan en lo que más odian, y destruye lo que más aman.

»No es agradable decir esto, amigo mío, pero tengo la corazonada de que el *dukkha* te atacó porque negaste tu ayuda al Reino. El Waynhim conoce el poder que posees... desciende de los Demondim y con toda probabilidad comprende más los usos y el poder del oro blanco que cualquier Amo. Su dolor es ahora demasiado grande para permitirle comprender una debilidad ajena. Lo que queda de su consciencia, tras la bárbara tortura a que fue sometido, entrevió que tú..., que rechazabas nuestra petición. Por un momento recuperó su antigua personalidad y actuó en consecuencia.

»Ah, ur-Amo, has dicho que el Reino es un sueño para ti..., y que temes volverte loco. Pero la locura no es el único peligro que encierran los sueños; existe también el peligro de que se pierda algo que jamás pueda recuperarse.

Covenant suspiró. El Amo le había dado una explicación que podía comprender. Pero cuando se interrumpió la voz firme de Mhoram, se dio cuenta de cuánto necesitaba que le siguiera hablando, de lo cerca que estaba del borde de un terrible precipicio. Extendió una mano, palpó el vacío que le rodeaba y sus dedos se aferraron con firmeza a los de Mhoram. Intentó una vez más hacerse comprender por el Amo.

—Era mi esposa —dijo con voz entrecortada—. Me necesitaba. Ella..., ella jamás me perdonará que le haya hecho esto.

Estaba tan fatigado que ya no podía ver el rostro de Mhoram, pero antes de perder la conciencia sintió el firme apretón de su mano. Esto le dio seguridad y se abandonó al sueño.

Se vio entonces bajo un inmenso firmamento estrellado. Pero cada una de las estrellas era una pesadilla. Una interminable sucesión de formas oscuras parecían cernerse sobre él, para atacarle. Y él era como una carroña, impotente para rechazar su ataque. Aunque cada vez que la negra sombra se precipitaba contra él, una mano cogía la suya y le consolaba. Era como un ancla que le impidió ir a la deriva en aquel mar de sueños, hasta que despertó.

Permaneció tendido sin abrir los ojos, y palpó su cuerpo como si buscara hinchazones. Estaba cubierto desde el pecho hasta los pies por unas sábanas suaves y limpias, y podía notar en sus dedos el tacto del tejido. Había desaparecido la fría insensibilidad de los nervios muertos, los había animado un calorillo curativo que llegaba hasta la médula de sus huesos.

El cambio visible en sus dedos era aún más evidente. Su mano derecha se aferraba a las sábanas. Cuando movía los dedos, podía notar la textura de la tela con

sus yemas. Se cogió la mano izquierda y la apretó con tanta fuerza que pudo sentir el pulso en los nudillos.

Pero los nervios no se regeneran... no pueden...

Era demasiado cruel experimentar con toda la potencia de los sentidos lo que la razón tenía que negar. Maldijo su sino mientras experimentaba, aterrado, la sensación del tacto. «No, no», susurró involuntariamente, pero el tono de su voz reflejaba la futilidad de su resistencia.

—Oh, amigo mío —dijo Mhoram, dando un suspiro—. No has dejado de proferir negativas durante tu sueño. No lo comprendo. Observo por tu respiración que has presentado resistencia a la curación, y no veo con claridad el resultado. No puedo decir si tus negativas te han hecho bien o mal.

Covenant alzó los ojos y los fijó en el rostro afable de Mhoram. El Amo seguía sentado al lado de la cama; su bastón recubierto de hierro estaba apoyado en la pared, al alcance de la mano. Ya no había antorchas en la habitación, y la luz del sol penetraba a través de un gran mirador, al lado de la cama.

Por la mirada de Mhoram, Covenant se dio cuenta de la crispación de sus manos. Distendió los dedos cuidadosamente, se incorporó apoyándose en los codos y preguntó cuánto tiempo había dormido. Su voz, después de los gritos que había dado en el Cercado, tenía una tonalidad ronca.

—Ya es más de mediodía —dijo Mhoram—. Hicimos la llamada ayer por la noche.

—¿Has estado aquí... todo ese tiempo?

El Amo sonrió.

—No. Durante la noche... ¿Cómo podría decirlo? Me reclamaron. La Ama Superior Elena ocupó mi lugar. —Hizo una pausa y añadió—: Hablará contigo esta tarde, si estás dispuesto a escucharla.

Covenant no respondió. Al oír el nombre de Elena sintió renacer su cólera y el temor por el enigmático acto que le había convocado al Reino. Pensó que la llamada había sido obra de Elena; su voz le arrastró, impidiéndole hablar con Joan. Y al evocar a Joan de nuevo sintió deseos de llorar. Para disimular su aflicción, saltó de la cama, recogió sus ropas y fue en busca de un lugar donde lavarse.

En la habitación contigua, encontró un lavabo de piedra y una bañera del mismo material, conectados a una serie de válvulas de piedra que le permitían utilizar el agua donde quisiera. Llenó el lavabo, sumergió las manos en el agua, y su intensa frialdad halló inmediata respuesta en la nueva vitalidad de los nervios. Entonces metió la cabeza en el agua y no la sacó hasta que el frío hizo que le dolieran los huesos del cráneo. Luego, chorreando, se colocó junto a un recipiente de cálido gravanel, cerca de la bañera.

Mientras se secaba al calor de las piedras de fuego, se esforzó para acallar el

dolor de su corazón. Era un leproso, y su triste experiencia le había hecho conocedor de la importancia vital de reconocer los hechos. Había perdido a Joan; aquello era un hecho, como su enfermedad, que estaba más allá de toda posibilidad de cambio. Joan estaría enfadada con él porque no le había respondido, habría colgado el teléfono pensando que él rechazaba su llamada, su orgulloso y valiente esfuerzo para llenar el vacío de su mutua soledad. Y de nuevo se vio atrapado en su engaño. Si quería sobrevivir, no podía permitirse el lujo de llorar por las esperanzas perdidas. Era un leproso y todas sus esperanzas eran falsas. Las esperanzas eran sus enemigos: podían matarlo volviéndolo ciego a la fuerza letal de los hechos.

Que el Reino era una ilusión engañosa, a pesar de todas las apariencias, era un hecho. Era un hecho también que estaba atrapado, envuelto en la red de su propia debilidad. Su lepra era un hecho. Insistió en estas cosas mientras protestaba débilmente en silencio: «¡No! ¡No puedo soportarlo!». Pero el agua fría que humedecía su piel se secó y fue sustituida por el agradable calor del gravanel. Las sensaciones recorrieron vivamente sus miembros, desde las manos y los pies. Con gesto decidido, tenaz, como si estuviera golpeándose la cabeza contra una pared, realizó una OVE.

Entonces vio un espejo de piedra pulida e inspeccionó en él su frente. No había ninguna cicatriz... La marga antilesiones había borrado completamente la herida.

—¡Mhoram! —llamó, en un tono involuntario de súplica.

Para contrarrestar aquella muestra de debilidad, empezó a vestirse. Cuando el Amo apareció en la puerta, Covenant no le miró a los ojos. Se puso la camisa y los pantalones tejanos, se ató las botas y luego pasó a la tercera habitación de la especie de suite donde le habían alojado.

Encontró allí una puerta que daba a un balcón. La abrió y salió al aire libre, seguido de Mhoram. Las perspectivas se abrieron al instante y sintió un acceso de vértigo. El balcón estaba en la mitad de la pared meridional de Piedra Deleitosa..., a más de trescientos metros por encima de las estribaciones al pie de la montaña. El abismo que se abría bajo sus pies era como unas fauces abiertas ante la inesperada irrupción de Covenant. El temor que le producían las alturas hacía que le zumbaran los oídos. Cogió con fuerza la barandilla de piedra y procuró serenarse con la seguridad que le daba.

Pronto pasó la terrible sensación de vértigo y, aunque Mhoram le preguntó qué le sucedía, no se lo explicó. Aspiró hondo, se irguió y apoyó la espalda en el protector muro de piedra. Desde allí contempló el panorama.

Tal como recordaba, Piedra Deleitosa llenaba una larga cuña de las montañas que se alzaban al oeste. Muchos siglos antes, los Gigantes la habían tallado en el promontorio montañoso. Fue en tiempos del Antiguo Amo Damelon Giganteamigo. Por encima de las Defensas, como llamaban a aquella obra monumental, había una

altiplanicie, en dirección noroeste, la cual, tras rebasar el conjunto de cataratas conocidas como Saltos Aferrados, se extendía una o dos leguas más antes de finalizar en las escarpadas Montañas Occidentales. Las cataratas estaban a demasiada distancia para divisarlas desde allí, pero a lo lejos se distinguía el río Blanco, una línea brillante que serpenteaba hacía el sur y levemente al este desde su nacimiento en los Saltos Aferrados.

Más allá del río, al sudoeste, Covenant distinguió las llanuras y colinas que se extendían hasta Fidelia. No vio en aquella dirección señal alguna de cultivos o población humana, pero, hacia el este, había campos en sazón, grupos de árboles, cursos de agua y pueblos..., todos ellos relucientes bajo el sol, como si sonrieran pletóricos de salud. Mirando aquel rico y maduro paisaje Covenant pensó que estaba iniciándose el otoño. Veía el sol en el sur, el aire no era tan cálido como parecía, y la brisa suave que acariciaba la superficie de Piedra Deleitosa acarreaba el aroma terreo de la lozanía otoñal.

La estación en el Reino —tan diferente del tiempo primaveral en el mundo del que Covenant había sido arrancado— renovó su conciencia de la contradicción existente entre lo real y lo posible, le recordó muchas cosas, pero hizo un esfuerzo para atenerse a los acontecimientos de la noche anterior. Habló a Mhoram con un tono de rigidez en su voz.

—¿No se te ha ocurrido pensar que probablemente el Execrable dejó libre a ese pobre Waynhim sólo para lograr que vosotros me convocarais?

—Desde luego —replicó Mhoram—. Así es cómo actúa el Despreciativo. Intenta que seas tú el medio de nuestra destrucción.

—En ese caso, ¿por qué lo hicisteis? ¡Maldita sea! Sabéis lo que pienso de todo esto... Os lo he dicho con bastante frecuencia. No quiero..., no voy a responsabilizarme de lo que os ocurra.

El Amo Mhoram se encogió de hombros.

—Ésa es la paradoja del oro blanco. En nosotros se alían la esperanza y la desesperación. ¿Cómo podríamos rechazar el riesgo? Sin toda la ayuda que podamos encontrar y todo el esfuerzo que seamos capaces de realizar, no podemos enfrentarnos al poder del Amo Execrable. Confiamos en que, al final, no vuelvas la espalda al Reino.

—Habéis podido pensar en ello durante cuarenta años. Ya deberíais saber lo poco que merezco e incluso que deseo vuestra confianza.

—Tal vez. El Signo General Hile Troy arguye también así..., aunque no es mucho lo que sabe de ti. Cree que confiar en alguien tan reacio a cooperar es una locura, y no está convencido de que perderemos esta guerra, pues tiene planes audaces. Pero he oído la risa del Despreciativo. Para bien o para mal, soy vidente y oráculo de este Consejo. Oigo... Apruebo la decisión de convocarte que tomó la Ama Superior, y la

apruebo por muchas razones.

»Mira, Thomas Covenant, no hemos perdido nuestros años de encierro en este lugar entregados a dulces sueños de paz mientras el Amo Execrable aumenta constantemente su poderío y maquina contra nosotros. Desde tu último instante en el Reino hasta el día de hoy, hemos luchado para preparar nuestra defensa. Exploradores y Amos han recorrido el Reino de un extremo a otro, uniendo a la gente, dándoles consejos, difundiendo el conocimiento que tenemos, aunque no sea mucho. He cruzado las agrestes Colinas Quebrantadas y he luchado en el margen de Cenizas Calientes..., pero no voy a hablar de eso. Al regresar, traje conmigo el conocimiento de los Delirantes. El *dukkha*, por sí solo, no nos habría impulsado a convocarte.

A pesar de que se hallaba directamente bajo los rayos del sol, Covenant sintió un escalofrío al oír la palabra *Delirantes*. Recordó al otro Waynhim que había visto, muerto con una estaca de hierro clavada en el corazón..., muerto por un Delirante.

—¿Qué sabes de ellos? —preguntó a Mhoram—. ¿Qué aprendiste?

—Mucho o poco —respondió Mhoram, exhalando un suspiro—, según sean los usos del conocimiento. Es indudable la importancia de este conocimiento... y, no obstante, no alcanzamos a aquilatar exactamente su valor.

»Mientras tú estabas todavía en el Reino, supimos que los Delirantes vivían aún y que, al igual que su maestro y amo, no habían sido destruidos por el Ritual de la Profanación con el que Kevin Arrasatierra arruinó el Reino impulsado por la desesperación. Teníamos cierto conocimiento de tales seres por las antiguas leyendas, la ciencia de la Primera Ala y las enseñanzas de los Gigantes. Sabíamos que se llamaban Sheol, Jehannum y Herem y que vivían sin cuerpo, alimentándose de los espíritus ajenos. Cuando el Despreciativo tuvo la potencia suficiente para darles energía, se dedicaron a esclavizar criaturas o personas penetrando en sus cuerpos, sometiendo su voluntad y utilizando el cuerpo apresado para poner en práctica los designios de su amo. Al incorporar unas formas que no eran las suyas propias estaban bien ocultos, y así podían obtener la confianza de sus enemigos. Por ese medio, muchos valientes defensores del Reino fueron arrastrados a su muerte en la época de los Antiguos Amos.

»Pero sé todavía más. Cerca de la Guarida del Execrable, sufrí un ataque..., el acoso de una fuerza que me dominaba. Huí a través de las Colinas Quebrantadas, sin que mediara entre yo y la muerte nada más que el bastón de Variol, mi padre, y no pude evitar que mi enemigo cayera sobre mí. Creí que estaba luchando con un supremo maestro de la ciencia ur-vil, pero supe..., supe que no era así.

La mirada del Amo Mhoram se perdía en las profundidades del cielo, mientras, absorto en su evocación, recordaba lo que le había sucedido.

—Luché con un Delirante —prosiguió—, una de esas criaturas invisibles que se había encarnado en un ur-vil, y su contacto me explicó muchas cosas. En los tiempos

remotos, antes de la época a la que se refieren nuestras leyendas más venerables, incluso antes de que llegaran los hombres al Reino y llevaran a cabo la cruel tala del Bosque Único, el Coloso de la Cascada tenía poder y una finalidad. Se alzaba en el Declive del Reino, como un puño imponente por encima de las tierras inferiores del Reino y, con el poder del Bosque, cortaba el paso a la negra maldición de las tierras superiores.

Mhoram se interrumpió entonces y se puso a cantar una lenta melodía, como un lamento, una especie de himno sosegado, en tono bajo, que contaba la historia del Coloso tal como los Amos la habían conocido antiguamente, antes de que el hijo de Variol hubiera obtenido su nuevo conocimiento. Con nostalgia contenida, por la gloria que se había perdido, la canción describía al Coloso de la Cascada, un enorme monolito de piedra que parecía un puño levantado y se alzaba ante la cascada donde el río Montatierra de las Llanuras de Ra, se convertía en la Torrentera de la Ruina de las Llanuras Estragadas.

Desde una época que ya era remota antes de que Berek el Amo Fundador perdiera su mano, el Coloso se había alzado solitario, montando sombría guardia por encima del despeñadero llamado Declive del Reino, y las más remotas leyendas de los Antiguos Amos hablaban de una época, en la era en que el Bosque Único dominaba en el Reino, en la que aquel puño encumbrado había impedido que se difundiera la sombra del Desprecio, reteniéndola, hasta que un insospechado enemigo, el hombre, taló y taló el bosque, hasta que fue demasiado tarde para su regeneración. Y el Coloso, agraviado y debilitado por la devastación de los árboles, levantó su prohibición y dejó libre a la sombra. Desde entonces, desde el mismo momento de aquella capitulación, la Tierra había perdido lentamente el poder, la voluntad o la posibilidad de defenderse. Así, pues, la penosa tarea de oponer resistencia al Despreciativo recayó en una especie que había atraído a la sombra contra sí misma, y el resultado era la postración de la Tierra.

—Pero lo que el coloso resistía no era el Desprecio —prosiguió Mhoram—. El Desprecio era la ponzoña de los hombres, y llegó con ellos al Reino desde el frío y angustiado norte y desde el hambriento reino del sur. No, el Coloso de la Cascada impidió el paso a otro enemigo..., a los tres hermanos que odiaban la tierra, y que ya eran viejos en las Llanuras Estragadas antes de que el Amo Execrable arrojara allí su sombra por primera vez. Eran trillizos, engendrados en su madre, olvidada mucho tiempo atrás, que los tuvo en un solo parto, y sus nombres eran *Samadhi*, *Moksha* y *Turiya*. Odiaban la tierra y todo cuanto crecía en ella, de la misma manera que el Amo Execrable odia toda la vida y el amor. Cuando el Coloso interrumpió su prohibición, llegaron a las tierras superiores del Reino, y en su ansia por devastar y causar aflicción cayeron en seguida bajo el dominio del Despreciativo, y desde entonces han sido sus principales sirvientes. Han llevado a cabo traicioneras acciones

cuando él no podía mostrar su participación, y han luchado por él cuando no podía dirigir a sus ejércitos.

»Fue *Samadhi*, ahora llamado Sheol, quien avasalló el feudo de Berek, fue él quien asesinó a los paladines del Reino y llevó a Berek, solitario y mutilado, a su triste final en las laderas del Monte Trueno. Fueron *Turiya* y *Moksha*, Herem y Jehannum, quienes atrajeron a los poderosos y austeros Demondim a sus madrigueras, y a los vástagos de los ur-viles. Ahora los tres están unidos de nuevo con el Amo Execrable, unidos y clamando por la destrucción del Reino. Pero ¡ay!, mi ignorancia y mi debilidad me impiden prever lo que harán. Puedo oír sus voces, llenas de excitación por derribar los árboles y calcinar la tierra, pero no comprendo lo que se proponen hacer. Si el Reino está en tal peligro es porque sus servidores son débiles.

La áspera elocuencia del tono de Mhoram absorbió a Covenant y, bajo su hechizo, la brillante luz del sol pareció oscurecerse. A su pesar, tuvo un atisbo de la vaga y cruel maldad que se ocultaba tras la realidad visible del Reino, desafiando a sus defensores. Y cuando reparó en sí mismo, no vio más que presagios de inutilidad. Otras gentes que le habían confesado su debilidad, habían sufrido terriblemente a causa de su propia impotencia irreductible e incurable.

—¿Por qué? —preguntó en un tono más áspero de lo que se proponía.

Mhoram salió de su ensimismamiento y miró inquisitivamente a Covenant, enarcando una ceja.

—¿Por qué sois débiles?

—Amigo mío —dijo Mhoram, con una sonrisa burlona—, había olvidado que hacías preguntas así. Me exiges largas explicaciones. Creo que si pudiera responderte brevemente, no te necesitaría tanto. —Pero Covenant seguía insistiendo y, tras una pausa, Mhoram añadió—: Bien, no puedo negarme a responder. Pero ven... Te espera la comida. Mientras comemos procuraré responderte lo mejor que pueda.

Covenant se negó. A pesar de su apetito, no estaba dispuesto a hacer más concesiones al Reino hasta que supiera mejor qué terreno pisaba.

Mhoram reflexionó un momento y luego replicó en tono mesurado:

—Aunque lo que dices sea cierto..., aunque el Reino y la Tierra y todo lo demás no sean más que un sueño, una amenaza de locura para ti..., aun así debes comer. El hambre es el hambre y la necesidad es la necesidad. ¿Cómo si no...?

—No —dijo Covenant con firmeza.

Entonces centellearon los reflejos dorados en los ojos de Mhoram, y dijo en un tono opaco:

—Entonces responde tú mismo a esa pregunta. Respóndela y sálvanos. Si somos impotentes y estamos desamparados, es por tu culpa. Sólo tú puedes penetrar los misterios que nos rodean.

—No —repitió Covenant.

Comprendía lo que Mhoram estaba diciendo y se negaba a aceptarlo. Respondió al fulgor que despedían los ojos de Mhoram con una negativa. Aquello no era muy distinto a que le culparan por ser leproso. No era culpa suya.

—Vas demasiado lejos —dijo a Mhoram.

—Escúchame, ur-Amo —replicó Mhoram, articulando lentamente cada palabra—. El Reino corre peligro. La distancia no será un obstáculo para mí.

—No me refería eso. Quería decir que llevas demasiado lejos lo que dije. Yo no soy..., el responsable de mis sueños. No puedo dominarlos. Soy sólo otra víctima. Todo cuanto sé es lo que tú me dices. Lo que quiero saber es por qué sigues tratando de hacerme responsable. ¿Qué te hace más débil de lo que soy yo? Tienes el Bastón de la Ley, el *rhadhamaerl* y el *lillianrill*, ¿a qué se debe tu maldita debilidad?

El fulgor se desvaneció lentamente de la mirada del Amo. Cruzó los brazos de manera que el bastón quedó horizontal sobre su pecho y dirigió a Covenant una sonrisa horizontal.

—A cada pregunta que me haces, se comunica la respuesta. Si me preguntas de nuevo, me temo que sería necesario el interminable relato de un Gigante para responderte. Perdóname, amigo mío. Sé que no podemos achacarte nuestra situación. Que sea un sueño o no, es indiferente para nosotros. Debemos servir al Reino.

»Ahora debo recordarte que el *rhadhamaerl* y el *lillianrill* no afectan a la debilidad de los Amos. La ciencia pétreo del *rhadhamaerl* y la ciencia arbórea del *lillianrill* han sido preservadas desde antaño por los habitantes de las Pedrarias y las Fustarias. En su exilio tras el Ritual de la Profanación, las gentes del Reino perdieron gran parte de las riquezas que habían configurado su vida. Quedaron amargamente despojados de casi todo, y sólo pudieron aferrarse a aquella ciencia que les permitía sobrevivir. Así, cuando regresaron al Reino, trajeron consigo a aquellos cuya tarea durante el exilio consistió en preservar y utilizar la ciencia, los Gravanélicos del *rhadhamaerl* y los Estigmatizados del *lillianrill*. Gracias a la obra de Gravanélicos y Estigmatizados, la vida en los pueblos ha sido gratificante, y sus pobladores han gozado de calor en invierno y de plenitud en el verano, de acuerdo con la armonía del Reino.

»La ciencia del Amo Superior Kevin Arrasatierra es otra cuestión. Ese conocimiento pertenece a la Raat, donde se estudia la ciencia, y a los Amos.

»La época de los Antiguos Amos, antes de que el Amo Execrable declarase la guerra abierta a Kevin, hijo de Loric, estuvo entre las que dieron mayor esplendor y poderío al Reino. Dos elementos daban su poder a la ciencia de Kevin: la energía de la Tierra y la pureza que iba aparejada al servicio del Reino. Florecían entonces la salud y la alegría, y la refulgente joya terrestre de Andelain adornaba profusamente el corazón del Reino con maderas y piedras preciosas. Aquella fue una época... No

obstante, llegó a su ocaso. El furor se apoderó de Kevin, y con el Ritual de la Profanación destruyó lo que había amado, con la intención de destruir también al Despreciativo. Sin embargo, antes de morir, recibió el don de la profecía o la videncia, y halló los medios necesarios para salvar gran parte del poder y la belleza. Avisó a los Gigantes y los Ranyhyn, de manera que pudieran huir, y dio órdenes a la Escolta de Sangre para que se pusiera a salvo. Dejó su ciencia para las edades posteriores, oculta en las Siete Alas, a fin de que no cayera en manos indignas o no preparadas para utilizarla. Dio la Primera Ala a los Gigantes y, cuando finalizó el exilio, ellos la entregaron al primero de los nuevos Amos, los antepasados de este Consejo. A su vez, aquellos Amos concibieron el Juramento de Paz para guardarse de la pasión destructora que acometió a Kevin. Todos estos Amos, nuestros antepasados, juraron, lo mismo que sus seguidores, lealtad y servicio al Reino y al poder de la Tierra.

»Ahora, amigo mío, sabes que hemos descubierto la Segunda Ala. Mucho es el conocimiento que contienen ambas, y mucho es su poder, y cuando las hayamos dominado nos conducirán a la Tercera Ala. De este modo iremos adquiriendo su dominio hasta que sea nuestra la ciencia de Kevin. Pero no logramos..., no acabamos de dominar ese conocimiento. ¿Cómo podría decirlo? Traducimos las palabras de los Antiguos Amos, aprendemos las experiencias, los ritos y los cánticos de la ciencia, estudiamos la Paz y nos dedicamos a la vida del Reino. Pero nos falta algo. De alguna manera, comprendemos mal..., o nuestra comprensión es insuficiente. Solamente una parte del poder de este conocimiento responde a nuestros esfuerzos. No logramos aprender nada de las otras Alas, y muy poco de las Siete Palabras que evocan el Poder de la Tierra. Es algo..., algo que falla en nosotros, ur-Amo, tengo esa corazonada. Somos inadecuados, carecemos de la grandeza necesaria para dominar ese saber.

El Amo quedó en silencio, con la cabeza gacha y la mejilla apoyada en el bastón. El calor del sol y la fresca brisa parecían acentuar el severo juicio que Mhoram había hecho de sí mismo. La propia Piedra Deleitosa empequeñecía a sus moradores.

Sin embargo, la influencia y el ejemplo del Amo fortalecieron a Covenant. Al fin tuvo el valor de formular su pregunta más importante:

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué os ha permitido convocarme? ¿No teme al oro blanco?

—El Amo Execrable todavía no está preparado para derrotarte —dijo Mhoram sin levantar la cabeza—. La magia indomeñable todavía es superior a sus poderes. Por eso lo que hace es esforzarse para que tú mismo te destruyas. He podido verlo.

—¿Has podido verlo? —repitió Covenant en voz baja, con un dejo de aflicción.

—Sí, en sombrías visiones he tenido atisbos del corazón del Despreciativo. En esta cuestión, no me ocurre como con la ciencia... He podido comprenderlo todo a la

perfección. Incluso ahora, el Amo Execrable cree que su poder no puede igualarse a la magia indomeñable del oro blanco. No está preparado para presentarte batalla.

»Recuerda que hace cuarenta años Lombrizderoca Babeante poseía tanto el Bastón como la Piedra. Deseoso todavía de más poder, deseoso en verdad de todo el poder, se volvió contra ti de una manera que el Despreciativo nunca habría elegido, una manera inútil y estúpida. El Babeante estaba loco, y el Amo Execrable no deseaba facilitarle la cordura.

»Ahora las cosas son distintas. El Amo Execrable no desperdicia poder, ni corre riesgos sin beneficios para sus propósitos. Por caminos indirectos intenta que lleve a cabo sus designios. Si al final no ha podido dominarte, luchará contigo..., pero sólo cuando esté seguro de la victoria. Hasta entonces, se esforzará por desviar tu voluntad, de manera que decidas enfrentarte al Reino..., o retirarnos tu defensa, con lo que él estaría en libertad de destruirnos.

»Ahora, sin embargo, no dará ningún paso contra ti. Teme a la magia indomeñable. El oro blanco no está sometido a la ley del Tiempo, y debe impedir su utilización hasta que pueda saber que no será usado contra él.

Covenant comprendió que Mhoram le estaba diciendo la verdad. El Despreciativo le había dicho algo semejante, en la Atalaya de Kevin, la primera vez que apareció en el Reino. Se estremeció al recordar el desprecio del tétrico Amo Execrable y sintió un escalofrío, como si tras la clara luz del sol sobre Piedra Deleitosa soplara la húmeda ventolera del Desprecio, humedeciendo su alma, asfixiándola con el olor de la esencia de rosas, torturando sus oídos con el estrépito atronador de una avalancha. Miró a los ojos de Mhoram y supo que también él debía ser sincero, tenía que contestarle con tanta franqueza como le fuera posible.

—No tengo ninguna elección. —Sintió deseos de ocultar la cabeza, avergonzado, pero se obligó a sostener la mirada del Amo—. Tendré que actuar de esa manera. Aunque ésta no sea la respuesta buena, aunque la locura no sea el único peligro de los sueños, aunque creyera en esta magia indomeñable. No sé cómo usarla.

Mhoram hizo un esfuerzo y sonrió levemente, pero la expresión de sus ojos era sombría. Sostuvo la mirada de Covenant sin parpadear, y cuando habló, el tono de su voz era triste.

—Oh, amigo mío, ¿qué vas a hacer?

La nota de desamparo y aflicción en el tono de aquella pregunta hizo que Covenant sintiera un nudo en la garganta. No estaba preparado para la simpatía que reflejaban las palabras del Amo.

—Sobreviviré —respondió con dificultad.

Mhoram asintió lentamente y, poco después, dio media vuelta y cruzó la habitación. Al llegar a la puerta se volvió hacia Covenant.

—Tengo que apresurarme. El Consejo me espera. Debo ir.

Pero antes de que el Amo saliera, Covenant le preguntó:

—¿Por qué no eres tú el Amo Superior? —Intentaba encontrar alguna manera de darle las gracias a Mhoram—. ¿No te aprecian aquí?

—Todavía no ha llegado mi momento —replicó sencillamente Mhoram por encima del hombro.

Luego abandonó la estancia, cerrando cuidadosamente la puerta tras él.



DUKKHA



ovenant contempló de nuevo el paisaje meridional desde la altura de Piedra Deleitosa. Tenía muchas cosas en que pensar, y no era nada fácil comprenderlas. Pero ya sus sentidos parecían compenetrados con la armonía del Reino. Podía notar el olor de los cultivos, al este, que ya estaban casi a punto para la recolección, y ver la madurez interna de los árboles distantes. La luz solar que acariciaba su rostro tenía irisaciones otoñales. Tales sensaciones acentuaban la ebullición vital en sus venas, pero confundían sus esfuerzos para enfrentarse con claridad a su situación. Pensaba, con dolor, que a ningún leproso se le pediría que viviera en un mundo como aquél.

Sin embargo, no podía negar que le había conmovido el relato de Mhoram acerca de los dilemas con los que se debatían los Amos. Le conmovían el Reino y las personas que lo servían..., aunque le hicieran sentirse tan empequeñecido. A desgana, abandonó el balcón y contempló la bandeja de alimentos que habían dejado en una mesa de piedra, en el centro de la estancia. El guisado todavía humeaba, haciéndole notar el hambre que sentía.

Pero no podía permitirse ni una sola concesión más. El apetito era como la salud de sus nervios, ilusión, engaño, sueño. No podía...

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Se quedó inmóvil un momento, indeciso. No quería hablar con nadie hasta que hubiera tenido más tiempo para pensar, pero al mismo tiempo no quería estar a solas. La amenaza de locura era siempre más temible en soledad.

«Sigue moviéndote, no mires atrás», musitó amargamente, repitiendo para sus adentros una fórmula que, como mucho, le había proporcionado resultados ambiguos.

Se levantó y fue a abrir la puerta.

En el umbral estaba Hile Troy, vestido tal como Covenant le había visto antes, con las gafas de sol puestas. Y, de nuevo, la sonrisa de sus labios tenía un aspecto vagamente misterioso y parecía como si pidiera disculpas por algo. Covenant sintió una súbita inquietud. Había intentado apartar a aquel hombre de su pensamiento.

—Ven conmigo —dijo Troy en tono imperioso—. Los Amos están haciendo algo que debes ver.

Covenant se encogió de hombros para disimular el temblor que le había acometido. Troy era un adversario... Covenant podía percibirlo. Pero había tomado su decisión al abrir la puerta. Con gesto desafiante, salió de la estancia. Vio a Bannor

en el pasillo, vigilando al lado de su puerta.

Hile Troy empezó a andar con paso firme y confiado, pero Covenant se volvió hacia el Guardián de Sangre. Bannor respondió a su mirada con un gesto de asentimiento, y por un momento ambos se sostuvieron mutuamente la mirada. El rostro chato, moreno, inescrutable de Bannor no había cambiado lo más mínimo; daba la impresión de que no había envejecido un solo día. Estaba relajado pero dispuesto a entrar en acción en cualquier momento, e irradiaba solidez física. La impresión de eficacia y habilidad que transmitía era casi palpable y Covenant se sintió intimidado, aunque no se le escapó cierto matiz de gravedad y tristeza en la impenetrabilidad intemporal de Bannor.

Se decía de los Guardianes de Sangre que tenían dos mil años de edad. Su condición inmutable estaba unida a un rígido voto de servicio a los Amos, una entrega que no encontraba límites ni siquiera en la muerte, puesto que todos aquéllos a los que habían conocido, incluso los Gigantes de larga vida y el Amo Superior Kevin, que les había inspirado su voto, se habían convertido en polvo.

Ahora, al contemplar a Bannor, con su aspecto de otro mundo, los pies descalzos y su corta túnica marrón, Covenant tuvo una repentina impresión intuitiva, como si una percepción subliminal anterior hubiera catalizado. ¿Cuántas veces le había salvado Bannor la vida? Por un instante, no pudo recordarlo. Inesperadamente se sintió seguro de que el Guardián de Sangre podía decirle lo que necesitaba saber, que desde la extravagancia de su perspectiva con dos milenios de antigüedad, despojado por el imprevisto poder de su voto de hogar, sueño y muerte, de todos los seres a los que había amado, había obtenido el conocimiento que Covenant necesitaba.

—Bannor... —empezó a decir.

—Ur-Amo —respondió el Guardián de Sangre con su voz neutra, tan desapasionada como el tiempo.

Pero Covenant no sabía cómo formularle la pregunta, no podía expresar su necesidad con palabras que no parecieran un ataque a la fidelidad del Guardián de Sangre.

—Así que estamos de nuevo aquí —musitó.

—La Ama Superior me ha elegido para que sea su guardián.

—Vamos —dijo Troy perentoriamente—. Debes ver esto.

Covenant hizo oídos sordos un momento más.

—Confío... —dijo dirigiéndose a Bannor—. Confío en que esta vez salga mejor que la anterior.

Entonces dio media vuelta y siguió a Troy por el pasillo. Sabía que Bannor iba tras él, aunque el Guardián de Sangre no hacía el menor ruido al andar.

Visiblemente impaciente, Hile Troy condujo a Covenant hacia el interior de las Defensas, a través de sus múltiples niveles. Pasaron por salas de alto techo

abovedado, recorrieron pasillos de enlace y bajaron escaleras hasta llegar a un lugar que Covenant reconoció en seguida: el largo pasadizo circular alrededor del recinto sagrado, donde los habitantes de Piedra Deleitosa rendían culto.

Covenant siguió a Troy, el cual entró por una de las muchas puertas. Daba a un balcón colgado en la pared de la gran caverna. La forma de la cavidad era cilíndrica, y había siete balcones tallados en las paredes. El suelo plano tenía un estrado a un lado, y al techo, en forma de cúpula, estaba tan alto que era difícil verle con claridad desde los balcones. El recinto estaba envuelto en la penumbra, pues la única iluminación de aquel lugar enorme procedía de cuatro antorchas de *lillianrill* alrededor del estrado. Bannor cerró la puerta, impidiendo que pasara la luz del pasillo exterior. En la penumbra, Covenant se aferró a la barandilla del balcón para protegerse de la angustia que le producían las alturas. El estrado quedaba a muchos metros por debajo de él.

Los balcones estaban casi vacíos. Estaba claro que, fuera cual fuese la ceremonia que se iba a representar, no estaría destinada a la población general de Piedra Deleitosa.

Los nueve Amos se encontraban ya en el estrado. Formaban un círculo, dándose las caras. De espaldas a las antorchas, sus rostros quedaban en la penumbra, y Covenant no podía distinguir sus facciones.

—Esto es obra tuya —le dijo Troy en un susurro—. Han intentado todo lo demás. Tú les has hecho llegar a esto.

Dos Guardianes de Sangre que llevaban a alguien entre ellos se acercaron al estrado. Con un sobresalto, Covenant identificó al Waynhim herido. El *dukkha* se resistía débilmente, pero no pudo impedir que los Guardianes de Sangre le colocaran dentro del círculo que formaban los Amos.

—Van a intentar liberarle de la influencia de la piedra Illearth —explicó Troy—. Es arriesgado. Si fracasan, esa influencia podría extenderse a alguno de ellos. Estarían demasiado agotados para combatirla.

Aferrándose a la barandilla con ambas manos, Covenant contempló la escena que se desarrollaba bajo él. Los dos Guardianes de Sangre dejaron al asustado *dukkha* en el círculo y se retiraron al muro del recinto. Durante un largo momento, los Amos permanecieron en silenciosa concentración, preparándose. Luego alzaron la cabeza, colocaron con firmeza sus bastones sobre la piedra, ante ellos, y empezaron a cantar. Su himno resonaba en el recinto, como si resonara la misma penumbra que llenaba el recinto abovedado. Las figuras de los Amos eran pequeñas en aquella cámara inmensa, pero su cántico era recio y llenaba el ámbito con firmeza y resolución.

Se desvanecieron los ecos y Troy susurró al oído de Covenant:

—Si algo sale mal, vas a pagar por ello.

—Lo sé —dijo Covenant, en tono profético—. Voy a tener que pagar por todo.

El silencio se hizo de nuevo en el recinto cuando habló la Ama Superior Elena, con voz muy clara.

—*Dharmakshetra* Waynhim, si puedes oírnos a pesar del mal que te han hecho, escucha. Estamos tratando de apartar de ti el poder de la Piedra Illearth. Por favor, ayúdanos. Resiste al Despreciativo. ¡Escucha, *dukkha*! ¡Recuerda la salud y la esperanza y resiste a este mal!

Los Amos alzaron al unísono sus bastones.

En la oscuridad, la mano de Troy cogió el brazo de Covenant por encima del codo.

—¡*Melenkurion abatha!* —gritaron con una sola voz, a la vez que golpeaban la piedra con sus bastones.

El metal sonó en el recinto sagrado como un choque de escudos, y la azulada llama de los Amos brotó del extremo de cada bastón. La incandescencia de las llamas superaba en brillo al fuego de las antorchas, pero el Bastón de la Ley producía la llama más brillante de todas, como una lengua de luz deslumbradora. El fuego de los bastones producía un ruido sordo, como distantes vientos de tormenta.

Lentamente, uno de los bastones se inclinó hacia la cabeza del *dukkha*. Descendió y luego se detuvo, como si en aquel punto el fuego encontrara resistencia. El Amo que blandía aquel bastón lo hizo descender más, el aire entre el cráneo del *dukkha* y el bastón entró en ignición; todo el espacio ardió. Pero el fuego era tan verde como una fría esmeralda, y devoró la llama azul del Amo.

Los dedos de Troy oprimieron como garras el brazo de Covenant, pero éste apenas lo sintió.

Para enfrentarse a la llama verde, los Amos entonaron un canto grave, como una antífona, utilizando palabras que Covenant no podía comprender. Sus voces parecían golpear aquella llama verde, y el agitado viento de su poder aumentaba. Pero a través del canto podía oírse la voz del *dukkha* Waynhim, farfullando.

Uno tras otro, los Amos añadieron su llama a la lucha sobre la cabeza del *dukkha*, hasta que sólo quedó por probar el Bastón de la Ley. A medida que cada nuevo poder entraba en contacto con el fuego verde, un sonido de avidez y un ruido como de huesos rotos se multiplicaba en el aire, y el maléfico fuego verde ardía con más potencia, expandiéndose vorazmente para combatir la fuerza de los Amos.

De repente, se apagaron las antorchas de *lillianrill*, como si las hubiera extinguido una ráfaga de viento.

Troy apretó el brazo de Covenant con más fuerza.

Entonces la voz de la Ama Superior Elena se oyó por encima del cántico de los Amos.

—¡*Melenkurion abatha!* ¡*Duroc minas mill khabaal!*

Y, con un movimiento circular, hizo que el Bastón de la Ley participara en la

refriega.

Por un instante, la fuerza de su ataque hizo que los fuegos en conflicto se confundieran. El verde y el azul se fundieron en uno solo y crepitaron sobre el círculo de los Amos, voraz y rugiente, como un holocausto. Pero un instante después, el *dukkha* profirió un alarido, como si desgarraran su alma en dos. La alta llama que se había formado estalló en un trueno.

La detonación apagó todo el fuego del recinto. Al instante, una oscuridad sepulcral se cernió sobre los Amos.

En aquel momento aparecieron dos pequeñas antorchas en las manos del Guardián de Sangre. La luz mortecina permitió ver al *dukkha* tendido en la piedra, al lado de dos Amos postrados. Los demás seguían en pie, en sus lugares, apoyados en los bastones, agotados, al parecer, por el esfuerzo.

Al ver a los Amos caídos, Troy exhaló un suspiro de rabia, y sus dedos se aferraban tanto a Covenant, que parecían querer descarnarle. Pero Covenant aguantaba el dolor, mientras contemplaba a los Amos.

El Guardián de Sangre encendió de nuevo las cuatro antorchas que rodeaban al estrado. Bajo la cálida luz, uno de los Amos —Covenant reconoció a Mhoram— sacudió su entumecimiento y fue a arrodillarse al lado de sus compañeros caídos. Pasó sus manos sobre ellos, utilizando el sentido del tacto para explorar el daño que habían sufrido, y luego se volvió y se inclinó sobre el *dukkha*. El silencio a su alrededor vibraba de temor contenido.

Finalmente se incorporó, apoyándose en su bastón. Habló en voz baja, pero sus palabras se oyeron claramente en todo el recinto.

—Los Amos Trevor y Amatin están bien. Tan sólo han perdido el conocimiento. —Entonces agachó la cabeza y suspiró—. El Waynhim *dukkha* ha muerto. Que su alma encuentre al fin la paz.

—Y que nos perdone —dijo la Ama Superior Elena—, pues hemos fracasado.

Aliviado, Troy liberó el brazo de Covenant, el cual sintió súbitas punzadas de dolor. Los dolorosos latidos se unieron al dolor de sus manos, debido a la intensidad con que se había aferrado a la barandilla del balcón. El dolor era intenso, pero se sintió satisfecho de poder sentirlo. Veía la muerte en los miembros quebrados del Waynhim. En cambio, los moratones de su brazo, la rigidez y el dolor de sus palmas, eran señal de vida.

—Lo han matado —dijo sombríamente.

—¿Qué querías que hicieran? —replicó Troy, en un tono casi indignado—. ¿Mantenerlo cautivo, vivo y sometido al tormento? ¿Dejarle en libertad y eludir la responsabilidad? ¿Matarlo a sangre fría?

—No.

—Entonces ésta es la única alternativa. Era lo único que quedaba por intentar.

—No, no comprendes. —Covenant trató de hallar las palabras para explicárselo, pero fue inútil—. No comprendes lo que el Execrable les está haciendo.

Apartó de la barandilla sus dedos doloridos y abandonó el recinto.

Cuando llegó a sus aposentos, todavía se estremecía. No pensó en cerrar la puerta tras él, y el Signo General entró en la estancia sin molestarse en pedir permiso. Pero Covenant no prestó atención a su visitante. Se dirigió directamente a la bandeja de alimentos, cogió el frasco que estaba junto a los cuencos todavía humeantes y bebió ávidamente, como si tratara de apaciguar el ardor de su sangre. El vino de primavera tenía un sabor ligero, fresco, que recordaba al de la cerveza; al bajar por su garganta parecía limpiar el polvo de sus pasadizos internos. Vació el frasco y permaneció inmóvil un momento, con los ojos cerrados, experimentando la sensación que le producía aquel licor. Cuando sintió que se aligeraba la opresión de su pecho, se sentó a la mesa y se puso a comer.

—Eso puede esperar —le dijo Troy con brusquedad—. He de hablar contigo.

—Habla, pues —replicó Covenant con la boca llena.

A pesar de la insistente impaciencia de su visitante, siguió comiendo. Lo hacía rápidamente, poniendo en práctica su decisión antes de que la duda pudiera hacer que lo lamentara.

Troy paseó rígidamente por la estancia, y luego tomó asiento en el otro extremo de la mesa, frente a Covenant. Tanto de pie como sentado adoptaba la misma postura rígida. Sus gafas negras, impenetrables, realzaban la tirantez de los músculos de las mejillas y la frente.

—Estás decidido a hacer las cosas difíciles, ¿verdad? —dijo lentamente—. Tienes la intención de crearnos problemas a todos.

Covenant se encogió de hombros. A medida que el vino de primavera surtía efecto, empezaba a recobrase de lo que había visto en el recinto sagrado. Al mismo tiempo, recordó la desconfianza que le había inspirado Troy. Mientras comía iba acentuándose su cautela, y miraba disimuladamente al Signo General.

—Mira, trato de comprender —dijo Troy con frialdad—. Bien sabe Dios que tengo una mejor oportunidad que cualquier otro en este lugar.

Covenant dejó el tenedor de madera y miró fijamente a Troy.

—A los dos nos ha sucedido lo mismo. —Al ver la expresión de incredulidad en el rostro de Covenant, añadió—: Oh, todo está bastante claro. Una alianza matrimonial de oro blanco. Botas, tejanos y una camiseta. Estabas hablando por teléfono con tu mujer. Y en la ocasión anterior... ¿no estoy en lo cierto?... te atropelló no sé qué clase de coche.

—Un coche de la policía —murmuró Covenant, sin dejar de mirar al Signo General.

—¿Lo ves? Puedo reconocer todos los detalles, y tú podrías hacer lo mismo con

mi historia. Ambos procedemos del mismo lugar, del mismo mundo, Covenant. El mundo real.

No, aquello no podía ser. Covenant empezó a tener dificultades para respirar. Era imposible que estuviera sucediendo aquello.

—Incluso he oído hablar de ti —siguió diciendo Troy, como si su argumentación fuera incontrovertible—. He leído... Me leyeron tu libro, y me causó una fuerte impresión.

Covenant soltó un bufido. Aquello era demasiado. Estaba trastornado. Había quemado aquel libro demasiado tarde, y seguía obsesionándole.

—Cálmate —le dijo Troy—. Ese condenado libro fue todo un éxito. Lo leyeron centenares de miles de personas. Hicieron una película basada en él. El hecho de que conozca esos detalles no significa que sea una invención de tu mente. La verdad es que mi presencia aquí es una prueba de que no te estás volviendo loco. Dos mentes independientes que perciben el mismo fenómeno.

Su tono indicaba su confianza en lo plausible de su explicación, pero Covenant no se dejó convencer.

—¿Una prueba, dices? —murmuró—. Sería divertido oír a qué otras cosas llamas pruebas.

—¿Quieres que te cuente cómo llegué aquí?

—¡No! —exclamó Covenant con súbita vehemencia—. Quiero que me expliques por qué no quieres regresar.

Troy permaneció en silencio un momento, con el rostro levantado hacia Covenant, los ojos ocultos tras las gafas de sol. Luego se puso en pie y reanudó sus paseos por la estancia. Al llegar a un extremo, giró sobre sus talones y dijo:

—Hay dos razones. La primera es que me gusta esto. Soy útil para algo que vale la pena. Lo que está en juego en esta guerra es algo por lo que vale la pena luchar..., es lo único, en realidad. La vida del Reino es hermosa y merece ser preservada. Por una vez, puedo hacer algo bueno en mi vida, en vez de dedicar el tiempo a despliegues de tropas, adquisición de capacidades para dar el primer golpe y el segundo, máxima disposición de ataque, parámetros de desmoralización e inducción nuclear de acontecimientos genéticos letales. —Recitó todo aquello con un dejo de amargura en la voz. Luego añadió—: Puedo ayudar a la defensa contra un verdadero mal. El mundo de donde procedemos —el mundo «verdadero»— no tiene unos colores tan claros, no hay estos azules, negros, verdes y rojos, este color de ébano, este rojo como la sangre de los dioses, este verde cromo. El gris es el color de la «realidad».

Se sentó de nuevo en la silla, frente a Covenant, y su voz adoptó un tono más coloquial.

—Ni siquiera sabía qué era el gris hasta que llegué aquí. Ésta es la segunda razón.

—Alzó ambas manos y se quitó las gafas de sol—. Soy ciego.

Tenía las órbitas vacías; no sólo le faltaban los globos oculares, sino incluso los párpados y las pestañas. Una piel blanquizca cubría las cavidades donde debía haber tenido los ojos.

—Nací así —dijo el Signo General, como si pudiera ver el asombro de Covenant—. Soy una monstruosidad genética. Pero a mis padres les pareció oportuno conservarme la vida, y cuando murieron ya había aprendido diversas maneras de valerme por mí mismo. Fui a escuelas especiales y recibí una ayuda especial. Necesité algunos años más que los otros, porque tenían que leerme la mayor parte de las cosas, pero finalmente terminé los estudios en la escuela secundaria y la universidad, después de lo cual, mi única habilidad verdadera consistía en seguir atentamente las relaciones espaciales en mi cabeza. Por ejemplo, podía jugar al ajedrez sin tablero. Y si alguien me describía una habitación, podía deambular por ella sin tropezar con nada. Tenía esa capacidad porque, básicamente, así era como me mantenía con vida.

»Así que finalmente logré un puesto de trabajo en un equipo de estudios perteneciente al Departamento de Defensa. Querían gente que fuera capaz de comprender situaciones sin poder verlas..., gente que pudiera usar un lenguaje para tratar con los hechos físicos. Yo era experto en juegos bélicos, situaciones hipotéticas computarizadas, esa clase de cosas. Lo único que necesitaba era una información verbal exacta sobre la topografía, la fuerza de las tropas, el equipo y el despliegue, las capacidades de apoyo..., y entonces me encargaba del juego. Siempre ganaba. Y bien, ¿para qué servía todo aquello? Para nada. Era el monstruo del grupo y nada más.

»Cuidaba de mí mismo tanto como podía. Pero en cuanto a un lugar donde vivir, en gran medida estaba a merced de lo que pudiera conseguir. Así que vivía en un apartamento situado en el noveno piso de una casa, y una noche se incendió. Es decir, supongo que se incendió. Los bomberos aún no habían llegado cuando el fuego alcanzó mi apartamento. El fuego me hizo retroceder hasta la pared, y finalmente salí por la ventana. Me quedé colgado del alféizar, mientras el calor me levantaba ampollas en los nudillos. Estaba decidido a no soltarme porque tenía una idea muy clara de la altura a la que se encuentra un noveno piso, pero era inútil, porque al cabo de un rato mis dedos ya no pudieron sostenerme más.

»No supe nada más hasta que me desperté tendido en algo que parecía hierba. Soplaban una brisa suave, pero lo bastante cálida como para hacerme pensar que era de día. Lo único raro era un olor a carne quemada. Supuse que aquel olor lo producía mi cuerpo. Entonces oí voces..., voces precipitadas, de gente que se apresuraba para tratar de evitar algo. Y me encontraron.

»Más tarde supe lo que había sucedido. Un joven estudiante de la Raat tuvo una

inspiración sobre un fragmento de la Segunda Ala en el que trabajaba. Todo esto ocurrió hace cinco años. Creyó haber descubierto cómo lograr ayuda para el Reino..., cómo llamarte, en una palabra. Quería intentarlo, pero los Guardianes de la Ciencia no se lo permitían. Era demasiado peligroso. Decidieron estudiar aquella idea, y solicitaron a Piedra Deleitosa un Amo para que les ayudara a decidir la manera de poner a prueba la teoría de aquel estudiante.

»Bien, el muchacho no quiso esperar. Abandonó la Raat y caminó unos cuantos kilómetros, adentrándose en las colinas occidentales de Fidelia, hasta que le pareció que se había alejado lo suficiente para trabajar en paz. Entonces dio comienzo al ritual. De alguna manera, los Guardianes de la Ciencia, se percataron del poder que estaba utilizando y fueron tras él. Pero llegaron demasiado tarde. El muchacho había tenido éxito..., por así decirlo. Cuando terminó, yo estaba tendido en la hierba, y él... había muerto abrasado. Algunos Guardianes de la Ciencia creyeron que había atraído al fuego que debió matarme a mí. Como habían dicho, era demasiado peligroso.

»Los Guardianes de la Ciencia se hicieron cargo de mí, me cuidaron, me curaron las quemaduras de las manos con marga antilesiones..., e incluso la aplicaron a mis órbitas vacías. No pasó mucho tiempo antes de que empezara a tener visiones. Colores y formas empezaron a aparecer en mi mente. Surgían de... no sé, de todo aquello a lo que estaba acostumbrado. Así, todos los días pasaba por mí un círculo redondo, blanco y anaranjado, pero no sabía qué era, pues ni siquiera tenía un concepto visual de «redondo». Las visiones fueron intensificándose. Finalmente, Elena —fue ella la Ama que llegó de Piedra Deleitosa, aunque entonces aún no era Ama Superior— me dijo que estaba aprendiendo a ver con la mente, como si mi cerebro empezara realmente a ver a través de la frente. No lo creía, pero ella me enseñó cómo era aquello, me demostró de qué manera mi sentido de las relaciones espaciales adaptaba lo que «veía», y cómo mi sentido del tacto hacía que encajaran con la imagen mental las formas que me rodeaban.

Se interrumpió un momento, recordando. Luego prosiguió con vehemencia:

—Puedes creerme... Jamás pienso en regresar. ¿Cómo podría hacerlo? Estoy aquí y puedo ver. El Reino me ha concedido un don que no podría pagar ni aunque la duración de mi vida se multiplicara una docena de veces. Mi deuda es demasiado grande. La primera vez que me encontré en lo alto de Madera Deleitosa y contemplé el valle donde se reúnen los ríos Rill y Llurallin..., la primera vez en mi vida que pude ver, la primera vez, Covenant, pues nunca había sabido que tales panoramas existían, juré que ganaría esta guerra para el Reino. A falta de misiles y bombas, hay otras formas de luchar. Necesité algún tiempo para convencer a los Amos... el suficiente para superar a los mejores tácticos y estrategias del Ala de Guerra. Luego me nombraron su Signo General. Y ahora estoy preparado. Hay un difícil problema estratégico, y es que estamos demasiado lejos de la mejor línea de defensa, el Declive

del Reino. Todavía no tengo noticias de mis exploradores. No sé de qué modo el Execrable intentará atacarnos. Pero sé que puedo derrotarle en buena lid. Lo estoy deseando. Y vuelvo ahora a tu pregunta. ¿Regresar? No. Jamás.

Hile Troy había hablado en un tono neutro, como si no quisiera mostrar sus emociones a su oyente. Pero Covenant podía distinguir una especie de corriente subterránea de entusiasmo en sus palabras, un timbre de pasión demasiado turbulento para pasar desapercibido.

Troy se inclinó hacia Covenant, y ahora el deje de indignación apareció de nuevo en su voz.

—La verdad es que no puedo entenderte en absoluto. ¿Sabes que todo este lugar —indicó Piedra Deleitosa con un gesto brusco— gira en torno a ti? El oro blanco. La magia indomeñable que destruye la paz, El Incrédulo que encontró la Segunda Ala y rescató el Bastón de la Ley..., sin desearlo, al parecer. Durante cuarenta años, los estudiosos de la Raat y los Amos han trabajado para encontrar la manera de hacerte volver. No me interpretes mal..., han hecho también todo lo humanamente posible para hallar otras maneras de defender el Reino. Han organizado el Ala de Guerra, se han estrujado el cerebro tratando de comprender la Ciencia, han arriesgado su vida en empresas como el viaje de Mhoram a la Guarida del Execrable. Y tienen escrúpulos. Insisten en que aceptan su postura ambivalente, en que no esperan que les salves. Todo cuanto quieren es hacer posible que la magia indomeñable ayude al Reino, de modo que no tengan que reprocharse el haber rechazado una posible esperanza. Pero te diré una cosa... No creen que exista ninguna esperanza excepto tú.

»Ya conoces al Amo Mhoram. Debes tener alguna idea de que es un hombre duro. Posee un valor que aún no ha vacilado ni un instante. Pues bien, llora en sueños, tan terribles son sus pesadillas. Una vez le oí. Él... A la mañana siguiente le pregunté qué le había sucedido. Con su tono de voz sosegado y amable, me dijo que el Reino perecería si tú no lo salvabas.

»Bien, yo no lo creo así, aunque lo diga Mhoram. Pero no es el único. La Ama Superior Elena no puede comer, beber ni dormir sin quitarse de la mente al Incrédulo. Magia indomeñable y oro blanco, Covenant Barón del Anillo. A veces creo que está obsesionada.

Covenant no podía permanecer más tiempo en silencio. No podía soportar que le hicieran responsable de semejante compromiso.

—¿Cuál es la razón? —preguntó bruscamente.

—No lo sé. Ella ni siquiera te conoce.

—No, lo que quiero saber es por qué es ella Ama Superior en vez de Mhoram.

—¿Qué importa? —replicó Troy irritado—. El Consejo la eligió. Hace un par de años... cuando Osondrea, la antigua Ama Superior, falleció. Unieron sus mentes... Supongo que observarías, cuando estuviste aquí anteriormente, cómo los Amos

pueden reunir sus pensamientos, pensar al unísono..., y la eligieron a ella. —A medida que hablaba, la irritación fue desvaneciéndose de su tono—. Dijeron que tenía alguna cualidad especial, un temple determinado que la convierte en la mejor dirigente para esta guerra. Quizá no sé lo que les hizo tomar exactamente esta decisión, pero estoy seguro de que hay algo especial en Elena. Es imposible rehusar sus órdenes. Yo lucharía con cubiertos de palo contra el Execrable...

»Por eso no te comprendo. Debes ser el último hombre vivo que asistió a la Celebración de Primavera. Y ahí está ella, con su aspecto que parece cristalizar todas las bellezas del Reino, prácticamente rogándote. ¡Y tú...! —Golpeó la mesa con la mano y alzó sus cuencas vacías hacia Covenant—. ¡Tú te niegas!

Troy se puso abruptamente las gafas de sol y se levantó de la mesa para reanudar su paseo por la estancia, como si no pudiera permanecer sentado y tranquilo ante la perversidad de Covenant.

El leproso le miraba, lleno de ira por la libertad que Troy se había tomado al juzgarle, por la confianza que el ciego tenía en su propia rectitud. Pero Covenant había oído algo más en la voz de Troy, una explicación diferente, y decidió sondear sin miramientos.

—¿Acaso Mhoram también está enamorado de ella?

Troy giró sobre sus talones al oír esto, y señaló con un dedo rígido y acusador al Incrédulo.

—¿Sabes lo que creo? Eres demasiado cínico para ver la belleza que hay aquí. Eres demasiado basto. Has triunfado en tu mundo «real», enriqueciéndote con todos esos derechos de autor. ¿Que estás enfermo? ¡Y qué más da! Eso no te impide hacerte rico. Tu llegada aquí no es más que otro filón para seguir urdiendo novelas de éxito. ¿Por qué habrías de presentar batalla al Despreciativo? Tú mismo eres igual que él.

Antes de que el Signo General pudiera proseguir, Covenant le dijo con voz ronca:

—Vete. Calla y vete.

—Olvídalo. No voy a marcharme hasta que me des una...

—Vete.

—... una buena razón por tu manera de actuar. No voy a marcharme y dejarte que destruyas el Reino sólo porque los Amos son demasiado escrupulosos para apoyarse en ti.

—¡Basta! —exclamó Covenant, poniéndose en pie. Su dolor le impedía dominarse—. ¿Sabes acaso qué es un leproso?

—¿Y eso qué importa? No es peor que carecer de ojos. ¿No estás sano aquí?

—¡No! —gritó Covenant, agitando las manos, liberando toda la furia que se había acumulado en él—. ¿Llamas a esto salud? ¡Es una mentira!

Aquella actitud asombró visiblemente a Troy. Por un momento, aquellas gafas de sol, que eran una negra afirmación de realidad, perdieron consistencia, y la duda

confundió el aura interna de su espíritu. Por primera vez pareció un hombre ciego.

—No comprendo —dijo en voz baja.

Sostuvo un instante más la mirada feroz de Covenant. Luego se volvió y abandonó la estancia. Caminaba lentamente, cabizbajo, como si le hubieran humillado.

VI

LA AMA SUPERIOR



l anochecer, Thomas Covenant se sentó en el balcón para contemplar la puesta del sol tras las montañas occidentales. Aunque apenas había pasado el verano, muchos de los picos estaban ya cubiertos de un manto brillante de nieve. Cuando el sol se ocultó detrás de las cumbres, el cielo resplandeció con una mezcla de azul gélido y rojo ígneo. Los reflejos plateados de la nieve surcaban el fondo anaranjado y oro de aquel cielo, como velas desplegadas navegando por el horizonte.

Covenant contemplaba la magnificencia del cielo sumido en sombríos pensamientos, con el ceño fruncido. Había pasado toda la tarde presa de una cólera inútil, pero al cabo de algún tiempo, la ira que le inspiraba Troy se había extinguido entre las pavesas de su protesta por haber sido convocado al Reino. Ahora se sentía vacío, desolado, solo. La resolución que había expresado a Mhoram, su decisión de sobrevivir, parecía pretenciosa, excéntrica y caduca. Y los surcos de su frente se ahondaban, como si la carne de su cráneo se negara a admitir que había sido curada de su herida.

Estaba pensando en arrojarse por el balcón. Para vencer su temor a las alturas, tendría que esperar hasta que la oscuridad de la noche fuera completa y ya no pudiera ver el suelo. Pero, considerada así, la idea le atraía y le repelía a la vez. Era una ofensa a su adiestramiento de leproso, que ridiculizaba todo cuanto ya había soportado para aferrarse a la vida. Significaba una derrota que era tan amarga como la bilis más concentrada. Pero anhelaba librarse de su dilema. Se sentía seco como un terreno yermo, y los razonamientos se le ocurrían con facilidad. El principal argumento era que, como el Reino no era real, no podía matarle; su muerte allí sólo le haría regresar a la realidad, que era lo único en lo que podía creer. En su soledad, no podía decir si este argumento expresaba valor o cobardía.

Lentamente, los últimos rayos del sol desaparecieron tras las montañas, y la fantástica luminosidad se desvaneció del cielo. Las sombras de las cumbres se confundieron con el anochecer, difuminando las llanuras que se extendían por debajo de donde estaba Covenant, hasta que sólo pudo discernirlas como unas formas inquietantes, reclinadas, bajo los cielos. Salieron las estrellas, cuyo brillo aumentó gradualmente, como para clarificar el espacio sin senderos, pero los vacíos entre ellas eran demasiado grandes, y el mapa que constituían era ilegible. Eran como ojos de mirada entelada e infecunda que parecían parpadear desconsoladamente.

Cuando Covenant oyó los discretos golpes en la puerta, soltó un gruñido; tenía necesidad de estar a solas y le molestaba toda intromisión. Pero también tenía otras necesidades. Haciendo un esfuerzo, fue a abrir la puerta.

Era una puerta de piedra provista de goznes que no hacían ruido, y se abría con facilidad. La luz del pasillo, brillantemente iluminado, penetró en la estancia y deslumbró a Covenant, hasta tal punto que por un momento no reconoció a sus visitantes. Entonces habló uno de ellos.

—Ur-Amo Covenant, queremos darte la bienvenida —dijo una voz alegre, llena de buen humor. Y Covenant reconoció a Tohrm.

—Sé sinceramente bienvenido —dijo el compañero de Tohrm cautelosamente, como si temiera cometer un error—. Somos los Guardahogares de las Defensas de los Amos. Por favor, acepta nuestros respetos y considéranos tus servidores.

Cuando la visión de Covenant se adaptó a la luz, observó a los dos hombres. El compañero de Tohrm llevaba un manto fustariano gris verdoso, y una pequeña guirnalda de hojas en la cabeza, el distintivo del Estigmatizado. Tenía en las manos varias varillas de madera para hacer antorchas. Ambos Guardahogares estaban bien afeitados. Debían tener la misma edad, pero el Estigmatizado era más alto y delgado que su compañero. Tohrm tenía la complexión robusta y musculosa de un pedrariano, y llevaba una túnica color de arcilla y unos anchos pantalones. El manto de su compañero estaba bordado con el azul de los Amos; él presentaba unas hombreras azules cosidas en su manto. En cada mano tenía un pequeño cuenco de piedra, tapado.

Covenant escrutó el rostro de Tohrm. Los ojos vivos del Guardahogar y su pronta sonrisa apenas habían cambiado. Al igual que Mhoram, su edad no correspondía a los cuarenta años que habían transcurrido en el Reino desde que le viera como un adolescente.

—Soy Borillar —dijo el compañero de Tohrm—. Estigmatizado del *lillianrill* y Guardahogar de las Defensas de los Amos. Éste es Tohrm, Gravanélico del *rhadhamaerl* y también Guardahogar de las Defensas de los Amos. La oscuridad agosta el corazón. Te hemos traído luz.

Pero mientras Borillar hablaba, apareció en el rostro de Tohrm una expresión preocupada.

—¿Estás bien, ur-Amo? —le preguntó.

—¿Bien? —murmuró vagamente Covenant.

—Hay una tormenta en tu frente, y te causa dolor. ¿Quieres que llame al Curador?

—¿Qué?

—Ur-Amo Covenant, estoy en deuda contigo. Me han dicho que, con peligro de tu vida, rescataste a mi viejo amigo Birinair de entre las terribles llamas del Monte Trueno. Fue una valiente hazaña..., aunque era demasiado tarde para salvar la vida de

mi amigo. No dudes en pedirme cuanto necesites. Por Birinair, haré por ti cuanto esté en mi mano.

Covenant meneó la cabeza. Sabía que debería corregir a Tohrm, decirle que se había atrevido a penetrar en aquel fuego en un intento de inmolarse, no de salvar a Birinair. Pero le faltaba el valor para hacerlo.

En silencio, se hizo a un lado y dejó pasar a los Guardahogares a sus aposentos.

Borillar se puso de inmediato a encender sus antorchas. Observó meticulosamente los agujeros practicados en las paredes, como si tratara de crear una buena y solemne impresión. Covenant le contempló un momento y Tohrm, reprimiendo una sonrisa, dijo:

—Le inspiras al buen Borillar un temor respetuoso, ur-Amo. Ha oído las leyendas del Incrédulo desde la cuna, y no hace mucho que ha sido nombrado Guardahogar. Su antiguo maestro en la ciencia *lillianrill* renunció a su cargo para supervisar la construcción de las quillas de madera oropelina y los timones que han diseñado para los Gigantes, como prometió el Amo Superior Loric Acallaviles. El mismo Borillar considera que le han dado demasiada responsabilidad antes de tiempo. Mi viejo amigo Birinair le habría llamado un cachorro.

—Es joven —dijo lentamente Covenant. Entonces se volvió hacia Tohrm y se obligó a plantear la pregunta que más le preocupaba—. Pero tú..., tú eres demasiado joven. Deberías ser mayor. Han pasado cuarenta años.

—Ur-Amo, he visto cincuenta y nueve veranos. Han pasado cuarenta y uno desde que llegaste a Piedra Deleitosa con el Gigante Corazón Salado Vasallodelmar.

—Pero no eres lo bástame mayor. Ahora no parece tener más de cuarenta.

—Ah —dijo Tohrm con una amplia sonrisa—, el servicio a nuestra ciencia y a Piedra Deleitosa nos mantiene jóvenes. Sin nosotros, esas grandes salas que construyeron los Gigantes estarían a oscuras y, a decir verdad, en invierno haría frío en ellas. ¿Cómo puede uno envejecer cuando semejante tarea le llena de alegría?

La explicación no resolvía las dudas de Covenant, pero entonces Tohrm se apartó de él y colocó uno de los recipientes sobre la mesa de la sala y otro en el dormitorio, junto al lecho. Cuando destapó los cuencos, el cálido brillo del gravanel se unió a la luz de las antorchas, dando a la iluminación de la estancia una tonalidad más agradable y, en cierto modo, más armónica.

Tohrm aspiró el aroma del gravanel, aquel olor a tierra recién removida, y sonrió lleno de alegría. Concluyó su trabajo mientras su compañero encendía las últimas antorchas en el dormitorio. Antes de que Borillar regresara a la sala de estar, el Guardahogar de más edad se acercó a Covenant y le susurró:

—Ur-Amo, dile alguna cosa amable a Borillar. Lo agradecerá mucho.

Poco después, Borillar cruzó la sala y se quedó junto a la puerta, rígido. Parecía un acólito aplicado, decidido a hacer bien sus importantes deberes. Finalmente, su

aplicación juvenil y la petición de Tohrm le hicieron a Covenant decir:

—Muchas gracias, Estigmatizado.

En seguida, el rostro de Borillar se transformó, lleno de placer. Intentó mantener la gravedad de su semblante, dominar su sonrisa, pero el hombre legendario, el Incrédulo y Barón del Anillo, le había hablado, y balbuceó:

—Sé bienvenido, ur-Amo Covenant. Tú salvarás al Reino.

Tohrm miró a su compañero Guardahogar y alzó una ceja, divertido. Luego hizo una alegre y agradecida reverencia a Covenant y salió de la estancia con el Estigmatizado. Cuando ya cerraba la puerta, Tohrm se detuvo, hizo un gesto de asentimiento a alguien que estaba en el pasillo y se marchó dejando la puerta abierta.

Bannor entró en la habitación. Sostuvo la mirada de Covenant con sus ojos que jamás se cerraban para dormir, que rara vez parpadeaban, y dijo:

—Ahora la Ama Superior hablará contigo.

—Oh, diablos —gruñó Covenant.

Con algo parecido al pesar, volvió la cabeza hacia su balcón y la noche que estaba tras él. Luego salió con el Guardián de Sangre.

Mientras caminaba por el pasillo hizo una rápida OVE. Era un ejercicio inútil, pero necesitaba mantener aquel hábito, aunque sólo fuera para recordarse quién era y cuál era el hecho central de su vida. Lo hizo deliberadamente, como una elección consciente, pero el ejercicio no absorbió su atención, pues mientras avanzaba Piedra Deleitosa ejerció de nuevo sobre él su antigua influencia.

Los elevados e intrincados pasadizos de las Defensas tenían un extraño poder de persuasión, una capacidad de infundir convicción. Habían sido excavados en el promontorio montañoso por los risueños antepasados de Corazón Salado Vasallodelmar, amantes de los largos relatos, y, al igual que los Gigantes, tenían un aspecto de rocosa e inexpugnable fortaleza. Ahora Bannor llevaba a Covenant hacia las entrañas de Piedra Deleitosa, a un lugar más profundo que ninguno de los que ya conocía. Con el despertar de sus percepciones, podía notar la profundidad y percibir la imponente masa de roca que se alzaba por encima de él; era como si tuviera un contacto palpable con el peso absoluto. Y, en un tono casi inaudible, percibía el sonido de los grupos de personas que dormían o trabajaban en lugares situados más allá de las paredes que le rodeaban. Casi le parecía sentir el aliento de las grandes Defensas. Y, no obstante, todas aquellas innumerables toneladas de roca no le inspiraban temor. Piedra Deleitosa le daba una sensación de absoluta seguridad; la montaña se negaba a dejarle temer que podría derrumbarse.

Precedido por Bannor, llegó a un corredor débilmente iluminado, en cuya entrada montaban guardia dos Guardianes de Sangre, con su característica actitud de relajamiento y, a la vez, presteza para actuar en el acto. No había antorchas ni otras luces en el corredor, pero un intenso resplandor lo iluminaba desde el otro extremo,

Bannor hizo un gesto a sus camaradas y penetró en el corredor, seguido de Covenant.

Al llegar al extremo del pasillo entraron en un patio ancho y circular bajo una alta caverna. Tenía el suelo de piedra tan suave como si lo hubieran pulido meticulosamente durante interminables siglos. La luz brillante, de un amarillo pálido, procedía de aquel suelo; la piedra relucía como si en su composición entrara un fragmento de sol.

No había más luces en el patio, pero aunque no era una luz cegadora al nivel del suelo, impedía toda oscuridad. Covenant pudo examinar la gruta claramente desde el suelo hasta el techo. En las paredes, a intervalos, había ángulos salientes con barandillas y, tras ellos, puertas que daban acceso al espacio abierto por encima del patio.

Bannor se detuvo un momento para permitir que Covenant mirase a su alrededor. Entonces se dirigió descalzo al suelo brillante. Covenant le siguió, vacilante, temeroso de que se le quemaran los pies. Pero no sintió nada a través de sus botas, salvo una sosegada resonancia de energía que infundía una cosquilleante vibración a sus nervios.

Sólo cuando se hubo acostumbrado al contacto del suelo, observó que había puertas distribuidas en anchos intervalos alrededor del patio. Contó hasta quince puertas. En nueve de ellas había Guardianes de Sangre, y a una distancia de varios metros desde cada una de aquellas puertas, en el suelo brillante, había un trípode de madera. Tres de aquellos trípodes sostenían bastones de Amos, y uno de ellos era el Bastón de la Ley, que se distinguía de la suave madera de los otros bastones por su mayor grosor y por las complejas inscripciones grabadas entre sus extremos forrados de hierro.

Bannor acompañó a Covenant hasta la puerta detrás del Bastón. Los Guardianes de Sangre se acercaron a ellos y saludaron a Bannor con un gesto de la cabeza.

—He traído al ur-Amo Covenant para que le vea la Ama Superior —dijo Bannor.

—Le está esperando. —Entonces el centinela dirigió a Covenant la impasible amenaza de su mirada—. Somos los Guardianes de Sangre. Tenemos en nuestras manos el cuidado de los Amos. Soy Morin, Primer Signo de la Escolta de Sangre desde el fallecimiento de Tuvor. La Ama Superior hablará contigo a solas. No trames daño alguno contra ella, Incrédulo. No lo permitiremos.

Sin esperar respuesta, Morin se hizo a un lado para dejarle aproximarse a la puerta.

Covenant estaba a punto de preguntar qué daño podría hacerle a la Ama Superior, pero Bannor adivinó su pensamiento.

—En este lugar los Amos dejan a un lado sus cargas —le explicó—. Dejan aquí sus bastones, y tras esas puertas descansan, olvidando las cuitas del Reino. La Ama Superior te hace un gran honor al hablarte aquí. Sin el Bastón y sin guardianes a su

lado, te recibe como a un amigo en sus aposentos privados. No eres un enemigo del Reino, ur-Amo, pero poco es lo que respetas. Te pido que respetes esto.

Sostuvo un momento la mirada de Covenant, como para recalcar sus palabras. Luego se acercó a la puerta y la golpeó con los nudillos.

Cuando la Ama Superior abrió la puerta, Covenant la vio claramente por primera vez. Se había desprendido de la larga túnica azul de Amo y llevaba en su lugar una prenda pedrariana, larga y ligera, de color marrón con un dibujo blanco bordado en los hombros. Un cordón blanco anudado en la cintura, a modo de cinturón, realzaba su figura, y su espeso cabello, castaño con reflejos de miel clara, le caía sobre los hombros, ocultando el dibujo bordado. Parecía más joven de lo que Covenant había esperado —parecía estar, como mucho, en el inicio de la treintena— pero los rasgos de su rostro eran fuertes, y la piel blanca de su frente y garganta reflejaba severidad y disciplina, aunque la Ama sonrió casi tímidamente cuando vio a Covenant.

Tras la experiencia, la responsabilidad y el compromiso que transmitían sus facciones, había algo extrañamente evocador. Parecía lejanamente familiar, como si en el fondo de sus rasgos hubiera cierto parecido con alguien a quien Covenant hubiera conocido. Sus ojos realzaban y negaban a la vez esta impresión, unos ojos grises, como los del propio Covenant. Pero aunque le miraban fijamente, no parecían centrarse del todo en él, como si estuvieran mirando algo más..., como si otros ojos, más esenciales, los ojos de su mente, mirasen hacia algún otro lugar.

—Entra, por favor —le dijo con voz clara como el agua de una fuente.

Moviéndose con rigidez, Covenant entró en la estancia y cerró la puerta tras él, cerrando así el paso a la luz del patio. La antecámara sólo estaba iluminada por un recipiente de gravanel en cada esquina. Covenant se detuvo en el centro de la estancia y miró a su alrededor. El espacio estaba desnudo y desprovisto de adornos, y no contenía más que el gravanel, algunas sillas de piedra y una mesa sobre la que había una talla blanca, pero a pesar de tan pocos elementos, la habitación parecía tranquila y cómoda, acogedora. Covenant pensó que aquella sensación era un efecto de la luz. El cálido resplandor del gravanel hacía que incluso la pura piedra fuera agradable, y realzaba la seguridad esencial de Piedra Deleitosa. Era como estar acunado, rodeado por los brazos de la roca, mecido por ella.

La Ama Superior Elena le señaló una silla con un gesto.

—¿Quieres sentarte? Hay muchas cosas de las que quiero hablarte.

Covenant permaneció de pie, desviando la mirada de la mujer. A pesar del ambiente de la estancia, se sentía muy incómodo. Era Elena quien le había convocado al Reino, y desconfiaba de ella. Pero cuando al fin habló, se sorprendió a sí mismo al expresar una de sus preocupaciones más íntimas. Meneando la cabeza, murmuró:

—Bannor sabe más de lo que dice.

Aquellas palabras cogieron desprevenida al Ama.

—¿Más? —repitió, escudriñándole—. ¿Qué ha dicho, pues, que deja algo más oculto?

Pero Covenant ya había dicho más de lo que pretendía. Permaneció en silencio, observando a Elena por el rabillo del ojo.

—La Escolta de Sangre es un cuerpo especial —siguió diciendo Elena, con cierta vacilación—. Desde que Kevin Arrasatierra preservó a sus miembros de la Profanación y su propio final, han sentido desconfianza de su propia fidelidad..., aunque nadie se atrevería a acusarles de nada. ¿Te refieres a esto?

Covenant no quería replicar, pero como el Ama estaba tan pendiente de sus palabras, se vio obligado a hacerlo.

—Ya han vivido demasiado. Bannor lo sabe.

Entonces, para rehuir el tema, se acercó a la mesa y contempló la talla. Era una estatuilla blanca sobre una peana de ébano. Representaba una yegua Ranyhyn encabritada, y estaba hecha con un material que parecía hueso. Los detalles de la obra eran toscos, pero a través de algún secreto de su arte expresaba la potencia de los grandes músculos, la inteligencia de los ojos, la oriflama de sus crines al viento.

Elena habló entonces sin acercarse a él.

—Es obra mía..., una ostela. ¿Te gusta? Representa a Myrha, la yegua Ranyhyn que se presta a llevarme en su lomo.

Algo se agitó en el interior de Covenant. No quería pensar en los Ranyhyn, pero creyó haber descubierto una contradicción.

—Vasallodelmar me dijo que el arte de la ostela se había perdido.

—Así era. Sólo yo en todo el Reino practico este arte de los hombres de Ra. El *Anundivian yajña*, también llamado ostela o escultura en hueso es un arte que los hombres de Ra perdieron durante su exilio en las montañas de la Cordillera Meridional..., cuando el Ritual de la Profanación. No hablo con arrogancia... He sido bendecida con muchos dones. De niña, un Ranyhyn me llevó a las montañas. Durante tres días no regresamos, por lo que mi madre pensó que había muerto. Pero el Ranyhyn me enseñó mucho... mucho. Fue ese aprendizaje lo que me permitió recuperar el antiguo arte. Mis manos adquirieron la habilidad de dar forma a los huesos secos. Ahora lo practico aquí, cuando me agota la labor de los Amos.

Covenant permanecía de espaldas a ella, pero no contemplaba la escultura. Escuchaba su voz como si esperase que en cualquier momento cambiara y pasase a ser la voz de alguien que conocía. Su tono resonaba con significados implícitos, pero no podía descifrarlos. Se volvió abruptamente para mirarla. Una vez más, aunque estaba ante él, el Ama parecía mirar o pensar en algo más, algo que estaba más allá de él. Aquella atención en otra parte molestaba a Covenant. Mientras la miraba, los surcos de su frente se intensificaron hasta que finalmente pareció como si llevara una corona de espinas.

—¿Qué deseas de mí? —le preguntó.

—Siéntate, por favor —le dijo ella quedamente—. Quiero hablar contigo de muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

La dureza de su tono no hizo titubear al Ama, pero habló en un tono aún más quedo.

—Confío en encontrar una manera de conseguir que nos ayudes para luchar contra el Despreciativo.

Un acceso de desprecio hacia sí mismo nubló los pensamientos de Covenant. Luego replicó:

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

Por un instante, toda la atención de Elena se concentró en él y su mirada le alcanzó como una lengua de fuego. Covenant sintió que la sangre se agolpaba en su rostro y casi retrocedió un paso..., tan intensa fue la sensación que experimentó de que aquella mujer tenía la capacidad necesaria para ir más lejos de todo lo que él pudiera imaginar. Pero aquel instante transcurrió antes de que tuviera un atisbo de lo que se proponía el Ama, la cual se volvió y, despaciosamente, se dirigió a una de sus habitaciones. Cuando regresó llevaba en sus manos un cofre de madera con remaches de hierro viejo.

Sosteniendo el cofre como si contuviera algo precioso, dijo:

—El Consejo se ha preocupado mucho por este asunto. Algunos dijeron: «Este regalo es demasiado grande para cualquiera. Conservémoslo a buen recaudo tanto tiempo como podamos». Y otros dijeron: «No servirá de nada, pues él creará que tratamos de comprar su ayuda con regalos. Se enfadará con nosotros y no lo aceptará». Así habló el Amo Mhoram, cuyo conocimiento del Incrédulo es superior al de cualquier otro. Pero yo dije: «No es nuestro enemigo. Si no nos presta su ayuda es porque no puede. Aunque tiene el oro blanco, su uso está más allá de su poder, o le está vedado. Tenemos aquí un arma cuya utilización es superior a nuestra capacidad. Es posible que él sea capaz de dominarla y que nos ayude con semejante arma, aunque no pueda usar el oro blanco.

»Tras mucha reflexión y preocupación, fue mi voz la que prevaleció. En consecuencia, el Consejo me pide que te dé este regalo, de modo que su poder no permanezca ocioso, sino que se vuelva contra el Despreciativo.

»Ur-Amo Covenant, no te ofrezco algo de poca monta. Hace cuarenta años no estaba en posesión del Consejo. Pero el Bastón de la Ley abrió puertas en las profundidades de Piedra Deleitosa..., puertas que habían estado cerradas desde la Profanación. Los Amos confiaban en que estas cámaras contenían otras Alas de la Ciencia de Kevin, pero no había ningún Ala. Sin embargo, entre muchas cosas de uso olvidado o de escaso poder, se halló esta..., ésta que te ofrecemos ahora.

Oprimió los lados del cofre y la tapa se abrió, revelando un interior acolchado de terciopelo, que contenía una corta espada de plata. La hoja era de dos filos, con guardas rectas y empuñadura acanalada. El aspecto de aquel objeto tenía una extraña cualidad mortecina: no reflejaba la luz del gravanel, como si fuera impenetrable al fuego.

En un tono de temor reverencial, Elena añadió:

—Éste es el *krill* de Loric Acallaviles, hijo de Damelon, hijo de Berek. Con este arma hirió a la forma de Demondim *moksha* Delirante, y libró al Reino del primer gran peligro de los ur-viles. Ur-Amo Covenant, Incrédulo y Barón del Anillo, ¿querrás aceptarla?

Lentamente, presa del intenso temor del leproso por todos los objetos cortantes, Covenant extrajo el *krill* del aterciopelado cofre. Lo sopesó y observó que era agradable sostenerlo, aunque su mano mutilada no podía cogerlo bien. Con cautela, probó lo afilado de sus bordes con el pulgar. Estaban tan embotados como si jamás hubieran sido afilados. Permaneció inmóvil un momento, pensando que un cuchillo podía dañarle sin necesidad de que estuviera afilado.

—Mhoram estaba en lo cierto —dijo en tono seco—. No quiero ningún regalo. He recibido más regalos de lo que puedo soportar.

¡Regalos! Tenía la impresión de que todos aquéllos a los que había conocido en el Reino habían intentado hacerle regalos... Vasallodelmar, los Ranyhyn, el Amo Mhoram, incluso Atiaran. El mismo Reino le había hecho un regalo imposible, el de la salud de sus nervios. Pero el regalo de Lena hija de Atiaran fue el más terrible de todos. ¡La había violado! Y luego la muchacha se había ocultado para que su gente no supiera lo que había hecho y le castigara. Había actuado con un supremo dominio de sí misma, para que él estuviera libre..., libre a fin de transmitir la profecía de condenación del Execrable a los Amos. Al lado de aquella abnegación, palidecían incluso los sacrificios de Atiaran.

¡Lena! Una oleada de aflicción y sentimiento de culpabilidad se apoderó con violencia de él.

—No quiero ningún otro regalo —dijo con semblante hosco.

Cogió el *krill* con ambas manos y la punta hacia abajo. Con un convulsivo movimiento golpeó el centro de la mesa, tratando de romper la embotada hoja con la piedra.

Un súbito resplandor blanco le cegó como un relámpago. El *krill* se desprendió de sus manos, pero no trató de ver lo que le había ocurrido. Giró sobre sus talones para enfrentarse a Elena. Con la visión aún confusa por el resplandor, jadeó:

—¡No quiero más regalos! ¡No puedo permitírmelo!

Pero ella no le miraba ni prestaba atención a sus palabras. Con las manos en la boca contemplaba la mesa.

—¡Por los Siete! —susurró—. ¿Qué has hecho?

Covenant se volvió para mirar. La hoja del *krill* había perforado la piedra y estaba empotrada hasta las guardas en la mesa. La gema blanca de su empuñadura brillaba como una estrella.

Lentamente, Covenant tuvo conciencia del dolor palpitante que sentía en el dedo donde estaba su alianza matrimonial. Notaba el anillo caliente y pesado, casi como si estuviera a punto de fusión, pero lo ignoró, pues lo temía. Temblando, tendió la mano para tocar el *krill*.

La energía le quemó los dedos. Soltando una maldición, retiró la mano. El intenso dolor le hizo llevarse los dedos al otro brazo, ocultándolos bajo él, mientras gemía.

Elena se volvió en seguida hacia él.

—¿Estás herido? —le preguntó con inquietud—. ¿Qué te ha sucedido?

—¡No me toques! —gritó Covenant.

Elena retrocedió, confusa, y se quedó mirándole, vacilante entre la preocupación que sentía por el Incrédulo y el asombro que le producía la gema refulgente. Al cabo de un momento agitó la cabeza, como si se sacudiera la incomprensión, y dijo en voz baja:

—Incrédulo, has devuelto la vitalidad al *krill*.

Covenant hizo un esfuerzo por dominar su emoción tan bien como lo había hecho ella, pero su voz se estremeció mientras decía:

—No importa. Eso no os servirá de nada. El Execrable posee toda la fuerza realmente importante.

—No posee el oro blanco.

—¡Al diablo con el oro blanco!

—¡No! —replicó ella con vehemencia—. No digas semejante cosa. ¡No he vivido en vano, ni mi madre, ni la suya antes que ella, vivieron en vano!

Covenant no comprendió a qué se refería, pero su repentino arrebató lo silenció. Se sentía atrapado entre ella y el *krill*, no sabía qué decir o hacer. Impotente, miraba con fijeza a la Ama Superior, la cual articulaba en palabras sus emociones.

—Dices que esto no servirá de nada. ¿Eres acaso un profeta? Y si lo eres, ¿quieres decirnos qué debemos hacer? ¿Rendirnos? —Por un instante vaciló el dominio de sí misma y exclamó enfurecida—: ¡Jamás! —Covenant creyó distinguir odio en sus palabras, pero entonces ella bajó el tono de su voz y se desvaneció aquella sensación de odio—. ¡No! No hay nadie en el Reino que se avenga a permanecer inactivo y dejar que el Despreciativo haga su voluntad. Si debemos sufrir y morir sin esperanza, así lo haremos. Pero no cederemos a la desesperación, aunque el mismo Incrédulo en persona nos diga que lo hagamos.

Covenant no se sentía capaz de responder. Su propia convicción o energía se habían convertido en polvo. Hasta el dolor de su mano casi había desaparecido.

Apartó la mirada de ella y se estremeció al ver de nuevo la aguda forma del *krill*. Lentamente, como si hubiera envejecido en los últimos momentos, se sentó en una silla.

—Quisiera —murmuró desconcertado—, quisiera saber lo que he de hacer.

Tuvo conciencia de que Elena abandonaba la estancia, pero no alzó la cabeza hasta que ella regresó y se puso delante de él. Tenía un frasco de vino de primavera en las manos, e hizo un gesto de ofrecimiento.

Covenant pudo ver en la insondable mirada de Elena una preocupación por él que no se merecía.

Aceptó el frasco y bebió ávidamente, anhelando un bálsamo que aliviara el dolor lacerante de su frente... y algún modo de reforzar su menguado valor. Temía las intenciones de la Ama Superior, cualesquiera que fuesen. Era demasiado afectuosa, demasiado tolerante con su violencia; le permitía demasiado margen de acción sin dejarlo libre. A pesar de la solidez de Piedra Deleitosa bajo sus pies sensibles, se encontraba sobre un terreno inseguro.

Cuando, tras un breve silencio, Elena habló de nuevo, pareció que se esforzaba por superar la dificultad de ser sincera, pero no era precisamente franqueza lo que reflejaba aquel inexplicado distanciamiento de su mirada.

—En este asunto, amigo mío, estoy totalmente perdida. Para serte franca y para que no tengas nada que reprocharme, mucho es lo que debo decirte. No quiero que se me pueda reprochar tu falta de conocimiento..., pues no serviríamos al Reino con toda ocultación a la que más tarde pudiera darse otro nombre. No obstante, me falta valor y no sé qué palabras usar. Mhoram se ofreció a sustituirme en este cometido, pero me negué, pues creo que esa carga me corresponde a mí. Ahora, sin embargo, me siento perdida, y no puedo comenzar.

Covenant se inclinó hacia ella, todavía con el ceño fruncido, negándose con el dolor de su frente a darle alguna ayuda.

—Has hablado con Hile Troy —dijo ella en tono vacilante, insegura de cómo debía abordar el tema—. ¿Te ha descrito su llegada al Reino?

Covenant asintió sin hacer ninguna concesión, manteniendo la misma severidad en su rostro.

—Fue un accidente. Un desgraciado muchacho..., un joven estudiante, según él, intentaba convocarme.

Elena se movió, como si fuera a reanudar su explicación a partir de lo que Covenant acababa de decir, pero entonces se detuvo, reflexionó y cambió de táctica.

—Desconozco tu mundo..., pero el Signo General me ha dicho que tales cosas no suceden allí. ¿Has observado al Amo Mhoram o al Puño de Guerra Quaan? ¿O tal vez al Guardahogar Tohrm? ¿A alguno de los que conociste hace cuarenta años? ¿Te parece que... que son jóvenes?

—Sí, me he dado cuenta. —Aquella pregunta agitó a Covenant. Se había aferrado a aquel fenómeno cronológico, intentando considerarlo como una contradicción, una ruptura en la continuidad de su engaño—. No encaja. Mhoram y Tohrm son demasiado jóvenes. Es imposible. No tienen cuarenta años de edad.

—También yo soy joven —dijo ella resueltamente, como si tratara de ayudarle a adivinar un secreto. Pero al constatar que él no comprendía nada, decidió no aventurarse por aquel terreno. Para responderle, añadió—: Así ha sido siempre, desde que existe esa ciencia en el Reino. Los Antiguos Amos vivían muchísimo tiempo. Su vida no era tan larga como la de los Gigantes, pues semejante longevidad es natural en ellos. No, lo que les preservaba era el servicio al poder de la Tierra y les impedía envejecer una vez transcurrida la duración normal de la vida. El Amo Superior Kevin vivió durante siglos, de la misma manera que la gente normal vive unas décadas.

»Así ocurre también actualmente, sólo que en un grado menor, y ello porque no extraemos toda la potencia de la ciencia. La Ciencia de la Guerra no preserva a sus seguidores, por lo que sólo Quaan y sus guerreros, entre tus antiguos camaradas, acarrear la carga completa de sus años. Pero los que practican el *rhadhamaerl* y el *lillianrill*, así como los Amos que siguen la Ciencia de Kevin, envejecen más lentamente que los demás. Esto es un gran beneficio, puesto que amplía nuestra fuerza. Pero también es causa de aflicción...

Por un momento guardó silencio y suspiró quedamente, como si recordara una antigua afrenta. Pero cuando reanudó su explicación, lo hizo con voz clara y firme.

—Así ha sido siempre. El Amo Mhoram ha visto diez veces siete veranos, pero su edad apenas corresponde a cincuenta de ellos. Y yo... —Se detuvo una vez más y cambió de dirección. Mirando inquisitivamente a Covenant, añadió—: ¿Te sorprende saber que cabalgué un Ranyhyn de niña? No hay nadie más en el Reino que haya tenido tan buena fortuna.

Covenant terminó el vino, se levantó y caminó de un lado a otro de la estancia, por delante de Elena. El tono de su voz al mencionar a los Ranyhyn estaba lleno de sugerencias, y Covenant percibía en él amplias posibilidades de aflicción.

—Maldita sea —dijo más lleno de inquietud que de irritación—. Cuéntamelo todo.

Ella se puso en tensión, como si se preparase para una lucha, y prosiguió:

—Es posible que el relato que te ha contado el Signo General Hile Troy sobre su convocatoria al Reino no sea del todo exacto. Le he oído contarle, y confunde algo que yo... no hemos considerado adecuado corregir. Hemos mantenido en secreto este asunto entre nosotros.

»Ur-Amo Covenant. —Hizo una pausa, serenándose, y luego, lentamente, aclaró —: Hile Troy no fue convocado por un joven estudiante, ignorante de los peligros de esa energía. Quien le llamó fue alguien a quien tú conociste.

¡Triock! La súbita revelación en su mente le hizo tambalearse. Triock, hijo de Thuler, de la Pedraria Mithil, tenía motivos para odiar al Incrédulo. Había amado a Lena... Pero Covenant no podía decir aquello en voz alta. Acobardado, evitó mencionar el nombre de Triock.

—Pietten —dijo—. Aquel pobre chiquillo..., de la Fustaria Alta. Los ur-viles le hicieron algo. ¿Fue él?

No se atrevía a sostener la mirada de Elena.

—No, Thomas Covenant —dijo ella suavemente—. No fue ningún hombre. Tú la conociste bien. Fue Atiaran de Trell..., la que te guió desde la Pedraria Mithil hasta que te encontraste con Corazón Salado Vasallodelmar, junto al río Aliviaalmas.

—¡Maldición! —gruñó Covenant.

Al oír aquel nombre, recordó los grandes ojos de Atiaran, el valor con que había sofocado su odio hacia él a fin de servir al Reino. Y finalmente vio la imagen de su rostro mientras se incineraba tratando de convocarle, transportada, llena de amargura y cárdena por la conflagración de todas las treguas internas que él había dañado tan gravemente.

—Oh, diablos, ¿por qué? Tenía... tenía que olvidar.

—No pudo hacerlo. Atiaran de Trell volvió a la Raat en su vejez por muchas razones, pero dos eran las principales. Deseaba..., no, deseo no es una palabra adecuada, anhelaba con todas sus fuerzas hacerte volver. No podía olvidar. Pero si te quería para el Reino, o para ella misma, es algo que no sé. Era una mujer desgarrada, y tengo la corazonada de que, al final, ambos apetitos entraron en conflicto. Decía que habías permitido los estragos de la Celebración de Primavera, aunque mi madre me contó algo muy distinto.

«¡No!», gimió Covenant. Se paseaba encorvado como si acarreará el peso de la oscuridad en su frente. «¡Oh, Atiaran!».

—La segunda razón estriba en la aflicción de vivir largos años conservando su fortaleza, pues su marido era Trell, Gravanélico del *rhadhamaerl*. Fue un matrimonio feliz en la memoria de la Pedraria Mithil, pues aunque no tenía ya la fortaleza de su juventud en la Raat y empezaba a ceder a la debilidad, seguía siendo lo bastante fuerte para apoyar a su marido.

»Sin embargo, su debilidad, y la desconfianza hacia sí misma no la abandonaron. La prueba más grave de su vida llegó y pasó, y ella fue envejeciendo. Y al dolor que tú le diste, se añadió otro; envejecía mientras que Trell de Atiaran conservaba toda su juventud. La ciencia del gravanélico le sustentaba a través de los años. Así, después de tanto dolor, comenzó a perder también a su marido, aunque el amor de éste era firme. Era su esposa, pero llegó a ser lo bastante vieja para pasar por su madre.

»Así, pues, regresó a la Raat. Su desdicha y su dolor no menguaron su dedicación, pues aunque tenía dudas acerca de sí misma, su amor por el Reino era

inquebrantable. Pero al final el mal se abatió sobre ella. Al rehuir la prohibición de los Guardianes de la Ciencia, buscó su muerte. Así fue cómo quebrantó su Juramento de Paz y murió llena de desesperación.

Covenant recordó la angustia de Atiaran y el precio que hubo de pagar para reprimirla, así como el mal que él le había hecho. Temía que Elena estaba en lo cierto.

En un tono más severo, que no parecía adecuado a sus palabras, la Ama Superior prosiguió su relato.

—Tras su muerte, Trelle vino a Piedra Deleitosa. Es uno de los *rhadhamaerl* más potentes, y permanece aquí, entregando su habilidad y su ciencia para la defensa del Reino. Pero conoce la amargura, y me temo que le cuesta mucho respetar su Juramento. Pese a su amabilidad, mucho es el dolor que ha soportado, y me temo que no perdona. No pudo prestar ninguna ayuda a Atiaran..., o a mi madre.

Los recuerdos que Elena evocaba en él eran dolorosos, pero Covenant quería protestar y decirle que Trelle, con sus anchas espaldas y su extraño poder, no sabía nada de la verdadera naturaleza de la impotencia. Sin embargo, algo en el tono de Elena cuando dijo *mi madre* ahogó su objeción. Permaneció inmóvil, inclinado como si estuviera a punto de volcar y esperó, seguro de que las palabras de la Ama serían un nuevo y definitivo golpe para él.

»Por eso debes comprender por qué cabalgué un Ranyhyn de niña. Todos los años, cuando salía la última luna llena antes de la medianoche de primavera, llegaba un Ranyhyn a la Pedraria Mithil. Mi madre comprendió en seguida que era un regalo tuyo, y lo compartió conmigo. Le resultaba muy fácil olvidar que le habías hecho daño. ¿No te he dicho que también soy joven? Soy Elena, hija de Lena, hija de Atiaran de Trelle. Lena, mi madre, continúa en la Pedraria Mithil, pues insiste en que regresarás a ella.

Covenant permaneció inmóvil un momento, con la mirada fija en el dibujo bordado en los hombros de la túnica que vestía Elena. Luego las revelaciones se precipitaron en él, y comprendió. Dio unos pasos vacilantes y se dejó caer bruscamente en una silla, como si le hubieran quebrado la espina dorsal. Sentía el estómago revuelto y le acometían náuseas.

—Lo siento. —Aquellas palabras parecieron arrancadas de su pecho por un penoso acceso de arrepentimiento. Eran inadecuadas, demasiado vacías para expresar lo que sentía, pero no podía hacer otra cosa—. ¡Oh, Lena! Lo siento.

Quería llorar, pero era un leproso y había olvidado cómo hacerlo.

—Era impotente —confesó—. Había olvidado lo que se siente. Entonces estábamos solos y me sentí un hombre de nuevo. Pero sabía que no era cierto, que era falso, que estaba soñando, no podía ser de otro modo. Aquello era demasiado. No podía soportarlo.

—No me hables de impotencia —replicó ella con tirantez—. Soy la Ama Superior y debo derrotar al Despreciativo con arcos y espadas.

Su tono era áspero. Covenant podía oír en él otras palabras, como si Elena le dijera: «¿Crees que esa simple explicación o excusa es suficiente reparación?». Y sin la enfermiza insensibilidad que podría justificarle, Covenant no podía discutir ni alegar nada en su defensa.

—No —dijo en voz entrecortada—. Nada es suficiente.

Alzó lentamente la cabeza para mirar a Elena. Ahora podía ver en ella a la niña de dieciséis años que había conocido, a su madre. Ahora hallaba explicación a aquel aire familiar que había visto en ella. Tenía el cabello y la figura de su madre. Y tras la grave expresión de su rostro, sus facciones eran muy parecidas a las de su madre. Llevaba el mismo dibujo de hojas bordado en los hombros de su túnica que Lena había llevado..., el distintivo de la familia de Trelle y Atiaran.

Cuando sus miradas se encontraron, observó que también los ojos de la Ama Superior eran como los de Lena. Brillaba en ellos algo que no era ni cólera ni condena; parecían contradecir el juicio que había escuchado un momento antes.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó débilmente—. Atiaran quería..., quería que los Amos me castigaran.

Elena se levantó bruscamente de su asiento y se puso detrás de Covenant. Aplicó con ternura sus manos a la tensa frente del Incrédulo y empezó a frotarla, tratando de eliminar los nudos y surcos.

—Ah, Thomas Covenant —suspiró, con algo parecido a un vivo anhelo en su voz—. Soy el Ama Superior. Tengo el Bastón de la Ley. Lucho por el Reino y no me amedrentaré aunque se agoste la belleza, aunque yo muera o el mundo desaparezca. Pero hay en mí mucho de mi madre Lena. No me mires con ese ceño tan fruncido. No puedo soportarlo.

Su tacto suave, fresco, aliviador, relajaba su frente. Mhoram había dicho que la noche anterior, durante su penosa experiencia, ella había estado sentada a su lado, vigilándole y sosteniéndole la mano. Se puso en pie, temblando. Ahora sabía por qué Elena le había convocado. El aire entre ellos contenía todo un mundo de implicaciones; la vida entera de Elena estaba en la cabeza de Covenant, para bien o para mal. Pero era demasiado. Estaba demasiado desconcertado y exhausto para comprenderlo todo y hacerse cargo de la situación. Su rígido rostro sólo podía hacer muecas. Dejó a Elena en silencio, y Bannor le condujo de nuevo a sus aposentos.

Una vez en su habitación, extinguió el fuego de las antorchas y cubrió los recipientes de gravanel. Luego salió al balcón.

La luna se alzaba sobre Piedra Deleitosa. Todavía era nueva y plateaba el horizonte, tiñendo las llanuras de una clara luminiscencia. Covenant aspiró el aire de otoño y se apoyó en la barandilla, momentáneamente inmune al vértigo. Hasta

aquello había perdido.

No pensó en saltar al vacío, sino en lo difícil que era dar una negativa a Elena.

VII

LA MISIÓN DE KORIK



Ún no había amanecido cuando golpes insistentes en la puerta de su habitación despertaron a Covenant. Había soñado en la Búsqueda del Bastón de la Ley, en su amigo Corazón Salado Vasallodelmar, a quien la compañía de la Búsqueda había dejado atrás para que vigilara su retaguardia antes de que entraran en las catacumbas del Monte Trueno. Covenant no había vuelto a verle y no sabía si el Gigante había sobrevivido a aquel peligroso cometido. Cuando despertó, su corazón latía como si el ruido de la puerta acompasara su temor.

Aturdido, todavía embotado por el sueño, destapó un recipiente de gravanel y se dirigió a la sala de estar para abrir la puerta.

Bajo la brillante luz del pasillo había un hombre al que no había visto antes. Su túnica azul con cinturón negro y su largo bastón le identificaba como un Amo.

—Ur-Amo Covenant —dijo el hombre en cuanto le vio—. Debo rogarte que me disculpes por molestar tu descanso. De todos los Amos, soy el que más lamenta semejante intrusión, pues siento un profundo amor por el descanso. El descanso y el alimento, ur-Amo..., el sueño y el sustento. Son cosas exquisitas. Algunos dirían, sin embargo, que he procurado tanto por mi sustento que ya no debería necesitar descanso. Sin duda un argumento semejante ha hecho que me eligieran para este viaje arduo y totalmente desagradable.

Sin pedir permiso, pasó por el lado de Covenant y entró en la habitación, sin dejar de sonreír.

Covenant parpadeó para aclararse la visión y se fijó atentamente en el hombre.

Era de baja estatura y corpulento, el rostro redondeado y beatífico, pero la serenidad de su semblante estaba contrarrestada por el alegre brillo de sus ojos, que le daban un aspecto de querubín travieso. Su expresión cambiaba constantemente; sonrisas huidizas y afectadas, fruncimiento del entrecejo y muecas diversas danzaban sin cesar en aquel rostro, bajo un fondo de buen humor esencial. Ahora miraba a Covenant apreciativamente, como si tratara de medir hasta qué punto el Incrédulo respondía a la broma.

—Soy Hyrim, hijo de Hoole —dijo con fluidez—. Amo del Consejo, como ves, y amante de toda buena diversión, como quizás hayas observado. —Sus ojos seguían mostrando un brillo travieso—. Te contaría mi vida, para que me conozcas mejor, pero dispongo de poco tiempo. Montar a los Ranyhyn tiene sus consecuencias, pero cuando me ofrecí a su elección no sabía que el honor sería tan gravoso. ¿Querrás

acompañarme?

Ningún sonido salió de los labios de Covenant, pero formaron la palabra «¿Acompañarte?».

—Hasta el patio, por lo menos..., si no puedo persuadirte para que vayas más lejos. Te lo explicaré mientras te preparas.

Covenant se sentía demasiado aturdido para comprender qué querían de él. El Amo deseaba que se vistiera y le acompañara a alguna parte. ¿Aquello era todo? Al cabo de un momento recobró la voz y preguntó:

—¿Por qué?

Hyrim hizo un esfuerzo y adoptó una expresión de seriedad. Miró gravemente a Covenant y dijo:

—No es fácil decirte algunas cosas, ur-Amo. Tanto el Amo Mhoram como el Ama Superior Elena podrían haber hablado, pues no desean que se te oculte este conocimiento, pero el hermano Mhoram se muestra reacio a describir su propio dolor. Y el Ama Superior..., creo que teme hacerte correr peligro.

El visitante sonrió tristemente y prosiguió:

—Pero yo no soy tan abnegado. Estarás de acuerdo conmigo en que debo tomar muchas cosas en consideración, y todas ellas muy delicadas. El valor es para la gente delgada. Yo soy más prudente. La prudencia no es ni más ni menos profunda que la piel, y la mía es muy gruesa. Naturalmente, se dice que las pruebas y las dificultades refinan el espíritu. Pero he oído a los Gigantes replicar que hay tiempo suficiente para refinar el espíritu cuando el cuerpo no tiene otra elección.

Aquellas palabras no le eran desconocidas a Covenant. Las había oído decir a Vasallodelmar. Meneó la cabeza para alejar el doloroso recuerdo.

—No comprendo —dijo.

—No es de extrañar —replicó el Amo—, pues aún no he dicho nada comprensible. Ah, Hyrim —se dijo a sí mismo, suspirando—, que cosa tan simple es la brevedad... y, sin embargo, tú no logras dominarla. ¿No vas a vestirte, ur-Amo? Debo darte noticias de los Gigantes que no te complacerán.

Covenant sintió una punzada de inquietud y se puso rígido. Ya no estaba adormilado.

—Habla.

—Lo haré mientras te vistes.

Maldiciendo en silencio, Covenant se dirigió rápidamente a su dormitorio y empezó a vestirse.

Oyó al Amo Hyrim, que le hablaba desde la otra estancia. Ponía cuidado en sus palabras, como si se esforzara para ser conciso.

—Ya conoces a los Gigantes, ur-Amo. Fue Corazón Salado Vasallodelmar quien te trajo a Piedra Deleitosa. Estuviste presente en el Cercado cuando habló ante el

Consejo de los Amos, contando los presagios que tuvo el Amo Superior Damelon con respecto a su esperanza de volver a su hogar, presagios que ya debían cumplirse.

Covenant lo sabía, lo recordaba vívidamente. En la era de los Antiguos Amos, los Gigantes habían errado por el mar, perdido su rumbo. Por esta razón se llamaban a sí mismos los Sin Hogar. Durante décadas habían vagado en busca de su patria perdida, pero no la habían hallado. Al fin habían llegado a las orillas del Reino, en la región conocida como Límite del Mar, y allí, recibidos amistosamente por Damelon, encontraron un lugar donde vivir hasta que descubrieran de nuevo su antiguo Hogar.

Desde aquel tiempo habían transcurrido tres mil años, y su búsqueda había sido infructuosa. Pero Damelon Giganteamigo les hizo una profecía, previó el final de su exilio.

Después de que perdieran su Hogar, y quizá a causa de ello, la raza de los Gigantes empezó a declinar. Aunque amaban mucho a los niños, pocos eran los que les nacían. Su semilla parecía agotada, y durante muchos siglos su número fue decreciendo lentamente.

Damelon predijo que esta circunstancia cambiaría, que la semilla de los Gigantes lograría de nuevo su vitalidad. Aquel fue su presagio, su señal de que el exilio estaba a punto de finalizar, para bien o para mal. El hijo de Damelon, Loric, había hecho a su vez la promesa de apoyar y afirmar aquella profecía. Dijo que cuando se cumpliera el presagio de Damelon, los Amos proporcionarían a los Gigantes potentes quillas y timones de madera oropelina para que construyeran nuevos barcos y emprendieran la travesía hacia su patria.

Ocurrió, pues, que Vasallodelmar informó al Consejo que Pelotrenzado Tiradetodos, la esposa de Miembrodespato Colocaquillas, había dado a luz trillizos, tres varones..., un acontecimiento que no tenía precedentes en Límite del Mar. Y, al mismo tiempo, barcos de exploración habían regresado con la noticia de que habían descubierto una ruta que podría conducir al Hogar de los Gigantes. Vasallodelmar fue a Piedra Deleitosa para reclamar la promesa del Amo Superior Loric.

—Durante cuarenta años —siguió diciendo el Amo Hyrim—, los *lillianrill* de las Defensas de los Amos se han esforzado para poder cumplir aquella promesa. Las siete quillas y timones están ya casi terminados. Pero el tiempo se nos echa encima, nos impulsa peligrosamente. Cuando comience esta guerra seremos incapaces de transportar la veta oropelina a Límite del Mar, y necesitaremos la ayuda de los Gigantes para luchar contra el Amo Execrable. Pero es posible que todas esas ayudas o esperanzas fracasen. Es posible que...

—Háblame de Vasallodelmar —le interrumpió Covenant, mientras se ataba los cordones de las botas. Una aguda preocupación le volvía impaciente, imperioso—. ¿Qué me dices de él? ¿Acaso ha...? ¿Qué le sucedió... después de la Búsqueda?

El Amo respondió en un tono aún más cuidadoso.

—Cuando los miembros de la Búsqueda del Bastón de la Ley emprendieron el regreso a casa, descubrieron que Corazón Salado Vasallodelmar estaba vivo y no había sufrido daño alguno. Había llegado a la seguridad de Andelain, escapando así a los Leones de Fuego. Regresó a sus gentes, y desde entonces ha venido un par de veces a Piedra Deleitosa para ayudar en los trabajos con la veta oropelina y compartir conocimientos. Muchos Gigantes vienen y van, llenos de esperanza.

»Pero ahora, ur-Amo. —Hyrim se detuvo. El tono de su voz había sido triste, sombrío—. Oh, ahora...

Covenant volvió a la sala de estar y se enfrentó al Amo.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó con voz insegura.

—Desde hace tres años el silencio envuelve Límite del Mar. Ningún Gigante ha venido a Piedra Deleitosa en todo ese tiempo, ni ha aparecido en las tierras superiores del Reino. —Un brillo repentino refulgió en la mirada de Covenant, y el Amo explicó—: Oh, no hemos estado ociosos. Durante un año no hicimos nada... Límite del Mar se encuentra a casi cuatrocientas leguas de distancia, y un año de silencio no es anormal. Pero transcurrido ese año empezamos a preocuparnos. Entonces enviamos diversos mensajeros, ninguno de los cuales ha regresado. En primavera enviamos a todo un Eoman. Veinte guerreros y su Puño de Guerra no regresaron.

»En consecuencia, el Consejo decidió no arriesgar a más guerreros. En el verano, los Amos Callindrill y Amatin cabalaron hacia el este con su Escolta de Sangre, buscando un paso. Una oscura e innumerable energía les hizo retroceder en el Llano de Saran. La hermana Amatin estuvo a punto de morir cuando cayó su caballo, pero el Ranyhyn de Callindrill los transportó a ambos, poniéndolos a salvo. Así pues, una sombra se ha interpuesto entre nosotros y nuestros antiguos Hermanos Piedra, y el sino de los Gigantes nos es desconocido.

Una súbita tristeza ensombreció a Covenant. Vasallodelmar había sido amigo suyo, pero ni siquiera se había despedido del Gigante cuando se separaron. Sintió un agudo pesar. Quería ver de nuevo a Vasallodelmar y pedirle disculpas.

No se le escapaba, sin embargo, el modo en que le miraba Hyrim. En la expresión naturalmente alegre del Amo había indicios claros de melancolía. Era evidente que tenía alguna razón para despertar a Covenant de aquella manera, antes del alba. Covenant sacudió de repente los hombros, como si reforzara así su decisión de no dejarse influir por la tristeza.

—Sigo sin comprender —dijo el Amo.

Entonces el Amo Hyrim pareció dispuesto a explicar la situación sin más dilaciones.

—Entonces voy a hablarte con franqueza —dijo para empezar—. La noche siguiente a tu convocatoria, el Amo Mhoram, que velaba a tu lado, tuvo una visión. La mano de su poder se posó en él y vio cosas que helaron la sangre en sus venas.

Vio... —Hyrim se detuvo de pronto y se apartó de Covenant—. ¡Ah, Hyrim! —exclamó con un suspiro—. Eres un gordinflón estúpido y con el cerebro lleno de cardos. ¿Por qué tienes que soñar con los Amos, la Ciencia, los Gigantes y las audaces empresas? Cuando semejantes ideas aparecieron por primera vez en tu cabeza infantil, deberían haberte castigado severamente, enviándote a cuidar ovejas. Tu obtusa e inepta personalidad honra muy poco a Hoole de Gren, tu padre, quien confió en que tus absurdas fantasías no te llevarían por mal camino. —Con la cabeza por encima del hombro, se dirigió de nuevo a Covenant—: El Amo Mhoram vio que la muerte de los Gigantes avanzaba hacia ellos. No pudo distinguir el rostro de aquella muerte, pero comprendió que si no se les ayuda pronto... ¡tal vez en cuestión de días!..., serán destruidos con toda seguridad.

Destruídos... El eco de aquella palabra danzó en la mente de Covenant. ¿Destruídos? Entonces dio un paso más y se preguntó si también aquello sería por su culpa. Tragó saliva antes de preguntar:

—¿Por qué me dices eso? ¿Qué esperas que haga?

—Debido a la visión del hermano Mhoram, el Consejo ha decidido que debe enviar a Límite del Mar una misión, y con la máxima premura..., ahora mismo. A causa de la guerra no podemos dedicar gran parte de nuestras fuerzas a esta misión, pero Mhoram dice que se necesita más celeridad que fuerza. En consecuencia, la Ama Superior Elena ha elegido a dos Amos, dos de los que fueron aceptados por los Ranyhyn: Shetra de Verement, cuyo conocimiento del Llano de Saran es mayor que el de los demás, y Hyrim hijo de Hoole, que posee una pasable familiaridad con la ciencia de los Gigantes. Para acompañarnos, el Primer Signo Morin ha elegido a quince Guardianes de Sangre dirigidos por Korik, Cerrin y Sill. La Ama Superior ha encargado la misión tanto a ellos como a nosotros, de manera que si nosotros fracasamos ellos seguirán para ayudar a los Gigantes.

»Korik es uno de los Guardianes de Sangre más veteranos. —El Amo parecía divagar, como si evitara algo que vacilaba en decir—. Con Tuvor, Morin, Bannor y Terrel estuvo al mando del antiguo ejército *Haruchai*, el cual marchó contra el Reino... y se encontró con el Amo Superior Kevin, los Ranyhyn y los Gigantes, e, impulsado por el amor, el asombro y la gratitud, hizo el Juramento de servicio que estableció la Escolta de Sangre. Sill es el Guardián de Sangre que cuida especialmente de mí, como Cerrin se ocupa del Ama Shetra. Les pediré que nos guarden bien. —Y como si fuera incapaz de mantener mucho rato en suspenso su sentido del humor, añadió—: No quisiera perder toda esta grasa con la que tan agradablemente he acolchado mi cuerpo.

—¿Qué esperas que haga? —repitió rígidamente Covenant.

Hyrim se volvió despacio y le miró directamente a los ojos.

—Conoces a Corazón Salado Vasallodelmar, y por eso deseo que vengas con

nosotros.

Covenant miró al Amo con expresión de asombro. De pronto se sintió desfallecer, y al hablar le pareció oír su voz desde una gran distancia.

—¿Está enterada de esto la Ama Superior?

Hyrim sonrió.

—Su cólera hará que me salgan ampollas en la piel del rostro cuando se entere de lo que te he dicho. Ur-Amo —dijo en un tono más serio—, no digo que debas acompañarnos. Tal vez esté cometiendo una gran equivocación al pedirte. Mucho es lo que desconocemos con respecto a los planes bélicos del Despreciativo, y una de las cosas más importantes que ignoramos es la dirección desde la que atacará. ¿Avanzará por el sur de Andelain, como hizo en épocas anteriores, y luego se dirigirá al norte, a través de las llanuras Centrales, o bien marchará hacia el norte a lo largo del Declive del Reino para lanzarse contra nosotros por el este? Esta ignorancia paraliza nuestra defensa. El Ala de Guerra no puede moverse hasta que conozcamos la respuesta. El Signo General Troy está muy preocupado. Pero si el Amo Execrable decide atacarnos por el este, entonces nuestra misión a Límite del Mar nos llevará directamente a sus manos. Por esta razón sería una suprema locura que nos acompañara el oro blanco.

»No, si fuera prudente que vinieras con nosotros, el Amo Mhoram habría hablado de ello contigo. A pesar de todo, te lo pido, ur-Amo. Siento un profundo amor hacia los Gigantes. Son preciosos para todo el Reino. Me arriesgaría incluso a ser blanco de las iras del Ama Superior Elena a fin de ayudarles.

La sinceridad de aquella apelación conmovió a Covenant. Aunque acababa de conocer al Amo Hyrim hijo de Hoole, sintió una corriente de simpatía hacia él y el deseo de ayudarle. Por difícil y arriesgada que fuera aquella ayuda, el hecho de que se tratara de los Gigantes era un argumento poderoso. No soportaba la idea de que Vasallodelmar, tan lleno de vida y alegría, tan comprensivo, pudiera morir si no recibía ayuda. Pero tal argumento recordó a Covenant amargamente que él era menos capaz de prestar ayuda que ningún otro en el Reino. Y la influencia de Elena sobre él era todavía muy fuerte. No quería hacer nada que pudiera enojarla, que le diera más motivos para odiarle. Se sintió desgarrado por la indecisión; no podía responder a la pregunta que veía en la mirada franca de Hyrim.

De repente los ojos del Amo se llenaron de lágrimas. Miró hacia otro lado, parpadeando rápidamente.

—Te he afligido, ur-Amo —dijo en voz baja—. Perdóname. —Covenant esperaba escuchar ironía o crítica en las palabras de Hyrim, pero su tono tan sólo expresaba pesar. Cuando miró a Covenant de nuevo, en sus labios se dibujaba una sonrisa triste—. En fin, ¿querrás acompañarme al menos hasta el patio? La misión se reunirá pronto ahí para emprender la marcha. Tu presencia dirá a toda Piedra Deleitosa que actúas porque lo has elegido así y no por desconocimiento.

Covenant no podía negarse a aquella petición. Estaba demasiado avergonzado, demasiado airado, por su impotencia esencial. Se puso en pie de un salto y salió de sus aposentos a grandes zancadas.

En seguida vio a Bannor a su lado. Entre el Guardián de Sangre y el Amo, avanzó por los corredores y los pasadizos hacia las puertas de Piedra Deleitosa.

Las Defensas de los Amos tenían una sola entrada, y los Gigantes la habían diseñado de manera que defendiera eficazmente la ciudad. En la punta de la cuña que formaba el altiplano habían horadado la roca para formar un patio entre la Defensa principal y la atalaya que protegía las puertas exteriores. Estas puertas, que consistían en enormes losas entrelazadas que podían cerrarse hacia dentro y dejar la entrada totalmente sellada, conducían a un túnel bajo la torre, el cual daba al patio, y la entrada a la Defensa situada en este patio estaba defendida por otra serie de puertas tan macizas y sólidas como la primera. La Defensa principal se unía a la torre por varios cruces peatonales suspendidos a intervalos por encima del patio, pero el único acceso a la torre situado a nivel del suelo consistía en dos pequeñas puertas a cada extremo del túnel. Así, cualquier enemigo que lograra la tarea casi imposible de abrirse paso a través de las puertas exteriores debería intentar la misma hazaña en las puertas internas, bajo el ataque desde las almenas de la atalaya y la Defensa principal.

El patio estaba pavimentado con grandes losas, excepto en el centro, donde había un viejo árbol oropelino, regado por surtidores de agua fresca. El Amo Hyrim, Bannor y Covenant se reunieron con el resto de la misión al lado del árbol. Había amanecido y la oscuridad iba desvaneciéndose del cielo.

Covenant, estremecido por el aire frío, miró a su alrededor. A la luz que se reflejaba desde el interior de la Defensa, pudo ver que todos los reunidos cerca del árbol eran Guardianes de Sangre, excepto un Amo..., una mujer de considerable estatura, la cual estaba en pie, de cara a Piedra Deleitosa. Sus cortos cabellos eran grises y rígidos, y sus facciones recordaban a un halcón, con la nariz afilada, los ojos saltones y los pómulos hundidos. El brillo acerado de sus ojos era como el de la mirada de un halcón cuando se disponía a cazar. Pero por detrás de aquel fulgor, Covenant discernió algo que parecía un dolor o un deseo, un anhelo que no podía satisfacer ni reprimir.

El Amo Hyrim la saludó amistosamente, pero ella le ignoró y siguió mirando fijamente la Defensa como si no soportara la idea de abandonarla.

Tras ella, los Guardianes de Sangre estaban atareados distribuyendo cargas, empaquetando sus suministros y atando los bultos con tiras de *clingor*. Luego fijaban los bultos a sus espaldas, de manera que no estorbaran sus movimientos. Pronto uno de ellos —Covenant reconoció a Korik— se adelantó hacia ellos y anunció al Amo Hyrim que estaba preparado.

—¿Preparado, amigo Korik? —preguntó Hyrim con desenvoltura—. Ah, ojalá

podiera decir yo lo mismo. Pero ¡por los Siete! No soy hombre adecuado para arrostrar grandes peligros... Estoy más hecho para aplaudir las victorias que para lograrlas. En eso estriban mis capacidades; si consiguierais una victoria, podría asombraros bebiendo por ella. Pero esto..., cabalgar velozmente a través del Reino, hacia las fauces de quién sabe qué terribles peligros... ¿Puedes decirnos algo de tales peligros, Korik?

—Amo...

—He reflexionado en este asunto, amigo Korik... Puedes imaginar lo difícil que me ha resultado... Pero veo que el Ama Superior ha puesto esta misión en tus manos por una buena razón. Escucha lo que he pensado, porque esfuerzos como el mío no deben desperdiciarse. Escúchame bien. De todos los habitantes de Piedra Deleitosa, sólo los Guardianes de Sangre han conocido el Reino antes de la Profanación. Incluso habéis conocido a Kevin en persona. Con toda seguridad sabéis más de él que nosotros. Y también con toda seguridad sabéis mucho más del Despreciativo. Es posible que sepáis cuál es su manera de librar combate. Tal vez sepáis más sobre los peligros que hay entre nosotros y Limite del Mar de lo que nos dice el Amo Callindrill.

Korik se encogió ligeramente de hombros.

—Tengo la corazonada —siguió diciendo Hyrim— de que podéis medir los peligros que nos aguardan mejor que cualquier Amo. Deberíais hablarnos de ellos, de modo que podamos prepararnos. Quizá no debamos arriesgarnos a pasar por Grimmerdhore o el Llano de Saran, sino más bien cabalgar hacia el norte, rodeando esos lugares, aunque el viaje nos resulte más largo.

—Los Guardianes de Sangre no conocen el futuro —replicó Korik en tono impasible, pero Covenant distinguió una ligera tensión al pronunciar la palabra «conocen». Korik parecía utilizar aquel término en un sentido diferente al que le daba Hyrim, un sentido más amplio o más profético.

El Amo no se dio por satisfecho.

—Tal vez no. Pero no es posible que estuvierais presentes durante el reinado de Kevin y no aprendieseis nada. ¿Temes que no podamos soportar el conocimiento que posees?

—Hyrim, te estás propasando —le interrumpió abruptamente el Ama Shetra—. ¿Es éste tu respeto a los Guardianes del Juramento?

—¡Ah, hermana Shetra, me interpretas mal! Mi respeto hacia los Guardianes de Sangre no tiene límites. ¿Cómo podría ser de otro modo cuando se trata de unos hombres cuyo compromiso de velar por mi vida va más allá que cualquier juramento humano? Ahora bien, si me prometieran buenos alimentos, mi deuda con ellos sería absoluta. Sin duda comprendes mi posición. El Ama Superior ha puesto esta misión en sus manos. Si el peligro hacia el que nos dirigimos tan despreocupadamente les

obliga a tomar una decisión, los Guardianes de Sangre proseguirán la misión en vez de defendernos.

Por un momento, la mirada del Ama Shetra se fijó en Hyrim con dureza, como una expresión de desprecio, pero cuando habló su voz no le contradijo.

—Amo Hyrim, no estás despreocupado. Crees que la supervivencia de los Gigantes depende de esta misión, y tratas de ocultar el miedo que te inspiran.

—¡Por el Vertedero Celeste de Melenkurion! —gruñó Hyrim, tratando de sofocar sus ganas de reír—. Lo único que pretendo es preservar este cuerpo cuya lozana orondez tanto me ha costado obtener, protegerle de ataques desconsiderados. No te iría mal compartir tan estimable deseo.

—Paz, Amo. No estoy de ánimo para guasas. —Shetra exhaló un suspiro y se volvió para seguir contemplando Piedra Deleitosa.

El amo Hyrim la miró brevemente en silencio, y luego le dijo a Korik:

—Bueno, no tiene tanto cuerpo que preservar como yo. Quizás un espíritu sublime tiene que alentar necesariamente en un cuerpo descuidado. Debo hablar de esto con los Gigantes..., si llegamos hasta ellos.

—Somos los Guardianes de Sangre —dijo Korik en tono neutro—. Llegaremos a Límite del Mar.

Hyrim alzó la vista hacia el cielo nocturno y, en un tono suave, susurrante, dijo:

—Convocar o socorrer... Ojalá fuésemos más. Todo es vasto en los gigantes y, si tienen necesidad de ayuda, vasta será también su necesidad.

—Son los Gigantes —dijo Korik—. ¿No pueden hacer frente a cualquier apuro?

El Amo dirigió una rápida mirada a Korik, pero no respondió. Se acercó a Shetra y le dijo en voz baja:

—Vamos, hermana. El viaje nos espera. El camino es largo y, si confiamos en darle fin, debemos ante todo iniciarlo.

—¡Espera! —exclamó ella. Fue el suyo un grito apagado, como el distante trino de un ave.

Hyrim la contempló una vez más, y regresó al lado de Covenant. Hablando en un susurro, tan bajo que Covenant apenas podía oírle, le explicó:

—El Ama desea ver al Amo Verement, su marido, antes de que partamos. La suya es una triste historia, ur-Amo. Su matrimonio atraviesa momentos difíciles. Ambos son orgullosos..., juntos viajaron a las Llanuras de Ra para ofrecerse a los Ranyhyn. Y el Ranyhyn..., ah, el Ranyhyn la eligió a ella, pero le rechazó a él.

»Bien, los Ranyhyn eligen a su manera, y ni siquiera los hombres de Ra encuentran explicación a sus decisiones. Pero tal elección ha tenido consecuencias en este matrimonio. El hermano Verement es un hombre valioso..., pero ahora tiene motivos para sentirse indigno. Y la hermana Shetra no puede aceptar ni negar el juicio que su marido ha hecho de sí mismo. Y ahora esta misión... Verement debería

estar en mi lugar, pero la misión requiere la celeridad y el aguante de los Ranyhyn. Sólo por su bien, desearía que pudieras ayudar al Ama.

—No cabalgo con ningún Ranyhyn —replicó Covenant con vacilación.

—Acudirían si los llamas —respondió Hyrim.

Una vez más Covenant no pudo responder, pues temía que aquello fuese cierto. Los Ranyhyn se le habían ofrecido, y él no los había liberado de aquel ofrecimiento, pero no podía cabalgar uno de los grandes caballos. Habían retrocedido ante él, llenos de temor y odio. Una vez más, no tenía nada que ofrecerle a Hyrim salvo su silenciosa indecisión.

Poco después oyó movimiento en el túnel de acceso al patio, a sus espaldas. Se volvió y vio dos Amos que se acercaban, el Ama Superior Elena y un hombre al que no conocía.

La llegada de Elena le amedrentó; de inmediato el aire pareció llenarse de alas de buitre. Pero el hombre que la acompañaba también atrajo su atención. Supo en seguida que aquél era el Amo Verement. Se parecía demasiado a Shetra para que fuera otra persona. Tenía el mismo cabello corto y rígido, los mismos rasgos de halcón, el mismo rictus amargo en los labios. Avanzó hacia ella como si fuera a arrojarle en sus brazos, pero se detuvo a unos metros de distancia. Parpadeó, como si le costara sostener la ardiente mirada que ella le dirigía, incapaz de mirarla directamente.

—¿Irás? —le preguntó a Shetra en voz baja.

—Sabes que debo hacerlo.

Ambos quedaron en silencio. Ajenos al hecho de que les observaban, permanecían a corta distancia el uno del otro. Alguna prueba de voluntad que no requería palabras se interponía entre ellos. Permanecieron un momento inmóviles, como si se negaran a hacer gesto alguno que pudiera ser interpretado como compromiso o abdicación.

—No deseaba venir —susurró Hyrim a Covenant—, pero el Ama Superior hizo que lo acompañara. Está avergonzado.

Entonces se movió el Amo Verement. Abruptamente, arrojó su bastón hacia ella. Shetra lo cogió y arrojó su propio bastón hacia él. Verement lo cogió a su vez.

—Cuídate, esposa —le dijo tristemente.

—Cuídate, esposo —respondió ella.

—Nada me satisfará hasta tu regreso.

—Ni a mí tampoco, esposo mío —dijo ella con vehemencia.

Sin decir una sola palabra más, giró sobre sus talones y regresó apresuradamente a Piedra Deleitosa.

Ella le contempló un momento, mientras se alejaba. Luego también dio media vuelta y se dirigió rígidamente al túnel de salida. Korik y los demás Guardianes de

Sangre la siguieron. Poco después, Covenant se quedó solo con Hyrim y Elena.

—Bien, Hyrim —dijo en tono amable el Ama Superior—. Tu penosa experiencia debe comenzar. Lamento que sea tan ardua para ti.

—Ama Superior... —empezó a decir Hyrim.

—Pero eres capaz de hacerlo —siguió diciendo el Ama—. Aún no has empezado a medir tus fuerzas verdaderas.

—Ama Superior —dijo Hyrim—. Le he pedido al ur-Amo Covenant que nos acompañe.

Elena se puso rígida. Covenant sintió que un acceso de tensión irradiaba de ella; de repente, pareció emanar una tirantez palpable.

—Amo Hyrim —le dijo en voz baja—, estás pisando un terreno peligroso.

Su tono era duro, pero Covenant pudo discernir que no amenazaba a Hyrim, sino que respetaba lo que había hecho..., y le daba miedo.

Entonces se volvió hacia Covenant. Cuidadosamente, como si temiera expresar su propio deseo intenso, le preguntó:

—¿Vas a ir?

El Ama estaba de espaldas a la luz de Piedra Deleitosa, y Covenant no podía verle el rostro, lo cual le alegró. No quería saber si la extraña mirada de Elena se centraba en él. Quiso responderle, pero por un momento su garganta estaba tan seca que no podía emitir ningún sonido.

—No —dijo al fin—. No. —Por el bien de Hyrim, hizo un esfuerzo para decir la verdad—. No puedo hacer nada por ellos.

Pero a medida que pronunciaba aquellas palabras, sabía que no estaba diciendo toda la verdad. Se negaba a ir porque Elena, hija de Lena, quería que se quedara.

En la penumbra, el alivio que experimentó el Ama fue tan tangible como lo había sido su tensión.

—Muy bien, ur-Amo.

Durante un largo momento, el Ama y Hyrim se miraron fijamente, y Covenant notó la corriente de su comunicación silenciosa, su fusión mental. Luego, Hyrim se acercó a ella y la besó en la frente. Elena le abrazó y, cuando finalizó el abrazo, Hyrim hizo una reverencia a Covenant y desapareció en el interior del túnel.

Elena, a su vez, se apartó de Covenant y penetró en la torre a través de una de las puertecitas al lado de la boca del túnel. Covenant se quedó solo. Aspiró hondo, tratando de serenarse como si acabara de sufrir un interrogatorio. A pesar de la frescura del alba, estaba sudando. Permaneció un momento en el patio, inseguro de lo que debía hacer. Pero entonces oyó silbidos desde el exterior de la Defensa, y unos gritos agudos que el eco reproducía en los muros de Piedra Deleitosa. La misión de Korik estaba llamando a los Ranyhyn.

Covenant corrió hacia el túnel.

En el exterior del umbrío patio, el cielo era más claro. Hacia el este, los primeros resplandores del sol iluminaban el horizonte. La mañana se levantaba hacia el oeste, y a su claridad, quince Guardianes de Sangre y dos Amos realizaban su llamada una y otra vez. Cuando los ecos de la tercera llamada se desvanecían, el aire se llenó con el retumbar de poderosos cascos.

Durante largo rato, la tierra vibró bajo el galope de los Ranyhyn, y la atmósfera acarreó el profundo rumor. Luego fue dibujándose una sombra bajo las colinas. Diecisiete caballos fuertes y nervudos, de veloz y orgullosa andadura, aparecieron al galope en dirección a Piedra Deleitosa. Las estrellas blancas de sus frentes parecían la espuma de una ola mientras galopaban al encuentro de los jinetes a los que habían elegido para servirles. Relinchando entusiasmados y alzando los cascos, relucientes a la luz de la mañana, fueron moderando su marcha.

A guisa de recibimiento, los Guardianes de Sangre y los dos Amos hicieron una reverencia.

—¡Salve, Ranyhyn! —exclamó Korik—. ¡Orgullosos portadores de los jinetes del Reino! Lleváis el sol en vuestros músculos y el cielo en vuestras crines, y nos alegramos de que hayáis oído nuestra llamada. ¡El mal y la guerra amenazan al Reino! El peligro y la fatiga aguardan a los enemigos del Barón del Colmillo. ¿Querréis transportarnos?

Los grandes caballos hicieron gestos de asentimiento y relincharon mientras avanzaban los últimos pasos para frotar el hocico contra sus jinetes, invitándoles a montarlos. Al instante, todos los Guardianes de Sangre saltaron a lomos de sus Ranyhyn respectivos. No usaban sillas de montar ni riendas; los Ranyhyn llevaban de buen grado a sus jinetes, y respondían a la presión de una rodilla o el toque de una mano..., e incluso a una orden mental. El mismo extraño poder auditivo que les permitía responder en seguida a sus jinetes, desde cualquier parte del Reino —les permitía oír la llamada decenas de días antes de que fuese efectuada, y correr desde las Llanuras de Ra para responder a ella como si una corta distancia y no tres o cuatrocientas leguas separase el sudeste del Reino de cualquier otra región— les capacitaba también para actuar como un solo ser con un jinete, en perfecta consonancia de mente y cuerpo.

Los Amos Shetra y Hyrim montaron más lentamente, y Covenant les observó sintiendo un nudo en la garganta, como si aceptaran un desafío que en realidad le correspondía a él. «Por favor, Vasallodelmar —pensó, sin poder articular las palabras—, por favor, perdóname».

Entonces oyó un grito por detrás y encima de su cabeza. Se volvió hacia Piedra Deleitosa y vio una figura pequeña y delgada de pie y con los brazos alzados en lo alto de la atalaya. Era el Ama Superior. Cuando la compañía, ya montada, dio la vuelta, poniéndose frente a ella, el Ama agitó el Bastón de la Ley e hizo surgir de su

extremo una llama de un azul intenso que chisporroteó contra el profundo azul del cielo, y su crepitar era como un himno de poder que ardía entre las manos de Elena con un núcleo de luz azul y blanca fusionada que se transformaba en el más puro azul celeste a su alrededor. Tres veces agitó Elena el Bastón de la Ley, y su llama era tan brillante que su estela parecía permanecer recortada contra el cielo.

—¡Salve! —gritó entonces, y lanzó el bastón hacia arriba. Por un instante, brilló en toda su longitud, de modo que una incandescente llamarada del Fuego de los Amos surgió hacia el cielo. En un instante se derramó tanta luz a los pies de Piedra Deleitosa, que la misma luz de la mañana quedó borrada, como si el Ama mostrara así a la compañía reunida que era lo bastante fuerte para borrar el destino escrito en la mañana.

Los Amos respondieron blandiendo su propia fuerza y devolviendo el vibrante grito:

—¡Salve!

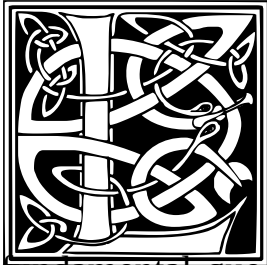
Y los Guardianes de Sangre gritaron al unísono:

—¡Puño y Fe! ¡Salve, Ama Superior!

Por un momento, todos los bastones levantados ardieron como antorchas. Luego todos los Amos apagaron las llamas. Como si aquello fuera una señal, los miembros de la misión giraron suavemente y emprendieron el galope en la dirección por la que salía el sol.

VIII

«EL LAMENTO DEL AMO KEVIN»



a partida de la misión, añadida a su reunión con el Ama Superior Elena, dejó a Covenant profundamente trastornado. Tenía la impresión de que estaba perdiendo la poca independencia o autenticidad que poseía. En vez de determinar por sí mismo cuál debería ser su posición, y actuar luego en consecuencia, permitía que influyeran en él, se dejaba seducir de una manera aún más fundamental que durante su primera experiencia en el Reino. Había ya aceptado lo que Elena exigía de él, y sólo esto le había impedido aceptar también su responsabilidad con respecto a los Gigantes.

No podía continuar de aquella manera, pues de seguir así, pronto se parecería a Hile Troy, un hombre tan abrumado por el poder de la visión que no podía percibir la ceguera de su deseo de asumir responsabilidades por el Reino. Para un leproso, actuar así sería suicida. Si fracasaba, moriría. Y si triunfaba, jamás sería capaz de soportar nuevamente la insensibilidad que le esperaba en la vida real, a causa de la lepra. Había conocido a leprosos que murieron así, pero su muerte nunca fue rápida y limpia. Sus vidas terminaron tras un fétido horror tan abominable que Covenant sentía náuseas cada vez que recordaba la existencia de semejante putrefacción.

Y aquél no era el único argumento. Aquella seducción de responsabilidad era obra del Despreciativo, era el medio por el cual el Amo Execrable trataba de asegurar la destrucción del Reino. Cuando hombres inadecuados asumen enormes responsabilidades, el resultado sólo puede resultar beneficioso al Desprecio. Covenant no tenía duda alguna de que Troy era inadecuado. ¿Acaso no había sido convocado al Reino por Atiaran en su desesperación? En cuanto a él mismo, Thomas Covenant, era incapaz de tener poder, tanto como si tal cosa no existiera. Para él no podía existir, y si pretendía otra cosa, entonces el Reino entero se volvería otro leproso en las manos del Amo Execrable.

Cuando llegó a sus aposentos, sabía que debería hacer algo, emprender alguna acción para establecer las condiciones a las que habría de atenerse. Tendría que descubrir o inventar alguna contradicción, alguna prueba incontrovertible de que el Reino era una ilusión. No podía confiar en sus emociones; necesitaba lógica, un argumento tan ineludible como la ley de la lepra.

Pasó algún tiempo paseando por la estancia, como si buscara una respuesta en el suelo de piedra. Luego, obedeciendo a un impulso, abrió la puerta con brusquedad y se asomó al pasillo. Bannor estaba allí, montando guardia, tan imperturbable como si

el sentido de su vida estuviera fuera de duda. Covenant le pidió secamente que entrara en la sala.

Cuando Bannor estuvo ante él, Covenant revisó rápidamente lo que sabía acerca de los Guardianes de Sangre. Procedían de una raza, los *Haruchai*, que vivían en las alturas de las Montañas Occidentales, más allá de Fidelia y el Reino. Fue un pueblo guerrero y prolífico, por lo que tal vez fue inevitable que en algún momento de su historia enviaran un ejército hacia el este, penetrando en el Reino. Lo hicieron durante los primeros años del mandato de Kevin como Amo Superior. A pie y desarmados —los *Haruchai* no usaban armas, de la misma manera que no tenían ninguna ciencia, y confiaban plenamente en su competencia física— marcharon hacia Piedra Deleitosa y desafiaron al Consejo de los Amos.

Pero Kevin se negó a luchar y, en vez de ello, persuadió a los *Haruchai* para que aceptaran su amistad.

Aquellos guerreros sin armas respondieron con creces a la buena voluntad que les había mostrado Kevin. Al parecer, los Ranyhyn, los Gigantes y la misma Piedra Deleitosa —como habitantes de las montañas, los *Haruchai* sentían un profundo amor por la piedra y la generosidad— les habían conmovido mucho más que ninguna otra cosa en su historia. Para responder a la amistad de Kevin, hicieron un voto de servicio a los Amos. Y algo extraordinario en su compromiso o su lenguaje había invocado al poder de la Tierra, atán­doles a su juramento de tal manera que desafiaban al tiempo, la muerte y la posibilidad de elección. Quinientos de sus guerreros pasaron a formar la Escolta de Sangre. Los restantes regresaron a su tierra.

Ahora seguían siendo casi quinientos, pues cuando un Guardián de Sangre moría en combate, cargaban el cadáver en su Ranyhyn y, a través de la Quebrada de los Guardianes, lo enviaban a las Montañas Occidentales. Entonces otro miembro del pueblo *Haruchai* iba al Reino y ocupaba su lugar. Sólo aquellos cuyos cuerpos no podían ser recuperados, como el de Tuvor, el antiguo Primer Signo, no eran sustituidos.

Así, la gran anomalía en la historia de la Escolta de Sangre era el hecho de que los Guardianes habían sobrevivido intactos al Ritual de la Profanación, aun cuando Kevin y su Consejo, así como toda su obra, habían sido destruidos. Habían confiado en él. Cuando les ordenó que penetraran en las montañas sin explicarles su propósito, le obedecieron. Pero después tuvieron motivos para dudar de que su servicio era realmente leal. Habían hecho el voto; debían haber muerto con Kevin en Kiril Threndor bajo el Monte Trueno, o impedirle que se enfrentara allí al Amo Execrable, impulsado por la desesperación, impedirle que pronunciara el Ritual que llevó a su destrucción la era de los Antiguos Amos. Eran leales hasta un extremo que desafiaba su propia mortalidad y, sin embargo, habían incumplido su promesa de preservar a los Amos costara lo que les costase.

Covenant quería preguntarle a Bannor qué le ocurriría a la Escolta de Sangre si llegaban alguna vez a creer que su extravagante fidelidad era falsa, que con su Voto habían traicionado tanto a Kevin como a ellos mismos. Pero no podía formular semejante pregunta. Bannor se merecía un mejor trato por su parte. Y Bannor, además, había perdido a su esposa..., la cual murió dos mil años atrás.

Así, pues, en lugar de hacer una embarazosa pregunta directa, Covenant se concentró en su búsqueda de una contradicción.

Pero pronto supo que no podría encontrarla interrogando a Bannor. Con su voz neutra, espectral, el Guardián de Sangre daba concisas respuestas, las cuales le decían a Covenant lo que quería y no quería oír con respecto a los supervivientes de la Indagación del Bastón de la Ley. Ya sabía lo que les ocurrió a Vasallodelmar y el Amo Mhoram. Ahora Bannor le dijo que el Amo Superior Prothall, que había dirigido la Búsqueda, había renunciado a su mando antes incluso de que la compañía regresara a Piedra Deleitosa. No fue capaz de olvidar que el viejo Guardahogar Birinair había muerto en su lugar. Y tuvo la sensación de que, al recuperar el Bastón de la Ley, había cumplido su destino y hecho todo cuanto podía. Entregó el Bastón y la Segunda Ala al cuidado del Amo Mhoram, y luego se marchó a su hogar en las Alturas Septentrionales. Los habitantes de las Defensas de los Amos nunca volvieron a verle.

Así, pues, tras el regreso de Mhoram, Osondrea fue nombrada Ama Superior. Hasta su muerte, utilizó su poder para reconstruir el Consejo, aumentar el Ala de Guerra y replantar Madera Deleitosa, el nuevo hogar de la Raat donde se estudiaba la Ciencia.

A su regreso a Piedra Deleitosa, Quaan, el Puño de Guerra del Eoman que había acompañado a Prothall y Mhoram, también quiso dimitir. Estaba avergonzado porque sólo había traído con vida a la mitad de sus guerreros. Pero el Ama Superior Osondrea, sabedora de su valor, se había negado a liberarle de su cargo, y pronto Quaan volvió a sus deberes. Ahora era Dagomán del Ala de Guerra, segundo en el mando después de Hile Troy. Aunque tenía el cabello canoso y escaso, aunque su mirada parecía blanda y empañada por la edad, seguía siendo el mismo hombre fuerte y sincero que siempre había sido. Los Amos le respetaban. En ausencia de Troy, habrían confiado de buen grado en Quaan para que dirigiera el Ala de Guerra.

Covenant suspiró tristemente y dejó marcharse a Bannor. La información que podía facilitarle el Guardián de Sangre no satisfacía sus necesidades. Era evidente que no hallaría ninguna solución fácil para su dilema. Si quería una prueba del engaño, él mismo tendría que procurársela.

Se enfrentó a la perspectiva con nerviosa ansiedad. Cualquier cosa que pudiera hacer tardaría largo tiempo en dar fruto, y no sería una prueba sin fisuras de ninguna clase hasta que hubiera finalizado su engaño... hasta que hubiera regresado a su vida

real. Entretanto, aquella prueba poco haría por sostenerla. Pero no tenía elección, pues su necesidad era imperiosa.

Disponía de tres caminos fáciles para crear una discontinuidad definitiva: destruir sus ropas, librarse de su navaja —el único objeto que llevaba en los bolsillos— o dejarse crecer la barba. Luego, cuando despertara y se viera vestido, o en posesión de la navaja, o afeitado, tendría la prueba que buscaba.

No confiaba en la contradicción evidente que suponía la herida de su frente curada. Sus pasadas experiencias le hacían temer que podría lesionarse de nuevo poco antes de que concluyera su engaño. Pero no lograba decidirse a actuar de acuerdo con sus dos primeras alternativas. La idea de destruir sus ropas, recias y familiares, le hacía sentirse demasiado vulnerable, y el expediente de descartar su navaja era también incierto. Maldiciendo el modo en que su apurada situación le obligaba a abandonar todos los hábitos estrictos de los que dependía su supervivencia, decidió dejar de afeitarse.

Cuando por fin reunió el valor necesario para salir de sus aposentos e ir a la Defensa en busca del desayuno, se tocó la barba incipiente de sus mejillas como si fuera una declaración de desafío.

Bannor le condujo a uno de los grandes refectorios de Piedra Deleitosa, y le dejó para que tomara a solas el desayuno. Pero antes de que hubiera terminado, el Guardián de Sangre regresó apresuradamente a su lado. Había una nueva vivacidad en las zancadas del Guardián de Sangre, una tirantez que se asemejaba de un modo extraño a la conmoción. No obstante, cuando se dirigió a Covenant, su mirada opaca, empañada, no expresaba nada, y la contenida cadencia de su voz carecía como siempre de inflexión.

—Ur-Amo, el Consejo te pide que vayas al Cercado. Un extraño ha entrado en Piedra Deleitosa. Los Amos se reunirán pronto con él.

La renovada viveza de Bannor puso en guardia a Covenant. Cautamente, le preguntó:

—¿Qué clase de extraño?

—¿Cómo dices, ur-Amo?

—¿Es... es alguien como yo? ¿O como Troy?

—No.

En su confusión, Covenant no percibió de inmediato la certidumbre de la réplica de Bannor, pero mientras seguía al Guardián de Sangre al exterior del refectorio y recorría Piedra Deleitosa, empezó a percatarse de algo más en la negativa, algo más que la confianza habitual de Bannor. Aquel «no» se parecía a la zancada de Bannor. De alguna manera, encerraba tensión, pero Covenant no podía sondearlo. Mientras bajaban por una ancha y curva escalera y pasaban por los diversos niveles de la Defensa, hizo un esfuerzo para preguntar:

—¿A qué se debe tanta urgencia a causa de ese extraño? ¿Qué sabes de él?

Bannor le hizo caso omiso.

Cuando llegaron al Cercado, vieron que ya les habían precedido el Ama Superior Elena, el Amo Verement y otros cuatro Amos. El Ama Superior ocupaba su lugar a la cabeza de la curva mesa, y el Bastón de la Ley reposaba en la piedra, frente a ella. A su derecha se sentaban dos hombres y dos mujeres. Verement estaba a su izquierda, tras dos asientos vacíos. Ocho Guardianes de Sangre estaban sentados ante ellos, en la primera fila de la galería, pero el resto del Cercado estaba vacío. Sólo el Primer Signo Morin y los Guardahogares Tohrm y Borillar ocupaban sus posiciones detrás de la Ama Superior.

Un silencio expectante se cernía sobre la cámara. Por un instante, Covenant casi esperó que Elena anunciara el inicio de la guerra.

Bannor le condujo a un asiento en la mesa de los Amos, cerca del Amo Verement. El Incrédulo se acomodó en la silla de piedra, frotándose las mejillas cerdosas con una mano, como si esperase que el Consejo supiera lo que quería decir. Las miradas de los Amos convergían en él y le hacían sentirse incómodo. Se sentía avergonzado por el hecho de que las puntas de sus dedos eran sensibles al tacto de sus patillas.

—Ur-Amo Covenant —dijo el Ama Superior al cabo de un momento—, mientras esperamos al Amo Mhoram y al Signo General Troy, podríamos hacerte la presentación. Hemos sido negligentes en nuestra hospitalidad. Permíteme que te presente a los miembros del Consejo a los que todavía no conoces.

Covenant asintió, aliviado por cualquier cosa que desviara de él la inquietante mirada de Elena. El Ama Superior empezó a hacer las presentaciones por la izquierda.

—Éste es el Amo Verement de Shetra, a quien ya has visto.

Verement se miraba las manos y no alzó la vista para dirigirla hacia Covenant.

Elena se volvió hacia su derecha. El hombre que se sentaba a su lado era alto y de grandes proporciones. Tenía la frente ancha y el rostro despierto enmarcado por una barba rubia. Su expresión era afable.

—Éste es el Amo Callindrill de Faer. Faer, su esposa, es uno de los pocos expertos en el antiguo arte del *suru-pa-maerl*.

El Amo Callindrill sonrió a Covenant con cierta timidez, e inclinó la cabeza.

—A su lado —siguió diciendo el Ama Superior— están los Amos Trevor y Loerya.

El Amo Trevor era un hombre delgado, con aspecto de inseguridad, como si fuera demasiado para él estar sentado a la mesa de los Amos, pero el Ama Loerya, su esposa, tenía un aspecto sólido, de matrona, consciente del poder que poseía.

—Tienen tres hijas que alegran nuestros corazones.

Los Amos aludidos respondieron con sonrisas, pero mientras que la del hombre

era a la vez de sorpresa y orgullo, la de su esposa era sosegada y confiada.

—Más allá puedes ver al Ama Amatin, hija de Matin —concluyó el Ama Superior—. Hace sólo un año que superó las pruebas de la Espada y el Bastón en la Raat y se unió al Consejo. Ahora se ocupa de las escuelas de Piedra Deleitosa..., la enseñanza de los niños.

El Ama Amatin hizo, a su vez, una grave reverencia. Era menuda, seria, con los ojos de color avellana, y miraba a Covenant como si lo estuviera estudiando.

Tras una pausa, el Ama Superior dio comienzo a las ceremonias rituales de bienvenida del Incrédulo a las Defensas de los Amos, pero se interrumpió cuando el Amo Mhoram entró en el Cercado. Llegó a través de una de las puertas privadas situadas detrás de la mesa de los Amos. Andaba con paso cansado y mostraba una febril concentración en su mirada, como si hubiera pasado toda la noche luchando con la oscuridad. Debido a su fatiga, necesitó el bastón para mantenerse firme mientras tomaba asiento a la izquierda de Elena.

Todos los Amos le observaron mientras se sentaba, respiraba con dificultad, y una oleada de apoyo partió de sus mentes hacia la de Mhoram. Lentamente, su silenciosa ayuda le fortaleció. El centelleo de su mirada se desvaneció, y empezó a ver los rostros que le rodeaban.

—¿Has tenido éxito? —le preguntó Elena en voz baja—. ¿Puedes retirar el *krill*?

Los labios de Mhoram formaron la palabra «no», pero no articuló ningún sonido.

—Querido Mhoram —dijo Elena, exhalando un suspiro—, debes cuidar más de ti mismo. El Despreciativo avanza contra nosotros. Necesitamos toda tu fortaleza en la guerra venidera.

En el rostro fatigado de Mhoram se formó su sonrisa curvada y benévola, pero no habló.

Antes de que Covenant pudiera adoptar la resolución de preguntarle a Mhoram qué confiaba conseguir con el *krill*, se abrieron las puertas principales del Cercado y el Signo General Troy bajó por las escaleras hasta la mesa. Tras él iba el Dagomán Quaan. Mientras Troy iba a sentarse frente a Covenant, Quaan fue a reunirse con Morin, Tohrm y Borillar. Al parecer, Troy y Quaan acababan de llegar del Ala de Guerra. No habían tenido tiempo para dejar sus espadas, y las vainas resonaron al golpear contra la piedra cuando tomaron asiento.

En cuanto estuvieron en sus sitios, el Ama Superior empezó a hablar, sosegadamente, pero su voz clara llegaba a la perfección a todos los rincones del Cercado.

—Nos hemos reunido aquí sin previo aviso porque un extraño ha llegado hasta nosotros. Crawl, el extraño está a tu cuidado. Háblanos de él.

Crawl era uno de los Guardianes de Sangre. Se levantó de su asiento, cerca de las anchas escaleras de la cámara y se encaró impassible al Ama Superior para comunicar

su informe.

—Ha burlado nuestra vigilancia. Hace poco apareció a las puertas de Piedra Deleitosa. Ningún explorador ni centinela le vio aproximarse. Preguntó si estaban dentro los Amos. No es como otros hombres, pero no está armado y no tiene intención de hacer daño alguno. Decidimos admitirle. Os espera.

Con una voz aguda, como el grito de un halcón, el Amo Verement preguntó:

—¿Por qué no le descubrieron a tiempo los exploradores y centinelas?

—El extraño estaba oculto a nuestros ojos —replicó Crawl en tono neutro—. Nuestra vigilancia no disminuyó.

Su tono sin fluctuaciones parecía afirmar que la vigilancia de la Escolta de Sangre estaba fuera de toda duda.

—Eso está bien —dijo Verement—. Tal vez un día todo el ejército del Despreciativo aparecerá ante nuestras puertas sin que nos apercibamos, y aún estaremos durmiendo cuando caiga Piedra Deleitosa en sus manos.

Estaba a punto de decir algo más, pero Elena le interrumpió con firmeza.

—Traed ahora al extraño.

Cuando el Guardián de Sangre situado en lo alto de la escalera procedía a abrir las altas puertas de madera, Amatin preguntó al Ama Superior:

—¿Viene este extraño a petición tuya?

—No, pero quiero interrogarle.

Covenant observó cómo dos Guardianes de Sangre entraban en el Cercado con el extraño entre ellos. Era delgado, vestido sencillamente con una túnica color crema, y sus movimientos eran ligeros y vigorosos. Aunque era casi tan alto como Covenant, parecía joven, como si aún no hubiera alcanzado su pleno desarrollo. La forma en que su cabello rizado se movía mientras bajaba las escaleras le daba un aspecto de muchacho risueño, como si le divirtieran las precauciones que tomaban contra él. Pero Covenant no estaba divertido. Con la nueva dimensión de su vista, pudo ver por qué Crawl había dicho que el muchacho no era «como otros hombres». Bajo su carne juvenil había unos huesos que parecían irradiar vejez, pero no una vejez biológica, pues no eran débiles ni enfermizos, sino más bien antigüedad. El esqueleto de aquel hombre acarrea tal antigüedad, tal aura de tiempo, como si él fuera sólo un recipiente que la contenía. Existía por ella más que a pesar de ella. Semejante visión confundió las percepciones de Covenant e hizo que le dolieran los ojos con impresiones conflictivas de temor y maravilla, mientras se esforzaba por comprender.

Cuando el muchacho llegó al centro del Cercado, se aproximó al pozo de gravanel e hizo una graciosa reverencia.

—¡Salve, Ama Superior! —saludó con su aguda voz juvenil.

—Sé bienvenido al Reino, extraño —replicó gravemente Elena, poniéndose en pie—. Sincera es nuestra acogida. Somos los Amos de Piedra Deleitosa y yo soy

Elena, hija de Lena, por elección del Consejo, poseedora del Bastón de la Ley. ¿Cómo podemos honrarte?

—La cortesía es como beber en un arroyo de montaña. Ya he sido honrado.

—Entonces, ¿querrás honrarnos a tu vez diciéndonos tu nombre?

El muchacho dirigió a los Amos una risueña mirada y dijo:

—Es posible que os diga quién soy.

—No bromees con nosotros —le dijo bruscamente Verement—. ¿Cómo te llamas?

—Entre quienes no me conocen, mi nombre es Amok.

Elena dirigió a Verement una rápida mirada, para que se contuviera, y luego le dijo al joven:

—¿Y cuál es tu nombre entre quienes te conocen?

—Quienes me conocen no necesitan para nada mi nombre.

—Extraño, no te conocemos. —En la voz pausada del Ama Superior apareció un deje de impaciencia—. Éstos son tiempos de gran peligro para el Reino, y no podemos derrochar ni tiempo ni delicadeza contigo. Te pedimos que nos digas de inmediato quién eres.

—Ah, en ese caso me temo que no puedo ayudaros —replicó Amok, sin que su risueña mirada se alterase lo más mínimo.

Los Amos sostuvieron aquella mirada durante un rato, en rígido silencio. Los finos labios de Verement habían palidecido. Callindrill parecía reflexionar, con el ceño fruncido, y Elena miraba al muchacho con las mejillas enrojecidas por la ira, pero su curiosa manera de mirar, como si lo hiciera a dos lugares a la vez, seguía invariable. Entonces el Ama Amatin enderezó los hombros y dijo:

—¿Dónde está tu hogar, Amok? ¿Quiénes son tus padres? ¿Cuál es tu pasado?

Amok se volvió con ligereza y le hizo una inesperada reverencia.

—Mi hogar es Piedra Deleitosa. No tengo padres y mi pasado es tan amplio como corto, pues he vagado por todas partes, esperando.

Una oleada de indignación recorrió a los miembros del Consejo, pero ninguno interrumpió a Amatin, la cual, escudriñando al muchacho, le preguntó:

—¿Tu hogar es Piedra Deleitosa? ¿Cómo es posible? No te conocemos.

—He estado ausente, Ama. He gozado con los *Elohim* y cabalgado en las Gorgonas de arena. He bailado con los danzarines del Mar y bromeado con el valiente *Kelenbhrabanal* en su tumba, y he intercambiado apotegmas con el Desierto Gris. He aguardado.

Varios Amos se agitaron inquietos, y un súbito fulgor apareció en los ojos de Loerya, como si hubiera reconocido algo potente en las palabras de Amok. Todos le miraron atentamente mientras Amatin decía:

—¿Qué me dices de tus familiares, Amok?

—¿Soy un ser vivo?

—Parece que no —gruñó Verement—. Ningún ser mortal podría poner a prueba nuestra paciencia de este modo.

—Paz, Verement —dijo Loerya—. Lo que dice este hombre tiene graves implicaciones. —Sin desviar la mirada de Amok, le preguntó—: ¿Estás vivo?

—Quizá. Mientras tengo una finalidad, me muevo y hablo. Mis ojos miran. ¿Es esto la vida?

Su respuesta confundió al Ama Amatin. Con un hilo de voz, como si la abrumara la incertidumbre, inquirió:

—¿Quién te hizo, Amok?

Amok replicó sin vacilación:

—El Amo Superior Kevin, hijo de Loric, hijo de Damelon, hijo de Berek Corazón Fuerte, el Padre Fundador.

Un rumor de sorpresa resonó en el Cercado. Los Amos estaban boquiabiertos, asombrados. Pero Verement golpeó la piedra con su palma y exclamó:

—¡Por los Siete! ¡Este mozalbete se burla de nosotros!

—No lo creo así —respondió Elena.

El Amo Mhoram asintió con gesto de fatiga e indicó con un suspiro que opinaba lo mismo que Elena.

—Nuestra ignorancia es la que se burla de nosotros —añadió.

—Mhoram —preguntó entonces Trevor—. ¿Conoces a Amok? ¿Le has visto antes?

El Ama Loerya secundó la pregunta, pero antes de que Mhoram pudiera reunir fuerzas para responder, el Amo Callindrill se inclinó hacia adelante para preguntar:

—Amok, ¿por qué te hicieron? ¿Cuál es tu finalidad?

—Espero —dijo el muchacho—, y respondo.

Callindrill aceptó aquellas palabras con un sombrío gesto, como si demostraran algo desafortunado, y no dijo nada más. Tras una pausa, el Ama Superior se dirigió a Amok de nuevo.

—Tienes conocimiento y lo muestras al responder a las preguntas apropiadas. ¿Te he comprendido bien?

Por toda respuesta, Amok se inclinó, meneando la cabeza de modo que su cabello onduló alegremente.

—¿Qué conocimiento es ése? —inquirió ella.

—Cualquier conocimiento que puedas solicitar y del que puedas recibir una respuesta.

Al oír esto, Elena miró tristemente a sus compañeros.

—Bien, está claro que no te he hecho la pregunta apropiada. —Exhaló un suspiro y añadió—: Creo que deberemos saber cuál es el conocimiento de Amok antes de que

podamos hacerle las preguntas apropiadas.

Mhoram alzó la vista hacia ella y asintió.

—¡Excelente! —exclamó Verement en un tono lleno de contenida fiereza—. Así la ignorancia aumenta la ignorancia, y el conocimiento resulta innecesario.

Covenant reparó en la fuerza que tenía el sarcasmo de Verement, pero el Ama Amatin hizo caso omiso y preguntó al joven:

—¿Por qué te has presentado ante nosotros ahora?

—Noté las señales de que era el momento. El *krill* de Loric ha vuelto a tener energía. Ésa es la señal indicada. Yo respondo según se me acondicionó para responder.

Al mencionar la palabra *krill*, el maravilloso y temible secreto en el interior de Amok pareció hacerse más visible. Y Covenant, con su extraña capacidad para percibirlo, sintió una punzada de dolor. ¿También aquello ocurría por su culpa? ¿En qué se había metido ahora? Pero, por fortuna, aquella percepción fue breve, pues el juvenil buen humor de Amok la veló en seguida.

El Amo Mhoram se puso en pie lentamente, apoyándose en el bastón como un viejo. Se puso al lado del Ama Superior, como si hablara para ella.

—Entonces, tú... Escúchame, Amok. Soy vidente y oráculo de este Consejo. Mis palabras revelan visiones, pero a ti no te he visto en ninguna de ellas. Has llegado demasiado pronto. Nosotros no hemos devuelto la energía al *krill*. Eso no ha sido nuestra obra. Carecemos de la ciencia necesaria para ello.

El rostro de Amok adoptó de improviso una expresión grave, casi asustada, y mostró por primera vez la antigüedad oculta bajo su apariencia juvenil.

—¿Carecéis de la ciencia? Entonces he errado, no he cumplido bien mi propósito. Debo partir, pues, de lo contrario, grande será el daño que haré.

Se volvió rápidamente, deslizándose con una velocidad engañosa entre los Guardianes de Sangre, y subió corriendo las escaleras.

Cuando estaba aún a mitad de las escaleras, los presentes en el Cercado le perdieron de vista. Se desvaneció como si todos hubieran apartado un instante la mirada de él, permitiéndole así ocultarse. Los Amos se pusieron en pie, asombrados. Los Guardianes de Sangre que perseguían a Amok se detuvieron en las escaleras, miraron rápidamente a su alrededor y desistieron de la persecución.

—¡Rápido! —ordenó Elena—. ¡Buscadle! ¡Encontradle!

—¿Qué necesidad hay de ello? —replicó lisamente Crowl—. Se ha ido.

—¡Ya lo veo! Pero ¿adónde ha ido? Quizá esté aún en Piedra Deleitosa.

—Se ha ido —se limitó a repetir Crowl.

Algo en su certidumbre recordó a Covenant la excitación contenida, inusitada, de Bannor. ¿Estarían los Guardianes de Sangre implicados en aquel suceso? ¿En qué consistía el propósito al que se había referido el extraño?

Embebido en su reflexión, apenas oyó el susurro de Troy.

—Me pareció..., por un momento... Me pareció haberle visto antes.

El Ama Superior Elena no prestó atención al Signo General. La actitud del Guardián de Sangre parecía desconcertarla, y se sentó para considerar la situación. Lentamente la fuerza de su mente se expandió para entrar en contacto con las mentes de los demás Amos presentes en el Consejo. Uno tras otro, cada uno de los Amos entró en silente comunión con el pensamiento del Ama Superior. Callindrill cerró los ojos y su rostro adoptó una expresión apacible. Trevor y Loerya se cogieron las manos. Verement meneó la cabeza dos o tres veces y luego asintió cuando Mhoram le tocó suavemente el hombro.

Cuando todos estuvieron en comunicación íntima, habló el Ama Superior:

—Cada uno de nosotros debe estudiar este asunto. La guerra se aproxima, y no debemos permitir que tales misterios nos cojan desprevenidos. Pero a ti, Ama Amatin, te encargo el estudio de Amok y su conocimiento secreto. Si es posible hacerlo, debemos buscarle y aprender sus respuestas.

El Ama Amatin asintió con una expresión decidida en su pequeño rostro.

Entonces, como si las mentes entrelazadas se separasen, finalizó la comunión, y la sensación electrizante que Covenant podía percibir para no participar en ella, se desvaneció del ambiente. En silencio, los Amos tomaron sus bastones y empezaron a marcharse.

—¿Eso es todo? —musitó Covenant sorprendido—. ¿Eso es todo lo que vais a hacer?

—Ten cuidado, Covenant —le advirtió Troy en voz baja.

Covenant dirigió una fiera mirada al Signo General, pero las negras gafas de éste le daban un aspecto impasible. Covenant se volvió hacia el Ama Superior.

—¿Eso es todo? —insistió—. ¿Ni siquiera quieren saber lo que ocurre aquí?

Elena le miró fijamente.

—¿Acaso lo sabes tú?

—No, por supuesto...

Quería decir algo más, protestar, asegurar que Bannor sí lo sabía. Pero no podía decir tal cosa. No tenía derecho a achacar la responsabilidad al Guardián de Sangre. Guardó un tenso silencio.

—Entonces no te precipites a juzgar —replicó Elena—. Hay muchas cosas que requieren explicación, y debemos buscar las respuestas a nuestra manera, si confiamos en estar preparados.

¿Preparados para qué?, quiso preguntar Covenant, pero carecía de la resolución necesaria para desafiar al Ama Superior; temía su mirada. Para rehuir la situación, pasó al lado de Bannor y salió precipitadamente del Cercado, por delante de los Amos y de Troy.

Una vez en sus aposentos, no halló alivio a su frustración. Y, en los días que siguieron, tampoco sucedió nada que le proporcionara algún alivio. Elena, Mhoram y Troy estuvieron tan ausentes de su vida como si lo evitaran deliberadamente. Bannor respondía a sus preguntas sin objeto, cortésmente, con brevedad, pero sus respuestas no aportaban la menor explicación. Su barba creció hasta que llegó a ser espesa y le dio el aspecto de un desaseado fanático, pero no probaba ni resolvía nada. La luna llena llegó y pasó, pero la guerra no dio comienzo. No llegaron noticias de los exploradores, no hubo signo alguno, ninguna premonición. A su alrededor, Piedra Deleitosa temblaba palpablemente, como preparándose para algún acontecimiento. Adondequiera que encaminase sus pasos, Covenant oía susurros de tensión, prisas, urgencias, pero no se emprendía ninguna acción. Andaba y andaba por las Defensas de los Amos, como si recorriera los vericuetos de un laberinto. Tomaba excesivas cantidades de vino de primavera, y dormía pesadamente, como un muerto, como si confiara en no resucitar jamás. A veces se veía incluso reducido a permanecer en las almenas septentrionales de la ciudad y contemplar los ejercicios del Ala de Guerra dirigidos por Troy y Quaan. Pero no ocurría nada.

Su único oasis en aquel desierto de inmovilidad y frustración se lo proporcionaron el Amo Callindrill y su esposa, Faer. Un día, Callindrill llevó al Incrédulo a sus aposentos privados, más allá del patio con el suelo iluminado, y Faer le obsequió con una comida que casi le hizo olvidar su lamentable situación. Faer era una vigorosa pedrariana, con un auténtico don para la hospitalidad. Quizá Covenant habría podido olvidar en su compañía, pero aquella mujer estudiaba el antiguo arte *suru-pa-maerl*, como había hecho Lena, lo cual evocó en Covenant demasiados recuerdos dolorosos. Su visita a Faer y su esposo no fue demasiado larga.

Pero antes de que se marchara, Callindrill le explicó algunas particularidades de su posición actual en Piedra Deleitosa. Le dijo que el Ama Superior le había convocado cuando el Consejo llegó a la conclusión de que la guerra podría dar comienzo en cualquier momento, cuando resultó evidente que posponer más la llamada podría resultar fatal. Pero los planes de batalla del Signo General Troy no podrían realizarse hasta que conociera cuál de las dos posibles rutas de ataque seguiría el ejército del Amo Execrable. Hasta que el Signo General recibiera informes claros de sus exploradores, no podía permitirse comprometer a sus Eoalas. Si arriesgaba una suposición, y tal suposición resultaba errónea, las consecuencias serían desastrosas. Por ello habían convocado urgentemente a Covenant, y, no obstante, ahora le dejaban en paz, sin pedirle nada.

Además, siguió diciendo el Amo, había otra razón por la que le habían convocado en un momento que ahora parecía prematuro. El Signo General Troy había defendido la imperiosa necesidad de efectuar la llamada. Esto sorprendió a Covenant, hasta que Callindrill explicó el razonamiento de Troy. El Signo General había creído que el

Amo Execrable sería capaz de detectar las llamadas. Así, por medio de la llamada de Covenant, Troy había confiado en presionar al Despreciativo, obligarle, debido al temor que le inspiraba la magia indomeñable, a lanzar su ataque antes de que estuviera preparado para ello. El tiempo favorecía al Amo Execrable porque sus recursos bélicos eran muy superiores a los del Consejo, y si se preparaba durante suficiente tiempo, podría disponer de un ejército al que no podría derrotar ningún Ala de Guerra. Troy confiaba en que la estratagema de convocar a Covenant haría que el Despreciativo detuviera sus preparativos.

Finalmente, explicó Callindrill en su tono benévolo, el Ama Superior Elena y el Amo Mhoram estaban, en efecto, evadiendo al Incrédulo. Covenant no se lo había preguntado, pero Callindrill pareció adivinar algunas de las causas de su frustración. Elena y Mhoram, cada uno a su manera, se sentían tan implicados en el dilema de Covenant que preferían mantenerse alejados de él a fin de evitar una agravación de su sufrimiento. Según Callindrill, sentían que sus peticiones personales eran más dolorosas para Covenant que las de cualquier otro. La posibilidad de que pudiera ir a Límite del Mar había estremecido a Elena. Y Mhoram estaba absorto por su trabajo con el *krill*. Hasta que la guerra les impidiera elegir, evitarían en la medida de lo posible solicitarle nada.

Cuando salió de los aposentos de Callindrill y Faer, Covenant se dijo que Troy ya le había advertido. Le había dicho que eran escrupulosos. Poco después, pensó con amargura que estaría mucho mejor si todas aquellas personas dejaran de intentar hacerle favores.

Sin embargo, estaba agradecido a Faer y su esposo. Sus gestos de amistad le ayudaron a soportar los días siguientes, a mantener a raya la oscuridad vertiginosa. Pero sabía que no podría soportarlo mucho más. El ambiente de Piedra Deleitosa era tan tenso como la cuerda de un instrumento musical a punto de romperse. La presión aumentaba en su interior, se aproximaba a la desesperación. Una tarde, cuando Bannor llamó con los nudillos a su puerta, se sorprendió tanto que casi se echó a gritar.

Sin embargo, Bannor no llegaba para anunciarle el inicio de la guerra. En su tono neutro, preguntó a Covenant si le gustaría escuchar un cántico.

Un cántico, repitió Covenant aturdido. Por un momento, estuvo demasiado confuso para responder. No había esperado que le hicieran semejante pregunta, sobre todo por parte de un Guardián de Sangre. Pero entonces se encogió de hombros y dijo:

—¿Por qué no?

No se detuvo a preguntar qué había impulsado la insólita iniciativa de Bannor. Frunciendo el ceño, siguió al Guardián de Sangre fuera de sus aposentos.

Bannor le condujo por los distintos niveles de las Defensas hasta que llegaron a

un lugar de la montaña situado a mayor altura de la que Covenant había estado hasta aquel día. Entonces el amplio pasadizo que seguían rodeó una esquina y salieron inesperadamente a la luz del sol. Penetraron en un amplio anfiteatro, sin techo. Hileras de bancos de piedra se curvaban hacia abajo, rodeando un escenario central. Detrás de la fila superior la pared de piedra se alzaba recta unos seis u ocho metros más y terminaba en el suelo del altiplano, donde la montaña se encontraba con el cielo. El sol de la tarde brillaba en el anfiteatro, bañando la apagada piedra blanca del escenario y los bancos con un cálido resplandor.

Los asientos empezaban a llenarse cuando llegaron Bannor y Covenant. Habitantes de las Defensas, dedicados a las más diversas ocupaciones, incluso granjeros, cocineros y guerreros, así como los Amos Trevor y Loerya con sus hijas, entraban por varias aberturas practicadas en el muro para sentarse en las gradas. Pero el grupo más numeroso era el de los Guardianes de Sangre. Covenant calculó que habría un centenar de ellos en las gradas, lo cual le sorprendió vagamente. Nunca había visto más de una veintena de *Haruchai* en un lugar. Tras mirar un rato a su alrededor, Covenant preguntó a Bannor:

—¿De qué cántico se trata?

—Es el Lamento del Amo Kevin —replicó Bannor con su habitual impasibilidad.

Entonces Covenant creyó comprender. Kevin, se dijo, haciendo un gesto de asentimiento. Naturalmente, los Guardianes de Sangre querían oír el cántico. ¿Cómo no iban a ayudarles a comprender a Kevin Arrasatierra?

Fue Kevin quien convocó al Amo Execrable a Kiril Threndor para pronunciar el Ritual de la Profanación. Decían las leyendas que cuando Kevin vio que no podía derrotar al Despreciativo, una negra nube de desesperación ensombreció su corazón. Había amado al Reino con demasiada intensidad para dejarlo caer en manos del Amo Execrable, y, sin embargo, había fracasado; no podía preservarlo. Desgarrado por su dilema sin posible solución, se sintió impulsado a pronunciar aquel Ritual. Sabía que desencadenar aquel siniestro poder destruiría a los Amos y sus obras y devastaría el Reino de uno a otro extremo, dejándolo yermo durante generaciones. Sabía que moriría. Pero había confiado en que también el Amo Execrable moriría, que cuando al fin la vida retornara al Reino, sería una vida libre de Desprecio. Eligió correr aquel riesgo en vez de permitir la victoria del Amo Execrable. Así se atrevió a convocar al Despreciativo en Kiril Threndor. Pronunció el Ritual con el Amo Execrable, y así el Amo Superior Kevin Arrasatierra destruyó el Reino que amaba.

Pero el Amo Execrable no murió. Se vio reducido durante algún tiempo, pero sobrevivió, preservado por la ley del Tiempo que le ataba a la Tierra, según decían las leyendas. Y por eso ahora el Reino y los nuevos Amos padecían las consecuencias de la desesperación de Kevin.

No era sorprendente que los Guardianes de Sangre quisieran oír aquel cántico, o

que Bannor le hubiera pedido a Covenant que lo oyera también.

Mientras reflexionaba, Covenant vio un vislumbre azulado al otro lado del anfiteatro. Alzó la vista y reconoció al Ama Superior Elena, de pie cerca de una de las entradas. También ella quería escuchar aquel cántico. A su lado estaba el Signo General Troy.

Covenant sintió el impulso de unirse a ellos, pero antes de que pudiera decidirse a hacerlo, la cantora entró en el anfiteatro. Era una mujer alta y esplendorosa, sencillamente ataviada con una túnica carmesí. Su cabello dorado parecía chispear con los reflejos del sol. Mientras bajaba los escalones que conducían al escenario, el auditorio se levantó y le hizo en silencio la salutación de bienvenida. Ella no devolvió el saludo. Su rostro tenía una expresión concentrada, como si ya sintiera las emociones de su canto.

Cuando llegó al escenario, no habló, no dijo nada para presentarse, explicar o identificar su cántico. Se limitó a situarse en el centro del escenario, se arregló un momento y alzó la cara hacia el sol al tiempo que abría la boca.

Al principio, la melodía era contenida, árida y angulosa, y sólo apuntaba hacia dolores y sentimientos ocultos.

*Me alcé en el pináculo de la Tierra:
El Monte Trueno,
llena de fuego la cabellera de sus Leones,
elevaba su cresta no más alta
que los horizontes que mi mirada abarcaba;
los Ranyhyn,
sus cascos liberados desde el inicio de la Era,
galopaban alegres bajo mi voluntad;
los Gigantes de férreos miembros,
que vinieron desde más allá del mar,
donde el sol tiene su cuna,
vinieron a mí en barcos poderosos como castillos
y labraron mi morada en la roca desnuda de la Tierra
y me dieron, con su amistad pura,
una señal de obediencia y lealtad
en la eterna piedra del Tiempo;
los Amos trabajaron bajo mi vigilancia
para encontrar y hacer manifiesta
la verdadera finalidad del Creador de la Tierra,
apartado de su creación por el mismo
poder de ese propósito...
poder oculto en la carne y los huesos del Reino*

*por la Ley inmutable de su creación:
¿Cómo podía, pues,
cuando tanta gloria y dominio abarcaban mis brazos abiertos,
enfrentarme al Despreciativo
sin consternación?*

Entonces el cántico cambió, como si la cantora abriera unas cámaras internas para dar a su voz una mayor resonancia. Cantaba con un tono alto, arqueado, y era aquel cántico una lamentación realzada y subrayada con innumerables armonías implícitas, con muchas sugerencias de otras voces acompañantes, hasta tal punto que parecía como si la cantora tuviera todo un coro en su interior, y todas aquellas voces salieran por una garganta única.

*¿Dónde está el Poder que protege
la belleza contra la decadencia de la vida,
que preserva la pura verdad contra la falsedad,
que asegura la lealtad contra la lenta mancha
del caos que corrompe?
¿Cómo el Desprecio nos ha hecho tan pequeños?
¿Por qué las mismas rocas no hacen erupción
para su propia limpieza,
o se derrumban en polvo, avergonzadas?
¡Creador!
Cuando profanaste este templo,
Tú mismo te libraste de este desprecio,
haciéndole recaer en el Reino.
¿Pretendías que la belleza y la verdad
desaparecieran totalmente de la Tierra?
¿Has conformado mi destino en la Ley de la vida?
¿Es inútil mi esfuerzo?
¿Debo presidir, sancionar,
admitir el rostro amargo de la traición,
aprobar la caída del mundo?*

El tono dolido vibraba en el aire, y el cántico parecía herido. Cuando la cantora concluyó, los presentes se pusieron en pie y cantaron con los rostros dirigidos al cielo insondable:

*¡Ah, Creador!
¡Señor del Tiempo y Amo del Reino!*

*¿Pretendías que la belleza y la verdad
desaparecieran totalmente de la Tierra?*

Bannor se puso en pie, aunque no se unió al cántico, pero Covenant se quedó sentado, sintiéndose pequeño e inútil junto a la comunidad de Piedra Deleitosa. Su emoción llegó a su punto máximo al repetir el estribillo, mostrando una intensa aflicción y llenando luego el anfiteatro con una sensación de paz que limpiaba y curaba la desesperación del cántico, como una herida enconada. Y el poder de las voces unidas parecía ser respuesta suficiente al lamento de Kevin. Al convertir la desesperación en melodía, aquella gente le presentaba resistencia. Pero Covenant sentía de otro modo. Empezaba a comprender el peligro que amenazaba al Reino.

Siguió, pues, sentado, tocándose la barba y con la mirada perdida, mientras la gente salía del anfiteatro, dejándole solo bajo el brillante sol. Se quedó allí, sumido en sombrías reflexiones, hasta darse cuenta de que se le había acercado Hile Troy.

Cuando alzó la vista, el Signo General le dijo:

—No esperaba verte aquí.

—Tampoco yo esperaba verte —replicó Covenant con sequedad.

Sin embargo, la presencia de Troy no le impedía seguir tratando de comprender a Kevin.

Como si pudiera oír los pensamientos de Covenant, el Signo General dijo:

—Todo se remonta a Kevin. Él es quien hizo las Siete Alas, y el único que inspiró a los Guardianes de Sangre. Es también el único que pronunció el Ritual de la Profanación. Y no fue necesario..., o al menos no fue inevitable. No se hubiera visto arrastrado hasta tan lejos si no hubiera cometido ya su gran error.

—Su gran error —murmuró Covenant.

—Admitió al Execrable en el Consejo, le nombró Amo. No pudo ver al Execrable a través de su disfraz. Después fue demasiado tarde. Cuando el Execrable reveló quién era y declaró la guerra abierta, había tenido tiempo para tan sutiles traiciones que era invencible.

»En situaciones así, supongo que la mayoría de los hombres ordinarios se suicidan. Pero Kevin no era un hombre ordinario... Tenía demasiado poder para eso, aunque pareciera inútil. Y así, en vez de suicidarse, mató al Reino. Los que sobrevivieron eran gentes que no habían tenido tiempo para ir al exilio.

»Dicen que Kevin comprendió lo que había hecho..., antes de morir. El Execrable se reía de él, y murió entre lamentos desgarradores.

»En cualquier caso, ése es el motivo por el que el Juramento de Paz es ahora tan importante. Todo el mundo lo hace, pues es tan fundamental como el juramento de servicio al Reino que hacen los Amos. Juntos juran que de algún modo resistirán las emociones destructivas, como la desesperación de Kevin. Ellos...

—Lo sé —suspiró Covenant—. Lo sé todo al respecto. —Recordaba a Triock, el

hombre que había amado a Lena en la Pedraria Mithil, cuarenta años atrás. Triock quiso matar a Covenant, pero Atiaran se lo impidió recordándole la fuerza del Juramento de Paz—. Por favor, no digas más. Ya es bastante duro para mí tal como están las cosas.

—Covenant —siguió diciendo Troy como si pretendiera insistir en el mismo tema —, no comprendo por qué no estás encantado de encontrarte aquí. ¿Cómo puede ser el mundo «real» más importante que éste?

—Es el único mundo que existe. —Covenant se puso en pie con lentitud, como si le pesara el cuerpo—. Salgamos de aquí. Este calor me marea.

Despaciosamente, abandonaron el anfiteatro. El aire de Piedra Deleitosa les recibió con su agradable frescura, y Covenant respiró hondo, tratando de serenarse.

Quería alejarse de Troy, evadir las preguntas que sin duda le haría. Pero el Signo General parecía decidido. Al cabo de algunos momentos, le dijo:

—Escucha, Covenant. Intento comprender. Desde la última vez que hablamos, he pasado la mitad de mi tiempo intentándolo. Alguien ha de tener una idea de lo que puede esperarse de ti, pero no logro verlo. En el mundo «real» eres un leproso. ¿No es esto mejor?

—No es real —replicó secamente Covenant—. No creo en su existencia. —Y como si hablara para sí mismo, añadió—: Los leprosos que prestan demasiada atención a sus sueños o a cualquier otra cosa no viven demasiado.

—Dios mío —musitó Troy—. Da la impresión de que la lepra es lo único que existe. —Reflexionó un momento y luego preguntó—: ¿Cómo puedes estar seguro de que esto no es real?

—Porque la vida no es así. Los leprosos no se curan. La gente sin ojos no puede empezar a ver de repente. Tales cosas no ocurren. De alguna manera nos están traicionando. Nuestras propias necesidades de algo que no poseemos nos seducen con esto. Es una locura. Mírate. Vamos, piensa en lo que te ha sucedido. Ahí estás, atrapado entre la caída desde un noveno piso y un incendio devorador, ciego, impotente y a punto de morir. ¿Es tan extraño pensar que has perdido la razón? Y eso —añadió con mordacidad— suponiendo que existas de verdad. Tengo una idea sobre ti. Debo haberte creado en mi subconsciente, a fin de tener a alguien con quien discutir. Alguien que me diga que estoy equivocado.

—¡Maldición! —exclamó Troy. Volviéndose rápidamente, cogió la mano derecha de Covenant y la alzó hasta el nivel de los ojos, entre ambos. Adelantando la cabeza en un gesto de desafío, dijo con vehemencia:

—Mírame. Siente mi contacto. Estoy aquí. Es un hecho. Es real.

Covenant contempló un momento la mano de Troy. Luego dijo:

—Siento tu contacto, te veo, incluso te oigo, pero eso no hace más que corroborar mi idea. No lo creo. Ahora suéltame.

—¿Por qué?!

Troy parecía mirarle tras las gafas de sol, pero Covenant fijó su airada mirada en los negros cristales, hasta que éstos se desviaron. Gradualmente, el Signo General aflojó la presión de su mano. Covenant apartó la suya de un tirón y siguió andando. Respiraba entrecortadamente. Apenas había andado unos pasos, cuando habló de nuevo.

—Porque *puedo* sentirlo, precisamente por eso. Y es algo que no puedo permitirme. Ahora escúchame bien. Voy a tratar de explicártelo para que lo comprendas.

»Olvidemos que sabes perfectamente que es imposible llegar aquí. Absolutamente imposible..., pero dejemos eso de momento. Escucha. Soy un leproso. La lepra no es una enfermedad directamente letal, pero te puede matar de una manera indirecta. Sólo puedo..., todo leproso sólo puede conservar la vida si se concentra continuamente para evitar cualquier lesión, y si cuida de sus lesiones en cuanto se produzcan. Lo único... óyeme bien, lo único que ningún leproso puede permitirse es dejar vagar su mente. Si quiere conservar la vida no puede distraerse. En cuanto deja de concentrarse y empieza a pensar en cómo va a mejorar su vida o soñar en cómo era su vida antes de contraer la enfermedad, o en lo que haría si sanara, o simplemente en cómo sería si la gente dejara de sentir horror hacia los leprosos... —Arrojaba sus palabras a la cabeza de Troy, como piedras—... entonces es hombre muerto.

»Este... Reino... es lo mismo que un suicidio para mí. Es una escapatoria, y no puedo permitirme pensar en huidas ni, mucho menos, caer en una de ellas. Es posible que un ciego pueda correr el riesgo, pero un leproso no. Si cedo en eso, no duraré ni un mes en el mundo que realmente importa, porque tendré que regresar. ¿Me hago entender?

—Sí —dijo Troy—. Sí. No soy estúpido. Pero piensa en ello un momento. Si ocurriera..., si de algún modo fuera cierto que el Reino es real..., entonces estás negando tu única esperanza. Y eso...

—Lo sé.

—... eso no es todo. Hay algo que no has tomado en consideración. Lo único que no encaja en esta teoría tuya de que todo es un engaño es el poder..., tu poder. El oro blanco. La magia indomeñable. Ese maldito anillo tuyo lo cambia todo. Aquí no eres una víctima, esto no es algo que se te hace a propósito. Tú eres el responsable.

—No —gruñó Covenant.

—¿Espera un momento! No puedes negar esto. Eres responsable de tus sueños, Covenant. Como cualquier otro.

¡No!, exclamó en silencio Covenant. Nadie puede controlar los sueños. Covenant intentó llenarse de una gélida confianza, pero su corazón ya estaba helado por otra.

Troy insistió en su argumentación.

—Hay muchas pruebas de que el oro blanco es exactamente lo que los Amos dicen que es. ¿Cómo se rompieron las defensas de la Segunda Ala? ¿Cómo fueron convocados los Leones de Fuego del Monte Trueno para salvarte? Sólo hay una respuesta: el oro blanco. Ya tienes la clave de todo el asunto.

—No. —Covenant se esforzaba por dar alguna fuerza a su negativa—. No. No es así. Lo que el oro blanco hace en el Reino no tiene nada que ver conmigo. Yo no tengo ningún poder. No puedo ejercer ninguna influencia sobre él. No es más que otra cosa que me ha sucedido. Te digo que no tengo ningún poder. Todo lo que sé es que esta magia indomeñable puede desatarse en cualquier momento y destrozarnos a todos. Podría coronar al Execrable como rey del universo tanto si quiero como si no. No tiene nada que ver conmigo.

—¿Es un hecho? —preguntó Troy ásperamente—. Y como no tienes ningún poder, nadie puede culparte.

El tono de Troy proporcionó a Covenant algo en lo que centrar su ira.

—¡Así es! —exclamó enfurecido—. Deja que te diga algo. La única persona en esta vida que es totalmente libre es el impotente. Como yo. ¿O qué crees que es la libertad? ¿Un potencial ilimitado? ¿Unas posibilidades sin restricción? ¡Por todos los diablos! ¡La impotencia es libertad! Cuando eres incapaz de todo, nadie puede esperar nada de ti. El poder tiene sus propios límites... incluso el mayor poder. Sólo los impotentes son libres.

»¡No! —exclamó para interrumpir la protesta de Troy—. Te diré algo más. Lo que me estás pidiendo realmente es que aprenda a utilizar esta magia indomeñable, de manera que pueda ir por ahí despanzurrando a las pobres y desgraciadas criaturas del ejército del Execrable. Pues bien, no voy a hacer eso. No voy a matar más... ¡y desde luego no en nombre de algo que ni siquiera es real!

—Hurra —murmuró Troy con tenso sarcasmo—. Por Dios, ¿qué ha ocurrido con la gente que solía tener alguna creencia?

—Cogieron la lepra y murieron. ¿No escuchabas esa canción?

Antes de que Troy pudiera replicar, doblaron una esquina y entraron en un cruce donde se juntaban varios corredores. Bannor estaba en el centro del cruce como si les aguardara, e impedía el paso al corredor por el que Covenant había pensado seguir.

—Elige otro camino —dijo inexpresivamente—. Desvíate ahora mismo.

Troy no vaciló y giró a la derecha. Mientras lo hacía, preguntó con rapidez:

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

Pero Covenant no le siguió. Su cólera y frustración seguían dominándole. Se quedó inmóvil donde estaba y miró enfurecido al Guardián de Sangre.

—Desvíate —repitió Bannor—. El Ama Superior no desea que veas a quien no debes.

Troy le llamó desde el siguiente corredor.

—¡Ven aquí, Covenant!

Covenant mantuvo su desafío durante un momento, pero la impasible mirada de Bannor le hizo perder aplomo. El Guardián de Sangre parecía tan inmune a la afrenta o la duda como un muro de piedra. Mascullando en vano entre dientes, Covenant fue en pos de Troy.

Pero se había retrasado demasiado. Antes de que entrara en el siguiente corredor, llegó un hombre procedente del pasadizo a espaldas de Bannor. Era alto, robusto y fuerte como una columna; su amplio pecho sostenía con facilidad unos hombros y brazos provistos de enormes músculos. Andaba con la cabeza baja, de modo que la barba poblada, rojiza y gris, descansaba como una carga sobre su pecho. Su rostro tenía una expresión de vigor que se había vuelto lamentablemente rancio, coagulado por una mezcla con hiel.

Tejido en las hombreras de su túnica marrón de pedrario había un dibujo de hojas blancas.

Covenant se puso tenso y sintió un espasmo de dolor en las entrañas. Reconoció al pedrario. El doloroso espasmo que le había acometido dejó lugar a la pena y la compasión hacia aquel hombre cuya vida él, Covenant, había arruinado, como si fuera incapaz de arrepentimiento.

Troy había vuelto al cruce y preguntó a Covenant:

—¿Por qué no debemos ver a este hombre? No comprendo. Es un *rhadhamaerl*. Covenant, éste es...

—Le conozco —le interrumpió Covenant.

Los ojos de Trell estaban enrojecidos, como si tras muchos años de padecimiento estuvieran cargados con demasiada sangre.

—Y yo te conozco también, Covenant —dijo el hombre con rigidez. Su voz era torpe, como si la hubiera mantenido encadenada largo tiempo, temiendo que le traicionara—. ¿No estás satisfecho? ¿Has venido para hacer más daño?

A través del rumor que producían los latidos de la sangre en sus oídos, Covenant se oyó a sí mismo decir por segunda vez:

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —dijo Trell con voz ahogada, como si estuviera a punto de sofocarse—. ¿Crees que eso es suficiente? ¿Que sirve para resucitar a los muertos?

Se estremeció un momento, como si estuviera a punto de desmayarse. Su respiración era profunda y entrecortada. Luego alzó convulsamente los brazos, como un hombre que rompe sus ligaduras, y, de un salto, cogió a Covenant por el pecho, alzándole del suelo. Le abrazó, con un fiero rugido, aplastándole contra él, como si quisiera quebrarle las costillas.

Covenant quería gritar, aullar de dolor, pero no lograba articular sonido alguno.

Los brazos de Trell eran como un tornillo de banco que extraía el aire de sus pulmones y le aplastaba el corazón. Sintió como si se derrumbara hacia adelante, destruyéndose con su propia presión.

Vagamente vio a Bannor a espaldas de Trell. El Guardián de Sangre le golpeó dos veces en el cuello, pero el Gravanélico no hizo más que aumentar la presión de su abrazo, gritando salvajemente.

Alguien, debía ser Troy, gritó a su vez:

—¡Trell! ¡Trell!

Bannor dio media vuelta y se alejó. Por un momento, Covenant temió que el Guardián de Sangre fuera a abandonarle. Pero Bannor sólo necesitaba espacio para su próximo ataque. Dio un enorme salto y, al caer hacia Trell, golpeó al Gravanélico en la base del cuello con un codo. Trell se tambaleó y aflojó su presa. Prosiguiendo el mismo movimiento, Bannor golpeó a Trell en el mentón con el otro brazo. El fuerte empuje hacia atrás hizo perder el equilibrio a Trell y, al caer, soltó a Covenant.

Covenant se desplomó en el suelo, de costado, jadeando penosamente en busca de aire. A través de su aturdimiento, oyó un grito de Troy, una advertencia. Alzó la vista a tiempo de ver que Trell cargaba de nuevo contra él. Pero Bannor fue más rápido. Mientras Trell arremetía, Bannor le salió al paso de frente, golpeándole con tal fuerza que lo lanzó contra una pared. Tras el encononazo, el Gravanélico quedó en el suelo, apoyado en manos y rodillas. El impacto le había aturdido. Su robusto cuerpo se estremecía de dolor, y sus dedos arañaban involuntariamente la piedra, como si cavara en busca de aire, se aferraban al suelo como si sólo fuera de arcilla endurecida. Al cabo de un momento, cerró los puños sobre la roca.

El Gravanélico aspiró hondo y apartó las manos del suelo. Miró los agujeros que había hecho. Le afligía ver que había dañado la piedra. Cuando alzó la cabeza, jadeaba intensamente, y el tejido de la túnica constreñía su amplio pecho.

Bannor y Troy estaban en pie entre él y Covenant. El Signo General blandía su espada.

—¡Recuerda tu Juramento! —le ordenó severamente—. Recuerda que juraste. No traiciones a tu propia vida.

Mientras la mirada de Trell se perdía en algún punto más allá del Signo General y de Covenant, unas lágrimas silenciosas comenzaron a brotar de sus ojos.

—¿*Mi* juramento? —dijo con voz ronca—. Él me ha obligado a esto. ¿Qué Juramento ha hecho él?

Con un súbito esfuerzo, el robusto Gravanélico se incorporó. Bannor avanzó unos pasos por delante de Troy para prevenir otro ataque, pero Trell no volvió a mirar a Covenant. Respirando penosamente, como si no hubiera suficiente aire para él en las Defensas, se volvió y se alejó arrastrando los pies por uno de los corredores.

Tocándose el pecho dolorido, Covenant dio unos pasos y se sentó en el suelo,

apoyando la espalda en la pared. El dolor le hacía toser violentamente. Troy estaba cerca de él, con los labios apretados, inquieto. Pero Bannor no parecía afectado en lo más mínimo; inmovible y desapasionado, nada le sorprendía.

—¡Dios mío, Covenant! —dijo al fin Troy—. ¿Qué tiene ese hombre contra ti?

Covenant esperó hasta encontrar un momento de respiro entre dos accesos de tos.

—Violé a su hija —confesó sin ambages.

—¡Estás de broma!

—No.

Tenía la cabeza gacha, pero evitaba la mirada de Bannor más que la de Troy.

—No es de extrañar que te llamen el Incrédulo —dijo Troy en voz baja, para dominar su cólera—. No es de extrañar que tu esposa se divorciara de ti. Debes haber sido insoportable.

Aquellas palabras hirieron a Covenant. Nunca había sido infiel a su esposa. Jamás. Pero no alzó la cabeza, no hizo esfuerzo alguno para enfrentarse a la injusta acusación de Troy.

—Maldito seas, Covenant —dijo Troy en voz baja pero con vehemencia.

Parecía demasiado furioso para gritar. Como si no pudiera soportar por más tiempo la visión del Incrédulo, giró sobre sus talones y se alejó. Pero mientras caminaba no pudo refrenar más su ira.

—¡Buen Dios! —gritó—. ¡No sé por qué no le encerráis en un calabozo y tiráis la llave! ¡Ya tenemos bastantes problemas!

Pronto desapareció por uno de los corredores, pero el eco de su voz quedó flotando en el aire, como un anatema.

Más tarde, Covenant se levantó, apretándose el pecho magullado. El esfuerzo para hablar a pesar del dolor, hacía que su voz sonara débil.

—Bannor...

—Dime, ur-Amo.

—Háblale de esto al Ama Superior. Cuéntaselo todo..., lo que ha ocurrido entre Trelly y yo... y Troy.

—Sí.

—Y otra cosa, Bannor...

El Guardián de Sangre aguardaba impasible.

—No volvería a hacerlo... Me refiero a atacar así a una niña. Si pudiera volverme atrás, lo haría.

Lo dijo como si fuera una promesa que debía a Bannor por salvarle la vida.

Pero Bannor no mostró signo alguno de que comprendiera o le preocupara lo que decía el Incrédulo.

Al cabo de un rato, Covenant habló de nuevo.

—Bannor, prácticamente eres la única persona en este lugar que al menos no ha

intentado perdonarme algo.

—Los Guardianes de Sangre no perdonan.

—Lo sé. Lo recuerdo. Debería tener en cuenta mi buena suerte.

Rodeándose el pecho con los brazos, tratando de aliviar el intenso dolor, regresó a sus aposentos.

IX

GLIMMERMERE



asaron otra tarde y otra noche sin que se tuviera noticia alguna del ejército del Amo Execrable, no se avistó el resplandor de las fogatas de aviso que los Amos habían dispuesto en las llanuras del centro y el norte, no regresaron los exploradores, no hubo ningún presagio. No obstante, Covenant percibió un aumento de la tensión en Piedra Deleitosa. A medida que se intensificaba la ansiedad, la atmósfera vibraba de una manera casi audible y los habitantes de las Defensas parecían contener la respiración. Incluso entre los muros de sus aposentos, Covenant tenía la sensación de que algo inminente iba a producirse. Pasó la noche en el balcón, bebiendo vino de primavera para mitigar el dolor de su pecho, contemplando las vagas formas del crepúsculo como si fueran incipientes enemigos, alzándose del mismo suelo con sed de sangre. Tras vaciar varios frascos de la bebida clara y agradable, empezó a notar que la sensación táctil de su barba bajo las puntas de los dedos era lo único que había entre él y las acciones de guerra y muerte que no podía soportar.

Aquella noche, cuando al fin se durmió, tuvo sueños de sangre, de horribles heridas mortales que le horrorizaron, porque sabía muy bien que bastaba una pequeña herida sin cuidar; no era necesaria una carnicería para acabar con la vida de un leproso. Pero siguió teniendo sueños agitados, hasta que al fin, al alba, saltó de la cama y salió de nuevo al balcón, quejándose por el dolor de sus costillas magulladas.

Intentó serenarse, mientras esperaba con una mezcla de ansiedad y desafío una llamada perentoria del Ama Superior. Covenant no esperaba que Elena se tomara con calma el encuentro que él había tenido con su abuelo Trell. Por eso había permanecido en sus habitaciones desde la tarde anterior, para que ella supiera dónde encontrarle. Sin embargo, los golpes en la puerta le produjeron un sobresalto. Notaba un cosquilleo en los dedos de pies y manos —podía sentir el pulso en ellos— y volvía a resultarle difícil respirar. Tuvo que tragar saliva antes de hallar su voz para responder a la llamada.

Se abrió la puerta y Bannor entró en la estancia.

—El Ama Superior desea hablar contigo. ¿Quieres venir?

Covenant no respondió a la pregunta. Sí, naturalmente, quería ir. ¿Tenía otra alternativa? Sujetándose el pecho para no hacer una mueca de dolor, salió de sus aposentos y avanzó por el corredor.

Encaminó sus pasos hacia el Cercado, pues esperaba que Elena quisiera mostrar

en público que estaba enojada con él, hacer que se angustiara ante la asamblea de Piedra Deleitosa, que reprobaba su conducta. Pudo haber evitado a Trel, con sólo que se hubiera detenido un instante a pensar en las consecuencias de un encuentro. Pero Bannor pronto le llevó a otros corredores. Pasaron a través de una puerta pequeña y pesada, oculta tras una cortina en una de las salas de encuentro, y bajaron por una larga y retorcida escalera hasta un lugar profundo de las Defensas, desconocido para Covenant. La escalera terminaba en una serie de pasadizos tan irregulares y oscuros que confundieron a Covenant, hasta que perdió la noción de dónde estaba y sólo supo que era algún lugar profundo en las entrañas rocosas de Piedra Deleitosa, más profundo que los aposentos privados de los Amos.

Poco después Bannor se detuvo ante una desnuda pared de piedra. A la luz mortecina de una antorcha, abrió los brazos ante el muro, como si hiciera una invocación, y pronunció tres palabras en un extraño lenguaje. Cuando bajó los brazos, apareció una puerta. Giró hacia adentro, dando acceso al Guardián de Sangre y a Covenant a una caverna de grandes dimensiones y bien iluminada.

Los constructores de Piedra Deleitosa no se esforzaron por dar forma a aquella espaciosa cueva. El suelo había sido allanado, pero no habían tocado las rugosas paredes y el techo, ni habían alterado las enormes y toscas columnas que parecían gruesos troncos arbóreos y formaban un bosque espeso, alzándose desde el suelo para soportar el peso del techo. Toda la caverna estaba iluminada por grandes urnas de gravanel colocadas entre las columnas, de manera que todas las superficies de los muros y las columnas estaban claramente iluminadas.

Distribuidas sobre todas estas superficies había obras de arte. Pinturas y tapices colgaban de las paredes; grandes esculturas y tallas descansaban sobre peanas entre las columnas y las urnas; piezas más pequeñas, tallas, estatuillas, objetos de piedra y obras de *suru-pa-maerl* ocupaban estantes de madera sagazmente adheridos a las columnas.

Fascinado, Covenant olvidó por qué le habían llevado allí. Empezó a deambular por la sala, mirando con avidez. Las obras más pequeñas fueron las que llamaron primero su atención. Muchas de ellas parecían de algún modo cargadas de acción, como si conservaran el calor del movimiento o sólo bastara un soplo mágico para darles vida. Pero las diferencias de los materiales y las emociones eran enormes. Mientras que una figura hecha de roble, que representaba a una mujer acunando a un bebé, daba una impresión de dolor por los sufrimientos infantiles y deseo de protección, una estatuilla de granito y tema similar irradiaba una potente confianza. Mientras que una pulida llama de veta oropelina parecía expresar un anhelo intangible, una llama de *suru-pa-maerl* expresaba comodidad, daba una sensación de calor práctico. Abundaban los estudios de niños, Ranyhyn y Gigantes; pero esparcidos entre ellos había objetos más oscuros, negros ur-viles, fuertes Entes de la

Cueva, cuya fortaleza era comparable a sus escasas luces, y el loco y valeroso Kevin, a quien la desesperación había despojado de juicio y previsión pero no de valor ni sentimiento. Había pocas obras que copiaran a la naturaleza, pues los materiales usados no eran apropiados para las representaciones fieles. Más bien revelaban cuán comprensivos eran los corazones de sus autores. Covenant estaba extasiado.

Bannor le seguía mientras deambulaba alrededor de las columnas, y al cabo de un rato el Guardián de Sangre dijo:

—Ésta es la Sala de los Regalos. Todos han sido hechos por gentes del Reino y ofrecidos a los Amos, o a Piedra Deleitosa. —Miró a su alrededor, incommovible—. Con estos regalos han querido honrar o mostrar su amor, o simplemente exponerlos para que los vean. Pero los Amos no quieren estos regalos; dicen que nadie puede poseer tales cosas. El tesoro viene del Reino y pertenece al Reino. Por eso todos los regalos entregados a los Amos se guardan aquí, para que quien lo desee pueda contemplarlos.

Sin embargo, Covenant oyó algo más profundo en la voz de Bannor. Pese a su tono monótono, había en aquellas palabras un atisbo de la pasión inefable por la que los Guardianes de Sangre se entregaban a los Amos. Pero Covenant no quiso entrometerse en aquel terreno.

Entre las primeras columnas vio un grande y grueso tapiz que colgaba de la pared. Lo reconoció: era el mismo que una vez tratara de destruir. Lo había arrojado desde su habitación en la atalaya, en un acceso de ira al oír la fábula de la vida de Berek... y la ceguera de aquellas gentes que veían en él a Berek renacido. No podía equivocarse. El tapiz estaba desgarrado en los bordes, y tenía una desgarradura en el centro que había sido cuidadosamente cosida, pero aún se notaba la huella en la figura conciliadora de Berek Mediamano. Las escenas alrededor de la figura central mostraban el viaje del héroe al Monte Trueno y su descubrimiento del poder de la Tierra. Berek parecía mirar al Incrédulo con sus ojos llenos de portentos.

Covenant se alejó bruscamente, y un momento después vio al Ama Superior Elena que caminaba hacia él desde el lado contrario de la sala. Él se quedó donde estaba, contemplándola. El Bastón de la Ley que llevaba en la mano derecha aumentaba la majestad y autoridad de su paso, pero su mano izquierda estaba abierta en señal de bienvenida. La túnica con que se cubría no ocultaba ni la flexibilidad ni la fuerza de sus movimientos. El cabello suelto le caía sobre los hombros, y sus sandalias arrancaban un sonido susurrante a la piedra.

—Sé bienvenido a la Sala de los Regalos, Thomas Covenant —le dijo en su habitual tono mesurado—. Te doy las gracias por haber venido.

Sonreía como si se alegrara de verle.

Aquella sonrisa contradecía las expectativas de Covenant, y desconfió de ella. Escudriñó el rostro del Ama Superior, tratando de discernir sus verdaderos

sentimientos. Sus ojos invitaban a aquel estudio. Hasta cuando miraban a Covenant, parecían fijarse en algún punto más allá de él, o mirar a través de él, como si el espacio que ocupaba estuviera compartido por algo completamente diferente. Por un momento pensó que quizás ella no le veía real y concretamente.

—¿Te gusta la Sala? —le preguntó al aproximarse—. Los habitantes del Reino son buenos artistas, ¿verdad? —Pero cuando se acercó más, se detuvo con una expresión preocupada en el rostro y preguntó—: ¿Qué te ocurre, Thomas Covenant? Pareces afligido.

Covenant volvió a respirar con rapidez. El aire de la Sala parecía demasiado rarificado para él. Se encogió de hombros, pero no pudo evitar que se reflejara en su cara el dolor que le producía aquel movimiento.

Elena tendió una mano hacia su pecho. Covenant estuvo a punto de hacer una mueca de dolor, pensando que pretendía golpearle, pero ella se limitó a tocar suavemente sus costillas magulladas con la palma, y luego se volvió a Bannor.

—Guardián de Sangre —dijo secamente—, el ur-Amo ha sido lesionado. ¿Por qué no le ha visto un Curador?

—No lo pidió —replicó estólidamente Bannor.

—¿Pedir? ¿Es que no puede prestarse ayuda a quien la necesita si no la pide?

Bannor resistió su mirada y no dijo nada, como si considerase que era evidente la rectitud de su actuación. Pero el reproche que oía en el tono de Elena molestó inesperadamente a Covenant.

—No necesito... No ha sido necesario. Bannor me salvó la vida.

Ella suspiró sin desviar los ojos del Guardián de Sangre.

—Sí, es posible. Pero no me gusta verte magullado. —Entonces remitió su enojo y dijo—: Bannor, el ur-Amo y yo iremos a la meseta. Haz que nos avisen en seguida si hay alguna necesidad.

Bannor asintió, haciendo una ligera reverencia, y abandonó la Sala.

Cuando la puerta oculta se cerró tras él, Elena se volvió de nuevo a Covenant, el cual, instintivamente, se puso en tensión. Pensó que Elena mostraría entonces sus verdaderos sentimientos. Pero según todos los indicios, su irritación había desaparecido. No hizo ninguna referencia al tapiz, como si desconociera la conexión entre Covenant y aquella obra.

—Bien, Thomas Covenant —le dijo con nada más que inocencia en el rostro—. ¿Te gusta la Sala? No me lo has dicho.

Él apenas la oía. A pesar de su expresión apacible, no podía creer que Elena no iba a reprenderle por su encuentro con Trelle. Pero vio que la preocupación aparecía de nuevo en las facciones de la mujer, y se apresuró a ponerse a cubierto.

—¿Qué? Oh, la Sala. Sí, me gusta mucho. Pero ¿no está un poco alejada? ¿Para qué sirve un museo si la gente no puede llegar a él?

—Todos los habitantes de Piedra Deleitosa conocen el camino. Ahora estamos solos, pero en tiempo de paz, o cuando la amenaza de guerra es más distante, siempre hay gente aquí. Y los niños en edad escolar pasan mucho tiempo en este lugar, aprendiendo las artes del Reino. Vienen artesanos de todas las partes del Reino para compartir y aumentar sus habilidades. La Sala de los Regalos está tan profunda y escondida porque los Gigantes que construyeron la Defensa consideraron apropiado semejante lugar..., y porque si alguna vez Piedra Deleitosa es aplastada, la Sala puede permanecer oculta y preservada, como una esperanza de futuro.

Por un instante, la mirada de Elena pareció centrarse más en él; su visión pareció tensarse, como si quisiera abrirse paso a través del cráneo de Covenant para averiguar qué pensaba. Entonces el Ama Superior se apartó, sonriendo afablemente, y caminó hacia otra pared de la caverna.

—Déjame que te muestre otra obra —le dijo—. Pertenece a uno de nuestros artesanos más singulares, Ahanna, hija de Hanna. Mira.

Covenant la siguió y se detuvo con ella ante un gran cuadro con marco de ébano bruñido. Era una obra oscura, pero cerca del centro había una figura brillante que Covenant reconoció en seguida: el Amo Mhoram. El Amo estaba solo en una hondonada, rodeado de malévolas formas negras que estaban a punto de caer sobre él como una avalancha. No tenía más arma que su bastón, pero lo blandía con gesto de desafío. La mirada ardiente de sus ojos reflejaba el apuro en que se encontraba pero también su triunfo, como si hubiera descubierto en él una capacidad para arrostrar el peligro que le hacía invencible.

—Ahanna titula esta obra «La Victoria del Amo Mhoram» —dijo Elena en tono de respeto—. Creo que es profeta.

La visión de Mhoram en tales dificultades hirió a Covenant, y lo tomó como un reproche.

—Escucha, deja de jugar conmigo de esta manera. Si tienes algo que decir, dilo de una vez. O sigue el consejo de Troy y enciérrame en una mazmorra. Pero no me hagas esto.

—¿Jugar contigo? No te comprendo.

—¡Maldita sea! Deja de adoptar esa actitud de inocencia. Me has hecho bajar aquí para reprenderme por ese encuentro con Trell. Bien, hazlo de una vez. No puedo soportar la incertidumbre.

El Ama Superior resistió su mirada con tanta franqueza que él desvió la vista, musitando algo entre dientes para serenarse.

Ella colocó una mano en su brazo.

—Ur-Amo, ¿cómo puedes creer tales cosas? ¿Cómo puedes comprendernos tan mal? Mírame. ¡Mírame! —Tiró de su brazo hasta que él se volvió para mirarla y se enfrentó a la sinceridad que expresaban todas las líneas de su rostro—. No te he

pedido que vinieras aquí para atormentarte. Quería compartir contigo mi última hora en la Sala de los Regalos. La guerra se aproxima, y tardaré mucho tiempo en volver aquí. En cuanto al Signo General, no le pido consejos relativos a ti. Si alguien tiene la culpa de tu encuentro con Trell, soy yo, porque no te advertí claramente de mis temores, y no vi la extensión del peligro... De lo contrario habría prevenido a todos los Guardianes de Sangre para que evitaran vuestro encuentro.

»No, ur-Amo. No tengo por qué hablarte con palabras duras. Eres tú quien has de reprocharme. He puesto en peligro tu vida y he hecho que Trell de Atiaran, mi abuelo, perdiera el respeto hacia sí mismo que le quedaba. Ahora creerá que es impotente para curarse.

Mientras la miraba, la desconfianza de Covenant se convirtió en polvo. Aspiró hondo para renovar el aire rancio de sus pulmones, pero el movimiento hizo que le dolieran las costillas. El dolor le hizo temer que Elena le tocara de nuevo, y murmuró rápidamente:

—No me toques.

Por un instante, ella le interpretó mal. Apartó los dedos de su brazo, y la extraña mirada ambigua del Ama se fijó en él con una virulencia que le hizo retroceder, asombrado. Pero lo que Elena vio corrigió su mala interpretación, y la virulencia desapareció de su mirada. Extendió la mano lentamente para aplicar la palma a su pecho.

—Te escucho —le dijo—, pero debo tocarte. Has sido mi esperanza durante demasiado tiempo. No puedo abandonarte.

Él cogió su muñeca con los dos dedos y el pulgar de su mano derecha, pero vaciló un momento antes de apartar la mano de Elena.

—¿Qué le ocurre ahora a Trell? —preguntó—. Ha quebrado su Juramento. ¿Vais a hacerle algo?

—¡Ay! Es muy poco lo que podemos hacer, porque las consecuencias están dentro de él. Procuraremos mostrarle que un Juramento roto puede seguir manteniéndose. Pero no tenía la intención de hacerte daño... No planeó su ataque. Sabía que estabas en Piedra Deleitosa, pero no hizo el menor intento de buscarte. No, su propio dolor le hizo perder los estribos. No sé cómo se recobrá.

Mientras hablaba Elena, Covenant vio una vez más que no lograba comprender. Había pensado en un castigo en vez de una curación. Abrazándose el pecho dolorido, dijo:

—Eres demasiado amable. Tienes todo el derecho a odiarme.

En la mirada que le dirigió ella había una tenue exasperación.

—Ni mi madre, Lena, ni yo, te hemos odiado jamás. Es imposible para nosotras. Además, ¿de qué serviría? Sin ti, yo no existiría. Es posible que Lena se hubiera casado con Triock y tenido una hija..., pero esa hija habría sido otra persona. Yo no

sería quien soy. —Un instante después sonrió—: Thomas Covenant, hay pocos niños en toda la historia del Reino que han montado un Ranyhyn.

—Bueno, al menos eso salió bien.

No hizo caso de la mirada inquisitiva de Elena. No se sentía en condiciones de explicarle el trato que había intentado hacer con los Ranyhyn... o la manera en que aquel trato había fracasado.

Ambos sintieron entonces un cierto embarazo. Elena lo descartó volviéndose para mirar de nuevo «La Victoria del Amo Mhoram».

—Esta pintura me perturba —confesó—. ¿Dónde estoy? Si Mhoram sufre semejante asedio, ¿por qué no estoy a su lado? ¿De qué modo he caído, dejándole tan solo? —Tocó levemente la pintura, pasando las puntas de los dedos por la solitaria, sitiada e invencible figura de Mhoram—. Tengo la corazonada de que la victoria en esta guerra estará más allá de mis fuerzas.

Aquella idea le hizo estremecerse. Se apartó súbitamente de la pintura y apoyó el Bastón de la Ley en la piedra, ante ella. Agitó la cabeza y su cabello de color castaño y miel se movió como si una brisa soplara entre sus hombros.

—¡No! —exclamó—. ¡Veré el final de la guerra! ¡El final!

Al repetir la palabra «final» golpeó el suelo con la contera de hierro del bastón. Una instantánea llama azul brillante ardió en el aire. La piedra se agitó bajo los pies de Covenant, el cual estuvo a punto de caer. Pero Elena sofocó su energía en seguida; fue como la momentánea intrusión de una pesadilla. Antes de que Covenant pudiera recuperar su equilibrio, Elena le cogió de un brazo y le estabilizó.

—Ah, debes perdonarme. Me he extralimitado.

Covenant movió los pies, tratando de determinar si podía seguir confiando en la firmeza del suelo. La piedra parecía segura.

—La próxima vez avísame —musitó—, para que pueda sentarme.

El Ama Superior rompió a reír, pero se contuvo súbitamente.

—Perdóname de nuevo, Thomas Covenant, pero tu expresión es tan fiera y graciosa...

—Olvídalo —replicó él. Reparó en que le gustaba el sonido de su risa—. Puede que ridícula sea la única respuesta adecuada.

—¿Es eso un proverbio de tu mundo? ¿O eres un profeta?

—Un poco ambas cosas.

—Eres extraño. Transpones la seriedad y la broma... inviertes sus significados.

—¿Es eso cierto?

—Sí, ur-Amo Covenant —dijo ella en tono liviano, lleno de humor—. Es un hecho. —Entonces pareció recordar algo y añadió—: Pero debemos ir. Creo que nos esperan. Y nunca has visto la meseta. ¿Vendrás conmigo?

Él se encogió de hombros. Elena le sonrió y Covenant la siguió hacia la puerta de

la Sala.

—¿Quién nos espera? —le preguntó en tono de indiferencia.

Elena abrió la puerta y precedió a Covenant al exterior. Cuando la cerró tras ellos, le respondió:

—Me gustaría darte una sorpresa, pero quizá no te prevendría bien. Hay un hombre que estudia los sueños, para encontrar la verdad que encierran. Es uno de los Redimidos.

A Covenant le dio otro vuelco el corazón, y se rodeó protectoramente con los brazos el pecho dolorido. Soltó una maldición en voz baja. Sólo le faltaba un intérprete de sueños. Un Redimido había salvado a él y Aliaran del ataque de los urviles, durante la Celebración de Primavera. Una perversa trampa del recuerdo le hizo oír el grito de muerte del Redimido en la clara voz de Elena. Y recordó la sombría insistencia de Atiaran en que era responsabilidad de los vivos hacer que los sacrificios de los muertos tuvieran significado. Hizo un gesto brusco a Elena para que siguiera adelante y caminó tras ella, musitando maldiciones.

Elena le condujo de nuevo a través de los niveles de Piedra Deleitosa, hasta que Covenant comenzó a reconocer su entorno. Luego avanzaron hacia el oeste, todavía subiendo, y algún tiempo después llegaron a un alto y ancho pasadizo como un camino a lo largo de la Defensa, que se elevaba lentamente. Pronto la mayor liviandad de la piedra a su alrededor y el creciente frescor del aire otoñal, dijeron a Covenant que se aproximaban al nivel del altiplano situado en lo alto de las Defensas. Recorrieron todavía un tramo en zigzag hasta llegar al final del pasadizo y salir al aire libre. Covenant se halló en un terreno poblado de tupida hierba, bajo el cielo. A una o dos leguas al oeste se alzaban las montañas.

Una fresca brisa anunciadora del otoño, a la que ya no calentaba el sol del mediodía, acarició a Covenant. El aroma de aquella brisa evocaba la tierra madura y las cosechas, presagiaba gavillas, frutos y semillas. Pero los árboles del altiplano y las lomas de la meseta eran en su mayoría de hoja perenne, siempre verdes; plumosas mimosas, altos pinos y grandes cedros que no cambiaban sus hojas. Tampoco la fuerte hierba hacía concesiones al cambio de estación.

Las lomas de la meseta eran la fuerza secreta de Piedra Deleitosa. Estaban protegidas por despeñaderos rectos al este y el sur, por montañas al norte y el oeste. Así, eran prácticamente inaccesibles, excepto a través de las Defensas de los Amos. Aquí los habitantes de la ciudad podían obtener agua y alimentos para resistir un asedio. En consecuencia, Piedra Deleitosa podía resistir en tanto sus muros y puertas siguieran siendo inexpugnables.

—Como ves —dijo Elena—, los Gigantes trabajaron bien por el Reino en todos los sentidos. Mientras Piedra Deleitosa resista, hay un bastión de esperanza. A su modo, las Defensas son tan inquebrantables como se dice que lo es la Guarida del

Execrable..., en las viejas leyendas. Esto es esencial, pues las leyendas también dicen que la sombra del Desprecio nunca desaparecerá del Reino mientras dure Ridjeck Thome, la horrenda heredad del Amo Execrable. Por eso la deuda que tenemos contraída con los Gigantes no es sólo por su inquebrantable amistad, sino por mucho más, tanto que jamás se lo podremos pagar.

El tono de su voz era de agradecimiento, pero su mención de los Gigantes ensombreció tanto a ella como al Incrédulo. Se volvió y condujo a Covenant hacia el norte, a lo largo de la curva que formaba la meseta.

En aquella dirección, el altiplano presentaba unas ondulaciones elevadas, y pronto, a su izquierda, lejos del despeñadero, empezaron a ver rebaños de ganado que pastaba. Los pastores saludaron ceremoniosamente al Ama Superior, y ella les respondió con ligeras inclinaciones de cabeza. Más tarde llegaron a la cumbre de una loma desde la que podían dirigir su mirada hacia el oeste, al otro lado de la meseta. Allí, más allá del río que fluía hacia el sur en dirección a los Saltos Aferrados, había campos de trigo y maíz que ondulaban bajo la brisa. Y a una legua por detrás de los prados, el río y los campos se alzaban las montañas, abruptas y grandiosas. Las cumbres estaban cubiertas de nieve, y su blanco manto les daba un aspecto venerable y retraído, puro, salvaje, armónico. El pueblo *Haruchai* habitaba al oeste y el sur de aquella cordillera.

Covenant y el Ama Superior siguieron avanzando hacia el norte, lentamente, alejándose de los despeñaderos, en dirección al río. Elena había elegido un cómodo sendero entre las lomas. Parecía satisfecha del silencio que se había establecido entre ellos, y ambos avanzaban sin hablar. Covenant caminaba como si absorbiera todo el paisaje de la meseta con la mirada y los oídos. La robusta salud de la hierba, el suelo limpio, vigoroso, y la roca pura, la madurez del trigo y el maíz... Todo aparecía con una increíble viveza ante sus ojos. Los trinos y el aleteo de los pájaros alegraban la atmósfera. Y cuando pasó ante un pino especialmente alto y majestuoso, sintió que casi podía oír el ascenso de la savia por el tronco, A lo largo de una legua se olvidó de sí mismo, absorto en el disfrute de la naturaleza del Reino en el verano tardío.

Luego empezó a preguntarse vagamente a qué distancia pensaba llevarle Elena. Pero antes de decidirse a interrumpir la quietud con semejante pregunta, cruzaron la elevación de una loma y Elena anunció que habían llegado.

—¡Ah! —exclamó ella, exhalando un suspiro de alegría—. ¡Glimmermere! Manantial de lago y cabeza de río... ¡Salve, aguas claras! Mi corazón se alegra al verte de nuevo.

Bajo ellos se extendía un lago de montaña, la fuente del río que corría hacia los Saltos Aferrados. A pesar de la rapidez de la corriente que salía de él, era un estanque plácido, sin arroyos que afluyeran a él. Toda su agua procedía de fuentes internas, y su superficie era tan llana, clara y reflexiva como un cristal pulido. En él se reflejaban

las montañas y el cielo con una absoluta fidelidad, reproduciendo el mundo en todos sus detalles.

—Vamos —dijo Elena de súbito—. El Redimido nos pedirá que nos bañemos en Glimmermere.

Le dirigió una rápida sonrisa y bajó corriendo la vertiente de la loma. Él la siguió sin apresurarse, pero la mullida hierba parecía impulsarle hacia adelante, hasta que bajó al trote. Al llegar a la orilla del lago, Elena dejó el Bastón, como si lo rechazara, se apretó la cinta de la túnica y, haciendo a Covenant un último gesto con la mano, se sumergió en el agua.

Cuando llegó al lago, Covenant se inquietó un momento al ver que Elena había desaparecido. Más allá de las montañas reflejadas, las aguas eran transparentes, y Covenant podía ver el fondo rocoso del lago. Con excepción de una zona oscura, como una densa sombra en el centro, podía ver todo el fondo con detalle, como si la profundidad del estanque fuera sólo de unos centímetros. Pero no veía a Elena. Parecía haberse evaporado.

Se inclinó sobre el agua para escudriñar su interior, y retrocedió bruscamente al darse cuenta de que aquel lago no reflejaba su imagen. El sol del mediodía ocupaba el lugar donde habría de estar su figura, como si fuera invisible.

En aquel momento Elena surgió del agua, a unos veinte metros de distancia. Meneó la cabeza y llamó a Covenant para que se reuniera con ella. Cuando vio el asombro reflejado en el rostro del Incrédulo, rió alegremente.

—¿Te sorprende Glimmermere?

Covenant la miró fijamente. No podía ver nada de ella por debajo del plano que surgía del agua. Su sustancia física parecía terminar en la superficie líquida. Por encima, el cuerpo de Elena oscilaba como si pisara el agua; por debajo, el fondo del estanque era claramente visible a través del espacio que debería ocupar. Covenant hizo un esfuerzo para gritar:

—¡Te dije que me advirtieras!

—¡Ven! —replicó ella—. No te preocupes. No hay ningún peligro. —Como no se movía, Elena añadió—: Es agua como cualquier otra... sólo que más fuerte. Aquí hay energía de la Tierra. Nuestros cuerpos son muy poco sólidos para Glimmermere y no nos ve. ¡Ven!

Vacilante, Covenant se agachó y sumergió la mano en el agua. Sus dedos se desvanecieron en cuanto rebasaron la superficie. Pero cuando los extrajo estaban enteros y mojados, y sentía en ellos un hormigueo de frío.

Impulsado por la sorpresa y el descubrimiento, Covenant se quitó las botas y los calcetines, se arremangó las perneras de los pantalones y entró en el estanque.

Se zambulló en seguida. Incluso en la orilla, el lago era profundo. La claridad con la que podía ver el fondo le había desorientado. Pero el agua fría y clara le impulsaba

hacia arriba, y en seguida salió a la superficie. Chapoteando y escupiendo agua, miró a su alrededor hasta descubrir a Elena.

—¡Prevenirme, eh! —exclamó, tratando de parecer enfadado, pese a lo placentero que resultaba flotar en las quietas y frescas aguas del lago—. ¡Voy a enseñarte a prevenirme bien!

Braceó velozmente y, al llegar junto a Elena, la hizo sumergirse cabeza abajo. Salió de inmediato, riéndose casi antes de sacar la cabeza del agua. Covenant se lanzó contra ella, pero Elena le esquivó y le sumergió a su vez. Trató de agarrarla por los tobillos, pero no lo consiguió. Cuando salió a la superficie, Elena no estaba a la vista.

Covenant sintió que le tiraban de los pies. Aspiró hondo y se sumergió en pos de Elena. Abrió por primera vez los ojos bajo el agua, y descubrió que podía ver bien. Elena nadaba cerca de él, sonriendo. Covenant le dio alcance en seguida, cogiéndola por la cintura. En vez de intentar liberarse, ella se volvió, le echó los brazos al cuello y le besó en la boca. Todo el aire salió abruptamente de sus pulmones, como si Elena hubiera golpeado sus magulladas costillas. Covenant la apartó y se movió frenéticamente para regresar a la superficie. Tosiendo y jadeando, trepó a la orilla del estanque, donde había dejado sus botas, y se tendió en la hierba.

Le dolía el pecho como si se hubiera lesionado de nuevo las costillas, pero sabía que no era así. El primer contacto con la potente agua de Glimmermere había hecho desaparecer sus moratones, lavándolos como si fueran simples manchas, y ya no le dolían. Aquél era otro dolor; los esfuerzos que había hecho bajo el agua parecían haberle desgarrado el corazón.

Permaneció boca abajo sobre la hierba, jadeando, y al cabo de un rato su respiración se tranquilizó. Era consciente de otras sensaciones. El frío y áspero contacto del agua había excitado todo su cuerpo. Ahora se sentía más limpio que nunca desde que contrajera la lepra. El sol calentaba su espalda, y sentía un cosquilleo en las puntas de los dedos. Le dolía el corazón cuando Elena se sentó a su lado en la hierba.

Notó su mirada fija en él antes de que le preguntara quedamente:

—¿Eres feliz en tu mundo?

Giró para ponerse boca arriba y vio a Elena sentada junto a él, mirándole tiernamente. Incapaz de resistirse a la sensación, tocó un mechón de su cabello húmedo y lo frotó entre sus dedos. Luego alzó sus ojos grises y adustos, en busca de la mirada de Elena. El tono contenido de su voz tenía una aspereza involuntaria.

—La felicidad no tiene nada que ver con mi mundo. No pienso en ella, sólo en mantenerme vivo.

—¿No podías ser feliz allí?

—No está bien que me preguntes eso. ¿Qué dirías si te hiciera la misma pregunta?

—Diría que sí. —Pero un instante después comprendió lo que Covenant quería

decir y añadió—: Diría que la felicidad consiste en servir al Reino. Y diría que no hay felicidad en tiempo de guerra.

Covenant volvió a tenderse en la hierba, para no tener que mirar a Elena.

—Mira —murmuró sombríamente—, en el mundo de donde vengo no hay nada parecido al Reino, no hay «tierra» como vosotros la entendéis, sólo «terreno»... muerto. Y siempre hay guerra.

Tras una breve pausa, Elena sonrió y dijo:

—Si he oído bien, este tipo de conversación es el que hace al Dagomán Quaan enfurecerse contigo.

—No puedo evitarlo. Es un simple hecho.

—Tienes un gran respeto por los hechos.

Antes de responder, Covenant respiró con cuidado para mitigar el dolor de su corazón.

—No, los odio, pero son todo lo que tengo.

Ambos guardaron silencio. Elena se recostó a su lado y permanecieron tendidos, inmóviles, para que la luz del sol seicara sus ropas. El calor y el aroma de la hierba parecían ofrecer a Covenant una sensación de bienestar, pero cuando trató de relajarse, notó que el corazón le latía con una incómoda intensidad. Era demasiado consciente de la presencia de Elena. Gradualmente adquirió conciencia de que un silencio más profundo se extendía sobre Glimmermere. Los pájaros e incluso la brisa se habían aquietado, callaban. Covenant retuvo la respiración y exploró con el oído los signos del ambiente.

—Ahí llega —dijo Elena poco después, levantándose para recuperar el Bastón.

Covenant se sentó y miró a su alrededor. Entonces lo oyó... Era un sonido suave, limpio, como el de una flauta, que se extendía sobre Glimmermere desde una fuente que no podía ver, como si fuera el mismo aire el que cantara. La melodía avanzaba, se hacía más audible. Pronto pudo entender sus palabras.

Libre

Redimido

Absuelto

Libre...

Sueña que lo que se sueña será:

Mantén los ojos cerrados hasta que vean,

Y canta la profecía silenciosa...

Y sé

Redimido

Absuelto

Libre.

Solo

*Sin amigos
Sin vínculos
Solo...
Apura la pérdida hasta el final,
hasta que la soledad se ha ido
y el silencio es comunión...
Y con todo
Sin amigos
Sin vínculos
Solo.
Profundo
Sin fondo
Interminable
Profundo...
Toca la auténtica misteriosa Defensa
Donde tantos leales ríen y lloran;
Donde los traidores ensangrentados se arrastran
por la condenación
sin fondo
interminable
profunda,*

—Levántate para recibirle —le dijo en voz baja el Ama Superior—. Es un Redimido. Ha ido más allá del conocimiento que se obtiene en la Raat, buscando una visión personal abierta sólo a él.

Covenant se levantó, todavía escuchando el cántico. Había algo mágico en él que silenciaba sus preguntas y sus dudas. Permaneció erecto, con la cabeza alta, como si estuviera ansioso. Y pronto apareció a la vista el Redimido, sobre las lomas al norte de Glimmermere.

El recién llegado dejó de cantar al ver a Covenant y Elena, pero su aparición siguió ejerciendo influencia en ellos. Llevaba una larga túnica flotante que no parecía tener color propio, sino que reflejaba los colores que le rodeaban, de modo que era verde como la hierba por debajo de la cintura, azul celeste sobre los hombros, y la roca y la nieve de las montañas oscilaban en el lado derecho. Sus cabellos revueltos resplandecían, reflejando la luz del sol.

Se dirigió directamente hacia Covenant y Elena, y pronto el Incrédulo distinguió su rostro: blandos rasgos de andrógino bajo espesa barba, ojos profundos. Cuando se detuvo ante ellos, no intercambió ninguna expresión ritual ni saludo con el Ama Superior.

—Déjanos —se limitó a decirle, con una voz aguda y aflautada, como de mujer.

Su tono no indicaba ni rechazo ni orden, sino algo que parecía más bien una necesidad, y Elena hizo una breve inclinación de cabeza sin preguntar nada.

Pero antes de marcharse, posó de nuevo su mano en el brazo de Covenant y miró inquisitivamente su rostro.

—Thomas Covenant —dijo con un ligero estremecimiento en su voz, como si le temiera o temiera por él—. Ur-Amo. Cuando deba partir a esta guerra... ¿querrás acompañarme?

Él no la miró. Siguió en pie como si tuviera los dedos enraizados en la hierba, y miró a los ojos del Redimido. Ella esperó un momento y, al ver que no le respondía, hizo una reverencia, le apretó el brazo y se alejó hacia Piedra Deleitosa. No miró atrás. Pronto desapareció de la vista detrás de la loma.

—Ven —dijo el Redimido con el mismo tono de necesidad.

Sin esperar respuesta, empezó a desandar el camino por el que había llegado.

Covenant avanzó dos pasos inseguros. Luego se detuvo, con un espasmo de inquietud en el rostro. Apartó la mirada del Redimido y miró atentamente a su alrededor. Cuando localizó sus botas y calcetines, corrió hacia ellos, se dejó caer en la hierba y se calzó febrilmente, como si al atarse las botas resistiera el tirón de alguna corriente invisible.

Cuando el calzado protegió sus pies de la hierba, se incorporó de un salto y corrió tras el intérprete de los sueños.



VIDENTE Y ORÁCULO



quella noche, cuando el Amo Mhoram oyó unos golpes en la puerta de sus aposentos privados y fue a abrir, se encontró con Thomas Covenant en el umbral. El vivo resplandor del suelo silueteaba su figura, dándole un aspecto sombrío. Parecía fatigado, como si no hubiera tomado alimento ni descansado desde su salida a la meseta. Mhoram le invitó a pasar sin hacerle ninguna pregunta. Mientras el Amo cerraba la puerta, Covenant se dirigió hacia la mesa de piedra en el centro de la estancia..., la mesa que Mhoram había traído desde las habitaciones del Ama Superior, con el *krill* de Loric todavía empotrado en ella y encendido.

Mhoram le ofreció alimento, bebida o lecho, pero Covenant lo rechazó todo con brusquedad, a pesar de su inanición.

—Te estás devanando los sesos para encontrar la forma de recuperar esa espada —le dijo en un tono neutro y extrañamente velado—. ¿No descansas nunca? Creía que vosotros, los Amos, descansabais aquí, en este lugar.

Mhoram cruzó la estancia y permaneció en pie, frente a él. El *krill* llameaba con un resplandor blanco entre ambos. No estaba seguro de su posición. Podía ver la preocupación reflejada en el rostro de Covenant, pero sus causas e implicaciones eran confusas, oscuras. Midiendo sus palabras, le respondió:

—¿Por qué debería descansar? No tengo esposa ni hijos. Mi padre y mi madre fueron los dos Amos, y la Ciencia de Kevin es el único arte que conozco. Es difícil abandonar semejante trabajo para descansar.

—Y te ves obligado a trabajar intensamente. Aquí eres el vidente y oráculo, el que tiene atisbos del futuro tanto si quieres como si no, tanto si te hacen gritar en sueños como si no, tanto si puedes soportarlos como si no. —La voz de Covenant se atoró un momento, y agitó violentamente la cabeza hasta que pudo hablar de nuevo—. No es extraño que no puedas descansar. Me sorprende incluso que duermas de vez en cuando.

—No soy un Guardián de Sangre —replicó sosegadamente Mhoram—. Necesito dormir como los demás hombres.

—¿Qué has descubierto? ¿Sabes para qué sirve esta espada encendida? ¿Cuál ha sido el motivo de la extraña visita de Amok?

Mhoram miró a Covenant por encima del *krill* y sonrió afablemente.

—¿Quieres sentarte, amigo mío? Oirás largas respuestas con más comodidad si

alivias tu cansancio.

—No estoy cansado —dijo el Incrédulo con evidente falsedad, e inmediatamente se dejó caer en una silla.

Mhoram tomó asiento y observó que Covenant había variado de posición al otro lado de la mesa, de manera que el *krill* estaba entre sus rostros. Esta posición molestaba a Mhoram, pero no se le ocurría otro modo de ayudar a Covenant más que escuchar y hablar, de modo que permaneció donde estaba y aguzó sus demás sentidos para indagar lo que la gema del *krill* ocultaba a su visión.

—No, no comprendo el poder de la espada de Loric... y no puedo arrancarla de la mesa. Podría liberarla rompiendo la piedra, pero eso no serviría de nada. Así no obtendríamos ningún conocimiento, sino tan sólo un arma que no podemos tocar. Si el *krill* estuviera libre no nos ayudaría. Tiene un poder completamente nuevo para nosotros. Desconocemos sus usos. Y no nos gusta romper piedra o madera bajo ningún concepto.

»En cuanto a Amok... La cuestión sigue sin dilucidar. El Ama Amatin podría responderte mejor.

—Te lo pregunto a ti.

—Es posible que ese hombre fuera creado por Kevin como defensa contra el mismo *krill*. Tal vez su poder sea tan peligroso que en manos imprudentes o ignorantes podría causar gran daño. De ser así, quizás el propósito de Amok sea advertirnos para que no usemos este poder sin estar preparados, y orientar nuestro aprendizaje.

—No deberías parecer tan convencido cuando dices eso, porque no es correcto. ¿No oíste lo que dijo? «No he cumplido bien mi propósito».

—Tal vez sepa que si somos demasiado débiles para devolver la energía al *krill*, carecemos de fuerza para usarlo de cualquier modo, bueno o malo.

—De acuerdo. Olvídalo. Olvida que ésta es otra de las cosas que he hecho sin tener maldita idea de lo que hacía. Dejémoslo así. ¿Qué te hace pensar que el venerable Kevin Arrasatierra, que fue el iniciador de todo esto, acecha detrás de todo cuanto os sucede como una especie de patriarca, asegurándose de que no os equivoquéis y os destruyáis sin remisión? No, olvídalo también. Sé que no es así, aunque sólo lleve unas semanas envuelto en esta locura y no cuarenta años como todos vosotros. Dime una cosa. ¿Qué hay tan especial en la Ciencia de Kevin? ¿Por qué os afanáis tanto por seguirla? Si necesitáis poder, ¿por qué no vais a buscarlo por vuestros propios medios, en vez de hacer que generaciones enteras consuman su vida tratando de desentrañar esas Alas incomprensibles? En nombre de la cordura, Mhoram, si no por la mera utilidad práctica.

—No sé qué decirte, ur-Amo. Te escucho, y, sin embargo, me quedo como si fuera sordo o ciego.

—Eso no me importa. Dime la razón.

—No es difícil... El asunto está claro. El poder de la Tierra está aquí, al margen de que lo dominemos o utilicemos. El Reino está aquí. Y las ponzoñas y el mal..., la piedra Illearth, el Despreciativo..., están aquí, tanto si podemos defendernos de ellos como si no.

»¡Ah! ¿Cómo podría explicártelo? A veces, amigo mío, las cosas más sencillas y claras son las más difíciles de explicar.

Se detuvo un momento para reflexionar, pero, a pesar del silencio, percibió la agitación que embargaba a Covenant, como si el Incrédulo se aferrase a las palabras que habían intercambiado y no soportara el súbito silencio. Mhoram empezó a hablar de nuevo, aunque no le satisfacía la respuesta que podía dar.

—Considéralo de esta manera. El estudio del conocimiento de Kevin es la única alternativa que podemos aceptar. Comprenderás, sin duda, que no podemos esperar que la Tierra nos hable, como hizo a Berek Mediamano. Tales cosas no ocurren dos veces. Por muy grande que sea nuestro valor o perentoria nuestra necesidad, el Reino no será salvado nuevamente así. Sin embargo, el poder de la Tierra sigue existiendo, para ser usado al servicio del Reino... si somos capaces. Pero ese poder... todo poder... es temible. No puede preservarse del daño y el mal uso. Como dices, podríamos esforzarnos por dominar el poder de la Tierra a nuestra manera, pero el riesgo es formidable.

»Ur-Amo, hemos hecho un Juramento de Paz que no tolera ninguna concesión. Considera..., perdóname, pero debo ponerte un ejemplo claro, considera el destino de Atiaran de Trel. Desafió poderes que estaban por encima de ella, y fue destruida. No obstante, el resultado pudo haber sido mucho peor. Pudo haber destruido a otros, o perjudicar al Reino. ¿Cómo podríamos nosotros, los Amos, nosotros que hemos jurado defender la salud y la belleza, cómo podríamos, digo, justificar tales riesgos?

»No, debemos trabajar en otras direcciones. Si queremos conseguir el poder para defender la Tierra, sin que por ello peligre el Reino, debemos tener pleno dominio de lo que hacemos. Y con esta finalidad el Amo Kevin creó las Alas, para que quienes le sucedieran pudieran detentar el poder con prudencia.

—¡Sí, muy bien! —le interrumpió Covenant—. Pero mira para qué le sirvió. ¡Maldita sea! Aun suponiendo que tendréis la suerte o el talento, o incluso la posibilidad, de encontrar las Siete Alas completas y desentrañarlas, ¿qué diablos sucederá cuando el querido y difunto Kevin os deje finalmente tener el secreto del Ritual de la Profanación? Y es vuestra última oportunidad de detener al Execrable en una guerra... ¡otra vez! ¿Cómo haréis que eso les parezca razonable a los que dentro de dos mil años tendrán que empezar de cero porque os fue imposible dejar de repetir la historia? ¿O creéis acaso que cuando llegue la crisis haréis un trabajo mejor del que hizo Kevin?

Habló con frialdad y rapidez, pero había en su voz una especie de corriente subterránea que indicó a Mhoram que el Incrédulo no hablaba de lo que más le preocupaba. Parecía someter al Amo a un ritual de preguntas, sondeándole. Mhoram respondió cautelosamente, confiando, por el bien de Covenant, en que no cometería un error.

—Ahora conocemos el peligro. Lo conocemos desde que los Gigantes nos devolvieron la Primera Ala. Por eso hicimos el Juramento de Paz, y lo mantendremos, de manera que nunca más la desesperación perjudique a la vida y el Reino. Si nos llevan al extremo en que debemos profanar o ser derrotados, entonces lucharemos hasta la derrota. El destino de la Tierra estará en otras manos.

—Pero yo no hago más que dificultaros las cosas —dijo Covenant—. La mera posesión de este oro blanco ofrece perspectivas de erradicación que no habíais tenido jamás... sin mencionar el hecho de que es inútil. Antes carecíais de suficiente poder y no teníais por qué preocuparos, puesto que no podíais perjudicar al Reino en ningún caso. Pero ahora el Execrable puede hacerse con mi anillo... o yo podría usarlo contra vosotros. Nunca os salvará.

Sus manos se movían encima de la mesa como si buscara algo. Apretó los puños, luego los abrió y sus dedos distendidos siguieron moviéndose sin objetivo alguno.

—De acuerdo. Olvida eso también y vayamos al grano. ¿Cómo, en nombre de todos los dioses, vais a librar una guerra —¡una guerra, Mhoram, no sólo una pelea con unos cuantos Entes de la Caverna y ur-viles!— cuando toda la gente que puede manejar una espada ha hecho el Juramento de Paz? ¿O acaso hay dispensas especiales, como letra menuda en vuestros contratos, de modo que las guerras quedan exentas de la crítica moral o incluso del simple horror a derramar sangre?

Mhoram deseaba decir a Covenant que iba demasiado lejos. Pero los convulsos movimientos de sus manos —una mutilada y la otra llevando el anillo como un grillete— indicaron al Amo que las afrentosas palabras del Incrédulo iban dirigidas más hacia sí mismo que hacia los Amos o el Reino. Esta percepción aumentó la preocupación de Mhoram, y replicó de nuevo con dignidad contenida:

—Amigo mío, matar debe ser siempre aborrecido. Es una medida de nuestra pequeñez que no podemos eludir. Pero debo recordarte algunas cosas. Has oído el Código de Berek, que forma parte de nuestro Juramento. Nos ordena:

*No lastiméis cuando sea suficiente con sujetar;
no hiráis cuando baste con lastimar;
no mutiléis cuando baste con herir;
y no matéis cuando baste con mutilar;
el más grande guerrero es aquél que no necesita matar.*

»Como has oído, el Amo Superior Prothall dice que no se servirá al Reino con un

airado derramamiento de sangre. Fíjate que ésa es la raíz de nuestro Juramento. Haremos cuanto el poder o el dominio permita para defender al Reino contra el Desprecio. Pero no haremos nada —al Reino, a nuestros enemigos, a nosotros mismos— que nos sea ordenado por las negras pasiones de nuestro corazón, por el dolor o el deseo de muerte. ¿No lo ves claro, ur-Amo? Si debemos luchar, y también matar, entonces nuestra única defensa y justificación es luchar de tal modo que no nos volvamos como nuestro enemigo. Aquí es donde fracasó Kevin Arrasatierra... Le debilitó aquella desesperación que es la fuerza del Despreciativo.

»No, debemos luchar, aunque sólo sea para preservarnos de contemplar el mal, como lo hizo Kevin, labrándose su ruina. Pero si nos perjudicamos entre nosotros, o al Reino, u odiamos a nuestros enemigos..., ah, entonces nunca llegará el alba a la noche de nuestro fracaso.

—Eso son sofismas.

—¿Sofismas? Desconozco esa palabra.

—Argumentos inteligentes en apoyo de lo que ya has decidido hacer. Racionalizaciones. La guerra en nombre de la paz, como si cuando atraviesas a tu enemigo con la espada no desgarraras una carne y vertieras una sangre ordinarias, que tienen tanto derecho como tú a seguir viviendo.

—Así, pues, ¿crees realmente que no hay ninguna diferencia entre luchar para destruir el Reino y luchar para preservarlo?

—¿Diferencia? ¿Qué tiene que ver eso? Matar sigue siendo matar. Pero no importa. Olvídalo también. Estás haciendo un trabajo demasiado bueno. Si no puedo encontrar ninguna laguna en tus respuestas voy a terminar... —Sus manos empezaron a agitarse con violencia y las ocultó bajo la mesa—. Voy a terminar muerto de frío. Eso es todo.

Covenant se reclinó en su silla y guardó silencio. Mhoram sintió que aumentaba la tensión entre ambos y decidió que había llegado el momento de hacer sus propias preguntas. Musitó para sus adentros las Siete Palabras y dijo en tono afable:

—Estás preocupado, amigo mío. Es difícil rechazar al Ama Superior, ¿verdad?

—Así es —respondió secamente Covenant—, pero no se trata de eso. Es difícil rechazar al Reino en general. Lo he sentido así desde el principio. —Hizo una pausa y prosiguió—: ¿Sabes qué me hizo ayer? Me llevó a la meseta para que viera al Redimido, el hombre que afirma comprender los sueños. Estuve allí un día o más... Pero tú eres el vidente y oráculo y no es necesario que te hable de él. Probablemente has estado ahí arriba más tiempo que nadie, aunque sólo sea porque los hombres comunes no pueden soportar tanto desprecio y burla, al margen de que estés dormido o no. Debes saber cómo es, conoces esa mirada que te inmoviliza y te disecciona. Pero tú eres vidente y oráculo. Es probable que sepas incluso lo que me dijo.

—No —replicó quedamente Mhoram.

—Dijo... ¡Maldita sea! —Meneó la cabeza como para apartarse agua de los ojos—. Dijo que sueño la verdad y que soy muy afortunado, que los hombres con tales sueños son los verdaderos enemigos del Desprecio... No es la Ley, el Bastón de la Ley no fue hecho para luchar con él contra el Execrable... No, la magia indomeñable y los sueños son lo contrario del Desprecio. —Por un instante se estremeció de indignación—. También dijo que no lo creo y que eso era una gran ayuda. Ojalá supiera mejor si soy un héroe o un cobarde.

—No, no respondas a eso. No te corresponde hacerlo.

El Amo Mhoram sonrió para tranquilizar a Covenant, pero el Incrédulo ya hablaba de nuevo.

—En cualquier caso, tengo una creencia..., pero no es exactamente la que vosotros queréis que tenga.

—Es posible —dijo Mhoram, sondeando de nuevo—, pero no la veo. No nos muestras ninguna creencia, sino Incredulidad. Si esto es creer, entonces no se trata de creer en algo sino más bien de creer contra algo.

Covenant se puso en pie como si le hubieran golpeado.

—¡No estoy de acuerdo! Sólo porque no afirmo el Reino o lo que sea, no me porto como un fanático ni echo espuma por la boca deseando una oportunidad de luchar, como Troy, eso no significa... Suponiendo que hay alguna clase de justicia en las etiquetas y títulos que tu pueblo adjudica, suponiendo que puedas dar un nombre a lo que yo no puedo articular ni mucho menos demostrar..., eso no es lo que significa la Incredulidad.

—¿Qué significa?

—Significa...

Covenant se interrumpió, pues las palabras que iba a pronunciar le sofocaban. Luego se inclinó hacia adelante y colocó las manos ante la gema del *krill*, para que no le deslumbrara. Cuando habló lo hizo con voz ahogada, por la imposibilidad de verter las lágrimas que le habrían aliviado.

—¡Significa que he de guardar, apartar, retener algo para mí mismo! ¡No sé por qué!

Se reclinó de nuevo en la silla y agachó la cabeza, ocultándola en los brazos, como si estuviera avergonzado.

—«¿Por qué?», has dicho —dijo suavemente Mhoram—. No es tan difícil de responder como lo es el «¿cómo»? Algunas de nuestras leyendas insinúan una respuesta. Hablan del principio de la Tierra, poco después del nacimiento del Tiempo, cuando el Creador de la Tierra descubrió que su hermano y Enemigo, el Despreciativo, había estropeado su creación colocando ponzoñas malignas en sus profundidades. Ultrajado y dolido, el Creador arrojó a su enemigo del cielo universal, lo envió a la Tierra y lo encarceló aquí dentro del arco del Tiempo. Así, según dicen

las leyendas, llegó al Reino el Amo Execrable.

Mientras hablaba se daba cuenta de que no estaba respondiendo a la pregunta de Covenant, que aquella pregunta tenía una dirección que él no podía ver. Pero prosiguió su relato, ofreciendo a Covenant la única respuesta que poseía.

—Ahora está claro que el Amo Execrable anhela devolver el golpe a su hermano, el Creador. Y al fin, tras innumerables e infructuosas guerras emprendidas por maldad, por un deseo de perjudicar la creación porque no podía alcanzar al Creador, el Amo Execrable ha encontrado una manera de lograr su objetivo, destruir el arco del Tiempo, salir de su exilio y regresar a su hogar prohibido, llevando consigo el desprecio y las calamidades. Cuando el Bastón de la Ley, que había perdido Kevin en la Profanación, estuvo bajo su influencia, tuvo una oportunidad de tender un puente entre los mundos, una posibilidad de traer el oro blanco al Reino.

»Te lo digo sencillamente: el propósito del Amo Execrable es poseer la magia indomeñable, «el ancla del arco de la vida que extiende y domina el tiempo», y con ello ponerle fin al Tiempo, de modo que pueda escapar a su servidumbre y realizar su deseo en todo el universo. Para ello debe derrotarte, debe arrebatarte el oro blanco. Entonces la Tierra y el Reino caerán con toda seguridad.

Covenant alzó la cabeza y Mhoram trató de prever su siguiente pregunta.

—Pero te preguntarás cómo... ¿Cómo se propone el Despreciativo realizar este propósito? Ah, amigo mío, eso no lo sé. Elegiré caminos que serán tan parecidos a nuestros propios deseos que no resistiremos. Seremos incapaces de distinguir entre su servicio y el nuestro propio hasta que quedemos despojados de todas las ayudas excepto la tuya, tanto si decides ayudarnos como si no.

—Pero ¿por qué? —repitió Covenant—. ¿Por qué yo?

Una vez más, Mhoram sintió que su respuesta no iría en la misma dirección que la pregunta de Covenant. Pero aún así se la ofreció, humildemente, sabiendo que era todo lo que podía darle a su atormentado visitante.

—Amigo mío, tengo la corazonada de que fuiste elegido por el Creador. Ésa es nuestra esperanza. El Amo Execrable enseñó al Babeante a hacer la convocatoria porque deseaba el oro blanco. Pero el Bastón estaba en las manos del Babeante, no en las del Execrable. El Despreciativo no podía controlar a quién convocaba. Por ello, si fuiste elegido, lo fuiste por el Creador.

»Mira, es el Creador, el que ha hecho la Tierra. ¿Cómo puede permanecer indiferente y ver su obra destruida? Sin embargo, no puede extender su mano para ayudarnos aquí. Existe la ley del Tiempo. Si rompe el arco para tocar el Reino con su poder, terminará el Tiempo y el Despreciativo quedará libre. Por eso debe resistir al Amo Execrable de otro modo. Contigo, amigo mío.

—Condenación —musitó Covenant.

—Sin embargo, es preciso que comprendas esto. No puede alcanzarte aquí,

enseñarte o ayudarte, por la misma razón que no puede ayudarnos a nosotros. Ni tampoco puede alcanzarte, enseñarte o ayudarte en tu propio mundo. Si lo hiciera, no serías libre, te convertirías en su herramienta, y tu presencia rompería el arco del Tiempo, desatando el Desprecio. Por eso fuiste elegido. El Creador cree que tu voluntad irrefrenable y tu fuerza nos salvarán al final. Si está equivocado, ha puesto el arma de su propia destrucción en las manos del Execrable.

Tras un largo silencio, Covenant musitó:

—Es un riesgo terrible.

—Sí, pero es el Creador. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—Podría quemarlo todo e intentarlo de nuevo. Pero supongo que no crees que los dioses son tan humildes. ¿O llamarías arrogancia a quemarlo todo? No importa. Creo recordar que no todos los Amos creen en ese Creador como tú.

—Es cierto. Pero has acudido a mí y te respondo como puedo.

—Lo sé. No lo tomes en serio. Pero dime una cosa. ¿Qué harías en mi lugar?

—No —dijo Mhoram. Finalmente movió la silla a un lado para poder ver el rostro de Covenant. Mirando los rasgos inciertos del Incrédulo, añadió—: No responderé a eso. ¿Quién puede decirlo? El poder es una cosa temible. No puedo juzgarte con una respuesta. Aún no me he juzgado a mí mismo.

La inestable expresión de Covenant se volvió momentáneamente inquisitiva, pero no dijo nada, y al cabo de algún tiempo Mhoram decidió arriesgar otra pregunta.

—Thomas Covenant, ¿por qué te tomas esto así? ¿Por qué estás tan dolido? Dices que el Reino es un sueño, un engaño, que carecemos de vida real. Entonces no te preocupes. Acepta el sueño y riéte. Cuando despiertes, estarás libre.

—No —dijo Covenant—. Admito que hay algo cierto en lo que has dicho... Empiezo a comprender esto. Escucha. La crisis que hay aquí es una lucha en mi interior. Hace tanto tiempo que soy leproso que empiezo a encontrar justificación a la manera en que la gente trata a los leprosos. Así me estoy convirtiendo en mi propio enemigo, mi propio Despreciativo... Actúo contra mí mismo cuando intento mantenerme vivo al estar de acuerdo con la gente que hace tan difícil mi situación. Ésa es la razón de que tenga estos sueños. Es una catarsis. Se trata de solucionar el dilema en mi subconsciente, de modo que al despertar esté en condiciones de superarlo.

Se levantó de súbito y empezó a pasear por la ascética habitación de Mhoram, con un brillo voraz en la mirada.

—Ha de ser eso, sin duda. ¿Por qué no pensé antes en ello? Me he estado diciendo constantemente que esto es un escapismo, que es suicida. Pero no lo es..., en modo alguno. Olvida que estoy perdiendo uno tras otro todos los hábitos que me mantienen vivo. Esto es terapia de sueño.

Entonces una abrupta mueca de dolor apareció en su rostro.

—¡Maldita sea! —exclamó con voz ronca—. Esto parece uno de los relatos que debí quemar... cuando los quemaba... cuando aún tenía relatos que quemar.

Mhoram escuchó el tono angustiado en la voz de Covenant y se levantó para extender los brazos hacia su visitante. Pero no tuvo necesidad de moverse, pues Covenant, que deambulaba sin dirección fija entre las cuatro paredes de la estancia, se acercó a él. Se detuvo ante la mesa y miró sobriamente el *krill*.

—No lo creo —dijo con voz trémula—. Ésta no es más que otra manera fácil de morir. Ya conozco demasiadas.

Pareció tambalearse, aunque estaba de pie e inmóvil. Se inclinó hacia adelante y cogió a Mhoram de un hombro. Se aproximó más a él y apoyó la frente en la túnica del Amo. Entonces Mhoram le hizo sentarse.

—Ah, amigo mío, ¿cómo puedo ayudarte? No comprendo.

Los labios de Covenant temblaron, pero haciendo un visible esfuerzo logró controlar de nuevo su voz.

—Sólo estoy cansado. No he comido nada desde ayer. Ese Redimido... me ha dejado extenuado. Me iría bien un poco de comida.

La oportunidad de hacer algo por Covenant proporcionó a Mhoram una sensación de alivio. Moviéndose con rapidez, trajo a su huésped un frasco de vino de primavera. Covenant bebió como si tuviera las entrañas resacas, mientras Mhoram iba a otras habitaciones en busca de alimentos.

Mientras disponía pan, queso y uvas en una bandeja, oyó un grito agudo y distante; una voz le llamó por su nombre, con tal vehemencia que se le encogió el corazón. Dejó la bandeja y se apresuró a abrir la puerta de sus aposentos.

Bajo el súbito baño de luz procedente del patio, vio a un guerrero de pie en uno de los saledizos del muro, bastante por encima de Mhoram. Era un guerrero joven —demasiado joven para arriesgar su vida en la guerra, pensó el Amo con tristeza—, el cual había perdido el dominio de sí mismo.

—¡Amo Mhoram! —gritaba—. ¡Ven en seguida! ¡El Cercado!

—Basta. —El tono autoritario de Mhoram fue como un golpe para el muchacho, el cual sofocó el tumulto de palabras que se atropellaban en su garganta. Cuando el Amo vio que se había serenado, le dijo con más amabilidad—. Te escucho. Habla.

—El Ama Superior te pide que acudas en seguida al Cercado. Ha llegado un mensajero de las Llanuras de Ra. El Asesino Gris está en marcha.

—¿Es la guerra? —preguntó Mhoram sosegadamente, ocultando su inquietud.

—Sí, Amo Mhoram.

—Por favor, dile al Ama Superior que..., que te he escuchado.

Mhoram regresó al lado de Covenant. El Incrédulo le dirigió una mirada extraña, descentrada, como si su cráneo se partiera entre los ojos.

—¿Quieres venir? —le preguntó sencillamente Mhoram.

Sin desviar la mirada del Amo, Covenant le preguntó:

—Dime una cosa, Mhoram. ¿Cómo lograste escapar... cuando te capturó aquel Delirante, cerca de la Guarida del Execrable?

Cuando Mhoram le respondió lo hizo con una deliberada serenidad, una negativa a la consternación y una peligrosa expresión en sus ojos con reflejos dorados.

—Los Guardianes de Sangre que estaban conmigo cayeron asesinados. Pero cuando el *samadhi* Delirante me tocó, me conoció tanto como yo le conocía a él. Estaba atemorizado.

Covenant permaneció inmóvil un momento. Luego desvió la mirada. Con gesto fatigado, dejó el frasco de piedra sobre la mesa y lo empujó hasta que produjo un sonido al tocar el *krill*. Se tiró de la barba y luego se incorporó. A Mhoram le pareció como una delgada vela atascada por la cera derramada, goteante y frágil.

—Sí —dijo al fin—. Elena me pidió lo mismo. No sé de qué nos servirá a ninguno de nosotros, pero voy a ir.

Con paso vacilante, salió al patio de suelo incandescente.

Segunda parte
EL SIGNO GENERAL

XI

CONSEJO DE GUERRA



ile Troy estaba seguro de una cosa: pese a lo que decía Covenant, el Reino no era un sueño. Lo percibía con una agudeza que le oprimía el corazón.

En el mundo «real» no había sido simplemente ciego, sino que por un horrible defecto carecía de ojos desde su nacimiento. Le faltaban incluso los órganos de la vista, que podrían haberle dado una idea de lo que era la visión. Hasta el misterioso acontecimiento que le había arrebatado de entre dos posibles maneras de morir y le había depositado en la soleada hierba de Fidelia, la luz y la oscuridad habían sido igualmente incomprensibles para él. No había sabido que su vida estaba sumida en una noche permanente. Los instrumentos para orientarse y actuar en su entorno habían sido el oído, el tacto y el lenguaje. Su percepción especial, su sensibilidad a las auras de los objetos y las resonancias del espacio, se traducían en palabras, hasta que llegó a ser su única medida del mundo concreto. Había sido un buen estratega precisamente porque sus percepciones del espacio y la fuerza de interacción eran puras, sin que las distrajera ningún conocimiento del día, la noche, el color, el brillo o la ilusión.

Así, pues, no podía imaginar el Reino. Su mente, antes de llegar allí, no había contenido las materias primas con las que se fabrican los sueños. Cuando apareció en el Reino —cuando el Ama Elena le enseñó que la avalancha de sensaciones que le confundían era la vista— la experiencia fue del todo nueva. No restauró en él algo que había perdido, sino que se desplegó ante él como un oráculo. Sabía que el Reino era real. Y sabía también que su futuro colgaba del hilo de su estrategia en aquella guerra. Si cometía un error, entonces más brillantez y color de lo que jamás podría imaginar estarían condenados.

Así, cuando Ruel, el Guardián de Sangre asignado para protegerle, llegó a sus aposentos y le informó de que había llegado de las Llanuras de Ra un Fustigador, con noticias del ejército del Amo Execrable, Troy sintió una oleada de pánico. Había dado comienzo... La prueba de todo su adiestramiento, su planificación, sus esperanzas. Si hubiera creído en los relatos de Mhoram sobre un Creador, se habría puesto de rodillas para orar...

Pero nunca había confiado en nadie salvo en sí mismo. Suya era el Ala de Guerra y la estrategia. Él estaba al frente. Se detuvo lo suficiente para ponerse al cinto la tradicional espada de ébano que caracterizaba al Signo General y una cinta alrededor de la cabeza. Luego siguió a Ruel hacia el Cercado.

Por el camino agradeció la brillantez de las antorchas en los corredores. Aun con su ayuda, la visión de Troy era escasa. A la luz del día podía ver claramente, y su capacidad para ver con detalle y a largas distancias era incluso superior a la de los Gigantes. La luz del sol le acercaba las cosas distantes. A veces, sentía que estaba en posesión del Reino más que cualquier otro. Pero la noche devolvía su ceguera como un insistente recordatorio de cuál era su procedencia. Cuando el sol se ponía, estaba perdido a menos que hubiera antorchas o fogatas a su alrededor. La luz de las estrellas no afectaba a su ceguera, e incluso la luna llena apenas incitaba en su mente más que una mancha gris.

A veces, en medio de la noche, su falta de visión le asustaba, como si temiera no ver de nuevo la luz del sol. Impulsado por la fuerza de la costumbre, se puso las gafas oscuras. Las había llevado durante tanto tiempo, por consideración hacia la gente provista de ojos que tenía que mirarle, que sentía como si formaran parte de su rostro. Pero él nunca las veía, no ejercían efecto alguno sobre su visión. Su mente no le permitía ver nada que se aproximara a menos de quince centímetros de sus órbitas sin globos oculares.

Para dominar su tensión, caminó con rapidez, pero sin apresuramiento hacia el Cercado. Pasó junto a un grupo de Puños Generales, los comandantes de las Eoalas, que le saludaron y fueron tras él, haciendo sonar sus espadas al andar. Más adelante el aguileño Amo Verement bajó por una ancha escalera y pasó precipitadamente a su lado. No se detuvo hasta llegar a las puertas de la cámara del consejo. Allí encontró a Quaam esperándole.

Sintió una punzada de dolor al ver al Dagomán, aquel anciano que había sido un hombre tan robusto. Ahora, bajo la luz mortecina, los blancos y ralos cabellos de Quaam le daban un aspecto frágil. Pero saludó a Troy con viveza y le informó que cincuenta Puños Generales se encontraban ya en el interior del Cercado.

Cincuenta. Troy repitió la cifra para sí, como si fuera un rito de mando: cincuenta Eoalas, un millar de eomanes; un total de veintiún mil guerreros. El Primer Puño Amorine, el Puño General Quaam y él mismo. Asintió, como para asegurar a Quaam que serían suficientes. Luego bajó las escaleras del Cercado para sentarse ante la mesa de los Amos.

La cámara estaba casi llena, y la mayoría de los dirigentes ocupaban ya sus asientos. El espacio estaba tan bien iluminado que Troy podía ver claramente. El Ama Superior se hallaba en la cabecera de la mesa, con una tensión contenida. A su lado estaban los Amos Callindrill, Trevor, Loerya y Amatin, cada uno de ellos sumido en sus cavilaciones. Pero Troy les conocía y pudo adivinar sus pensamientos. A pesar de las exigencias de su cargo, el Ama Loerya confiaba en que no la eligieran a ella y a Trevor y tuviera que dejar Piedra Deleitosa y a sus hijas. Y su marido parecía recordar que se había derrumbado bajo la tensión de luchar contra el mal en el

dukkha Waynhim, y se preguntaba si tendría fuerzas suficientes para aquella guerra.

En cuanto a Elena, Troy no hizo ninguna especulación.

Su belleza le confundía; no quería pensar en lo que podría sucederle en aquella guerra. Desvió la mirada de ella.

A su izquierda, más allá de la silla vacía de Mhoram, estaba el Amo Verement y había otros dos asientos vacíos..., destinados a los Amos Shetra y Hyrim. Troy se preguntó qué estaría haciendo la misión de Korik. Cuatro días después de su partida, algunos exploradores llevaron a Piedra Deleitosa la noticia de que habían entrado en el Bosque de Grimmerdhore. Pero Troy sabía que después de aquel primer informe ya no podían esperar más noticias hasta que la misión hubiera terminado, para bien o para mal. En lo más hondo de su corazón, soñaba que en algún momento durante el curso de la guerra tendría la alegría de ver a los Gigantes marchar en su ayuda, dirigidos por Hyrim y Shetra. Los echaba de menos a todos, Shetra, Korik, Hyrim y los Gigantes, y temía que iba a necesitarlos.

Por encima y detrás del Ama Superior, los Guardahogares Tohrm y Borillar permanecían en sus lugares con el Dagomán Quaan y el Primer Signo Morin. Y detrás de los Amos, en las primeras filas de asientos en la galería estaban otros Guardianes de Sangre: Morril, Bann, Howor, Koral y Ruel al lado de Troy; Terrel, Thomín y Bannor frente a él.

La mayoría de las restantes personas en el Cercado eran sus Puños Generales. Formaban un grupo inquieto, tenso. Casi todos carecían de experiencia guerrera, y habían sido adiestrados rigurosamente bajo la exigente mirada de Troy. Éste confiaba en que lo que iban a ver y oír en aquel consejo galvanizaría su valor y convertiría su tensión en fortaleza. Era muy duro lo que les esperaba...

Los escasos Guardianes de la Ciencia que estaban de visita en Piedra Deleitosa, se hallaban todos presentes, así como los *rhadhamaerl* y *lillianrill* más diestros de las Defensas. Pero Troy observó que el Gravanélico Trell no estaba entre ellos. Se sintió vagamente aliviado..., más por el mismo Trell que por Covenant.

Poco después el Amo Mhoram hizo su entrada en el Cercado, acompañado del Incrédulo. Covenant estaba fatigado, su inanición y debilidad eran claramente visibles en su rostro delgado y pálido, pero Troy pudo ver que no había sufrido daño alguno. Y su dependencia del apoyo de Mhoram expresaba cuán escasa era la amenaza que representaba para los Amos en aquel momento. Troy frunció el ceño tras sus gafas de sol, y procuró que no le acometiera de nuevo su indignación hacia Covenant. Cuando Mhoram hizo sentarse a Covenant y rodeó la mesa para ocupar su propio asiento, a la izquierda de Elena, Troy dirigió su atención al Ama Superior.

Elena ya estaba preparada para comenzar, y, como siempre, todos sus movimientos, las inflexiones de su voz, le fascinaban. Lentamente, el Ama miró a su alrededor, fijándose un momento en cada uno de los Amos. Luego, en tono claro y

majestuoso, dijo:

—Amigos míos, Amos y Guardianes de la Ciencia, servidores del Reino, ha llegado el momento. Para bien o mal, prosperidad o desgracia, la prueba está ante nosotros. Se ha desatado la guerra. En nuestras manos se halla ahora el destino del Reino, para conservarlo o perderlo, como lo permitan nuestras fuerzas. El tiempo de preparación ha tocado a su fin. Ahora vamos a la guerra. Si no tenemos suficiente poder para preservar el Reino caeremos, y sea cual sea el mundo venidero será obra del Despreciativo, no nuestra.

»Escuchadme, amigos míos. No hablo para ensombrecer vuestros corazones, sino para preveniros contra las falsas esperanzas y los sueños ilusorios, que podrían debilitar el vigor de nuestra determinación. Somos la única oportunidad del Reino. Nos hemos esforzado para estar a la altura de esta circunstancia. Ahora nuestra valía se enfrenta a su prueba. Oídmeme y no erréis. Ésta es la prueba decisiva. —Se interrumpió un momento para posar su mirada en los rostros que la miraban atentamente. Cuando vio la resolución en sus ojos, les dirigió una sonrisa aprobatoria y dijo quedamente—: No tengo miedo.

Troy hizo un gesto de asentimiento. Si los guerreros sentían lo mismo que ella, no tenía nada que temer.

—Ahora —dijo el Ama Superior Elena—, escuchemos al portador de esas noticias. Que entre el Fustigador.

A su orden, dos Guardianes de Sangre abrieron las puertas y dejaron pasar al visitante de Ra.

Era una mujer, vestida con una túnica marrón oscuro que dejaba al descubierto brazos y piernas. Su larga cabellera negra estaba anudada al cuello con un cordón. Este cordón y la pequeña guirnalda de flores amarillas y entrelazadas alrededor de su cuello, marchitas tras llevarlas durante largos días, la señalaban como una Fustigadora, miembro de la clase más alta de su pueblo. La escoltaba una guardia de honor de cuatro Guardianes de Sangre, pero ella los adelantó para bajar las escaleras, exhibiendo con orgullo la fatiga de su largo viaje. Pero, a pesar de su temple, Troy vio que apenas podía sostenerse en pie. La gracia de sus movimientos había perdido vivacidad y frescura. Ya no era joven. Alrededor de sus ojos, familiarizados con los cielos abiertos y las largas distancias, se extendían finas arrugas, y pesaban en sus huesos los centenares de leguas recorridas, dando un leve matiz pálido a sus miembros bronceados.

Sintiendo una ansiedad repentina, Troy confió en que la Fustigadora no hubiera llegado demasiado tarde.

Mientras descendía al nivel más bajo del Cercado y se detenía ante el pozo de gravanel, el Ama Superior Elena se levantó para saludarla.

—¡Salve, Fustigadora, que perteneces al rango superior de los hombres de Ra, los

abnegados cuidadores de los Ranyhyn! Sé bienvenida a las Defensas de los Amos. Te acogemos sana o herida, tanto si nos traes beneficios como aflicciones, tanto si nos pides como si nos das. Te proveeremos de lo que requieras mientras tengamos vida o poder para satisfacer la necesidad. Soy el Ama Superior Elena, y hablo en presencia de Piedra Deleitosa.

Troy reconoció el saludo ritual a los amigos, pero la Fustigadora miró sobriamente al Ama Superior, como si no tuviera deseos de responderle. Entonces se volvió hacia su derecha, y en un tono bajo y áspero, muy distinto al tono risueño habitual de los hombres de Ra, dijo:

—Te conozco, Amo Mhoram. —Sin esperar respuesta, miró al Incrédulo—: Y también te conozco, Covenant Barón del Anillo. —Mientras le miraba, la aspereza de su tono varió ostensiblemente. Ya no se reflejaba en él el cansancio, la derrota y el viejo resentimiento de los hombres de Ra hacia los Amos por atreverse a montar los Ranyhyn, sino algo más—. Llamasteis a los Ranyhyn de noche, cuando ningún mortal puede hacerlo. Y, sin embargo, ellos respondieron... Un centenar de orgullosas cabezas, más de las que la mayoría de los hombres de Ra han visto jamás reunidas en un solo lugar. Se encabritaron ante ti, como homenaje al Barón del Anillo. Y no cabalgaste. —Su voz traslucía un claro respeto por aquel acto, un temor reverencial por el honor que los Ranyhyn habían hecho a aquel hombre—. Covenant, Barón del Anillo, ¿me conoces?

Covenant la miró fijamente, con una expresión de dolor, como si le partieran la frente. Pasaron unos momentos antes de que respondiera.

—Alegre —dijo con voz apagada—. Eras... la Ganatecho Alegre. Esperabas... Estabas en Mansión.

La Fustigadora le devolvió la mirada.

—Sí, pero tú no has cambiado. Cuarenta y un veranos han pasado por mí desde que visitaste las Llanuras de Ra y Mansión, y no tomaste la comida que te ofrecí. Pero no has cambiado. Yo era entonces una niña, una Ganatecho, y me aproximaba a mi Cordonación... Y ahora soy una vieja cansada, lejos de mi hogar, y tú eres joven. Ah, Covenant, Barón del Anillo, me trataste rudamente.

Él la miró con expresión dolida. Los recuerdos que aquella mujer evocaba le entristecían. Poco después ella alzó las manos hasta que las palmas miraron hacia afuera, al nivel de su cabeza, y se inclinó ante él con el tradicional gesto de saludo de los hombres de Ra.

—Te conozco, Covenant, Barón del Anillo, pero tú no me conoces. No soy la Ganatecho Alegre, que pasó su Cordonación y estudió a los Ranyhyn en la época en que Mansión estaba llena de relatos sobre vuestra Indagación, cuando la Fustigadora Lithe regresó del oscuro subsuelo y de ver a los Leones de Fuego del Monte Trueno. Y no soy tampoco la Cordón Alegre, que llegó a ser Fustigadora y que más tarde oyó

que los Amos pedían exploradores de Ra para recorrer las Llanuras Estragadas entre el Declive del Reino y las Colinas Quebrantadas. Oímos esa solicitud, aunque estos mismos Amos saben que toda la vida de los hombres de Ra está en las Llanuras de Ra y en atender a los Ranyhyn... sí, oímos la petición y la aceptamos. La aceptó la Fustigadora Alegre y sus Cordones de vigilancia, y emprendió la tarea de explorar porque odiaba al Barón del Colmillo, el Arrebatador, porque admiraba a la Fustigadora Lithe, quien se atrevió a abandonar la luz del sol por el bien de los Amos, y porque honraba a Covenant, el Barón del Anillo, portador del oro blanco, el cual no cabalgó cuando los Ranyhyn se encabritaron ante él. Ahora, aquella Fustigadora Alegre ya no existe.

Mientras decía esto sus dedos se curvaron como garras y sus piernas cansadas se flexionaron, dando la apariencia de que adoptaba una postura de lucha.

—Soy la Fustigadora Rue... vieja portadora de la carne de la que se llamó Alegre. He visto avanzar al Barón del Colmillo, y todos mis Cordones de vigilancia están muertos. —Agachó la cabeza, con una expresión de abatimiento—. Y aquí estoy..., yo, que nunca debí abandonar las llanuras de mi hogar. He venido aquí, ante los Amos de los que se dice que son amigos de los Ranyhyn, llena de pesar.

Mientras hablaba, los Amos guardaban silencio, y todos los presentes en el Cercado miraban a aquella mujer inquietos, en suspenso, divididos entre el respeto por su fatiga y el deseo de oír lo que tenía que decir. Pero Troy percibía peligrosas vibraciones en su voz. Había en su tono un dejo de recriminación que todavía no había articulado con claridad. Troy no desconocía que los hombres de Ra se sentían ultrajados cada vez que un humano tenía la insolencia, casi la audacia blasfema de montar un Ranyhyn, pero no lo comprendía, y estaba impaciente por escuchar las noticias de la Fustigadora.

Rue pareció percibir la creciente tensión en torno a ella. Se apartó cautelosamente de Covenant y se dirigió a todos los presentes por primera vez.

—Sí, se dice que los Amos son nuestros amigos. Pero no estoy segura de ello. Venís a las Llanuras de Ra y nos encargáis tareas sin pensar en el dolor que sentimos entre las colinas que no son nuestro hogar. Venís a las Llanuras de Ra y os ofrecéis a la generosidad de los Ranyhyn, como si aceptaros fuera un honor para los caballos. Y cuando sois aceptados, como ocurre con los Guardianes de Sangre..., quinientos caballos sojuzgados como esclavos con fines que no les conciernen..., alejáis a los Ranyhyn de nosotros, exponiéndoles al peligro, donde nadie puede protegerles, donde se desgarran la carne y se vierte la sangre, donde no hay *amanibhavam* para contener el dolor o impedir la muerte. ¡Ah, Ranyhyn! No me hagáis objeto de vuestra desconfianza. Os conozco a todos.

—Y, sin embargo, has venido —le dijo el Ama Superior en un tono mesurado, sin indicios de protesta ni de disculpa.

—Sí —respondió la Fustigadora, con un dejo de fatiga y amargura—. He venido. He huido, he soportado penalidades y aquí estoy. Sé que estamos unidos contra el Barón del Colmillo, aunque nos habéis traicionado.

El Amo Verement se puso rígido, pero Elena le contuvo con una mirada y preguntó suavemente a Rue:

—¿En qué os hemos traicionado?

—Los hombres de Ra no olvidan. Por los relatos que se preservan en Mansión y que se remontan a la época del poderoso *Kelenbhrabanal*, conocemos al Barón del Colmillo y las guerras de los Antiguos Amos. Cuando el Barón del Colmillo organizaba sus ejércitos en las tierras bajas del Reino, los Antiguos Amos acudían a los viejos campos de batalla al norte de las Llanuras de Ra y el Vado de los Vagabundos, y luchaban en el Declive del Reino para impedir que el Barón del Colmillo penetrara en las tierras altas del Reino. De este modo los Ranyhyn estaban defendidos, ya que el enemigo no podía asolar las Llanuras de Ra mientras luchaba con los Amos. Y, en reconocimiento a este beneficio, los hombres de Ra dejaban sus colinas para luchar con los Amos.

»¡Pero vosotros...! El Barón del Colmillo se ha puesto en marcha, y vuestro ejército está aquí. Las Llanuras de Ra se quedan sin defensa o ayuda.

—Eso ha sido idea mía —dijo Troy, cuya impaciencia hizo que sus palabras parecieran más bruscas de lo que pretendía.

—¿Por qué razón? —preguntó ella en un temible tono de desafío.

—Creo que había buenas razones —replicó Troy. Impulsado por una íntima necesidad de confirmarse a sí mismo que no se había equivocado, habló con vehemencia—. Piénsalo bien. Estás en lo cierto... Cada vez que, en el pasado, el Execrable ha organizado un ejército, los Amos le han presentado batalla en el Declive del Reino, y en cada ocasión perdieron, les hicieron retroceder. Hay demasiados caminos distintos desde las tierras bajas del Reino, y los Amos se han encontrado demasiado lejos de sus suministros y refuerzos. Cierto que presentaban dura batalla..., lo cual hacía que la presión sobre las Llanuras de Ra fuese algo menor, porque el Execrable estaba ocupado en otra parte. Pero los Amos perdían. Eoalas enteras quedaban diezmadas, y el Ala de Guerra tenía que retirarse a la carrera, a fin de poder reagruparse y luchar del mismo modo una y otra vez, más hacia el oeste..., más cerca de Piedra Deleitosa.

»Y eso no es todo. Es posible que en esta ocasión el Execrable organice su ejército más hacia el norte..., en el Llano de Saran, al norte de la Corriente de la Corrupción. Nunca lo ha hecho antes. Pero los Gigantes siempre han tenido controlado el norte de Saran. Esta vez... —hizo una mueca al pensar en los Gigantes —... esta vez es diferente. Si os hubiésemos enviado un ejército mientras el Execrable avanzaba al norte del Monte Trueno, hacia Piedra Deleitosa, seríamos

impotentes para detenerle e impedir que atacara las Defensas. Piedra Deleitosa podría caer. Por eso tomé la decisión. Esperaremos aquí.

»No me interpretes mal. No os abandonamos. La verdad es que no creo que corráis gran peligro. Mira, supón que el Execrable tiene un ejército de cincuenta mil soldados... o pongamos cien mil. ¿Cuánto tiempo va a costarle conquistar las Llanuras de Ra?

—No lo hará —dijo Rue entre dientes.

El Signo General asintió.

—Y aunque lo hiciera, le llevaría años. Sois muy buenos cazadores... No puede superaros en vuestro propio terreno. Con los Ranyhyn correréis en círculo alrededor de sus tropas, y cada vez que vuelvan la espalda, eliminaréis a unas cuantas decenas. Aunque la proporción con respecto a vosotros sea de cincuenta a uno, enviaréis los Ranyhyn a las montañas y tendréis a raya al Execrable por Dios sabe cuanto tiempo. Necesitará años para salirse con la suya, aun suponiendo que no atacemos su retaguardia. No, hasta que no haya derrotado a los Amos, no puede permitirse aborardos. Por eso he llegado a la conclusión de que seguiría la ruta del norte.

Se detuvo y miró directamente a Rue, convencido de que su argumentación debía haberle satisfecho. Se sentía tranquilizado tras haber expuesto sus razonamientos, pues sabía que eran lógicos y sensatos. Y, en efecto, la Fustigadora se vio obligada a reconocerlo así. Tras reflexionar algún tiempo en las palabras de Troy, suspiró y dijo:

—Ah, muy bien, comprendo tus razones. Pero tales ideas no me gustan. Juegas demasiado libremente con el riesgo que pueden correr los Ranyhyn. —Con gesto cansado, se volvió hacia Elena y añadió—: Escúchame, Ama Superior. Os comunicaré mi mensaje, pues estoy exhausta y he de descansar, pase lo que pase. He llegado hasta aquí tras largo viaje desde las Colinas Quebrantadas, que rodean y defienden la Guarida del Execrable. Dejé aquel fatídico lugar al ver que un gran ejército salía de las colinas y marchaba en línea recta hacia el Declive del Reino y la catarata del río Montatierra. Era un ejército aterrador e innumerable... No pude determinar su volumen ni esperé para contarlos. Huí con los cuatro Cordones a mi mando, huí a fin de poder advertir a los Amos.

Así, pues, el ejército del Execrable había seguido la ruta del sur. El cerebro de Troy comenzó a trabajar de inmediato con aquella información. Imágenes concretas de las Llanuras Estragadas y el Declive del Reino llenaron su mente. Empezó a calcular los progresos que estaba haciendo el Amo Execrable.

—Pero algún enemigo supo de mi intención —siguió diciendo la Fustigadora—. Hemos sido perseguidos. Un negro viento se abatió sobre nosotros, y de él cayeron temibles y abominables criaturas, como aves de presa. Perdí a mis Cordones, sacrificados para que yo pudiera escapar..., pero me desvié mucho de mi camino, hacia el norte, al borde del Llano de Saran.

»Sabía que el peligro era grande, pero también sabía que ningún ejército de amigos o Amos esperaba en las tierras superiores del Reino para ayudar a los Ranyhyn. Mi corazón se ensombreció. Estuve a punto de renunciar a mi propósito y dejar que los Amos se trazaran su propio destino. Pero una vez en el Llano de Saran reflexioné y decidí que las vidas de mis Cordones no debían haberse perdido en vano. Avancé por el antiguo campo de batalla, recorrí la fértil Andelain y luego crucé una severa llanura al sur de un gran bosque, parecido al de Morin, pero más oscuro y adormecido, a fin de que tuvierais la oportunidad de llevar a cabo vuestra idea. Ése es mi mensaje. Hacedme las preguntas que queráis y luego dejadme, pues he de descansar.

El Ama Superior se levantó con sosegada dignidad, sosteniendo ante ella el Bastón de la Ley.

—Fustigadora Rue —le dijo—, el Reino ha contraído contigo una deuda impagable. Alto es el precio que has pagado por traernos tus noticias, y haremos cuanto podamos por honrarte. Escúchame, por favor. No podíamos volver la espalda a los Ranyhyn y sus hombres de Ra. Si así lo hiciéramos, dejaríamos de ser lo que somos. Una sola creencia nos ha impedido acudir a vuestro lado. Nuestro corazón nos dice que ésta va a ser la guerra definitiva contra el Barón del Colmillo. Si fracasamos, no quedará nadie para entablar de nuevo la lucha. Y carecemos de la fuerza de los Antiguos Amos. Hemos de utilizar con astucia la fuerza que tenemos. Por favor, no endurezcas tu corazón contra nosotros. Es nuestro deseo estar a la altura de tu sacrificio.

Sostuvo el Bastón a la altura de los ojos y se inclinó, haciendo la profunda reverencia de los hombres de Ra.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Rue, divertida ante el intento de Elena de saludar como los hombres de Ra, y se inclinó a su vez para mostrar cómo debía hacerse.

—También se dice entre los hombres de Ra que los Amos son corteses. Ahora lo sé por propia experiencia. Haz tus preguntas. Las responderé lo mejor que pueda.

El Ama Superior volvió a sentarse. Troy estaba ansioso por hablar, pero Elena no le dio permiso para hacerlo.

—Una pregunta se impone a todas las demás —le dijo a Rue—. ¿Qué sucede en Andelain? Nuestros exploradores no nos informan de nada inquietante, pero carecen de nuestra percepción. ¿Están las colinas libres de maldad?

Troy se sentía frustrado. Estaba ansioso por empezar a interrogar a Rue, pero reconocía el tacto de Elena al hacer aquella pregunta. En las leyendas de los hombres de Ra, las colinas andelainianas eran como una imagen del paraíso. Rue se tranquilizaría al hablar de ellas.

Y, en efecto, la amargura de la Fustigadora pareció remitir. Sus ojos se llenaron de

lágrimas y dijo sencillamente:

—Las colinas están libres.

Un murmullo de alegría recorrió el Cercado, y varios Amos asintieron con gestos de satisfacción. Una Fustigadora no podía equivocarse en algo tan importante. El Ama Superior suspiró, agradecida. Cuando permitió al Signo General que hiciera sus preguntas, le miró de una manera que le instaba a ser amable.

Troy se puso en pie.

—De acuerdo —dijo, ignorando la violencia con que le latía el corazón—. Comprendo que no conozcas el volumen del ejército enemigo. Lo acepto. Pero he de saber cuál es su ventaja inicial. ¿Cuántos días hace exactamente que viste al ejército del Execrable abandonar las Colinas Quebrantadas?

La Fustigadora no tuvo necesidad de contar.

—Veinte días —se apresuró a responder.

El Signo General se quedó un instante en silencio, aturdido.

—¿Veinte días? —repitió. Las ideas se atropellaban en su mente—. ¿Veinte? Oh, Dios mío.

Imaginó al ejército del Despreciativo avanzando treinta y cinco leguas en cinco días, y sintió que le invadía la cólera. Había calculado que recibiría noticias de los movimientos del Amo Execrable en un plazo de quince días. Había estudiado a los hombres de Ra y sabía la distancia que podía recorrer un Fustigador en un día. Rue debió haber sido capaz de llegar a Piedra Deleitosa en quince días.

Se había equivocado cinco días en su cálculo. Cinco días menos para recorrer más de trescientas leguas... Y el ejército del Amo Execrable llegaría a las Llanuras Centrales en sólo diez días.

Sin saber cómo había adoptado aquella postura, se encontró sentado y con el rostro oculto entre las manos, como si no soportara contemplar las ruinas de su minuciosa estrategia. Aturdido, se dio cuenta de que había acertado en una cosa: la llamada a Covenant había coincidido con la salida del ejército enemigo. Aquella estratagema había desencadenado el ataque del Despreciativo. ¿O acaso su efecto había sido el contrario? ¿Había previsto de algún modo el Amo Execrable la llamada?

Quiso preguntar a Rue, pero no podía concretar exactamente su pregunta.

—¿Cómo..., cómo...? —repitió estúpidamente.

—Sigue, te escucho —le dijo Rue quedamente.

Troy percibió una advertencia en su voz, el peligro de ofender su orgullo tras la extenuante experiencia que había sufrido. Alzó la cabeza y se enfrentó a ella. Rue le miraba ferozmente, y sus manos estaban en tensión, como si anhelara quitarse del pelo el cordón que era su arma de lucha. Pero Troy tenía que hacerle la pregunta, necesitaba asegurarse.

—¿Qué te ocurrió? ¿Por qué has tardado tanto en llegar?

—Me desvié de mi ruta —dijo ella entre dientes—, al norte del Llano de Saran.

—Dios mío —susurró Troy.

Sentía clavada en él la mirada de Rue y la de todos los presentes en el Cercado, pero no podía pensar, como si su cerebro se hubiera quedado inerte. El Amo Execrable se hallaba sólo a tres días de marcha del bosque de Morin.

La Fustigadora soltó un bufido de desdén y se volvió hacia el Ama Superior.

—¿Es éste el hombre que dirige a tus guerreros? —le preguntó agriamente.

—Perdónale, por favor —dijo Elena—. Hace poco que está en el Reino y, en algunos asuntos, no ve con claridad. Pero ha sido elegido por los Ranyhyn. Con el tiempo mostrará su verdadera valía.

Rue se encogió de hombros.

—¿Queréis hacerme más preguntas? —inquirió en tono de fatiga—. De lo contrario, os agradecería que pusierais fin a esta sesión.

—Ya nos has dicho lo suficiente. No tenemos más dudas sobre los movimientos del Amo Execrable, y puedo suponer la velocidad de su avance. Sólo queda una cuestión por aclarar, y se refiere a la composición del ejército enemigo. ¿Qué clase de seres lo componen?

—Ya me he referido al viento y la maldad que percibí en el aire y que mató a mis Cordones. Vi en el ejército ur-viles, Entes de la Caverna, una poderosa hueste de *kresh*, grandes animales semejantes a leones con alas, que pueden correr y volar, y muchas otras criaturas malignas. Sus formas son de perro, caballo o humanas, pero no son lo que parecen. Proyectan una gran maldad. Yo diría que son las mismas bestias y personas del Reino transformadas en seres malignos por el Barón del Colmillo.

—Eso es obra de la Piedra Illearth —murmuró el Ama Superior.

Pero la Fustigadora Rue no había terminado.

—Vi otra cosa. No puede confundirme, pues avanzaba cerca de la línea frontal, dirigiendo los movimientos de las hordas. Dominaba a las criaturas con una siniestra luz verde, y se hacía llamar Descuartizador. Era un Gigante.

Por un instante se hizo un denso silencio en el Cercado. Un súbito temor invadió a Troy. ¡Los Gigantes! ¿Ya los había conquistado el Amo Execrable?

Entonces se levantó el Primer Signo Morin.

—Imposible. Hermano piedra es otro nombre para indicar la lealtad y la fe. ¿Acaso deliras?

Al instante atronó en el recinto el clamoreo de los asistentes, protestando contra la sola idea de que un gigante pudiera pasarse a las filas del Despreciativo. Era una idea demasiado alocada para que pudieran admitirla, pues contradecía sus ideas fundamentales y les abocaba a la histeria. Los Puños Generales se pusieron lívidos, y varios de ellos hicieron oír su voz por encima del clamor general, afirmando que Rue

mentía. Dos Guardianes de Sangre repitieron la pregunta de Morin, en tono acusatorio, y dijeron que Rue estaba poseída por un Delirante. Hasta los Amos fueron presa de la confusión. Trevor y Loerya palidecieron de temor; Verement le gritó a Mhoram; Elena y Callindrill estaban conmocionados, y Amatin rompió a llorar.

La clara acústica del Cercado incrementaba los ruidos, los exacerbaba, hacía que las voces sonaran más desgarradoras. El pánico era ostensible en medio de aquel estruendo. Si los Gigantes podían ser manipulados de modo que sirvieran al Desprecio, ya no había nada seguro y la traición acechaba en todas partes. Hasta en los rasgos neutros de los Guardianes de Sangre parecía aflorar un rictus de consternación.

Pero a pesar de las protestas y los insultos, la Fustigadora Rue se mantuvo firme, con la cabeza alta, y la expresión de sus ojos era de orgullo y furor.

Un instante después Covenant se puso a su lado. Blandiendo los puños a la asamblea, habló a voz en grito.

—¡Maldita sea! ¿No podéis ver que está diciendo la verdad?

Su voz no tuvo efecto alguno, pero algo en su tono llamó la atención del Dagomán Quaan. El viejo veterano conocía bien a los hombres de Ra. Había conocido a Rue durante su juventud...

—¡Orden! —gritó Quaan, poniéndose en pie.

El reflejo de su adiestramiento militar hizo que los Puños Generales prestaran de inmediato atención.

Entonces el Ama Superior Elena pareció darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Reafirmó su dominio haciendo brotar una llamarada azulada de su Bastón y exclamó:

—¡Estoy avergonzada!

En el silencio que se hizo a continuación vibraba el miedo y la indignación, pero ella se mostró severa, como si algo precioso estuviera en peligro.

—*¡Melenkurion abatha!* ¿Es preciso que llegemos a esto? ¿Hemos de dejar que el miedo nos empequeñezca así? ¡Mirad! Mirad a Rue. Si no habéis escuchado la verdad en su voz, miradla ahora. Recordad vuestro Juramento de Paz y miradla. ¡Por los Siete! ¿Qué maldad veis en ella? No... No escucharé el argumento de que la maldad puede disimularse. Nos hallamos en el Cercado de Piedra Deleitosa. Éste es el Consejo de los Amos. Ningún Delirante puede inducir a falsedades y traiciones en este lugar. Si hubiera habido alguna maldad en la Fustigadora, la habríais descubierto.

Cuando vio que había dominado a la asamblea, continuó en un tono más sosegado.

—Amigos míos, no somos tan débiles como para dejarnos arrebatarse así. Desconozco el significado de las noticias que nos ha traído la Fustigadora Rue. Es posible que el Despreciativo haya capturado a un Gigante, manipulándole con el

poder de la Piedra Illearth. Tal vez pueda crear seres malignos con el aspecto que él desee y haya mostrado a Rue un falso Gigante, sabiendo el daño que nos haría conocer la traición de un Hermano piedra. Hemos de saber las respuestas a estos interrogantes. Pero aquí está ante nosotros la Fustigadora Rue, de los hombres de Ra, agotada por habernos prestado una ayuda inestimable. Limpiad vuestros corazones de todo pensamiento contra ella. No debemos cometer semejante injusticia.

—De acuerdo —dijo Troy, levantándose de su asiento. Su cerebro trabajaba de nuevo. Estaba avergonzado de su debilidad y, por extensión, avergonzado también de sus Puños Generales. Recordó tardíamente que los Amos Callindrill y Amatin habían sido incapaces de penetrar en el Llano de Saran, y, sin embargo, Rue había logrado cruzarlo, a fin de poder advertir a Piedra Deleitosa. Y no le gustaba pensar que Covenant se había comportado mejor que él—. Muy bien. —Miró directamente a la Fustigadora—. Rue, mis Puños Generales y yo te debemos una excusa. Mereces un mejor trato..., especialmente por nuestra parte. —Recalcó estas últimas palabras, dirigidas a sus hombres—. La guerra nos abruma con pesadas cargas, tanto si estamos preparados para ellas como si no.

Sin aguardar respuesta, se volvió hacia Quaan, y le dijo:

—Gracias, Dagomán, por haber conservado la cabeza fría en estos momentos. Procuremos que esto no vuelva a repetirse.

Troy se sentó de nuevo y se refugió tras sus gafas oscuras, intentando pensar en alguna manera de salvar sus planes de batalla.

—¡Descansad! —ordenó Quaan.

Los Puños Generales volvieron a sentarse. Lo ocurrido parecía avergonzarles, pero al mismo tiempo mostraban en sus semblantes más determinación que antes, como si el desagradable incidente les hubiera hecho tomar más conciencia de su papel como defensores del Reino. La Fustigadora Rue y Covenant estaban cabizbajos, fatigados, inclinados el uno hacia el otro como para apoyarse mutuamente. El Ama Superior comenzó a hablar, pero Rue la interrumpió.

—No quiero más disculpas —dijo en voz baja—. Dejadme, por favor. Necesito descansar.

Elena asintió tristemente.

—Ve en paz, Fustigadora Rue. Toda la hospitalidad que Piedra Deleitosa puede ofrecer es tuya durante todo el tiempo que desees estar entre nosotros. No consideramos a la ligera el servicio que nos has prestado. Pero, por favor, escúchame. Jamás hemos tomado a la ligera a esos bravos servidores del Reino, los hombres de Ra, y el valor que tienen los Ranyhyn es inconmensurable. No lo olvidamos. ¡Salve, Fustigadora! Que la suave *amanibhavam* nunca deje de florecer. ¡Salve, hombres de Ra! Que las Llanuras de Ra vibren siempre bajo vuestros pies. ¡Salve, Ranyhyn! Cola del Cielo, Crin del Mundo.

Una vez más, se inclinó ante Rue a la manera de los hombres de Ra.

La Fustigadora Rue devolvió el gesto y añadió el tradicional saludo de despedida. Llevándose la base de las palmas a la frente, se inclinó hacia adelante y extendió los brazos, como si descubriera su corazón. Los Amos respondieron al unísono, inclinándose ante ella. Luego Rue se volvió y empezó a caminar hacia las altas puertas. Covenant salió con ella caminando a su lado con vacilación, como si quisiera y temiera a la vez cogerla del brazo.

Al llegar a lo alto de las escaleras, se detuvieron e intercambiaron una mirada. Covenant estaba emocionado y le costaba hablar.

—¿Puedo hacer algo para que seas de nuevo la Alegre de otro tiempo?

—Eres joven y yo vieja. Este viaje me ha extenuado. No veré muchos veranos más. No puedes hacer nada.

—Mi tiempo tiene una velocidad diferente. No codicies mi vida.

—Eres Covenant, el Barón del Anillo. Tienes poder. ¿Por qué no habría de codiciar una vida como la tuya?

Covenant desvió la mirada. Tras una breve pausa, Rue prosiguió:

—Los Ranyhyn todavía aguardan tus órdenes. Nada ha terminado. Te sirvieron en el Monte Trueno y te servirán de nuevo, hasta que los liberes.

Cuando cruzó las puertas y se alejó de él, Covenant se quedó mirándose las manos, como si le doliera que estuvieran vacías.

Pero un instante después, se irguió y bajó las escaleras para tomar asiento de nuevo.

Durante algún tiempo, el Cercado estuvo sumido en el silencio. Los reunidos miraban a los Amos, y éstos permanecían sentados, concentrados, cada uno de ellos compartiendo con los demás su energía mental, a fin de fundir en una sola la determinación y la fuerza de todos. Esto ejerció un efecto balsámico en la asamblea. Formaba parte del misterio de los Amos, y todos los habitantes del Reino, tanto pedrarianos como fustarianos, confiaban en los Amos. Mientras el Consejo fuera capaz de aquella fusión y de mantener las riendas del poder, Piedra Deleitosa no carecería de esperanza. Incluso el Signo General Troy notó que aumentaba su ánimo gracias a aquella comunión que él no podía compartir.

Finalmente, el contacto se interrumpió con una crepitación casi audible por parte del Amo Verement, y el Ama Superior alzó la cabeza y se dirigió a la asamblea.

—Amigos míos, guerreros, servidores del Reino. Ha llegado el momento de tomar una decisión. Las deliberaciones y los preparativos tocan a su fin. La guerra se aproxima a nosotros, y hemos de salirle al encuentro. En estas circunstancias, el Signo General Hile Troy es quien debe decidir el curso de acción. Él mandará el Ala de Guerra, y le apoyaremos con todas nuestras fuerzas, como lo exijan las necesidades del Reino.

»Pero hay algo que debemos resolver primero... Se trata de ese Gigante llamado Descuartizador. Hemos de responder a los interrogantes que nos plantea.

—La Piedra no es una explicación satisfactoria —dijo ásperamente Verement—. Es insuficiente. Los Gigantes son fuertes..., sí, fuertes y prudentes. Resistirían la influencia de la Piedra o lograrían esquivarla.

—Estoy de acuerdo —dijo Loerya—. Los Gigantes de Límite del Mar comprenden el peligro de la Piedra Illearth. Es más fácil creer que han abandonado el Reino en busca de su hogar perdido.

—¿Sin las vetas oropelinas? —objetó Trevor, incómodo—. Eso es improbable. Y no responde a lo que vio Mhoram.

Los demás Amos se volvieron hacia el aludido, el cual, al cabo de un momento, dijo:

—No, no es lo que he visto. Recemos para que mi visión haya sido errónea..., o haya entendido erróneamente lo que he visto. Pero, para bien o para mal, por el momento no podemos hacer nada al respecto. Sabemos que Korik y los Amos Hyrim y Shetra harán cuanto puedan por los Gigantes. Y no podemos enviar a nadie más a Límite del Mar, para averiguar cómo ha sido posible que un Gigante se pasara al ejército del Execrable. Me dice el corazón que tendremos la respuesta antes de lo que todos nosotros deseáramos.

—Muy bien —dijo, suspirando, el Ama Superior—, tus palabras me resultan convincentes. Ahora, dividamos entre nosotros las cargas de esta guerra. —Miró a su alrededor, considerando las responsabilidades de las que podrían hacerse cargo cada uno de los miembros del Consejo. Luego dijo—: Amos Trevor y Loerya, os encargo la defensa de Piedra Deleitosa. Será vuestra tarea cuidar de todos aquéllos a los que esta guerra deje sin hogar, disponer aprovisionamientos y reforzar las defensas contra posibles asedios, y librar la última batalla del Reino si fracasamos. Escuchadme, amigos míos. Os doy una pesada carga. Es posible que quienes permanezcan aquí requieran al final más fuerza que los demás..., pues si caemos, deberéis luchar hasta el final sin rendiros a la desesperación. Estaréis en un aprieto como aquél que impulsó al Amo Superior Kevin a su Profanación. Confío en que resistiréis. El Reino no debe volver a sufrir semejante condenación.

A Troy le pareció acertada la elección de Elena. El Ama Loerya lucharía desmedidamente, sin tomar por ello ninguna decisión tan arriesgada que hiciera peligrar a sus hijas. Y el Amo Trevor se batiría con todas sus fuerzas, superándose a sí mismo, en la convicción de que no haría tanto como otros podían hacer. Los Amos aceptaron en silencio el encargo de Elena, la cual pasó a otra cosa.

—Tras la defensa de Piedra Deleitosa, debemos centrar nuestra preocupación en la Raat donde se enseña la Ciencia y en Fidelia. Es preciso que preservemos la Raat, y hemos de conservar Fidelia tanto tiempo como nos sea posible, como santuario de

los que hayan quedado sin hogar —hombres y bestias— y como señal de que en modo alguno nos inclinamos ante el Despreciativo. Es posible defender Fidelia en el Valle de los Dos Ríos, aunque no sea tarea fácil. Amos Callindrill y Amatin, sobre vuestros hombros hago recaer esta carga. Preservad Fidelia, de modo que el antiguo nombre de Kurash Plenethor, Piedra Herida, no se convierta en el nuevo nombre de nuestra promesa al Reino.

—Espera un momento —la interrumpió, vacilante, el Signo General Troy—. En ese caso, solamente quedan Mhoram y Verement para acompañarme. Creo que voy a necesitar más ayuda.

Elena reflexionó un instante, y luego dijo:

—Ama Amatin, ¿aceptarás tú sola la carga de Fidelia? Trevor y Loerya te prestarán toda la ayuda posible.

—Estamos en guerra —respondió sencillamente Amatin—. Es inútil protestar y aducir nuestra insuficiencia. He de aprender a ser suficiente. Los Guardianes de la ciencia me apoyarán.

—Serás suficiente —respondió el Ama Superior con una sonrisa—. Muy bien. Los Amos restantes, Callindrill, Verement, Mhoram y yo misma, marcharemos con el Ala de Guerra. He de referirme a otro par de cosas, y luego hablará el Signo General. Primer Signo Morin.

—Ama Superior... —dijo Morin, poniéndose en pie.

—Morin, eres el Primer Signo y mandarás la Escolta de Sangre, como requiere tu Voto. Por favor, asigna al Signo General Troy todos los Guardianes de Sangre que no sean imprescindibles para la defensa de Piedra Deleitosa.

—Sí, Ama Superior. Doscientos de ellos se pondrán al mando del Signo General.

—Está bien. Ahora he de encargarte otra tarea. Hay que enviar jinetes a todas las pedrarias y fustarias de las Llanuras Central y Meridional y las colinas situadas más allá. Hay que advertir a todos cuantos vivan a lo largo de la ruta que seguirá el Despreciativo, y ofrecerles refugio en Fidelia si deciden abandonar sus hogares. Y a los que habitan en el sur, por donde avanzará el Ala de Guerra, debe recabárseles ayuda, alimentos para los guerreros, de modo que puedan avanzar con más facilidad, llevando menos carga. Sólo la *alianta* sería insuficiente para tantos hombres.

—Así se hará. Los Guardianes de Sangre partirán antes de que se ponga la luna.

Elena hizo un gesto de aprobación.

—Nunca podremos dar suficientes gracias a la Escolta de Sangre. Dais un nuevo nombre a un servicio intachable. Mientras haya vida en el Reino, se os recordará por vuestra fidelidad.

El Primer Signo hizo una leve reverencia y se sentó.

El Ama Superior dejó el Bastón de la Ley sobre la mesa, ante ella, tomó asiento e hizo una seña al Signo General Troy. Éste aspiró hondo y se puso rígidamente en pie.

Aún no tenía una idea clara de cómo iba a modificar sus planes bélicos, pero dominaba de nuevo su situación. Volvía a pensar con claridad y, cuando empezó a hablar, nuevas ideas se sucedían ya en su mente.

—No voy a perder tiempo pidiendo excusas por haber sido el causante de la situación en la que nos encontramos. Mi estrategia se basaba en la idea de que recibiríamos noticias del camino que seguía el Execrable en un plazo de quince días. Ahora llevamos un retraso de cinco días.

»La mayoría de vosotros sabéis en general lo que había pensado. Por lo que he podido saber, los Antiguos Amos se enfrentaron con dos problemas en la lucha contra el Execrable... El simple desgaste de batallar continuamente desde el Declive del Reino y el terreno. Las Llanuras Centrales favorecen al ejército con más tropas de refresco y más voluminoso. Mi idea consistía en dejar que el Execrable avanzara hasta llegar a medio camino de aquí, y enfrentarnos a él en el extremo occidental del valle del Mithil, donde el río Mithil forma el borde meridional de Andelain. Luego nos retiraríamos hacia el sudoeste, atrayendo al Execrable para que nos siguiera hasta el otro lado del Retiro de la Perdición. En todas las leyendas ése es el lugar al que se dirigen los ejércitos cuando son mayores y más rápidos que el propio. El terreno, ese cuello de botella entre las montañas, ofrece una tremenda ventaja al bando que llegue allí primero, si llega a tiempo para atrincherarse antes de que se presente el enemigo.

»Bien, fue una buena idea. Pero ahora nos encontramos con una guerra diferente. Llevamos un retraso de cinco días. El Execrable atravesará el valle del Mithil dentro de diez días solamente, y se dirigirá hacia el norte, obligándonos a presentarle batalla siempre que lo desee en las Llanuras Centrales. Si hemos de retirarnos, acabaremos en Fidelia.

Se interrumpió un momento, casi esperando oír murmullos de consternación, pero la mayoría de los presentes se limitaban a mirarlo fijamente, y en los ojos de varios Amos podía leerse la confianza que depositaban en Troy. Aquella confianza le conmovió. Tuvo que tragar saliva antes de poder continuar.

—Todavía existe una forma de hacerlo, una sola. Va a ser muy difícil..., pero es posible.

Por un instante, no pudo proseguir. *Difícil* era una palabra demasiado suave para calificar lo que sus guerreros tendrían que soportar. ¿Cómo podría pedirles que lo hicieran, cuando él tenía la culpa del error de cálculo que ahora lo hacía necesario?

Pero Elena le miraba sin vacilación. Desde el principio, había apoyado el deseo de Troy de mandar el Ala de Guerra. Y ahora era el Signo General. Él, Hile Troy.

—He aquí lo que propongo —dijo al fin en un tono tenso, ante la dureza de lo que iba a pedir—. En primer lugar, sólo disponemos de nueve días. Puedo garantizar sin temor a equivocarme que el Execrable llegará al extremo occidental del valle del Mithil al terminar el noveno día a partir de hoy. Ésa es una de las ventajas que tiene

carecer de ojos. Puedo calcular cosas como ésta. ¿De acuerdo? Hemos de llegar allí antes que él y bloquear el valle.

»Morin, tus doscientos Guardianes de Sangre tienen que partir esta noche. Callindrill, tú irás con ellos. Montando los Ranyhyn podéis llegar allí en siete días. Tenéis que detener al Execrable allí mismo. Borillar, ¿cuántas de esas grandes balsas tienes en el lago?

—Tres, Signo General —respondió sorprendido el Guardahogar Borillar.

—¿Cuántos guerreros y caballos pueden transportar?

Borillar dirigió una mirada de impotencia a Quaan. El Dagomán replicó:

—Cada balsa transportará dos Eomanes y sus Puños de Guerra... Cuarenta y dos guerreros y caballos. Pero el hacinamiento será peligroso.

—Si van en una balsa hasta Andelain, ¿con qué prontitud puedes llevar a esos Eomanes al valle del Mithil?

—Si no surge ningún contratiempo..., en diez días. Podemos ahorrar cuatro días con el uso de las balsas.

—De acuerdo. Tenemos doce Eoalas montadas..., doscientos cuarenta Eomanes. Borillar, necesito ciento veinte balsas. Quaan, tú te encargarás de esta misión. Has de llevar a las doce Eoalas montadas, y a Verement, hasta el valle del Mithil, tan rápido como puedas, a fin de ayudar a Callindrill y a los Guardianes de Sangre para que impidan el paso del Execrable. Tienes que facilitarnos el tiempo que necesitamos. Manos a la obra.

El Dagomán Quaan dirigió unas palabras a sus Puños Generales, y doce de ellos salieron de sus filas y fueron tras él al exterior del Cercado. Borillar miró al Ama Superior con expresión indecisa, pero ella le hizo un gesto de asentimiento. Frotándose nerviosamente las manos, como para calentarlas, Borillar abandonó la cámara con todos los *lillianrill*.

—En segundo lugar —dijo Troy—, el resto del Ala de Guerra se dirigirá directamente hacia el sur, hasta el Retiro de la Perdición. La distancia desde aquí es algo inferior a trescientas leguas. —Ordenó a los restantes Puños Generales que se pusieran en pie y se dirigió directamente a ellos—. Creo que debéis explicar esto a los hombres bajo vuestro mando. Hemos de llegar al Retiro de la Perdición en veintiocho días, y eso sólo es suficiente si el Dagomán puede hacer todo lo que pienso encargarle. Decid a vuestra Eoala... Diez leguas al día. Esta será la parte más fácil de la guerra.

En el fondo de su mente, pensaba en lo que suponía un viaje a razón de diez leguas diarias durante veintiocho días. ¡Dios Santo! La mitad de ellos habrían muerto antes de que llegaran a las Llanuras Meridionales.

Observó un momento a los Puños Generales, tratando de juzgar su temple.

—Primer Puño General Amorine —dijo al fin.

La aludida dio un paso adelante y respondió:

—Signo General...

Era una mujer de baja estatura, gruesa y malhumorada, con unas facciones toscas que parecían haber sido moldeadas en una arcilla demasiado dura y seca para un trabajo detallado. Pero era una avezada veterana del Ala de Guerra, una de las pocas supervivientes del Eoman que Quaan había mandado durante la Indagación del Bastón de la Ley.

—Prepara el Ala de Guerra. Partiremos al alba. Presta especial atención a los pertrechos. Haz que sean lo más livianos posible. Utiliza el resto de los caballos como animales de tiro, si es preciso. Si no llegamos a tiempo al Retiro de la Perdición, los últimos centenares de caballos serán inútiles para Piedra Deleitosa. Ya puedes empezar a trabajar.

La Primer Puño General Amorine dio una severa orden a los Puños de Guerra. Tras saludar a los Amos, todos salieron del Cercado tras ella.

Troy les observó hasta que se hubieron ido y las puertas se cerraron tras ellos. Entonces se volvió hacia la Ama Superior. Haciendo un esfuerzo, se obligó a decir:

—Sabéis que nunca hasta ahora había dirigido una guerra. La verdad es que jamás he mandado en nada. Todo cuanto sé es pura teoría..., no son más que ejercicios mentales. Depositáis mucha fe en mí.

Si Elena juzgó importante lo que Troy decía, no lo demostró en su expresión.

—No temas, Signo General —replicó con firmeza—. Sabemos lo valioso que eres para el Reino. No nos has dado motivo alguno para dudar de que darte el mando es lo más acertado.

Emocionado y lleno de gratitud, Troy saludó, se sentó y apoyó los brazos en la mesa, para evitar los temblores que le acometían.

Un momento después, el Ama Superior Elena se dirigió al resto de la asamblea.

—Oh, amigos míos, hay mucho que hacer, y la noche será demasiado corta para nuestras necesidades. Éste no es el momento de largos discursos ni exhortaciones. Pongámonos a trabajar en seguida. Al alba hablaré a los habitantes de las Defensas y al Ala de Guerra. Guardahogar Tohrm.

—Ama Superior... —respondió Tohrm con viveza.

—Creo que hay formas para lograr que las balsas sean más estables y seguras para los caballos. Por favor, hazlo. Y envía a los hombres de los que puedas prescindir para que ayuden al Guardahogar Borillar en la construcción.

»Amigos míos, la guerra se aproxima. Dedicad ahora todas vuestras energías al Reino. Si la carne mortal es capaz de vencer a las fuerzas malignas, hemos de vencer. —Se irguió y blandió el Bastón—. No desmayéis. Soy Elena, hija de Lena, Ama Superior por elección del Consejo y poseedora del Bastón de la Ley. Mi voluntad ordena. Hablo en presencia de Piedra Deleitosa.

Haciendo una reverencia a la asamblea, salió del Cercado por una de las puertas privadas, seguida por los demás Amos.

La cámara se vació rápidamente mientras la gente se apresuraba hacia sus tareas. Troy se levantó y empezó a andar en dirección a las escaleras, pero Covenant se le acercó.

—La verdad —le dijo como si le revelara un secreto—, es que no tienen fe en ti, como tampoco la tienen en mí. El estudiante que te convocó fue la persona en la que depositaron su fe.

—Estoy ocupado —replicó rígidamente Troy—. Tengo cosas que hacer. Déjame ir.

—¡Escucha! —le exigió Covenant—. Intento advertirte, si eres capaz de oírme, porque también te sucederá a ti. Uno de estos días te quedarás sin gente que puso todo su empeño en hacer que tus ideas funcionaran, y entonces verás que les hiciste sufrir por nada. Marchas de trescientas leguas, bloqueo de valles... Tus ideas. Puestas en práctica y desperdiciadas. Toda tu exquisita táctica no valdrá un bledo.

»Ah, Troy —dijo exhalando un suspiro de cansancio—. Toda esta responsabilidad va a hacer de ti otro Kevin Arrasatierra.

En lugar de enfrentarse a la rígida expresión de Troy, dio media vuelta y salió del Cercado como si apenas supiera o le preocupara adonde se dirigía.

XII

HACIA LA GUERRA



oco antes del alba, Troy, montado en su caballo, cruzó las puertas de Piedra Deleitosa y emprendió la marcha hacia el lago situado al pie de los Saltos Aferrados. Las últimas sombras de la noche impedían su visión mental y avanzaba a ciegas, como si estuviera envuelto por una espesa niebla. Apenas podía discernir las orejas de su montura, pero no corría peligro, pues montaba a Mehryl, el Ranyhyn que le había elegido para que lo montara. Pero mientras trotaba hacia el oeste, bajo la alta muralla meridional de las Defensas, su aspecto era frágil, como el de un hombre que tratara de mantenerse en equilibrio sobre una rama de árbol demasiado corta. Había pasado buena parte de la noche revisando las decisiones que había tomado durante el consejo de guerra, y le asustaban. El camino por el que había encarrilado a los Amos y el Ala de guerra era tan estrecho y fatídico como una cuerda floja en movimiento.

Pero no tenía otra alternativa. O bien seguía adelante, o renunciaba a su cargo, dejando la guerra en manos de Quaan, valeroso pero poco imaginativo. Por ello no vaciló, a pesar de la inquietud que sentía. Quería mostrar a todo el Reino que si era el Signo General, lo era por una buena razón.

El tiempo apremiaba. El Ala de guerra debía ponerse en marcha hacia el sur lo antes posible. Confiaba, pues, en que el Ranyhyn le conduciría a través de su niebla interior. Dejando que Mehryl eligiera su camino, se apresuró hacia el lago donde estaban construyendo las balsas.

Antes de rodear la última estribación, pasó entre filas desperdigadas de guerreros que sujetaban caballos. Hombres y mujeres le saludaban al pasar, pero él no reconocía a ninguno de ellos. Alzaba la mano derecha para responder al saludo y seguía cabalgando sin hablar por el concurrido camino. Si su estrategia fracasaba, aquellos guerreros, y los doscientos Guardianes de Sangre que ya habían seguido a Callindrill hacia el valle del Mithil, serían los primeros en pagar por su error.

Supo que había llegado al lago por el fragor de los Saltos y los ruidos de los que construían las balsas, y saltó inmediatamente del lomo de Mehryl. La primera figura borrosa que se acercó a él recibió la orden de ir en busca del Dagomán Quaan. Poco después, la robusta forma de Quaan salió de la niebla, acompañado de un hombre delgado que sostenía un bastón, el Amo Verement. Troy se dirigió directamente al Dagomán, pues le incomodaba dar órdenes a un Amo.

—¿Cuántas balsas están preparadas?

—Hay tres y otras veinte en el agua a las que sólo falta dar los últimos toques. A cinco les faltan todavía los timones de *rhadhamaerl*, pero esa tarea se habrá completado cuando salga el sol.

—¿Y el resto?

—El Guardahogar Borillar y los constructores de las balsas han prometido que ciento veinte más estarán terminadas al alba de mañana.

—¡Maldición! Otro día perdido. No podemos esperar a que estén completadas todas las balsas, pues el Amo Callindrill necesita ayuda de inmediato. —Hizo un rápido cálculo y prosiguió—: Envía las balsas río abajo, en grupos, dos Eomanes cada vez. Si surge algún problema, quiero que sean capaces de defenderse por sí mismos. Tú irás primero. Amo Verement, ¿irás con Quaan?

Verement hizo un brusco gesto de asentimiento.

—Muy bien. Ahora, Quaan, haz que tu grupo se ponga en marcha sin más dilación. Coloca a quién te parezca mejor al mando de la otra Eoala. Diles que te sigan en cuanto haya otras veinte balsas disponibles. Encárgate de que los guerreros que saldrán en último lugar procuren ayudar a los constructores de las balsas, acelerando el trabajo.

El sol empezaba a salir y la niebla mental de Troy se iba disipando. El rudo rostro de Quaan, al que la edad había surcado de arrugas, aparecía ahora con nitidez ante él, y Troy guardó silencio un instante, un poco consternado por lo que le estaba pidiendo a su amigo. Luego meneó la cabeza con brusquedad y se obligó a continuar.

—Quaan, te ha tocado el peor trabajo de todo este maldito asunto. A ti y a esos Guardianes de Sangre que acompañan a Callindrill. Tenéis que lograr que mi plan salga bien.

—Si puede hacerse, lo haremos.

Aunque estas palabras pudieran parecer ligeras, Quaan estaba familiarizado con empresas difíciles, desesperadas, y esta experiencia daba a su voz un tono convincente.

—Tenéis que retener al ejército del Execrable en ese valle —siguió diciendo apresuradamente Troy—. Incluso cuando todas tus fuerzas estén allí, os superarán en número en la proporción de diez a uno. Tienes que retenerle y conservar con vida suficientes fuerzas para obligarle a ir hasta el Retiro de la Perdición.

—Comprendo.

—No, no comprendes. Todavía no te he dicho lo peor. Has de retener al Execrable durante ocho días.

—¿Ocho días? —dijo bruscamente Verement—. ¡Bromeas!

Troy hizo un esfuerzo para dominarse.

—No, tú mismo puedes echar la cuenta. Hemos de recorrer la larga distancia que nos separa del Retiro de la Perdición. Necesitamos ese tiempo para llegar allí. Ocho

días apenas serán suficientes para tomar posiciones.

—Pides demasiado —dijo lentamente Quaan.

—Tú eres el hombre que puede hacerlo —replicó Troy—, y la verdad es que, en una situación así, los guerreros te seguirán de mejor grado que lo harían conmigo. Dos Amos colaborarán contigo, más todos los Guardianes de Sangre que no han ido con Callindrill. Nadie más puede ocupar tu lugar.

Quaan guardó silencio. Pese a la impresión de firmeza que daban sus hombros cuadrados, parecía vacilar. Troy se inclinó hacia él, para que el ruido de los Saltos Aferrados no apagara su voz, y le susurró:

—Dagomán, si haces lo que te pido, juro que ganaremos esta guerra.

—¿Juras? —intervino de nuevo Verement—. ¿Sabe el Despreciativo que le comprometes con tus juramentos?

Troy hizo caso omiso de la observación del Amo.

—Lo digo en serio. Si me procuras esa oportunidad de presentar batalla como es debido, no la desperdiciaré.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Quaan; era un signo que indicaba su disposición para iniciar la guerra.

—Lo sé. Amarga fue mi experiencia cuando la demostración de tu habilidad te valió el mando del Ala de Guerra que ostentaba yo. Signo General, dispondrás de esos ocho días si ello está dentro del alcance de las posibilidades humanas.

—¡Muy bien! —La promesa de Quaan dio a Troy una vaga sensación de alivio, como si ya no estuviera solo, en precario equilibrio sobre su corta rama—. Ahora, veamos. Cuando atraigas al Execrable al valle del Mithil, lo que tienes que hacer es obligarle a ir hacia el sur. Haz que se adentre en las colinas meridionales, cuanto más lejos mejor. Mantén el valle cerrado hasta que haya suficientes fuerzas de su ejército en las colinas para atacarte desde ese lado. Entonces dirígete a toda prisa directamente hacia el Retiro de la Perdición.

—Eso será costoso.

—No tanto como permitir que ese ejército vaya hacia el norte cuando nosotros estamos en el sur. —Quaan asintió sobriamente y Troy prosiguió—: Y no tan costoso como dejar que el Execrable llegue al Retiro antes que nosotros. Hemos de impedir eso a toda costa. Si no puedes retenerle durante ocho días, tendrás que suponer dónde nos encontramos y dirigirle hacia nosotros en vez de hacerlo al Retiro. Nosotros intentaremos atraerle hacia el sur cuando le tengamos a nuestro alcance.

Quaan asintió de nuevo, y las líneas de su rostro se hicieron más marcadas. Troy intentó tranquilizarle.

—Naturalmente, sería mucho mejor que tú le derrotaras y nos ahorraras las dificultades.

El Dagomán empezó a replicar, pero el Amo Verement le interrumpió.

—Si ése es tu deseo, deberías elegir a alguien más que un viejo guerrero y un Amo sin Ranyhyn para cumplir tus órdenes.

Troy estaba a punto de responder cuando oyó ruido de cascos que llegaban hacia él desde la dirección de Piedra Deleitosa. Ahora el sol había empezado a alzarse, la luz danzaba en el agua azul que se despeñaba desde lo alto de los Saltos y la niebla que envolvía su visión casi se había desvanecido. Al volverse, pudo ver al Guardián de Sangre Ruel que cabalgaba hacia él.

Ruel detuvo a su Ranyhyn con un toque de su mano y, sin desmontar, dijo:

—Signo General, el Ala de Guerra está preparada. El Ama Superior Elena te aguarda.

—Ahora voy —dijo Troy, y se volvió de nuevo hacia Quaan. Por un instante, la mirada del Dagomán sostuvo con firmeza la suya. Dividido entre el afecto y la resolución, musitó—: Juro que me haré merecedor de lo que haces por mí.

Subió a lomos de Mehryl y se alejó.

Su movimiento fue tan rápido que casi tropezó con la fustigadora Rue, la cual se hallaba a corta distancia, contemplando a Mehryl como si esperase descubrir que Troy había lesionado al Ranyhyn. La montura se dirigió directamente hacia Rue, pero ella se hizo a un lado al mismo tiempo que Troy detenía al Ranyhyn. La presencia de Rue le sorprendió. La saludó y luego esperó a que hablara. Pensó que aquella mujer merecía toda la cortesía que pudiera ofrecerle.

Rue acarició el morro de Mehryl, hablando mientras lo hacía, como si explicara algo.

—Ya he cumplido con mi parte en vuestra guerra. No haré nada más. Soy vieja y necesito descanso. Iré en vuestras balsas a Andelain y desde allí volveré sola a mi hogar.

—Muy bien.

No podía negarle su permiso para que viajara en una balsa, pero percibía que aquellas palabras sólo eran un preámbulo de lo que Rue quería decir. Tras una pausa, ella prosiguió:

—Esto ya no me servirá para nada. —Con un brusco movimiento, se quitó el cordón del cabello, vaciló un momento y luego se lo ofreció a Troy—. Toma, que haya paz entre nosotros.

Troy aceptó el cordón en silencio, pues no pudo encontrar ninguna respuesta adecuada, pero sintiendo una punzada de remordimiento, como si fuese indigno de aquel regalo. Se lo anudó al cinto y luego hizo una reverencia lo más aproximada posible al saludo de los hombres de Ra.

Ella se inclinó a su vez y le hizo un gesto para que se marchara. Pero apenas Troy se había alejado unos pasos, cuando Rue le llamó.

—Dile a Covenant, Barón del Anillo, que debe derrotar al Barón del Colmillo.

Los Ranyhyn se encabritaron ante él. Le necesitan, y no debe permitir que caigan bajo el Execrable.

Dichas estas palabras, Rue desapareció en la niebla.

La mención de Covenant dejó un regusto amargo en el Signo General, pero hizo un esfuerzo para superarlo. Con Ruel al lado, dejó a Quaan, que estaba dando órdenes, y emprendió con Mehryl un trote rápido por el camino que conducía a las puertas de Piedra Deleitosa. La luz del sol le permitía ya ver con absoluta claridad. Pronto apareció el gran muro labrado de la fortaleza, a la que la nueva luz hacía brillar con un resplandor que hizo sentirse a Troy a la vez empequeñecido y lleno de resolución. Comprendió hasta qué punto estaba dispuesto a sacrificarse por el Reino, y sólo podía confiar en que cuanto él podía ofrecer fuera suficiente.

Había una sola cosa que no podía perdonarle a Covenant, y era la negativa del Incrédulo a luchar.

Coronó al fin la última elevación del camino y halló a los Amos reunidos ante las puertas, por encima de las tropas alineadas del Ala de Guerra.

La visión de las tropas le hizo sentir una oleada de orgullo. Aquel ejército era suyo, una herramienta creada por él mismo, un arma que él había afilado y sabía cómo usarla. Cada guerrero estaba en su lugar dentro de cada Eoman; cada Eoman mantenía su posición alrededor del ondulante estandarte de su Eoala; y las treinta y ocho Eoalas se extendían al pie de las Defensas de los Amos como un manto humano. Más de quince mil petos metálicos reflejaban la luz del sol.

Todos los guerreros estaban en pie excepto los Puños Generales y una tercera parte de los Puños de Guerra. Estos oficiales estaban montados para llevar los estandartes y los timbales, así como para transmitir mensajes y órdenes dentro del Ala de Guerra. Troy era muy consciente de que lo único que le faltaba a su ejército era algún medio de comunicación instantánea. Sin ese recurso se sentía más vulnerable de lo que estaba dispuesto a admitir. Para compensar esta carencia había organizado una red de jinetes que podían trasladarse de un lugar a otro durante la batalla. También había adiestrado a sus oficiales para que usaran complejos códigos de señales, luces y banderas, de modo que, al menos bajo ciertas circunstancias, los mensajes pudieran transmitirse visualmente. Pero no estaba satisfecho. Miles y miles de vidas dependían de él. Al mirar de nuevo las tropas bajo su mando acudió a su mente la imagen de la rama de árbol, sobre la que se sostenía en precario equilibrio, y ahora parecía que el viento la agitaba.

Se apartó del Ala de Guerra y examinó a las fuerzas montadas ante las puertas. Sólo faltaban Trevor y Loerya. Los Amos Amatin y Mhoram estaban allí, con veinte Guardianes de Sangre, unos cuantos Estigmatizados y Gravanélicos, todos los Guardianes de la Ciencia que estaban de paso en las Defensas y el Primer Puño Amorine. Covenant montaba un potro de Piedra Deleitosa, con una silla de montar de

clingor, y a su lado se hallaba el Ama Superior. Myrha, su yegua Ranyhyn dorada, la hacía parecer más que nunca una heroína, una figura noble como la reina legendaria por la que Berek había librado su gran guerra.

Se inclinaba hacia Covenant, escuchándole con interés, casi con deferencia. Troy se sintió molesto. Sus propios sentimientos hacia el Ama Superior eran confusos: no podía situarlos bajo claras categorías. Era el Ama que le había enseñado el significado de la vista. Y cuando aprendió a ver le mostró el Reino. Fue una experiencia tan dulce que siempre pensaba en Elena y el Reino como si fueran lo mismo, como si ella lo resumiera. Cuando comprendió el peligro que corría el Reino y empezó a buscar la forma en que podría servirlo, fue Elena quien alentó sus ideas, quien reconoció el valor potencial de sus capacidades tácticas y depositó su fe en ellas; ella dio a la voz de Troy el poder del mando. Gracias a ella ahora daba órdenes que entrañaban un gran riesgo y dirigía al Ala de Guerra para luchar por una causa en cuyo servicio no le importaría morir.

Sin embargo, Covenant parecía insensible, inmune a Elena. Tenía un aura de fatigada amargura. La barba ensombrecía su rostro, como una afirmación más de su incredulidad radical. Tenía el aspecto de un incrédulo, un infiel. Y su presencia parecía degradar al Ama Superior, empañar su belleza semejante a la del Reino.

Diversos pensamientos amargos cruzaron por la mente de Troy, pero uno se impuso a los demás. Todavía había algo que debía decirle a Covenant, no porque éste quisiera o pudiera aprovecharse de ello, sino porque él, Troy, no quería que hubiese duda alguna en la mente de Covenant.

El Signo General esperó hasta que Elena se alejó para hablar con Mhoram. Entonces Troy se acercó con Mehryl al lado de Covenant, y le habló bruscamente, sin preámbulos.

—Tengo algo que decirte antes de que partamos. Quiero que sepas que hablé contra ti en el Consejo. Les dije lo que le hiciste a la hija de Trell.

Covenant enarcó una ceja y permaneció un momento en silencio. Luego dijo:

—Y entonces descubriste que ya lo sabían.

—Así es. —Por un instante, se preguntó cómo lo sabía Covenant. Luego prosiguió—: Entonces exigí que me hicieran saber por qué te toleran. Les dije que no podían permitirse desperdiciar su tiempo y su energía rehabilitando gente como tú cuando ya tienen bastantes preocupaciones con el Execrable.

—¿Y qué dijeron?

—Te disculparon. Me dijeron que no todos los delitos son cometidos por personas malvadas, y que a veces un buen hombre hace mal a causa del dolor que le embarga. Como Trell. Y Mhoram me dijo que la hoja de tu incredulidad es de doble filo.

—¿Y eso te sorprende?

—¡Sí! Les dije...

—Deberías haberlo esperado. ¿O para qué crees que sirve su Juramento de Paz? Es un compromiso para perdonar a los leprosos... a Kevin y a Trel. Como si el perdón no fuera lo único que nunca puede servir de nada a leprosos ni criminales.

Troy miró el rostro triste y enflaquecido de Covenant. El tono del Incrédulo le confundía. Las palabras parecían amargas, incluso cínicas, pero tras ellas había un timbre de dolor, como si se juzgara a sí mismo, algo que sorprendía a Troy. Una vez más se sintió dividido entre la cólera por la absurda testarudez del Incrédulo y la perplejidad por lo extenso que era el daño sufrido por Covenant. Una oscura vergüenza le hizo sentir que debería disculparse, pero no podía llegar hasta ese extremo. Suspiró, renunciando a resolver su dilema.

—Mhoram también sugirió que debería tener paciencia contigo. Paciencia... Ojalá la tuviera. Pero el hecho es...

—Lo sé —murmuró Covenant—. El hecho es que estás empezando a descubrir lo terrible que es toda esta responsabilidad. Avísame cuando empieces a sentir el peso del fracaso. Nos compadeceremos juntos.

Troy se sintió herido por aquellas palabras y replicó bruscamente:

—¡No fracasaré!

Covenant hizo una mueca ambigua.

—Entonces, avísame cuando tengas éxito, y me congratularé contigo.

Troy hizo un esfuerzo para reprimir su ira. No estaba de humor para mostrarse tolerante con Covenant, pero por su propio bien —y por el de Elena— más que por el Incrédulo, le dijo:

—Covenant, la verdad es que no comprendo cuál es tu problema. Pero si alguna vez hay algo que pueda hacer por ti, lo haré.

Covenant desvió la mirada y musitó con sarcasmo:

—Probablemente lo necesitaré.

Troy se encogió de hombros. Dio una palmada a Mehryl para que avanzara hacia el Primer Puño Amorine, pero entonces vio al Guardahogar Tohrm que se dirigía rápidamente hacia ellos desde la puerta de las Defensas. Detuvo a Mehryl y esperó al Gravanélico.

Cuando Tohrm se encontró entre las dos monturas, saludó a ambos hombres y luego se volvió a Covenant. La seriedad velaba ahora su expresión casi siempre jovial.

—¿Puedo hablarte, ur-Amo? —le preguntó.

Covenant le dirigió una severa mirada, pero no podía negarse a escucharle.

Tras una breve pausa, habló Tohrm:

—Pronto partirás de Piedra Deleitosa, y es posible que transcurran otros cuarenta años antes de que regreses de nuevo. Quizá yo viva otros cuarenta años, pero es una posibilidad incierta, y aún estoy en deuda contigo, ur-Amo Covenant. ¿Puedo hacerte

un regalo?

Buscó entre los pliegues de su túnica y sacó una piedra suave, irregular, no mayor que la palma de su mano. Su aspecto asombró al Signo General. Daba la impresión de que era transparente, pero no podía ver a su través; parecía abrirse a unas invisibles profundidades, como un hoyo en el tejido visible de la mano de Tohrm, el aire y el suelo.

—¿Qué es esto? —le preguntó Covenant, sorprendido.

—Es *orcrest*, uno de los escasos fragmentos de la Piedra Única que se halla en el corazón de la Tierra. Abunda en su interior el Poder de la Tierra, y puede ser útil de muchas maneras. ¿Quieres aceptarla?

Covenant miró el *orcrest* como si hubiera algo cruel en el ofrecimiento de Tohrm.

—No lo quiero.

—No te lo ofrezco porque lo necesites —dijo Tohrm—. Ya tienes el oro blanco y no necesitas mis regalos. No, te lo ofrezco por respeto a mi viejo amigo Birinair, a quien liberaste del fuego que le consumía. Te lo ofrezco como agradecimiento por una hazaña valiente.

—¿Valiente? —musitó Covenant con voz apagada—. No lo hice por él. ¿No lo sabías?

—Tu mano realizó la hazaña. Nadie en el Reino hubiera podido hacer tal cosa. ¿Querrás aceptarlo?

Lentamente, Covenant extendió la mano y cogió la piedra. Al apretarla en la mano cambió de color, reflejando el brillo plateado del anillo. Covenant, al verlo, se guardó rápidamente la piedra en el bolsillo de sus pantalones. Luego se aclaró la garganta y dijo:

—Si tengo..., si tengo oportunidad, te la devolveré.

Tohrm sonrió.

—La cortesía es como beber en un arroyo de montaña. Ur-Amo, tengo la impresión de que tras la severidad que te da ese ceño fruncido, eres un hombre extrañamente cortés.

—Me estás tomando el pelo —replicó Covenant sobriamente.

El Guardahogar se echó a reír como si hubiera dicho algo gracioso. Luego se alejó con vivo paso para volver al interior de las Defensas.

El Signo General Troy estaba sombrío. Todo el mundo en Piedra Deleitosa parecía ver algo en Covenant que él no podía percibir. A fin de rechazar esa idea, indujo a Mehryl a un trote que le alejó de Covenant, en dirección a su ejército.

El Primer Puño Amorine se reunió con él un poco más abajo de la colina, y pasaron algún tiempo hablando con los Puños de Guerra montados que transportaban los tambores. Troy les explicó uno a uno el ritmo que quería que establecieran con sus redobles, y se aseguró de que lo sabían de memoria. Era más rápido que el toque

al que los había adiestrado, y no quería que el ejército se rezagara. En el fondo de su mente, le irritaba el retraso de la partida. El sol ya estaba muy alto. El Ala de Guerra casi había perdido las primeras horas de la mañana.

Troy estaba hablando del terreno con su Primer Puño cuando entre las filas del ejército se extendió un murmullo. Todos los guerreros se volvieron hacia las grandes Defensas. Al fin habían llegado los Amos Trevor y Loerya. Estaban en lo alto de la torre que defendía las puertas de Piedra Deleitosa. Sostenían entre ellos un bulto de paño azul. Mientras los Amos ocupaban sus lugares, los habitantes de las Defensas comenzaron a aparecer en el muro sur. Ocuparon en seguida balcones y baluartes, llenaron las ventanas y se agolparon en el borde de la meseta. Había expectación en sus voces.

El Signo General Hile Troy dejó a Amorine con el ejército y subió de nuevo por la colina para ocupar su lugar entre los Amos, mientras Trevor y Loerya se afanaban alrededor del mástil en lo alto de la torre. Troy empezó a sentir de repente que la sangre le bullía con deseos de acción, quería lanzar algún grito de guerra, arrojar un fiero desafío al Despreciativo.

Cuando Trevor y Loerya hubieron terminado, hicieron una señal al Ama Superior Elena. Ésta espoleó a Myrha con los talones y se alejó al galope de sus compañeros montados. Se detuvo a corta distancia, entre la muralla de las Defensas y el cuerpo principal del Ala de Guerra. Haciendo girar a Myrha en un apretado círculo, con el Bastón de la Ley alzado sobre su cabeza, gritó a los guerreros y los habitantes de Piedra Deleitosa:

—¡Salve!

Su grito resonó en la muralla como un clarín, y le respondió una miríada de voces agudas y vibrantes.

—¡Salve!

—¡Amigos míos, gentes del Reino! Ha llegado el momento. La guerra se aproxima y vamos a su encuentro. ¡Escuchadme todos! Soy el Ama Superior, poseedora del Bastón de la Ley, y he jurado dedicarme al servicio del Reino. Por mi voluntad marchamos para presentar batalla al Asesino Gris, para oponer nuestra fuerza contra la suya por el bien de la Tierra. ¡Escuchadme! Soy yo, Elena, hija de Lena, quien dice: ¡No temáis! Mantened fuerte el corazón y audaz la mano. Si tenemos poder para ello, ¡venceremos!

Mientras mantenía en alto el Bastón, la iluminaron los rayos del sol temprano. Su cabello brilló como una guirnalda de oro. Montada a lomos del Ranyhyn parecía un ofrecimiento al sol. Por un instante, dio la sensación de ser la víctima de un sacrificio, y a Troy casi le sofocó el temor a perderla. Pero su voz no denotaba sacrificio alguno al dirigirse a las gentes de Piedra Deleitosa.

—No os confundáis. El peligro es grave, el más grave de nuestro tiempo. Es

posible que se pierda para siempre cuanto hemos visto, oído o sentido. Si hemos de seguir viviendo, si el Reino ha de perseverar, hemos de conquistar esa vida al Despreciativo. Es una tarea que no pudieron realizar los Antiguos Amos que nos precedieron.

»¡Pero yo os digo que no temáis! La próxima batalla es nuestra mayor prueba, la medida de nuestra alma. Es nuestra oportunidad para repudiar totalmente la Profanación que destruye cuanto ama. Es nuestra oportunidad para extraer valor, servicio y fe de la misma roca de la condenación. Aun cuando caigamos, no desesperaremos.

»Sin embargo, creo que no fracasaremos. —Cogió el Bastón con una mano y lo arrojó hacia el cielo. Una llama azulada brotó de su extremo.

—¡Oídmelos todos! —exclamó—. ¡Escuchad la Dedicación en Tiempo de Guerra!

Entonces comenzó a entonar una canción que parecía vibrar como los redobles de los tambores.

*¡Amigos! ¡Camaradas!
¡Orgullosas gentes del Reino!
Estamos ya en guerra;
sangre, dolor y muerte nos acechan.
Juntos sufriremos la prueba de la muerte.
¡Amigos y camaradas!
¡Recordad la Paz!
Repetid el Juramento con cada aliento.
Hasta el final y la liberación del Tiempo,
no aportaremos furia o desespero,
pasión u odio, desprecio o matanza,
no caeremos en la Profanación,
al servicio del Reino.
Luchamos para reparar y fortalecer,
para librar la Tierra del aborrecimiento;
por la salud, el hogar, la madera y la piedra,
por el florecer fragante y el brillo de la belleza,
para que no fluya la maldad por nuestros ríos.
Y no cejaremos, no bajaremos la cabeza
ni morderemos el polvo y la ceniza,
no perderemos la fe, el valor y la esperanza.
Lucharemos hasta limpiar el Reino,
hasta que no haya en él maldad y dolor
y hayamos cumplido nuestras promesas.
¡No dejemos que nada nos desespere!*

*No cedamos por grande que sea el mal.
¡Recordad la paz! ¡Desafiad a la muerte!
¡Somos los orgullosos preservadores del Reino!*

Cuando Elena finalizó su canción, hizo girar a Myrha, encarándola hacia la atalaya. Del Bastón de la Ley surgió una llama crepitante, como un relámpago con muchas ramificaciones. Al ver esta señal, el Ama Loerya arrojó el bulto al aire, y el Amo Trevor tiró fuertemente de las cuerdas del mástil. La desafiante bandera de guerra de Piedra Deleitosa se abrió y flameó con el viento de la montaña. Era una enorme oriflama, el doble de alta que los Amos que la habían izado, y su color era azul claro, el color del Ama Superior, cruzada por una línea de un negro intenso. Mientras ondeaba, gritos de júbilo se alzaron del Ala de Guerra, pronto repetidos por los habitantes de Piedra Deleitosa.

Por un momento, el Ama Superior Elena mantuvo el Bastón en llamas. Luego acalló su exhibición de poder. Cuando cesó el griterío, miró al grupo de jinetes y exclamó con firmeza:

—¡Signo General Hile Troy! ¡Pongámonos en marcha!

Troy se dirigió en seguida, a lomos de Mehryl, hacia el Ala de Guerra. Cuando estuvo solo ante los jinetes, saludó a su segundo jefe y dijo suavemente, para dominar su excitación:

—Primer Puño Amorine, puedes empezar.

Amorine respondió a su saludo y dirigió su montura hacia el ejército.

—¡Ala de Guerra! —gritó—. ¡Preparados!

Todos los guerreros callaron y prestaron atención.

—¡Tambores preparados!

Los tamborileros alzaron sus palillos. Cuando el Ama levantó el puño, empezaron los redobles, tocando juntos el ritmo que Troy les había enseñado.

—¡Adelante, guerreros!

El Ama bajó el puño mientras daba la orden. Cerca de dieciséis mil guerreros se pusieron en marcha y avanzaron a la cadencia que marcaban los tambores.

Troy observó orgulloso la precisión de su avance. Al lado de Amorine, avanzó con su ejército en dirección al río.

El resto de los jinetes le siguieron. Andaban al ritmo del Ala de Guerra, hacia el oeste, bajo la alta muralla meridional de Piedra Deleitosa.

XIII

LOS JARDINES ROCOSOS DEL MAERL



os jinetes y el Ala de Guerra bajaron por el camino hasta el ancho puente de piedra sobre el río Blanco, a corta distancia al sur del lago. Mientras cruzaban el puente, los jinetes y los constructores de balsas en la orilla del lago les saludaron con gritos de aliento. Pero el Signo General Troy no miró en aquella dirección. Desde lo alto del puente su mirada se fijó en el río; pudo ver las últimas balsas de los dos primeros Eomanes del Dagomán Quaan, que tomaban una curva y se perdían de vista. No eran más que una pequeña parte del ejército de Troy, pero su importancia era esencial. Arriesgaban sus vidas para cumplir las órdenes que él les daba, y el destino del Reino iba con ellos. Los contempló orgulloso y lleno de ansiedad hasta que desaparecieron, camino de la peligrosa misión que les había asignado. Luego siguió cabalgando por el puente.

Más allá del puente, el camino giraba hacia el sur y empezaba a serpentear, alejándose de la meseta de las Defensas hacia los ásperos prados situados entre Piedra Deleitosa y Fidelia. Mientras avanzaba entre las lomas, Troy contó el número de Estigmatizados y Gravanélicos que les acompañaban, para asegurarse de que el Ala de Guerra disponía de suficiente complemento de apoyo por parte del *lillianrill* y el *rhadhamaerl*. Entonces vio a otro Gravanélico montado que avanzaba tras el grupo de jinetes. Era Trell.

El potente Gravanélico se mantenía detrás del grupo, pero sin tratar de esconder su rostro o su presencia. Al verle, Troy se sintió inquieto. Se detuvo y esperó al Ama Superior. Hizo una seña a los demás jinetes para que siguieran adelante, y se dirigió a Elena con voz baja.

—¿Sabías que Trell viene con nosotros? ¿Te parece bien?

Covenant se había detenido con Elena. Al oír lo que decía Troy se volvió y vio al Gravanélico. El surco de su frente se hizo más profundo.

La mayor parte de los jinetes ya habían rebasado a Elena, Troy y Covenant, y Trell podía ver claramente a los tres que le observaban. Se detuvo donde estaba, todavía a unos veinticinco metros de distancia, y miró a Covenant con expresión tensa y dura. Ambos permanecieron inmóviles un momento, mirándose fijamente. Luego Covenant soltó una maldición entre dientes, cogió las riendas de su caballo y se encaminó al encuentro de Trell. Bannor se dispuso a ir en pos del Incrédulo, pero

el Ama Superior lo detuvo con un rápido gesto.

—No necesita protección —le dijo quedamente—. No ofendas a Trelle con tu duda.

Covenant se enfrentó a Trelle y los dos hombres se miraron ferozmente. Entonces Covenant dijo algo. Troy no pudo oír lo que dijo pero, por toda respuesta, el Gravanélico siguió mirándole enfurecido. Su ancho pecho se movía bajo la túnica como si jadeara. Finalmente, replicó, pero sus palabras también fueron inaudibles. Se notaba que los miembros de Trelle estaban tensos, deseoso de entrar en acción. Troy podía verlo y no comprendía por qué el Ama Superior le había dicho que Covenant no corría peligro.

—¿Qué ha dicho Covenant? —le preguntó sin apartar la vista de la escena.

Elena respondió como si fuera imposible que se equivocara.

—El ur-Amo promete que no me hará daño.

Aquello sorprendió a Troy. Quería saber qué motivos tenía Covenant para tranquilizar a Trelle de aquel modo, pero no se le ocurría cómo podría preguntarle a Elena qué relación existía entre ella y Trelle. Entonces decidió preguntar otra cosa.

—¿Cuál es la respuesta de Trelle?

—Trelle no cree en su promesa.

Troy se congratuló en silencio del sentido común de Trelle.

Poco después, Covenant azuzó a su caballo y regresó al trote por el camino. Con la mano libre se mesaba insistentemente la barba. Sin mirar a Elena, se encogió de hombros, a la defensiva, y dijo:

—Bien, no ha cambiado de idea.

Luego partió al galope para reunirse con los demás jinetes.

Troy quería esperar a Trelle, pero el Ama Superior le obligó a acompañarla mientras seguía a Covenant. Por respeto al Gravanélico, Troy no miró atrás.

Pero al mediodía, cuando el Ala de Guerra hizo un alto para comer y descansar, Troy vio a Trelle comiendo con los demás *rhadhamaerl*.

Por entonces, el ejército había cruzado ya las lomas y se hallaba en las praderas situadas al oeste del Río Blanco. Troy calculó la distancia que habían recorrido, utilizándola como medida preliminar de la velocidad de marcha que había establecido. Hasta entonces, la velocidad a la que avanzaban parecía correcta, pero muchos eran los factores que influían en la marcha de una jornada. El Signo General pasó parte de la tarde con la Primer Puño Amorine, tratando de armonizar la frecuencia y duración de los altos para descansar con variables tales como el terreno, la distancia ya recorrida y el estado de las provisiones. Quería preparar a Amorine para que le sustituyera en su ausencia.

A Troy le alegraba hablar de su plan de batalla. Se sentía orgulloso de él, como si fuera una obra de belleza objetiva. Era tradicional que los derrotados huyeran al

Retiro de la Perdición, pero él quería reconvertirlo en un lugar de victoria. Su plan era la clase de atrevido golpe estratégico que sólo un hombre ciego podría urdir. Pero al cabo de un tiempo Amorine respondió, señalando al Ala de Guerra:

—Una jornada a este ritmo de marcha no es demasiado. Incluso cinco días de avance a esta velocidad pueden ser bien soportados por un buen guerrero. Pero veinte o treinta días... Un ritmo así durante tantos días puede ser mortal.

—Lo sé —replicó Troy, sintiendo que volvía a invadirle la inquietud—, pero no tenemos otra alternativa. Incluso a este ritmo, demasiados guerreros y Guardianes de Sangre morirán a fin de proporcionarnos el tiempo que necesitamos.

—De acuerdo —dijo Amorine en tono sombrío—. Seguiremos ese ritmo.

Cuando el ejército se detuvo para pasar la noche, Mhoram, Elena y Amatin anduvieron entre los grupos reunidos ante las fogatas de acampada, cantando y contando divertidas anécdotas de los Gigantes, para fortalecer el corazón de los guerreros. Mientras los contemplaba, Troy experimentó el agudo pesar de que pasarían largos días antes de que los Amos pudieran ayudar de nuevo a Amorine a mantener alto el espíritu del Ala de Guerra.

Pero era necesaria la separación. El Ama Superior Elena tenía varias razones para visitar la Raat de la Ciencia. Sin embargo, Madera Deleitosa estaba lejos y los guerreros no podían desviarse tanto de su camino. Así, pues, los Amos y el Ala de Guerra se separaron a la tarde siguiente. Los tres Amos, acompañados por Covenant, Troy, los veinte Guardianes de Sangre y los Guardianes de la Ciencia, se dirigieron al sudoeste, hacia Fidelia y Madera Deleitosa. La Primer Puño Amorine se puso al frente del Ala de Guerra, con sus Estigmatizados y Gravanélicos montados, y tomó la dirección sur, casi en línea recta hacia el Retiro de la Perdición.

Troy tenía que resolver sus propios asuntos en la Raat, y se vio obligado a dejar a Amorine sola al frente de su ejército. Aquella tarde, el cielo otoñal se oscureció, mientras las nubes cargadas de lluvia se desplazaban lentamente hacia el este. Cuando dio al Primer Puño sus instrucciones finales, tenía la visión empañada; el oscurecimiento del sol envolvía en una especie de neblina su visión mental.

—Mantén el ritmo de la marcha —le dijo a Amorine con brusquedad—. Avanza incluso con más rapidez cuando llegues a terreno más fácil, más allá del río Gris. Si puedes ganar un poco de tiempo, no tendremos tantas dificultades para atravesar las Últimas Colinas. Si los Guardianes de Sangre enviados por el Ama Superior han sido capaces de hacer su trabajo, dispondremos de muchos suministros a lo largo del camino. Nos encontraremos en las Llanuras Centrales.

El tono brusco y rígido con que dijo estas palabras era fruto de su conocimiento de las dificultades a las que se enfrentaría Amorine.

Amorine respondió con un gesto de asentimiento que expresaba la resolución de un experto. Empezó a caer una ligera lluvia. La visión de Troy se nubló tanto que ya

no pudo distinguir figuras individuales en la nutrida Ala de Guerra. Saludó a la Primer Puño y ésta se volvió para ponerse al frente de los guerreros que avanzaban en ángulo, alejándose del camino.

Los Amos y los Guardianes de la Ciencia lanzaron un grito de aliento, pero Troy no se unió a ellos. Subió con Mehryl a lo alto de un montículo desnudo y permaneció allí con la espada de ébano alzada contra la lluvia, mientras todo su ejército pasaba como una sombra bajo la niebla a sus pies. Se dijo a sí mismo que el Ala de Guerra no iba a luchar sin él, que sus guerreros se limitarían a avanzar hasta que él se reuniera con ellos. Pero aquel pensamiento no le tranquilizaba. El Ala de Guerra era su instrumento, su medio de servir al Reino, y cuando regresó al lado de los demás jinetes se sentía torpe, descoyuntado, casi despedazado, como si sólo la habilidad del Ranyhyn le mantuviera en equilibrio. Cabalgó durante el resto del día envuelto en la familiar soledad del ciego.

La llovizna siguió cayendo durante el resto de la tarde y la noche, y también durante la mayor parte del día siguiente. A pesar del espesor de las nubes, no llovía con intensidad, pero la falta de la luz del sol atormentaba a Troy, oscureciendo su visión. En plena noche, envuelto en mantas húmedas que parecían aferrarse a él como un sudario, le despertó de repente la funesta convicción de que el cielo estaría cubierto cuando entrara en combate en el Retiro de la Perdición. Necesitaba la luz del sol, la claridad. ¿Qué ocurriría si no podía ver?

Se levantó deprimido, y no recuperó su confianza habitual hasta que al fin las nubes se alejaron hacia el este y el sol apareció de nuevo.

Al día siguiente, antes del mediodía, la compañía de los Amos llegó a la vista del río Maerl. Habían viajado con más rapidez desde que dejaron el Ala de Guerra, y cuando llegaron al río, límite septentrional de Fidelia, se hallaban a medio camino de Madera Deleitosa. El río Maerl bajaba desde sus altas fuentes en las Montañas Occidentales y fluía primero hacia el noroeste y luego al sudeste, hasta unirse al río Gris, fundirse con él, dirigiéndose entonces al este, hacia el río Aliviaalmas. Más allá del Maerl estaba la región donde los Amos concentraban sus esfuerzos para aliviar los efectos devastadores de la Profanación y la guerra.

Fidelia había tenido los nombres de Kurash Plenethor y Piedra Herida desde los últimos años de Kevin Arrasatierra, hasta que fue rebautizada cuando los nuevos Amos hicieron su juramento de servicio después de la Profanación. En aquel tiempo la región era completamente yerma y estéril. La última gran batalla entre los Amos y el Despreciativo había tenido lugar allí, dejándola quemada, arruinada, empapada en sangre, casi sin tierra fértil. Algunas antiguas leyendas decían que Kurash Plenethor había humeado quejumbrosamente durante un siglo después de aquella última batalla. Y hacía cuarenta años el río Maerl fluía aún con sus aguas espesas de barro. Pero ahora apenas quedaba un rastro de sedimento en el río. A pesar de las limitaciones de

su comprensión, los Amos habían aprendido mucho sobre la alimentación de la tierra dañada, gracias a su estudio de la Segunda Ala, y aquel día el Maerl solamente acarreaba una leve película de impurezas. A causa de siglos de erosión, discurría por una hondonada que era como un tajo abierto en la tierra. Pero a los lados de la hondonada crecían hierbas profundamente arraigadas y arbustos, y saludables árboles extendían sus ramas muy por encima del abismo. El Maerl era de nuevo un río lleno de vida.

La compañía se detuvo al borde de la hondonada para contemplar un momento, con satisfacción, aquella corriente que había sido recuperada para el Reino. Elena, Mhoram y Amatin cantaron al unísono y con voz queda parte del juramento de los Amos. Luego bajaron al galope por la cuesta y cruzaron el vado, de manera que los cascos de los Ranyhyn y los demás caballos chapotearon alegremente en las aguas someras y penetraron en las tierras de Fidelia.

Esta región se encontraba entre las Montañas Occidentales y los ríos Maerl, Gris y Rill. Dentro de estas fronteras, los efectos de los cuidados que habían dispensado los Amos se veían por todas partes y en todas las cosas. Generaciones de Amos habían convertido Piedra Herida en una ubérrima tierra de bosques, un país montuoso lleno de árboles con muchos claros y pequeños valles. Las laderas de las colinas estaban cubiertas con pequeñas flores de vivos colores azul y amarillo. A lo largo de muchas leguas al sur y el oeste de los jinetes, abundaba la *alianta*, la espesa hierba, los oropelinos de hojas doradas y otros árboles, cerezos, manzanos y tilos blancos, prodigiosos robles, olmos y arces a los que el sol de otoño arrancaba reflejos de oro viejo. El aire, que durante décadas después de la batalla había conservado los efluvios y los ecos de la guerra, era ahora puro y claro, y parecía vibrar con los cantos de los pájaros.

Aquel paisaje fue lo primero que vio Troy cuando empezó a tener visión, y Elena lo había utilizado para enseñarle lo que significaba la vista.

Ahora, cabalgando a lomos de Mehryl bajo el brillante sol en el ambiente luminoso de Fidelia, se sintió más libre de cuidados de lo que había estado en mucho tiempo.

A primeras horas de la tarde, la compañía de los Amos empezó a internarse en la región, y el paisaje a su alrededor fue cambiando. Montones de rocas caídas empezaron a aparecer entre los árboles y en los prados. Grandes y ásperas piedras, varias veces más altas que los jinetes, se alzaban del suelo, y otras piedras más pequeñas, envueltas en musgo y líquenes, yacían por doquier. Pronto pareció que la compañía cabalgaba entre los antiguos cascotes de una montaña desmoronada, un pico alto e incongruente que había surgido entre las colinas de Kurash Plenethor hasta que alguna fuerza inmensa lo había convertido en fragmentos.

Se estaban aproximando a los jardines rocosos del Maerl.

Troy nunca había dedicado algún tiempo a estudiar aquellos jardines, pero sabía que, según se decía, era el lugar donde los mejores artesanos *suru-pa-maerl* del *rhadhamaerl* habían hecho su obra más audaz. Aunque en los últimos años Troy había recorrido aquel camino entre las rocas fragmentadas en muchas ocasiones, no podía decir dónde comenzaban los jardines propiamente dichos. Con excepción de un aumento constante de las piedras desperdigadas entre la hierba o que sobresalían del suelo, no era posible localizar cambios o límites hasta coronar una colina por encima de un ancho valle. Cuando la compañía así lo hizo, Troy estuvo al fin seguro de que se hallaba en uno de los jardines.

La mayor parte de la larga y alta vertiente encarada al valle estaba espesamente cubierta de piedras, como si en otro tiempo hubiera sido el corazón del antiguo pico derrumbado. Las piedras se amontonaban y sobresalían en todos los lados, se alzaban en grandes montones o eran enormes rocas aisladas, pero prácticamente no había más terreno despejado en la empinada pendiente que el camino.

Ninguna de aquellas piedras y rocas estaba pulimentada, tallada o conformada de alguna manera, pero algunas de las rocas aisladas y montones de piedras presentaban la superficie limpia, como si les hubieran desprendido el musgo y los líquenes, y todas ellas parecían haber sido elegidas por lo grotesco de su forma natural, que recordaba vagamente formas humanas en extrañas posturas, como una multitud de trogloditas aterrados o en trance por respirar el aire libre. El camino que conducía al valle serpenteaba entre las curiosas formas pétreas, como si estuviera perdido en un bosque extravagante, de manera que mientras avanzaban cuesta abajo, los jinetes se hallaban constantemente bajo la sombra de una u otra roca de forma extraña.

Troy sabía que la sorprendente mezcolanza de formas rocosas en aquella ladera no era natural, sino que los hombres la habían creado por alguna razón que no podía comprender.

En sus pasados viajes nunca se había interesado lo suficiente por aquella curiosidad para preguntar su significado. Pero ahora no puso objeciones cuando el Ama Superior Elena sugirió que la compañía contemplara aquella obra desde cierta distancia. Al otro lado del herboso fondo del valle había otra colina, aún más empinada y alta que aquella en la que se encontraban. El camino giraba a la izquierda y recorría el fondo del valle, sin pasar por la colina más llana. Elena sugirió que los jinetes subieran a aquella colina para echar un vistazo a los jardines.

Habló en general a sus compañeros, pero con la mirada puesta en Covenant. Cuando él aceptó con un vago encogimiento de hombros, Elena respondió como si hubiera expresado el deseo de todos los jinetes.

La ladera de la colina era demasiado pronunciada para los caballos, por lo que giraron a la derecha y subieron por el valle hasta encontrar un lugar por donde podrían dar la vuelta y subir a lo alto de la colina desde atrás. Mientras cabalgaban,

Troy empezó a sentir una cierta expectación. El interés que el Ama Superior había mostrado por mostrar el paisaje a Covenant hizo que también él empezara a interesarse. Recordó otras sorpresas, como la Sala de los Regalos, que no le había interesado hasta que Mhoram prácticamente le arrastró hasta ella.

En la cumbre había una elevación de roca desnuda. Los jinetes dejaron sus monturas detrás y subieron a pie los últimos metros. Se movían con celeridad, compartiendo el talante de Elena, y pronto llegaron a la cresta.

El jardín rocoso aparecía al otro lado del valle, bajo ellos, como un bajorrelieve. Desde aquella distancia se podía ver que todo aquel revoltijo rocoso formaba un solo diseño.

Con aquellas ásperas piedras, los constructores del jardín habían diseñado un ancho rostro, de rasgos nudosos y retorcidos. Las irregularidades de la roca hacían que el rostro pareciera magullado y contorsionado. Los ojos estaban tan mellados como heridas profundas, y el camino lo cruzaba como una cicatriz. Pero a pesar de todo, el rostro presentaba una sonrisa que reflejaba una inmensa jovialidad. Troy, sorprendido por aquella inesperada visión, rompió a reír de buena gana.

Aunque los Amos y los Guardianes de la Ciencia estaban evidentemente familiarizados con el jardín, todos sus rostros compartían una expresión de alegría, como si la alegre sonrisa de piedra fuera contagiosa. El Ama Superior Elena unió las manos y reprimió los impulsos que sentía de saltar y gritar alegremente. En los ojos del Amo Mhoram había un brillo de placer. Sólo Covenant no sonreía ni mostraba signo alguno de alegría. Su delgado rostro estaba serio, su mirada era inquieta y sombría, y con la mano derecha se tocaba el anillo de una manera que recalcaba la falta de los dos dedos.

Al cabo de un momento, su voz se oyó entre los murmullos de la compañía.

—Bien, desde luego los Gigantes deben estar orgullosos de vosotros.

Su tono era ambiguo, como si tratara de decir dos cosas contradictorias a la vez. Pero su referencia a los Gigantes eclipsó cualquier otra cosa que hubiera querido significar. La sonrisa se heló en los labios del Ama Amatin y Mhoram frunció súbitamente el ceño. Elena se acercó a Covenant, con intención de hablar, pero antes de que pudiera comenzar, él siguió diciendo:

—Una vez conocí a una mujer parecida a esa cara. —Se esforzaba por parecer despreocupado, pero había algo violento en su voz—. Fue en la leprosería.

Troy se sintió molesto, pero permaneció callado.

—Era elegante... Naturalmente, entonces no la conocía. No tenía ninguna foto suya, o, si la tenía, no la enseñaba. Creo que ya ni siquiera soportaba mirarse al espejo. Pero los doctores me dijeron que había sido bella. Tenía una sonrisa... Incluso cuando la conocí, todavía podía sonreír. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al jardín rocoso, pero sin mirarlo. Se estaba concentrando en sus recuerdos.

»Era un caso clásico —siguió diciendo, y su tono se hizo más áspero y amargo, recalcando cada palabra—. Estuvo expuesta a la lepra de pequeña, en las Filipinas o cerca de allí. Sus padres vivían en aquel lugar, supongo que por algún motivo militar... Y se le declaró poco después de casarse. Los dedos de los pies se le volvieron insensibles. Debería haber ido al médico en seguida, pero no lo hizo. Era una de esas personas a las que no puedes interrumpir. No podía prescindir algún tiempo de su marido y sus amigos para preocuparse por la frialdad de sus dedos.

»Así, pues, perdió los dedos de los pies. Finalmente fue al médico cuando sentía tales calambres en los pies que apenas podía andar, y al final el médico descubrió lo que padecía y la envió a la leprosería. Allí tuvieron que amputarle los dedos. Aquello le produjo algunos problemas, pues es difícil caminar sin dedos, pero era una mujer indomable. No pasó mucho tiempo antes de que regresara al lado de su marido.

»Pero no podía tener hijos. Es una locura criminal que los leprosos que conocen su estado tengan hijos, así que al cabo de un tiempo se divorció de ella. Aquello dolió a la mujer, pero lo superó. Pronto tuvo un trabajo, nuevos amigos y una nueva vida. Y volvió a la leprosería. Estaba demasiado llena de vitalidad y optimismo para procurarse los cuidados que necesitaba. Esta vez tenía insensibles dos dedos de una mano.

»Aquello le hizo perder su trabajo. Era secretaria y necesitaba sus dedos. Y, naturalmente, su jefe no quería que un leproso trabajara para él. Pero una vez detuvieron de nuevo los progresos de su enfermedad, aprendió a escribir a máquina sin los dedos que le faltaban. Entonces se mudó a otra zona, consiguió otro empleo, hizo nuevos amigos y se dedicó a vivir como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.

»Por esta época —o así me lo contó— sintió una súbita pasión por el baile folklórico. De niña había aprendido un poco durante los viajes con su familia, y ahora se convirtió en su afición, su manera de conseguir nuevos amigos y decirles que les amaba. Con sus ropas brillantes y su sonrisa, era... —La voz se quebró en su garganta, pero continuó en seguida—. Pero dos años después regresó a la leprosería. No podía andar muy bien y se caía con mucha frecuencia. Tampoco se medicaba como era preciso. Esta vez perdió la pierna derecha por debajo de la rodilla. Su vista empezaba a empañarse, y tenía la mano derecha bastante paralizada. Le salían excrecencias en el rostro y se le caía el cabello.

»En cuanto aprendió a andar cojeando con su pierna artificial, empezó a impartir lecciones de baile folklórico a los leprosos.

»Los médicos la tuvieron largo tiempo internada, pero ella los convenció al final para que la dejaran salir. Juró que esta vez cuidaría mejor de sí misma. Dijo que había aprendido la lección y que no volvería nunca más a la leprosería.

»No regresó en mucho tiempo, pero no fue porque no lo necesitara. Poco a poco

iba despedazándose a sí misma. Cuando yo la conocí, había vuelto a la leprosería porque la habían expulsado de un asilo. No le quedaba nada excepto su sonrisa.

»Pasé mucho tiempo en su habitación, contemplándola tendida en la cama, escuchándola. Trataba de acostumbrarme al hedor que despedía. Por el aspecto de su rostro daba la impresión de que los médicos le pegaban con palos todas las mañanas, pero seguía conservando su sonrisa. Naturalmente, había perdido la mayor parte de los dientes..., pero su sonrisa no había cambiado.

»Trató de enseñarme a bailar. Me pedía que me pusiera de pie en el lugar donde podía verme y entonces me indicaba dónde debía colocar los pies, cuándo había de saltar y cómo debía mover las piernas. —De nuevo se le quebró la voz—. Y entre una cosa y otra solía pasar horas contándome lo plena que había sido su vida. No debía tener más de cuarenta años.

De repente, Covenant se agachó, cogió una piedra y la arrojó con toda su fuerza en dirección al rostro del jardín rocoso. La piedra cayó mucho antes de llegar a su objetivo, pero el Incrédulo no se detuvo a observar cómo caía hacia el valle. Se volvió y dijo con voz ronca:

—Si alguna vez pongo las manos en su marido, le partiré su maldito cuello.

Entonces bajó de la elevación rocosa y se dirigió hacia los caballos. Poco después galopaba en dirección al camino. Bannor le seguía de cerca.

Troy aspiró hondo, tratando de librarse del efecto que había causado en él el relato de Covenant, pero no se le ocurría nada que decir. Al mirar a Elena, vio que ésta estaba concentrada, comunicándose mentalmente con Mhoram y Amatin, como si necesitara su apoyo para soportar lo que había escuchado. Al cabo de un momento, Mhoram dijo en voz alta:

—El ur-Amo Covenant es un profeta.

—¿Acaso predice el destino del Reino? —preguntó compungida Amatin.

—¡No! —negó Elena fieramente.

—No —dijo también Mhoram. Pero Troy pudo oír que para el Amo significaba algo distinto.

Los Amos dieron por finalizada su comunicación y regresaron a sus monturas. Pronto la compañía estaba de regreso en el camino, cabalgando tras Covenant en dirección a Madera Deleitosa.

Durante el resto de la tarde, Troy estuvo demasiado turbado por la preocupación que los Amos habían mostrado ante el relato de Covenant, y no pudo relajarse y disfrutar del viaje. Pero al día siguiente encontró una manera de suavizar su vaga angustia. Imaginó con detalle los avances del Ala de Guerra, cada uno de los cuerpos por separado..., los Guardianes de Sangre cabalgando con el Amo Callindrill, el Eoman montado navegando en las balsas y cabalgando, los guerreros marchando tras Amorine. En su mapa mental del Reino, estos diversos avances tenían una deliberada

simetría que le producía una enorme satisfacción. Poco después empezó a sentirse mejor.

Y Fidelia le ayudó también. Al sur de los jardines rocosos, el manto de la tierra se hizo más espeso y más fértil, de manera que las colinas entre las que cabalgaba la compañía ya no presentaban más rocas sobresaliendo entre la hierba y las flores. Por todas partes había grupos de vegetación y bosquesillos, que trepaban por las laderas y se desplegaban a través de los valles. Bajo el brillante cielo y el bálsamo otoñal de Fidelia, Troy dejó atrás la incertidumbre que le producía Covenant, como un mal sueño.

En aquellos momentos, ni siquiera le preocupaba el problema de las comunicaciones. De ordinario, le preocupaba aún más su incapacidad para transmitir mensajes a Quaan que su ignorancia de lo que le ocurría a la misión de Korik. Pero iba camino de Madera Deleitosa. El Ama Superior Elena le había asegurado que en la Raat trabajaban para resolver su problema. Miró adelante esperanzando, confiando en que los estudiantes de la Raat hubieran encontrado una solución para él.

Aquella noche disfrutó de las canciones y la conversación de los Amos alrededor del fuego. Mhoram estaba retraído y silencioso, con una extraña expresión de presagio en sus ojos, y Covenant miraba, sombrío y taciturno las brasas de la fogata. Pero el Ama Superior Elena estaba de muy buen humor. Con Amatin, mostraba su alegría a los demás, les contagiaban su buen humor, hasta que incluso los más sombríos de los Guardianes de la Ciencia parecían risueños. Troy pensó que nunca había parecido más encantadora.

No obstante, el Signo General se acostó con cierto pesar, pues sabía sin ninguna duda que Elena se mostraba tan alegre por Covenant, no por él. Pronto quedó dormido, como si así quisiera escapar a su falta de visión nocturna. Pero en lo más profundo de la noche sin luna, agudas voces y ruido de cascos le despertaron. A través de la parca iluminación de las brasas, distinguió vagamente a un Guardián de Sangre que montaba un Ranyhyn, en el centro del campamento. El Ranyhyn exhalaba vapor por el hocico a causa del frío de la noche. Había galopado intensamente para dar alcance a los Amos.

El Primer Signo Morin y el Amo Mhoram ya estaban junto al Ranyhyn, y el Ama Superior abandonaba las mantas y corría, seguida por el Ama Amatin. Troy arrojó al fuego un montón de leña. La súbita llama le proporcionó una mejor visión del Guardián de Sangre.

Tenía el rostro ennegrecido, y entre los desgarrones de su túnica había manchas de sangre coagulada, señales de haber librado una dura lucha. Desmontó lentamente, como si estuviera fatigado o no tuviera ganas de hacerlo.

Troy sintió que perdía de repente el equilibrio, como si la rama de árbol de sus esfuerzos por el Reino hubiera cedido bajo sus pies. Reconoció al Guardián de

Sangre. Era Runnik, uno de los miembros de la misión de Korik a Límite del Mar.

XIV

EL RELATO DE RUNNIK



roy anduvo a tientas, tratando de recobrar el equilibrio. La presencia de Runnik era anormal, pues aún había transcurrido muy poco tiempo desde la partida de su expedición: sólo veintitrés días. ¿Qué les habría sucedido a Korik y sus hombres? Ni siquiera el más potente Ranyhyn podía galopar hasta Límite del Mar y regresar en tan poco tiempo. Así pues, la llegada de Runnik significaba... Incluso antes de que el Ama Superior pudiera hablar, Troy se oyó preguntar en tono angustiado:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué le ha ocurrido a la misión?

Pero Elena le hizo callar con una palabra brusca. Troy pudo ver que al Ama Superior no le habían pasado desapercibidas las implicaciones de la presencia de Runnik en aquel lugar. Estaba de pie, con el Bastón de la Ley firmemente apoyado en el suelo y el rostro encendido.

A su lado, Covenant tenía un aspecto lastimoso, como si ya se sintiera enfermo por lo que esperaba oír. Tenía el aspecto de un hombre que quiere cerciorarse de si padece o no una enfermedad incurable.

—¿Han muerto? —preguntó con voz ronca al Guardián de Sangre.

Runnik hizo caso omiso de Covenant y Troy. Hizo un gesto al Primer Signo Morin y luego una leve reverencia al Ama Superior. Pese a la impassibilidad de su rostro, había en su mirada algo huidizo, como si tuviera que hablar contra su voluntad y vacilara un poco aun sabiendo que no podía ocultar por más tiempo lo que debía decir. Troy lo comprendió así y sintió que su inquietud iba en aumento.

—Habla, Runnik —le ordenó severamente Elena—. ¿Qué noticias nos traes?

—Habla —añadió Morin—, para que todos los Amos puedan oírte.

Pero Runnik seguía en silencio. Apenas era visible en el fondo de su inescrutable mirada un destello de dolor..., una pena que Troy nunca habría esperado ver en un Guardián de Sangre.

—Dios Todopoderoso —dijo en voz baja—. ¿Tan terrible es lo sucedido?

Entonces habló el Amo Mhoram.

—Runnik —le dijo dulcemente—. Pusimos la misión a Límite del Mar en manos de los Guardianes de Sangre. Es una carga dura y penosa, pues habéis hecho voto de defender a los Amos por encima de todo. No podemos culparos si vuestro voto y la misión que os encomendamos han entrado en conflicto y ha sido necesario romper el uno o abandonar la otra. No puede haber duda alguna sobre los Guardianes de

Sangre, sea cual sea la fatalidad que te trae ante nosotros con tales muestras de haberte batido en duro combate y en esta noche sin luna.

Runnik vaciló un poco más, pero al fin habló.

—Ama Superior, vengo de la espesura del Llano de Saran..., de la Corriente de la Corrupción y la misión a Límite del Mar. A Pren, a Porib y a mí, Korik nos habló así: «Volved con el Ama Superior. Decídselo todo, todas las palabras del Puño de Guerra Hoerkin, todas las luchas de los Ranyhyn, todos los ataques del que nos acecha. Contadle la derrota del Ama Shetra. —Amatin gimió y Mhoram se puso rígido, pero Elena no se alteró y siguió mirando fijamente a Runnik—. Ella sabrá cómo entender este relato de Gigantes y Delirantes. Dile que la misión no fracasará». Y nosotros tres le respondimos: «Puño y Fe. No fracasaremos». Pero durante cuatro días avanzamos penosamente por Saran, y Pren cayó bajo el acechante que ha despertado. Entonces nos abrimos paso hasta el oeste del Llano, y allí recobramos a nuestros Ranyhyn. Cabalgamos lo más rápido que pudimos hacia Piedra Deleitosa, pero al penetrar en Grimmerdhore nos acosaron lobos y ur-viles, aunque no vimos señal de ellos hasta llegar al este. Porib y su Ranyhyn cayeron, facilitándome la huida, y yo seguí adelante.

»Entonces, al oeste de Grimmerdhore, encontré a los exploradores del Ala de Guerra, y supe que la Corrupción está en marcha y que el Ama Superior se había dirigido hacia Madera Deleitosa. Así, pues, no proseguí hacia Piedra Deleitosa, sino que me dirigí aquí, a vuestro encuentro. Ama Superior, mucho es lo que debo deciros.

—Te escucharemos —respondió Elena—. Ven.

El Ama Superior se volvió y fue hasta la fogata del campamento. Allí tomó asiento, con Mhoram y Amatin a uno y otro lado. Hizo una seña a Runnik, el cual se sentó cerca y permitió que uno de los Guardianes de la Ciencia, que tenía conocimientos de Curador, limpiara sus heridas. Troy echó leña al fuego para poder ver mejor, y se sentó cerca de los Amos, lo más alejado posible de Covenant. En seguida Runnik empezó a hablar.

Al principio, su narración fue entrecortada y torpe. Los Guardianes de Sangre carecían de la habilidad que tenían los Gigantes para el relato. Dejó de lado temas esenciales e ignoró cosas que quienes le escuchaban tenían que saber. Pero los Amos le interrogaron minuciosamente, y Covenant insistió una y otra vez en los detalles. A veces daba la impresión que se trataba de detener la narración, de posponer el momento en que tendría que escuchar el desenlace. Poco a poco, los acontecimientos de la misión empezaron a surgir en forma coherente.

Troy escuchaba en tensión. No podía ver nada más allá de la luz inmediata de la hoguera. Nada distraía su atención. Pese a la impasibilidad del tono de Runnik, el Signo General parecía ver con su visión mental lo que estaba oyendo, como si la acción tuviera lugar en el aire, ante él.

La misión había avanzado hacia el este, a través de Grimmerdhore. Luego habían cabalgado durante tres días bajo la lluvia. Pero la lluvia no podía detener a los Ranyhyn y, además, no se trataba de una fuerte tormenta. Al octavo día del inicio de la misión, cuando las nubes se disiparon dejando que el sol volviera a iluminar la tierra, Korik y su grupo divisaron el Monte Trueno.

El monte iba alzándose imponente contra el cielo a medida que cabalgaban bajo el sol. Pasaron a veinticinco leguas al norte del pico, y llegaron al gran desfiladero del Declive del Reino a última hora de la tarde. Estaban en uno de los puntos más elevados del desfiladero, a más de mil metros, y desde allí tenían una vasta panorámica de las tierras inferiores del Reino. Allí el Declive del Reino era tan vertical como si las tierras inferiores hubieran sido cortadas con un hacha. Y abajo, tras una ondulante franja de prados de unas cinco leguas de anchura, se extendía el Llano de Saran.

Era una tierra húmeda, recorrida por cursos de agua que parecían venas abiertas en la carne de la tierra. La vegetación era exuberante, y bajo ella existían sutiles peligros: animales extraños y traicioneros, que crecían entre las aguas y se ocultaban a los hombres; astutos y viejos sauces y cipreses medio podridos que cantaban suaves canciones y podían inmovilizar al viajero descuidado; charcos estancados y venenosos, tan cubiertos de lodo y plantas acuáticas que daban la impresión de tierra firme; flores lujuriantes a las que heroseaba un rocío de claros líquidos que podían enloquecer a los hombres; engañosos trechos de terreno seco que de repente se convertían en tierras movedizas. Los Guardianes de Sangre estaban familiarizados con todo esto. Por muy terrible que pareciera a los ojos humanos, o inadecuado para la vida humana, el Llano de Saran no era naturalmente maligno, sino que, debido a las oscuridades latentes bajo él, era simplemente peligroso, un refugio silvestre de los engendros del Reino, el retorcido fruto de antiguos males. Los Gigantes, que sabían ser cautos, siempre habían podido viajar libremente a través del Llano, y habían abierto caminos para quienes les siguieran, de modo que cruzar el Llano de Saran no solía entrañar un gran riesgo.

Pero ahora algo nuevo se ofrecía a la mirada de la misión. El mal latente despertaba, la mano de la Corrupción entraba en acción y agitaba antiguas maldades.

El peligro era grave, y el Amo Hyrim estaba consternado. Pero ni los Amos ni los Guardianes de Sangre lo estaban. Los Amos Callindrill y Amatin y los Guardianes de Sangre Morill y Koral habían hablado de este peligro. Y aunque se sentía angustiado, el Amo Hyrim no propuso que la misión evadiera el peligro dirigiéndose al norte y rodeando el Llano de Saran, a cien leguas de su camino. Así pues, al alba del noveno día la misión bajó por el Declive del Reino, siguiendo una senda para caballos que los Antiguos Amos habían trazado en el gran desfiladero, cabalgando hacia el este, al otro lado de las laderas cubiertas de hierba, en dirección al camino principal abierto

por los Gigantes a través del Llano de Saran.

El aire era ostensiblemente más cálido y áspero que en lo alto del Declive del Reino. Daba la impresión de que contenía invisibles y húmedas fibras. Al exhalarlo, parecía que dejaba algo en los pulmones.

Entonces empezaron a aparecer, entre la hierba, matorrales y arbustos bajos y retorcidos. La misma hierba se hizo más alta y húmeda. A intervalos irregulares, los cascotes de los Ranyhyn chapoteaban en ocultos charcos de agua. Pronto aparecieron árboles nudosos, con los troncos cubiertos de líquenes y las ramas envueltas en musgo. A medida que la misión se adentraba en el Llano de Saran, los árboles eran más gruesos y altos. Momentos después, los jinetes llegaron a una pista cubierta de hierba que se extendía entre charcos estancados y giraba al noroeste, conduciendo a una jungla que ya parecía impenetrable desde allí. Los Ranyhyn avanzaron a un paso más lento y cauto. De repente se encontraron inmersos entre espesas espadañas que les llegaban al pecho.

Cuando los jinetes miraron atrás, no pudieron ver rastro de la pista de los Gigantes. El Llano se había cerrado como unas mandíbulas.

Pero los Guardianes sabían que así era el camino del Llano de Saran. Solamente era visible el trecho que tenían delante. Los Ranyhyn siguieron avanzando, empujando la hierba con sus anchos pechos.

A medida que la jungla se espesaba, el camino de los Gigantes iba estrechándose, hasta que no pudieron avanzar más que de tres en fondo..., cada uno de los Amos flanqueado por dos Guardianes de Sangre. Pero las espadañas disminuyeron, permitiéndoles avanzar con mayor rapidez.

Su avance era ruidoso. Rompían el silencio del Llano, y en su recorrido levantaban oleadas en la hierba, trazaban estelas y difundían ruido a ambos lados. Pájaros y monos chillaban al verlos; pequeños animales peludos que aullaban como hienas salían de la hierba, delante de ellos y se escabullían al otro lado del camino. Y cuando la jungla cedía a cada lado y hacía lugar a oscuras y hediondas charcas, o lentos riachuelos, aves acuáticas de iridiscente plumaje lanzaban al aire gritos temerosos. Se oían súbitos chapoteos en los charcos de aguas inmóviles, y oscuras formas vagamente humanas desaparecían bajo las ondas.

Durante toda la mañana la misión siguió la serpenteante senda que los meticulosos Gigantes habían trazado en tiempos remotos. No amenazaba ningún peligro, pero los Ranyhyn estaban cada vez más tensos. Cuando los jinetes hicieron un alto al lado de una charca de aguas someras para descansar y comer, sus monturas se inquietaron más y más. Varios de los caballos resoplaron ruidosamente; tenían las orejas erizadas y alertas, y cambiaban de dirección con bruscas sacudidas, casi estremeciéndose. Uno de ellos, el potro más joven, montura del Guardián de Sangre Tull, empezó a dar coces en el suelo, arrítmicamente. Los Amos y los Guardianes de

Sangre aumentaron su vigilancia y siguieron su marcha por la senda de los Gigantes.

Sólo habían recorrido un par de leguas más cuando Sill llamó al Guardián de Sangre para que observara al Amo Hyrim.

El Amo tenía el rostro enrojecido, como si padeciera una fiebre muy alta. El sudor se deslizaba por sus mejillas y jadeaba fuertemente, casi como si le faltara el aire. Le brillaban los ojos. Pero no era él solo quien presentaba aquellos síntomas. También el Ama Shetra tenía el rostro encendido, y jadeaba.

Entonces hasta los Guardianes de Sangre observaron que tenían dificultades para respirar. El aire parecía turgente, se resistía a entrar en los pulmones, y una vez en ellos parecía quedarse allí adherido, como si contuviera lodo de las tierras movedizas.

Aquella sensación aumentó rápidamente. De repente, cesaron todos los ruidos del Llano. Era tal como el Amo Callindrill había dicho.

Pero la montura del Ama Amatin no había sido un Ranyhyn. Confiando en los grandes caballos, la misión continuó su camino.

Los jinetes avanzaron lentamente. Los Ranyhyn caminaban con el cuello estirado, las orejas erguidas y las fosas nasales hinchadas. Sudaban, aunque el aire no era cálido.

Recorrieron así algunos centenares de metros, abriéndose paso a través del silencio y de aquella atmósfera viscosa. Luego la jungla desaparecía a ambos lados, y el camino de los Gigantes se extendía por una herbosa cresta que era como una presa entre dos charcas estancadas. Una de ellas azul y brillante, reflejaba el cielo y el sol de la tarde; pero la otra era oscura y maloliente.

La misión se encontraba a medio camino de aquella cresta cuando empezó a oírse el ruido.

Empezó como un sonido apagado, blando, débil, que recordaba el gemido de un moribundo. Pero parecía proceder de la charca oscura. Los jinetes se quedaron paralizados. Mientras lo escuchaban, el ruido fue aumentando lentamente, intensificándose su agudeza hasta convertirse en un grito confuso que resonó de un lado a otro de los charcos, y siguió haciéndose más agudo y atronador.

—¡*Melenkurion abatha!* —gritaron los Amos al unísono—. ¡*Duroc minas mill khabaal!*

Pero sus voces apenas eran audibles en aquel ensordecedor estruendo.

Entonces el joven Ranyhyn que transportaba a Tull perdió el dominio de sí mismo. Relinchó aterrado, giró y se lanzó hacia el estanque azul. En el instante en que saltaba, Tull se arrojó a la hierba, poniéndose a salvo.

El Ranyhyn se estrelló contra el agua, cuya profundidad llegaba hasta el pecho. Al instante lanzó un grito de dolor que casi igualaba en intensidad al sonido que atronaba el aire. Con movimientos frenéticos, el caballo salió de la charca y huyó hacia el oeste, desandando el camino por la senda de los Gigantes.

La intensidad del ruido siguió en aumento.

Los demás Ranyhyn se desbocaron. Se encabritaron, dieron la vuelta y corrieron en pos de su hermano huido. El brusco movimiento de su montura desmontó al Amo Hyrim, y sólo se salvó de caer en la charca oscura al apoyar firmemente su bastón en el suelo. El Ama Shetra cayó inmediatamente de su montura. Sill, Cerrin y Korik también desmontaron. Mientras saltaba de su caballo, Korik ordenó a los demás Guardianes de Sangre que protegieran a los Ranyhyn.

Runnik y sus camaradas se aferraron a sus caballos. Los Ranyhyn siguieron al potro herido. Mientras corrían se desvaneció el inmenso aullido a sus espaldas, y el aire empezó a aligerarse, pero durante cierto trecho los Guardianes de Sangre no pudieron controlar de nuevo a sus monturas. Los Ranyhyn penetraron en un ancho camino que les era desconocido. Los Guardianes de Sangre sabían que habían perdido la senda de los Gigantes.

Entonces el primer Ranyhyn llegó a lo alto de un otero y se precipitó de improviso en una ciénaga al pie de la elevación. El resto de los grandes caballos pudieron detenerse a tiempo. Los Guardianes de Sangre desmontaron y sacaron cuerdas de *clingor* de sus zurrones. Cuando Korik, Cerrin, Sill, Tull y los Amos llegaron al lugar, los Ranyhyn libres estaban ocupados tratando de extraer a su joven hermano atrapado en la ciénaga.

Al ver a los demás Ranyhyn ilesos, los Amos se dirigieron hacia el potro que había saltado a la charca. Estaba de lado, tascando los dientes y moviendo convulsamente la cabeza de un lado a otro. Toda la piel de sus miembros y del vientre estaba cubierta de ampollas y furúnculos. La sangre brotaba de sus heridas. A través de algunas de ellas era visible el hueso. Pese a la determinación que reflejaba su mirada, gemía de dolor.

Los Amos se sintieron profundamente conmovidos. Había lágrimas en los ojos de Hyrim, y Shetra lanzó amargas maldiciones. Pero no podían hacer nada. No eran hombres de Ra y no podían encontrar *amanibhavam*, la potente hierba con flores amarillas que podía curar a los caballos pero que volvía locos a los hombres. No podían hacer otra cosa que ignorar el dolor del potro y tratar de determinar qué curso debería seguir la misión.

Pronto todos los demás Ranyhyn estuvieron a salvo en terreno sólido. Se desprendieron fácilmente del barro de la ciénaga, pero no podían librarse fácilmente de la vergüenza que les producía su acceso de pánico. Sus miradas reflejaban lo que sentían: se habían desacreditado. Pero entonces oyeron los gemidos de su hermano herido y aguzaron las orejas; arrastraron las pezuñas y se empujaron unos a otros. Lentamente, el más viejo se acercó a la montura de Tull. Los dos hablaron un momento, con los hocicos juntos, y el Ranyhyn más joven asintió varias veces.

Entonces el viejo Ranyhyn se encabritó. Alzó su cuerpo hasta quedar casi

vertical, gesto que era la antigua expresión de homenaje de los Ranyhyn. Cuando descendió, golpeó la cabeza de su hermano herido con los cascos delanteros. El caballo más joven se estremeció una vez bajo la fuerza del golpe y cayó muerto.

El resto de los Ranyhyn miraban la escena en silencio. Cuando el más viejo se apartó del caballo caído y regresó junto a ellos, relincharon quedamente mostrando su aprobación y su dolor.

A su manera, los Guardianes de Sangre también estaban conmovidos, pero el Ama Superior Elena había puesto en sus manos la responsabilidad de llegar hasta los Gigantes para ayudarles.

—Debemos partir —dijo Korik a los Amos—. La misión aguarda. Tull puede cabalgar con Doar.

—¡No! —exclamó el Ama Shetra—. No dejemos que los Ranyhyn se adentren más en el Llano de Saran.

—Amigo Korik —dijo el Amo Hyrim—, seguramente sabes tanto como nosotros de esta fuerza que nos impide cruzar el Llano. Sin duda sabes que, para detenernos, esa fuerza, ante todo, debe vernos, ha de percibirnos y saber dónde estamos. —Korik asintió.

—Entonces debes saber también que no es fácil detectar la presencia de seres humanos. Nosotros no somos más que formas de vida ordinaria entre las multitudes que pueblan el Llano de Saran, pero los Ranyhyn no son ordinarios. Son más fuertes que nosotros..., la energía de la vida vibra con más intensidad en ellos. Aquí su presencia es más fácilmente observable que la nuestra. Tal vez la fuerza que actúa contra nosotros se dirija en realidad a ellos. El Despreciativo es lo suficientemente listo para usar semejante estrategia. Por esta razón debemos viajar sin los Ranyhyn.

—La misión requiere su velocidad —dijo Korik—. No tenemos tiempo para ir andando.

—Lo sé —suspiró Hyrim—. Sin ningún contratiempo, tardaríamos por lo menos un ciclo completo de la luna para hacer ese viaje a pie. Pero cabalgar alrededor del Llano de Saran también nos llevará demasiado tiempo.

—En consecuencia, debemos recorrerlo a caballo. Tenemos que luchar.

—Claro, recorrerlo a caballo —dijo Shetra con acritud—. No sabemos cómo luchar con esa fuerza, pues de lo contrario ya lo habríamos hecho. Te lo digo sin ambages, Korik..., si volvemos a encontrarnos con ese horrible fenómeno, perderemos más de un Ranyhyn. ¡No! Debemos ir por otro camino.

—¿Qué camino?

Los Amos se miraron un momento entre sí. Entonces el Ama Shetra dijo:

—Construiremos una balsa y bajaremos por la Corriente de la Perdición.

Aquella sugerencia sorprendió a los Guardianes de Sangre. Incluso los Gigantes, amantes de las embarcaciones, preferían cruzar a pie el Llano de Saran antes que

aventurarse en aquel río.

—¿Puede hacerse? —preguntó Korik.

—Lo haremos —replicó Shetra.

Al ver su resolución, los Guardianes de Sangre respondieron para sí «lo haremos», y Korik añadió:

—Entonces debemos darnos mucha prisa, mientras los Ranyhyn están todavía con nosotros.

Así se inició la gran carrera de los Ranyhyn, con la que los caballos de Ra redimieron su vergüenza. Cuando todos los jinetes montaron de nuevo, regresaron cautamente al verdadero camino de los Gigantes. Una vez allí, abandonaron la cautela y, primero al trote y luego al galope, corrieron hacia el oeste, alejándose del peligro de Saran.

Su andadura no era la adecuada para recorrer una larga distancia conservando al máximo las fuerzas, sino un galope que sobrepasaba cualquier velocidad a la que podían correr los caballos ordinarios. Corrieron sin aminorar la marcha ni un instante. Esforzándose al máximo, salieron del Llano de Saran y llegaron al desfiladero del Declive del Reino antes de que saliera la luna. Entonces viraron al sur, siguiendo la línea del Declive.

Una vez en campo abierto, su carrera se hizo más ardua. Las accidentadas estribaciones del Declive cruzaban su camino como arrugados pliegues de la tierra, les obligaba a descender y luego subir laboriosamente por las hondonadas, hasta veinte veces en una legua. Cuanto más avanzaban hacia el sur, más empeoraba el terreno. La hierba iba desapareciendo de las estribaciones, de manera que los Ranyhyn pisaban roca desnuda, pizarras y cantos rodados.

La luna era casi llena, y a su luz, el Monte Trueno, antiguo Gravin Threndor, era visible contra el cielo. Ya dominaba el horizonte meridional y, a medida que avanzaba el grupo, su cumbre aparecía cada vez más alta. Bajo su sombra, los Ranyhyn dominaban la noche y las estribaciones. Respirando con brusquedad, echando espuma por la boca, sudando, en extrema tensión, pero sin detener nunca su marcha, siguieron su camino hasta que la luz del día los sorprendió a menos de cinco leguas de la Corriente de la Corrupción. Entonces empezaron a tropezar y resbalar en las estribaciones, esparciendo espuma a su alrededor y desgarrándose la piel de las rodillas, pero aún así se negaron a avanzar con lentitud y precaución.

A media mañana del décimo día, rebasaron la cresta de un montículo y penetraron en un estrecho valle situado entre las estribaciones del Monte Trueno, el valle de la Corriente de la Corrupción.

A su derecha, en la base de la montaña, estaba la cabecera del río. Las aguas negras y malolientes brotaban rugiendo por debajo de un alto risco. Era el río Aliviaalmas de Andelain, transformado. Aquel limpio río penetraba en el Monte

Trueno a través de la Garganta del Traidor, y luego se precipitaba en las profundidades de la tierra, por donde fluía entre madrigueras abandonadas de los Entes, habitáculos de los Demondim, escorias, pozos de desechos, osarios, terrenos sembrados de carroña y lagunas de ácido, y los excrementos de las ponzoñas sepultadas. Cuando el río salía al exterior, espeso, grasiento y fétido, en la base de Gravin Threndor, arrastraba las aguas negras de las catacumbas, la contaminación tras siglos de uso como albañal.

Desde el Monte Trueno a Tragavidas, el Gran Pantano, las orillas de la Corriente de la Corrupción, eran un gran yermo, excepto el Llano de Saran de vegetación lujuriente que se nutría de las aguas negras. Pero a los lados del valle, en la zona alta, había dos o tres arroyuelos de agua clara, que alimentaban hierbas, arbustos y algunos árboles, de modo que sólo el fondo del valle carecía de vida. Allí, al fin, descansaron los Ranyhyn. Estremeciéndose y resoplando, bebieron del agua de un arroyo.

Los Amos, ignorando su propio cansancio, fueron inmediatamente en busca de *amanibhavam*. Poco después regresó Shetra, llevando en cada mano un puñado de la hierba curadora de caballos. Mientras atendía a los Ranyhyn, Hyrim fue en busca de más hierba. Sólo cuando todos los grandes caballos hubieron comido *amanibhavam*, los Amos se permitieron descansar.

Entonces los Guardianes de Sangre se concentraron en la tarea de construir una balsa. Los únicos árboles lo bastante resistentes para crecer en el valle eran tecas, y en un bosquecillo cercano tres de los árboles más altos estaban muertos. Sus troncos de palo de hierro mostraban lo que les había sucedido: al rebasar un determinado tamaño, sus raíces habían profundizado hasta tocar suelo empapado por las aguas del río, y por ello habían muerto.

Utilizando hachas y cuerdas de *clingor*, los Guardianes de Sangre fueron capaces de derribar aquellos tres árboles. Dividieron cada uno de los troncos en cuatro maderos de aproximadamente la misma longitud. Una vez transportados los troncos a la orilla de la Corriente, empezaron a afianzarlos con tiras de *clingor*.

La tarea fue lenta, porque los maderos de palo de hierro tenían un tamaño y un peso considerables, y los Guardianes de Sangre trabajaron meticulosamente para asegurar la resistencia de la balsa. Como eran quince, el trabajo progresó a pesar de su dificultad y, poco antes del mediodía, la balsa quedó terminada. Una vez preparados varios palos que servirían como remos, estuvieron dispuestos para proseguir la marcha.

Los Amos se prepararon también. Tras dedicar unos momentos a compartir su concentración mental, se despidieron ceremoniosamente de los Ranyhyn. Luego bajaron a la orilla de la Corriente y dijeron a Korik que lanzara la balsa al agua.

Dos Guardianes de Sangre ataron cuerdas a la balsa mientras los otros tomaban posiciones a sus lados. Juntos izaron los macizos maderos de palo de hierro y echaron

la balsa al río. Ésta osciló en la rápida corriente, pero las dos cuerdas la aseguraron. Cerrin y Sill saltaron a la balsa para comprobar su solidez. Cuando dieron su aprobación, Korik hizo una seña a los Amos para que subieran.

El Ama Shetra saltó a la balsa y en seguida colocó su bastón como una cuña entre los maderos centrales, de manera que pudiera utilizar su poder como timón. El Amo Hyrim la siguió, al igual que los demás Guardianes de Sangre, hasta que sólo quedaron en la orilla los dos que sujetaban las cuerdas. El Ama Shetra empezó a cantar quedamente, invocando al Poder de la Tierra a través de su bastón. Cuando estuvo preparada, hizo una seña a Korik.

A su orden, los dos últimos Guardianes de Sangre saltaron a la balsa cuando ya la corriente la impulsaba. La balsa cabeceó y giró, y la rápida corriente la llevó al centro del río, pero entonces el Ama Shetra recuperó su equilibrio y el poder de su bastón actuó como un timón de madera oropelina en las manos de un Gigante. La balsa se resistió, pero lentamente siguió la dirección que le imponía el Ama. Shetra la pilotó corriente abajo, y poco después los miembros de la misión salían del valle y penetraban de nuevo en el Llano de Saran.

Una vez libre del encajonamiento del valle, la Corriente de la Corrupción fue ensanchándose gradualmente. Luego empezó a serpentear y dividirse en los cursos de agua que cruzaban el Llano, y la corriente se amansó.

Durante el resto de la tarde, el Ama Shetra permaneció en la popa de la balsa, dirigiéndola por las negras aguas. El lecho del río se curvaba y retorció a medida que la corriente de la Corrupción se internaba más en la lujuriente espesura del Llano de Saran. Pequeños afluentes desembocaban en la corriente principal y salían de ella, e islotes rocosos coronados de vegetación empezaron a salpicar el río. Cuando la corriente se hizo más lenta, Shetra utilizó su bastón para impulsar la balsa. Necesitaba ímpetu para navegar por los canales. Al anochecer estaba muy cansada.

Entonces, cuatro Guardianes de Sangre cogieron los palos y empezaron a impulsar la balsa. El crepúsculo dio paso a la noche, y sólo los ojos de los Guardianes, familiarizados con la oscuridad, podían ver lo bastante bien para conducir con seguridad la balsa. El Ama Shetra tomó la comida que Hyrim le preparó en un pequeño fuego de *lillianrill*, y luego se quedó dormida a pesar del hedor y la humedad del río.

Pero al alba volvió al trabajo, remontando la corriente del río con la ayuda de su bastón. Sin embargo, el Amo Hyrim pronto acudió en su ayuda. Se alternaron para propulsar la balsa durante todo el día, y por la noche descansaron mientras los Guardianes de Sangre utilizaban sus palos. De esta manera la misión recorrió la Corriente de la Corrupción hasta el anochecer del duodécimo día. Durante el día el cielo era claro, y a la luz del sol revoloteaban innumerables mariposas. La balsa avanzaba con rapidez. Pero aquella noche, oscuras nubes ocultaron la luna, y la lluvia

empapó a los Amos, impidiéndoles dormir. Korik los llamó, poco antes del alba, y ambos apartaron en seguida sus mantas y se levantaron.

Korik señaló hacia un punto en la oscuridad. Delante de ellos, en un islote cubierto de espesa vegetación, se veía una débil luz. Oscilaba intermitentemente, como un débil fuego de madera húmeda, pero no revelaba nada. Los Amos contemplaron aquella luz mientras la balsa se aproximaba al islote.

—Esa luz es artificial —susurró entonces Shetra—. No puede ser natural en el Llano de Saran.

Los Guardianes de Sangre convinieron con ella. Ninguno de los animales portadores de luz que vivían en el Llano de Saran saldría de su madriguera con la lluvia.

—Vamos al islote —dijo Shetra—. Debemos ver al que ha hecho esa luz.

Korik dio las órdenes. Los Guardianes de Sangre que manejaban los palos maniobraron la balsa de modo que avanzara hacia el islote, A una distancia de diez metros, Doar y Pren saltaron al agua. Se acercaron nadando al islote y desaparecieron bajo unos arbustos. Los que maniobraban la balsa la colocaron de modo que fuera posible saltar fácilmente a la orilla.

El islote era largo y estrecho. Mientras los miembros de la misión flotaban en la balsa, casi al alcance de las ramas bajas de los árboles, la luz se hizo más clara. Era una llama delgada y oscilaba débilmente, como si se tratara de una antorcha, pero no revelaba nada a su alrededor excepto las sombras de los árboles, entre ella y la balsa.

La balsa avanzó un poco más y la luz se extinguió. Los Amos se sobresaltaron y alzaron sus bastones, pero no dijeron nada. Los Guardianes de Sangre maniobraron con sus palos hasta que un lado de la balsa tocó la orilla. En seguida Doar y Pren saltaron a los troncos, llevando entre ellos a un hombre que, al parecer, no podía sostenerse por sí solo.

De inmediato los Guardianes dirigieron la balsa hacia el canal principal. El Amo Hyrim se inclinó para encender una varilla de *lillianrill*.

La antorcha brillaba débilmente bajo la lluvia, pero su luz permitió ver al hombre. Tenía el rostro y los miembros cubiertos de suciedad y la sangre reseca de numerosas pequeñas heridas, cortes y arañazos. Rodeados por la suciedad y la sangre, los blancos de sus ojos fulguraban. Sus ropas, como las heridas y el barro que le cubrían revelaban una larga lucha para sobrevivir en el Llano. Los restos de un uniforme colgaban de su cuerpo en harapos.

Sólo un fragmento de su atuendo estaba intacto. Llevaba un abollado peto metálico, amarillo bajo la mugre, con una insignia negra que lo cruzaba en diagonal.

—¡Por los siete! —exclamó el Ama Shetra—. ¡Un Puño de Guerra!

Cogió al hombre por los hombros, pero en seguida retrocedió, como si el contacto la hubiera quemado.

—¡Melenkurion! —gritó—. ¿Qué te han hecho, Puño de Guerra? ¡Tu cuerpo está helado!

El hombre no dio muestra alguna de haberla oído. Siguió en pie, en el mismo lugar en que le habían dejado Doar y Pren, con la cabeza colgando a un lado. Respiraba con dificultad. No se movía en absoluto, excepto para parpadear a largos intervalos.

Pero Shetra no aguardó su respuesta.

—¡Hyrim, este hombre se está congelando!

Y mientras hablaba cogió su manta y cubrió con ella al Puño de Guerra. El Amo Hyrim transformó su antorcha en una fogata, sobre la que puso a hervir agua en un recipiente de piedra, hasta que estuvo limpia, mientras Shetra hacía sentar al hombre junto al fuego. Le cogió la cabeza para obligarle a tragar un poco de vino de primavera.

El gélido frío de su cuerpo levantó ampollas en los dedos del Ama. Para protegerse las manos, Shetra y Hyrim las envolvieron en mantas y luego tendieron al hombre al lado del fuego y le despojaron de sus harapos. A continuación le lavaron con agua caliente. Cuando estuvo limpio, el Ama Shetra sacó un frasco de piedra que contenía marga antilesiones de entre los pliegues de su túnica, y extendió un poco de barro curativo sobre las peores heridas.

Bajo la lluvia aparecieron las primeras luces del alba. Entonces los Guardianes de Sangre vieron el resultado del trabajo de los Amos. La piel del hombre parecía la de un cadáver. La marga antilesiones permanecía impotente sobre sus heridas. El frío que dominaba su cuerpo no había cedido ni un ápice en intensidad.

Sin embargo, el hombre respiraba y parpadeaba. Cuando los Amos lo cubrieron con la manta y lo irguieron hasta dejarlo sentado, cerró los ojos, los apretó, y un líquido, como lágrimas, empezó a brotar de ellos. Corrió por sus mejillas y formó perlas de hielo en su barba.

—¡Por los Siete! —dijo Shetra— ¡Por los Siete! Está muerto y, sin embargo, vive. ¿Qué le han hecho?

El Amo Hyrim no respondió.

Al cabo de un tiempo, Korik habló en nombre de los Guardianes de Sangre.

—Es Hoerkin, un Puño de Guerra del Ala de Guerra. Mandaba el primer eoman de la décima Eoala. El Ama Superior envió a este grupo para buscar a los Gigantes en Límite del Mar.

—Sí —murmuró Hyrim—. Lo recuerdo. Cuando el Ama Superior vio que su eoman no regresaba, envió a Callindrill y Amatin para que intentaran cruzar el llano de Saran. Veintiún guerreros —el Puño de Guerra Hoerkin y su grupo— todos ellos perdidos. Callindrill y Amatin no encontraron rastro del grupo.

—Hoerkin —dijo el Ama Shetra, dirigiéndose directamente al hombre—. Puño

de Guerra Hoerkin. ¿Me escuchas? ¡Habla! Soy Shetra de Verement, Ama del Consejo de Piedra Deleitosa. Te suplico que hables.

Al principio, Hoerkin no respondió. Luego movió las mandíbulas, y un ruido sordo salió de sus labios.

—Soy *ahamkara*, la Puerta. He sido enviado...

Las lágrimas le impidieron seguir hablando.

—¿Enviado? ¿La puerta? —inquirió Shetra—. ¡Habla, Hoerkin!

El Puño de Guerra no parecía oírla. Permanecía sentado en silencio, mientras las lágrimas formaban cúmulos de hielo en su barba.

Entonces intervino el Amo Hyrim.

—¡Responde, *ahamkara*! —le ordenó.

Hoerkin tragó saliva y habló.

—Soy *ahamkara*, la Puerta. He sido enviado para atestiguar... —Se interrumpió de nuevo, pero poco después prosiguió—: He sido enviado para atestiguar la caída de los Gigantes.

Korik habló de nuevo en nombre de los Guardianes de Sangre.

—¡Mientes!

El Ama Shetra se abalanzó hacia Hoerkin. Sin hacer caso del dolor, le cogió el rostro y gritó:

—¡Despreciativo!

El hombre gritó y se libró de ella. Acurrucado, con el rostro contra los maderos de la balsa, sollozó como un chiquillo.

Shetra, conmovida, se apartó de él. Permaneció esperando al lado del Amo Hyrim. Transcurrió largo rato antes de que Hoerkin se moviera. Luego adoptó su postura anterior. Las lágrimas seguían corriendo hasta su barba.

—... la caída de los Gigantes. Había tres, hermanos de un solo parto. Presagio del fin. Sirven a Corazón de Satán Aplastaalmas.

Se interrumpió de nuevo, y al cabo de un momento Korik volvió a hablar.

—Esto es imposible. Los Gigantes de Límite del Mar son los Hermanos Piedra del Reino.

Hoerkin no replicó. Seguía sobre los maderos de la balsa, como un montón de arcilla. Pero pronto habló otra vez.

—... almas. Se llaman Descuartizador, Puño de Satán... y el otro no puede ser nombrado.

Tragó saliva otra vez y añadió:

—Son los tres Delirantes.

La misión permaneció un momento en silencio. Luego Hyrim y Shetra se esforzaron para obligar a Hoerkin a decir más. Pero él no volvió a abrir los labios.

Finalmente, el Ama Shetra preguntó a Hyrim:

—¿Qué te parecen sus palabras? ¿Qué sentido ves en ellas?

—Creo que dice la verdad —respondió el Amo Hyrim—. Es un presagio del fin.

—No —dijo Korik—. Es imposible, por el Voto.

—No jures aquí por tu Voto —dijo rápidamente Hyrim.

El reproche estaba justificado. Los Guardianes de Sangre no ignoraban su significado. Korik no volvió a hablar, pero el Ama Shetra dijo:

—Estoy de acuerdo con Korik. No es posible creer que un Delirante puede hacerse dueño de ningún Gigante. Si el poder del Despreciativo llegara tan lejos, ¿por qué no esclavizó a los Gigantes en el pasado?

—Eso es cierto —dijo el Amo Hyrim—. Los Delirantes no bastan. No son suficiente explicación. Pero ahora el Amo Execrable está en posesión de la Piedra Illearth, lo cual no sucedía en la era de los Antiguos Amos. Quizá los Delirantes y la Piedra juntos...

—¡Hyrim, estamos hablando de los Gigantes! Si semejante maldad se hubiera abatido sobre ellos, nos habrían avisado.

—Sí —convino el Amo Hyrim—. ¿Cómo lo harían?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo se lo impidieron? ¿Qué les han hecho?

—¿A ellos? —replicó el Ama Shetra—. Haz una pregunta más inmediata. ¿Qué le han hecho a Hoerkin? ¿Qué nos han hecho a nosotros?

—Así es cómo actúa el Despreciativo. Nos han dicho que en la batalla de la Fustaria Alta lesionó a la Heredera Llaura y al niño Pietten a fin de que ayudaran a destruir lo que amaban.

—Estaban acostumbrados a caer en la trampa. ¡Hyrim, nos están tendiendo una trampa!

No esperó respuesta. Saltó a la popa de la balsa, introdujo su bastón entre los troncos y empezó a cantar. La energía corrió por el palo de hierro y la balsa avanzó bajo la lluvia.

—¡Ven aquí! —gritó el Amo Hyrim—. ¡Debemos huir de este lugar!

El Amo Hyrim se incorporó con dificultad.

—En la Fustaria Alta, Llanura y Pietten no eran necesarios para completar la trampa. Fueron una arrogancia, una burla innecesaria.

Mientras hablaba, notó que la respiración hacía que le doliera el pecho. La dificultad para inhalar le tensaba los músculos del cuello.

Tampoco los Guardianes de Sangre podían respirar con facilidad.

Poco después, Hyrim cayó de rodillas, apretándose el pecho. El Ama Shetra jadeaba por el esfuerzo que hacía para respirar.

La lluvia que caía en el río no parecía producir sonido alguno.

Entonces el Puño de Guerra Hoerkin se puso en pie de un salto. Salió de sus

labios un sordo gemido de dolor, un sonido terrible. Echó la cabeza atrás y el sonido se intensificó hasta transformarse en un grito.

Era el mismo grito que había causado el pánico de los Ranyhyn.

Korik fue el primer Guardián de Sangre que recobró sus fuerzas. De inmediato dio un empujón a Hoerkin, arrojándolo de la balsa. El Puño de Guerra se hundió como una piedra y cesó el grito.

Sin embargo, el espesor de la atmósfera aumentaba. Oprimía a los miembros de la misión como un puño.

Haciendo un esfuerzo, el Amo Hyrim se puso en pie.

—¿Apagaste su fuego? —preguntó jadeando a Doar—. ¿El fuego de Hoerkin?

—No —dijo Doar—. Se apagó cuando le cogimos.

—¡Por los Siete! —exclamó Hyrim—. ¡Erais vosotros! ¡Los Guardianes de Sangre! No los Ranyhyn. Esta fuerza maligna os escucha a vosotros... ¡al poder del Voto!

Los Guardianes de Sangre no podían responder. El Voto no era algo que pudiera ser ocultado o negado.

Pero el Ama Shetra estaba sorprendida. Su energía dejó de impulsar la balsa.

A una orden de Korik, los cuatro remeros cogieron sus palos y empujaron la balsa hacia la orilla norte de la Corriente. Deseaba enfrentarse en tierra al ataque, si era posible. Delegó la responsabilidad de la balsa en los remeros y llamó a los demás Guardianes de Sangre para defender a los Amos.

En aquel instante, el río pareció entrar en erupción. Las aguas se alzaron en silencio, elevando la balsa y volcándola.

Tras aquella conmoción, un tentáculo negro surgió del agua, retorciéndose, enroscándose, y se apoderó del Ama Shetra.

La mayoría de los Guardianes de Sangre cayeron lejos de la balsa volcada, pero Sill y el Amo Hyrim quedaron bajo ella.

Korik nadó con Pren y Tull hacia el lugar donde el tentáculo había atrapado al Ama Shetra, pero las aguas negras les cegaban. No podían ver ni encontrar nada. El río podía carecer de fondo.

Korik tomó una decisión. La misión a Límite del Mar estaba en sus manos. En un tono que no admitía réplica, ordenó a los Guardianes de Sangre que salieran de la Corriente.

Pronto se halló en la orilla norte, al borde de la jungla. La mayoría de los demás Guardianes de Sangre estaban con él. Sill y el Amo Hyrim les habían precedido. El Amo estaba ileso; Sill le había protegido de la balsa.

Río abajo, dos de los remeros estaban amarrando la balsa, mientras los otros dos buceaban para buscar las provisiones de la compañía.

No había signo alguno de Cerrin y el Ama Shetra.

Hyrim tosía fuertemente, pues había tragado un poco de agua fétida, pero logró ponerse en pie y gritó con voz ronca:

—¡Salvadla!

Los Guardianes de Sangre no hicieron movimiento alguno para obedecerle. La misión a Límite del Mar estaba en sus manos, y sabían que Cerrin aún estaba vivo. Podía llamarles en su ayuda, si creía que valía la pena hacerlo.

—Lo intenté —jadeó Hyrim—, pero no sé nadar. Es inútil.

Su cuerpo se convulsionó. Alzó los brazos y gritó a la lluvia:

—¡Shetra!

Un estallido de energía brotó de su bastón y se precipitó al agua. Entonces el Amo se derrumbó en brazos de Sill.

La llamarada de su bastón pareció tener efecto. Las aguas, alrededor del punto donde había desaparecido el Ama Shetra, empezaron a hervir. Un remolino en el agua despidió trozos de sangre coagulada y fragmentos de carne ennegrecida. El vapor se alzaba de la corriente. En lo profundo de la Corriente de la Corrupción fue visible por un instante un resplandor azulado.

Entonces un ruido, como un trueno, hizo vibrar el suelo. Se oyó un siseo en el río y el espesor de la atmósfera desapareció, como si un invisible manotazo lo hubiera desprendido del Llano de Saran.

Los Guardianes de Sangre supieron que Cerrin había muerto.

Sólo apareció una señal de la lucha del Ama Shetra. Porib fue el primero en verla y se sumergió en el río para recogerla. Silenciosamente depositó el objeto en manos del Amo Hyrim... Era el bastón del Ama Shetra.

Entre los extremos forrados de metal, la madera estaba completamente quemada y quebradiza. Se partió como una ramita en las manos de Hyrim.

El Amo se apartó de Sill y fue a sentarse con la espalda contra un árbol. Las lágrimas se deslizaban incontroladas por sus mejillas mientras apretaba contra su pecho los restos del bastón de Shetra.

Pero el peligro no había terminado. El Voto de Korik le obligó a interrumpir al Amo en su dolor.

—El que nos acecha no ha muerto —le dijo—. Aquí sólo ha sido rechazado. Debemos seguir adelante.

—¿Seguir? —dijo Hyrim—. ¿Adelante? Shetra ha muerto. ¿Cómo podemos seguir adelante? Desde el principio temí que vuestro Voto fuera una voz que podría oír la maldad en el Llano de Saran. Pero no dije nada. —El tono de su voz estaba lleno de amargura—. Creí que hablaríais de ello si mi temor estuviera justificado.

Tampoco esta vez los Guardianes de Sangre podían responder. No habían sabido más allá de la duda o la posibilidad de error que el Acechante estaba alertado de su presencia. Y existían muchas manifestaciones de poder que en realidad no eran lo que

parecían ser. Respetando el dolor del Amo, el Guardián de Sangre le dejó solo mientras se reunía con sus hombres para preparar la balsa y partir de nuevo.

Los remeros habían podido salvar los palos y los alimentos, la mayor parte del *clingor* y las varillas de *lillianrill*, pero no las ropas y mantas. La balsa estaba intacta.

Entonces Korik habló a Runnik, Pren y Porib, encargándoles que llevaran la noticia de los acontecimientos al Ama Superior Elena. Los tres aceptaron la orden sin discutirla, pero esperaron la partida de la misión antes de emprender su viaje hacia el oeste.

Cuando todo estuvo preparado, Korik y Sill levantaron al Amo Hyrim y le condujeron como a un niño hasta la balsa. No parecía estar bien. Tal vez el agua del río que había tragado le había hecho enfermar. Mientras los remeros empujaban la balsa hacia el centro de la Corriente, el Amo musitó para sí: «Éste no es el fin. Habrá tanto dolor y muerte que esto no será nada. Hyrim, hijo de Hoole, eres un cobarde».

Los miembros de la misión se perdieron de vista río abajo.

Runnik, Pren y Porib emprendieron juntos la marcha por la jungla del Llano de Saran.

Sólo quedaban brasas de la fogata, y sin la luz del fuego Troy no podía ver nada..., nada que neutralizara las imágenes de muerte y aflicción que llenaban su mente. Sabía que debía hacer a Runnik ciertas preguntas, pero en la oscuridad no parecían importantes. Le consternaba pensar que la caída de Shetra había tenido lugar diez días atrás. Tenía la impresión de que acababa de suceder.

Los Amos que estaban a su lado permanecían inmóviles, en silencio, como si estuvieran aturdidos o en comunión mental. También Covenant estaba silencioso, demasiado conmovido para hablar. Pero al cabo de algún tiempo, Elena habló con voz estremecida por la emoción:

—¡Ah, Verement! ¿Cómo podrás soportarlo?

En la oscuridad sus ojos parecían brasas, su aspecto reflejaba una insoportable ansiedad.

Quedamente, el Amo Mhoram se puso a cantar.

*La muerte pasa...
lo que forma la vida y el tiempo de la vida.
Odia la agonía y el crimen, no la muerte.
Contente, corazón:
no recrimines.
Retén la paz y la pena,
y cálmate.*

MADERA DELEITOSA



Al caer la noche del sexto día, la compañía del Ama Superior llegó a la Raat de la Ciencia. Durante las últimas leguas, el camino fue descendiendo gradualmente hacia las tierras bajas de Fidelia y, cuando el sol empezaba a aparecer sobre las Montañas Occidentales, los jinetes penetraron en el ancho Valle de los Dos Ríos.

Allí los ríos Rill y Llurallin se unían formando una ancha V con el vértice en el extremo del valle, a la izquierda de los jinetes. El río Llurallin que fluía hacia el este, por debajo de ellos, tenía su nacimiento en unos manantiales cristalinos situados entre las rocas desnudas de las altas montañas detrás de la Quebrada de los Guardianes, y su pureza era tal que no había podido ser empañada por toda la sangre, la carne despedazada y la tierra abrasada que habían arruinado Kurash Plenethor. Ahora, generaciones después de la Profanación, fluía con la misma claridad impoluta que le había dado su antiguo nombre, el Llurallin.

Al otro lado del valle estaba el río Rill, límite meridional de Fidelia. Al igual que el Maerl, el Rill había mejorado mucho gracias a la continua labor de los Amos, y las aguas que fluían desde el Valle de los Dos Ríos ya no merecían el nombre de río Gris.

En el centro del valle, en el amplio centro de la V que formaban los ríos, se hallaba Madera Deleitosa, la ciudad arbórea de la Raat.

Era un árbol inmenso, como una higuera de Bengala de innumerables ramas. Gracias a las invocaciones y la fortaleza obtenidas con el conocimiento de la Segunda Ala y el Bastón de la Ley, el árbol había crecido hasta alcanzar la altura de un poderoso roble, y las raíces que hundía en el suelo eran gruesas como cables marinos, y las ramas anchas como aceras, raíces que formaban nuevos troncos con nuevas ramas y otras raíces... y que se extendían por el valle hasta que el núcleo central del primer árbol estaba rodeado por otros seis, todos ellos entrelazados, formando parte unos de otros, y todos ellos fruto de una sola semilla.

Una vez se establecieron aquellos siete troncos, los cuidadores del árbol impidieron que más raíces colgantes llegaran al suelo, y con los gruesos haces tejieron cámaras y habitaciones, hogares y lugares tranquilos para los estudiantes y los maestros de la Raat. Otros tres árboles habían sido entretejidos de manera similar antes de que sus raíces llegaran al suelo, de manera que ahora sus troncos contenían cavidades lo bastante grandes para utilizarlas como salas de reunión y bibliotecas. En el terreno protegido debajo de los árboles había jardines y campos de prácticas, zonas

de adiestramiento para los estudiantes tanto del Bastón como de la Espada. Y por encima de las macizas ramas principales de los árboles habían sido dispuestas adecuadamente ramas más pequeñas para formar viviendas con techumbre de hojas y plataformas al aire libre.

Madera Deleitosa era una ciudad próspera, bien surtida por las fértiles tierras bajas de Fidelia, y la Raat de la Ciencia estaba más ocupada ahora que en cualquier otra época de su historia. Los Guardianes de la Ciencia y los aprendices de la Espada y el Bastón realizaban todo el trabajo de la ciudad: cocinaban, se ocupaban de los cultivos y el ganado y limpiaban; pero no eran sus únicos habitantes. Un grupo de *lillianrill* vivía allí para cuidar del propio árbol. Llegaban visitantes desde todos los lugares del Reino. Los pueblos enviaban emisarios en busca de conocimientos, los cuales impartían los Guardianes de la Ciencia. Los Estigmatizados iban para estudiar el Árbol, y los Gravanélicos utilizaban Madera Deleitosa como residencia desde la cual podían ir a visitar los jardines rocosos. En cuanto a los Amos, trabajaban allí para mantener las promesas que habían hecho al Reino.

Mientras los jinetes, desde la altura en que se hallaban, contemplaban el árbol, sus anchas y satinadas hojas reflejaban el fuego rojizo y anaranjado del sol, de modo que parecían arder orgullosamente por encima de las sombras que se extendían por todo el valle. Los miembros de la compañía respondieron a aquella espectacular panorámica dando alegres vivas. Azuzando a sus monturas con los talones galoparon cuesta abajo hacia el vado del Llurallin.

En la época en que Madera Deleitosa estaba en crecimiento, los Amos habían tenido muy en cuenta su defensa. Habían dispuesto solamente dos vados para todo el valle, en cada uno de los ríos respectivamente, y los lechos de los vados estaban sumergidos; era preciso elevarlos antes de que pudieran ser usados. Todos los miembros de la compañía, excepto Covenant, tenían el necesario conocimiento y habilidad para vadear el río, por lo que Troy se quedó vagamente sorprendido cuando Elena hizo que el grupo se detuviera en la orilla del río, y pidió seriamente a Trell que abriera el vado. Troy comprendió que le estaba haciendo un honor al Gravanélico, pero no sabía por qué. Aquel gesto profundizaba el misterio de Trell.

Sin responder a la mirada de Elena, Trell desmontó y se acercó a la orilla del Llurallin. Al principio parecía como si desconociera el secreto del vado. Troy había aprendido algunas palabras en una lengua extraña y un par de gestos para levantar el vado, pero Trell no utilizó nada de esto. Permaneció de pie ante la orilla como si se estuviera presentando a la profunda corriente y empezó a entonar un cántico retumbante y críptico. Los restantes miembros de la compañía lo observaban inmóviles y en silencio. Troy no podía comprender las palabras del cántico, pero experimentó sus efectos. Su sonido era antiguo, profundo, cavernoso, como si las entonara el lecho rocoso del valle. Por un momento, aquella entonación le hizo sentir

deseos de llorar.

Pero pronto se interrumpió la canción de Trel. Alzó los brazos en silencio y la roca llana del vado se alzó desde el fondo del río, dividiendo el agua en secciones con canales entre ellas, a fin de no represar la corriente. Cuando estuvo preparada para que la cruzaran, la roca estaba tan seca como si nunca hubiera estado sumergida.

Con la cabeza inclinada, Trel regresó a su montura.

Después de que el último caballo hubo cruzado el río y toda la compañía estuviera dentro del valle, el vado se cerró por sí solo, sin hacer patente ninguna de las señales.

Troy estaba impresionado. Recordando el ataque de Trel a Covenant, pensó que el Incrédulo tenía suerte de estar con vida, y empezó a sentir que sería conveniente resolver el acertijo que encarnaba Trel antes de abandonar Fidelia.

Sin embargo, no podía hacer nada de inmediato. La última luz del crepúsculo se desvanecía en el valle, como si las corrientes del río se llevaran la luz, y tenía que concentrarse para no perder su orientación. Los Guardianes de la Ciencia habían encendido antorchas, pero su luz no podía sustituir a la del sol. Con todos los sentidos alerta, cabalgó entre el Amo Mhoram y Ruel por el valle en dirección a Madera Deleitosa.

Un grupo de Guardianes de la Ciencia recibió a la compañía del Ama Superior en el terreno cercano al Árbol. Saludaron a los Amos con solemne dignidad y abrazaron a sus camaradas que regresaban de visitar las Defensas de los Amos. Dieron una bienvenida especial al Signo General Troy, a quien conocían bien. Pero cuando vieron a Covenant, todos se volvieron hacia él. Cuadrando los hombros, como para someterse a una inspección, le saludaron y dijeron al unísono:

—¡Salve, poseedor del oro blanco! Tú, a quien llaman ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y Barón del Anillo. ¡Sé bienvenido a Madera Deleitosa! Tú eres el quid y el fundamento de nuestra era en el Reino, el poseedor de la magia indomeñable que destruye la paz. Hónranos aceptando nuestra hospitalidad.

Troy esperaba algún desagradable sarcasmo por parte de Covenant, pero éste replicó con voz ronca y azorada.

—Vuestra hospitalidad me honra.

Los Guardianes de la Ciencia respondieron con una reverencia, y su jefe dio un paso adelante. Era un hombre viejo y arrugado, con los ojos hundidos y la espalda encorvada a consecuencia de su dedicación al estudio durante décadas. La edad daba un ligero temblor a su voz.

—Soy Corimini —dijo—, el más anciano de la Raat. Hablo en nombre de todos los investigadores de la Ciencia, tanto del Bastón como de la Espada. La aceptación de un regalo da honor a quien lo hace. Sé bienvenido.

Mientras hablaba, tendió la mano a Covenant para ayudarle a desmontar.

Pero Covenant, por una mala interpretación del gesto u obedeciendo a un impulso instintivo, en vez de bajar de su montura, se quitó bruscamente la alianza matrimonial del dedo y la depositó en la palma extendida de Corimini.

El anciano retuvo el aliento y una expresión de asombro se reflejó en su mirada. Casi al instante se volvió para mostrar el anillo a los demás Guardianes de la Ciencia. Con quedos murmullos de admiración reverencial, como retazos de plegarias, rodearon a Corimini para contemplar el oro blanco y tocarlo con dedos temblorosos.

Pero no lo tocaron durante mucho tiempo. En seguida Corimini se volvió hacia Covenant. Los ojos del anciano estaban húmedos de emoción y su mano temblaba al devolverle el anillo al Incrédulo.

—Ur-Amo Covenant —dijo con un pronunciado estremecimiento en su voz—, tu autoridad nos rebasa. Será necesario el paso de muchas generaciones para recompensar este honor. Ordénanos y te serviremos.

—No necesito que me sirváis —dijo bruscamente Covenant—. Lo que necesito es una alternativa. Encontrad alguna manera de salvar el Reino sin mí.

—No te comprendo del todo —dijo Corimini—. Dedicamos todas nuestras fuerzas a la preservación del Reino. Si eso puede servirte de ayuda, nos complacerá. —Enfrentándose a la compañía de los Amos, les preguntó—: ¿Entraréis con nosotros en Madera Deleitosa? Os hemos preparado alimento y diversiones.

El Ama Superior Elena respondió con un amable gesto y bajó del lomo de Myrha. El resto de los jinetes desmontaron en el acto. De inmediato, un grupo de estudiantes salió precipitadamente de las sombras del Árbol para hacerse cargo de los caballos. Luego escoltaron a la compañía a través del recinto bajo los árboles, hacia el árbol central. Muchas luces se habían encendido en Madera Deleitosa, y su iluminación combinada le permitía a Troy ver un poco mejor. Ya podía encaminar con seguridad sus pasos, entre los Amos, y alzar la vista hacia las ramas de aquella ciudad arbórea, que era para él querida y familiar. En cierto modo, allí se sentía más a gusto que en las Defensas de los Amos. En Madera Deleitosa había aprendido a ver.

Tuvo la impresión de que Madera Deleitosa también complacía mucho al Ama Superior. El gran árbol y Elena estaban inextricablemente unidos para él. Gozaba al presenciar la mezcla de autoridad y gentileza que irradiaba el Ama Superior, y sintió una oleada de satisfacción al verla subir con gráciles gestos la ancha escala del árbol central. Bajo la influencia de aquellas sensaciones, tuvo ánimos suficientes para dirigir a Covenant unas palabras de aliento cuando el Incrédulo evidenció su temor a las alturas al pie del gran tronco.

—No comprendes —respondió Covenant vagamente—. Las alturas me dan miedo.

Con gestos nerviosos, se aferró a los escalones. Bannor se situó detrás de él, responsabilizándose de la seguridad del ur-Amo. Pronto llegaron al nivel de las

primeras ramas.

Troy ascendía fácilmente tras ellos. La suave y fuerte madera de los escalones le hacía sentir que no podría dar un paso en falso. Casi parecían elevarle, como si Madera Deleitosa estuviera ansiosa de recibirlo. Pronto se halló a considerable altura y abandonó la escala para adentrarse en una de las principales ramas de la ciudad. Los que dieron forma a Madera Deleitosa habían dispuesto el árbol de manera que las superficies superiores de las ramas fueran planas, y el tramo por el que Troy caminaba era lo suficientemente ancho para que pudieran estar de pie tres o cuatro personas una al lado de otra. Mientras avanzaba iba saludando a la gente que conocía..., en su mayoría Guardianes de la Ciencia de la Espada y algunos estudiantes cuyas familias vivían en las Defensas de los Amos.

La procesión de los Amos cruzó una intersección en la que se reunían varias ramas y, más allá, pasaron a uno de los troncos exteriores. Este tronco contenía una gran sala, y Troy vio que había sido dispuesta para un banquete. Antorchas de *lillianrill* iluminaban la cámara; largas mesas con alfombras de musgo entre ellas cubrían el suelo, y estudiantes de todas las edades iban de un lado a otro, llevando bandejas cargadas de escudillas humeantes y jarras.

Troy encontró allí a Drinishok, anciano con grado de Espada de la Raat y el primer maestro en artes guerreras que tuvo el Signo General. Sus miembros delgados y sus finos dedos, como patas de insecto, no parecían lo bastante robustos para manejar una espada o un arco, pero tres Amos y las tres cuartas partes del Ala de Guerra de Troy se habían adiestrado bajo la supervisión de aquel anciano, y sus bronceados antebrazos presentaban muchas cicatrices blancas, recuerdos de heridas de guerra. Troy saludó calurosamente a su antiguo maestro y, tras el acostumbrado ceremonial del Reino para agradecer los alimentos, se sentaron para iniciar el festín.

La comida de Madera Deleitosa era sencilla pero excelente, y el placer de su frescura y su aroma compensaba su falta de complejidad. Pusieron ante los Amos y los Guardianes de la Ciencia abundantes carnes, arroz, quesos, pan, frutas y vino de primavera. Animados por el calor de la bienvenida que les habían dado en Madera Deleitosa, todos comieron con entusiasmo, hablando y bromeando continuamente con sus anfitriones y los atareados estudiantes. Luego, una vez finalizada la comida, el Ama Superior Elena presidió el espectáculo que habían preparado los estudiantes. Los campeones de la Espada hicieron demostraciones gimnásticas y manejo de la espada, y los aprendices del Bastón contaron un extraño relato extraído de una antigua leyenda gigantina, la historia de Bahgoon el Insoportable y Thelma Dospuños, que le había domado. Era la primera vez que Troy lo oía y le encantó.

Troy no deseaba perder su alegre talante, por lo que, cuando los Amos abandonaron la sala con los Guardianes de la Ciencia para comentar con ellos las noticias que les había dado Runnik del Llano de Saran, no les acompañó. Por el

contrario, aceptó la invitación de Drinishok y fue a pasar la noche en el hogar del anciano con grado de Espada.

En lo alto de uno de los árboles externos, en una cámara entretejida de hojas y ramas, estuvo largo tiempo con Drinishok, bebiendo vino de primavera y hablando de la guerra. Drinishok estaba excitado por la perspectiva de la batalla, y confesó que sólo la necesidad que tenía Madera Deleitosa de una fuerte defensa le impedía marchar con el Ala de Guerra. Como siempre, mostró una rápida comprensión de las ideas del Signo Superior, y cuando al fin Troy se dispuso a acostarse sólo había una cosa que empañaba su satisfacción, y era el misterio de Trel.

La brisa que soplaba entre las ramas arrulló a Troy, y concilió un profundo sueño. Se despertó al romper la mañana, sintiéndose deseoso de enfrentarse al nuevo día. Le hizo gracia, aunque no le sorprendió, comprobar que su anfitrión ya se había levantado y salido antes que él. Conocía el horario riguroso de la Raat de la Ciencia. Se bañó, vistió y calzó sus botas altas sobre las medias negras; y se ajustó cuidadosamente la cinta de la cabeza y las gafas de sol. Tras un rápido desayuno, dedicó algunos momentos a pulir el peto y la brillante espada de ébano. Cuando estuvo adecuadamente ataviado como Signo General del Ala de Guerra de los Amos, abandonó la cámara de Drinishok, pasó al árbol central y empezó a subir hacia la atalaya de Madera Deleitosa.

En una pequeña plataforma situada entre las ramas superiores del Árbol, se hallaban dos estudiantes que montaban guardia. Troy se paró a hablar con ellos, a la par que respiraba el fresco aire otoñal y escrutaba en toda su extensión el Valle de los Dos Ríos. Al oeste podía ver las cumbres nevadas de las montañas. No era prudente, buscaba el peligro, amaba las fértiles colinas de Fidelia y quería fijarlas en su mente para no olvidarlas jamás. Si algo malo le acaecía durante la guerra que se avecinaba, quería estar seguro hasta el mismo final, hasta la muerte o la ceguera, de que había visto realmente aquel lugar.

Estaba todavía en la atalaya cuando oyó la señal para la reunión en la Raat.

Se despidió de los dos estudiantes e inició el camino. Pronto llegó al amplio recinto sin techumbre del lugar de reunión. Estaba en lo alto de la ciudad, en un andamio formado por cuatro gruesas ramas que irradiaban del tronco central. Allí los constructores de Madera Deleitosa habían tejido una inmensa red de raíces, colgándola alrededor del tronco central. Era una especie de nido enorme que se apoyaba en las cuatro ramas y estaba anclado por medio de las raíces en cada uno de los seis árboles exteriores. El resultado era el *viancome*, un lugar de reunión lo bastante grande para contener a la mitad de la población de la ciudad. La gente se sentaba en las raíces, con los pies colgando entre las mallas de aquella red.

Estas mallas o aberturas rara vez superaban los treinta centímetros cuadrados, pero convertían al *viancome* en una dura experiencia para los visitantes inexpertos.

En cambio, los habitantes de Madera Deleitosa se movían e incluso corrían ágilmente sobre la red. El Signo General Troy, con el cuidado del ciego, andando cautelosamente, pudo trasladarse con seguridad desde el tronco central para reunirse con Drinishok y los demás Guardianes de la Ciencia de la Espada, que formaban un grupo en uno de los extremos de la red.

El Ama Amatin ya estaba allí, hablando animadamente con varios Guardianes de la Ciencia del Bastón y estudiantes avanzados. La mayoría de los Guardianes de Sangre estaban apostados alrededor del borde de la red, y los habitantes de Madera Deleitosa pasaban por su lado en flujo constante. Al reunirse con Drinishok, Troy pudo ver al Amo Mhoram que cruzaba la enorme bolsa en dirección a Amatin. Si el *viancome* le causaba alguna inquietud, no lo mostraba. Avanzaba audazmente de una raíz a otra, con su bastón apoyado en el brazo doblado.

Pronto llegó el Ama Superior, en compañía del anciano con grado de Espada, Asuraka. Troy se sorprendió un poco, pues había esperado verla con Corimini, el más anciano de la Raat, pero cuando Corimini entró en el recinto le acompañaba el ur-Amo Covenant, y Troy comprendió lo que había ocurrido. En la Raat consideraban a Covenant por encima de Elena, y así el más alto honor de hospitalidad de Madera Deleitosa, la invitación del más anciano, había recaído en el Incrédulo. Esto irritó a Troy, pues le disgustaba ver al Ama Superior disminuida en beneficio de Covenant. Pero se consoló al ver, por la expresión con que Covenant miraba la red y el abismo debajo, la angustia que le producía hallarse a semejante altura y en un recinto que parecía tan frágil.

Poco después, todos los Guardianes de la Ciencia habían ocupado sus lugares. Los lados del *viancome*, y las ramas situadas por encima, estaban atestados con los habitantes de Madera Deleitosa. Covenant se aferró a una raíz, sobre una de las ramas de apoyo, y Bannor se agachó protectoramente cerca de él. Los Amos y el Signo General Troy se sentaron en abanico con los ancianos Guardianes de la Ciencia, de cara al sur, y Corimini permaneció en pie ante ellos, mirando al exterior, por encima de los reunidos, con una expresión de dignidad. Una vez que todos los reunidos estuvieron quietos, callados y expectantes, Corimini dio comienzo a las ceremonias de la reunión.

El anciano y el Ama Superior intercambiaron los saludos tradicionales, y se dirigieron respectivamente canciones rituales de invocación que consideraban apropiadas para la finalidad de la reunión. La solemne actitud con la que iban alternándose en el canto creaba una atmósfera de seriedad en el *viancome*, envolvía a todos los presentes, como si los entretajara en la sombría y maravillosa historia del Reino. Bajo la influencia de las ceremonias, Troy era casi capaz de olvidar que la mitad de lo que se decía y cantaba estaba destinado a honrar al portador del oro blanco.

Pero Covenant no parecía, por su aspecto, sentirse honrado. Permanecía sentado en una postura rígida, como si alguien apoyara en su espina dorsal la punta de un cuchillo.

Al finalizar la última canción, Corimini miró en silencio a Covenant, dando al Incrédulo una oportunidad de hablar. Pero la feroz mirada que le devolvió Covenant casi hizo estremecerse al anciano, el cual apartó la vista y se dirigió a los demás dignatarios del Reino.

—Ama Superior Elena, Amos Mhoram y Amatin, Signo General Troy, sed bienvenidos al *viancome* de Madera Deleitosa. Somos los miembros de la Raat de la Ciencia, investigadores y servidores de la Ciencia de Kevin. Nos hemos reunido para honraros y para ofreceros la ayuda de todo nuestro conocimiento en la guerra que se aproxima. La preservación del Reino y de la Ciencia está en vuestras manos, como el ministerio del Reino y de la Ciencia está en las nuestras. Si existe alguna forma en que podamos ayudaros, no tenéis más que decírnosla, y dedicaremos todo nuestro esfuerzo a satisfacer la necesidad.

El Ama Superior Elena hizo una profunda reverencia y replicó ceremoniosamente:

—La reunión de la Raat nos honra, como me honra hablar en presencia del pueblo de Madera Deleitosa. —Troy pensó que nunca la había visto tan radiante—. Ancianos, Guardianes de la Ciencia, estudiantes de la Espada y el Bastón, amigos del Reino, amigos míos, en nombre de todos los Amos, os doy las gracias. Jamás seremos derrotados mientras exista semejante fidelidad en el Reino.

»Amigos míos, hay asuntos de los que quisiera hablar. No hablo del peligro que nos trae a Madera Deleitosa. La Ciencia de la Espada no descuidará vuestra defensa, y el Ama Amatin permanecerá con vosotros, para hacer todo cuanto está en manos de un Amo para preservar el Valle de los Dos Ríos.

Empezaron a oírse vivas entre los reunidos, pero ella los interrumpió con una imperiosa mirada y siguió hablando.

—Más aún, no hablo de Pedrarias y Fustarias que serán destruidas por la guerra, ni de las gentes que quedarán sin hogar. Sé que los desposeídos de esta guerra encontrarán aquí todo el consuelo, alivio y gratificación que el corazón humano puede pedir o dar. No hay duda de ello, y no es preciso insistir en este punto.

»Tampoco voy a referirme a la necesidad de dominar la Ciencia de Kevin. Habéis dedicado a ello vuestros mejores esfuerzos, y es mucho lo que habéis conseguido. Tales esfuerzos continuarán, y conseguiréis muchos más logros. Todo ello es seguro gracias a vuestra fidelidad.

»Pero hay otros dos aspectos de los que debo hablar. —Un cambio en la cadencia de su voz mostró que se estaba aproximando a lo esencial de sus motivos para acudir a Madera Deleitosa—. El segundo concierne a un desconocido que ha visitado las

Defensas de los Amos, pero el primero ya os lo indiqué hace un año..., a requerimiento del Signo General Hile Troy. —Ofreció a Troy la oportunidad de hablar, pero él la rechazó con un movimiento de mano, y Elena prosiguió—: Confiamos en que la Raat de la Ciencia haya descubierto una manera de comunicar y recibir mensajes a través de largas distancias. El Signo General cree que eso sería de gran valor en esta guerra.

La mirada de satisfacción de Corimini reveló su respuesta antes de que la pronunciara.

—Ama Superior, hemos descubierto una manera.

Al oír esta noticia, a Troy le dio un vuelco el corazón y aferró la empuñadura de su espada. Su plan de batalla le pareció súbitamente impecable. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa mientras Corimini proseguía:

—Algunos de nuestros mejores estudiantes y Guardianes de la Ciencia se han entregado a esta tarea, auxiliados por los Estigmatizados del *lillianrill*. Con los Estigmatizados y dos estudiantes, el anciano con grado de Bastón Asuraka descubrió que podían comunicarse y oírse mensajes a través del *lomillialor*, la Madera Superior del *lillianrill*. La tarea es difícil y requiere energía..., pero no será imposible para cualquier Amo acostumbrado al Poder de la Tierra. —Indicó con un movimiento de cabeza al anciano con grado de Bastón y añadió—: Asuraka os enseñará el conocimiento. Hemos preparado tres varillas de *lomillialor* para este fin. No hemos podido hacer más, pues la Madera Superior escasea mucho.

Lomillialor. Troy había oído hablar de aquel elemento, que era el paralelo *lillianrill* del *orcrest*, una potente madera blanca arrancada del Árbol Único y con la que Berek Mediamano había construido el Bastón de la Ley. Los Estigmatizados la usaban de la misma manera que los Gravanélicos utilizaban el *orcrest*: para proporcionar la prueba de veracidad. Se decía del *lomillialor* que era una prueba segura de la fidelidad... si la persona sometida a ella no sobrepasaba con mucho la potencia de quien le probaba. Algunos viejos relatos de la visita anterior de Covenant al Reino decían que el Incrédulo había superado una prueba de veracidad a la que había sido sometido en la Fustaria Alta.

Y posteriormente la Fustaria Alta fue destruida.

Mientras Troy se levantaba para unirse a Elena en el agradecimiento por lo que habían conseguido en la Raat, miró a Covenant para ver cómo había recibido la noticia de Corimini.

Por alguna razón, el Incrédulo estaba en pie. Balanceándose un poco, temeroso de la altura, musitó:

—*Lomillialor*. La prueba de la verdad. ¿Vais a confiar en eso?

Troy estuvo a punto de replicarle rudamente, pero algo en el aspecto de Covenant le silenció. Troy se tapó los ojos con una mano, se ajustó las gafas de sol y miró de

nuevo. Seguía viendo algo extraño en Covenant.

El pecho de Covenant parecía agitarse, como las aguas calmas de un charco en las que cae una piedra. El resto de su cuerpo permanecía inmóvil, pero algo trastornaba el centro de su pecho, haciendo que se ondulara.

Troy había visto un efecto como aquél en otra ocasión. Miró rápidamente al Ama Superior, y ella le devolvió una mirada inquisitiva. No había nada extraño en la figura de Elena; aquella oscilación no afectaba a nadie más en el *viancome*, e incluso Covenant no parecía percatarse de ello. Pero los Guardianes de Sangre apostados alrededor del recinto se pusieron en pie y Bannor se situó al lado de Covenant, en una postura de alerta que contradecía la impasible expresión de su rostro.

Entonces Troy vio que aquella zona distorsionada se separaba de Covenant y flotaba lentamente hacia el Ama Superior. En la ocasión anterior en que vio aquello, la aparición fue tan breve, fue tal su evanescencia que la achacó a un engaño de su visión. Pero ahora sabía qué era.

Troy se inclinó ante Corimini y le dijo:

—Perdona la interrupción. Olvidé lo que iba a decir. —Sin aguardar respuesta, se dirigió a Elena. Confiaba en que ella le comprendería a pesar de la indiferencia de su tono—. ¿Por qué no continúas? Hay algo más de lo que querías hablar a la Raat.

Mientras hablaba, avanzó unos pasos en dirección a Elena, como si fuera una expresión natural de deferencia. Por el rabillo del ojo veía aquella especie de espejismo acercándose a ella.

Se volvió para estar más próximo al fenómeno.

Se volvió hacia Covenant, y observó enfáticamente:

—¿Sabes? Es posible que ese oro blanco que posees haya servido para algo después de todo.

En su tono se reflejaba un poco la excitación que sentía.

Al instante siguiente se puso en movimiento. Dio tres rápidos pasos y se arrojó hacia aquella zona oscilante que flotaba en el aire. El fenómeno intentó esquivarle, pero pudo atraparlo a tiempo. Lo golpeó, produciendo un sonido chirriante, y cayó al suelo de la red con aquella cosa entre los brazos. El fenómeno luchaba. Troy podía sentir sus invisibles brazos y piernas, pero él no soltó su presa, sino que la apretó más y más hasta que dejó de resistirse y permaneció inmóvil. Entonces Troy se incorporó y alzó con facilidad el ligero peso del fenómeno entre sus brazos.

—Muy bien, amigo mío —le dijo entre los dientes apretados—. Muéstrate. ¿O prefieres que le pida al Ama Superior que te mida las costillas con el Bastón de la Ley?

Covenant miraba a Troy como si el Signo General hubiera perdido la cabeza. Pero el Ama Amatin le miraba con ansiedad, y el Ama Superior se adelantó, como para sustentar su amenaza.

Entonces se oyó un estallido de risa aguda y juvenil.

—Ah, de acuerdo —dijo una voz incorpórea, burbujeante de jovialidad—. Soy tu prisionero. Tienes una visión sorprendente. Suéltame... No me escaparé.

El aire se arremolinó de súbito, y Amok se hizo visible entre los brazos de Troy. Era el mismo individuo anciano y joven a la vez que había aparecido antes en el Consejo de los Amos, en Piedra Deleitosa.

—¡Salve, Ama Superior! —exclamó alegremente. Cuando Troy le soltó, hizo a Elena una graciosa reverencia, y luego se volvió para inclinarse también ante su captor—. ¡Salve, Signo General! Eres perceptivo... pero brusco. ¿Es ésta la hospitalidad de Madera Deleitosa? —Su tono de broma eliminaba todo reproche de sus palabras—. No era necesario que usaras la fuerza. Aquí estoy.

—Por todos los diablos —murmuró Covenant—. Por todos los diablos.

—¿Tan sorprendido estás? —preguntó Amok con una sonrisa adolescente que parecía iluminar hasta los rizos de su cabello—. Bueno, no está bien que lo diga, pero estoy muy bien hecho. Tú tienes el oro blanco. Por ti he regresado.

Todos los habitantes de Madera Deleitosa se habían puesto en pie cuando apareció Amok, y ahora los Guardianes de la Ciencia formaban un círculo apretado alrededor del Signo General y su cautivo. Corimini y Asuraka, confundidos, interrogaban al Ama Superior. Pero Elena confió el asunto a Amatin, la cual penetró en el círculo y preguntó a Amok:

—¿Por qué has venido?

—Ama, el oro blanco sobrepasa los objetivos para los que fui creado. Noté la señal que llamaba a la acción cuando el *krill* de Loric vibró nuevamente con la energía. Fui a Piedra Deleitosa. Allí supe que el *krill* no había sido reanimado por los Amos de la Ciencia de Kevin. Temí haberme equivocado. Pero ahora he viajado por el Reino y he visto el peligro. He aprendido que el oro blanco despertó el *krill* de Loric, y esto muestra la sabiduría de mi creación. Aunque no se cumplan las condiciones de mi vida, soy consciente de la necesidad que tenéis y por eso aparezco.

—¿Has cambiado? —preguntó Amatin—. ¿Nos darás ahora tu conocimiento?

—Yo soy el que soy. Respeto el oro blanco, pero no he cambiado.

—¿Quién es? —insistió Corimini.

Al responder al anciano, el Ama Superior Elena proporcionó a Amatin un momento para prepararse.

—Es Amok, el portador de conocimiento que está a la espera. Fue creado por el Amo Superior Kevin para... para responder a ciertas preguntas. Kevin pensaba que cuando los que vinieran tras él dominaran el *krill*, estarían preparados para el conocimiento de Amok. Pero no hemos dominado el *krill*. Desconocemos las preguntas.

Al oír esto, todos los miembros de la Raat se quedaron asombrados. Pero Troy

pudo ver que los Guardianes de la Ciencia comprendieron de inmediato la situación mejor que él. Sus ojos brillaban con la certeza de posibilidades que él no acertaba a ver.

A una señal de Corimini, los dos ancianos, Asuraka y Drinishok, penetraron en el círculo y se colocaron uno a cada lado del Ama Amatin, poniendo su conocimiento a su servicio. Ella les dio las gracias y entonces alzó el rostro hacia Amok, con expresión escrutadora, y le preguntó:

—¿Quién eres, extraño?

—Ama, soy lo que ves —respondió críticamente Amok—. Quienes me conocen no tienen necesidad de saber mi nombre.

—¿Quién te creó?

—El Amo Superior Kevin, hijo de Loric, hijo de Damelon, hijo de Berek Corazón Fuerte, el Padre Fundador.

—¿Por qué te creó?

—Espero y respondo. —La abierta sonrisa del muchacho parecía burlarse de la incorrección de las preguntas de Amatin.

Irritado por las escurridizas respuestas de Amok, Drinishok intervino.

—Muchacho, ¿posees un conocimiento que pertenece a la Ciencia de la guerra?

Amok se echó a reír.

—Viejo, yo era viejo ya cuando el engendrador de quien engendró a tu abuelo era un bebé. ¿Tengo aspecto de guerrero?

—Me tiene sin cuidado la edad —replicó bruscamente el anciano—. Te comportas como un niño.

—Yo soy el que soy. Me comporto como me hicieron que me comportara.

El Ama Amatin habló de nuevo, recalcando sus palabras.

—¿Qué eres, Amok?

Amok replicó sin vacilar:

—Soy la Séptima Ala de la Ciencia del Amo Superior Kevin.

Su respuesta dejó en suspenso a todos los presentes. Ambos ancianos se quedaron boquiabiertos, y Corimini tuvo que apoyarse en el hombro de Elena. Un acceso de emoción incontrolada apareció en el rostro del Ama Superior. En las pupilas de Mhoram crepitó un súbito fulgor visionario. Y el Ama Amatin también se quedó boquiabierto..., asombrada o consternada por lo que había descubierto. Incluso Troy, que no había dedicado toda su vida a los misterios de las Alas, perdió el equilibrio y cayó abruptamente, como si su precario apoyo hubiera sido sacudido por algo inescrutable. Entonces se oyó un griterío de júbilo entre los estudiantes. Los Guardianes de la Ciencia se adelantaron ansiosos, como si quisieran asegurarse de la existencia de Amok, tocándole. Y a través de aquel clamor, Troy oyó exclamar al Ama Superior:

—¡Por los Siete! ¡Estamos salvados!

Covenant también la oyó.

—¿Salvados? —preguntó con voz ronca—. ¡Ni siquiera sabes qué es la Séptima Ala!

Elena hizo caso omiso de su observación. Dirigió una sonrisa de agradecimiento al Ama Amatin y luego alzó los brazos para acallar a la asamblea. Cuando el orden volvió de nuevo al *viancome*, tomó la palabra.

—Amok, realmente estás bien hecho. Has tomado una sabia decisión al regresar a nosotros. Ahora el Despreciativo no nos supera en poder tanto como él se imagina.

Haciendo un esfuerzo, Corimini se obligó a recordar su larga experiencia con las inalcanzables Alas. Habló con un hilo de voz trémula.

—Pero todavía ignoramos las preguntas necesarias para obtener su conocimiento.

—Las encontraremos —respondió Elena, en un tono de inequívoca determinación.

Tras una pausa para calmarse, el Ama Amatin reanudó su interrogatorio.

—Amok, las Alas que hemos descubierto contienen diversos conocimientos sobre muchos temas. ¿Ocurre así con la Séptima Ala?

Amok pareció pensar que aquélla era una aguda pregunta. Se inclinó ante ella con tanta seriedad como se lo permitía su alegre espíritu, y replicó:

—Ama, la Séptima Ala tiene muchos usos, pero yo soy la única respuesta.

—¿Qué respuesta eres?

—Soy el camino y la puerta.

—¿En qué sentido?

—Ésa es mi respuesta.

El Ama Amatin miró a Elena y Mhoram, en busca de sugerencias, y Troy aprovechó la oportunidad para preguntar:

—El camino y la puerta, ¿hacia qué?

—Aquéllos que me conocen no tienen necesidad de saber mi nombre —respondió Amok, soltando una risita.

—Sí, lo recuerdo —rezongó Troy—. Y entre quienes no te conocen, tienes el nombre de Amok. ¿Por qué no piensas en algo más que decir?

—Piensa otra pregunta —replicó alegremente el joven.

Troy se retiró, perplejo, y poco después el Ama Amatin estuvo dispuesta para continuar.

—Amok, el conocimiento es el camino y la puerta del poder. El Poder de la Tierra responde a aquéllos que conocen su nombre. ¿Cómo es de grande el poder de la Séptima Ala?

—Es el pináculo de la Ciencia de Kevin —dijo Amok sigilosamente, como si hiciera un chiste sutil.

—¿Puede utilizarse para derrotar al Despreciativo?

—El Poder es poder. Sus usos están en manos de quien lo ostenta.

—Amok —dijo Amatin, pero vaciló un momento. Casi parecía temerosa de su siguiente pregunta. Por fin la formuló resueltamente—: ¿Contiene la Séptima Ala el conocimiento del Ritual de la Profanación?

—Ama, la Profanación no requiere conocimiento. Responde libremente a la mano presta para provocarla.

El Ama suspiró. Luego se volvió a Asuraka y pidió consejo al anciano con grado de Bastón. Asuraka remitió la cuestión a Drinishok, pero éste se hallaba fuera de su elemento y no pudo ofrecerle nada. Obedeciendo a un impulso, el Ama recurrió a Corimini. Ambos hablaron unos momentos en voz baja. Luego arriesgó otra pregunta.

—Amok, las demás Alas enseñan un conocimiento que concierne al poder. ¿Eres tú el poder de la Séptima Ala?

—Soy el camino y la puerta.

—¿Llevas el poder en tu interior? —insistió ella.

Amok pareció considerar un momento si esta pregunta era acertada.

—No —dijo simplemente.

—¿Eres un maestro?

—Soy el camino y la...

De repente, el Ama Amatin tuvo una nueva idea e interrumpió a Amok.

—Eres un guía.

—Sí.

—¿Fuiste creado para enseñarnos la localización de algún conocimiento o poder?

—Podría ser. Mucho es lo que se enseña, pero poco lo que se aprende.

—¿Dónde está el poder?

—¿Dónde pueden estar semejantes poderes? Escondidos.

—¿Qué es ese poder?

El joven se echó a reír y replicó:

—Hay un momento adecuado para cada cosa. Quienes me conocen no tienen necesidad de saber mi nombre.

Dándose por vencida, Amatin se volvió hacia el Ama Superior. La admisión de su derrota daba a su delgado rostro un aspecto de fatiga. A su alrededor, la asamblea de la Raat mostraba con un suspiro la decepción que compartía con Amatin. Pero el Ama Superior se adelantó calmadamente y colocó el Bastón de la Ley ante Amok. En un tono bajo y lleno de confianza, le preguntó:

—¿Me guiarás, Amok?

Amok se inclinó ante ella con una inesperada seriedad.

—Sí, Ama Superior. Si el oro blanco lo permite.

—No me pidas permiso —dijo rápidamente Covenant, pero nadie le escuchaba. El Ama Superior sonrió y preguntó:

—¿Adónde iremos?

El joven no habló, pero hizo un gesto con la cabeza señalando las Montañas Occidentales.

—¿Y cuándo iremos?

—Cuando lo desee el Ama Superior. —Echando la cabeza atrás rompió de nuevo a reír como si no pudiera contenerse—. Piensa en mí y me reuniré contigo.

Riendo aún, hizo unos complicados movimientos con los brazos y desapareció.

O bien su poder era más fuerte que antes, o se movió con mayor celeridad, pero Troy no pudo ver el menor atisbo de él. El Signo General lamentaba profundamente la aparición de Amok.

Poco después terminó la reunión de la Raat. Los Guardianes de la Ciencia y los estudiantes del Bastón se alejaron apresuradamente para comenzar a analizar lo que había sucedido, y Drinishok ordenó a todos sus estudiantes y a los maestros que se dirigieran a los campos de prácticas. Elena, Mhoram y Amatin fueron con Corimini y el anciano con grado de Bastón, Asuraka, a la biblioteca principal. Pronto Troy, Covenant y Bannor fueron las únicas personas que quedaban en el recinto.

Troy pensó que debería hablar con Covenant. Había cosas que necesitaba comprender, pero temía no ser capaz de conservar su aplomo, por lo que también se alejó, dejando a Bannor la tarea de ayudar a Covenant a desplegarse sobre la red. Quería hablar con el Ama Superior, preguntarle por qué había hecho a Amok una oferta tan alocada. Pero Troy no podía dominar sus emociones. Bajó del *viancome* y se alejó con rapidez a lo largo de una de las ramas hacia el habitáculo de Drinishok.

En el cubículo del anciano comió un poco de carne con pan y bebió abundante vino de primavera, esforzándose por disipar la sensación de presagio que le había dado Amok. Apretaba los dientes, lleno de frustración, ante la idea de que Elena pudiera ir a alguna parte con aquel joven, buscando un críptico y probablemente inútil poder, cuando tanta era la necesidad que tenían de ella en otros lugares. Sintió un peso en el corazón, debido al presentimiento de que iba a perderla. En su búsqueda de equilibrio, consumió mucho vino de primavera, pero la bebida no lo calmó; en su mente las ideas se atropellaban como ráfagas de un viento peligroso.

A primera hora de la tarde fue en busca de los Amos, pero uno de los Guardianes de la Ciencia le dijo que estaban reunidos a puerta cerrada con Asuraka, estudiando las varillas de comunicación de *lomillialor*. Entonces bajó al suelo, silbó a Mehryl y se alejó cabalgando de Madera Deleitosa, con Ruel a su lado. Quería visitar la tumba del estudiante que le había convocado al Reino.

«No es en ti en quien depositan su fe», le había dicho Covenant, «sino en el estudiante que te convocó». Troy necesitaba pensar en ello. No podía limitarse a

ignorarlo. Una de las razones por las que desconfiaba de Covenant era que el Incrédulo había sido convocado la primera vez por Lombrizderoca Babeante, bajo las órdenes del Amo Execrable. ¿Tenía la naturaleza del convocante alguna conexión con el valor del convocado?

Además, Covenant se había referido a aquel estudiante de una manera extraña, como si supiera algo acerca del joven que Troy desconocía.

Troy se dirigió al lugar donde había sido convocado confiando en que su contexto físico, su localización concreta en Fidelia, aligeraría sus vagos temores y presagios. Necesitaba recobrar la confianza en sí mismo. Sabía que no podría desafiar la decisión tomada por Elena de seguir a Amok, si no creía en sí mismo.

Pero cuando llegó al lugar donde se hallaba la tumba, descubrió allí a Trell. El corpulento Gravanélico estaba arrodillado en el montículo cubierto de hierba, como si rezara. Al oír aproximarse a Troy, alzó súbitamente la cabeza, y tal era el pesar que reflejaban sus facciones que Troy se quedó un momento perplejo. No podía pensar en ningún motivo por el que el Gravanélico Trell estuviera allí, embargado por el dolor.

Antes de que Troy pudiera recobrase de su sorpresa y pedir una explicación, Trell se puso en pie de un salto y se alejó a toda prisa hacia su montura, que había atado cerca de allí.

—¡Trell!

Troy empezó a llamarle, pero Ruel le interrumpió impasible.

—Déjale en paz, Signo General.

Troy se volvió sorprendido hacia el Guardián de Sangre. El rostro de Ruel era tan inescrutable como siempre, pero algo en la forma en que su mirada seguía a Trell parecía expresar una desusada simpatía.

—¿Por qué? —preguntó Troy con voz queda—. No comprendo.

—Eso debes preguntárselo al Ama Superior —replicó Ruel en su tono sin inflexiones.

—¡Te lo pregunto a ti! —exclamó el Signo General, sin poder contener su irritación.

—A pesar de eso.

Troy se dominó haciendo un esfuerzo. La expresión de Ruel decía tan claramente como sus palabras que actuaba de acuerdo con las instrucciones del Ama Superior, y que nada que no amenazara la vida de Elena podría inducirle a desobedecerla.

—De acuerdo —dijo Troy con rigidez—. Lo haré como dices.

Hizo girar a Mehryl y trotó tras la montura galopante de Trell hacia Madera Deleitosa.

Pero cuando entró de nuevo en el Valle de los Dos Ríos y se aproximó al Árbol, encontró a Drinishok esperándole impaciente. Los Amos habían anunciado que abandonarían Madera Deleitosa a la mañana siguiente, y el anciano con grado de

Espada quería comentar con Troy la defensa de la ciudad arbórea con todos los Guardianes de la Ciencia y los estudiantes de la Espada. Troy no podía ignorar aquella responsabilidad por lo que, mientras su niebla interior se transformaba en oscuridad y luego en ceguera nocturna, se dirigió a la asamblea de la Espada. Ni siquiera intentó ver aquello de lo que estaba hablando, y se refirió de memoria a la estrategia del valle.

Una vez hubo finalizado, vio que había perdido la oportunidad de hablar con los Amos. En la oscuridad, parecía faltarle el valor tanto como la visión. Después de su conferencia, fue a la vivienda de Drinishok y compartió una comida con el anciano, en incómodo silencio. Se acostó pronto, pues no podía soportar más la semivisión borrosa que le proporcionaba la luz de las antorchas. Drinishok respetó su estado de ánimo y lo dejó solo. En su aislamiento ciego, la mirada interior de Troy escrutaba inútilmente la oscuridad, tratando de recuperar su equilibrio. Estaba seguro de que perdería a Elena.

Ardía en deseos de hablarle, de disuadirla, de aferrarse a ella. Pero a la mañana siguiente, cuando todos los jinetes se reunieron con sus monturas, poco después del alba, en el lado meridional del gran Árbol, Troy descubrió que no podía enfrentarse con sus temores al Ama Superior. Sentada a lomos de Myrha, en actitud majestuosa, bajo el esplendor del día, tenía demasiada presencia, demasiada autoridad personal. Troy no podía negarle nada, ni desafiarla. Y mientras estuviera rodeada de tanta gente, no podría formularle sus preguntas acerca de Trell. La aprensión que Troy experimentaba era demasiado personal para airearla tan públicamente. Se esforzó por ocupar su mente en otras cosas, hasta que se le presentara la ocasión de hablar con alguien.

Revisó minuciosamente la compañía de jinetes. De pie junto a sus Ranyhyn, detrás de los Amos, estaban los Guardianes de Sangre..., el Primer Signo Morin, Terrel, Bannor, Ruel, Runnik y otros quince. Desde luego, Koral permanecería junto al Ama Amatin en Madera Deleitosa. Además de ellos, el grupo incluía solamente otros cinco: el Ama Superior Elena, el Amo Mhoram, Covenant, Troy y Trell. Al ver al Gravanélico, Troy sintió de nuevo deseos de hablarle. La expresión de Trell seguía siendo una herida abierta, pero ahora estaba tenso, en suspenso, como si esperase alguna decisión de Elena con un grado de angustia que sorprendía a Troy. Pero el Signo General se abstuvo de dirigirse a él, a pesar de su creciente ansiedad. El Ama Superior Elena empezó a hablar al Ama Amatin y al anciano Corimini.

—Amigos míos —dijo en tono grave—. Dejo Madera Deleitosa a vuestro cuidado. ¡Guardadla bien! El Árbol y la Raat de la Ciencia son los dos grandes logros de los nuevos Amos..., dos símbolos de nuestro servicio. Si es humanamente posible hacerlo, deben ser preservados. No desmayéis en vuestra vigilancia y no apartéis la vista de las Llanuras Centrales. Si se presenta la guerra, no debe cogeros

desprevenidos. Y recordad que si no es posible salvar Madera Deleitosa, aun así es necesario preservar la Ciencia y hay que advertir a las Defensas de los Amos. En caso de apuro, la Raat de la Ciencia y las Alas deben encontrar refugio seguro en Piedra Deleitosa.

El Ama Amatin hizo un esfuerzo para contener las lágrimas y se inclinó en silencio ante el Ama Superior. Entonces Elena alzó la cabeza hacia Madera Deleitosa, y proyectó su voz de modo que pudieran oírla en el árbol.

—¡Amigos! ¡Camaradas! ¡Orgullosos moradores del Reino! La guerra se aproxima a nosotros. Juntos nos enfrentaremos a la prueba de la muerte. Ahora es tiempo de partir y todos los defensores del Reino deben encaminarse a cumplir con su deber. No deseéis cambiar vuestra tarea por la de otro. La fe y el servicio son iguales para todos, igualmente válidos y peligrosos en esta precaria época. No os aflijáis por la separación. Vamos hacia la gloria más grande de nuestra era, y nos sentimos honrados por la oportunidad de hacer cuanto podamos por el Reino. Ésta es la prueba de la muerte: al fin podremos demostrar que somos dignos de aquello a lo que servimos.

»Que no desfallezcan vuestros corazones. Si las exigencias de esta guerra desbordan vuestras fuerzas, no desesperéis. Esforzaos al máximo, mantened la Paz y no desesperéis. ¡Mantened en alto la fe y el valor! Es mejor caer y morir en Paz que Profanar de nuevo el Reino.

»Amigos míos, ha sido un honor para mí haber compartido la vida con vosotros. Se oyó entonces una voz estridente en lo alto de Madera Deleitosa.

—¡Salve al Ama Superior y el Bastón de la Ley!

Y todos los que estaban en el árbol y en el suelo respondieron:

—¡Salve! ¡Salve al Ama Superior!

Elena hizo una profunda reverencia ante Madera Deleitosa, extendiendo los brazos en el gesto tradicional de despedida. Luego dio la vuelta a Myrha, se encaminó hacia los jinetes y habló con Mhoram.

—Ahora, Mhoram, el amigo en quien más confío, debes partir. Has de regresar al Ala de Guerra con el Signo General Hile Troy, para conducirla a la guerra. He tomado mi decisión. Ahora te dejaré y seguiré a Amok hasta la Séptima Ala de la Ciencia de Kevin.

Troy gimió a pesar suyo, y se aferró a las crines de Mehryl como para evitar caerse. Pero el Ama Superior no reparó en él y siguió diciéndole a Mhoram:

—Sabes que no hago esto para evadir la carga de la guerra, pero también sabes que eres el más experto y preparado para la batalla. Y sabes que el resultado de la guerra tal vez nos impida tener una segunda oportunidad de descubrir este Ala. Sin embargo, el Ala puede permitirnos una victoria que de otro modo no conseguiríamos. No tengo alternativa.

El Amo Mhoram la miró fijamente durante algún tiempo. Cuando al fin habló, tenía la voz ronca, llena de súplicas reprimidas.

—Ten cuidado, Ama Superior. Ni siquiera la Séptima Ala es suficiente.

Elena también le miraba, pero con aquel extraño descentramiento que mostraba a veces. Aquella duplicidad de su visión era tan pronunciada que no parecía ver en absoluto a Mhoram.

—Quizá no fue suficiente para Kevin Arrasatierra —replicó quedamente—, pero bastará para mí.

—¡No! —protestó Mhoram—. El peligro es demasiado grande. O bien este poder no acudió en ayuda de Kevin, o bien tan grande era el peligro que entrañaba que no se atrevió a usarlo. No corras ese riesgo.

—¿Lo has visto? —inquirió Elena—. ¿Hablas así porque has tenido una visión?

Mhoram tuvo que hacer un esfuerzo para responder.

—No lo he visto, pero lo siento en mi corazón. Habrá muertes a causa de ese conocimiento. Muchos serán asesinados.

—Amigo mío, te muestras demasiado precavido con todos los riesgos excepto el tuyo propio. Si tuvieras el Bastón de la Ley como lo tengo yo, seguirías a Amok hasta los confines de la Tierra. Y la gente seguiría muriendo. Con el corazón en la mano, Mhoram, ¿crees en serio que podemos asegurar con la guerra el futuro del Reino? No fue así con Kevin. No debo perder ninguna oportunidad de conocer otro modo de resistir al Despreciativo.

Mhoram inclinó la cabeza, demasiado conmovido para responder. En silencio, concentraron sus pensamientos, compartiendo cada uno los del otro, y poco después se disipó la tensión en las facciones de Mhoram. Cuando alzó la vista de nuevo, miró directamente a Covenant y Troy.

—Así, pues —dijo en voz queda—, si debes ir, no vayas sola. Haz que te acompañe alguien..., alguien que pueda serte de ayuda.

Por un instante, Troy pensó que el Ama Superior iba a pedirle que la acompañara. A pesar de sus responsabilidades con el Ala de Guerra, ya estaba a punto de decir que sí, pero entonces oyó hablar a Elena.

—Éste es mi deseo. Ur-Amo Covenant, ¿quieres acompañarme? Quiero compartir esta indagación contigo.

Torpemente, como si su solicitud le azorase, Covenant replicó:

—¿Crees realmente que voy a serte de utilidad?

—A pesar de todo, quiero que vengas —dijo Elena con una amable sonrisa en los labios.

El Incrédulo miró un momento los grandes ojos de Elena. Luego, abruptamente, desvió la vista y se encogió de hombros.

—Sí. Te acompañaré.

Troy apenas oyó nada de lo que se dijo después, los últimos discursos formales de Elena y Corimini, la breve canción de aliento de la Raat, el intercambio de despedidas. Cuando al fin el Ama Superior se despidió de él, Troy apenas pudo responderle con una reverencia. Con el «sí» que había estado a punto de pronunciar helado en sus labios, contempló el fin de las ceremonias y vio que Elena y Covenant cabalgaban juntos hacia el oeste, acompañados tan sólo por Bannor y el Primer Signo Morin. Se sentía paralizado y gritaba en silencio, para sus adentros: «¡Voy a perderte!». El Amo Mhoram se acercó a él y le habló. Pero no se movió hasta que se dio cuenta, en medio de su consternación, que Trelle no había seguido a Covenant y el Ama Superior.

De súbito se liberó de su inhibición. Giró sobre sus talones y se dirigió al encuentro de Trelle, pero en aquel mismo momento, el Gravanélico cogió bruscamente las riendas de su caballo y emprendió un galope hacia el vado del Lfurallin, al norte de Madera Deleitosa.

Troy corrió tras él. Mehryl avanzó al galope bajo el frondoso Árbol y pronto llegó al lado de Trelle, más allá de la ciudad arbórea. Troy ordenó al Gravanélico que se detuviera, pero Trelle le hizo caso omiso. En seguida el Signo General le pidió a Mehryl que detuviera la montura de Trelle. Mehryl lanzó un breve e imperioso relincho, y el caballo se detuvo con tal brusquedad que estuvo a punto de arrojar a su jinete al suelo.

Cuando el Gravanélico alzó la cabeza y su mirada se encontró con la de Troy, éste pudo ver que tenía el rostro bañado en lágrimas y jadeaba como si le hubieran asfixiado lentamente. Pero Troy carecía de tiempo para detenerse en consideraciones.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió con voz ronca—. ¿Adónde vas?

—A Piedra Deleitosa —respondió Trelle—. Aquí no tengo nada que hacer.

—¿Ah, sí? Nos dirigimos al sur... ¿no lo sabías? Vives en las Llanuras Meridionales, ¿no? ¿No quieres ayudar a defender tu hogar?

Aquello no era lo que Troy había querido preguntar, pero no había encontrado las palabras adecuadas para formular la pregunta que realmente quería hacer.

—No —respondió Trelle.

—¿Por qué no?

—No puedo volver. Ella está allí... No puedo soportarlo. ¡Después de esto!

Mientras Trelle jadeaba su respuesta, el Amo Mhoram se acercó a caballo hasta ellos. Empezó a hablar en seguida, pero Troy le interrumpió con un brusco gesto.

—¿Ella? —preguntó el Signo General—. ¿Quién? ¿Tu hija? —Cuando Trelle hizo un gesto afirmativo, Troy prosiguió—: Espera..., aguarda un momento. —Le asediaban cosas que no comprendía; tenía que hallar respuestas—. No comprendo. ¿Por qué no regresas a tu casa..., con tu hija? Va a necesitarte.

—¡Melenkurion! —exclamó Trelle—. ¡No puedo! ¿Cómo podría mirarla a la

cara..., responder a sus preguntas..., después de esto? ¡No me atormentes!

—¡Signo General! —le amonestó Mhoram, en un tono duro, peligroso, casi de amenaza—. Déjale en paz. Nada de lo que pueda decirte te ayudará.

—¡No! —replicó Troy—. Tengo que saber. Escúchame, Trell. He de saber. Créeme, comprendo lo que sientes hacia él.

Trell ya no parecía escuchar a Troy.

—¡Ella ha elegido! —jadeó—. ¡Elegido! —Las palabras salían con dificultad entre sus dientes apretados, como si estuvieran a punto de estallar dentro de él—. ¡Ella le ha elegido!

—Respóndeme, Trell. ¿Qué hacías ahí ayer... en esa tumba? ¡Trell!

La palabra *tumba* pareció afectar a Trell. De repente se rodeó el pecho con los brazos y se encorvó hacia adelante. Miró ferozmente a Troy a través de sus lágrimas.

—¡Eres un estúpido! —siseó—. ¡Ciego! Ella arruinó su vida.

—¿Arruinó? —repitió Troy—. ¿Arruinó?

Recordó las palabras del Incrédulo: «Es el estudiante que te convocó». ¿Tendría razón Covenant?

—Quizá —dijo sobriamente el Amo Mhoram. Esta vez su tono atrajo la atención de Troy. Miró a Mhoram, atemorizado—. Trell tiene muchos motivos para visitar esa tumba —siguió diciendo el Amo—. Atiaran de Trell está enterrada ahí. Murió mientras te convocaba al Reino. Dio su vida en un esfuerzo para que regresara el ur-Amo Covenant, pero fracasó. Tu presencia aquí es el resultado de su aflicción sin Paz y su deseo de justo castigo.

La explicación de Mhoram excedió el límite de lo que Trell podía soportar. El dolor contorsionó sus facciones. Azuzó a su caballo con los talones, y el animal, asustado, inició al punto un galope hacia el vado del Llurallin. Pero Troy ni siquiera le vio alejarse. El Signo General se volvió abruptamente y vio todavía a Elena, Covenant y los dos Guardianes de Sangre cabalgando hacia el oeste, a la salida del Valle. Amok ya iba con ellos, caminando alegremente al lado del Ama Superior.

¿Atiaran de Trell? ¿De Trell? ¿Era su esposa? Había oído hablar de Atiaran..., había oído hablar demasiado de Covenant para no saber que era la mujer que había guiado al Incrédulo desde la Pedraria Mithil hasta Andelain y el río Aliviaalmas. Pero no sabía que Trell fuera su marido. Se lo habían ocultado hasta entonces.

Entonces dio un paso más. Covenant había violado a la hija de Trell... la hija de Atiaran..., la hija de la mujer que...

—¡Covenant! —aulló Troy—. ¡Bastardo! ¿Qué has hecho?

Pero sabía que los viajeros no podían oírle a la distancia a que se hallaban. El ruido de los dos ríos desvanecía los gritos distantes. Su protesta quedó enmudecida por una sensación de impotencia.

No era de extrañar que Trell no pudiera regresar a su hogar y enfrentarse con su

hija. ¿Cómo podría decirle que el Ama Superior había preferido la amistad al castigo del hombre que la había violado? Troy no comprendía cómo Elena podía haberle hecho algo semejante a Trell.

Transcurrió otro momento antes de comprender el resto de lo que Mhoram había dicho. *Murió al convocarle...* Atiaran le había convocado, ella y no un joven estudiante ignorante o inspirado. También aquello le había sido ocultado. Él, Troy, era el resultado y la consecuencia del inefable dolor de Atiaran.

No eres tú... ¿Estaba Covenant en lo cierto? ¿Eran todos sus planes tan sólo una obra desesperada, puesta en movimiento por el despilfarro que supuso la muerte de Atiaran?

—Signo General —le dijo el Amo Mhoram en tono adusto—. Eso no ha estado bien. El dolor de Trell ya es lo bastante grande.

—Lo sé —dijo Troy, sobreponiéndose al dolor de su corazón—, pero ¿por qué no me lo dijisteis? Tú mismo podías habérmelo dicho. Sabías todo esto.

—El Consejo en pleno decidió negarte este conocimiento. Nos pareció que compartirlo contigo sólo sería perjudicial. Queríamos ahorrarte dolor, y esperábamos que aprenderías a confiar en el ur-Amo Covenant.

—Estabais soñando —musitó Troy—. Ese bastardo cree que todo esto no es más que alguna clase de juego mental. Toda esa Incredulidad no es más que una simulación. Cree que puede salirse con la suya en cualquier circunstancia. No podéis confiar en él. —Sobriamente, llegó a la conclusión de su argumento—. Y no podéis confiar en mí..., pues de lo contrario me habríais dicho antes todo esto. Atiaran intentaba convocarle a él. Por lo que sabes, no soy más que un sustituto.

Intentaba parecer lúcido, pero la voz le temblaba al hablar.

—Me interpretas mal —dijo cuidadosamente Mhoram.

—No, no te interpreto mal. —Podía sentir fuerzas malignas cerniéndose a su alrededor, eligiendo, manipulando, determinando. Tuvo que hacer un esfuerzo para decir—: Mhoram, algo terrible va a sucederle a Elena.

Miró al Amo y luego se dio la vuelta. No podía soportar la mirada compasiva de Mhoram. Dio unos suaves golpecitos en el cuello de Mehryl y el Ranyhyn emprendió el trote alrededor del lado oriental de Madera Deleitosa. Troy evitó a los Guardianes de la Ciencia, que esperaban, se zafó de la despedida. Haciendo un rudo gesto para que el Guardián de Sangre y el Amo Mhoram le siguieran, cabalgó directamente hacia el vado sur, alejándose de Madera Deleitosa.

Pensaba en la guerra inminente. Deseaba entrar en acción cuanto antes.

XVI

MARCHA FORZADA



pesar de hallarse en tal estado de ánimo, Troy no pudo cruzar sin lamentarlo el vado del río Rill, alejándose de Fidelia. Amaba la belleza de Madera Deleitosa y la franca amistad de los Guardianes de la Ciencia, y no quería perderlos. Pero no miró atrás. No podía comprender por qué Elena había ignorado el justificado furor y la aflicción de Trelle de Atiaran. Y ahora tenía la sensación, mucho más intensa que nunca, de que tendría que ponerse a prueba en la guerra inminente. Tendría que demostrar que él era el fruto de la esperanza y no de la desesperación.

Tendría que ganar.

Si no ganaba, sería algo más que un fracasado; sería un mal activo, una traición perpetrada contra el Reino desafiando a su propio amor o su voluntad..., peor que Covenant, pues éste, por lo menos, intentaba evitar la falsedad de ser objeto de confianza. Pero él, Hile Troy, había buscado deliberadamente la confianza, la responsabilidad, el mando.

No, aquel pensamiento era intolerable. Tenía que ganar. No había otra salida.

Tras rebasar la cumbre de la colina meridional, hizo que Mehryl avanzara más despacio y permitió que el Amo Mhoram y los restantes dieciocho Guardianes de Sangre llegaran hasta él.

Entonces, entre dientes, en tono contenido para evitar que Mhoram se sintiera acusado, le preguntó:

—¿Por qué le lleva con ella? Violó a la hija de Trelle.

—Signo General Troy —le respondió pausadamente Mhoram—, amigo mío, debes comprender que el Ama Superior tiene pocas posibilidades de elección. El camino de su deber es estrecho y está lleno de peligros. Tiene que buscar la Séptima Ala. Y ha de llevar al ur-Amo Covenant con ella..., debido al oro blanco. Debe asegurar, con el Bastón de la Ley, que el anillo no caiga en las manos del Execrable. Y si se vuelve contra el Reino, debe estar cerca de él..., para combatirlo.

Troy comprendía aquel razonamiento y no tenía más remedio que aceptarlo. Reprimió, pues, su protesta instintiva, y, suspirando, respondió al Amo:

—Te diré algo, Mhoram. Cuando termine con esta guerra... cuando pueda mirar atrás y decirme a mí mismo que la pobre Atiaran está satisfecha, voy a tomarme algunos años de vacaciones. Me sentaré en Andelain y no moveré un solo músculo hasta que consiga ver la Celebración de Primavera. De lo contrario, nunca podré perdonar a ese condenado de Covenant por ser más afortunado que yo.

Pero la palabra «afortunado» tenía otro sentido en sus labios. Aunque ahora se daba cuenta de que no había otra posible alternativa, le dolía pensar que Elena había elegido a Covenant, no a él.

No obstante, si Mhoram le comprendió, se refirió con tacto a lo que había dicho y no a lo que había querido decir.

—Ah, si salimos victoriosos, no estarás solo. —Mhoram sonreía, pero el tono de su voz era serio—. La mitad del Reino estará en Andelain cuando la próxima oscuridad de la luna recaiga en la medianoche de primavera. Pocas personas aún vivas han visto la Danza de los Espectros de Andelain.

—Pues bien, yo voy a llegar allí el primero —musitó Troy, tratando de proseguir aquella línea de conversación. Pero entonces le resultó imposible evadir el tema del Incrédulo—. Dime, Mhoram, ¿no estás resentido con él, después de lo que hizo?

El Amo Mhoram le respondió con entera franqueza.

—Carezco de una virtud especial para sentir resentimiento hacia él. Uno debe tener una gran fortaleza a fin de juzgar la debilidad de otros. Yo no soy tan poderoso.

Esta respuesta sorprendió a Troy. Miró un momento a Mhoram, preguntándose si sus palabras serían sinceras, si creía realmente en ellas. Pero era evidente que Mhoram las creía. Perplejo, Troy desvió la mirada.

Rodeado por los Guardianes de Sangre, siguió su camino junto al Amo Mhoram, rodeando una curva entre las colinas que les llevaba en dirección este-sudeste, para interceptar al Ala de Guerra.

Con el transcurso del día, Troy pudo dirigir progresivamente sus pensamientos hacia su ejército en marcha. Las preguntas empezaban a acumularse en su mente. Se preguntaba si los pueblos situados a lo largo de la ruta podrían proporcionar suficientes alimentos a los guerreros, y si el Primer Puño Amorine podría mantener el ritmo de la marcha. Tales preocupaciones le permitieron dejar de lado sus presagios y su dolorosa sensación de pérdida. Se volvió otro hombre..., menos el ciego e inseguro extraño al Reino y más el Signo General del Ala de Guerra de las Defensas de los Amos.

El cambio le serenó y se sintió más cómodo con este aspecto de sí mismo. Quería apresurarse, pero resistía la tentación porque también quería que aquella parte del viaje fuera lo menos penosa posible para los Ranyhyn. No obstante, al final de aquella jornada, la octava desde que saliera de Piedra Deleitosa, él, el Amo Mhoram y los Guardianes de Sangre habían dejado atrás la renacida salud de Fidelia. Incluso a una marcha que no cubría más de diecisiete leguas al día, el terreno por el que cabalgaban cambiaba rápidamente. Al este y al sudeste se extendían las regiones más austeras de las Llanuras Centrales. En esta amplia zona, las abruptas rocas de la Tierra parecían más cercanas a la superficie del suelo que en Fidelia. Las Llanuras mantenían la vida sin alentarla, sostenían a gentes que eran duras y resistentes.

La mayor parte de los hombres y mujeres que componían el Ala de Guerra procedían de los pueblos de las Llanuras Centrales. Era así tradicionalmente, y por una buena razón. En todas las grandes guerras del Reino, los ejércitos del Despreciativo habían atacado a través de las Llanuras Centrales para aproximarse a Piedra Deleitosa. Así, pues, aquellas Llanuras habían soportado lo más arduo de la maldad del Execrable. Las gentes de las llanuras lo recordaban, y enviaban a sus hijos e hijas a la Raat para que les adiestraran en las habilidades de la Espada.

Aquella noche, tras acampar, Troy fue vivamente consciente de hasta qué punto sus guerreros dependían personalmente de él. Sus hogares y familias estaban a merced de su éxito o su fracaso. Bajo sus órdenes soportaban el lento infierno de aquella marcha forzada.

Y sabía que la guerra daría comienzo al día siguiente, cuando la vanguardia del Amo Execrable llegara al extremo occidental del valle del Mithil y se encontrara con el Dagomán Quaan y los Amos Callindrill y Verement. Estaba seguro de ello: se produciría no más tarde que en la noche del noveno día. Los hombres y mujeres, sus guerreros, empezarían a morir. Los Guardianes de Sangre empezarían a morir. Quería estar con ellos, mantenerlos con vida, pero no podía. Y la marcha hacia el Retiro de la Perdición seguiría adelante, triturando al Ala de Guerra como la piedra de molino que era su irrefutable necesidad. Pronto Troy se arrebujó en sus mantas y oprimió el rostro contra la tierra, como si aquella fuera la única manera con la que podía conservar su equilibrio.

Pasó la mayor parte de la noche revisando todas las facetas de su plan de batalla, intentando asegurarse de que no había cometido ningún error.

A la mañana siguiente se sintió lleno de excitación, y descubrió que, cada vez que se olvidaba de sí mismo, empezaba a apresurar a Mehryl. Por ello se volvió hacia Mhoram y pidió al Amo que le hablara y le distrajera.

El Amo respondió a su petición iniciando un cántico lento, susurrante, y relató a Troy diversas leyendas sobre potentes zonas del Reino que se hallaban entre ellos y el Retiro de la Perdición. Narró, en particular, algunos cuentos antiguos sobre el Bosque Único, el poderoso bosque que cubría el Reino en una era que era antigua antes de los tiempos de Berek Mediamano, con sus Forestales y sus fieros enemigos, los Delirantes. Durante siglos, cuando los árboles todavía estaban despiertos, los Forestales alimentaron su conciencia y guiaron sus defensas contra los *turiya*, *moksha* y *samadhi*. Pero ahora, si los antiguos relatos decían la verdad, no quedaba en el Reino ningún resto o vestigio activo del Bosque Único ni de los Forestales, excepto los sombríos bosques de la Espesura Acogotante y Caerroil Bosqueagreste. Y nadie que penetrara en la Espesura Acogotante, para bien o para mal, regresaba jamás.

Este oscuro bosque se hallaba cerca de la línea de marcha del Ala de Guerra, más allá de las Últimas Colinas.

Entonces Troy habló un poco acerca de sí mismo y sus reacciones ante el Reino. Se sentía próximo a Mhoram, unido a él por una buena amistad, y esto le permitió comentarle la manera en que el Ama Superior Elena personificaba su concepción del Reino. Gradualmente se fue relajando y recuperó su capacidad para decirse a sí mismo que no importaba quién le hubiera convocado. Él era quién era e iba a cumplir con su cometido.

Por ello no sólo se sorprendió cuando él y Mhoram se encontraron, hacia media tarde con los guerreros que avanzaban penosamente, sino que se sintió conmocionado. El Ala de Guerra llevaba un retraso de casi medio día de marcha.

Los guerreros le recibieron con gritos de alegría, pronto silenciados cuando se dieron cuenta de que el Ama Superior no estaba con él. Pero Troy les hizo caso omiso y se dirigió directamente hacia el Primer Puño Amorine.

—¡Vais demasiado lentos! —le gritó—. ¡Acelerad el paso! ¡A esta marcha llevaremos exactamente un retraso de jornada y media!

La expresión de bienvenida en el rostro de Amorine se transformó en pesar, y en seguida se volvió hacia los tambores, pidiéndoles que tocaran con más ímpetu. Con un susurro generalizado de dolor, los guerreros avanzaron con mayor rapidez, apresurándose bajo la exigencia de los redobles, hasta que casi corrían. El Signo General Troy cabalgó arriba y abajo, al lado de las filas, y su rostro encolerizado era como un látigo que obligaba a sustentar el nuevo ritmo. En una ocasión observó que una Eoala se retrasaba ligeramente y gritó, al oído del joven tambor:

—¡Por Dios! ¡No voy a perder esta guerra por tu culpa!

Marcó el ritmo con las palmas, junto al avergonzado Puño de Guerra, hasta que el tambor lo copió exactamente.

Solamente cuando remitió su consternación observó lo que habían hecho al Ala de Guerra nueve días de dura marcha. Entonces deseó no haberse mostrado tan brusco. Los guerreros sufrían severamente. Casi todos cojeaban más o menos y se esforzaban por avanzar a pesar del dolor de sus cortes, músculos desgarrados y huesos magullados. Muchos estaban tan fatigados que habían dejado de sudar y sus rostros enrojecidos estaban cubiertos de polvo, lo cual les daba un aspecto amarillento, demente. Bastantes sangraban en los hombros, debido a las heridas que había producido la fricción de las correas de sus mochilas. Pese a su tenacidad, marchaban irregularmente, como si apenas pudieran recordar el orden jerárquico en el que habían entrenado a noventa leguas de allí, en Piedra Deleitosa.

Estaban retrasados. Todavía se encontraban a ciento ochenta leguas del Retiro de la Perdición.

Cuando, tambaleándose y jadeantes, se dispusieron a acampar para pasar la noche, Troy buscaba casi con frenesí alguna manera de salvarlos. Se percataba de que la mera determinación no bastaría.

En cuanto los Estigmatizados y Gravanélicos que les acompañaban encendieron sus fogatas, el Amo Mhoram fue a hacer lo que podía por el Ala de Guerra. Avanzó de una Eoala a otra, ayudando a los cocineros. En cada marmita, la llama azul de su bastón surtía algún efecto en el alimento, lo realzaba, aumentaba su vigor y vitalidad. Y una vez concluida la cena, recorrió toda el Ala de Guerra, extendiendo el bálsamo de su presencia..., hablando con los guerreros, ayudándoles a curar sus lesiones y a ponerse vendas, bromeando con los que aún tenían fuerzas para reír.

Mientras el Amo hacía esto, Troy se reunió con sus oficiales, los Puños Generales y Puños de Guerra. Tras explicar la ausencia del Ama Superior Elena, pasó al problema de la marcha. Revisó penosamente las circunstancias que hacían tan imperativa aquella penosa experiencia, cuya necesidad era insoslayable. Entonces habló de los detalles específicos. Organizó un turno rotatorio para que los pellejos de agua pasaran continuamente entre las filas, para que pudieran refrescarse los acalorados guerreros. Tomó disposiciones para que los caballos transportaran las mochilas de los hombres y mujeres a los que les sangraban los hombros. Ordenó a todos los oficiales montados, excepto los tambores, que llevaran a otro con ellos, de modo que los guerreros más exhaustos pudieran descansar a lomos de caballo, y encargó a aquellos oficiales que recogieran *alianta* para los que iban a pie. Asignó todos los deberes de exploración y recogida de agua a los Guardianes de Sangre, disponiendo así de más caballos para ayudar a los guerreros. A continuación hizo que los Puños Generales y Puños de Guerra regresaran a sus puestos.

Poco después, el Primer Puño Amorine se acercó para hablarle. El rostro duro y áspero de aquella mujer revelaba claramente sus sentimientos, y Troy supo en seguida lo que quería decirle.

—No, Amorine —le dijo antes de que ella pudiera hablar—, no voy a sustituirte. —La mujer intentó protestar, pero él se le adelantó, esta vez en un tono más amable—: Sé que mis palabras te han hecho pensar que te culpaba por el retraso, pero la verdad es que la culpa es sólo mía. Tú eres la única persona apropiada para esta tarea. El Ala de Guerra te respeta, de la misma manera que respeta a Quaan. Los guerreros confían en tu experiencia y honestidad. Después de esto —concluyó, tristemente— no estoy seguro de lo que sentirán hacia mí.

En seguida se desvanecieron las dudas que Amorine sentía hacia sí misma.

—Tú eres el Signo General. ¿Quién se ha atrevido a oponerse a ti?

Su tono implicaba que cualquiera que quisiera desafiar a Troy tendría que vérselas primero con ella.

Su lealtad conmovió a Troy, el cual no estaba totalmente seguro de merecerla..., pero tenía la intención de merecerla. Reprimiendo su emoción, replicó:

—Nadie se opondrá a mí mientras mantengamos el ritmo de la marcha. Y vamos a mantenerlo. —Pensó que así se lo había prometido a Quaan, y añadió—: Vamos a

recuperar el tiempo que hemos perdido..., y vamos a hacerlo aquí, en las Llanuras Centrales. El terreno empeora al sur del Río Negro.

El Primer Puño asintió, como si creyera en él.

Cuando Amorine se marchó, Troy se tendió en el suelo, se cubrió con sus mantas y pasó la noche agitando la íntima oscuridad de su cerebro en busca de alguna alternativa a su dilema. Pero no se le ocurrió nada que permitiera eliminar la necesidad de aquella marcha forzada. Cuando se durmió, soñó en los guerreros arrastrando los pies hacia el sur, como si fuera una tumba abierta.

A la mañana siguiente, cuando los guerreros se levantaron, estiraron sus miembros doloridos y se pusieron en movimiento, cual largo y oscuro lamento, a través de las llanuras, el Signo General Hile Troy marchó con ellos. Renunciando a su Ranyhyn, inició el redoble de los tambores, lo verificó y él mismo avanzó a su ritmo. Recorría la Eoala de arriba abajo, visitando a cada Eoman y alentando a los Puños de Guerra, a los que llamaba por sus nombres. Los guerreros, sorprendidos por su presencia y su interés, superaban su fatiga y se esforzaban, a pesar de su mala condición física, por dar un ejemplo que fuera útil para su ejército. Al finalizar la jornada, Troy estaba tan cansado que en cuanto llegó al pequeño campamento con el Amo Mhoram y el Primer Puño Amorine, musitó algo acerca de morir y se quedó profundamente dormido. Pero al día siguiente se levantó y repitió su actuación, ocultando su dolor tras el consuelo que de una manera u otra proporcionaba a los guerreros del Ala de Guerra.

Avanzó durante cuatro días a través de las Llanuras Centrales. Al final de cada jornada con aquel ritmo cruel, sentía que había rebasado su límite, que la marcha forzada era, en definitiva, imposible y que debía abandonarla. Pero cada noche el Amo Mhoram ayudaba a cocinar la comida del ejército y luego recorría las filas de los guerreros, compartiendo su valor con ellos. Y en dos ocasiones durante aquellos cuatro días el Ala de Guerra se encontró con Guardianes de Sangre que ofrecían alimentos extraídos de sus escondrijos... y que habían sido preparados por los habitantes de las Llanuras Centrales. El alimento fresco y abundante tuvo una sorprendente eficacia. Restauró la fortaleza de guerreros que ya no confiaban en su capacidad para seguir adelante. Al final de la cuarta jornada a pie —el treceavo día de marcha— Troy se permitió al fin pensar que se había estabilizado la condición del Ala de Guerra.

Había recorrido a pie más de cuarenta leguas.

Temiendo hacer algo que pudiera perjudicar el frágil equilibrio de su ejército, planeó proseguir su propia marcha. Tanto Mhoram como Amorine le instaron para que se detuviera —estaban preocupados por su agotamiento, sus pies sangrantes y su paso bamboleante— pero él hizo caso omiso de sus argumentos. La verdad era que le avergonzaba cabalgar cuando sus guerreros sufrían a pie.

Pero a la mañana siguiente experimentó una vergüenza peor. Cuando le despertó la luz del alba y se desprendió de las mantas, encontró a Amorine de pie a su lado. En tono sombrío le informó de que el Ala de Guerra había sido atacada por la noche.

Poco después de medianoche, los exploradores de la Escolta de Sangre habían informado de que los caballos atados estaban siendo acosados por un grupo de *kresh*. En seguida se extendió la alarma por el campamento, pero sólo los Puños Generales y los Puños de Guerra, con sus monturas, pudieron responder a ella rápidamente. Corrieron con los Guardianes de Sangre en defensa de los caballos.

Se encontraron ante un numeroso grupo de los grandes lobos amarillos, al menos doscientos *kresh*. Los Guardianes de Sangre con sus Ranyhyn recibieron lo más duro del ataque, pero los lobos les superaban en la proporción de diez a uno, y los oficiales tras ellos iban a pie. El olor de los *kresh* había asustado a los caballos, de modo que no podían montarlos ni reunirlos para apartarlos del peligro. Un Ranyhyn, cinco caballos y casi una docena de Puños Generales y Puños de Guerra cayeron antes de que Amorine y el Amo Mhoram pudieran movilizar su defensa con la suficiente eficacia para rechazar a los lobos.

Antes de que los *kresh* fuesen repelidos, una docena o más de ellos se abrieron paso entre los oficiales y atacaron una parte del campamento donde algunos guerreros, anonadados por el cansancio, todavía dormían. Diez de aquellos hombres y mujeres yacían muertos o mutilados en sus mantas después de que los Guardianes de Sangre y Mhoram vencieran a los lobos.

Al oír estas noticias, Troy palideció. Blandiendo los puños, lleno de cólera y frustración, preguntó:

—¿Por qué no me habéis despertado?

El Primer Puño respondió rehuyendo su mirada.

—Te hablé, te agité, te grité al oído, pero no pude despertarte. La necesidad apremiaba y por eso fui a su encuentro.

Después de aquel incidente, Troy no volvió a marchar a pie. No quería que su debilidad le traicionara de nuevo. A lomos de Mehryl, cabalgó con Ruel, siguiendo las huellas dejadas por los *kresh*, y cuando se aseguró de que los lobos no formaban parte de un ejército concertado, regresó para ocupar su puesto a la cabeza del Ala de Guerra. De vez en cuando, emprendía un trote alrededor de su ejército, como si estuviera dispuesto a defenderlo él solo.

Los *kresh* volvieron a atacar aquella noche y la noche siguiente. Pero en ambas ocasiones, el Signo General Troy estuvo prevenido. Aunque estaba ciego en la oscuridad, incapacitado para luchar, estudió el terreno y eligió cuidadosamente los lugares de acampada antes del anochecer. Tomó precauciones para la protección de los caballos y planificó sus defensas. Luego preparó emboscadas a cargo de los Guardianes de Sangre, con arqueros y fuego. Muchos *kresh* mordieron el polvo, pero

el Ala de Guerra no sufrió más bajas.

Tras aquel tercer asalto, los lobos le dejaron en paz. Pero entonces tuvo otras cosas de las que preocuparse. Durante la mañana del decimosexto día de marcha, una muralla de nubes grises apareció por el este, moviéndose en dirección a los guerreros. Antes del mediodía les alcanzaron fuertes ráfagas de viento que revolvían sus cabellos y agitaban las altas hierbas de las llanuras. El viento se intensificó a medida que los bordes exteriores de la tormenta se aproximaban más. Pronto empezó a precipitarse la lluvia desde aquel cielo oscurecido.

La intensa oscuridad de las nubes prometía un terrible aguacero. Troy no veía nada. Los Estigmatizados y Gravanélicos encendieron sus fogatas para proporcionar luz y mantener unida al Ala de Guerra contra la fuerza de los torrentes. Pero el grueso de la tormenta no se acercó tanto; parecía centrarse en un punto distante, hacia el este, permaneciendo estacionario una vez alcanzada aquella posición.

Los guerreros siguieron su avance a través de aquellas turbulencias atmosféricas. La lluvia intensa e intermitente que les azotó cuando ya estaban a punto de abandonar la zona tormentosa no les hizo mucho daño, pero no obstante les afectó moralmente. Todos experimentaron la fuerza maligna que dirigía la tormenta. No necesitaban que Troy les dijera que casi con toda certeza aquella tormenta iba dirigida al grupo del Dagomán Quaan.

Al anoecer del día siguiente, cuando la tormenta ya se había disipado, Troy había perdido casi un Eoman entero. Envueltos por la oscuridad y aterrados por lo que habría asaltado a Quaan, casi una veintena de los guerreros menos resistentes perdieron su valor; en lugar de seguir esforzándose por avanzar, como el resto del Ala de Guerra, se dejaron caer en el barro y murieron.

Pero no eran más que dieciocho. Cerca de dieciséis mil hombres y mujeres sobrevivieron a la tormenta y siguieron adelante. Y por el bien de los vivos, el Signo General Troy endureció su corazón para que no le embargara el dolor por los muertos. A lomos de Mehryl, como si su valor no tuviera límites, dirigió a su ejército directamente hacia el sur, y no permitió que disminuyera el ritmo agotador de su marcha.

Tres días más tarde —al día siguiente tras la aparición de la luna llena— el Ala de Guerra tuvo que cruzar el río Negro.

Este río formaba el límite entre las Llanuras Centrales y las Llanuras Meridionales. Fluía hacia el noroeste, desde las Montañas Occidentales, y se unía al Mithil, con el que corría muchas leguas en dirección a Andelain. Antiguas leyendas decían que cuando el río Negro surgía por debajo del gran despeñadero de Rocahendida, en la vertiente oriental del Vertedero Celeste de *Melenkurion*, sus aguas eran tan rojas como la sangre. Pero desde Rocahendida el río Negro vertía sus aguas en la zona central de la Espesura Acogotante. Antes de que recorriera las Últimas

Colinas y pasara a las Llanuras, cruzaba la base del Nido de Horcas, montículo que fue antaño el lugar de ejecución de los Forestales. Las aguas que el Ala de Guerra tenía que cruzar eran de un color rojinegro, como si acarrearán un extraño aluvión. En toda la historia del Reino, el río Negro, entre las Últimas Colinas y el Mithil, jamás había tolerado un puente o un vado, pues sus aguas destruían todos los intentos. Los guerreros no tenían más alternativa que cruzarlo a nado.

Al salir a la orilla meridional, los guerreros ofrecían un aspecto exangüe, como si la hambrienta y oscura corriente hubiera succionado de sus cuerpos algún elemento indispensable para su vigor.

Pero seguían su marcha. El Signo General les ordenaba marchar, y ellos lo hacían, aunque se movían como cascarones vacíos, impulsados por un viento insensato sobre un mar de sargazos, sin veredas, el mar de las Llanuras meridionales. A veces, parecía como si únicamente el solitario fuego de Troy les hiciera avanzar, tambaleándose, arrastrando los pies, esforzándose por no caer.

Y en las Llanuras Meridionales les aguardaba otra dificultad. Allí el terreno se hacía más escarpado. En el ángulo sudoccidental de las Llanuras Centrales, solamente la vasta curvatura de las Últimas Colinas separaba la Espesura Acogotante de las Llanuras. Pero al sur del río Negro, estas colinas se transformaban en montañas, una cuña escorada de ásperos picos con su extremo en el río, su ángulo oriental en el cuello de botella que formaba el Retiro de la Perdición y su lado occidental en el Espinar de los Cobardes, donde la Espesura Acogotante se abría a los Yermos Meridionales, cuarenta leguas al sudoeste del Retiro de la Perdición. La línea que seguía la marcha del Ala de Guerra fue adentrándose más y más en las ásperas estribaciones de estas montañas.

Tras dos jornadas de laborioso avance entre aquellas colinas, los guerreros tenían el aspecto de muertos reanimados. Sin embargo, aún no se retrasaban demasiado con respecto al ritmo establecido, pero resultaba evidente que sólo era cuestión de tiempo antes de que la velocidad de su marcha empezara a disminuir.

Cuando comenzó la puesta del sol, cubriendo de niebla la visión interna de Troy, el Signo General tomó una decisión. El estado en que se encontraban los guerreros le oprimía el corazón y sentía que su ejército había llegado a una especie de crisis. El Ala de Guerra se encontraba todavía a cinco días del Retiro de la Perdición, cinco terribles días. Y Troy no sabía dónde estaba Quaan. Sin algún indicio de la posición y la condición en que se hallaba el Dagomán, ni tampoco de la situación del Amo Execrable, Troy no podía prepararse para hacer frente a lo que viniera. Y su ejército ya no parecía capaz de ninguna preparación.

Había llegado el momento de actuar.

Aunque el Ala de Guerra estaba todavía a una legua del fin de su marcha programada, Troy ordenó el alto para pasar la noche. Y mientras los guerreros se

dedicaban a levantar el campamento, el Signo General hizo un aparte con el Amo Mhoram. En la oscuridad apenas podía distinguir las facciones del Amo, pero se concentró en ellas con toda su determinación y se esforzó por transmitir a Mhoram el apremio de su petición.

—Mhoram —le dijo en voz baja—, ha de haber algo que puedas hacer por ellos. Algo..., cualquier cosa que les ayude a recobrar sus fuerzas. Algo que puedas hacer con tu bastón, o cantando, o influyendo en los alimentos. ¡Pero tiene que haber algo!

El Amo Mhoram estudió atentamente el rostro del Signo General.

—Tal vez —dijo al cabo de un momento—. Hay algo que puede ejercer algún efecto contra el contacto del río Negro. Pero soy reacio a utilizarlo porque, una vez se ha hecho, no es posible usarlo más. Y todavía nos faltan largos días hasta llegar al Retiro de la Perdición... y los guerreros tendrán una acuciante necesidad de fuerzas en la batalla. ¿No crees que deberíamos guardar esta ayuda hasta entonces?

—No —dijo Troy, tratando de que Mhoram percibiera en su tono la intensidad de su convicción—. Ahora es el momento. Ahora es cuando necesitan la fuerza..., por si han de luchar antes de que llegemos al Retiro, o por si tienen que correr para llegar ahí a tiempo. No sabemos qué le sucede a Quaan. Y después de esta noche no tendrás otra oportunidad hasta después de que haya empezado la lucha.

—¿Cómo es eso? —inquirió cautelosamente el Amo.

—Porque partiré por la mañana. Iré a la Atalaya de Kevin... Quiero echar un vistazo al ejército del Execrable. Quiero saber exactamente cuánto tiempo nos da Quaan. Y tú vendrás conmigo. Eres el único que sabe cómo usar esa varilla de comunicación hecha con Madera Superior.

Mhoram pareció sorprendido.

—¿Dejar el Ala de Guerra? —preguntó rápidamente—. ¿Ahora? ¿Es prudente?

Troy estaba seguro.

—Tengo que hacerlo. He permanecido... ignorante durante demasiado tiempo. Ahora tengo que saber. A partir de ahora no podemos permitirnos que el Execrable nos sorprenda. Y yo... yo soy el único que puede ver a bastante distancia para saber qué está haciendo el Execrable. —Hizo una pausa y añadió—: Por eso lo llaman la Atalaya de Kevin. Hasta él necesitaba saber qué le esperaba.

El Amo se pasó abruptamente la mano por su rostro tenso y asintió.

—Muy bien. Así se hará. Ahora te diré qué ayuda podemos ofrecer a los hombres. Cada Gravanélico lleva consigo una pequeña cantidad de marga antilesiones. Y los Estigmatizados tienen un extraño polvo de madera al que llaman *rillinlure*. Esperaba conservar estos remedios para curar con ellos las heridas del combate, pero esta noche los echaremos en la comida. Reza para que sean suficientes.

Sin decir nada más, se marchó para dar instrucciones a Estigmatizados y Gravanélicos.

Pronto estos hombres recorrieron el campamento, echando marga antilesiones o *rillinlure* en cada marmita. Solamente echaban una pizca en cada una de ellas, por lo que cada guerrero tan sólo ingería una minúscula cantidad. Pero los Estigmatizados y los Gravanélicos sabían cómo extraer el máximo beneficio del polvo de madera y de la marga. Con cánticos e invocaciones lograron que su remedio para los guerreros fuera fuerte y eficaz. Poco después de comer, los hombres empezaron a quedarse dormidos; muchos de ellos cayeron al suelo y perdieron el conocimiento. Por primera vez en la larga marcha devastadora, varios de ellos sonreían en sus sueños.

Cuando Mhoram regresó al lado del Signo General Troy, tras la comida, casi sonreía él también.

Entonces Troy empezó a dar instrucciones al Primer Signo Amorine para la batalla del Retiro de la Perdición. Tras haber comentado los asuntos relativos a la comida y las etapas finales de la marcha, hablaron sobre el mismo Retiro. A pesar de las seguridades que le daba Troy, Amorine temía aquel lugar. En todas las guerras del Reino, aquél era el lugar al que huían los ejércitos cuando habían sido destruidas todas sus esperanzas. Antiguas y sombrías leyendas hablaban de los cuervos que anidaban en lo alto del estrecho desfiladero, por encima de las piedras y rocas de los bordes, acechando la carne de los derrotados.

Pero Troy nunca había dudado de esta parte de su plan. El Retiro de la Perdición era un lugar ideal para que un pequeño ejército combatiera a otro mayor. Era posible atraer al enemigo al desfiladero y atacarlo por segmentos.

—En esto estriba su belleza —dijo Troy confiadamente—. En esta ocasión vamos a volver las tornas al Execrable..., vamos a tomar una maldición y convertirla en una bendición. Cuando llegue Quaan, le llevaremos ventaja. Hasta es posible que el Execrable ni siquiera sepa dónde estamos hasta que sea demasiado tarde para él. Pero aunque lo sepa, tendrá que presentarnos batalla. No puede permitirse volvernó la espalda. Todo lo que tienes que hacer es mantener el ritmo de la marcha cinco días más.

El ceño fruncido de Amorine le recordó a Troy que resistir aquellos cinco días podría ser imposible. Pero por la mañana tuvo la sensación de que su decisión estaba justificada. Gracias al tónico del *rillinlure* y la marga antilesiones, sus guerreros se levantaron al rayar el alba con una renovada resolución en su mirada y algo parecido a la fuerza en sus miembros. Cuando Troy subió a un risco cercano para dirigirles la palabra, se apiñaron en torno suyo y le vitorearon de una manera que le llenó el pecho de orgullo. Quería abrazarlos a todos.

De espaldas al sol naciente, se enfrentó al Ala de Guerra, y cuando pudo discernir los rostros de los hombres a través de su niebla, les dijo:

—¡Escuchadme, amigos míos! Voy a dirigirme a la Atalaya de Kevin para averiguar qué está haciendo el Execrable, de modo que probablemente ésta será mi

última oportunidad de dirigirme a vosotros antes de que comience la lucha, y quiero advertiros para que no estéis desprevenidos. Las cosas han sido bastante fáciles en los últimos veintidós días. Pero ahora han terminado las facilidades. Vamos a tener que empezar a ganarnos nuestra paga.

Se arriesgó a hacer aquella dudosa broma con aprensión. Si los guerreros le comprendían, tal vez se relajarían un poco, superarían en parte su dolor y su preocupación, se sentirían más unidos entre sí. Pero si creían entender menosprecio en sus palabras, si se sentían ultrajados por su sombrío humor... los habría perdido.

Sintió un inmenso alivio y gratitud cuando vio que muchos de los guerreros sonreían. Algunos incluso se echaron a reír. Su respuesta hizo que Troy se sintiera de súbito en hermosa armonía con ellos, unido con su ejército, que era el instrumento de su voluntad. En seguida se sintió de nuevo confiado.

—Como sabéis —siguió diciendo rápidamente—, nos encontramos a sólo cinco días del Retiro de la Perdición. Nos quedan unas cuarenta y ocho leguas por recorrer. Después de lo que ya habéis hecho, deberíais ser capaces de hacer lo que falta incluso dormidos, pero todavía hay algunas cosas que quiero deciros.

»En primer lugar, debéis saber que ya habéis logrado más que cualquier otro ejército en la historia del Reino. Ninguna otra Ala de Guerra ha efectuado jamás una marcha tan larga y con tal rapidez. Por ello cada uno de vosotros es ya un héroe. No lo entendáis como jactancia por mi parte... Los hechos, hechos son. Ya sois los mejores.

»Pero héroes o no, nuestra tarea no habrá finalizado hasta que ganemos. Por esa razón nos dirigimos al Retiro de la Perdición. Es un lugar perfecto para tender una trampa, pues una vez allí podemos enfrentarnos a un enemigo que nos supere cinco veces en número. Y con sólo llegar ahí y atraer al ejército del Execrable tan al sur, habremos salvado las vidas de docenas de pedrarianos y fustarianos en las Llanuras Centrales. Para la mayor parte de vosotros, eso significa la salvación de vuestros hogares.

Hizo una pausa, esperando que su propia confianza llegara al corazón de los guerreros. Luego prosiguió:

—Pero tenemos que llegar a tiempo al Retiro de la Perdición. Es ahí donde espera encontrarnos el Dagomán Quaan, el cual, con su Eoala, está luchando desesperadamente a fin de facilitarnos esos días que necesitamos. Si no llegamos al Retiro antes que ellos, todos morirán.

»El margen será muy escaso, pero puedo deciros con seguridad que el Dagomán ya ha conseguido darnos tres de esos cinco días. Todos visteis la tormenta de hace seis días y sabéis qué era..., un ataque a la Eoala del Dagomán. Eso significa que hace seis días todavía estaba reteniendo al ejército del Execrable en el valle del Mithil. Y sabéis cómo es el Dagomán Quaan, sabéis que no consentirá en que por

sólo dos días no logremos la victoria.

»Sí, el margen será escaso y no podremos descansar gran cosa, pero una vez en el Retiro, no temo el resultado.

Al oír esto, los Puños Generales irrumpieron en vivas para responder a la perorata de Troy, el cual permaneció silenciosamente en pie mientras le ovacionaban, con la cabeza inclinada, aceptándolo sólo porque el valor que oía en aquellos gritos, el valor de su ejército, le abrumaba. Cuando cedió el griterío y se hizo de nuevo el silencio en el Ala de Guerra, Troy les dijo con voz ronca:

—Amigos míos, estoy orgulloso de todos vosotros.

Luego dio la vuelta y bajó del risco casi corriendo.

Subió a lomos de Mehryl y el Amo Mhoram le siguió. Acompañados por Ruel, Terrel y otros ocho Guardianes de Sangre, los dos hombres se alejaron al galope del Ala de Guerra. Troy galopó velozmente hasta que su ejército se perdió de vista tras las colinas. Entonces acarició el lomo de Mehryl para que avanzara de nuevo a un paso que permitiera cubrir la distancia hasta la Pedraria Mithil y la base de la Atalaya de Kevin en tres días. Con Mhoram a su lado, trotó hacia el este por las agrestes llanuras.

Al cabo de algún tiempo, el Amo le habló quedamente.

—Signo General Troy, les has conmovido.

—Es al revés, Mhoram —dijo Troy con voz trémula de emoción—. Ellos me han conmovido a mí.

—No, amigo mío. Se han vuelto muy leales a ti.

—Son personas leales. Ellos... sí, de acuerdo, sé lo que quieres decir. Me son fieles. Si alguna vez les decepciono, incluso si cometo errores humanos normales, se sentirán traicionados. Lo sé. He centrado en mí mismo, en mis planes, gran parte de su valor y sus esperanzas. Pero si eso les sirve para llegar a tiempo al Retiro de la Perdición, el riesgo habrá valido la pena.

El Amo Mhoram hizo un gesto de asentimiento. Tras una pausa, añadió:

—Pero tú has cumplido con tu parte. Amigo mío, debo decirte algo. Cuando comprendí por primera vez tu intención de marchar hacia el Retiro de la Perdición a semejante ritmo, pensé que la tarea era imposible.

—Entonces, ¿por qué me permitiste emprender la marcha? ¿Por qué esperaste hasta ahora para decírmelo?

—Ah, Signo General —replicó el Amo—. Todo lo que no se intenta es imposible.

Al oír esto, Troy se volvió hacia Mhoram, pero cuando se encontró con la mirada inquisitiva del Amo, se dio cuenta de que Mhoram no le habría planteado aquel problema gratuitamente. Haciendo un esfuerzo por serenarse le dijo:

—No esperarás que me dé por satisfecho con esa respuesta.

—No —respondió sencillamente el Amo—. Sólo hablo para expresar mi

valoración por lo que has hecho. Confío en ti. Te seguiré en esta guerra, sea cual sea el peligro.

Abruptamente, Troy sintió una oleada de gratitud que ponía un nudo en su garganta, y tuvo que apretar los dientes para no sonreír como un tonto.

—No te decepcionaré —susurró en respuesta a la confesión de confianza de Mhoram.

Pero más tarde, cuando cedió su emoción, se sintió desconcertado al recordar cuántas promesas había hecho semejantes a aquélla, promesas que parecían aumentar con cada nuevo avance en la marcha. Su arenga al Ala de Guerra no había sido más que otra afirmación en una serie de ellas. Ahora sentía que había dado su garantía personal de éxito prácticamente a todo el Reino. Había maniobrado hasta colocarse en un rincón, un lugar donde la derrota y la traición eran lo mismo.

Pensar en la posibilidad de fracaso hacía que le latiera vertiginosamente el pulso en las sienes.

Si ésta era la clase de pensamiento que inspiraba la incredulidad de Covenant, entonces Troy podía ver que tenía cierto sentido. Pero disponía de un crudo término para denominarlo: cobardía. Rechazó aquel pensamiento y volvió su atención hacia las Llanuras Meridionales.

Lejos de las montañas, el terreno se nivelaba un poco y se abría en amplias extensiones de espesa hierba, con la que se mezclaban helechos grises y brezos que en otoño adoptaban una coloración púrpura. No era una tierra generosa —a Troy le habían dicho que solamente existían cinco Pedrarias en toda la extensión de las Llanuras Meridionales— pero su saludable vigor sin derroches era vital y fuerte, como la gente robusta y musculosa que las habitaban. Algo en su austeridad atraía a Troy, como si el mismo terreno fuera adecuado para la guerra. Cabalgó raudamente por aquellas tierras, manteniendo un ritmo vivo pero que conservaba la fuerza de Mehryl para la dura carrera desde la Atalaya de Kevin hasta el Retiro de la Perdición.

Pero la segunda noche su confianza sufrió un revés. Poco después de que saliera la luna, el Amo Mhoram se despertó de súbito, lanzando gritos tan vehementes que a Troy se le heló la sangre. Se movió a tientas entre la oscuridad, en dirección al Amo, pero éste le derribó con un golpe de su bastón y empezó a lanzar fieras llamaradas de poder hacia los cielos invulnerables, como si le atacaran. Parecía haberse vuelto loco. No se detuvo hasta que Terrel le inmovilizó los brazos, gritándole:

—¡Amo! ¡Te verá la Corrupción!

Haciendo un esfuerzo inmenso, Mhoram se dominó y silenció el poder de su bastón.

Entonces Troy no pudo ver nada. Tuvo que esperar a ciegas y en suspenso hasta que el Amo habló por fin:

—Ya ha pasado. Gracias, Terrel.

El tono de su voz traslucía un profundo cansancio.

Muchas eran las preguntas que quería hacerle Troy, pero Mhoram o no quería o no podía responderlas. La fuerza de la visión que había tenido le dejó anonadado y tembloroso. Apenas pudo articular unas palabras para tranquilizar a Troy.

El Signo General no estaba convencido. Pidió que encendieran una luz, pero cuando Ruel preparó una fogata, Troy vio la expresión de tormento y peligro en los ojos de Mhoram. Aquello le inmovilizó, le impidió ofrecerle al Amo apoyo o consuelo. Se vio obligado a dejar al Amo, a solas con su cruel dolor, producto de sus visiones de oráculo.

Troy permaneció despierto el resto de la noche, esperando ansiosamente. Pero cuando llegó el alba y recobró la visión, observó que Mhoram había capeado la crisis. La fiebre de su mirada había sido sustituida por un duro fulgor, como una advertencia de que era peligroso desafiarse, un fulgor que le recordó a Troy la pintura de la Sala de los Regalos titulada «La Victoria del Amo Mhoram».

El Amo no ofreció ninguna explicación. Montaron en sus caballos y en silencio emprendieron la marcha de aquel tercer día.

A lo lejos, en el horizonte, Troy pudo distinguir el delgado y oscuro dedo de la Atalaya de Kevin, aunque el valle de la Pedraria Mithil se hallaba todavía a veintidós leguas de distancia. Tras la tensión de la noche, tenía todavía más urgencia que antes por subir a la Atalaya y ver el ejército del Amo Execrable, lo que le permitiría averiguar el sino de su plan de combate. Pero no obligó al Ranyhyn a superar su mejor andadura de viaje, por lo que el valle ya estaba lleno de sombras crepusculares cuando alcanzó con Mhoram el río Mithil y lo siguió corriente arriba, hacia la Cordillera Meridional.

Con el crepúsculo, la visión de Troy fue menguando, oscurecida por su niebla mental, por lo que apenas tuvo un atisbo de la Pedraria Mithil. Desde lo alto de un gran puente de piedra tendido sobre el río, escudriñó la orilla oriental del río, hacia el sur, y vio vagamente un oscuro y redondeado agrupamiento de cabañas de piedra. Entonces se desvaneció del todo su visión y tuvo que cabalgar hasta el poblado fiándose de su Ranyhyn. Cuando Troy y sus compañeros desmontaron en el centro abierto y circular de la Pedraria, el Amo Mhoram habló en voz queda con las personas que salieron a recibirle. Pronto se unió a los pedrarianos un grupo de cinco personas que llevaban con ellos un gran cuenco de gravanel. Lo situaron en un estrado, en el centro del círculo, donde su cálido resplandor y su fresco aroma arcilloso se extendieron alrededor de los presentes. Aquella luz le permitió a Troy ver débilmente.

El grupo de cinco personas estaba formado por tres mujeres y dos hombres. Cuatro de ellos tenían el cabello blanco y la dignidad de la edad proveya, pero uno de los hombres era de mediana edad o poco más. Su espeso cabello negro tenía

hebras grises, y cubría su cuerpo de miembros cortos y fuertes con la tradicional túnica marrón de los pedrarians, con un curioso dibujo que parecían rayos cruzados bordado en los hombros. La expresión de amargura de su rostro era invariable, como si le hubiera sucedido algo terrible en su juventud, volviendo amargos todos los sabores de su experiencia. Pero a pesar de su amargura y de su relativa juventud, sus compañeros le cedieron la palabra.

—Salve, Mhoram, hijo de Variol, Amo del Consejo de Piedra Deleitosa. Salve, Signo General Hile Troy. Sed bienvenidos a la Pedraria Mithil. Soy Triock, hijo de Thuler, el primero entre el Círculo de ancianos de la Pedraria Mithil. No tenemos la costumbre de interrogar a nuestros huéspedes antes de que la hospitalidad haya eliminado el cansancio de su viaje. Pero corremos tiempos peligrosos. Un Guardián de Sangre nos trajo noticias de guerra. ¿Qué necesidad os trae aquí?

—Triock, tu bienvenida nos honra —replicó el Amo Mhoram—. Y nos honra también que nos conozcas, pues no nos habíamos visto.

—Es cierto, Amo. Pero estudié algún tiempo en la Raat de la Ciencia. Me hicieron conocer a los Amos —hizo un gesto con la cabeza hacia Troy— y a los amigos de los Amos.

—Entonces, Triock, ancianos y gentes de la Pedraria Mithil, debo deciros que realmente el Reino está en guerra. El ejército del Asesino Gris marcha por las Llanuras Meridionales, para presentar batalla al Ala de Guerra de Piedra Deleitosa en el Retiro de la Perdición. Hemos venido a fin de que el Signo General Troy pueda subir a la Atalaya de Kevin y estudiar los movimientos del enemigo.

—Debe tener muy buena vista si puede ver a tal distancia, aunque se dice que el Amo Superior Kevin contemplaba todo el Reino desde su Atalaya. Pero eso no es asunto nuestro. Por favor, aceptad la bienvenida de la Pedraria Mithil. ¿Cómo podemos servirlos?

Mhoram sonrió y respondió:

—Una comida caliente sería la mejor bienvenida. Hemos tomado comida de campaña durante demasiados días.

Al oír esto, una de las ancianas dio un paso adelante.

—Amo Mhoram, soy Terass de Slen. Nuestro hogar es grande, y Slen, mi marido, está orgulloso de su habilidad como cocinero. ¿Querrás comer con nosotros?

—Será un placer, Terass de Slen. Tu ofrecimiento nos honra.

—Aceptar un regalo honra a quien lo hace —respondió ella con gravedad.

Acompañada por los demás ancianos, Terass condujo a Mhoram y a Troy fuera del centro de la Pedraria. Su hogar era un edificio amplio y bajo que había sido formado a partir de una enorme roca. El interior estaba iluminado con gravanel. Tras varias ceremoniosas presentaciones, Troy y el Amo Mhoram se sentaron ante una larga mesa. La comida que Slen les sirvió hizo plena justicia a su orgullo.

Cuando todos los huéspedes se hubieron saciado, y tras la retirada de platos y recipientes, el Amo Mhoram se ofreció a responder a las preguntas de los ancianos. Terass inició el interrogatorio, preguntándole en general por la guerra, pero Triock la interrumpió en seguida.

—Amo, ¿qué me dices del Ama Superior Elena? ¿Está bien? ¿Combate en esta guerra?

Algo abrupto en el tono de Triock irritó a Troy, pero dejó las respuestas a cargo de Mhoram.

—El Ama Superior está bien —replicó el Amo—. Ha descubierto el conocimiento de una de las Alas ocultas de la Ciencia de Kevin y ha ido en busca de ese Ala.

Mhoram parecía cauto, como si tuviera algún motivo para desconfiar de Triock.

—¿Y qué me dices de Covenant el Incrédulo? El Guardián de Sangre dijo que había regresado al Reino.

—Sí, ha regresado.

—Ah, claro —dijo Triock, que parecía darse cuenta de la cautela de Mhoram—. ¿Y qué hay de Trell de Atiaran? Durante muchos años fue el Gravanélico de la Pedraria Mithil. ¿Cómo se enfrenta a los apuros de esta guerra?

—Está en Piedra Deleitosa, donde sus habilidades sirven a la defensa de nuestra morada.

De inmediato cambió la actitud de Triock.

—¿No está Trell con el Ama Superior? —inquirió con vehemencia.

—No.

—¿Por qué no?

El Amo Mhoram escrutó un momento el rostro de Triock. Luego, como si corriera un riesgo, dijo:

—El ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y Barón del Anillo, cabalga con el Ama Superior.

—¿Con ella? —gritó Triock, poniéndose en pie—. ¿Y Trell lo permite?

Dirigió a Mhoram una mirada feroz. Luego giró sobre sus talones y salió de la casa.

Su vehemencia produjo un incómodo silencio en la estancia, y Terass habló quedamente para suavizar la situación.

—Por favor, Amo, no te ofendas. Su vida está llena de problemas. Tal vez conozcas parte de su historia.

Mhoram asintió y aseguró a Terass que no estaba ofendido. Pero la conducta de Triock había trastornado al Signo General Troy, recordándole vívidamente a Trell.

—No sé de qué habláis —dijo con aspereza—. ¿Qué tiene él que ver con el Ama Superior?

—Ah, Signo General —dijo tristemente Terass—. Él no me agradecería que hablara de eso. Yo...

Una cortante mirada de Mhoram la silenció. Troy se volvió hacia el Amo, pero éste no sostuvo su mirada.

—Antes de que el ur-Amo Covenant fuese convocado por primera vez al Reino, Triock estaba enamorado de la hija de Trel y Atiaran.

Troy apenas pudo reprimir una imprecación. Quería maldecir a Covenant. Parecía no tener fin el daño que el Incrédulo había hecho. Pero se contuvo por consideración hacia sus anfitriones. Apenas oyó a Mhoram preguntar:

—¿Está bien la hija de Trel? ¿Puedo ayudarla de alguna manera?

—No, Amo —suspiró Terass—. La salud de su cuerpo es buena, pero su mente es insegura. Siempre ha creído que el Incrédulo vendría a por ella. Ha pedido al Círculo de ancianos..., ha pedido permiso para casarse con él. No podemos encontrar a ningún Curador capaz de curar su mal. Me temo que no conseguirías más que reforzar la intensidad de sus pensamientos hacia el Incrédulo.

Mhoram aceptó su juicio de mal talante.

—Lo lamento. Este deterioro me aflige. Pero los Amos sólo conocen a una Curadora Redimida que tiene poder para tratar un mal así... pero abandonó su hogar y no hemos tenido conocimiento de ella desde hace cuarenta años, antes de la batalla de la Fustaria Alta. Siento que seamos tan poco útiles para socorreros en esta necesidad.

A estas palabras siguió un largo silencio, un tiempo que pareció llenarse de un suspiro ahogado, y durante el cual el Amo miró con fijeza sus manos entrelazadas. Pero entonces, surgiendo de su ensoñación, preguntó:

—Ancianos, ¿cómo os enfrentaréis a las alternativas de la guerra? ¿Estáis preparados?

—Sí, Amo —replicó una de las mujeres—. Tenemos pocos motivos para temer la destrucción de nuestros hogares, por lo que nos ocultaremos en las montañas si llegara la guerra. Hemos preparado depósitos de alimentos por si se presenta la necesidad. Desde las montañas, acosaremos a cualquiera que ataque la Pedraria Mithil.

Mhoram asintió y, al cabo de un momento, Terass dijo:

—Amo, Signo General, ¿pasaréis la noche con nosotros? Será un honor proporcionaros lecho. Y quizá podréis dirigiros a la asamblea del pueblo.

—No —dijo abruptamente Troy. Entonces, percatándose de su descortesía, suavizó su tono—. Gracias, pero no podemos quedarnos. He de subir a la Atalaya... lo antes posible.

—¿Pero qué podrás ver allí? La noche es oscura. Aquí podrás dormir cómodamente y subir a la Atalaya de Kevin cuando aún no haya amanecido.

Pero Troy se mostró inflexible. La cólera que sentía hacia Covenant no hacía más que aumentar su impaciencia. Tenía una fuerte sensación de apremio, de crisis inminente. El firme y cortés apoyo del Amo Mhoram pronto convenció a los pedrarianos de que aquella decisión era necesaria, y al poco tiempo Troy y el Amo estaban nuevamente en camino. Aceptaron un recipiente de gravanel que les ofrecieron los ancianos para que iluminaran su camino, dejaron a todos los Guardianes de Sangre, excepto Terrel y Ruel para que cuidaran de los Ranyhyn y vigilaran el valle y luego empezaron a cabalgar velozmente a lo largo del río Mithil, envueltos en las sombras de la noche.

Troy no podía ver nada aparte del débil resplandor del gravanel, pero cuando estuvo seguro de que se habían alejado lo suficiente de la Pedraria, preguntó a Mhoram:

—Conocías la historia de Triock antes de esta noche. ¿Por qué no me la contaste?

—Desconocía el grado de su aflicción. ¿Por qué había de cargarte con ese problema? No obstante, tengo la sensación de que no le he tratado adecuadamente. Debí haberlo hecho con franqueza, confiando en que sabría encajar mis palabras. Mi precaución no ha hecho más que aumentar su dolor.

Troy adoptó un punto de vista distinto.

—No tendrías que haber sido cauto si no fuera por ese condenado Covenant.

Pero Mhoram se limitó a seguir avanzando por el valle en silencio.

Siguieron cabalgando hacia el sur, penetrando en las estribaciones de las montañas. Luego giraron hacia el norte y ascendieron por las vertientes orientales. El camino por las laderas montañosas era difícil. Terrel iba delante del Amo Mhoram, y Troy le seguía con Ruel a su espalda. Mientras ascendía, le era imposible tener el menor atisbo de su situación, pues, para él, el resplandor del gravanel estaba rodeado de una niebla oscura, pero empezó a experimentar lentamente una variación en el aire. La cálida noche otoñal de las Llanuras Meridionales se hizo más fría y extraña. Troy sintió que el corazón le latía con fuerza. Cuando se hallaba a unos setenta metros de altura, supo que se estaba internando en unas montañas que ya habían recibido las primeras nieves invernales.

Poco después, dejó con sus compañeros la ladera montañosa y empezó a ascender laboriosamente entre grietas, hendiduras y vallecitos ocultos. Cuando llegaron de nuevo al espacio abierto, se encontraron en el saliente de un despeñadero, y avanzaron hacia el este bajo el enorme promontorio de uno de los picos. Aquel saliente les condujo a la base del largo monolito inclinado de la Atalaya. Como solitarias figuras de ensueño ascendieron los escalones sin barandilla del monolito. Tras subir otros ciento cincuenta metros se hallaron por fin en la plataforma parapetada de la Atalaya de Kevin.

Caminaron con cautela sobre el suelo de la Atalaya. Troy se sentó y apoyó la

espalda en el parapeto. Sabía, por las descripciones que le habían hecho, que se encontraba en la punta del monolito, encaramado a más de ciento veinte metros directamente por encima de las estribaciones de un promontorio en la Cordillera, y no quería dar a su ceguera una oportunidad de traicionarle. Aun sentado y con una pared sólida entre su espalda y el abismo, tenía una intensa sensación de fragilidad. Su sentido de la orientación experimentaba agudamente la ausencia de límites seguros. Aquello era como navegar a la deriva en los cielos, y su reacción fue la de un ciego, sintiendo temor y la convicción de un irremediable aislamiento. Situó el recipiente de gravanel sobre la piedra que estaba ante él, de modo que al menos pudiera ver vagamente a sus tres compañeros. Entonces se aferró con ambos brazos a la piedra que estaba a su lado, como para evitar la caída.

Una ligera brisa llegaba a la Atalaya desde la alta vertiente montañosa situada al sur, y el aire acarreaba un preludio de invierno que hizo estremecerse a Troy. Después de la media noche empezó a hablar de manera inconexa, como si quisiera caldear la vigilia con el sonido de su voz. La sensación de hallarse suspendido, al borde del vacío, le recordó sus últimos momentos en aquel mundo al que Covenant insistía en llamar «real», momentos en los que su apartamento era pasto de las llamas, obligándole a colgarse por los dedos del alféizar de la ventana, con la inminente amenaza de la caída y el golpe contra el asfalto de la calle.

Habló de modo errático sobre aquel mundo, hasta que el recuerdo fue perdiendo su viveza. Entonces dijo:

—Amigo Mhoram, recuérdame... recuérdame que te diga alguna vez lo agradecido que estoy... por todo. —Le azoraba decir tales cosas en voz alta, pero aquellos sentimientos eran demasiado importantes para no expresarlos—. Tú y Elena y Quaan y Amorine..., todos son increíblemente preciosos para mí. Y el Ala de Guerra... Creo que sería capaz de saltar al vacío desde aquí si el Ala de Guerra lo necesitara.

Guardó silencio de nuevo, y el tiempo fue transcurriendo. Aunque la fría brisa le hacía estremecerse, sus palabras le habían serenado. Procuró dirigir su pensamiento a la lucha que le aguardaba, pero el paisaje desconocido que aparecería con el nuevo día dominaba su mente, confundiendo todas sus previsiones y sus planes. A su alrededor, la noche permanecía invariable, tan impenetrable como el caos. Necesitaba saber dónde estaba. Creyó oír ruido de cascos de caballo a lo lejos. Pero ninguno de sus compañeros reaccionó; no podía estar seguro de haber oído algo.

Tenía que distraerse. Habló en voz alta, dirigiéndose en parte a Mhoram y en parte a sí mismo.

—Detesto el alba. Puedo soportar la oscuridad de la noche, pues la noche, al menos, es algo de lo que tengo experiencia. ¡Pero el alba! No puedo soportar la espera de lo que voy a ver. —Entonces, abruptamente, preguntó—: ¿Está el cielo

claro?

—Está claro —dijo Mhoram en voz baja.

Troy suspiró aliviado. Por un momento, pudo relajarse.

Volvió a hacerse el silencio en la Atalaya. Siguió la espera. Gradualmente, los temblores de Troy se intensificaron. La piedra en la que se apoyaba seguía fría, impenetrable al calor de su cuerpo. Quería levantarse y andar, pero no se atrevía. A su alrededor, Mhoram, Ruel y Terrel estaban de pie como estatuas inmóviles. Al cabo de un rato, no pudo resistir más y preguntó al Amo si había recibido algún mensaje de Elena.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo? ¿Qué está haciendo?

—No, Signo General —respondió Mhoram—. El Ama Superior no ha llevado con ella ninguna varilla de *lomillialor*.

—¿No?

La noticia consternó a Troy. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de la confianza que había puesto en el poder de Mhoram para entrar en contacto con Elena. Quería saber si estaba a salvo. Y, como último recurso, había confiado en que sería capaz de convocarla. Pero ahora Elena estaba perdida para él de una manera tan completa como si estuviera muerta.

—¿No? —repitió. De repente se sintió tan ciego que le pareció imposible ver el rostro de Mhoram, que nunca lo había visto realmente—. ¿Por qué?

—Sólo había tres varillas de Madera Superior. Enviamos una a las Defensas de los Amos y la otra permaneció en Madera Deleitosa, de manera que la Raat de la Ciencia y Piedra Deleitosa pudieran actuar al unísono para defenderse. Quedaba una varilla. Me la dieron para usarla en esta guerra.

—¿Para qué nos servirá? —preguntó Troy en tono de protesta.

—Si es necesario, podré hablar con Madera Deleitosa y las Defensas de los Amos.

—¡Oh, estúpido! —Troy no sabía si se refería al Amo Mhoram o a sí mismo. Le habían ocultado demasiadas cosas. Y, no obstante, nunca se le había ocurrido preguntar quién tenía las varillas. Había eludido aquel tema hasta que viera el ejército del Amo Execrable y supiera qué clase de ayuda necesitaría—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Mhoram se limitó a mirarle por toda respuesta. Pero a través de su niebla, Troy no pudo descifrar la expresión del Amo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —repitió en un tono más amargo—. ¿Cuántas otras cosas no me has dicho?

Mhoram suspiró.

—En cuanto al *lomillialor*, no te hablé porque no me preguntaste. Las varillas no son un instrumento que tú puedas utilizar. Fueron hechas para los Amos, para que las

usemos cuando lo consideremos oportuno. No se nos ocurrió pensar que tus deseos serían otros.

Su tono era reservado, fatigado. Por primera vez, Troy reparó en que Mhoram había eludido hablar durante todo el día. Sintió un escalofrío. Aquel sueño que Mhoram había tenido la noche anterior... ¿Qué significaba? ¿Qué sabía el Amo que le hacía actuar de una manera tan extraña a su talante habitual? Troy experimentó un súbito presagio de algo temible.

—Mhoram —empezó a decir—. Mhoram...

—Paz, Signo General —dijo el Amo entre dientes—. Alguien llega.

De inmediato, Troy se incorporó y se aferró a los hombros de Ruel para sostenerse. Aunque aguzó los oídos, no pudo oír nada salvo el tenue rumor de la brisa.

—¿Quién es?

Durante un momento, no hubo respuesta. Cuando Ruel habló, su voz sonaba tan distante y desapasionada como la oscuridad.

—Es Tull, que formaba parte de la misión de Korik en busca de los Gigantes de Límite del Mar.

❧ XVII ❧

EL RELATO DE TULL



Al oír el nombre de Tull, a Troy le dio un vuelco el corazón y el pulso le latió con fuerza en las sienes. ¡Los Gigantes! Tras la conmoción producida por las noticias de Runnik, Troy se había propuesto reprimir todo pensamiento relacionado con los Gigantes, concentrándose en la guerra y en sus planes. Pero ahora volvían a asediarse aquellos pensamientos.

En seguida empezó a hacer cálculos. Había salido de Piedra Deleitosa veinticinco días atrás y la misión a Límite del Mar partió dieciocho días antes que él. Era casi el tiempo suficiente... Los Gigantes no podían viajar con tanta rapidez como los Guardianes de Sangre con los Ranyhyn, pero sin duda no estarían demasiado lejos.

Troy comprendía cómo Tull había llegado hasta allí. No era difícil adivinarlo. El otro Guardián de Sangre dirigía a los Gigantes, y Tull se había adelantado para comunicar al Ala de Guerra que se acercaban los refuerzos. Debido a la guerra en el Reino y el avance del Amo Execrable, los Gigantes no irían a Piedra Deleitosa, no se dirigirían tan al norte. Irían al sur, rodeando el Llano de Saran o cruzándolo. Los Guardianes de Sangre conocían el plan de batalla de Troy y sabrían qué hacer. Buscarían las huellas del Amo Execrable, la ruta seguida por su ejército, encima del Declive del Reino, al sur del Monte Trueno, y la seguirían..., pasarían por el Bosque de Morin, cruzarían el valle del Mithil y se dirigirían al sudoeste, hacia el Retiro de la Perdición. Confiarían en atacar la retaguardia del Amo Execrable durante la batalla del Retiro. Y Tull, tratando de rodear el ejército del Amo Execrable en busca del Ala de Guerra, iría naturalmente al sur para bordear la Cordillera Meridional, hacia el Retiro de la Perdición. Aquella ruta casi le llevaría a las puertas de la Pedraria Mithil. ¡Sin duda...!

Cuando Tull subió la escalera y llegó a la Atalaya, Troy estaba tan ansioso que dejó de lado todas las preguntas preliminares.

—¿Cómo están? ¿A qué distancia se encuentran?

Hablaba con tanta rapidez que sus palabras se atropellaban.

A la débil luz que despedía el gravanel, no podía distinguir las facciones de Tull, pero pudo percibir que el Guardián de Sangre desviaba la mirada.

—Amo —dijo Tull—. Korik me encargó que comunicara mis noticias al Ama Superior. Nos lo encargó a Shull, Vale y a mí... —Se interrumpió un instante, como si se le hubiera quebrado la voz—. Pero los Guardianes de Sangre que están en la pedraria me han dicho que el Ama Superior ha ido a las Montañas Meridionales con

Amok. Debo comunicarte a ti mis noticias. ¿Me escucharás?

A pesar de su excitación, Troy notó algo extraño en el tono de Tull, algo que parecía dolor. Pero no pudo esperar a que se lo explicara. Antes de que el Amo Mhoram pudiera replicar, Troy repitió:

—¿Dónde están?

—¿Quiénes? —inquirió el Guardián de Sangre.

—¡Los Gigantes! ¿A qué distancia se encuentran?

Tull volvió la cabeza para enfrentarse al Amo Mhoram.

—Te escucharemos —dijo Mhoram, en un tono tenso por el temor, pero con firmeza, sin vacilación—. Esta guerra está en nuestras manos. Habla, Guardián de Sangre.

—Amo, no pudimos... Los Gigantes... —De repente desapareció la habitual neutralidad de la voz de Tull—. ¡Amo!

La palabra vibró con un tono de pesar tan intenso que el Guardián de Sangre no pudo dominarlo.

Aquel sonido sorprendió a Troy. Estaba acostumbrado a la extraña y característica falta de inflexión de todos los Guardianes de Sangre. Hacía mucho tiempo que había dejado de esperar que expresaran lo que sentían... y prácticamente había olvidado que incluso tenían emociones. Troy no estaba preparado para aquella demostración de pesar. De tal manera había previsto buenas noticias que ya podía saborearlas.

Al instante, antes de que él o el Amo Mhoram pudieran decir algo, reaccionar de alguna manera, Terrel se aproximó a Tull. Girando con tanta rapidez que Troy apenas pudo ver su movimiento, golpeó a Tull en la cara. El golpe resonó pesadamente en el breve recinto de la Atalaya.

Tull recobró en seguida su habitual compostura.

—Amo —empezó a decir de nuevo, en un tono tan inexpresivo como la noche—. A Shull, a Vale y a mí nos encargaron transmitir noticias al Ama Superior. Antes de que amaneciera el vigésimo cuarto día de la misión, el alba posterior al oscurecimiento de la luna, salimos de *Coerceri* y nos dirigimos al sur, como Korik nos había encargado, tratando de encontrar al Ama Superior combatiendo en el Retiro de la Perdición. Pero a causa de la maldad que está despierta, nos vimos obligados a viajar a pie alrededor del Llano de Saran, y así transcurrieron doce días. Llegamos muy cerca de las Colinas Quebrantadas, y así Vale y Shull fueron presa de los exploradores y defensores de la Corrupción. Pero yo resistí. A lomos del Ranyhyn, fui al Declive del Reino y a las tierras superiores del Reino, siguiendo al ejército de la Corrupción. Esforzándome por rebasarlo, cabalgué entre las colinas de la Cordillera Meridional, y así llegué a las proximidades de la Pedraria Mithil..., ocho días en los que el Ranyhyn ha corrido sin descanso.

»Amo... —De nuevo se le quebró la voz, pero se dominó en seguida—. Debo

hablarte de la misión a Límite del Mar y de la maldad que se ha abatido sobre La Aflicción.

—Te escucho —dijo Mhoram penosamente—, pero perdóname, debo sentarme. —Como un anciano, se agachó y apoyó la espalda en el parapeto, con el bastón entre las piernas—. Me faltan fuerzas para recibir en pie tales noticias.

Tull se sentó a su vez ante el Amo, al otro lado del recipiente de gravanel, y Troy también se sentó, como si le impulsara a hacerlo el movimiento de Tull. Centró los vestigios de su visión en el Guardián de Sangre.

Poco después, Mhoram tomó la palabra.

—Runnik llegó hasta nosotros en Fidelia. Nos habló de Hoerkin, el Ama Shetra y el acechante del Llano de Saran. No es necesario que nos hables de nuevo de tales cosas.

—Muy bien.

Tull miraba al Amo, pero su rostro estaba envuelto en la oscuridad. Troy no podía verle los ojos. Parecía como si el Guardián de Sangre careciera de ojos, de boca, de facciones. Cuando comenzó su relato, su voz parecía la voz de la ciega noche.

Pero contó su relato con claridad y coherencia, como si lo hubiera ensayado muchas veces durante su viaje desde Límite del Mar. Y mientras hablaba, Troy recordó que era el más joven de los Guardianes de Sangre, un *Haruchai* que no superaría en edad al mismo Troy. Tull había ido a Piedra Deleitosa para reemplazar a uno de los Guardianes de Sangre muertos en el intento del Amo Mhoram de explorar las Colinas Quebrantadas, por lo que su Voto era todavía reciente. Tal vez esto explicara su inesperada emoción y su habilidad para contar un relato que sus oyentes pudieran comprender.

Tras la muerte del Ama Shetra y del Guardián de Sangre Cerrin, llovió todo aquel día en el Llano de Saran. Fue una lluvia fría e implacable, y perjudicó a la misión, pues el Amo Hyrim estaba enfermo a causa del agua del río que había tragado, y la lluvia empeoró su situación. Los Guardianes de Sangre no podían hacer nada por aliviar su sufrimiento. Cuando la balsa volcó, todas las mantas se perdieron en la corriente. El agua hedionda de la Corriente de la Corrupción tuvo además otro efecto perjudicial: estropeó todos los alimentos excepto los que estaban contenidos en recipientes herméticamente cerrados, inhabilitó las varillas de *lillianrill*, de modo que ya no tenían potencia para arder a pesar de la lluvia, e incluso manchó las ropas; la túnica del Amo Hyrim y la indumentaria de los Guardianes de Sangre se ennegrecieron.

Antes de que finalizara aquel día, el Amo ya no tenía fuerzas suficientes para impulsar o dirigir la balsa. La fiebre se reflejaba en sus ojos, y tenía los labios azules y temblorosos a causa del frío. Sentado en el centro de la balsa, se abrazaba a su bastón como si buscara calor en él.

Durante la noche, empezó a delirar.

Su voz parecía burbujear en el agua de lluvia que le corría por el rostro. Se hablaba a sí mismo como si fuera un adversario y un torturador, maldiciendo y suplicando alternadamente. En ocasiones, lloraba como un niño. Su delirio era cruel, le menospreciaba, como si fuera inútil o careciera de valor. Y los Guardianes de Sangre no podían hacer nada para socorrerle.

Pero al fin, antes del alba, cesó la lluvia y el cielo aclaró. Entonces Korik ordenó que dirigieran la balsa a una orilla. Aunque era peligroso detenerse así cuando aún no había luz para poder avizorar posibles peligros, envió a la mitad de los Guardianes de Sangre para que buscaran en la jungla leña y *alianta*.

Después de que Sill le alimentara con un puñado de bayas-tesoro, el Amo recobró suficiente energía para lograr una llama de su bastón, con la que Korik encendió una fogata, en el centro de la balsa. Luego los remeros apartaron la balsa de la orilla y la misión continuó su camino entre las últimas sombras de la noche.

En el curso de aquel día, salieron lentamente del Llano de Saran. La Corriente de la Corrupción iba haciéndose ahora más ancha y superficial, se dividía en más canales a medida que aumentaban los islotes y los bancos de lodo. Aquellos canales eran traicioneros: poco profundos, atascados con bancos de lodo, llenos de troncos podridos y tocones, y el esfuerzo de navegar por ellos disminuía aún más la velocidad de la balsa. A su alrededor, la jungla cambiaba gradualmente. La vegetación del Llano de Saran daba paso a diferentes clases de cultivos: árboles altos y oscuros con ramas que se extendían considerablemente por encima de los troncos desnudos, musgos colgantes, helechos de todas clases, arbustos aferrados a las rocas peladas con finas raíces como dedos y que parecían beber el agua del río a través de sus hojas y ramas. Las serpientes acuáticas se apartaban raudas de la balsa. Y el hedor de la Corriente fue desvaneciéndose lentamente y transformándose en un olor a descomposición acumulada y estancamiento.

La misión penetró entonces en Tragavidas, el Gran Pantano. Korik dirigió la balsa hacia los pasos septentrionales, de manera que pudieran avanzar en dirección a Límite del Mar, en el norte, sin pasar por el centro de Tragavidas.

Cuando anocheció, tuvieron la suerte de que el cielo apareciera claro, pues en el tortuoso canal acechaban demasiados peligros y no habrían podido avanzar en una noche sin estrellas. Sin embargo, todavía se encontraban en una de las zonas menos difíciles del Tragavidas, donde aún fluía el agua sobre denso barro y el limo. Hacia el este, en el centro del Gran Pantano, el terreno absorbía lentamente al agua, creando una ciénaga continua que cubría docenas de leguas en todas direcciones, donde el barro fluía y bullía casi imperceptiblemente.

Pero la fortuna no les sonrió en otros aspectos. Ahora la fiebre consumía al Amo Hyrim. Aunque Sill le había suministrado *alianta* y agua, previamente hervida para

purificarla, su estado era preocupante. Parecía haber perdido peso y se estremecía con movimientos convulsos.

Sin Hyrim, sin el poder de su bastón, la misión no podría salir del Tragavidas. Los remeros se veían obligados a mantener la balsa donde el agua era más profunda, porque el barro del pantano succionaba sus palos. Si los troncos tocaban aquel barro adherente, los Guardianes de Sangre no podrían liberar la balsa.

Incluso en el centro del canal, su avance estaba amenazado por los peculiares árboles del Tragavidas. Los Gigantes llamaban a aquellos árboles vadeafangales. A pesar de su altura y la amplitud de sus ramas, sus raíces no estaban ancladas en terreno sólido. Más bien se sostenían a sí mismos erectos en el fango y parecían moverse con las corrientes sumergidas, sutiles del pantano. Los pasajes que parecían abiertos desde cierta distancia, estaban cerrados cuando la balsa llegaba hasta ellos; aparecían canales que antes habían sido invisibles. A veces los árboles se movían unos hacia otros cuando la balsa pasaba entre ellos, como si trataran de capturarla.

Con el transcurso de los días, las cosas fueron empeorando. El nivel del agua en el canal iba disminuyendo. A medida que la misión avanzaba rumbo al noroeste, el río iba confundiéndose más y más con la ciénaga y la balsa se aproximaba al fango.

Los Guardianes de Sangre no podían hallar escapatoria. El Tragavidas no les daba oportunidad de abrirse paso hacia el terreno sólido del norte. Aunque siempre se hallaban a menos de media legua de la marisma que bordeaba el pantano, no podían alcanzarla. Empujaban la balsa, se esforzaban incansablemente día y noche, deteniéndose sólo para recoger *alianta* y leña, pero no podían escapar. Necesitaban el poder del Amo Hyrim, y éste estaba sumido en el delirio. Sus ojos parecían cerrados por costras, como espuma seca, y sólo las bayas-tesoro y el agua hervida que Sill le obligaba a tomar le mantenían con vida.

En la tarde del decimoctavo día de la misión, los troncos de la balsa tocaron barro. Aunque aún brillaba entre los árboles un poco de agua, la balsa ya no flotaba. El tremedal inmovilizaba los troncos a pesar de los esfuerzos de los remeros, y a partir de entonces la balsa sólo fue moviéndose con la lenta corriente del cenagal, adentrándose cada vez más en el pantano, hacia el este.

Korik no podía ver ninguna esperanza, pero Sill disentía. Repetía una y otra vez que dentro del cuerpo enfermo del amo Hyrim sobrevivía un espíritu inquebrantable. Lo notaba al aplicar la mano a la frente de Hyrim: algo en él todavía resistía a la fiebre. Aquel día, durante la larga espera, alimentó al Amo con bayas-tesoro y agua salobre hervida. Y al anochecer el Amo empezó a mostrar signos de recuperación; el sudor eliminó la sequedad de su rostro, los escalofríos cesaron y la respiración se hizo más regular. Cuando ya era noche cerrada, Hyrim dormía tranquilamente.

Pareció, sin embargo, que había comenzado a recuperarse demasiado tarde. El barro que atenazaba la balsa la llevó hasta un claro sin árboles. Allí la corriente se

arremolinaba lentamente y amenazaba con atrapar a la balsa por sus cuatro lados y empezar a succionarla.

Los Guardianes de Sangre no podían hacer nada. Allí toda la fortaleza y la fidelidad perdían su valor, allí el Voto carecía de significado. La misión estaba en manos del Amo Hyrim, el cual se hallaba demasiado débil.

Pero cuando Korik le despertó, la mirada del Amo era lúcida. Escuchó de labios de Korik la desesperada situación en que se encontraban. Luego, al cabo de algún tiempo, le preguntó:

—¿A qué distancia debemos ir para escapar?

Korik indicó la dirección con la cabeza.

—Una legua, Amo.

—¿Tanto? Amigo Korik, algún día debes decirme cómo nos metimos en estos apuros.

Suspirando, se acercó al fuego y empezó a comer las provisiones de *alianta*. No intentó levantarse hasta haberlas comido todas. Luego, con la ayuda de Sill, se incorporó en la balsa que giraba lentamente, y se colocó en posición. Apoyándose en el Guardián de Sangre, introdujo su bastón entre los troncos, hasta tocar el barro.

Un fragmento de melodía salió de sus labios, y el bastón comenzó a vibrar entre sus manos.

Sus esfuerzos tardaron algún tiempo en surtir efecto. La energía se incrementaba en el bastón, bajo la orden de la insegura fortaleza de Hyrim se intensificaba, pero la balsa seguía hundándose en el pantano. Aumentaba el hedor a putrefacción y muerte. El esfuerzo de Hyrim le hacía gemir, y se concentró para reunir toda su energía. Empezó a cantar con firmeza.

Unas chispas azules brotaron de la madera de su bastón y cayeron al barro. Con un fuerte ruido de succión, la balsa se liberó del remolino, lo rodeó y empezó a alejarse hacia el norte.

Durante largo tiempo, el Amo Hyrim mantuvo la balsa en movimiento. Entonces llegó a los vadeafangales en el lado norte de la ciénaga. Allí los Guardianes de Sangre lanzaron cuerdas de *clingor* a los árboles que tenían delante y las utilizaron para tirar de la balsa. En seguida cesó la energía de Hyrim, el cual cayó sobre los troncos. Sill le cogió y le llevó al centro de la balsa. En cuando quedó tendido junto a las brasas del fuego, el Amo se durmió.

Pero ahora los Guardianes de Sangre ya no necesitaban su ayuda. Lanzaban las cuerdas de *clingor* y así arrastraban la balsa entre los árboles. Su avance era lento pero constante. Y cuando el barro se hizo tan espeso que las cuerdas se rompían a causa de la tensión, tendieron cuerdas entre los árboles y bajaron de la balsa. Sill llevaba al Amo Hyrim atado a su espalda, y avanzaba por la ciénaga tirando de las cuerdas, mientras los demás Guardianes de Sangre tendían nuevas cuerdas y soltaban

las que dejaban atrás. Por fin, con la primera luz del alba, el barro se transformó en una arcilla blanda y húmeda, los árboles dieron paso a cañizares y hierbas de marjal, y los Guardianes de Sangre empezaron a notar el terreno sólido bajo sus pies desnudos. Salieron así al ancho cinturón de marisma que rodeaba al Tragavidas.

A lo lejos podían distinguir las elevadas colinas que formaban el borde meridional de Límite del Mar.

La misión había perdido tres días.

Pero los Guardianes de Sangre no escatimaron al Amo Hyrim el tiempo necesario para cocinar una cocina caliente con las últimas vituallas. El Amo estaba deshecho. Su rostro, otrora redondeado, era ahora delgado como el de un lobo. Necesitaba alimento y reposo, y la misión podría cruzar a buen paso Límite del Mar hacia *Coercri*. En caso necesario, los Guardianes de Sangre transportarían al Amo Hyrim.

Después de comer, el Amo se puso en pie, quejumbroso, y empezó a caminar hacia las colinas. Caminaba despacio y a menudo se veía obligado a detenerse para descansar. Los Guardianes de Sangre vieron en seguida que, de seguir a aquel ritmo, necesitarían todo el día para recorrer las cinco leguas hasta las colinas. Pero el Amo rechazó su ofrecimiento de ayuda.

—¿Prisa? No me gustan las prisas.

Había en su voz un deje de amargura que les sorprendió hasta que Korik les recordó lo que habían oído decir al Puño de Guerra Hoerkin y la respuesta del Amo. Al parecer Hyrim creía en la profecía de Hoerkin relativa a la caída de los Gigantes.

No obstante, el Amo anduvo durante todo el día hasta llegar a las colinas, y al día siguiente se esforzó por subirlas como si hubiera cambiado durante la noche, recobrando la conciencia de que el tiempo apremiaba. Llevando sus renovadas fuerzas al límite, ascendió por la empinada pendiente, y cuando llegó a la cima se detuvo con los Guardianes de Sangre para contemplar Límite del Mar.

La tierra que los Antiguos Amos habían dado a los Gigantes para que levantaran en ella sus hogares era amplia y fértil. Cerrada por colinas al sur, montañas al oeste y el mar Cuna del Sol al este, era un verde refugio para los navegantes náufragos. Pero aunque utilizaban la tierra, cultivaban el campo ondulante con toda clase de cultivos y cuidaban de los grandes bosques de secoya y teca con cuya madera construían sus enormes embarcaciones, no poblaban la región, pues los Gigantes amaban el mar y preferían habitar en los acantilados de la costa rocosa, cuarenta leguas al este de donde la misión se hallaba ahora.

En los tiempos de Damelon Giganteamigo, cuando los Sinhogar eran más numerosos, se habían extendido por la costa, construyendo casas y pueblos a lo largo de la línea oriental de Límite del Mar. Pero su número había disminuido lentamente, hasta que ahora se habían reducido a una tercera parte de su población original. Sin embargo, eran gentes de larga vida, amantes de los relatos, alegres, y la falta de niños

les hería cruelmente. La soledad a la que lentamente se veían confinados, les había hecho abandonar sus hogares dispersos al norte y sur de Límite del Mar y habían formado una comunidad, una ciudad en un acantilado donde podían compartir sus escasos niños, sus canciones y sus largos relatos. A pesar de su antigua costumbre de utilizar largos nombres, habían llamado a su ciudad sencillamente *Coerceri*, que significaba La Aflicción. Allí vivían desde la juventud del Amo Superior Kevin.

El Amo Hyrim contempló la tierra de los Gigantes y lanzó un débil gemido.

—¡Korik! —exclamó—. ¡Reza para que sea falso lo que dijo Hoerkin! ¡Reza para que su mensaje fuera una mentira! ¡Ah, corazón mío!

Se llevó ambas manos al pecho y emprendió una carrera por la suave pendiente hacia Límite del Mar.

Korik y Sill corrieron tras él y cada uno de ellos le cogió por un brazo, alzándole entre ellos para que pudiera moverse mejor. Así la misión inició la marcha hacia La Aflicción.

El Amo Hyrim continuó de esta guisa durante el resto de la jornada, limitándose a descansar sólo unos instantes cuando el dolor de su pecho era insoportable. Y los Guardianes de Sangre sabían que tenía una buena razón para apresurarse al máximo. «Veinte días», había dicho el Amo Mhoram. Aquél era el vigésimo primer día de la misión.

A la mañana siguiente, cuando el Amo Hyrim despertó de su agitado sueño, desdeñó la ayuda de Korik y Sill y corrió solo. Su rapidez pronto les llevó a la parte más occidental de la región, cubierta por los viñedos de los Gigantes. Korik destacó a Doar y Shull para que buscaran alguna señal entre las hileras de cepas, pero los dos Guardianes informaron que los Gigantes que habían trabajado en aquel viñedo lo abandonaron apresuradamente. No había duda alguna, pues había azadas y rastrillos altos como hombres esparcidos entre las cepas, con las marcas de su trabajo todavía en sus hojas y púas, y varios sacos de cuero en los que los Gigantes solían transportar su comida y pertenencias habían sido arrojados al suelo y abandonados. Al parecer, los Sinhogar habían recibido alguna clase de señal, y habían abandonado en seguida su trabajo para responder a ella.

Las huellas de pisadas en la tierra abierta del viñedo apuntaban en dirección a *Coerceri*.

Aquel día la misión avanzó entre viñedos, bosquecillos de tecas y campos. En todos ellos, las herramientas y provisiones desparramadas indicaban lo mismo. Pero al día siguiente cayó una lluvia que borró las huellas y las señales de trabajo. Los Guardianes de Sangre no pudieron obtener más conocimientos de tales cosas.

La lluvia cesó durante la noche. Los Guardianes de Sangre percibían un olor salobre en la lenta brisa. El cielo sin nubes parecía prometer un día claro, pero al amanecer del vigésimo tercer día apareció una luz rojiza punteada de vez en cuando

por sombríos jirones verdes, que no ofreció al Amo ningún alivio. Tras haber comido las bayas-tesoro que le ofreció Sill, no se levantó. Se rodeó las rodillas con los brazos y agachó la cabeza, como si se encogiera de miedo.

Korik habló por el bien de la misión.

—Debemos seguir, Amo. La Aflicción está cerca.

El Amo no alzó la cabeza de las rodillas y su voz sonó apagada.

—¿Sois impenetrables al temor? ¿No sabéis acaso lo que vamos a encontrar? ¿O es que no os conmueve?

—Somos los Guardianes de Sangre —replicó Korik.

—Sí —suspiró Hyrim—. Los Guardianes de Sangre. Y yo soy Hyrim, hijo de Hoole, Amo del Consejo de Piedra Deleitosa. He prestado juramento de servicio al Reino. Debí haber muerto en lugar de Shetra..., si hubiera tenido su fortaleza.

Bruscamente, se puso en pie y extendió los brazos. Las palabras del antiguo ritual brotaron de sus labios.

—Somos los nuevos preservadores del Reino, devotos del Poder de la Tierra. Hemos jurado dedicar nuestros esfuerzos... No descansaremos... —Incapaz de completar el ritual, exclamó—: ¡Melenkurion! ¡Melenkurion, Vertedero Celeste! ¡Ayúdame!

El grito se transformó en un gemido, y los dedos de Hyrim se aferraron al paño de su túnica, a la altura del pecho. Korik no deseaba interrumpir aquella manifestación de dolor, pero la continuidad de la misión le obligaba a hacerlo.

—Tenemos que ir en ayuda de los Gigantes —le dijo al Amo.

—¿Ayuda? —dijo Hyrim con voz entrecortada—. ¡No podemos hacer nada por ellos! —Se agachó y recogió su bastón. Lo sostuvo unos instantes apretándolo con todas sus fuerzas, como si quisiera obtener valor de él—. Pero hay otras cosas. Debemos saber... ¡Hay que decirle al Ama Superior qué poder llevó a cabo esta abominación!

Una sombra cruzaba sus ojos y tenía los labios encendidos, como si los enrojeciera el pánico. Temblando, dio la vuelta y empezó la caminata hacia *Coerceri*.

Ahora la misión no se apresuró. Avanzaron con cautela hacia el mar, puestos en guardia contra una posible emboscada. Pero la mañana transcurrió con rapidez. Antes del mediodía, los Guardianes de Sangre y el Amo llegaron al alto faro de La Aflicción.

El faro era una alta aguja de mampostería que se elevaba en la última y más elevada colina ante los acantilados de la costa. Los Gigantes lo habían construido para que orientara a sus buques errantes, y siempre había alguien en él para cuidar de la iluminación. Pero cuando los Guardianes de Sangre subieron por la colina hacia la base de la aguja, pudieron ver que el fuego se había extinguido. Ningún rayo de luz ni rastro de humo surgía de la cúpula en lo alto de la torre.

Descubrieron sangre en los escalones del faro. Estaba seca y era negruzca, lo bastante antigua para que el agua de lluvia no pudiera disolverla.

A una orden de Korik, Vale subió los empinados escalones y penetró en la aguja. Los Guardianes de Sangre restantes esperaron, contemplando *Coercrí* y el mar Cuna del Sol. Bajo el claro cielo iluminado por el sol del mediodía, el mar estaba lleno de reflejos, e invisibles bajo el borde del acantilado, las olas chocaban con sordo rumor contra los embarcaderos y diques de La Aflicción.

Allí, como un panal en el acantilado, estaba la ciudad de los Gigantes. Todas sus casas, salas y pasajes, todas sus entradas y almenas, habían sido excavadas en las rocas costeras. Era una ciudad inmensa. Tenía salones donde podían reunirse hasta quinientos Gigantes para celebrar sus Giganteclaves y contar relatos que se extendían durante días y días. Tenía muelles apropiados para ocho o diez poderosas naves gigantes. Las chimeneas y hogares eran suficientes para todos los Sinhogar que quedaban.

Sin embargo, toda aquella inmensidad parecía deshabitada. La parte posterior de La Aflicción, la que daba hacia la tierra, parecía abandonada. Por encima de ella gritaba de vez en cuando una gaviota, y por debajo batía el mar. Pero no había señal alguna de sus habitantes. No obstante, *Coercrí* había sido construida de cara al mar, y los Guardianes de Sangre confiaban en que encontrarían allí a los Gigantes.

Entonces bajó Vale del faro y se dirigió directamente al Amo Hyrim.

—Hay una Gigante ahí arriba. —Indicó la cúpula de la aguja con un gesto de la cabeza—. Está muerta. —Al cabo de un momento, añadió—: La mataron. El rostro y la parte superior de la cabeza, con el cerebro, han desaparecido. Devorados.

Todos los Guardianes de Sangre miraron al Amo Hyrim. Éste contemplaba a Vale con los ojos enrojecidos, el delgado rostro contorsionado. Su garganta emitió un ruido confuso, como un gruñido. Los nudillos, que se aferraban al bastón, estaban blancos. Sin decir palabra, se volvió y empezó a caminar hacia la entrada principal de La Aflicción.

Entonces Korik dio órdenes. De los once Guardianes de Sangre, instruyó a Vale, Doar, Shull y otros dos para que permanecieran en el faro, a fin de vigilar y dar aviso si era necesario, y seguir adelante con la misión si los demás caían. Envió tres al norte, para que empezaran la exploración de *Coercrí* desde aquel extremo. Luego Korik siguió al Amo Hyrim, junto con Tull y Sill. Los tres Guardianes desviaron al Amo de la entrada principal y se dirigieron al sur de la ciudad.

Juntos, los cuatro penetraron en La Aflicción por su lado meridional.

La entrada que eligieron era un túnel que cruzaba el acantilado, con una ligera pendiente. Lo recorrieron hasta su extremo, donde se abría a un baluarte sin techo colgado sobre el mar. Desde allí podían ver gran parte del acantilado frontal de la ciudad. Baluartes similares a aquél en el que se encontraban se proyectaban y

retrocedían alternativamente a lo largo de la pared rocosa, ocupando varios niveles por debajo de ellos, y daban a la superficie de la ciudad un aspecto nudoso. Pudieron ver muchas de aquellas proyecciones hasta que toda la ciudad se perdía de vista hacia el norte, detrás de un engrosamiento en el acantilado. Por debajo de aquel engrosamiento, en el nivel del mar, había un ancho dique entre dos largos embarcaderos de piedra.

Tanto el dique como los embarcaderos estaban desiertos. Nada se movía en ninguna de las murallas. Con la excepción del ruido del mar, el silencio se cernía sobre la ciudad.

Cuando el Amo Hyrim abrió una alta puerta de piedra y entró en las salas a las que daba acceso, encontró dos Gigantes tendidos en el suelo, en un charco de sangre reseca. Ambos tenían los cráneos partidos en dos y vacíos, como si los huesos hubieran estallado desde dentro.

En el siguiente conjunto de habitaciones encontraron otros tres Gigantes, y el posterior tres más, uno de ellos un niño..., todos muertos. Yacían entre charcos de su propia sangre, la cual lo había salpicado todo, como si alguien hubiera chapoteado en los charcos de sangre cuando todavía estaba fresca. Los Gigantes, incluso el niño, habían sido asesinados por el procedimiento de partirles el cráneo.

Pero los cuerpos no presentaban síntomas de descomposición, por lo que hacía poco que habían muerto..., menos de tres días.

—Tres días —dijo Korik.

—Tres días —repitió amargamente el Amo Hyrim.

Prosiguieron con su investigación. Miraron en todas las habitaciones a lo largo del baluarte, hasta que se encontraron directamente encima del dique. En cada serie de habitaciones encontraron uno, dos o tres Gigantes, todos muertos de la misma manera. Y ninguno, excepto los niños más pequeños, mostraba signo alguno de resistencia, de lucha. Los pocos cadáveres infantiles estaban contorsionados, como si la muerte les hubiera sorprendido en actitudes frenéticas causadas por el terror. Los demás yacían como si les hubieran golpeado hasta matarlos mientras estaban de pie o sentados.

Cuando los miembros de la misión entraron en una sala de juntas circular, descubrieron que estaba vacía. La gran cocina contigua también estaba vacía. Los fuegos de los fogones estaban apagados, convertidos en cenizas, pero los cocineros no habían muerto allí.

Aquella visión consternó al Amo Hyrim.

—¡Fueron a sus hogares para morir! Sabían el peligro que corrían... y fueron a esperarlo a sus hogares. No lucharon ni huyeron, ni pidieron auxilio. ¡*Melenkurion abatha!* Sólo los niños... ¿Qué horror se abatió sobre ellos?

Los Guardianes de Sangre no tenían respuesta. No conocían ninguna potencia

maligna que pudiera cometer semejante carnicería sin encontrar resistencia.

Cuando salieron de la sala, el Amo Hyrim lloraba sin disimulo.

Desde aquel baluarte emprendió con los Guardianes de Sangre el descenso a través de los niveles de *Coercri*. Siguieron una escalera curvada que llevaba al acantilado y luego se dirigía de nuevo al mar. En el siguiente nivel miraron de nuevo en las habitaciones. También allí todos los Gigantes estaban muertos.

En todas partes se encontraron con la misma escena. Los Sinhogar habían ido a sus aposentos privados para morir allí.

Un súbito impulso apresuró entonces al Amo y a los Guardianes de Sangre. El Amo bajó corriendo las altas escaleras e inspeccionó las habitaciones de todos los baluartes. Con sus negros atuendos, los cuatro parecían cuervos que se apresurasen para contar el relato de la sangre vertida y los cráneos destrozados.

Cuando habían rebasado ya la mitad de La Aflicción, Korik les detuvo. Había notado un cambio en la atmósfera de la ciudad, una diferencia sutil que, de momento, no podía identificar. Entonces corrió a la habitación más próxima y se inclinó sobre el único Gigante muerto. Comprobó que su muerte era más reciente, pues la sangre no se había secado del todo. Tal vez el asesino se hallaba todavía en la ciudad, acechando a sus últimas víctimas.

—Debemos llegar en seguida al nivel más bajo —susurró el Amo Hyrim—. Si queda algún Gigante vivo, estará allí.

Korik asintió. Tull se adelantó para explorar, mientras los demás empezaban a bajar las escaleras. En cada nivel se detenían lo suficiente para encontrar un Gigante muerto y comprobar el estado de la sangre. Luego seguían bajando apresuradamente.

La sangre era cada vez más fresca. A dos niveles por encima de los embarcaderos, encontraron el cuerpo de un niño que todavía conservaba vestigios de calor.

Exploraron con más detenimiento el siguiente nivel, y en una habitación encontraron un Gigante de cuyo cráneo abierto brotaba todavía la sangre. Con gran precaución, bajaron los últimos escalones.

La escalera desembocaba en una amplia extensión de roca, la base de los dos embarcaderos y la cabeza del dique entre ellos. Tampoco desde allí los Guardianes de Sangre y el Amo Hyrim podían ver más allá del gran engrosamiento del acantilado, al norte de los embarcaderos. Aquel engrosamiento y la curva externa del extremo meridional de *Coercri* formaban una ensenada poco profunda alrededor del dique. La base plana de la ciudad estaba envuelta en las sombras del acantilado, y la roca fría estaba húmeda de rocío del mar.

Nadie se movía sobre los embarcaderos ni a lo largo del camino que atravesaba la ciudad desde su extremo meridional hacia el norte y que rodeaba la curva del acantilado.

Abiertas en la base del acantilado detrás del camino y las cabezas de roca de los

embarcaderos había muchas aberturas, todas ellas con pesadas puertas de piedra para rechazar las aguas del mar cuando había tormenta, pero la mayoría de aquellas puertas estaban abiertas y daban acceso a unos talleres, altas cámaras donde los Gigantes construían las planchas y los aparejos de sus naves. Al igual que las salas de reunión y las cocinas, aquellos lugares estaban desiertos. Pero, al contrario que los viñedos y campos occidentales, los talleres no habían sido abandonados de súbito. Todas las herramientas colgaban de sus estantes en las paredes; las mesas y bancos estaban despejados, y hasta los suelos estaban limpios. Los Gigantes que trabajaban allí se habían tomado el tiempo necesario para poner sus talleres en orden antes de ir a sus hogares a morir.

Había una puerta más pequeña en el extremo sur de la cabeza rocosa, y estaba herméticamente cerrada. El Amo Hyrim trató de abrirla, pero no tenía manija y le fue imposible sujetar la piedra pulida.

Korik y Tull lo intentaron juntos. Introdujeron los dedos en una hendidura de la puerta y tiraron de ella. Con un ruido chirriante, como una queja de dolor, la puerta se abrió hacia afuera y la luz opaca de la tarde permitió ver el interior.

Era una sola habitación y estaba vacía, con excepción de una cama baja adosada a una pared. No había ninguna luz y el aire olía a rancio.

En el suelo, con la espalda apoyada en la pared, estaba sentado un Gigante. Incluso en aquella postura sentada y con las rodillas levantadas era tan alto como el Guardián de Sangre. La luz del exterior hizo brillar sus ojos.

Estaba vivo. Una débil respiración movía su pecho y un reguero de saliva le salía de una comisura de la boca y caía en su barba entrecana. No hizo ningún movimiento cuando los cuatro entraron en la celda. Ni siquiera parpadeó.

El Amo Hyrim, alegre por encontrarle con vida, se precipitó hacia él, pero se detuvo al ver la expresión de horror en el rostro del Gigante. Korik se le aproximó y tocó uno de los brazos desnudos con los que rodeaba sus rodillas. El Gigante no estaba frío; no era otro Hoerkin. Korik agitó el brazo del Gigante, pero éste no respondió y permaneció sentado con la mirada fija en el umbral. Korik miró al Amo, preguntándole en silencio, y cuando Hyrim asintió, el Guardián de Sangre abofeteó al Gigante. El golpe le sacudió la cabeza, pero no pareció afectarle. Sin parpadear, alzó de nuevo la cabeza y siguió mirando con fijeza. Korik se dispuso a golpearle otra vez con más fuerza, pero el Amo Hyrim se lo impidió.

—No le hagas daño, Korik. Está cerrado para nosotros.

—Debemos llegar a él —dijo Korik.

—Sí —admitió Hyrim—. Es necesario. —Se acercó al Gigante y le gritó—: ¡Hermano piedra! ¡Escúchame! Soy Hyrim, hijo de Hoole, Amo del Consejo de Piedra Deleitosa. Debes escucharme. En nombre de todos los Sinhogar, en nombre de la amistad y el Reino... ¡Te lo imploro! ¡Abre tus oídos a mis palabras!

El Gigante no replicó y la lentitud de su respiración no varió lo más mínimo. Su mirada continuó perdida.

El Amo Hyrim retrocedió y observó al Gigante. Entonces se volvió a Korik:

—Libérale una mano. —Frotó una contera metálica de su bastón y, al apartar la mano, surgió del metal una llama azulada—. Intentaré el *caamora*..., la aflicción por medio del fuego.

Korik comprendió. El *caamora* era un ritual por medio del cual los Gigantes se purgaban de dolor y de cólera. Eran impenetrables a cualquier fuego ordinario, pero las llamas les causaban dolor y lo utilizaban, cuando era necesario, para ayudarse a lograr el dominio de sí mismos. Rápidamente, Korik abrió la mano del Gigante y tiró del brazo, de modo que la mano quedó tendida hacia el Amo.

—¡Piedra y Mar, Hermano piedra! —exclamó quedamente el Amo—. ¡Piedra y Mar!

Mientras pronunciaba estas palabras, fue aumentando la intensidad de su fuego. Colocó la llama directamente bajo la mano del Gigante, envolviendo los dedos en fuego.

Al principio, no sucedió nada; el ritual no surtió efecto. Los dedos del Gigante colgaron inmóviles entre el fuego, sin que la llama los quemara. Pero luego se retorcieron, se agitaron y cerraron. El Gigante tendió aún más la mano al fuego, aunque los dedos se estremecían de dolor.

De repente, lanzó una bocanada de aire; la cabeza cayó hacia atrás, golpeó contra la pared y cayó de nuevo sobre las rodillas. Sin embargo, siguió sin retirar la mano. Cuando alzó la cabeza, tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Temblando y jadeando, retiró la mano, la cual no presentaba ninguna quemadura.

El Amo Hyrim extinguió en seguida su fuego.

—Hermano piedra —dijo en tono compungido—. Perdóname, Hermano piedra.

El Gigante se miró la mano. Transcurrió bastante tiempo mientras lentamente iba cobrando conciencia de su situación. Por fin reconoció al Amo y al Guardián de Sangre. De repente, se estremeció, se llevó las manos a la cabeza y habló con voz entrecortada.

—¿Estoy vivo? —Antes de que el Amo Hyrim pudiera responder, añadió—: ¿Qué les ha ocurrido a los demás, a mi gente?

El Amo Hyrim buscó apoyo en su bastón.

—Todos están muertos.

—¡Ah! —gimió el Gigante. Apoyó las manos en las rodillas y reclinó de nuevo la cabeza en la pared—. ¡Oh, mi pueblo!

Las lágrimas corrieron por sus mejillas como regueros de sangre.

El Amo y los Guardianes de Sangre le observaban en silencio, esperando que se serenara. Al fin remitió su aflicción y sus lágrimas cesaron. Movié la cabeza hacia

adelante y murmuró en un tono de derrota:

—Me ha dejado para el final.

—¿Quién? —preguntó el Amo Hyrim, haciendo un visible esfuerzo.

—Llegó pronto —dijo el desolado Gigante—, llegó pronto, después de que supiéramos el destino de los tres hermanos, nacidos de un solo parto, signo del fin, como auguró el Hermano piedra Damelon. Esta primavera... pero ¿fue tan reciente? Requiere más tiempo. Deberían ser años. ¡Ah, mi pueblo! Esta primavera supimos al fin que la antigua maldad latente del Llano de Saran estaba despierta, y pensamos en avisar a las Defensas de los Amos. —Por un instante, la emoción le impidió continuar—. Entonces perdimos a los hermanos. Una mañana, al levantarnos, habían desaparecido.

»No informamos a los Amos. ¿Cómo podíamos decirles que habíamos perdido nuestra esperanza? No. Preferimos emprender la búsqueda. Buscamos desde las Alturas Septentrionales hasta las Llanuras Estragadas y más allá. Buscamos durante todo el verano, y no encontramos nada. Desesperados, regresamos a La Aflicción, *Coercri*, último refugio de los Sinhogar.

»Entonces regresó la última exploradora, Pelotrenzado Tiradetodos, en cuya matriz se engendraron los tres hermanos. Como era su madre, los buscó cuando todos los demás habían abandonado la búsqueda, y fue la última en regresar. Había llegado hasta las mismas Colinas Quebrantadas. Nos convocó a todos y nos dijo lo que les había ocurrido a los tres hermanos. Luego murió, a causa de las heridas sufridas durante la búsqueda...

»¡Ahora soy el último! —Gimió de nuevo—. ¡Ah, mi pueblo!

Se puso en pie, apoyándose en la pared. Echó la cabeza atrás y comenzó a entonar el antiguo cántico de los Sinhogar.

*Somos los Sinhogar,
sin raíces, deudos ni amigos.
En otras misteriosas y dulces riberas
desplegamos nuestras velas
para recorrer de nuevo nuestro camino;
pero los vientos de vida
no soplaron en el rumbo que elegimos
y la tierra más allá del mar se perdió.*

Era un cántico largo, como todos los de los Gigantes. Pero sólo entonó un fragmento. Pronto quedó en silencio y bajó la cabeza hasta que el mentón le tocó el pecho.

—¿Quién es? —volvió a preguntar el Amo Hyrim.

Por toda respuesta, el Gigante reanudó su relato.

—Entonces llegó. El presagio del fin se convirtió en desgracia y bilis, y entonces supimos la verdad. La habíamos percibido antes, en tiempos menos duros, cuando el conocimiento podría haber servido de algo, pero lo negamos. Habíamos visto nuestro mal y lo rechazamos, pensando que podríamos encontrar nuestro camino al Hogar y rehuirlo. ¡Locos! Cuando le vimos, supimos la verdad. A causa de la insensatez, la semilla agostada, la pasión y la impaciencia por volver al Hogar, nos habíamos convertido en lo que odiábamos. Vimos la verdad que había en él. Nuestros corazones se convirtieron en cenizas y fuimos a nuestras viviendas... esas pequeñas estancias que llamábamos nuestros hogares en vano.

—¿Por qué no huísteis?

—Algunos lo hicieron, unos cuatro o cinco que desconocían el largo nombre de la desesperación..., o no lo habían oído, o se parecían demasiado a él para juzgarlo. La maldad del Llano de Saran se apoderó de ellos... Ya no existen.

Impulsado por la antigua cólera de los Guardianes de Sangre, Korik preguntó:

—¿Por qué no luchasteis?

—Nos habíamos convertido en lo que odiábamos. Es mejor que hayamos muerto.

—¡Aun así! —exclamó Korik—. ¿Es ésta la lealtad de los Gigantes? ¿A esto llega toda la fidelidad prometida? ¡Por el Voto, Gigante! ¡Os destruís a vosotros mismos y dejáis el mal con vida! Ni siquiera Kevin Arrasatierra fue tan débil.

Llevado por su emoción, olvidó tomar precauciones, y todos los Guardianes de Sangre estaban también desprevenidos. Oyeron una voz a sus espaldas, un tono frío de desprecio que les envolvió como una galerna de invierno. Al volverse descubrieron a otro Gigante en el umbral. Era mucho más joven que el Gigante que estaba dentro, pero se le parecía. La principal diferencia estribaba en la expresión de desprecio que cubría su rostro, llameaba en sus ojos y torcía su boca, como si estuviera a punto de escupir.

En la mano derecha sujetaba una piedra de un verde intenso, cuyo fulgor esmeralda le teñía los dedos y que despedía un espeso vapor.

El Gigante hedía a sangre fresca, que le cubría de la cabeza a los pies. Dentro de él, aferrada a sus huesos, había una poderosa presencia que no encajaba con la forma del Gigante. Babeaba detrás de sus ojos con una gran fuerza maligna.

—Humm —dijo en tono despectivo—. Un Amo y tres Guardianes de Sangre. Me complace. Creí que mi amigo del Llano de Saran acabaría con todos vosotros..., pero veo que yo mismo tendré el placer de hacerlo. Ah, no habéis salido del todo ilesos, ¿verdad? El negro os sienta bien. ¿Habéis perdido amigos a manos de mi amigo?

Se echó a reír con un ruido chirriante, como de pedruscos aplastados. El Amo Hyrim se adelantó, apoyó el bastón en el suelo y desafió al Gigante.

—No te acerques más, *turiya* Delirante. Soy Hyrim, Amo del Consejo de Piedra Deleitosa. ¡*Melenkurion abatha!* ¡*Duroc minas mill khabaal!* No te dejaré pasar.

El Gigante retrocedió cuando oyó al Amo Hyrim pronunciar las palabras de poder, pero se echó a reír de nuevo.

—¡Ah, mi pequeño Amo! ¿Es ése el límite de tu ciencia? ¿No puedes aproximarte más a las Siete Palabras? Las pronuncias mal. Pero debo admitir que me has reconocido. Soy el *turiya* Herem, pero ahora mis hermanos y yo tenemos nuevos nombres. Están Descuartizador y Puño de Satán. Yo soy Mataclanes.

Al oír esto, el Gigante mayor gimió intensamente. El Delirante miró hacia el fondo de la celda y dijo con un tono de satisfacción:

—Ah, ahí le tienes. Pequeño Amo, veo que has estado hablando con Miembrodespato Colocaquillas. ¿No te ha dicho que es mi padre? Padre, ¿por qué no le das la bienvenida a tu hijo?

Los Guardianes de Sangre no miraron al Gigante mayor, pero percibieron el dolor de Colocaquillas y lo comprendieron. Algo se estaba rompiendo en el interior del Gigante. De súbito, dio un grito salvaje. Dio un salto, pasó rozando a los cuatro, y atacó a Mataclanes.

Sus dedos aferraron la garganta del Delirante y, empujándole, le hizo retroceder hacia la cabeza rocosa de los embarcaderos.

Mataclanes no intentó desasirse. Resistió el ímpetu hasta que sus pies estuvieron bien afianzados. Entonces levantó la piedra verde y la dirigió contra la frente de su padre.

El puño y la piedra atravesaron el cráneo del Gigante mayor y penetraron hasta el cerebro.

Colocaquillas lanzó un grito. Dejó caer las manos y su cuerpo quedó inmóvil, suspendido del punto de energía que había atravesado su cabeza.

Sonriendo vorazmente, el Delirante sostuvo así a su padre durante largo rato. Luego apretó el puño y surgió un luminoso estallido esmeralda; la piedra destrozó el cráneo de Colocaquillas y cayó muerto, vertiendo su sangre en la cabeza rocosa de los embarcaderos. Mataclanes pisoteó la sangre.

Parecía haberse olvidado de los cuatro, pero no era así. Cuando Korik y Tull se lanzaron contra él, movió un brazo y les dirigió un rayo de energía. Los habría matado antes de que llegaran al umbral, pero el Amo Hyrim corrió hacia ellos y colocó su bastón entre los dos. La contera del bastón recogió el rayo. Detonó con tal fuerza que partió el bastón en dos y arrojó a los cuatro humanos al fondo de la celda.

El impacto les hizo perder el conocimiento.

Ni siquiera el Voto podía ayudar a los Guardianes de Sangre en la tremenda situación en que se encontraban.

Korik fue el primero en recobrar la conciencia. Pudo oír antes que mirar o tocar, aguzó el oído. El ruido del mar se intensificó en sus oídos, se hizo violento, pero no era el sonido del mar embravecido en una tormenta, sino algo más errático y maligno.

Entonces recobró la vista y le sorprendió poder ver, pues había esperado encontrarse con la oscuridad de densas nubes.

La temprana luz de las estrellas penetraba por el umbral de la puerta abierta. El cielo estaba claro. En el exterior, el mar agitado chocaba contra los embarcaderos y el dique, como si le espolearan. En toda la extensión del cielo aparecían relámpagos, seguidos de truenos tan potentes que parecían retumbar en su pecho. A través del rocío que levantaban las olas, aullaba el viento. Pero el cielo seguía perfectamente claro.

Se estaba formando una extraña tormenta en el mar.

Entonces un relámpago distinto surgió hacia arriba..., una descarga verde como fuego esmeralda. Procedía del dique. Mirando a través de la oscuridad, Korik pudo discernir la forma del Delirante Mataclanes. Estaba allá abajo, de pie en el dique, tan cerca del oleaje que las aguas rompían contra sus rodillas. Con su piedra lanzaba verdes llamaradas al cielo, y agitaba los brazos como si los vientos tormentosos estuvieran a sus órdenes.

En el dique, detrás de él, había tres cuerpos..., los cadáveres de los tres Guardianes de Sangre que Korik había enviado al extremo septentrional de la ciudad.

Korik no comprendió en seguida lo que estaba haciendo Mataclanes. Pero luego percibió que el mar más allá de los embarcaderos se movía en consonancia con los brazos de Mataclanes. Mientras el Gigante-Delirante agitaba los brazos y gesticulaba, las aguas se levantaban, retrocedían, se rompían y se concentraban.

Más lejos la situación empeoraba. Lentamente, con grandes arremetidas y estremecimientos, una inmensa muralla de agua se levantaba en el océano. Los rayos verdes de Mataclanes brillaban de un lado a otro de aquella superficie acuática cada vez más alta. Y, a medida que crecía, avanzaba hacia el acantilado.

El Delirante estaba convocando un maremoto.

Korik se volvió para despertar a sus compañeros. Sill y Tull pronto recobraron el conocimiento y se aprestaron a la defensa, pero el Amo Hyrim siguió tendido, inmóvil, con un hilillo de sangre que le salía por una comisura de la boca. Sill palpó con rapidez el cuerpo del Amo e informó que Hyrim tenía varias costillas rotas, pero no otra clase de lesiones. Korik y Sill le frotaron las muñecas y le dieron unos golpes en el cuello. Por fin el Amo abrió los ojos, despierto.

Estaba aturdido y al principio no pudo comprender lo que Korik le decía. Pero cuando dirigió su mirada hacia la noche, comprendió. La inmensa ola parecía ya tan alta como el acantilado, y las aguas oscuras y contorsionadas parecían encerrar una fiera maldad, un odio concentrado suficiente para hacer desaparecer bajo su embate a La Aflicción. Cuando el Amo Hyrim volvió la cabeza, su rostro estaba tenso con una terrible determinación.

Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del fragor de las olas, el viento y los

truenos.

—¡Tenemos que detenerle! ¡Está violando al mar! Si lo logra..., si rinde al mar a su voluntad, la Ley que lo preserva se habrá roto. ¡Servirá al Despreciativo como otro Delirante!

—¡Sí! —respondió Korik, lleno de furia. Los Guardianes de Sangre habrían desobedecido cualquier otra decisión.

Sin embargo, Sill conservaba todavía suficiente precaución para decir:

—Tiene la Piedra de Illearth.

—¡No! —gritó el Amo Hyrim.

Buscó por el suelo los trozos de su bastón y, cuando los encontró, pidió *clingor*. Tull le dio un trozo de cuerda y el Amo la utilizó para atar los dos fragmentos, uniendo las conteras metálicas. Blandiendo aquel tosco instrumento, se dirigió a los Guardianes de Sangre:

—¡Eso no es más que un fragmento de la Piedra! ¡La Piedra de Illearth es mucho mayor! Pero ni en nuestros peores sueños llegamos a imaginar que el Despreciativo se atrevería a dividir la Piedra para sus servidores. Su dominio de esa terrible energía debe ser muy grande. Así es capaz de sojuzgar a los Gigantes... ¡Utiliza juntos a los Delirantes y la Piedra! ¡La piedra da poder al Delirante y éste la usa! Y los demás, Descuartizador, Puño de Satán... también deben poseer fragmentos de la Piedra. ¿Me escuchas, Korik?

—Te escucho —replicó Korik—. Hay que advertir al Ama Superior.

El Amo Hyrim asintió. El dolor de sus costillas le hacía encogerse, pero salió de la celda, seguido de Korik, Sill y Tull. Afuera el viento aullaba sin cesar.

El poder parecía haber sumido a Mataclanes en un éxtasis. Aunque el maremoto estaba aún a cierta distancia de los embarcaderos, la inmensa ola se alzaba muy por encima de él, empujándolo. Estaba cantando, invocando al mar. Podían oírse sus palabras por encima del tumulto de la tormenta.

¡Ven, mar!

¡Obedéceme!

¡Sube alto y despéñate!

¡Rompe las rocas, rompe la piedra!

¡Aplasta los corazones, tritura las almas,

desgarra la carne. Rómpelo todo!

¡Toma la muerte por alimento!

¡Ven, mar! ¡Obedéceme!

Y las aguas respondían alzándose más y más. La cresta de la ola espumeaba ya a la altura de los baluartes superiores de *Coercrí*.

Los Guardianes de Sangre deseaban atacar de inmediato, pero el Amo Hyrim los

retuvo. Para que Mataclanes no pudiera oírle, susurró:

—Debo dar el primer golpe.

Entonces avanzó sobre la cabeza rocosa tan rápido como se lo permitía su pecho lesionado.

Cuando los cuatro se internaron en el dique, la enorme muralla de agua ya parecía inclinarse sobre ellos. Solamente el poder de la Piedra que poseía Mataclanes la mantenía erecta. Cuando se aproximaron, el Gigante estaba demasiado absorto en el espectáculo de su propio poder para percatarse de ello, pero en el último instante, algo instintivo le advirtió del peligro. De súbito, giró sobre sus talones y encontró al Amo Hyrim a pocos pasos de él.

Rugiendo salvajemente, alzó el puño envuelto en luz verde para descargar un golpe sobre el Amo.

Pero mientras el Delirante alzaba el brazo, el Amo Hyrim cubrió la distancia que le separaba de él y, con los fragmentos atados de su bastón, lanzó un proyectil hacia arriba. Las punteras metálicas alcanzaron la mano de Mataclanes antes de que su rayo de poder estuviera dispuesto.

Los dos poderes chocaron y de ellos surgió una llama verdiazul. La fuerza más intensa de Mataclanes bajó como un rayo y penetró en el cuerpo del Amo Hyrim, recorriendo sus miembros, su tronco, su cabeza. El verde fuego ardió en su interior, quemándole el cerebro y el corazón. Cuando cesó la llama, el Amo cayó al suelo.

Pero el choque de los dos poderes había abrasado la mano de Mataclanes. El trallazo movió su brazo hacia atrás y le hizo soltar la Piedra, que cayó al suelo y rodó sobre la cabeza rocosa, alejándose del Delirante.

Al instante, los tres Guardianes de Sangre se pusieron en acción. Cayeron sobre el Delirante y le golpearon con todas sus fuerzas, pronunciando finalmente su Voto. El Gigante-Delirante estaba muerto antes de que su cuerpo cayera al agua, pero ellos siguieron golpeándole largo rato, a impulsos de su cólera y la abominación que sentían. Finalmente, las salpicaduras del agua salada les aquietaron, y percibieron que la tormenta había comenzado a disiparse.

Sin el poder de la Piedra, el viento cesó y terminaron los rayos. Pronto cesaron también los truenos.

La inmensa ola produjo un ruido como de avalancha mientras retrocedía. Su espuma humedeció los rostros de los Guardianes de Sangre, y las olas se rompieron contra sus muslos. Luego desapareció.

Los tres Guardianes regresaron a toda prisa junto al Amo Hyrim. Éste aún vivía, pero no podría resistir mucho más. El rayo del Delirante le había quemado profundamente. Tenía vacías las cuencas de los ojos y de entre los párpados salía un tenue humo verdoso. Mientras Sill lo levantaba para sentarlo, sus manos tanteaban a su alrededor, como si buscara su bastón.

—No, no toquéis... —dijo débilmente—. Tomad...

No pudo continuar. El esfuerzo acabó con la resistencia de su corazón. Lanzó un gemido y quedó muerto en brazos de Sill.

Durante algún tiempo, los Guardianes de Sangre permanecieron a su lado en silencio, dándole todo el respeto que podían. Pero no tenían palabras para mostrar su aflicción. Pronto Korik fue a recoger el fragmento de la Piedra Illearth que había poseído Mataclanes. Sin una voluntad que la impulsara, estaba inerte y sólo mostraba unos destellos intermitentes en su centro. Pero su frialdad hacía que a Korik le doliera la mano. La apretó en su puño.

—La llevaremos al Ama Superior —dijo—. Tal vez los otros Delirantes tienen semejante poder. El Ama Superior puede utilizarlo para derrotarles.

Sill y Tull asintieron. Fracasada la misión, no les quedaba ninguna otra esperanza.

—Entonces enviamos a nuestra tierra los cuerpos de nuestros camaradas caídos —dijo quedamente Tull—. No había necesidad de apresurarse..., sabíamos que sus Ranyhyn podrían encontrar un paso seguro al norte del Llano de Saran. Y una vez realizada esa tarea, regresamos con los cinco Guardianes que montaban guardia en el faro. Korik encargó a dos de ellos que regresaran a las Defensas de los Amos con la máxima celeridad posible, a fin de advertir a Piedra Deleitosa. Y como juzgó que la guerra ya había dado comienzo, que el Ama Superior marcharía ya con el Ala de Guerra por las Llanuras Meridionales, nos encargó a Shull, a Vale y a mí que lleváramos estas noticias al sur, por donde he venido. Korik, con Sill y Doar, se ocupó de llevar la Piedra Illearth, para que los Amos pudieran custodiarla en Piedra Deleitosa.

Al fin el Guardián de Sangre quedó en silencio. Durante largo tiempo Troy permaneció sentado, mirando sin verla la piedra ante él. Se sentía sordo y embotado, demasiado conmocionado para oír la lenta brisa que soplaba alrededor de la Atalaya de Kevin, demasiado aturdido para notar el frío del aire de la montaña. ¿Muertos?, preguntó en silencio. ¿Todos muertos? Pero tenía la impresión de que no sentía nada. Su dolor era tan profundo que no era consciente de él.

Por fin se recobró lo suficiente para alzar la cabeza y mirar al Amo Mhoram. Podía ver débilmente al Amo. El dolor le tensaba la frente y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Haciendo un esfuerzo, Troy consiguió hablar, con voz quebrada por la emoción.

—¿Es esto lo que viste anoche...? ¿Es esto?

—No —replicó abruptamente Mhoram, pero la adustez de su tono no se debía a la cólera, sino al esfuerzo por suprimir los sollozos—. Vi a los Guardianes de Sangre luchando al servicio del Despreciativo.

Hubo una larga y enervante pausa antes de que Tull dijera entre dientes:

—Eso es imposible.

—No debieron haber tocado la Piedra —dijo quedamente el Amo—. ¡No debieron!

Troy quería preguntar a Mhoram, saber qué significaba aquello, pero de pronto se percató de que veía más claramente. Su niebla interior se disipaba.

En seguida se puso de rodillas, se volvió y apoyó el pecho en el borde del parapeto. Instintivamente se ajustó las gafas negras al rostro.

En el borde del horizonte oriental había comenzado el alba.

XVIII

EL RETIRO DE LA PERDICIÓN



roy se puso inmediatamente en pie y miró en la dirección por donde salía el sol. Sus compañeros compartían con él un tenso silencio, como si trataran de ver también lo mismo que él, pero Troy sabía que ni siquiera la visión de los Guardianes de Sangre podía igualarse a la suya, y no les prestó atención, concentrándose en las graduales revelaciones del alba.

Al principio sólo pudo ver una franja gris y púrpura que se desvanecía, pero pronto los rayos del sol iluminaron la plataforma y su entorno empezó a surgir de entre la niebla. Por encima del alto precipicio que se hundía en las sombras, Troy tuvo su primera sensación visual del espacio abierto donde se alzaba la Atalaya de Kevin, como la punta de un sombrío dedo acusador que señalara al cielo. Al oeste, a una distancia demasiado grande para que pudieran verlo quienes carecían de su visión especial, observó que la luz del sol bañaba las crestas nevadas de la cuña montañosa que separaban las Llanuras Meridionales de la Espesura Acogotante. Y cuando el sol estuvo más alto, distinguió la larga curva de picachos que se dirigían al sur y luego al oeste desde el valle de la Pedraria Mithil hasta el Retiro de la Perdición.

Entonces la luz alcanzó las colinas que formaban el borde oriental de las Llanuras entre la Atalaya de Kevin y Andelain. Ahora podía seguir todo el curso del río Mithil al noroeste y luego al norte, hasta que se unía al Negro. Troy se sintió extrañamente exaltado y poderoso. Hasta entonces su mirada jamás había abarcado una extensión tan grande, y comprendió lo que debió sentir el Amo Superior Kevin. Permanecer en la Atalaya era como estar en el pináculo de la Tierra.

Pero el sol siguió ascendiendo. Como una marea de iluminación, cubrió las Llanuras, haciendo desaparecer las últimas tinieblas.

Lo que vio le hizo tambalearse. El horror se reflejó en sus ojos como la arremetida de un alud. Era peor que nada de lo que pudiera haber imaginado.

Primero distinguió el Ala de Guerra. Su ejército acababa de iniciar la marcha y avanzaba hacia el sur por la cuña montañosa. Apenas era más que un borrón en las estribaciones de las montañas, pero Troy podía calcular su velocidad. Se encontraba aún a dos jornadas del Retiro de la Perdición.

Las fuerzas del Dagomán Quaan estaban más próximas a él y más alejadas del Retiro. Pero los jinetes se movían con más rapidez. Troy calculó su número instintivamente, al instante, y supo en seguida que habían sido diezmados. Más de un tercio de los doscientos Guardianes de Sangre habían desaparecido, y de las doce

Eoalas de Quaan quedaban menos de seis. Corrían a la desbandada, casi hacia una derrota absoluta.

Una enorme horda de *kresh* les pisaban los talones... Eran al menos diez mil lobos amarillos salvajes. Unos dos mil de ellos, los más poderosos, servían de montura a jinetes negros, ur-viles. Estos lobos montados corrían formando cuñas apretadas, y los maestros de la ciencia ur-vil, en los vértices de las cuñas, arrojaban torrentes de oscura fuerza contra todo jinete que se ponía a su alcance.

En un esfuerzo por controlar el ritmo y evitar una huida total, los Eomanes se turnaban a intervalos. Veinte o cuarenta guerreros se arrojaban contra la pared amarilla para aminorar la carga de los *kresh*. Troy podía ver resplandores de fuego azul en estas salidas. Callindrill y Verement estaban vivos. Pero dos Amos no bastaban. Los atacantes superaban con mucho en número a los jinetes, y ya estaban mucho más allá del río Mithil en su carrera hacia el Retiro de la Perdición. Aunque no corrieran con más rapidez, llegarían al Retiro antes que el Ala de Guerra.

Quaan había sido incapaz de ganar los últimos dos días que los guerreros necesitaban.

Sin embargo, aquélla no era la visión más horrenda, pues detrás de los lobos avanzaba el cuerpo principal del ejército del Amo Execrable. Aquellas fuerzas estaban más cerca que las demás de la Atalaya de Kevin, y Troy podía verlas con terrible claridad.

El Gigante que marchaba en cabeza era el menor de los horrores. Tras el Gigante avanzaban filas inmensas de Entes de la Caverna, al menos veinte mil de aquellos fuertes y desmañados habitantes de las cavidades rocosas. Tras ellos corría un número similar de ur-viles, a cuatro patas para ir más rápidos. Entre sus filas, centenares de temibles *grifos*, parecidos a leones, trotaban y volaban alternativamente. Y después de los vástagos de los Demondim avanzaba un hirviente y sombrío ejército tan enorme que Troy ni siquiera podía calcular su número de manera aproximada: humanos, lobos, Waynhim, animales de la selva, criaturas del Llano, todos ellos irradiando la insondable avidez de sangre que los impulsaba, miríadas de contrahechas y furiosas criaturas, obra perversa del Amo Execrable y de la Piedra Illearth.

La mayor parte de aquel prodigioso ejército ya había cruzado el Mithil en persecución del Dagomán Quaan y sus hombres. Avanzaba con una velocidad tan febril que ya se hallaba a poco más que tres días del Retiro de la Perdición. Y era tan poderoso que ninguna emboscada, por muy bien concebida que estuviera, podría detenerlos.

Pero no habría ninguna emboscada. El Ala de Guerra desconocía el peligro que corría, y no llegaría al Retiro a tiempo.

Estos hechos golpearon al Signo General, como pedruscos puntiagudos, y cayó de

rodillas.

—¡Dios mío! —exclamó angustiado—. ¿Qué he hecho? —El alud de revelaciones lo sobrecogía—. Dios mío, Dios mío. ¿Qué he hecho?

Tras él, el Amo Mhoram insistía con creciente urgencia:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ves? Dime, Signo General, ¿qué ves?

Pero Troy no podía responder. El mundo giraba alrededor de su cabeza. A través del vértigo de sus percepciones, su mente sólo podía aferrar un pensamiento: la culpa de aquello era suya, solamente suya. La inutilidad de la misión de Korik, el fin de los Gigantes, la inevitable carnicería del Ala de Guerra..., todo aquello estaba en su cabeza. Él había ejercido el mando, y cuando sus fuerzas hubieran sido derrotadas, el Reino se quedaría sin defensa. Había servido al Despreciativo desde el principio sin saberlo, y aquello por lo que Atiaran de Trelle había dado su vida, era lo peor de todo.

—Lo peor —susurró. Había condenado a muerte a sus guerreros, y eran solamente el principio del tributo que el Amo Execrable se cobraría por su error de juicio—. Dios mío.

Sentía deseos de aullar, pero su pecho estaba demasiado lleno de horror. No había en él espacio para gritos.

No comprendía cómo el ejército del Despreciativo podía ser tan enorme, sobrepasando sus más terribles pesadillas.

Bruscamente, se puso en pie y se llevó las manos al pecho. Quería gritar, pero sus pulmones parecían atascados. La tremenda impresión de su fracaso le atenazaba. Sintió que le zumbaban los oídos y se lanzó hacia adelante.

No se dio cuenta de que había intentado saltar al vacío hasta que Terrel y Ruel le cogieron por las piernas y le llevaron de nuevo al abrigo del parapeto.

Entonces notó que le ardían las mejillas. El Amo Mhoram le estaba abofeteando. Cuando retrocedió, el Amo se acercó más a él y le gritó al rostro sin ojos:

—¡Signo General! ¡Hile Troy! ¡Escúchame! Comprendo... que el ejército del Despreciativo es grande y que el Ala de Guerra no llegará a tiempo al Retiro de la Perdición. ¡Puedo hacer algo para evitarlo!

Troy intentó ajustarse sus gafas instintivamente, pero descubrió que las había perdido al asomarse al borde de la Atalaya.

—¡Escúchame! —gritó Mhoram—. Puedo avisarles. Si Callindrill o Verement están con vida, puedo lograr que me oigan, y ellos pueden avisar a Amorine. —Cogió a Troy fuertemente por el brazo y añadió—: ¡Escúchame! Puedo hacerlo. Mas para ello he de tener razones, esperanzas. Si es inútil... no puedo. ¡Responde! —exigió entre los dientes cerrados—. Eres el Signo General. ¡Busca esperanzas! ¡No dejes que mueran tus guerreros!

—No —susurró Troy. Trató de desasirse, pero los dedos del Amo se aferraban a su brazo—. No podemos hacer nada. El ejército del Execrable es demasiado grande.

Quería llorar, pero Mhoram no se lo permitió.

—¡Descubre alguna manera! —rugió el Amo—. ¡Los matarán a todos! ¡Debes salvarlos!

—¡No puedo! —gritó Troy con súbita ira. La imposibilidad de cumplir con lo que Mhoram pedía le sacó de quicio—. ¡El ejército del Execrable es mucho mayor de lo que imaginas! ¡Nuestras fuerzas llegarán allí demasiado tarde! La única manera en que pueden vivir un poco más es correr directamente a través del Retiro y seguir avanzando mientras puedan. Fuera de allí no hay nada... sólo yermos, desiertos, un montón de ruinas y...

El corazón le dio un vuelco. La Atalaya de Kevin pareció ladearse bajo sus pies, y se aferró a las muñecas de Mhoram.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡Hay una posibilidad!

—¡Habla!

—Hay una posibilidad —repitió Troy, asombrado. Hizo un esfuerzo para centrar su atención en Mhoram—. Pero tú tendrás que hacerlo.

—Entonces lo haré. Dime de qué se trata.

Troy permaneció todavía un largo momento callado. La agradable sensación de alivio le había dejado pasmado, inactivo.

—Va a ser muy difícil —musitó—. Tendrás que hacerlo tú, pues no hay otra manera, pero primero tienes que ponerte en contacto con Callindrill o Verement.

La intensa mirada del Amo Mhoram sondeó a Troy.

—¿Están vivos Callindrill y Verement? —le preguntó.

—Sí. He visto su fuego. ¿Puedes ponerte en contacto con ellos? No tienen esa Madera Superior.

Mhoram sonrió inexorable.

—¿Qué mensaje debo transmitirles?

Ahora fue Troy quien escrutó a Mhoram. Sin sus gafas negras, se sentía extrañamente vulnerable, como si estuviera expuesto al reproche, incluso al aborrecimiento, pero podía ver en profundidad a Mhoram, y lo que vio le tranquilizó. Vio en los ojos del Amo la determinación de arrostrar cualquier peligro, y percibió su voluntad indomable. El contraste con su propia debilidad avergonzó a Troy. Apartó la mirada y la dirigió de nuevo a las Llanuras. El pesado avance de las hordas del Amo Execrable proseguía como antes, y al verlo Troy sintió que renacía su pánico. Hizo un esfuerzo supremo para mantenerlo a raya.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pongámonos en marcha. Tull, será mejor que regreses a la Pedraria. Haz que los Ranyhyn suban cuanto sea posible; nos espera un largo camino.

—Sí, Signo General —dijo Tull, y abandonó al punto la Atalaya.

—Bien, Mhoram. Has tenido una excelente idea. Hay que avisar a Amorine.

Tiene que llegar al Retiro antes que Quaan. —Pensó que tal vez Quaan habría muerto, pero rechazó aquel temor—. No me importa cómo lo haga, pero ha de tener preparada esa emboscada cuando lleguen los jinetes. Si no lo hace... —Apretó los dientes para impedir que le temblara la voz—. ¿Puedes comunicar eso?

Se estremeció al pensar en la terrible situación en que se encontraban sus guerreros. Tras veinticinco días de marcha, tendrían que correr durante los últimos ochenta kilómetros... sólo para descubrir que sus penalidades no habían terminado. Se volvió hacia Mhoram.

—¿Y bien?

Mhoram ya había sacado la varilla de *lomillialor* de su túnica y la estaba fijando a su bastón con una tira de *clingor*.

—Amigo mío —dijo mientras aseguraba la varilla—, deberías abandonar la Atalaya. Abajo estarás más seguro.

Troy asintió sin preguntar más. Observó los ejércitos una vez más para asegurarse de que había calculado con exactitud sus velocidades respectivas, deseó buena suerte al Amo Mhoram y empezó a bajar. Notaba los escalones resbaladizos bajo sus manos y pies, pero la presencia de Ruel debajo de él lo tranquilizaba. Pronto llegó al reborde en la base de la Atalaya, y alzó la vista al cielo, hacia el Amo Mhoram.

Tras una pausa que le pareció demasiado larga, a causa de su impaciencia, Troy oyó retazos de un cántico en lo alto del monolito. La voz subió de tono y luego cesó bruscamente. En seguida brotaron llamas alrededor del Amo Mhoram, envolviendo toda la plataforma de la Atalaya y llenando la atmósfera de reverberaciones, como si la superficie del acantilado reflejara un largo e inaudible chillido. Aquel ulular sin ruido hirió los oídos de Troy, obligándole a taparse las orejas, pero no apartó la vista de la Atalaya.

Por suerte, aquel eco fue breve. Poco después de que se desvaneciera su última vibración, Terrel bajó los escalones casi llevando al Amo entre sus brazos.

Troy temió que el Amo se hubiera lesionado, pero Mhoram solamente padecía un súbito agotamiento, el precio de su esfuerzo. Todos sus movimientos eran débiles, inseguros, y el sudor recorría su rostro, pero sonrió débilmente a Troy.

—No me importaría ser el enemigo de Callindrill. Es fuerte. Ha enviado jinetes a Amorine.

—Bien —dijo Troy, aliviado—, pero si no llegamos al Retiro de la Perdición antes de mañana a media tarde, habrá sido inútil.

Mhoram asintió. Se apoyó en el hombro de Terrel y se alejó dando traspies por el reborde, con Troy y Ruel tras él.

Al principio avanzaron despacio, debido a la fatiga de Mhoram, pero pronto llegaron a un pequeño valle rodeado de pinos donde crecían abundantes plantas de *alianta*. El desayuno con bayas-tesoro reparó las fuerzas de Mhoram, y a partir de

entonces avanzó con mayor rapidez.

Detrás de Mhoram y Terrel, con Ruel a su espalda, Troy caminaba como impulsado por un fuerte viento que amenazaba convertirse en un huracán. Estaba ansioso por dar alcance a los Ranyhyn. Cuando se encontraron con Tull y los demás Guardianes de Sangre que ascendían por la senda montañosa, Troy montó en seguida a Mehryl y azuzó al Ranyhyn para que emprendiera un vivo trote hacia la Pedraria Mithil.

Tenía la intención de cruzar el pueblo sin detenerse y llegar a las Llanuras, donde los Ranyhyn podrían correr. Sin embargo, cuando se acercó con sus compañeros a la Pedraria, vio que el Círculo de ancianos esperaba al lado del camino. A desgana, se detuvo y les saludó.

—Salve, Signo de Guerra Troy —dijo Terass de Slen—. Salve, Amo Mhoram. Hasta nosotros han llegado algunas noticias de la guerra, y sabemos que debéis apresuraros. Pero Triock, hijo de Thuler, quisiera hablar con vosotros.

Mientras Terass le presentaba, Triock se adelantó.

—Salve, ancianos de la Pedraria Mithil —respondió Mhoram—. Gracias de nuevo por vuestra hospitalidad. Triock, hijo de Thuler, te escucharemos, pero habla con rapidez, pues el tiempo nos apremia.

—Poco es lo que he de decir —replicó Triock con rigidez—. Solamente deseo solicitar perdón por mi conducta anterior. Como sabes, tengo razones para sentirme afligido, pero mantuve mi Juramento de Paz por orden de Atiaran de Trel, en una época en que deseaba fervientemente quebrantarlo. Ahora no deseo deshonar su valor.

»Confiaba en que el Gravanélico Trel se quedaría con el Ama Superior... para protegerla. —Pronunció estas palabras en tono desafiante, como si esperase una reprimenda de Mhoram—. Ahora no está con ella, ni yo tampoco, y esto me llena de temor. Pero, si fuera posible, no quisiera mostrarme áspero con vosotros.

—No hay necesidad de perdón —respondió Mhoram—. La debilidad de mi fe te provocó. Pero debo decirte que considero plenamente a Thomas Covenant como un amigo del Reino. La carga de su delito le abruma. Creo que buscará expiación al lado del Ama Superior.

Hizo una pausa, y Triock se inclinó ante él con un gesto que expresaba su aceptación de las palabras del Amo aunque no estaba convencido. Entonces Mhoram prosiguió:

—Triock, hijo de Thuler, acepta por favor un presente... en nombre del Ama Superior, que es amada por todo el Reino. —Buscó entre los pliegues de su túnica y sacó una varilla de *lomillialor*—. Esto es Madera Superior, Triock. Has estado en la Raat de la Ciencia y sin duda conoces algunos de sus usos. Yo no la usaré más. —Dijo estas últimas palabras con una resolución que sorprendió a Troy—. Y tú la

necesitarás. Me llaman vidente y oráculo..., hablo por conocimiento, aunque no puedo ver concretamente en qué consisten las situaciones difíciles. Por favor, acéptalo, por el amor que ambos compartimos y como expiación por mis dudas.

Triock abrió mucho los ojos y la tensión de sus facciones se relajó un poco. Troy tuvo un atisbo del aspecto que Triock podría haber tenido si la dureza de su vida no hubiera dejado en su rostro una impronta indeleble. En silencio, aceptó la varilla que le ofrecía el Amo Mhoram, pero cuando la tuvo entre sus manos, su anterior amargura se reflejó de nuevo en sus facciones, y dijo sobriamente:

—Puedo encontrarle a esta varilla un uso que te sorprenderá.

Entonces se inclinó y los demás ancianos lo hicieron con él, dejando que Mhoram y Troy prosiguieran su camino.

Troy les saludó y aprovechó la oportunidad. No tenía tiempo para ocuparse del extraño regalo de Mhoram ni de la persona de Triock. Golpeó con los talones los flancos de Mehryl y cruzó al galope el valle de la Pedraria Mithil, seguido por sus compañeros.

Poco después, rodeó el espolón occidental de las montañas y se internó en las Llanuras. Cuando examinó las condiciones de sus compañeros, Troy se sorprendió al constatar que la montura de Tull podía mantener el ritmo establecido. Aquel Ranyhyn había cabalgado los últimos ocho días entre constantes peligros y a velocidades agotadoras, y su andadura había quedado afectada. Pero era un Ranyhyn: mantenía la cabeza alta, su mirada era orgullosa y sus espesas crines flameaban en su cuello, como una bandera que intentara desplegarse. Por un instante, Troy comprendió por qué los hombres de Ra no querían cabalgar, pero no hizo concesiones a la fatiga de los Ranyhyn. Durante todo el día, el grupo corrió sin detenerse hacia el oeste.

Anhelaba reunirse con sus guerreros, compartir con ellos la lucha y la desesperación, mostrarles el único camino en que podrían arrebatar la victoria de las fauces del Amo Execrable. Sólo la imperiosa necesidad del sueño le obligó a detenerse durante parte de la noche.

Ruel le despertó antes del amanecer, y siguió cabalgando por la base de la Cordillera Meridional. Cuando la luz del día le devolvió la visión, pudo ver los desfiladeros cercanos al Retiro de la Perdición. Ahora su ruta directa hacia el Retiro le acercaría rápidamente a la vanguardia del ejército del Amo Execrable, pero mantuvo su rumbo. Cerca de aquella horda de *kresh* y ur-viles, encontraría lo que quedara de la Eoala montada.

Atisbó las fuerzas de Quaan antes de lo que había esperado. El Dagomán debía de haber llevado a sus jinetes hacia el sur, en dirección al Retiro, para mantener a sus perseguidores lo más alejados que fuera posible del Ala de Guerra. Poco después del mediodía, Troy y sus compañeros coronaron una elevada colina que les permitió ver hasta cierta distancia al norte de las Llanuras. Y allí, a sólo una legua, vieron los

restos de las fuerzas de Quaan a la desbandada.

Al principio, Troy se sintió aliviado. Pudo ver al Dagomán Quaan cabalgando junto a su portaestandarte, entre los guerreros. Al menos ochenta Guardianes de Sangre galopaban entre la Eoala. Y las túnicas azules de Callindrill y Verement eran claramente visibles entre la oscura masa de las tropas en retirada.

Pero Troy percibió entonces cómo se movían los guerreros. Estaban casi totalmente derrotados. Formaban una masa empavorecida que huía por las Llanuras, empujándose unos a otros y lanzando frenéticas miradas hacia atrás, con bruscos movimientos que desequilibraban a sus monturas, mientras gritaban de terror. Algunos fustigaban a sus caballos.

Tras ellos, los *kresh* corrían como una galerna amarilla punteada de negro.

Sin embargo, la distancia entre los guerreros y los lobos permanecía constante. Al cabo de un momento, Troy comprendió lo que ocurría. La Eoala de Quaan se esforzaba por mantener exactamente la misma velocidad que los lobos, los cuales no podían correr a su plena potencia, debido al peso de los jinetes y a la larga distancia que les iba debilitando, y se veían obligados a correr como una jauría. Los guerreros de Quaan trataban de mantenerse lo bastante cerca para atraerlos: al tener su presa tan cerca, los *kresh* no podían descansar ni desviarse.

La estrategia de Quaan era astuta, pero también fatal, pues los guerreros tampoco podían descansar. Eran vulnerables a cualquier esfuerzo de los *kresh* por aumentar su velocidad. Y todo guerrero que, por cualquier razón, caía de su montura, era despedazado al instante. De esta manera se había perdido ya otra Eoala. Pero si Quaan podía mantener esta táctica, la Eoala dispondría de tiempo hasta bien entrada la tarde para alcanzar sus posiciones en el Retiro de la Perdición.

El Signo General no se molestó en calcular las probabilidades y espoléó a Mehryl. A todo galope, el Ranyhyn se lanzó en pos de Quaan.

Cuando vieron a Troy y al Amo Mhoram, los guerreros los recibieron con roncós gritos. Quaan, Callindrill y Verement se dirigieron hacia el Signo General, pero poco podía alegrarles su reunión. La situación de la Eoala era desesperada. Cuando se acercó más a ellos, Troy vio que la mayoría de los caballos estaban prácticamente postrados y sólo el pavor que les inspiraban los lobos les hacía seguir corriendo. Los guerreros no estaban en mejor condición. Habían cabalgado durante días y días sin alimentos apropiados y sin dormir. Ninguno de ellos estaba ileso. El polvo de las Llanuras cubría sus rostros y taponaba sus heridas, haciendo que los cortes y desgarrones parecieran cicatrices prematuras. Troy apartó dolorido la mirada de ellos para saludar al Dagomán.

Por encima del estruendo de los cascos, Quaan gritó:

—¡Salve, Signo General! ¡Sé bienvenido! —Mientras Troy hacía girar a Mehryl para colocarse al lado de Quaan, éste añadió—: ¡Me temo que no han bastado ocho

días!

—¿Has avisado a Amorine? —gritó Troy.

—Sí.

—Entonces, todo va bien. Bastarán siete días.

Dio unos golpecitos en el hombro del Dagomán, aminoró la velocidad de Mehryl y se unió a las filas de los guerreros.

Inmediatamente, el polvo, el temor y la tensión se arremolinaron a su alrededor, como el cálido aliento de los *kresh*. Ahora podía oír los gruñidos de la inmensa jauría y los ásperos gritos de los ur-viles. Sintió la presencia de aquellos sombríos seres como si él tuviera la culpa, como si hubieran sido creados por su locura. No obstante, se obligó a sonreír a los guerreros y a gritarles palabras de aliento en medio del estruendo. No podía permitirse las recriminaciones. Ahora pesaba sobre sus hombros la carga de salvar al Ala de Guerra.

Poco después aumentó la agitación entre los ur-viles, y Troy supuso que los perseguidores estaban a punto de intentar otro esfuerzo supremo para darles alcance. Miró adelante, hacia los altos despeñaderos del Retiro de la Perdición. No estaban a más de dos leguas de distancia. Allí el extremo occidental de la Cordillera Meridional giraba hacia el norte para unirse al ángulo sudeste de la cuña montañosa que separaba las Llanuras Meridionales de la Espesura Acogotante, y entre estas dos cadenas montañosas se extendía el desfiladero del Retiro de la Perdición. El estrecho cañón era como un tajo abierto en la roca. Aquel tortuoso pasadizo constituía el único acceso del Reino a los Yermos y el Desierto Gris.

La mirada de Troy se dirigió a la boca del cañón. Las últimas filas de la Eoala estaban llegando al Retiro. Si no se les daba más tiempo, los *kresh* les darían alcance en el exterior del cañón. Su emboscada fracasaría.

El Signo General se movía con demasiada rapidez para vacilar. Cuando estuvo seguro de la situación del Ala de Guerra, se adelantó, alejándose de los *kresh*, y llamó la atención de Quaan moviendo un brazo. Entonces hizo a Quaan una señal, ordenándole que la Eoala se volviera para atacar.

Quaan comprendió en seguida. A pesar de la deteriorada condición de sus hombres, lanzó un penetrante silbido y sus oficiales se volvieron hacia él. Haciendo señales con las manos, dio a los Puños Generales y Puños de Guerra sus instrucciones.

Los jinetes respondieron casi de inmediato. La Eoala externa salió de la formación para atacar, y los guerreros que estaban en el centro trataron de girar donde estaban. Frenéticamente, hicieron dar la vuelta a sus caballos para enfrentarse a los lobos.

Pronto la maniobra se convirtió en un desastre. En cuanto los jinetes dejaron de huir, los *kresh* se precipitaron entre ellos. Todo el borde de salida de la formación de

Quaan cayó bajo el ataque. Los maestros de la ciencia ur-vil hicieron girar sus estacas de hierro, derramando una fuerza destructora sobre hombres y caballos caídos. Los gritos de los caballos se oían por encima del tumulto. Pronto una vasta extensión de helechos verdigrises se tiñeron de rojo.

Pero la abrupta profusión de cadáveres impidió la carga de los *kresh*. Sus dirigentes se detuvieron para matar, desgarrar y devorar, lo cual sumió en la confusión a los lobos que los seguían. Sólo las cuñas de ur-viles siguieron adelante, hacia el bullente centro de la Eoala.

Los Guardianes de Sangre acudieron apresuradamente en ayuda de los guerreros. Los tres Amos se lanzaron contra los ur-viles más próximos. Otros guerreros se les unieron en el ataque. Y en el centro de la lucha el Signo General Troy atacaba como un loco, tirando tajos a todo lobo que se ponía a su alcance.

Lograron contener algún tiempo a los *kresh*. Los guerreros luchaban con una furia desesperada, y los fríos Guardianes de Sangre mataban lobos en todas direcciones. Actuando juntos, los Amos destrozaron una cuña de ur-viles y luego otra, pero aquello no era más que la décima parte de los ur-viles montados. Los demás se reagruparon, empezaron a restaurar el orden y la coordinación entre los *kresh*. Algunos caballos resbalaron en el suelo viscoso. Otros se descontrolaron, empavorecidos, arrojaron a sus jinetes y se perdieron en inútiles arremetidas entre los lobos.

Troy comprendió que ningún guerrero sobreviviría a aquella lucha si no emprendían pronto la huida. Se abrió paso hacia los Amos. Pero de repente un grupo de *kresh* le rodeó. Mehryl giró rápidamente, esquivando los colmillos y lanzando coces, pero aquel giro hizo perder el equilibrio a Troy. Por dos veces estuvo a punto de caer al suelo. Un lobo saltó hacia él, y apenas tuvo tiempo de salvarse hundiéndole la espada en el vientre.

Entonces Ruel acudió en su ayuda con otros Guardianes de Sangre. En un ataque concertado, diez de ellos se lanzaron contra el grupo de lobos y lo desbarataron. Troy se enderezó, trató inútilmente de ajustarse las gafas que no tenía, lanzó una maldición y cabalgó de nuevo hacia los Amos.

Mientras avanzaba, lanzó una mirada al Retiro. Los últimos jinetes desaparecían por el cañón.

—¡Haz algo! —exclamó cuando estuvo cerca del Amo Mhoram—. ¡Están acabando con nosotros!

Mhoram giró sobre sus talones y dio unos gritos a Callindrill y Verement. Luego se volvió hacia el Signo General.

—¡Atento a mi señal! —gritó por encima del estruendo—. ¡Huye cuando dé la señal!

Sin esperar respuesta, lanzó su Ranyhyn al galope, en dirección al Retiro con los

demás Amos.

Cuando habían recorrido un centenar de metros, se pararon. Verement se detuvo directamente entre el conflicto y el Retiro, mientras que Mhoram se dirigía al norte y Callindrill cabalgaba hacia el sur. Cuando estuvieron en posición, formaron una larga línea que cruzaba el camino al Retiro de la Perdición.

Desmontaron. El Amo Verement sostuvo su bastón vertical sobre el suelo, en el centro, mientras Mhoram y Callindrill hacían girar sus bastones y gritaban extrañas invocaciones entre el fragor de la batalla. Mientras se preparaban, Troy se abrió camino hasta llegar al lado de Quaan y le habló de lo que Mhoram le había dicho. El Dagomán lo aceptó sin detenerse. Se separaron, avanzaron hacia los flancos de la batalla y dieron sus órdenes.

Troy temía que la invocación de Mhoram llegara demasiado tarde. El poder de los casi trescientos ur-viles organizó rápidamente a los turbulentos *kresh*. Mientras la Eoala se reunía para emprender la huida, los ur-viles lograron apartar a los *kresh* de los cadáveres que pretendían devorar, los agruparon de nuevo en cuñas de combate y los lanzaron contra los guerreros. En aquel momento, el Amo Mhoram hizo una señal con su bastón.

Los jinetes lanzaron a sus caballos directamente hacia el Retiro de la Perdición. Parecía como si salieran de debajo de la masa enfurecida de lobos. Una vez más, los guerreros de los bordes cayeron al suelo bajo el impetuoso ataque de los *kresh*, pero esta vez los jinetes restantes no presentaron batalla, sino que dieron rienda suelta al temor de sus caballos y huyeron.

Su repentina huida los distanció en seguida de los lobos, y la distancia se hizo mayor poco a poco, a medida que los caballos encontraban una liberación de su terror acumulado. Al cabo de unos momentos, Troy y Quaan con las tres últimas Eoalas y poco más de un centenar de Guardianes pasaron velozmente a los lados del Amo Verement. Mientras lo hacían, el Amo recogió su bastón del lugar donde lo había plantado, en la línea entre Mhoram y Callindrill. Cogiéndolo por un extremo con ambas manos, lo levantó por detrás de su cabeza.

Cuando el último jinete hubo cruzado la línea, Verement hizo girar su bastón y golpeó el suelo con todas sus fuerzas.

Al instante, una resplandeciente muralla de fuerza surgió entre Mhoram y Callindrill. Cuando atacaron los primeros *kresh*, la muralla ardió con llamaradas de un azul brillante e hizo retroceder a los lobos.

Cuando vio que la muralla se mantenía, el Amo Mhoram subió a su Ranyhyn y corrió tras los guerreros. El Amo Verement le siguió con tanta rapidez como le permitía su robusto potro. Cuando se aproximaron a Troy y Quaan, Mhoram gritó:

—¡Apresuraos! ¡Esa fuerza no resistirá mucho! ¡Los ur-viles la romperán! ¡Huid!
Los guerreros no necesitaban estímulo para huir y Quaan se lanzó tras ellos,

dirigiéndoles a gritos hacia el Retiro. Troy iba con él. Por un momento, Mhoram y Verement cabalgaron inmediatamente detrás. Pero, de repente, los Amos se detuvieron. Todos los Guardianes de Sangre hicieron girar sus Ranyhyn al mismo tiempo, y regresaron hacia la muralla de fuerza.

Troy soltó una maldición y se volvió para ver qué había sucedido.

El Amo Callindrill estaba en el suelo, cerca de la muralla. Varios guerreros mal heridos habían caído de sus monturas a pocos metros de la muralla de fuego azul, y Callindrill intentaba ayudarles. Rápidamente, rasgó sus vestiduras e hizo torniquetes y vendas, sin alzar la vista para ver el peligro que corría.

Ya los ur-viles se aprestaban a destruir la muralla. Enviaron a la mayoría de *kresh* sin jinetes para que rodearan los extremos del fuego. Tres cuñas de ur-viles se adelantaron para atacar. Los restantes se retiraron a corta distancia y empezaron a formarse de nuevo en una sola cuña enorme.

Troy lanzó a Mehryl al galope y se unió a los Guardianes de Sangre que seguían a Mhoram y Verement.

El Amo Mhoram avanzaba a veinte metros por delante de Troy, pero no pudo llegar a tiempo al lado de Callindrill. Las tres cuñas de ur-viles cercanas al fuego atacaron. No intentaron romper la muralla de los Amos, sino que los amos de la ciencia ur-vil concentraron todo su poder en un solo lugar. Golpearon al unísono con sus estacas de hierro. Tras el áspero chirrido del impacto surgió un chorro de fuerza líquida que abrió una brecha en la muralla de fuego, y pasaron a través de ella.

Las negras y ardientes gotas del líquido corrosivo cayeron cerca de Callindrill, pero no le tocaron. Sin embargo, al tocar aquel líquido el suelo, produjo una conmoción que arrojó al aire al Amo y a los guerreros heridos, como si fueran bultos inertes. Cuando cayeron al suelo se quedaron inmóviles.

Al instante, las tres cuñas se reunieron en una sola cuña enorme que avanzó pesadamente hacia la muralla. Al mismo tiempo, los primeros *kresh* rodearon ambos extremos del fuego.

Al instante siguiente, el Amo Mhoram saltó del lomo de su Ranyhyn, al lado de Callindrill. Una rápida mirada le confirmó que los guerreros estaban muertos; la explosión de fuerza los había matado. Entonces se concentró en Callindrill. Tocó el pecho del Amo y confirmó lo que ya le habían indicado sus ojos: la vida todavía alentaba en Callindrill, pero el corazón no le latía.

Entonces Troy llegó al lado de Mhoram, y los Guardianes de Sangre se colocaron en posición para defender a los Amos. A lomos de caballo, Verement se dirigió a la muralla de fuego y la reforzó contra el asalto de la cuña. Pero era imposible que resistiera el ataque de mil quinientos ur-viles. La cuña avanzaba lentamente, pero apenas estaba a cuarenta metros del fuego, y ahora los *kresh* rodeaban los extremos de la pared de fuego, precipitándose hacia los Guardianes de Sangre y los Amos. Los

Guardianes se dispusieron a enfrentarse a los lobos, pero un centenar de Guardianes de Sangre no podían reprimir mucho tiempo el avance de quinientos *kresh*.

—¡Huid! —gritó Mhoram—. ¡Idos! ¡Salvaos! ¡Es preciso que no muramos todos aquí!

Pero no esperó a observar que nadie le obedecía, sino que se inclinó de nuevo sobre el Amo caído. Mordiéndose el labio inferior, masajeó el pecho de Callindrill, confiando en renovar su pulso, pero el corazón del Amo permaneció inmóvil.

De súbito, Mhoram aspiró hondo, alzó el puño y lo descargó con toda su fuerza en el pecho de Callindrill. El golpe conmocionó el corazón del Amo, que dio una sacudida, vaciló y empezó a latir con irregularidad.

Mhoram dio un grito a Morril. El Guardián de Sangre saltó en seguida de su Ranyhyn, cogió a Callindrill en sus brazos y montó de nuevo. Al ver esto, el Amo Verement se apartó de la muralla de fuego y empezó a retroceder hacia el Retiro de la Perdición. Mhoram y Troy montaron y fueron tras él, alejándose de la muralla. Los Guardianes de Sangre formaron un círculo protector alrededor de los Amos.

Poco después, la masiva cuña de ur-viles llegó a la muralla y la desgarró. El oscuro poder líquido rompió la llama azulada, la fragmentó y esparció los fragmentos. Al instante, el resto de los *kresh* se precipitaron tras los Ranyhyn en huida. Y los lobos que surgían por los extremos de la muralla cambiaron de dirección para interceptar a los jinetes.

Pero los Ranyhyn aumentaron la distancia que les separaba de los lobos. Los grandes caballos de Ra pasaron junto a Verement y avanzaron con estruendo hacia el Retiro de la Perdición.

Delante, bajo las sombras de los farallones, el Dagomán Quaan apremiaba a sus últimos guerreros para que penetraran en el cañón. Enloquecidos por la huida de tantas presas, los *kresh* aullaron de rabia, y giraron para lanzarse contra el Amo Verement, cuyo potro corría tan rápido como podía, pero ya estaba exhausto. Los *kresh* se le acercaron lentamente. Antes de que estuviera a medio camino del Retiro, Troy pudo ver que había perdido la carrera. Pidió ayuda, pero los Guardianes de Sangre no respondieron. Sólo Thomin, el Guardián personalmente responsable de Verement, permaneció detrás. Enfurecido, Troy se dispuso a acudir él mismo en ayuda del Amo, pero Mhoram le detuvo gritándole:

—¡No es necesario!

Thomin esperó hasta el último momento, hasta que los *kresh* pisaban los cascos del potro. Entonces cogió al Amo, sentándolo en su propio Ranyhyn, y lo transportó hacia el Retiro. Casi en seguida, el potro cayó entre gritos bajo una avalancha de lobos.

Por un instante, la sombra de los despeñaderos se volvió de un rojo enfermizo a la visión de Troy. Pero pronto la veloz andadura de Mehryl le alejó de los gritos,

llevándolo en línea recta a la brecha entre los despeñaderos. Las sombras en el interior del desfiladero eran más profundas. Con la excepción de la abertura de luz en lo alto, Troy no podía ver nada. El rudo cambio le produjo una sensación de inestabilidad en su montura. Oyó el retumbar de los cascos que reverberaban en las paredes del desfiladero, y tras el eco oyó los graznidos de escarnio de los cuervos. Sintió que la oscuridad se cerraba sobre su cabeza. Cuando llegó al final del desfiladero y salió del Retiro a la débil y última luz del día, sintió un profundo alivio.

Cuando apareció en la salida del desfiladero, el Primer Puño Amorine lanzó un grito estridente, y millares de guerreros surgieron de entre los riscos a cada lado de la abertura. A pesar de su intensa fatiga, corrieron con precaución, tomaron posiciones, formaron un arco sobre el extremo del cañón y cerraron la trampa.

Instantes después, los primeros *kresh* salieron aullando del Retiro y se abalanzaron sobre ellos. Todo el arco de guerreros vaciló bajo el impacto. Pero Amorine disponía de dieciocho Eoalas preparadas para resistir el ataque. El arco cedió terreno, pero no se quebró.

Troy hizo un esfuerzo para dominarse. Podía oír los gritos del Amo Verement cerca de él.

—¡Dejadme! ¿Soy un niño al que hay que llevar en brazos?

Troy esbozó una sombría sonrisa y dirigió a Mehryl hacia la parte posterior del arco, a fin de estar preparado para ayudar a sus guerreros si los lobos los superaban en número. Ansiaba ver el resultado de la encerrona, pero la oscuridad del Retiro velaba su visión.

Pronto, sin embargo, pudo oír los sonidos de combate que retumbaban en el desfiladero. Por encima del ruido que producían los guerreros del arco, distinguió un repentino aullido cuando los *kresh* que estaban en el Retiro se vieron súbitamente atacados desde arriba por veinte Eoalas ocultas en los muros del cañón. Al principio, el aullido era de sorpresa y ferocidad, pero no de temor, pues los lobos no comprendían el peligro que corrían.

Pero los ur-viles eran más listos. Sus órdenes se impusieron rápidamente al furor de los lobos, y pronto cambió el aullido. Para su consternación, los *kresh* comenzaron a comprender el júbilo de los cuervos. Y los gruñidos de los ur-viles se hicieron más fieros y desesperados. En el estrecho desfiladero no podían hacer un uso efectivo de sus cuñas de combate, y sin aquel centro de poder, eran vulnerables a las flechas, lanzas y pedradas. Atrapados en una hirviente y confusa masa de lobos, las cuñas empezaron a derrumbarse.

Mientras las cuñas se desbarataban, el temor y la incertidumbre sustituyeron a las ansias de sangre de los lobos. Los *kresh* se dispersaron en grupos desordenados, tratando de huir por el cañón, pero su excesivo número y el desorden provocado por el pánico les impedía el avance, haciendo más vulnerables a los ur-viles. Mortíferos

proyectiles llovían sobre ellos, entre los chillidos de satisfacción de los cuervos. Cegados por un frenesí de pánico y la ira de luchar contra un enemigo al que no podían dar alcance, los *kresh* empezaron a atacar a los ur-viles.

No escapó ningún lobo ni ur-vil. Cuando finalizó la batalla, toda la vanguardia del ejército de Descuartizador yacía muerta en el Retiro de la Perdición.

Por un momento, el silencio cayó sobre el campo de batalla. Incluso los cuervos callaron. Luego surgieron del cañón ásperos gritos de júbilo. La Eoala que cerraba el extremo del Retiro respondió con entusiasmo. Y los cuervos empezaron a bajar al suelo del desfiladero, donde les esperaba un festín de vástagos de Demondim y *kresh*.

Lentamente, Troy se dio cuenta de que el Primer Puño Amorine estaba a su lado. Se volvió a ella, sin poder reprimir una sonrisa y sin que le importara presentarle su rostro sin ojos.

—Te felicito, Amorine —le dijo—. Lo has hecho muy bien.

La falta de luz envolvía su visión en una espesa niebla, y tuvo que preguntarle el número de bajas.

—Hemos perdido pocos guerreros —replicó ella con una mezcla de amargura y satisfacción—. Tu plan de batalla es muy bueno.

Pero la alabanza de Amorine sólo le recordó al resto del ejército del Amo Execrable y las tremendas dificultades que todavía aguardaban al Ala de Guerra. Meneó la cabeza.

—No es lo bastante bueno. —Pero en vez de explicarle lo que quería decir, añadió—: Primer Puño, dales gracias de mi parte a los guerreros. Haz que se alimenten y se preparen para pasar la noche... Hoy no habrá más lucha. Luego tendremos un consejo.

La mirada de Amorine mostraba que no comprendía su actitud, pero le saludó sin más preguntas y se alejó para cumplir sus órdenes. Pronto desapareció en la oscuridad que rodeaba al Signo General cuando no había luz que alimentara su visión interna. Llamó a Ruel y pidió al Guardián de Sangre que le llevara hasta donde estaba el Amo Mhoram.

Encontraron a Mhoram al lado de una pequeña fogata, al socaire de las montañas occidentales. Estaba atendiendo al Amo Callindrill. Éste había recobrado el conocimiento, pero tenía la piel pálida como el alabastro y parecía débil. Mhoram había preparado un recipiente con caldo y masajeaba a Callindrill mientras el caldo se calentaba al fuego.

El Amo Callindrill saludó débilmente al Signo General, y Troy le devolvió complacido el saludo. Se alegraba al ver que Callindrill no había recibido lesiones mortales. Sabía que el Amo le sería necesario. Necesitaría toda la ayuda o poder que pudiera conseguir.

Pero tenía otras cosas que considerar antes de empezar a pensar en su necesidad

de ayuda. Cuando se aseguró de que el Amo Callindrill estaba en franca recuperación, llevó a Mhoram a un lado para tener una conversación privada.

Esperó hasta que estuvieron en un lugar donde nadie podría oírles. Entonces suspiró fatigosamente.

—No hemos terminado, Mhoram —le dijo—. No podemos detenernos aquí. —Sin transición, como si no cambiara de tema, añadió—: ¿Qué vamos a hacer con el Amo Verement? Uno de nosotros ha de hablarle... de Shetra. Si quieres, lo haré yo. Probablemente lo merezco.

—Yo lo haré —murmuró Mhoram en tono distante.

—De acuerdo. —Troy se sintió profundamente aliviado al verse libre de aquella responsabilidad—. Ahora, dime, ¿qué opinas de lo que nos ha dicho Tull? No me gusta la idea de decir a todo el mundo que... que la misión... —No pudo decidirse a decir las palabras «los Gigantes han muerto»—. No creo que los guerreros puedan enfrentarse a lo que nos espera si saben lo que le ha sucedido a la misión. Es demasiado. Que los Delirantes se hayan apoderado de tres Gigantes ya es bastante malo, y voy a tener que decirles cosas peores.

—Merecen saber la verdad —dijo quedamente Mhoram.

—¿Merecen? —El profundo sentimiento de culpabilidad que experimentaba Troy se transformó en cólera—. Lo que merecen es la victoria. ¡No me digas lo que merecen, por Dios! Es un poco tarde para que empieces a preocuparte por lo que saben o no saben. Te ha parecido correcto ocultarme secretos desde el principio. Dios sabe cuántos horrores no me has contado todavía. Cierra la boca sobre este asunto.

—El Consejo tomó esa decisión. Nadie tiene el derecho de ocultar conocimientos a otras personas. Nadie es lo bastante sagaz.

—Es demasiado tarde para eso. Si quieres hablar de derechos..., no tienes el derecho a destruir mi ejército.

—¿Acaso has sufrido por esa circunstancia, amigo mío? ¿Te ha perjudicado que se te ocultaran ciertos conocimientos?

—¿Cómo podría saberlo? Tal vez, si me hubieras dicho la verdad... acerca de Atiaran... ahora no estaríamos aquí. Tal vez hubiera temido el riesgo. Ya me dirás si eso es bueno o malo. —Entonces remitió su cólera, y su voz adoptó un tono de súplica—. Mhoram, están al borde de su capacidad de resistencia, yo tengo la culpa de que hayan llegado a esta situación. Y no hemos terminado. Solamente quiero evitarles algo que les dolería tanto...

—Muy bien —dijo Mhoram con un tono de derrota—. No hablaré de los Gigantes.

—Gracias —dijo Troy con vehemencia.

Mhoram le escrutó, pero en la oscuridad Troy no podía distinguir la expresión del Amo. Por un instante, temió que Mhoram fuera a decirle algo, a revelarle los últimos

misterios de Trel, Elena y Covenant. Pero no quería oír tales cosas, en aquel momento, cuando ya estaba tan abrumado. Finalmente, el Amo se volvió en silencio y regresó al lado de Callindrill.

Troy le siguió, pero se detuvo en el camino para hablar con Terrel, que era el Guardián de Sangre de más alta graduación.

—Terrel, quiero que envíes exploradores a las Llanuras Meridionales. No espero al ejército del Execrable antes de mañana al mediodía, pero no debemos correr riesgos... y los guerreros están demasiado cansados. No obstante, hay una cosa importante: si el Execrable o el Descuartizador o quienquiera que esté al mando envía exploradores en esta dirección, asegúrate de que sepan que estamos aquí. No quiero que tengan ninguna duda sobre dónde encontramos.

—Sí, Signo General —dijo Terrel, y se alejó para hacer los preparativos. Troy y Mhoram se encaminaron a la fogata.

El Amo Verement estaba dando de comer a Callindrill. Mientras acercaba las cucharadas de caldo a los labios de Callindrill, el Amo de rostro aguileño hablaba continuamente en un tono bajo y exasperado, como si su orgullo estuviera ofendido, pero sus movimientos eran suaves y no dejó la tarea para Mhoram. Permaneció al lado de Callindrill hasta que el caldo humeante devolvió un poco de color a las pálidas mejillas de su compañero. Entonces Verement se incorporó y dijo con voz ronca:

—Serías menos alocado si no cabalgaras en un Ranyhyn. Una montura inferior te enseñaría los límites de tus fuerzas.

Esta repetición invertida de la vieja acusación de Verement contra sí mismo, agobió por un momento al Amo Mhoram. Un sollozo se escapó de sus labios, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Durante aquel instante pareció faltarle el valor, y tendió las manos hacia Verement como si anduviera a ciegas, tanteando la aflicción. Pero entonces se contuvo y respondió con una sonrisa sesgada a la expresión de sorpresa y preocupación que vio en el rostro de Verement.

—Ven, hermano mío —murmuró—. Debo hablarte.

Juntos se alejaron envueltos por las sombras de la noche.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Callindrill a Troy, que se había quedado allí para cuidarle—. ¿Qué es lo que aflige a Mhoram?

Troy suspiró y se sentó al lado del Amo. Sentía con fuerza todo el dolor que había causado, Tuvo que tragar saliva varias veces antes de que encontrara su voz para decir:

—Runnik regresó de la misión de Korik. El Ama Shetra murió en el Llano de Saran.

Entonces agradeció que Callindrill no hablara. Le pareció que no podría soportar más dolor. Permanecieron sentados en silencio, hasta que el Amo Mhoram regresó

solo.

Mhoram estaba abatido, como si acabaran de apalearle. Las bolsas alrededor de sus ojos estaban hinchadas y enrojecidas, y su mirada llena de tristeza, pero sin que por ello desmintiera una firme resolución a seguir luchando. No dijo nada acerca del Amo Verement. Las palabras eran innecesarias. La expresión de Mhoram revelaba cómo había tomado Verement la noticia de la muerte de su esposa.

Para serenarse, Mhoram se puso a preparar comida para Troy y para sí mismo. Comieron envueltos en una nube de tristeza, pero mientras comía el Amo Mhoram fue dominándose lentamente hasta que desapareció su expresión de dolor. Para estar a tono con él, el Signo General Troy se puso a pensar en el tono de confianza que necesitaría cuando se iniciara el consejo. No quería que se traslucieran sus dudas. No tenía la intención de hacer pagar a su ejército por sus dilemas e ineptitudes personales. Cuando el Dagomán Quaan se aproximó a la fogata y anunció que todos los Puños Generales estaban preparados, tanto Troy como Mhoram le respondieron con resolución y tranquilidad.

El Amo arrojó un montón de leña al fuego mientras Quaan traía a sus oficiales, que formaron un ancho círculo alrededor de la fogata. Pero a pesar de las brillantes llamas, Troy veía a los Puños Generales como formas nebulosas y vagas. Por un instante de irracionalidad, temió que los oficiales se transformarían en ilusiones y desaparecerían cuando les dijera lo que tenían que hacer. El Dagomán Quaan y el Primer Puño Amordine le parecían columnas, a un lado, y el Amo Mhoram le contemplaba desde el otro lado. Troy se aclaró la garganta y dio comienzo al consejo.

—Bien, aquí estamos. A pesar de todo, hemos logrado algo que cualquiera de nosotros habría considerado imposible. Antes de que sigamos adelante, quiero agradecerlos a todos lo que habéis hecho. Estoy orgulloso de vosotros..., mucho más de lo que jamás podría expresaros.

Mientras hablaba, tenía que resistir la tentación de agachar la cabeza, como si se avergonzara de su rostro sin ojos. Se preguntaba, dolido, el efecto que ejercería su aspecto en los Puños Generales. Pero hizo un esfuerzo para mantener la cabeza alta mientras continuaba diciendo:

—Pero he de deciros claramente... que estamos todavía muy lejos de ganar esta guerra. Hemos comenzado bien, pero es sólo un comienzo. Las cosas van a empeorar. —Por un momento se le quebró la voz, apretó los puños e hizo un esfuerzo para recobrarla—. Las cosas no van a salir como yo planeé. Dagomán Quaan, Primer Puño Amordine..., habéis hecho cuanto podíais, todo lo que os pedí. Pero las cosas no saldrán como os dije que saldrían. Y aún así lo primero es lo primero. Tenemos que informar. Dagomán, ¿quieres empezar tú?

Quaan hizo una reverencia y penetró en el círculo. Su rostro cuadrado estaba tiznado de mugre y sangre, y mostraba las huellas de la fatiga, pero la franqueza de su

mirada seguía inalterable. En un lenguaje directo y sin afectación describió cuanto había sucedido al grupo a su mando desde que abandonaron Piedra Deleitosa... El viaje en balsa y la carrera por el valle del Mithil, el bloqueo que encontraron allí, la secuencia del combate mientras Descuartizador, el Gigante corrupto del que había hablado la Fustigadora Rue, organizaba esfuerzos sucesivos para romper la resistencia de los defensores. Durante cinco días, los Guardianes de Sangre, los guerreros y los dos Amos resistieron a Entes de la Caverna, *kresh*, pervertidas creaciones de la Piedra Illearth con forma humana y ur-viles.

—El sexto día —siguió diciendo Quaan—, el mismo Descuartizador se dispuso a atacarnos. —Su tono expresaba ahora el cansancio de la larga lucha y la tristeza por los guerreros perdidos—. Con un poder que no puedo nombrar, invocó una gran tormenta contra nosotros. Abominables criaturas como aquéllas de las que habló la Fustigadora Rue se precipitaron contra nosotros desde el cielo. Infundieron terror a nuestras cabalgaduras y tuvimos que retroceder. Entonces Descuartizador puso fin a aquella fuerza imponente y envió *kresh* y ur-viles en nuestra persecución. Una y otra vez nos volvíamos para luchar, a fin de retrasar al enemigo, y una y otra vez nos vencían. A menudo destacábamos jinetes para que informaran de la situación, pero todos los mensajeros eran asesinados... Bandadas de cormoranes salvajes les asaltaban desde el cielo y los destruían a todos, aunque algunos de ellos eran Guardianes de Sangre.

»A pesar de todo, luchamos y al fin estamos aquí. Pero han muerto la mitad de los Guardianes de Sangre y ocho Eoalas han sido asesinadas. Y los caballos han llegado al límite de sus fuerzas. Muchos no volverán a transportar jinetes, y todos necesitarán largos días de descanso. Hemos de enfrentarnos a pie a los próximos combates.

Al terminar, regresó a su lugar en el círculo. Su valor era evidente, pero sus hombros cuadrados parecían acarrear un peso insoportable. Y como Troy no podía encontrar palabras para expresar su respeto y gratitud, no dijo nada. En silencio, hizo un gesto al Primer Puño Amorine.

Amorine describió brevemente los últimos días de marcha del Ala de Guerra, y luego informó sobre la condición actual del ejército.

—Aquí, al otro lado del Retiro de la Perdición, no abundan el agua y la *alianta*. Los alimentos del Ala de Guerra pueden durar cinco o seis días... no más. Los guerreros están extenuados por la marcha. Los que no están heridos, muestran señales de agotamiento. Y las heridas en los pies y los hombros, que afectan a muchos de ellos, no se curan. Sesenta de los más débiles murieron durante la carrera final al Retiro. Muchos más morirán si el Ala de Guerra no descansa ahora.

Aquellas palabras hicieron gemir a Troy para sus adentros, pues estaban llenas de reproches no intencionados. Él era el Signo General y había prometido una y otra vez la victoria a quienes confiaran en él. Y ahora... Sintió un deseo intenso de

reprenderse a sí mismo y decir a los Puños Generales lo mal que había calculado. Pero antes de que pudiera empezar, habló el Amo Callindrill. Dos Guardianes de Sangre sostenían al Amo herido, pero a pesar de su debilidad logró que se oyera bien su voz.

—Debo hablar de ese poder que el Dagomán Quaán no ha nombrado. Todavía no comprendo cómo el Despreciativo logró dominar a un Gigante... Es algo que sobrepasa mi entendimiento. Pero Descuartizador es realmente un Gigante, y está poseído por un gran poder. Lleva consigo un fragmento de la Piedra Illearth.

El Amo Mhoram asintió penosamente.

—Ah, amigos míos, ésta es una tenebrosa era para todo el Reino. El peligro y la muerte nos acechan por todas partes y la maldad desafía todas las defensas. Escuchadme. Sé cómo ese Gigante... ese Descuartizador... se ha vuelto contra nosotros. Lo han conseguido mediante la potencia combinada de la Piedra y los Delirantes. Uno de ellos por sí solo no habría bastado..., pues los Gigantes son fuertes y firmes. ¡Pero juntos...! ¿Quién en el Reino podría confiar en resistir? En consecuencia, el Gigante lleva un fragmento de la Piedra Illearth, de manera que el poder del Despreciativo seguirá con él y el Delirante estará en posesión de una nueva arma. ¡*Melenkurion abatha!* Eso es una gran maldad.

Mhoram permaneció silencioso un momento, como si estuviera consternado, y los Puños Generales se sintieron acongojados al comprender la magnitud de la maldad que había descrito. Pero entonces el Amo se irguió y recorrió el círculo con una ardiente mirada.

—Sin embargo, así ocurre siempre con el Despreciativo. No dejéis que el conocimiento de esta maldad os ciegue o debilite. El Amo Execrable quiere convertir todo lo bueno del Reino en maldad y corrupción. Por eso luchamos. Si fallamos ahora, nos volveremos como Descuartizador... enemigos del Reino contra nuestra voluntad.

Sus firmes palabras serenaron a los Puños Generales, les ayudaron a recobrar su resolución. Sin embargo, antes de que él o Troy pudieran continuar, el Amo Verement intervino ásperamente.

—¿Qué ha ocurrido con los Gigantes, Mhoram? ¿Y con la misión? ¿Cuántos más nos ha hecho perder el Despreciativo?

Verement había entrado en el círculo, permaneciendo en un extremo, frente a Troy, mientras Callindrill hablaba. Las nubes que envolvían la visión interna de Troy le impedían ver la expresión de Verement, pero cuando el Amo habló, su voz estaba llena de amargura.

—Responde, Mhoram, vidente y oráculo. ¿Ha muerto también Hyrim? ¿Vive todavía algún Gigante?

Troy percibió la amargura de Verement como un ataque contra el Ala de Guerra, y

utilizó palabras como látigos para replicar.

—Eso no nos interesa, pues no podemos hacer nada al respecto. Nos encontramos aquí, ¡y vamos a vivir o morir aquí! No importa lo que suceda en otros lugares. — Sintió en su corazón que estaba traicionando a los Gigantes, pero no tenía alternativa—. ¡Todo lo que podemos hacer es luchar! ¿Me oyes?

—Te oigo.

El Amo Verement guardó silencio, como si comprendiera la vehemencia de Troy, y el Signo General aprovechó la ocasión para cambiar de tema.

—De acuerdo —dijo dirigiéndose a todo el círculo—. Ahora al menos sabemos el terreno que pisamos. Ahora os diré qué vamos a hacer. Tengo un plan, y con la ayuda del Amo Mhoram voy a hacer que funcione. —Hizo una pausa y anunció—: Vamos a irnos de aquí. Probablemente Descuartizador y su ejército no llegarán antes de mañana al mediodía. Por entonces ya estaremos lejos.

Los Puños Generales se quedaron atónitos al darse cuenta de que les ordenaban otra marcha. Luego varios de ellos gimieron abiertamente y otros retrocedieron como si les hubieran golpeado. Incluso Quaan se estremeció. Troy quería explicarles, pero se contuvo hasta que Amorine dio un paso adelante y protestó:

—Signo General, ¿por qué no bastará tu plan anterior? Los guerreros han realizado su máximo esfuerzo para llegar al Retiro de la Perdición, como ordenaste. ¿Por qué debemos irnos?

—¡Porque el ejército del Execrable es demasiado grande! —Troy no deseaba gritar, pero por un momento no pudo evitarlo—. Hemos matado diez mil *kresh* y un par de miles de ur-viles. ¡Pero el resto de ese ejército se encuentra todavía ahí afuera! No es tres veces mayor que nosotros... ¡ni siquiera cinco veces mayor! ¡Las fuerzas del Descuartizador son veinte veces las nuestras! ¡Veinte! Las he visto. —Hizo un esfuerzo para dominar su inútil furor y prosiguió—: Mi antiguo plan fue bueno mientras duró, pero no tenía en cuenta que el ejército del Execrable pudiera ser tan grande. Ahora sólo pueden suceder dos cosas. Si ese Gigante envía aquí su ejército a razón de diez o veinte mil guerreros a la vez, la lucha durará semanas. Pero sólo tenemos alimentos para cinco o seis días... Aquí nos moriremos de hambre. Y si nos ataca en una sola oleada, dominará ambos extremos del Retiro. Entonces estaremos atrapados, y podrá apresarnos cuando quiera.

»¡Ahora escuchadme! —gritó de nuevo a los desolados Puños Generales—. No voy a permitir que nos destrocen mientras pueda hacer algo por impedirlo... ¡lo que sea! ¡Y hay una sola cosa! ¡Puedo intentar otro truco en este juego y voy a hacerlo aunque tenga que llevaros a cada uno de vosotros a la espalda!

Recorrió el círculo con una mirada furiosa de su visión interna, tratando de transmitir autoridad, alguna clase de poder que obligara al Ala de Guerra a obedecerle.

—Marcharemos mañana al amanecer.

A pesar de que la oscuridad amortajaba su vista, a la luz de la fogata pudo distinguir la expresión de Quaan. El viejo veterano luchaba consigo mismo, tratando de sacar fuerzas de flaqueza. Cerró un momento los ojos y todos los Puños Generales aguardaron, como si él tuviera su valor en sus manos, a que aceptara o se negara, como creyera oportuno. Cuando abrió los ojos, su rostro parecía hundido por la fatiga, pero su voz era firme.

—¿Adónde iremos, Signo General?

—Por ahora al oeste —replicó rápidamente Troy—, hacia esas viejas ruinas. No será demasiado duro. Si hacemos las cosas bien, podemos ir más lentos que hasta ahora.

—¿Nos dirás cuál es tu plan?

—No. —Troy sintió la tentación de decirles que su horror sería tan grande que no le seguirían, pero en vez de hacer semejante comentario añadió—: De momento quiero mantenerlo secreto... prepararlo. Tendréis que confiar en mí.

Tuvo la sensación de que era como un hombre que se cae de un árbol y les grita a los que están por encima de él, mientras cae, que los cogerá.

—Signo General —dijo rígidamente Quaan—, sabes que siempre confiaré en ti. Todos confiamos en ti.

—Sí, lo sé —suspiró Troy.

Le sobrecogió un súbito cansancio y apenas pudo escuchar su propia voz. Muchos habían sido sus fallos desde que saliera de Piedra Deleitosa. Los errores de cálculo despojaban a sus ideas de toda su vitalidad; les quitaban su poder de salvación. Se preguntó cuántas equivocaciones más cometería antes de que la guerra hubiera terminado. Pasó un largo momento antes de que recobrarla suficiente energía para proseguir.

—Hay otra cosa que es preciso hacer... Ya no tenemos elección. Hemos de dejar a algunos aquí, para que intenten defender el Retiro y hacer creer a Descuartizador que estamos todavía aquí. Así su avance será más lento. Es una empresa suicida, por lo que necesitaremos voluntarios. Dos o tres Eoalas bastarían para este plan.

Quaan y Amoline no se conmovieron al escuchar esto. Eran guerreros y estaban familiarizados con aquella manera de pensar. Pero antes de que Troy pudiera decir nada más, el Amo Verement entró bruscamente en el círculo.

—¡No! —gritó, golpeando el suelo con su bastón—. Nadie se quedará atrás. ¡Lo prohíbo!

Ahora Troy pudo verlo claramente. Su rostro delgado parecía tan afilado como si hubiera pasado bajo una piedra de afilar, y sus ojos fulguraban. Troy sintió una súbita sequedad en la garganta.

—Lo siento, Amo Verement —dijo con dificultad—. No tengo alternativa. Esta

marcha matará a los guerreros a menos que puedan avanzar más despacio, por lo que alguien tiene que hacerles ganar tiempo.

—¡Entonces lo haré yo! —dijo Verement con voz ronca—. Yo defenderé el Retiro de la Perdición. Es un buen lugar para mí, muy adecuado.

—No puedes —objetó Troy, casi tartamudeando—. No puedo permitirte. Te necesitaré conmigo.

Incapaz de resistir la intensidad de la mirada de Verement, se volvió al Amo Mhoram en busca de ayuda.

—El Signo General Troy dice la verdad. La muerte no curará tu aflicción. Y te necesitaremos mucho en los próximos días. Debes venir con nosotros.

—¡Por los Siete! —exclamó Verement—. ¿Acaso no me oís? ¡He dicho que me quedaré! ¡Shetra, mi esposa, ha muerto! Ella, a la que quería con todas mis fuerzas y, aún así, no la amaba lo suficiente. ¡*Melenkurion!* ¡No me digáis lo que no puedo o lo que debo hacer! Me quedaré. Ningún guerrero. Ningún guerrero permanecerá aquí.

—Amo Verement —dijo Mhoram—. ¿Te crees capaz de derrotar a Descuartizador?

Pero Verement no replicó a aquella pregunta.

—Cura a Callindrill —dijo ásperamente—. Os necesitaré a los dos. Y llama a los Guardianes de Sangre de las Llanuras. Saldré al alba.

Entonces dio media vuelta y salió del círculo, internándose en la noche.

Su partida dejó a Troy perplejo y exhausto. Sintió que la carga del Ala de Guerra pesaba ya sobre sus hombros, y su espalda se curvó, de manera que se movía como si estuviera decrepito. Su confusión y su fatiga le hacían inadecuado para los discursos, y despidió abruptamente a los Puños Generales. Al hacerlo sintió que les decepcionaba, que le necesitaban para que les orientara y les transmitiera fortaleza. Pero no le quedaban fuerzas. Se acostó y se cubrió con las mantas como si esperase que alguna clase de firmeza le llegara en sueños.

Se hundió en seguida en el agotamiento y durmió hasta que le fue imposible seguir haciéndolo, hasta que el sol surgió por encima de las montañas llenando su cerebro de formas y colores. Al despertar, descubrió que había permanecido dormido a pesar del ruido del Ala de Guerra mientras desmontaba el campamento y emprendía la marcha. Ya la última Eoala se alejaba lentamente del Retiro de la Perdición. Los hombres avanzaban arrastrando los pies, en dirección a la tierra seca y calcinada de los Yermos Meridionales. Maldiciendo su debilidad, Troy tomó unos bocados de los alimentos que Ruel le ofrecía y luego se apresuró a ir al Retiro.

Encontró allí a Callindrill y Mhoram, con un pequeño grupo de Guardianes de Sangre. A cada lado del extremo meridional del desfiladero, los Amos habían subido tan alto como podían, hasta las grandes rocas amontonadas contra las paredes del cañón. Desde aquellas posiciones, manejaban sus bastones de manera que se extendía

una neblina en el aire entre ellos.

Más allá, en el mismo Retiro de la Perdición, el Amo Verement trepaba por las rocas y los fragmentos de pizarra. Mientras avanzaba, hacía oscilar el fuego de su bastón como una antorcha contra la oscuridad de los despeñaderos. Sólo Thomin le acompañaba.

Troy miró atentamente a Callindrill. El Amo herido parecía débil y cansado, y el sudor brillaba en su pálida frente, pero permanecía en pie, sin ayuda y blandía su bastón con firmeza. Troy le saludó y luego subió a las rocas del otro lado para reunirse con el Amo Mhoram.

Cuando llegó al lado de Mhoram, se sentó y esperó, contemplando cómo la neblina se movía y adquiría forma. Pareció girar lentamente como una gran rueda en el extremo del Retiro. Su circunferencia encajaba exactamente entre las laderas cubiertas de piedras, de modo que bloqueaba efectivamente el suelo del cañón, y giraba como si colgara de un eje entre Mhoram y Callindrill. Más allá, Troy solamente podía ver el Retiro vacío, con los esqueletos de ur-viles y lobos que habían devorado los cuervos, y el Amo solitario subiendo y bajando por los lados del cañón con su llama oscilando como un fuego fatuo.

Pronto, sin embargo, tanto Mhoram como Callindrill pusieron fin a sus esfuerzos. Colocaron sus bastones como anclas en los bordes de la neblina, y se recostaron para descansar. El Amo Mhoram saludó fatigosamente a Troy.

Tras unos momentos de vacilación, Troy hizo un gesto hacia Verement.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

Mhoram cerró los ojos y, como si respondiera a Troy, dijo:

—Hemos hecho una Palabra de Aviso.

Mientras pensaba en otra manera de plantear su pregunta, Troy inquirió:

—¿Qué efecto tiene?

—Cierra el Retiro de la Perdición.

—¿Cómo funcionará? Es perfectamente visible. No cogerá a Descuartizador por sorpresa.

—Tu vista es muy aguda en cierto modo. Yo no puedo ver la Palabra.

—¿Hay todavía alguien ahí afuera... con Verement?

—No. Todos los guerreros han partido. Hemos llamado a los exploradores. Nadie podrá pasar por aquí sin encontrarse con la Palabra.

—Así, pues... Verement se ha quedado ahí afuera.

—Sí —dijo Mhoram con aspereza.

Troy volvió a su primera pregunta.

—¿Qué espera conseguir? Es suicida.

Mhoram abrió los ojos y Troy sintió la intensidad de su mirada.

—Ganaremos tiempo. Has dicho que necesitaríamos tiempo. —Entonces suspiró

y miró al fondo del cañón—. Y el Amo Verement de Shetra logrará poner fin a su angustia.

Troy contempló a Verement, aturdido. Aquel Amo de semblante aguileño no parecía un hombre en busca de alivio. Subía y bajaba por los bordes del desfiladero, abriéndose paso entre las pizarras y los huesos, bajo el vigilante silencio de los cuervos, como un poseso. Se estaba agotando. Su paso era ya inseguro y había caído varias veces. Sin embargo, había cubierto menos de un tercio del Retiro con la invisible madeja de su fuego. Pero algún poder, una imbatible fuerza de voluntad le hacía seguir adelante. Durante toda la mañana prosiguió su difícil avance por el cañón, deteniéndose sólo en raras ocasiones para aceptar las bayas-tesoro y el agua que le ofrecía Thomin. A media mañana había llegado a la mitad del recorrido.

Ahora, sin embargo, no podía seguir manteniendo su velocidad. Tenía que apoyarse en Thomin mientras tropezaba en las piedras, y el fuego de su bastón disminuía y humeaba. Pero siguió adelante, pues la fuerza que ardía en su interior no cesaba.

Al final se vio obligado a dejar sin aquel hilo invisible los últimos metros del Retiro. Thomin le señaló el polvo que levantaban a lo lejos las huestes de Descuartizador. Poco después, la primera oleada de lobos amarillos apareció a la vista. El Amo Verement dejó su tarea y enderezó los hombros. Dio a Thomin una orden final. Entonces salió del Retiro de la Perdición para enfrentarse al ejército del Despreciativo.

El amplio frente de lobos se precipitó contra él, súbitamente ansiosos de presas. Pero al fin vacilaron y se detuvieron. El desafío de la mirada del Amo los llenó de confusión. Aunque daban zarpazos en el aire y gruñían fieramente, no atacaban. Rodearon a los dos hombres y corrieron aullando a su alrededor mientras el resto del ejército se aproximaba.

El ejército de Descuartizador avanzaba por el noreste, y pronto las tropas formaron una línea oscura que llenó el horizonte. El suelo se estremeció bajo las pisadas de millares de pies. Las hordas del Despreciativo parecían cubrir todas las Llanuras, y su tremendo número hizo sentirse al Amo Verement como un náufrago en medio de un océano. Cuando el Gigante se adelantó, abriéndose paso entre los lobos para enfrentarse al Amo y al Guardián de Sangre, sólo su tamaño hacía a los dos hombres parecer enanos e insignificantes.

Pero cuando el Gigante estaba a diez metros de él, Verement hizo un gesto de amenaza.

—¡No te acerques más, *moksha* Delirante! —le gritó—. ¡Te conozco, Jehannum Descuartizador! ¡Retrocede! Regresa a la maldad que te hizo. Te niego el paso... Yo, Verement de Shetra, Amo del Consejo de Piedra Deleitosa. ¡No puedes pasar por aquí!

Descuartizador se detuvo.

—Ah, un Amo —dijo, mirando a Verement como si fuera demasiado diminuto para verlo bien—. Qué sorpresa.

Tenía el rostro contorsionado, y su mirada de soslayo le daba una expresión de agudo dolor, como si su carne no pudiera ocultar el dolor que le producía la rabiosa presencia en su interior. Pero el tono de su voz era de escarnio y codicia.

—¿Has venido a recibir a quien va a destrozar tu ejército? Pero, naturalmente, ya sabes que es demasiado pequeño para poder llamarle ejército. He peleado contra vosotros y os he seguido desde Andelain, pero no creas que me engaños. Sé que tratáis de enfrentaros a mí en el Retiro de la Perdición porque vuestro ejército es demasiado débil para luchar en cualquier otra parte. Quizás has venido para rendirte..., para unirme a mí.

—Hablas como un estúpido —gruñó Verement—. Ningún amigo del Reino se rendiría o se uniría a ti jamás. Admite la verdad y vete. ¡Vete, te digo! —De repente, cogió su bastón con ambas manos y lo alzó por encima de su cabeza—. ¡*Duroc minas mill khabaal!* ¡Te lo ordeno con todos los nombres del Poder de la Tierra! ¡Aquí no vencerá el Despreciativo!

Mientras Verement gritaba sus Palabras, el Delirante retrocedió. Para defenderse, se llevó las manos a su jubón de cuero y extrajo una suave piedra verde del tamaño de su puño. En su interior brillaba una llama esmeralda y despedía un vapor como de hiel. Apretó aquella piedra, haciéndola humear aún más, y exclamó:

—¡Verement de Shetra, he hecho correr delante de mí a dos Amos como hormigas a lo largo de cien leguas! ¿Por qué crees que puedes resistirme ahora?

—¡Porque has matado a Shetra, mi esposa! —gritó el Amo enfurecido—. ¡Porque he sido indigno de ella durante toda mi vida! ¡Porque no te temo, Delirante! ¡Estoy libre de toda limitación! ¡Ni el miedo ni el amor limitan mi fuerza! ¡Mi odio iguala al tuyo, *moksha* Delirante! ¡*Melenkurion abatha!*

Hizo girar el bastón por encima de su cabeza, y una descarga de energía azul pálido brotó de la madera hacia Descuartizador. A su vez, Thomin se abalanzó con sus dedos curvados como garras, tratando de aferrarle la garganta.

Descuartizador no se inmutó ante el ataque. Recogió la descarga de Verement con su piedra y la retuvo ardiendo allí, como un incensario. Casi al instante, la llama azulada se transformó en un intenso verde brillante, que ascendió en el aire. Con la otra mano, el Gigante lanzó un golpe a Thomin que le hizo caer de bruces detrás de Verement.

Entonces Descuartizador les arrojó el fuego.

El Amo no se intimidó. Haciendo oscilar su bastón, dirigió el extremo metálico, como una lanza, contra la energía llameante. La madera se dobló con terribles crujidos, pero no se rompió. Verement dirigió a la llama poderosas palabras,

obligándola de nuevo a obedecer su voluntad. Lentamente el fuego verde que envolvía al bastón se volvió nuevamente azul. Una vez dominado, lo arrojó otra vez contra el Delirante.

Descuartizador se echó a reír. El ataque de Verement, multiplicado por la propia potencia del Gigante, prendió en la Piedra como si la roca verde fuera su pabilo. Allí fue intensificándose hasta que la columna de fuego esmeralda se elevó en el aire.

Riendo, el Delirante dirigió su fuego hacia Verement. La llama rompió su bastón en astillas, las cuales ardieron y se convirtieron en pavesas y cayeron sobre el Amo como una lluvia. Entonces la llama se inclinó hacia él y le envolvió, adaptándose a las formas de su cuerpo, como un aura. El Amo dejó caer los brazos, su cabeza cayó hacia adelante, hasta tocarle el pecho y cerró los ojos. Permaneció envuelto en el fuego, como si estuviera clavado.

Descuartizador habló entonces en tono de triunfo.

—¡Bien, Verement de Shetra! ¿Dónde está ahora tu desafío? —El eco de su tono burlón resonó en los despeñaderos—. Estás derrotado. Pero escúchame, marioneta. Es posible que te deje vivir. Naturalmente, para conservar la vida debes cambiar tu fidelidad. Repite estas palabras: «Adoro al Amo Execrable el Despreciativo. La suya es la única palabra de verdad».

El Amo Verement no despegó los labios. Dentro del fuego paralizante, los músculos de sus mejillas sobresalían al apretar los dientes.

—¡Habla! —rugió Descuartizador. Movié la Piedra, apretando el halo alrededor del Amo. Un agónico gemido abrió los labios de Verement, y empezó a hablar.

—Adoro...

No siguió. Tras él, Thomin se precipitó para cumplir con su último deber. De una tremenda patada, el Guardián de Sangre rompió la espalda del Amo Verement. El Amo cayó muerto al instante.

Con una fiera determinación de muerte, Thomin se lanzó entonces hacia la garganta del Gigante. Esta vez, el ataque del Guardián de Sangre fue tan rápido e implacable que Descuartizador no pudo reaccionar a tiempo. Thomin alcanzó el cuello del Gigante y hundió en él sus dedos. Por un instante, el Gigante no pudo librarse de él y de la furia con que los dedos apretaban la gruesa garganta. Pero entonces el Delirante utilizó la Piedra. Una descarga de energía convirtió en cenizas los huesos de Thomin. El Guardián de Sangre se derrumbó convertido en un montón de carne informe.

Entonces Descuartizador pareció enloquecer. Rugiendo como un cataclismo, saltó y pisoteó la forma de Thomin hasta que los sanguinolentos restos del Guardián quedaron pegados en la hierba. Después, el Gigante ordenó a las vastas hordas de lobos que penetraran aullando en la abertura del Retiro. Impulsados por su furor, los lobos corrieron ciegamente por el cañón y se precipitaron contra la Palabra de Aviso.

El primer lobo que tocó la Palabra la puso en acción. Por un instante, las rocas amontonadas en los salientes de las paredes parecieron estallar. La energía que Verement había colocado allí derrumbó las vertientes del desfiladero. Una mortífera lluvia de pedruscos y fragmentos de pizarra cayó al cañón, aplastando a millares de lobos con tanta rapidez que apenas tuvieron tiempo para lanzar un aullido de terror.

Cuando se disipó la nube de polvo, Descuartizador pudo ver que ahora el Retiro estaba bloqueado, cubierto de piedras caídas. Un ejército necesitaría días para abrirse paso entre aquellos cascotes.

El revés pareció tranquilizarle. El ansia de venganza no desapareció de su mirada, pero su voz era firme cuando gritó sus órdenes. Llamó a los *grifos*, los cuales, volando pesadamente con los ur-viles en sus lomos, se dirigieron al Retiro para luchar contra la Palabra de Aviso. Y tras ellos Descuartizador envió a sus Entes de la Caverna, expertos en toda clase de ámbitos rocosos, a fin de que despejaran el camino para el resto del ejército.

Obligadas por el poder del Delirante, las criaturas trabajaron con desesperada premura. Muchos de los *grifos* fueron destruidos porque volaron inadvertidamente contra la Palabra de Aviso. Docenas de Entes de la Caverna se mataron entre sí en su frenesí por limpiar de cascotes el suelo del cañón. Pero los ur-viles, maestros de su ciencia, lograron al fin neutralizar la Palabra de Aviso. Y los Entes de la Caverna realizaron hazañas prodigiosas. Si disponían de tiempo y efectivos suficientes, tenían la fuerza y la habilidad necesarias para mover montañas. Ahora levantaban del suelo las piedras, incansablemente, abriendo con rapidez un camino. Trabajaron durante toda la noche, y al alba el camino tenía diez metros de anchura y partía del centro del Retiro.

Sosteniendo la Piedra en lo alto, Descuartizador condujo a su ejército por el cañón. En el extremo meridional del Retiro descubrió que el Ala de Guerra se había ido. Sus últimos enemigos —un grupo de jinetes entre los que iban dos Amos— galopaban a lo lejos, fuera de su alcance. Lanzó imprecaciones tras ellos, jurando que los perseguiría hasta darles muerte.

Pero entonces, sus ojos de Gigante, que podían ver a una gran distancia, descubrieron el Ala de Guerra, a siete u ocho leguas más allá de los jinetes. Observó la dirección de su marcha, vio adónde se dirigían... y se echó a reír de nuevo. Sus risotadas de sarcasmo y triunfo resonaron en los despeñaderos del Retiro de la Perdición.

El Ala de Guerra avanzaba hacia la Espesura Acogotante.

XIX

LAS RUINAS DE LOS YERMOS MERIDIONALES



uando el Signo General Troy subió a su montura y se alejó del Retiro de la Perdición en compañía de los Amos Mhoram y Callindrill y de un grupo de Guardianes de Sangre, había dejado de lado su depresión, aquel deseo semiconsiente de ocultar la cabeza. También había desaparecido la sensación de horror que lo paralizara cuando murió el Amo Verement. Durante la noche había aleteado de sí el recuerdo de todo aquello, mientras Mhoram y Callindrill se esforzaban por mantener la Palabra de Aviso. Ahora Troy tenía una extraña impresión, como si sus males se hubieran cauterizado. Era el Signo General, y había vuelto a su labor. Pensaba..., medía distancias, calculaba velocidades relativas, preveía la celeridad con que se desgastaría el Ala de Guerra. Estaba, en fin, al mando de sus tropas.

Podía ver con toda claridad cuán necesario era el liderazgo para su ejército, y en cierto modo aquella necesidad le parecía atroz. Por delante de él, el Ala de Guerra había girado ligeramente al sur para evitar las inmediatas estribaciones montañosas, y recorrían el terreno menos abrupto a un ritmo que no cubriría más de siete leguas por jornada. Pero aun así las condiciones de la marcha eran horrendas. El ejército de Troy se dirigía a los Yermos Meridionales, secos y semidesérticos.

Ni el menor vestigio o atisbo de otoño dulcificaba la árida brisa que soplaba hacia el norte desde el calcinado y muerto Desierto Gris. La mayor parte de la hierba se había agostado, y los pequeños cursos de agua que bajaban de las montañas se evaporaban antes de recorrer cinco leguas por los Yermos. Incluso al sur de las estribaciones el terreno era abrupto, difícil de recorrer, erosionado por vientos estériles que a través de los siglos habían esculpido en los riscos afiladas aristas y agujas pétreas, y habían abierto brechas y hondonadas. Aquella tierra dura, de clima inadecuado para la vida, poseía una belleza misteriosa y hostil. La tierra sobre la que marchaba el Ala de Guerra, estaba tan apelmazada y dura bajo las plantas de los guerreros que parecía de roca pura, y sin embargo levantaba un polvo espeso que envolvía al ejército en una densa nube.

A tres leguas del Retiro, Troy y sus compañeros encontraron al primer guerrero muerto. Era un fustariano cuyo cadáver yacía contorsionado en el suelo como una víctima torturada. El agotamiento había ennegrecido sus labios y lengua, y sus ojos

abiertos estaban llenos de polvo. Troy sintió el impulso alocado de detenerse y enterrar al guerrero, pero estaba seguro de sus cálculos. Bajo aquel intenso calor las bajas del Ala de Guerra probablemente se duplicarían todos los días. Ninguno de los vivos podría permitirse dedicar tiempo ni fuerzas a enterrar a los muertos.

Cuando el Signo General dio alcance a su ejército, había contado otros diez guerreros caídos. Las cifras se acumulaban en su mente: once muertos el primer día, veintidós el segundo, cuarenta y cuatro el tercero... Seiscientos noventa y tres seres humanos muertos por las exigencias de la marcha antes de que llegaran a su destino. Y sólo Dios sabía cuántos más... Se preguntó si sería capaz de volver a dormir.

Hizo un esfuerzo para prestar atención cuando Quaan y Amoline le informaron de sus esfuerzos para mantener a los guerreros con vida. Se racionó la comida; todos los recipientes se llenaron de agua en cada arroyuelo, por pequeño que fuera; los Puños de Guerra y Puños Generales avanzaron a pie, a fin de que sus caballos transportaran a los hombres y mujeres más débiles. Los restantes jinetes de Quaan también caminaron, y sus pobres cabalgaduras llevaban bultos y guerreros incapacitados. Las operaciones de exploración y recogida de agua eran efectuadas exclusivamente por los Guardianes de Sangre. Y a todo guerrero que no podía seguir adelante se le suministraban alimentos y se le ordenaba que se pusiera a salvo en las montañas. Los jefes no podían hacer nada más.

Todas estas noticias apesadumbraron a Troy. Pero entonces Quaan le comunicó que muy pocos guerreros habían decidido abandonar las filas y esconderse en las montañas; y esto lo tranquilizó. Pensó en lo terrible y maravilloso que era a la vez que tantos hombres y mujeres estuvieran dispuestos a seguirle hasta el fin. Hizo entonces acopio de su confianza para responder a las inevitables preguntas de Quaan y Amoline.

Quaan fue inmediatamente al problema esencial.

—¿Nos persigue Descuartizador?

—Sí —replicó Troy—. El Amo Verement nos ha conseguido un día de ventaja, pero ese Gigante viene a por nosotros... rápidamente.

A Quaan no le fue necesario preguntar qué le había sucedido al Amo Verement.

—¿Cuándo nos dará alcance?

—Mañana por la tarde o, como máximo, a primeras horas de la noche.

—Entonces estamos perdidos —dijo Amoline con voz trémula—. No podemos avanzar con más rapidez. Los guerreros están demasiado cansados para presentar batalla, Signo General —imploró—, relévame de este cargo. Nombra a otro Primer Puño. No puedo soportar..., no puedo dar estas órdenes.

Troy trató de consolarla con su confianza.

—No te preocupes. Todavía no hemos sido vencidos. —Pero él mismo descubría en su interior más histeria que confianza. Sentía súbitos deseos de gritar—. No

tenemos que marchar con más rapidez. Lo que vamos a hacer es girar un poco hacia el sur, de manera que lleguemos a esa vieja ciudad en ruinas, Doriendor Corishev, como la llama Mhoram. Hemos de llegar allí antes del mediodía de mañana.

Le pareció que hablaba con demasiada rapidez y se obligó a hacerlo más despacio mientras explicaba sus intenciones. Entonces le alivió ver en los sombríos rostros de sus oficiales que aprobaban su decisión. El Primer Puño Amorine aspiró hondo, nuevamente dueña de sí misma, y en la dura mirada de Quaan se reflejó la saña con la que estaba dispuesto a atacar al enemigo.

—¿Quién mandará a la Eoala que debe quedarse? —preguntó.

—Permíteme —dijo Amorine—. Estoy en el límite de mis fuerzas para seguir esta marcha. Deseo luchar.

El Dagomán abrió la boca para responderle, pero Troy le interrumpió a los dos con un gesto. Estudió mentalmente la situación, buscando un punto de equilibrio. Luego se dirigió a Quaan:

—Los guerreros y yo nos quedaremos detrás con el Primer Puño Amorine. Necesitaremos ocho Eoalas de voluntarios, y todos los caballos que todavía puedan mantenerse en pie. Los Guardianes de Sangre probablemente nos acompañarán. Si lo hacemos bien, la mayoría de nosotros saldremos con vida.

Quaan frunció el ceño ante aquella decisión, pero su aceptación fue tan franca como su disgusto.

—Debemos buscar a los que están dispuestos —dijo a Amorine— y prepararlos hoy, de modo que mañana no perdamos tiempo.

A modo de respuesta, el Primer Puño saludó a Quaan y a Troy y luego se alejó hacia el Ala de Guerra. Sus movimientos eran más vivaces que en los últimos días, y Troy vio que había acertado en la elección. Hizo un gesto de asentimiento mientras la veía alejarse, felicitándose por haber hecho algo bien.

Pero Quaan tenía aún más preguntas qué hacer.

—Te pido perdón, Signo General, pero hemos sido amigos y he de hablarte de esto. ¿No me explicarás por qué marchamos ahora? Si el Retiro de la Perdición no es el campo de batalla que deseas, quizá servirá Doriendor Corishev. ¿Por qué debe continuar esta marcha terrible?

—No, no voy a explicártelo. Todavía no. —Troy no quería revelar su plan final, como si el silencio y el secreto pudiera refrenar sus terrores—. Y Doriendor Corishev no servirá. Ahí podríamos luchar uno o dos días, pero después Descuartizador nos rodearía y no tendríamos salida. Hemos de hacer algo mejor.

El Dagomán asintió malhumorado. La negativa de Troy lo había entristecido, como si fuera una expresión de desconfianza. Pero entonces sonrió irónicamente.

—Dime, Signo General, ¿acaso tus planes no tienen fin?

—Sí —suspiró Troy—. Lo hay. Y vamos a llegar allí. Después, Mhoram tendrá

que salvarnos. Prometió...

Desvió la cabeza porque no podía soportar la expresión de Quaan ante sus palabras. Azuzó a Mehryl con los talones y fue en busca de los Amos. Quería explicar sus intenciones en Doriendor Corishev y averiguar la ayuda adicional que Mhoram y Callindrill podrían prestar al Ala de Guerra.

Durante el resto de aquel día y la mañana siguiente, recibió con regularidad informes de la Escolta de Sangre sobre los avances de Descuartizador. El ejército del Gigante-Delirante era grande y pesado, difícil de dirigir. El día anterior, después de cruzar el Retiro de la Perdición, sólo había cubierto nueve leguas, pero no se detuvo para pasar la noche y únicamente tomó un breve descanso antes del alba. Troy juzgó que el Gigante llegaría a Doriendor Corishev a media tarde.

Ante aquellas noticias, Troy sintió el imperioso deseo de ordenar un ritmo de marcha más rápido al Ala de Guerra. Pero no podía hacer aquello. Fue muy elevado el número de guerreros que abandonaron el ejército o murieron aquella noche y la mañana siguiente. Para su consternación, el desgaste se triplicó: once, treinta y tres, noventa y nueve caídos... A semejante proporción, la marcha se cobraría cuatro mil cuatro víctimas al final de los seis días. Y en Doriendor Corishev habría más bajas. Troy tenía que hacer complejas ecuaciones para calibrar la situación de su ejército. No intentó darle más prisas.

Como resultado, los guerreros se hallaban todavía a una legua por delante de Descuartizador cuando comenzaron a ascender la larga cuesta hacia las ruinas de Doriendor Corishev. La antigua ciudad se asentaba en lo alto de una elevada colina bajo el ceño perpetuo de las montañas, y la colina, a su vez, coronaba una sierra orientada al sur. Las ruinas se alzaban en una línea que separaba, oculto el uno del otro, los lados oriental y occidental de los Yermos Meridionales. En épocas anteriores, cuando era una ciudad próspera, se había considerado como el centro perfecto de aquel borde septentrional de la región, y ahora los macizos restos de fortificaciones testificaban que los habitantes de la ciudad habían tenido conciencia del valor de su situación. Según las leyendas preservadas por la Ciencia de Kevin, aquellas gentes fueron belicosas, y su posición estratégica tuvo una gran importancia para ellas. El Amo Callindrill tradujo su nombre como «lugar maestro» o «desolación de enemigos».

Decían las leyendas que durante siglos Doriendor Corishev fue la capital de la nación que dio nacimiento a Berek Mediamano.

Aquella fue la época del dominio del Bosque Único en el Reino. Entonces no había Yermos al sur de las montañas; la región era verde y populosa. Pero con el tiempo llegó a ser demasiado populosa. Grupos de personas de aquel país meridional se dirigieron lentamente al Reino, en el norte, y empezaron a atacar el Bosque. Al principio, sólo querían madera para construir en Doriendor Corishev. Luego quisieron

campos para los cultivos. A continuación desearon hogares. Con la ayuda inconsciente de otros inmigrantes del norte, finalmente lograron mutilar el Bosque Único.

Pero aquel agravio tuvo muchas ramificaciones. Por un lado, la poda de los árboles levantó la prohibición del Coloso de los Saltos que había controlado al Reino. Los Delirantes quedaron en libertad... una liberación que llevó inevitablemente a la destrucción de la monarquía de Doriendor Corishev en la gran guerra de Berek Mediamano. Por otro lado, la pérdida de unas cien mil leguas cuadradas del Bosque alteró los equilibrios naturales de la Tierra. Cada árbol caído era un golpe más que llevaba a la ineluctable condenación del lugar maestro. A medida que los árboles murieron, las tierras meridionales perdieron las precipitaciones de agua que las habían preservado del Desierto Gris. Siglos después de la destrucción del Bosque Único, ya irreversible, aquellas tierras se convirtieron en secas ruinas.

Pero la ciudad había estado desierta desde los tiempos de Berek, el primer Amo. Ahora, tras milenios de viento y polvo, no quedaba nada del lugar maestro excepto los fragmentos de sus muros y edificios, una especie de mapa en el terreno formado por los muñones exangües de su pasado esplendor. El Signo General Troy podría haber escondido a todo su ejército en aquellos laberínticos espacios y veredas. Tras murallas fragmentarias que se alzaban inútilmente al cielo, los guerreros podrían haber librado una guerra de guerrillas durante días enteros contra un ejército de tamaño comparable al suyo.

Troy confiaba en que Descuartizador lo supiera. Sus planes contaban en gran manera en su capacidad para convencer al Gigante de que el Ala de Guerra había decidido defenderse definitivamente en Doriendor Corishev en lugar de lanzarse a una muerte segura en la Espesura Acogotante. Así, pues, dirigió su ejército en línea recta por la larga vertiente de la colina y cruzó la ruinosa puerta del lugar maestro. Cruzó entonces la ciudad con sus guerreros, llevándolos a su lado occidental, donde se ocultaron de Descuartizador junto a la colina en la que se levantaba la ciudad.

Allí Troy dio a Quaán todas las instrucciones y le alentó cuanto pudo. Luego saludó al Dagomán y observó cómo el cuerpo principal del Ala de Guerra bajaba por la pendiente. Cuando desapareció, Troy y sus voluntarios regresaron a la ciudad con los dos Amos, el Primer Puño Amorine, todos los Guardianes de Sangre y todos los caballos que aún estaban lo bastante fuertes para sostener a un jinete.

Dentro de las murallas en ruinas, se dirigió a las ocho Eoalas que se habían ofrecido para facilitar al Ala de Guerra la huida de Doriendor Corishev. El Signo General sentía un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva antes de empezar.

—Todos sois voluntarios, así que no voy a tratar de justificar lo que estamos haciendo. Pero quiero estar seguro de que sabéis por qué lo hacemos. Tengo dos razones principales. En primer lugar, vamos a dar al resto de los guerreros una

oportunidad de establecer cierta distancia entre ellos y Descuartizador. En segundo lugar, vamos a ayudar para vencer como sea en esta guerra. Estoy preparando una pequeña sorpresa para el ejército del Execrable, y vamos a trabajar para que salga bien. Unas partes de ese ejército avanzan con mayor rapidez que otras... pero si se separan demasiado, todas caerán en mi trampa. Así pues, vamos a atraerlas hasta aquí.

Hizo una pausa para mirar a los guerreros. Permanecían erguidos ante él, con expresiones que contenían toda clase de matices sombríos, de fatiga y determinación. Irradiaban vulnerabilidad y, al verlo, Troy comenzó a comprender la afirmación de Mhoram de que merecían conocer la verdad, pues acataban sus órdenes con toda su alma.

—Pero hay algo más —siguió diciendo con voz ronca—. Es posible que Descuartizador planee una o dos sorpresas para nosotros. Muchos de vosotros estuvisteis con el Dagomán Quaan durante aquella tormenta, y sabéis a qué me refiero. Ese Gigante tiene poder, y pretende utilizarlo. Vamos a darle una oportunidad. Vamos a ser un blanco, de manera que haga lo que haga nos afecte a nosotros y no al resto del Ala de Guerra. Creo que podremos sobrevivir... si hacemos las cosas como es debido. Pero no va a ser fácil.

De repente se volvió hacia Amorine y le ordenó que desplegara la Eoala en posiciones estratégicas en todo el lado oriental del lugar maestro.

—Asegúrate de tus líneas de retirada. No quiero perder gente en este laberinto cuando sea el momento de marcharnos. —Entonces habló a los Guardianes de Sangre y les pidió que exploraran más allá de la ciudad, a lo largo de la colina—. He de saber cuanto antes si Descuartizador trata de rodearnos.

Terrel asintió y varios Guardianes de Sangre partieron a caballo.

El Primer Puño Amorine hizo retroceder a su Eoala al otro lado de Doriendor Corishev. Dejaron todos sus caballos, incluyendo los Ranyhyn, en la puerta occidental, al cuidado de varios Guardianes de Sangre.

Acompañado por el resto de los Guardianes de Sangre, Troy y los dos Amos partieron a pie hacia la muralla oriental. Cuando pasaban entre las ruinas, el Amo Mhoram preguntó:

—Signo General, ¿crees que Descuartizador no intentará rodearnos? ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Por instinto —replicó Troy secamente—. Creo que hará todo lo posible para obligarnos a escapar por el lado occidental. Ya lo oíste reír, allá en el Retiro de la Perdición, cuándo vio adonde nos dirigíamos. Creo que lo que realmente quiere es atraparnos contra la Espesura Acogotante. Es un Delirante. Es probable que la idea de utilizar ese Bosque contra nosotros le parezca divertida.

Entonces agradeció que Mhoram no le preguntara qué ideas tenía él sobre la

Espesura Acogotante. No quería pensar en ello. En vez de hacerlo, procuró concentrarse en la disposición de la ciudad, de modo que pudiera encontrar su camino incluso de noche si fuera necesario. Pero no puso el corazón en la tarea. Estaba asaeteado por demasiadas inquietudes.

Cuando llegó a la muralla oriental y subió a unos cascotes para escudriñar por encima de ella, vio el ejército de Descuartizador.

Se acercaba como una gran mancha, un intenso moratón sobre el terreno pálido de los Yermos. Su frente se extendía al norte y el sur de las ruinas. Estaba a menos de una legua de distancia. Y su inmensidad rebasaba toda comprensión. Troy no podía imaginar cómo el Amo Execrable había sido capaz de crear semejante ejército.

Las tropas enemigas avanzaron hasta llegar al pie de la colina sobre la que se levantaba Doriendor Corishev.

Mientras observaba, Troy cogió la empuñadura de su espada como si fuera el único objeto que le impedía abandonarse al pánico. Varias veces alzó la mano para ajustarse las gafas que ya no poseía. El movimiento fue como una plegaria o invocación involuntaria. Pero ninguno de los Amos lo observó. Tenían sus rostros fijos en Descuartizador.

Troy casi gritó de júbilo cuando el Gigante-Delirante detuvo su ejército al pie de la colina. El alto corrió entre sus hordas como una conmoción, como si la fuerza que les dirigía hubiera chocado con una pared. Los lobos olieron la presa y lanzaron aullidos de frustración al verse detenidos. Los ur-viles gritaron furiosamente. Las contrahechas figuras humanas gruñeron y los Entes de la Caverna expresaron su avidez a brincos. Pero Descuartizador los dominaba a todos. Se desplegaron hasta formar un arco que cubría todo el lado oriental de la vertiente, y esperaron.

Cuando estuvo satisfecho de la posición de su ejército, el Delirante dio unos pasos ladera arriba, se colocó los puños en las caderas y gritó sardónicamente:

—¡Amos! ¡Guerreros! ¡Sé que me oís! ¡Escuchad mis palabras! ¡Rendíos! No podéis escapar..., estáis atrapados entre el Desierto y la Espesura. Puedo haceros desaparecer de la Tierra con sólo una décima parte de mi fuerza. ¡Rendíos! Si os unís a mí, puede que sea clemente.

Al oír la palabra «clemente» un griterío de protesta y codicia se alzó de su ejército. Esperó a que cesara el estruendo antes de proseguir.

—¡Si no lo hacéis, os destruiré! Quemaré y arrasaré vuestros hogares. Haré de Madera Deleitosa un osario y usaré Piedra Deleitosa como un campo de carroña. Arrasaré el Reino hasta acabar con el mismo Tiempo. ¡Oídmme y desesperad! ¡Rendíos o morid!

Al oír esto un impulso irresistible se apoderó del Signo General. La frustración y la ira bullían en su interior. Sin previo aviso, saltó hacia la muralla. Apoyó con firmeza los pies y alzó los puños en un gesto de desafío.

—¡Descuartizador! —exclamó—. ¡Canalla! ¡Soy el Signo General Hile Troy! ¡Soy quien manda aquí! ¡Te escupo a la cara, Delirante! ¡No eres más que un esclavo! ¡Y tu dueño no es más que un esclavo! Es un esclavo de su apetito, y roe su inutilidad como un viejo hueso. ¡Vete! ¡Abandona el Reino! Somos gentes libres. La desesperación carece de poder sobre nosotros. ¡Pero te enseñaré a desesperar si te atreves a luchar contra mí!

Descuartizador dio una orden y vibraron las cuerdas de una docena de arcos. Los dardos pasaron por encima de la cabeza de Troy mientras Ruel se lanzaba contra él derribándole de la muralla. Troy se tambaleó, pero Ruel le sostuvo. Cuando el Signo General recuperó el equilibrio, Mhoram le preguntó:

—Has corrido un grave riesgo. ¿Qué has ganado con ello?

—Le he puesto furioso —replicó Troy, inseguro—. Es preciso hacer esto bien y voy a hacerlo. Cuanto más furioso esté, mejor para nosotros.

—¿Tan seguro estás de lo que hará?

—Sí. —Troy sintió una extraña confianza, una convicción de que no se demostraría que estaba equivocado hasta el fin—. Ese Gigante ya lo está haciendo... Se ha detenido. Si se enfurece lo bastante, nos atacará él mismo. Su ejército permanecerá detenido. Eso es lo que queremos.

—Entonces creo que has tenido éxito —terció el Amo Callindrill en voz queda.

Miraba por encima de la muralla mientras hablaba. Mhoram y Troy se pusieron a su lado y vieron qué quería decir.

Descuartizador se había retirado hasta que quedó un espacio llano de terreno entre él mismo y la colina. A su alrededor, el ejército iba de un lado para otro. Varios millares de ur-viles se movían para formar cuñas con sus maestros de la ciencia colocados a ambos lados del espacio. Allí esperaron mientras el Gigante-Delirante señalaba un amplio círculo en el polvo usando la punta de una de sus estacas. Entonces Descuartizador ordenó que todos, excepto los ur-viles, se alejaran del círculo.

Cuando el espacio quedó expedito, los maestros de la ciencia dieron comienzo a su tarea.

Cantando al unísono pero de una manera arrítmica, como un coro de perros hipnotizados, los ur-viles dirigieron sus poderosas estacas hacia las manos de sus maestros de la ciencia. Éstos, a su vez, colocaron las puntas de sus estacas en el borde del círculo que había trazado Descuartizador, y empezaron a balancear las estacas lentamente adelante y atrás.

Un zumbido bajo fue haciéndose audible. Los ur-viles cantaban en su propia lengua, y su canción hacía vibrar el suelo duro y llano. Lentamente el zumbido fue aumentando de tono, como si un enjambre de enormes abejas enloquecidas estuvieran aprisionadas en el polvo. Y la tierra en el interior del círculo empezó a mostrar una

pulsación visible. Un cambio como un aumento de calor se produjo en la roca y el suelo. Calientes y rojos fulgores erraban en el círculo, cuya superficie hervía. El zumbido se hizo más intenso y agudo.

El proceso era lento, pero su horrible fascinación hacía que a los espectadores les pareciera rápido. Cuando la luz del día empezó a desvanecerse en el cielo, el zumbido la sustituyó como un grito de dolor del mismo suelo. El círculo del Delirante latía y hervía como si la tierra que contenía fuese mineral fundido.

Aquel sonido atormentaba a Troy, perforaba sus oídos, corría sobre su piel como una legión de piojos. El sudor perlaba su frente. Por unos momentos temió que se vería obligado a gritar. Pero al fin el grito quedó más allá del alcance de sus sentidos. Pudo volverse y descansar brevemente. Cuando miró de nuevo el círculo, descubrió que los ur-viles se habían retirado de él. Descuartizador estaba allí solo. Su rostro tenía una expresión demoníaca mientras contemplaba el suelo caliente, rojo, hirviente.

Sostenía en sus manos a uno de los maestros de la ciencia, el cual farfullaba temeroso, aferrado a su estaca, pero no podía desasirse.

Riendo, Descuartizador alzó al maestro de la ciencia por encima de su cabeza y lo arrojó al círculo. Cuando tocó el suelo, sus gritos quedaron ahogados en súbitas llamaradas. Sólo quedó su estaca, fundiéndose lentamente en la superficie.

A la puerta del sol, Descuartizador utilizó su fragmento de la Piedra para remodelar el hierro fundido, forjando con él un objeto nuevo.

En voz baja, como si temiera que el Gigante-Delirante pudiera oírle, Troy preguntó a los Amos:

—¿Para qué es eso? ¿Qué está haciendo?

—Hace una herramienta —susurró Mhoram—, algún medio para aumentar su poder o concentrarlo.

Troy sintió una macabra satisfacción al constatar que su estrategia estaba justificada, al menos en la medida en que el cuerpo principal del Ala de Guerra se libraría de aquel ataque. Pero sabía que tal justificación era insuficiente. Su juego final se agazapaba como un peso muerto en su estómago. Estaba seguro de que perdería el mando del Ala de Guerra en cuanto su proyecto fuera revelado, pues aterraría tanto a los guerreros que se negarían a obedecer. Después de todas sus promesas de victoria, se sentía como un falso profeta. No obstante, su plan era la única esperanza del Ala de Guerra, la única esperanza del Reino.

Rogó que el Amo Mhoram estuviera a la altura de las circunstancias.

El sol se puso, su visión disminuyó y se vio obligado a confiar en Mhoram para informar de los avances del Delirante. En la oscuridad se sintió atrapado, desposeído del mando. No podía ver más que el brillo apagado y amorfo de la tierra líquida. En ocasiones distinguía destellos de un verde cárdeno entre el rojo, pero no significaban

nada para él. Su único consuelo radicaba en el hecho de que los preparativos de Descuartizador consumían tiempo.

Junto a él, a lo largo de la muralla, la Eoala del Primer Puño Amorine vigilaba los movimientos de Descuartizador. Nadie dormía. La amenaza de ataque de Descuartizador les tenía a todos paralizados. La luz de la luna no disminuía la oscuridad. Pero el trabajo de forja del Delirante poseía el brillo suficiente para hacer palidecer las estrellas.

Durante la larga espera, Descuartizador nunca abandonó el círculo de fuego líquido. Después de medianoche, sacó su nuevo cetro y lo enfrió haciéndolo oscilar por encima de su cabeza, lo cual, ocasionó una lluvia de chispas. Entonces colocó su fragmento de la Piedra en un extremo. Pero una vez hecho esto, el Gigante continuó al lado del círculo. Al aproximarse el alba, gesticuló y cantó sobre la piedra fundida, urdiendo encantamientos con su poder hirviente. El fuego iluminaba los movimientos del Gigante, y la piedra emitía a intervalos destellos verdes que permitían tener un atisbo de la maldad que anidaba en aquel ser.

Pero todo esto le era indiferente a Troy, pues seguía aferrado a su esperanza. En la oscuridad, sus cálculos eran la única realidad que le quedaba, y los recitó como contragolpes en la noche. Cuando la primera luz del alba apareció en el este, sintió una especie de alivio.

Llamó en voz baja a Amorine, que estaba a su lado.

—Dime, Signo General.

—Escucha, Amorine. Ese monstruo ha cometido un error... Ha desperdiciado demasiado tiempo, y ahora se lo vamos a hacer pagar. Haz que salgan los guerreros de aquí. Envíalos tras el Ala de Guerra. Suceda lo que suceda, el Gigante no capturará a tantos de nosotros como se figura. Que se quede sólo un guerrero por cada buen caballo que tenemos.

La idea hizo sonreír a Troy. Podía imaginar el furor de Descuartizador si el Gigante atacaba y encontraba Doriendor Corishev vacío. Pero Troy sabía que aún no había ganado suficiente tiempo.

—Quiero arrancarle otro medio día. Con los Guardianes de Sangre y un par de centenares de guerreros, podremos hacerlo. Ahora ponte en marcha.

—Sí, Signo General.

Amorine partió al instante y Troy pronto pudo oír la retirada de la mayor parte de los guerreros. Se aferró de nuevo a la muralla y dirigió el rostro hacia el lugar por donde saldría el sol, esperando recobrar la vista.

Poco después, reparó en que la brisa seca procedente del sur aumentaba.

Entonces la neblina desapareció de su mente. Primero pudo ver la ruinosa muralla, luego la ladera de la colina y, finalmente, vio el ejército enemigo que estaba a la espera. No se había movido en toda la noche, y no necesitaba hacerlo.

Descuartizador seguía junto a su círculo. El fuego del suelo se había extinguido, pero antes de que se apagara del todo, el Gigante lo había utilizado para envolverse en un ardiente y traslúcido capullo de energía. Estaba erecto como un icono dentro de aquella envoltura energética. Sostenía con rigidez el cetro por encima de su cabeza. No se movía ni emitía sonido alguno. Pero cuando le iluminó la luz del sol, el viento pareció encabritarse de súbito, como una violenta exhalación de las fauces del Desierto, y sus ráfagas se intensificaron como el frente de un siroco.

Entonces el grito apagado de uno de los guerreros desvió la atención de Troy. Volvió la cabeza y miró en la dirección de donde procedía el viento. Desde el sudeste, donde la Cordillera Meridional se reunía con el Desierto Gris, avanzaba un tornado hacia Doriendor Corishev. Su tromba ondulante cruzaba en línea recta los Yermos. Producía semejante impresión de potencia, que pasaron unos instantes antes de que Troy se diera cuenta de que no era la clase de remolino que él creía. No acarreaba lluvia o nubes; era tan seco como el desierto. Tampoco llevaba polvo o arena; era tan limpio como el aire puro. No debería haber sido visible, pero su pura potencia le hacía ostensible a la visión especial de Troy, el cual podía experimentar la proximidad de aquel fenómeno. Era tan vívido para él que al principio no pudo comprender el hecho de que el tornado no se movía con el viento.

El viento soplaba directamente del sur, levantando nubes de polvo en su avance. Y el tornado lo cortaba en diagonal, ignorando el viento para seguir su inexorable rumbo hacia Doriendor Corishev.

Troy lo contempló fijamente. Tenía la boca llena de polvo, pero no lo supo hasta que intentó gritar algo. Entonces, con tos convulsa, desvió la mirada. En seguida lo envolvió el siroco. Cuando dejó de mirar el tornado, la fuerza del viento le hizo tambalearse. Ruel lo cogió. Entonces giró alrededor del Guardián de Sangre y se lanzó hacia Mhoram.

Cuando llegó al lado del Amo, le gritó:

—¿Qué es esto?

—¡Que el Creador nos guarde! —replicó Mhoram. El aullido del viento ahogaba su voz y Troy apenas podía oírlo—. Es una vorágine de perturbación.

Troy intentó hacer llegar sus palabras al Amo por encima del estruendo que producía el viento.

—¿Qué efecto tendrá?

—¡Nos aterrará! —le gritó el Amo al rostro.

Un instante después, cogió a Troy del brazo y señaló hacia arriba, hacia la parte superior del tornado. Volaban allí una veintena de oscuras criaturas, cabalgando en lo más alto de la vorágine.

El tornado ya había recorrido más de la mitad de la distancia hasta Doriendor Corishev, y Troy pudo ver perfectamente a las criaturas. Eran aves tan grandes como

kresh. Tenían enjutos rostros satánicos, como murciélagos, anchas alas de águila y grandes garras con púas. Mientras volaban se llamaban entre sí, mostrando hileras dobles de dientes ganchudos. Batían con fiereza sus alas.

Eran las criaturas de aspecto más temible que Troy había visto jamás. Mientras las contemplaba, trató de pensar en su contraataque..., juzgar su velocidad, calcular el tiempo que quedaba hasta su llegada, planear la defensa. Pero aquellas criaturas le impedían concentrar su mente. No podía comprender cómo era posible su existencia.

Hizo un esfuerzo para moverse y recobrar su equilibrio lo suficiente para decirse que ya podía notar muy cerca la vorágine de perturbación. Pero estaba paralizado. Oía voces que gritaban a su alrededor. Tenía la vaga impresión de que las hordas de Descuartizador saludaban a la vorágine con júbilo... ¿o quizá también estaban temerosos? No podía decirlo.

Entonces Ruel lo cogió por un brazo, apartándolo de la muralla, y le gritó al oído: —¡Ven, Signo General! ¡Hemos de aprestarnos a la defensa!

Troy no podía recordar haber oído antes gritar a un Guardián de Sangre. Pero ni siquiera ahora había en la voz de Ruel ningún atisbo de pánico. Troy percibió algo terrible en semejante inmunidad. Intentó mirar a su alrededor, pero el viento que soplaba entre las ruinas acarreaba tanto polvo que era imposible distinguir los detalles. Ambos Amos se habían ido. Los guerreros corrían en todas direcciones, balanceándose en el viento. Los Guardianes de Sangre aparecían y desaparecían en el campo de visión, como espectros.

—¡Tenemos que salvar a los caballos! —gritó de nuevo Ruel—. ¡Enloquecerán de pánico!

Por un instante, Troy deseó que el Ama Superior Elena estuviera con él, a fin de poder decirle que aquello no era culpa suya. Luego, abruptamente, se dio cuenta de que había cometido otro error. Si lo mataban, nadie sabría cómo salvar el Ala de Guerra. Su plan final moriría con él, y todos los hombres y mujeres de su ejército perecerían.

Aquella súbita evidencia pareció ponerlo contra la pared. Se arrodilló, flagelado por el viento y el polvo.

—¡Signo General! —gritó Ruel—. ¡La Corrupción ataca!

Al oír la palabra *Corrupción*, Troy se volvió totalmente lúcido. Un intenso pavor asaltó su mente. En seguida se dio cuenta de que el Guardián de Sangre trataba de anularlo. La impenetrable fidelidad de Ruel era un ataque premeditado para arrebatarse el mando. Troy se tambaleó al comprenderlo así, pero reaccionó con lucidez y astucia. Lanzó una última mirada a su alrededor y vio dos o tres figuras que se movían con dificultad entre el polvo arremolinado. Ruel avanzaba para capturarlo. En lo alto, los sombríos pájaros se lanzaban hacia las ruinas. Troy cogió una piedra y se incorporó. Cuando Ruel le tocó, hizo un gesto súbito detrás del Guardián de

Sangre. Ruel se volvió para mirar. Troy le golpeó en la nuca con la piedra.

Entonces el Signo General echó a correr. No podía avanzar contra el viento, por lo que caminó en sentido lateral. Los muros de los edificios se alzaban a intervalos entre el polvo. Troy se dirigió hacia una puerta. De improviso tropezó con el Primer Puño Amorine.

La mujer lo cogió de los brazos y le gritó al rostro, al parecer aterrada. Pero también ella era fiel y representaba una amenaza para Troy, el cual la empujó con un hombro, derribándola al suelo. De inmediato se internó en el laberinto de la ciudad en ruinas.

Cayó varias veces, cuando el viento soplaba inesperadamente a través de brechas en las murallas. Pero Troy se obligó a continuar. La claridad de su terror era completa. Sabía lo que tenía que hacer.

Tras una rápida búsqueda en aquel caos, al fin encontró lo que necesitaba, y se precipitó al centro de un gran espacio abierto, los restos de una de las salas de reunión de Corishev. En aquel espacio descubierta la fuerza del viento era irresistible. Troy la recibió sintiéndose paradójicamente alegre y aterrado; el propio terror le producía placer. Permaneció de pie como un exaltado fanático en el espacio abierto, y alzó la vista para ver cuánto tiempo tendría que esperar.

Cuando miró atrás, el corazón le dio un vuelco. Uno de los enormes pájaros se deslizaba sin esfuerzo hacia él, como si tuviera un dominio absoluto del viento. Troy lo vio acercarse con claridad, la facilidad con que se movía le fascinó, y se preparó para saltar a sus mandíbulas.

Pero cuando el monstruo estuvo más cerca, Troy vio que transportaba el cuerpo contraído de Ruel en sus poderosos espolones. Podía ver las facciones inescrutables de Ruel. Parecía como si el Guardián de Sangre hubiera sido traicionado.

Troy sintió una convulsión. Cuando el pájaro se lanzó en picado contra él, recordó quién era. La fuerza del terror galvanizó sus músculos. Desenvainó su espada y golpeó.

El golpe partió el cráneo del pájaro, que le arrolló con su peso. Un líquido verde brotó de aquella criatura y se derramó sobre su cabeza y sus hombros. Era una especie de sangre ardiente que le quemaba como un corrosivo, y tenía un olor tan intenso a esencia de rosas que le asfixiaba. Con un grito ahogado, se llevó las manos a la frente, tratando de librarse de aquel dolor. Pero el ácido hirviente quemó la cinta de su cabeza y la piel del cráneo, atravesó el hueso y llegó hasta el cerebro. Troy perdió el conocimiento.

Al despertar, el silencio y la oscuridad de la noche le rodeaban.

Tras un largo lapso de tiempo como un chillido interminable, alzó la cabeza. El viento había amontonado polvo sobre su cuerpo, y se agitó al moverse, llenándole la garganta, la boca y los pulmones. Pero resistió el impulso de toser y aguzó el oído.

A su alrededor, Doriendor Corishev era un montón de piedras silencioso. El viento y la perturbación habían desaparecido, y sólo el polvo y la muerte indicaban su paso. Un ominoso silencio se cernía sobre las ruinas.

Entonces no pudo evitar la tos. Jadeante y presa de náuseas, se puso de rodillas. Su propia tos le pareció una explosión. Intentó controlar su violencia, pero no pudo hacer nada hasta que pasó el espasmo. Entonces se dio cuenta de que todavía aferraba su espada. Instintivamente, apretó más la mano alrededor de la empuñadura. Maldijo su ceguera nocturna, y a continuación se dijo que la oscuridad era su única esperanza. Sentía un dolor palpitante en el rostro, pero lo ignoró, y permaneció inmóvil mientras cavilaba.

Razonó que, tras el tiempo transcurrido desde el paso de la vorágine, todos sus aliados o estaban muertos o se habían ido. Si la vorágine y las aves no los habían matado, habían sido desalojados de las ruinas por el ejército de Descuartizador. Así pues, no podían ayudarle. Ignoraba qué grueso del ejército se había quedado atrás, en el lugar maestro.

Por otra parte, no podía ver. Era vulnerable hasta que saliera el sol. Solamente la oscuridad lo protegía. No podía defenderse.

Su primera reacción fue la de permanecer donde se hallaba y rezar para que no lo descubrieran. Pero reconoció la inutilidad de aquel plan. Como mucho, sólo serviría para posponer su muerte. Cuando llegara el alba, seguiría estando solo contra un número desconocido de enemigos. No, su única posibilidad era abandonar sigilosamente la ciudad, en aquel mismo momento, y perderse en los Yermos. Allí podría encontrar una hondonada o un agujero donde esconderse.

Aquella huida era posible, aunque difícil, porque Troy tenía una ventaja. Ninguna de las criaturas de Descuartizador, excepto los ur-viles podía moverse a través de las ruinas por la noche tan bien como él. Y el Delirante no habría dejado ur-viles detrás, pues eran demasiado valiosos. Si Troy podía recordar sus antiguas habilidades —su sentido de la orientación ambiental, su memoria para el terreno— podría cruzar la ciudad. Tendría que confiar en su oído para detectar la presencia de enemigos.

Empezó por envainar silenciosamente su espada. Luego inició a tientas su camino sobre la arena caliente. Tenía que comprobar dónde se encontraba, y sólo conocía una manera de hacerlo.

Cerca de donde estaba sus manos encontraron un trecho de terreno que parecía quemado. El polvo pegado a sus dedos olía a esencia de rosas. En aquel lugar localizó el cuerpo contorsionado de Ruel. Su sentido del tacto le indicó que Ruel había sufrido tremendas quemaduras. La sombría ave debía haberse incendiado al morir, quemándose y dejando detrás el cuerpo del Guardián de Sangre.

Troy sintió náuseas en aquel lugar, y retrocedió. Sudaba copiosamente, y el sudor hacía que le escocieran las quemaduras. La noche era cálida, y la puesta del sol no

había aportado alivio alguno a las ruinas. Troy cruzó los brazos sobre el vientre y se puso en pie.

Inseguro en aquel espacio abierto, trató de alejar de su mente las imágenes de Ruel y el pájaro. Tenía que recordar el modo de superar su ceguera y orientarse entre las ruinas. Pero no podía determinar por dónde había llegado a aquel lugar. Tendió los brazos, buscando a tientas una pared. Se movía torpemente, sus pies no se fiaban del terreno y el sentido del equilibrio le había abandonado por completo. Le ardía el rostro y el sudor se acumulaba en las cuencas vacías de sus ojos. Pero hizo un esfuerzo de concentración y midió la distancia.

Al cabo de veinte metros llegó a una pared. Tocó una esquina y en seguida se pegó a la superficie y avanzó a lo largo de ella. Necesitaba una abertura que le permitiera tocar ambos lados de la pared. Cualquier diferencia de temperatura entre los lados le indicaría su dirección.

Veinte metros más allá llegó a otra esquina, y siguió a lo largo de la nueva pared. Se mantenía paralelo a ésta rozando la piedra con los dedos. Poco después, tropezó con unos cascotes y encontró una entrada.

Allí la pared era gruesa, pero pudo tocar sus lados sin extender los brazos. Ambos lados estaban calientes, pero le pareció discernir una temperatura ligeramente superior en el lado que daba al espacio abierto. Razonó que aquella dirección era el oeste, pues el sol de la tarde habría calentado el lado occidental de una pared.

Ahora tenía que decidir qué camino tomaría.

Si se dirigía al este, era menos probable que encontrara enemigos. Como hasta entonces no le habían descubierto, podrían estar ya lejos de él, y se trasladarían del este al oeste, en pos del Ala de Guerra. Pero si todavía había alguna posibilidad de ayuda por parte de sus amigos o de Mehryl, sería por el lado occidental.

El dilema parecía sin solución. Meneó la cabeza y emitió un débil gemido. Pero en seguida guardó silencio y decidió dirigirse al oeste, hacia Mehryl. Aquel riesgo adicional era preferible a una huida segura al este..., una huida que podría dejarlo solo en los Yermos Meridionales, sin alimentos, ni agua ni cabalgadura.

Se apoyó unos momentos en la pared, que despedía un calor poco natural, y respirando hondo para serenarse. Luego se irguió, se concentró cuanto pudo en su sentido de la orientación y empezó a caminar en línea recta para salir de las ruinas.

Su avance fue lento. La incertidumbre de sus pasos le hizo titubear repetidamente, alejándose de la verdadera dirección hacia el oeste. Pero corrigió las variaciones lo mejor que pudo y siguió adelante. Sin el apoyo de una pared, su equilibrio era peor a cada paso. Antes de que hubiera recorrido treinta metros, el suelo comenzó a dar vueltas a su alrededor, y tuvo que ponerse de rodillas y hacer un esfuerzo para no sollozar.

Cuando volvió a ponerse en pie, oyó una risa queda..., primero una sola voz y

luego varias. El sonido de aquella risa era cruel, como si se dirigiera a él. Resonaba levemente en las paredes, de modo que no podía localizarla, pero parecía proceder de algún lugar más adelante.

Troy se quedó inmóvil donde estaba. Impotente, rogó que la oscuridad lo ocultara. Pero una voz acabó con aquella esperanza.

—Mira, hermano —dijo la voz—. Un hombre... solo.

Las palabras eran torpes, como pronunciadas por una boca llena de baba, pero Troy pudo entenderlas y también pudo discernir la maldad del coro de risas que replicó. Se oyeron otras voces.

—Un hombre, sí. ¡A por él, Matador!

—Mira qué ropas tan bonitas. Es un enemigo.

—¡Ja, ja! Mira otra vez, estúpido. Eso no es un hombre.

—No tiene ojos.

—¿Es un ur-vil?

—No... Diría que es un hombre. ¡Un hombre sin ojos! Aquí tenemos algo con lo que entretenernos, hermanos.

Todas las voces rieron de nuevo.

Troy no se detuvo a preguntarse cómo podían verle los que hablaban. Se volvió y echó a correr por el mismo camino por donde había llegado.

Lo persiguieron al instante. Podía oír el ruido de los pies descalzos sobre las piedras y la respiración acelerada. En seguida le dieron alcance. Alguien giró a su lado y le hizo la zancadilla. Cuando cayó, los que corrían le rodearon.

—Tratadle con suavidad, hermanos. No lo matéis en seguida. Nos divertirá a todos.

—No lo matéis.

—¿Que no lo matemos? Quiero matarlo. Matarlo y comérmelo.

—El Gigante lo querrá.

—Después de la diversión.

—¿Por qué hemos de decírselo al Gigante, hermanos? Es codicioso.

—Sí, nos quita nuestra carne.

—Quedémonos con éste.

—Que Matador se lleve al Gigante.

—Sus preciosos ur-viles. Cuando hay peligro, los hombres deben ir primero.

—¡Sí! Hermanos, nos comeremos esta carne.

Troy se puso en pie. Entre la algarabía de voces distinguió las palabras «ir primero» y casi cayó de nuevo. ¡Aquellas criaturas podrían ser las primeras fuerzas del ejército de Descuartizador que habían entrado en el lugar maestro! Pero rechazó las implicaciones de aquel pensamiento y desenvainó su espada.

—¿Una espada? ¡Ja, ja!

—Mirad, hermanos. El hombre sin ojos quiere jugar.

—¡Juega!

Troy oyó el trallazo de un látigo, y luego sintió que una cuerda rodeaba su muñeca, tiraba de él y lo levantaba del suelo. Unas manos fuertes le quitaron la espada. Alguien le dio una patada en el pecho y le derribó hacia atrás, pero el peto metálico que llevaba lo protegió.

—¡Matador! —gritó una de las voces—. ¡Mi pie!

—¡Estúpido! —respondió otro. Se oyeron risas.

—¡Mátalo!

Un arma metálica golpeó contra su peto y cayó al suelo. Troy tanteó en el polvo, buscándola, pero le empujaron. Retrocedió y se incorporó de nuevo.

Oyó el silbido del látigo, cuya cuerda le alcanzó los tobillos. Pero en esta ocasión no cayó.

—No lo matemos aún. ¿Dónde está la diversión?

—Hagámosle jugar.

—Juega para nosotros, hombre sin ojos.

El látigo se cerró alrededor de su cuello. El golpe le hizo tambalearse. Continuó el desconcertante fuego cruzado de voces.

—¡Juega, así te lleve Matador!

—¡Diviértenos!

—¿Diversión para qué? Quiero carne, carne humedecida en sangre.

—El Gigante nos alimenta con arena.

—¡Juega, te digo! ¿Eres ciego, hombre sin ojos? ¿Te deslumbra el sol?

Fuertes risotadas celebraron la broma. Pero Troy siguió inmóvil, consternado. ¿El sol?, pensó sobriamente. Entonces había elegido la dirección errónea, hacia el este en lugar del oeste, y había ido en línea recta hacia aquellas criaturas. Sintió deseos de chillar, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Podía sentir que la luz de su vida se apagaba. Le temblaron las manos mientras trataba de ajustarse las gafas oscuras, con gesto mecánico.

—Dios mío —musitó.

Aturdido, como si no supiera qué hacía, se llevó los dedos a los labios y emitió un agudo silbido. El látigo le rodeó la cintura, lanzándolo de nuevo al suelo.

—¡Juega! —gritaron todas las voces al unísono.

Pero cuando volvió a levantarse, tambaleante, oyó el ruido de cascos. Y un instante después, los relinchos de Mehryl se impusieron a la algarabía. Aquel sonido conmovió a Troy, como si fuera un sonar de trompetas. Alzó la cabeza y aguzó el oído, tratando de localizar al Ranyhyn.

Las voces se transformaron en famélicos gritos.

—¡Ranyhyn!

—¡Matadlo!

—¡Carne!

Unas manos sujetaron a Troy. Éste luchó con un puño que sostenía un cuchillo. Pero el ruido de los cascos se aproximó. Un impacto arrojó lejos al asaltante de Troy, el cual se volvió e intentó subir a lomos de Mehryl. Pero no hizo más que ponerse en el camino del Ranyhyn, cuyo lomo le golpeó, derribándolo.

Entonces oyó el ruido de los pies desnudos que saltaban al ataque. El látigo restalló y los cuchillos cortaron el aire. Obligaron a Mehryl a apartarse de él. Los cascos del Ranyhyn resbalaron mientras retrocedía. Lanzando gritos de triunfo, las criaturas persiguieron al caballo. Los sonidos de cascos se desvanecieron.

Troy se puso en pie. El corazón le latía con fuerza y sentía dolorosas pulsaciones en el rostro. Los ruidos de la persecución parecían indicar que le habían dejado solo, pero no se movió. Concentrando toda su atención, aguzó el oído para escuchar por encima de las dolorosas pulsaciones. Durante largo rato, el espacio abierto que le rodeaba pareció vacío, silencioso. Troy movió los brazos, sin tocar nada. Pero luego oyó el sonido de una respiración profunda.

Troy temblaba violentamente. Deseaba volverse y echar a correr, pero se obligó a permanecer donde estaba. Se concentró y puso toda su atención en aquel sonido. A lo lejos, las demás criaturas habían perdido a Mehryl. Regresaban; podía oírlas.

—Voy a matarte —susurró la voz más cercana—. Me has herido un pie. ¡Qué Matador se los lleve! Eres mi carne.

Pudo notar la proximidad de la criatura. En la oscuridad que lo envolvía, era como una leve presión sobre su rostro. Su ácido aliento se hizo más intenso. A cada paso que daba, Troy percibía más su olor.

La tensión era insoportable, pero Troy siguió inmóvil, esperando. Transcurrieron unos momentos interminables. De súbito, notó que la criatura se disponía a atacar.

Troy sacó de su cinto el cordón de la Fustigadora Rue, lo enlazó al cuello de su atacante y tiró de él en el mismo momento en que la criatura golpeaba, tiró con todas sus fuerzas. El salto de la criatura le hizo caer, pero se aferró al cordón y siguió tirando. La criatura cayó encima de él. Troy maniobró, siempre tirando del cordón, y se puso sobre la criatura. Ahora podía notar la flaccidez de aquel cuerpo, pero no soltó su presa. Tirando del cordón, golpeó la cabeza de aquel ser repetidamente contra la piedra.

El esfuerzo le hizo jadear con violencia. Podía oír débilmente a las otras criaturas que se aproximaban. No soltó su presa.

Entonces se oyó un estallido de energía en el aire. Surgieron llamas alrededor de Troy. Oyó gritos y choque de espadas. Vibraron las cuerdas de los arcos. Las criaturas chillaban, corrían, caían al suelo.

Un instante después, unas manos levantaron a Troy y le quitaron el cordón de sus

dedos rígidos.

—¡Signo General! —exclamó el Primer Signo Amorine—. ¡Oh, Signo General, alaba al Creador, pues estás a salvo!

Amorine había dado rienda suelta a las lágrimas. Alguien se movía alrededor de Troy, y entonces oyó al Amo Mhoram.

—Amigo mío —le dijo en voz queda—. Nos has adelantado en una estupenda cacería. Sin la ayuda de Mehryl, no te habríamos encontrado a tiempo.

La voz sonaba despersonalizada en la oscuridad. Al principio, Troy no pudo hablar. El corazón le latía con violencia. Tan intenso era su jadeo que apenas podía sostenerse en pie. Parecía como si intentara sollozar.

—¿Qué te ha ocurrido, Signo General? —le preguntó Amorine.

—El sol —replicó Troy con voz entrecortada—. ¿Está... brillando... el sol?

—¡Ah, Signo General! ¿Qué te han hecho?

—¡El sol! —repitió él, desesperadamente, pisoteando el suelo en un gesto inútil.

—El sol está en el cielo —respondió Mhoram—. Hemos sobrevivido a la vorágine y sus criaturas, pero ahora el ejército de Descuartizador entra en Doriendor Corishev. Debemos partir en seguida.

—Mhoram —dijo Troy con voz ronca—. Mhoram.

Cayó hacia adelante, en brazos del Amo. Éste le sostuvo mientras duraba la crisis, hasta que el dolor remitió un poco y pudo respirar con más sosiego. Entonces le dijo:

—Veo que mataste a uno de los pájaros del Despreciativo. Has hecho bien, amigo mío. El Amo Callindrill y yo seguimos con vida. Han sobrevivido unos setenta Guardianes de Sangre. El Primer Puño Amorine dispone de un grupo de sus guerreros. Tras el paso de la vorágine, todos los Ranyhyn regresaron. Salvaron a muchos caballos. Amigo mío, hemos de irnos.

La serenidad de Mhoram influyó en Troy, y empezó a recobrar el control de sí mismo. No quería ser una carga para los Amos. Lentamente, se incorporó y permaneció en pie sin ayuda. Cubriéndose la frente quemada con las manos, como si tratara de ocultar su falta de ojos, dijo:

—He de deciros el resto de mi plan.

—¿No puede esperar? Hemos de partir en seguida.

—Mhoram —gimió Troy—. No puedo ver.

LA ESPESURA ACOGOTANTE



os días después —pasado el mediodía del día anterior al oscurecimiento de la luna— el Amo Mhoram condujo el Ala de Guerra al Espinar de los Cobardes, el extremo más meridional de la Espesura Acogotante. Bajo el calor de aquella hora, el ejército había rodeado las estribaciones de las colinas con paso vacilante, y había marchado hacia el norte hasta detenerse en los lindes de la fatal Espesura. Los guerreros se encontraban en un amplio llano, cubierto de hierba, el primer verde saludable que habían visto desde que abandonaron las Llanuras Meridionales. Delante estaba el Bosque. Al este y al oeste, más o menos a media legua de distancia a cada lado, se alzaban imponentes picos montañosos, que eran como las mandíbulas de la Espesura. Y detrás estaba el ejército de *moksha* Descuartizador.

El Gigante-Delirante dirigía sus fuerzas sin ningún miramiento. A pesar de su retraso en Doriendor Corishev, no estaba ahora a más de dos leguas de distancia.

Aquella constatación acrecentó los temores del Amo Mhoram. Tenía muy poco tiempo para intentar poner en acción el plan del Signo General Troy. Desde aquella posición, no había posibilidad de huida ni esperanza alguna, excepto la que Troy había imaginado. Si Mhoram no tenía éxito... y muy pronto... el Ala de Guerra sería aplastada entre el ejército enemigo y la Espesura Acogotante.

De todas formas, dudaba de la posibilidad de éxito, al margen del tiempo de que disponía. Podía fracasar, tanto si disponía de un año como de veinte, pues la empresa era demasiado difícil. Ni siquiera la vorágine de perturbación le había hecho sentirse tan impotente. Pero se estremeció al recordar la vorágine. Troy había salvado prácticamente a toda el Ala de Guerra, pero aun así los hombres y mujeres que habían permanecido en el lugar maestro habían pagado duramente por su supervivencia. El ataque de Descuartizador había tenido un terrible efecto en el Amo Callindrill, a quien la tensión del combate contra la maldad había humillado de alguna manera, haciéndole sentir una profunda desconfianza de sí mismo. No fue capaz de resistir el miedo. Ahora el dolor nublaba sus ojos claros. Cuando fundió sus pensamientos con los del Amo Mhoram, compartió conocimiento y preocupación, pero no fuerza. Ya no creía en su fuerza.

A su manera, el Primer Puño Amorine sufría algo parecido. Durante el ataque del Delirante, había mantenido unidos los restos de su autoridad con la simple fuerza de su valor. Había luchado para evitar que el terror inmovilizara a los guerreros. Cada

vez que uno de ellos caía bajo la potencia de la vorágine, o moría en los espolones de los pájaros, Amorine infundía ánimos a los supervivientes para que no se dejaran vencer por el desánimo. Y después, cuando pasó el siroco, inició la frenética búsqueda del Signo General Troy. Las perversas criaturas con forma humana que se precipitaban entre las ruinas —algunas con garras en lugar de dedos, otras con los rostros agrietados y los miembros cubiertos de ventosas, y otras aun con dedos y ojos adicionales, todas ellas contrahechas de alguna manera por la fuerza de la Piedra— controlaban cada vez mayor parte de la ciudad. Pero Amorine se abrió paso entre ellas como si fueran meras sombras espectrales que pretendieran asustarla mientras buscaba. Suya fue la idea de seguir a Mehryl.

No obstante la ceguera del Signo General fue demasiado para Amorine. La causa estaba clara. La sangre corrosiva del pájaro muerto había quemado el rostro de Troy, haciéndole perder el don de la vista que había recibido en el Reino. Ninguno de los Amos tenía marga antileSIONES, *rillinlure*, ni otro método curativo con el que contrarrestar la lesión. Cuando comprendió la difícil situación en que se encontraba Troy, pareció perder su aplomo, su voluntad independiente. Hasta reunirse con el Ala de Guerra, siguió las órdenes e instrucciones que le daba el Amo Mhoram como una sonámbula, una marioneta de la que se había evaporado toda autoridad. Y cuando volvió a ver al Dagomán Quaan, le refirió el plan de Troy. Tan aturdida estaba que lo recitó como un autómatas, sin ningún quiebro en la voz.

El Signo General no había hecho ningún comentario tras describir su estrategia final. Se envolvió en su ceguera y permitió a Mhoram que le montara a lomos de Mehryl. No preguntó por el ejército de Descuartizador, aunque sólo la velocidad de los Ranyhyn los salvó a él y a sus compañeros de quedar atrapados en la ciudad. A pesar del grito de frustración del enemigo, que corría en pos de los jinetes, Troy se comportaba como un inválido que se hubiera puesto de cara a la pared.

También el Amo Mhoram sufría. Tras la batalla del lugar maestro, la fatiga y el temor se habían introducido como dedos tenaces entre las grietas y aberturas de su alma, de manera que no podía alejarlos de sí. No obstante, ayudó lo mejor que pudo al Primer Puño Amorine y al Amo Callindrill. Sabía que sólo el tiempo y la victoria podrían curar sus heridas, pero hizo cuanto estaba al alcance de su mano por consolarles. No pudo hacer nada por suavizar la conmoción que sufrió Quaan cuando Amorine le informó sobre el plan final del Signo General. Mientras hablaba, la preocupación que el Dagomán sentía por ella cedió el paso a un profundo horror por la suerte que aguardaba a los guerreros.

—¡Es una locura! —exclamó enfurecido—. ¡No quedará ni uno solo con vida! ¿A qué has llegado, Troy? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Por los Siete! Troy... ¡Signo General! —Vaciló un instante antes de decir lo que pensaba—. ¿Acaso deliras? Amigo mío —cogió a Troy por los hombros—, ¿cómo puedes decir semejante locura?

Entonces Troy habló por primera vez desde que saliera de Doriendor Corishev.

—Estoy ciego —dijo con voz hueca, como si aquello lo explicara todo—. No puedo evitarlo.

Se desasíó de Quaan y fue a sentarse junto al fuego. Localizó las llamas por su calor y se inclinó hacia ellas como un hombre que estudiara secretos en las brasas.

Quaan se volvió a Mhoram.

—¿Aceptas esta locura, Amo? Significará la muerte para todos nosotros... y la destrucción del Reino.

La protesta de Quaan acongojó al Amo, pero antes de que pudiera encontrar palabras con las que responderle, Troy habló de nuevo.

—No, no la acepta. La verdad es que no cree que soy un Delirante. —El dolor que sentía se reflejaba en la aspereza de su voz—. Cree que el Execrable tiene algo que ver con mi convocatoria..., que de alguna manera influyó en Atiaran para que apareciera yo en lugar de otra persona que podría parecer menos amistosa. —Recalcó la palabra «parecer», como si la misma visión fuera implícitamente indigna de confianza—. El Execrable quería que los Amos confiaran en mí porque sabía la clase de hombre que soy. ¡Dios mío! No importa cuánto le odio. Sabía que soy la clase de hombre que retrocede hasta rincones donde el hecho de ser falible es lo mismo que la traición. Pero olvidas que ya no depende de mí. He cumplido con mi cometido... Os he llevado a una situación en la que no tenéis alternativa. Ahora Mhoram ha de salvaros. La salvación está en su cabeza.

Quaan pareció dividido entre la consternación que le producía el Ala de Guerra y la preocupación por Troy.

—Incluso un Amo puede ser derrotado —replicó ásperamente.

—No estoy hablando de un Amo —dijo Troy—, sino de Mhoram.

Consciente de su debilidad, el Amo Mhoram deseaba negar aquello, rechazar semejante carga.

—Naturalmente que haré cuanto me sea posible, pero si el Amo Execrable te ha elegido para la obra de nuestra destrucción... ah, entonces, amigo mío, no servirá ninguna ayuda. Finalmente, el peso de este plan caerá sobre ti.

Troy siguió con el rostro hacia el fuego, como si reviviera las ácidas quemaduras que le habían cegado.

—No —dijo al fin—. Tú has dedicado toda tu vida al Reino, y vas a dedicarla también ahora.

—El Despreciativo me conoce bien —replicó Mhoram—. Me ridiculiza en mis sueños. —Podía oír ecos de aquella burla despreciativa, pero los ignoró—. No me interpretes mal, Signo General. No es que retroceda ante esta carga. La acepto. En la Atalaya de Kevin prometí... Y tú has concebido este plan debido a aquella promesa. No has hecho nada malo. Pero debo decir lo que siento. Eres el Signo General. Creo

que, finalmente, nuestro destino debe estar en tus manos.

—Estoy ciego. No puedo hacer nada más. Ni siquiera el Execrable puede pedirme más.

El calor del fuego daba a las quemaduras de su rostro un aspecto cárdeno. Tenía las manos fuertemente entrelazadas, con los nudillos blancos. Acongojado, Quaan dirigió a Mhoram una mirada en la que se leía una pregunta: ¿Se había equivocado al confiar en Troy?

—No —respondió Mhoram—. No juzguemos este misterio hasta que se haya consumado. Hasta entonces, debemos conservar la fe.

—Muy bien —dijo Quaan, exhalando un profundo suspiro—. Si hemos sido traicionados, ahora no tenemos recurso alguno. Huir al Desierto sólo supondría la muerte. Y el Espinar de los Cobardes es un lugar como cualquier otro para luchar y morir. El Ala de Guerra no debe volverse contra sí misma cuando está próxima la última batalla. Estaré al lado del Signo General Troy.

Dicho esto, el Amo fue a su yacija para tratar de conciliar el sueño a pesar de sus temores. Sin decir nada, Amorine siguió su ejemplo, dejando a Callindrill y Mhoram con Troy.

Callindrill se adormiló en seguida, y Mhoram estaba demasiado fatigado para permanecer despierto. Pero Troy siguió sentado junto a las brasas de la fogata. Cuando los ojos del Amo se cerraron, Troy continuaba inclinado hacia las llamas, como si estuviera helado y tratara de reanimarse.

Al parecer, el Signo General encontró una respuesta durante la larga vigilia. Cuando el Amo Mhoram se despertó a la mañana siguiente, encontró a Troy en pie, con los brazos cruzados sobre su peto metálico. El Amo le miró atentamente, pero no pudo discernir qué clase de respuesta había descubierto Troy. Saludó amablemente al ciego.

Troy se volvió al oír el sonido de la voz de Mhoram. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si aquella posición le ayudara a oír mejor. La antigua semisonrisa que había sido habitual en él durante los años pasados en Piedra Deleitosa se había borrado de sus labios.

—Llama a Quaan —dijo en tono neutro—. Quiero hablar con él.

Quaan estaba cerca de allí. Oyó a Troy y se acercó en seguida.

Cuando el oído de Troy le indicó que el Dagomán había llegado a su lado, le dijo:

—Guíame. Voy a revisar el Ala de Guerra.

—Troy, amigo mío —musitó Quaan—. No te atormentes.

—Soy el Signo General —dijo Troy en un tono rígido y exigente—. Quiero mostrar a mis guerreros que la ceguera no va a detenerme.

Mhoram sintió deseos de llorar, pero se contuvo. Esbozó una sonrisa a Quaan e hizo un gesto afirmativo a la muda pregunta del viejo veterano. Quaan saludó a Troy,

ignorando la incapacidad de Troy para verle. Luego le cogió del brazo y le condujo donde estaba el Ala de Guerra.

El Amo Mhoram contempló su avance entre los guerreros..., observó cómo Quaan guiaba a Troy, con dolorido respeto, de un Eoman a otro. Hizo un esfuerzo para soportar lo mejor que pudo aquella penosa escena, reprimiendo su emoción. Por fortuna, la terrible experiencia duró poco, pues la persecución de Descuartizador no permitió a Troy una revisión completa del Ala de Guerra. Pronto Mhoram montó en su Ranyhyn, Drinny, hijo de Hynaril, y cabalgó hacia el Espinar de los Cobardes.

Pasó la mayor parte de aquel día vigilando el Ala de Guerra. Pero a la mañana siguiente, mientras el Ala de Guerra efectuaba su aproximación final a la Espesura Acogotante, se vio obligado a dirigir toda su atención a la tarea que le habían asignado. Concentró sus pensamientos con los del Amo Callindrill, y juntos buscaron a través de sus conocimientos combinados y sus intuiciones alguna clave al dilema de Mhoram. Confiaba que la concentración mental le devolvería el valor, pero no fue así, porque pudo percibir la desconfianza en sí mismo de Callindrill. En vez de recibir fuerza, Mhoram la dispensó.

Con la ayuda de Callindrill, preparó los pormenores de su tarea, dispuso una serie de posibles respuestas según su peligrosidad y probabilidad de éxito. Pero hacia el mediodía no había encontrado nada definitivo. El tiempo se le agotaba. El Ala de Guerra fue reduciendo la velocidad de su avance hasta detenerse en el mismo borde de la Espesura Acogotante.

Allí, ante la única conciencia que quedaba del Bosque Único, el Amo Mhoram comenzó a saborear la bilis de su ineptitud. La sombría y atávica braveza de la Espesura le hizo sentirse inútil, como un hombre sin dedos. Los primeros árboles se alzaban a una docena de metros de donde estaba. Surgieron súbitamente del suelo como columnas irregulares, sin que les rodearan matorrales ni arbustos, sin sotobosque en el espacio delimitado por sus troncos. Al principio eran escasos. Hasta donde alcanzaba la vista del Amo, no eran lo bastante tupidos como para ocultar la luz del sol. Sin embargo, una sombra iba creciendo entre ellos, y una progresiva turbiedad rechazaba la luz. A lo lejos, el Bosque tenebroso parecía mostrar una palpable voluntad de impedir el paso. Mhoram tuvo la sensación de que se asomaba a un abismo. La idea de que pudiera hacerse cualquier clase de trato con semejante lugar parecía una locura, una vanidad tejida con la materia de los sueños. Durante largo tiempo, el Amo permaneció inmóvil ante la Espesura, embargado por un frío temor.

Pero Troy no mostró vacilación. Cuando Quaan le dijo dónde estaba, hizo girar a Mehryl y empezó a impartir órdenes.

—Muy bien, Dagomán, vamos a prepararnos. Que todo el mundo coma. Terminad las provisiones, pero hacedlo rápido. Después, haz que los guerreros

retrocedan hasta quedar fuera del alcance de un tiro de flecha, y forma un arco alrededor del Amo Mhoram, que sea lo más ancho posible, pero también grueso... No quiero que Descuartizador pueda atravesarlo. Amo Callindrill, creo que deberías luchar con el Ala de Guerra. Otra cosa, Quaan... Hablaré a los guerreros mientras comen. Se lo explicaré todo.

—Muy bien, Signo General.

La voz de Quaan pareció distante, como si se hubiera hecho fuerte en el reducto de su valor, y sus facciones mostraban una inequívoca resolución. Devolvió a Troy su saludo y luego se volvió y dio órdenes a Amorine. Juntos fueron a hacer los últimos preparativos del Ala de Guerra.

Troy hizo girar de nuevo a Mehryl, intentando colocarse frente a Mhoram, pero quedó a unos metros de distancia del Amo.

—Quizá sea mejor que empieces —le dijo—. No dispones de mucho tiempo.

—Esperaré hasta que hayas hablado al Ala de Guerra. —Entristecido, Mhoram vio la mueca de Troy al darse cuenta de que había calculado mal la posición del Amo—. Necesito fuerzas. He de dedicar algún tiempo a buscarlas.

Troy hizo un brusco gesto de asentimiento y se volvió como si quisiera observar los preparativos del Ala de Guerra.

Juntos esperaron la señal de Quaan. El Amo Callindrill permaneció con ellos el tiempo suficiente para decir:

—Mhoram, el Ama Superior no tenía duda alguna sobre tu adecuación para la difícil prueba de estos tiempos, y no es alguien que juzgue a la ligera. Hermano mío, tu fe bastará.

El tono de su voz era amable, pero implícitamente expresaba su creencia en que su propia fe no era suficiente. Cuando se alejó de la Espesura para ocupar su puesto entre los guerreros percibió que Mhoram se esforzaba por contener las lágrimas.

Poco después, Quaan informó de que el Ala de Guerra estaba preparada para escuchar a Troy. El Signo General pidió a Quaan que le condujera a un lugar desde donde pudiera hablar, y se alejaron juntos. El Amo Mhoram iba tras ellos. Deseaba escuchar la arenga del Signo General.

Troy se detuvo dentro del amplio arco de guerreros sentados. No tuvo que pedir silencio. Excepto por los ruidos que hacían al comer, los guerreros guardaban silencio, estaban demasiado agotados para hablar. En los últimos tres días no habían hecho más que avanzar en silencio, penosamente, y ahora comían con desgana, como si les impulsara un antiguo hábito, sin participación del deseo. Parecían polvorientos esqueletos que movían las mandíbulas y miraban con inquietante fijeza, huesos mondos y secos animados por alguna obsesión ajena.

Mhoram no pudo retener las lágrimas, que se deslizaron por sus mejillas y le humedecieron las manos que sostenían el bastón.

Sin embargo, se alegraba de que Troy no pudiera ver lo que sus planes habían ocasionado al Ala de Guerra.

El Signo General Hile Troy se enfrentó a los guerreros, alzando la cabeza como si presentara sus quemaduras a una inspección. Sentado en el lomo de Mehryl, estaba rígido a causa de la autodisciplina con la que rechazaba su propia abyección. Cuando empezó a hablar, su voz era ronca y reflejaba impulsos contradictorios, pero pronto los dominó.

—¡Guerreros! Hemos llegado al final, ya sea para vencer como para sufrir la derrota. Hoy se decidirá el resultado de esta guerra. Nuestra situación es desesperada..., pero eso ya lo sabéis. En estos momentos Descuartizador se encuentra tan sólo a una legua de distancia. Estamos atrapados entre su ejército y la Espesura Acogotante. Quiero que sepáis que esto no se debe a ningún accidente. No hemos llegado aquí huyendo a causa del pánico, sino porque yo lo ordené así. Yo tomé la decisión. Cuando estaba en la Atalaya de Kevin, vi el enorme tamaño del ejército enemigo. Es tan grande, que no hubiéramos tenido ninguna posibilidad de vencerle en el Retiro de la Perdición. Por eso tomé la decisión de venir aquí.

»Creo que hoy vamos a ganar. Vamos a causar la destrucción de esa horda... Lo creo. Y os he traído hasta aquí porque lo creo. Ahora permitidme que os diga cómo vamos a hacerlo.

Hizo una pausa y se puso aún más rígido, más erecto, como si se preparase para lo que tenía que decir. Luego prosiguió:

—Vamos a presentar batalla a ese ejército aquí por una razón. El Amo Mhoram necesita tiempo. Va a hacer que funcione mi plan... y hemos de proporcionarle seguridad hasta que esté preparado. Entonces correremos con la máxima rapidez y nos internaremos en la Espesura Acogotante.

Si esperaba oír gritos, se sorprendió; los guerreros estaban demasiado débiles para protestar. Pero sus cuerpos se agitaron como si pasara entre ellos un súbito viento de angustia, y Mhoram pudo ver una expresión de horror en muchos rostros.

—Sé lo terrible que es esto —siguió diciendo Troy—. Nadie ha sobrevivido jamás a la Espesura..., nadie ha regresado jamás. Lo sé perfectamente. Pero es difícil derrotar al Execrable. Nuestra única posibilidad es algo que parece imposible. Creo que no acabarán con nosotros.

»Mientras luchamos, el Amo Mhoram irá a convocar a Caerroil Bosqueagreste, el Forestal, para que nos ayude y nos dé paso libre a través de la Espesura Acogotante. Él derrotará al ejército de Descuartizador. Estoy seguro de ello, y quiero que vosotros lo creáis también. Saldrá bien. El Forestal no tiene motivo alguno para odiarnos... Lo sabéis. Y tiene todas las razones para odiar al Descuartizador. El Gigante es un Delirante. Pero la única manera que tiene Caerroil Bosqueagreste de atacar a Descuartizador es darnos paso libre. Si corremos a la Espesura Acogotante y

Descuartizador ve que estamos ilesos, nos seguirá. Nos detesta y detesta demasiado a la Espesura para no aprovechar una oportunidad así. El plan saldrá bien. El único problema es convocar al Forestal. Y eso debe hacerlo el Amo Mhoram.

Hizo otra pausa, sopesando sus palabras antes de decir:

—Muchos de vosotros conocéis al Amo Mhoram desde mucho antes que yo. Sabéis qué clase de hombre es. Tendrá éxito, podéis estar seguros. Y hasta que lo consiga, lo único que hemos de hacer es luchar... mantenerle con vida mientras cumple con su cometido. Eso es todo. Sé lo duro que será para todos vosotros. Sé cuán fatigados estáis. Pero sois guerreros y sacaréis fuerzas de flaqueza, lo sé. Ocurra lo que ocurra, estaré orgulloso de luchar con vosotros, y no temeré conducirlos a la Espesura Acogotante. Vosotros sois los verdaderos preservadores del Reino.

Se detuvo, esperando alguna respuesta. Los guerreros no dieron vivas ni gritaron. El peso de su agotamiento les mantenía en silencio. Pero todos se pusieron en pie. Doce mil hombres y mujeres se levantaron para saludar al Signo General.

Troy pareció oír su movimiento y comprenderlo, y les devolvió austeramente el saludo. Luego hizo girar su orgulloso Ranyhyn y regresó al trote donde había dejado al Amo Mhoram. Su llegada tomó a Mhoram por sorpresa, y no pudo detenerle a tiempo. Rígido en su montura, como si le mantuviera erecto una extrema necesidad, Troy habló en el lugar donde creía que estaba el Amo.

—Espero que comprendas lo que sucederá si fracasas. No tenemos ninguna alternativa. De todos modos tendremos que internarnos en la Espesura, y reza para que el Forestal no nos mate hasta que Descuartizador nos siga. Así moriremos todos, pero quizá también caiga el Delirante.

Mhoram corrió hacia Troy, pero Terrel estaba más cerca del Signo General y habló antes de que Mhoram pudiera impedirselo.

—No lo permitiremos —dijo desapasionadamente—. Es suicida. No hablamos del Ala de Guerra, pero somos la Escolta de Sangre. No permitiremos que los Amos se dirijan a una muerte segura. Fracasamos al tratar de impedir la autodestrucción del Amo Kevin. No fracasaremos otra vez.

—Te escucho —replicó Mhoram con adustez—, pero ese momento todavía no ha llegado. Primero debo cumplir con mi cometido. —Volviéndose a Troy, añadió—: Amigo mío, quédate conmigo mientras llevo a cabo este intento. Tengo necesidad de ayuda.

Mhoram le apretó una mano y luego se la soltó. Miró al Ala de Guerra y vio que se preparaba para recibir el ataque de Descuartizador. Volvió su atención a la Espesura. El temor oprimió su corazón. Temía que Caerroil Bosqueagreste le matara allí mismo donde estaba por la afrenta de su convocatoria..., que acabara con todo el ejército. Pero seguía siendo dueño de sí mismo. Dio un paso adelante, alzó el bastón por encima de su cabeza e inició la ritual llamada a los bosques.

—¡Salve, Espesura Acogotante! ¡Bosque del Bosque Único! ¡Enemigo de nuestros enemigos! ¡Salve, Espesura Acogotante! Somos los Amos... enemigos de tus enemigos, conocedores de la ciencia *lillianrill*. ¡Hemos de pasar!

»¡Escucha, Caerroil Bosqueagreste! Odiamos el hacha y la llama que te dañaron. Tus enemigos son nuestros enemigos. Jamás te hemos acercado el filo de un hacha o la llama de un fuego... Jamás lo haremos. ¡Escucha, Forestal! ¡Déjanos pasar!

No hubo respuesta. La voz de Mhoram se perdió sin eco entre los árboles y la hierba. Nada se movió o replicó en la oscura espesura. El Amo aguzó los oídos y buscó alguna señal, pero no halló ninguna. Cuando estuvo seguro del silencio, repitió el ritual. Tampoco obtuvo respuesta. Tras una tercera apelación, parecieron aumentar las silenciosas tinieblas de la Espesura, hacerse más profundas y ominosas con sus súplicas.

A través de aquel silencio, pronto se oyeron los primeros gritos de júbilo del ejército de Descuartizador al divisar al Ala de Guerra. Los ávidos gritos multiplicaron el temor del Amo. Apoyó el bastón en la hierba, apretándolo con firmeza, hasta que los nudillos se le pusieron blancos, e intentó otro sistema.

Mientras el sol iniciaba su descenso, a media tarde, el Amo Mhoram se esforzó por hacerse oír en el corazón de la Espesura Acogotante. Utilizó todos los nombres de Forestales que se habían preservado en la ciencia del Reino. Extrajo apelaciones y cánticos de todas las invocaciones y fórmulas de convocatoria conocidas por la Raat de la ciencia. Utilizó formas familiares al margen de su uso habitual, confiando en que acabaran con el silencio. Incluso utilizó el cántico de convocatoria utilizado para llamar a Covenant al Reino, alterándolo para que se adaptara a su necesidad, y lo cantó a la Espesura. No obtuvo efecto alguno. El Bosque siguió impenetrable, sin respuesta.

Y tras él daba comienzo la última batalla del Ala de Guerra. En el momento en que las hordas de Descuartizador se precipitaban contra ellos, los guerreros lanzaron un grito desgarrado que era como un breve estandarte de desafío. Pero en seguida callaron, ahorrando los restos de sus fuerzas para el combate. Con sus armas preparadas, se enfrentaron a la horda salvaje que se lanzaba contra ellos desde los Yermos.

El ejército del Delirante se abalanzó con ímpetu asesino contra los guerreros, los cuales dispararon sus flechas, tratando de frenar la acometida. Pero la innumerable horda pasó por encima de los cadáveres de ur-viles, Entes de la Cueva y otras criaturas, arremetiendo contra el Ala de Guerra. El ataque derribó las primeras líneas, y millares de bestias malignas se abrieron paso hacia su interior. Entonces el Dagomán Quaan se colocó en un flanco y el Primer Puño Amorine en el otro. Por primera vez desde que saliera de Doriendor Corishev, Amorine parecía dueña de sí misma. Superando la paralización de su voluntad, dirigió su Eoala en ayuda de las

líneas frontales. Y el Amo Callindrill defendió su terreno en el centro del ejército. Haciendo girar el bastón por encima de su cabeza, disparó en todas direcciones una feroz energía azulada. Las criaturas cedieron ante él. Docenas de ur-viles desorganizados cayeron bajo su fuego.

Entonces Quaan y Amorine le dieron alcance desde cada lado.

Desde algún profundo lugar en su interior, adonde no llegaba el agotamiento, los hombres y mujeres del Reino recibieron las fuerzas necesarias para el contraataque. Enfrentados a la malignidad de las perversas creaciones del Amo Execrable, los guerreros descubrieron que aún podían resistir. El amor profundo y el horror les exaltaba. Se arrojaron apasionadamente contra el enemigo. Centenares de ellos cayeron en ringleras sobre el terreno, pero rechazaron el primer asalto del Delirante.

Descuartizador rugió sus órdenes y las criaturas se retiraron para reagruparse. Los ur-viles se apresuraron a formar una cuña para atacar al Amo Callindrill, y el resto del ejército varió su disposición, poniendo Entes de la Cueva en vanguardia para que resistieran lo más recio del siguiente ataque.

Haciendo un esfuerzo para desbaratar aquellos preparativos, Quaan lanzó su propio ataque. Los guerreros saltaron en pos de las bestias en retirada. El Amo Callindrill y una Eoala corrieron para impedir la formación de la cuña de ur-viles. Durante unos momentos sembraron el caos entre los vástagos de los Demondim.

Pero entonces atacó el Gigante-Delirante, utilizando su Piedra para ayudar a los ur-viles. Varias explosiones de fuego esmeralda obligaron a Callindrill a ceder terreno. La cuña se reagrupó en seguida. La Eoala tuvo que retirarse.

Fue una lucha sombría y silenciosa. Tras el primer ávido grito de ataque, el ejército de Descuartizador luchó con una ferocidad muda, maníaca. Y los guerreros no tenían ya fuerzas para gritar. Solamente el tumulto de los pies, el choque de las armas y los gemidos de los mutilados y moribundos, junto con la brusquedad de las órdenes impartidas, puntuaban la muda contienda. Sin embargo, el Amo Mhoram oía aquellos sonidos apagados como un estruendo ensordecedor. Parecían el eco de su temor. El esfuerzo por ignorar la batalla y concentrarse en su obra le empapaba en sudor y hacía que el pulso le martilleara, prisionero en sus sienes.

Cuando los nombres e invocaciones tradicionales se revelaron inútiles para convocar al Forestal, comenzó a utilizar signos y símbolos arcanos. Dibujó estrellas de cinco puntas y círculos sobre la hierba con su bastón, e hizo arder fuegos en su interior, a la vez que realizaba gestos mágicos por encima de las llamas y murmuraba entre dientes cánticos laberínticos.

Todo era en vano. El silencio de la tenebrosa Espesura sonaba como risa en sus oídos.

No obstante, los sonidos de la matanza fueron aproximándose. Toda la bravura de los guerreros era insuficiente, y tenían que retroceder.

También Troy oyó que se retiraban. Finalmente, no pudo contenerse más.
—¡Dios mío, Mhoram! —susurró con vehemencia—. Les están destrozando.
Mhoram giró sobre sus talones, enfrentándose furioso a Troy.
—¿Crees que no lo sé?

Pero cuando vio al Signo General refrenó su cólera, pues pudo ver el tormento que sufría. El sudor irritaba la piel quemada de Troy; su color era rojo intenso y latía dolorosamente. Tanteaba con las manos a su alrededor, como si estuviera perdido. Estaba ciego. A pesar de todo su poder para planear y concebir ideas, era impotente para llevar a cabo ni siquiera la más simple de ellas.

El Amo Mhoram desvió su ira en otra dirección e hizo acopio de fuerzas para tomar una decisión.

—Muy bien, amigo mío —dijo con voz entrecortada—, puedo hacer otros intentos, pero quizás uno solo es lo bastante peligroso para tener alguna esperanza de éxito. Prepárate. Debes ocupar mi lugar si caigo. Dicen las leyendas que la canción que voy a cantar es fatal.

Dio unos pasos adelante, sintiendo una nueva calma. Enfrentándose a sus sensaciones, observó que no estaba aterrorizado, sino que simplemente tenía miedo. Ya había sentido y superado algo similar cuando un Delirante le puso las manos encima. Y el conocimiento que entonces había obtenido podría salvar ahora el Ala de Guerra. Su mirada reflejaba el riesgo que corría mientras caminaba hacia la Espesura, hasta que llegó a los primeros árboles. Allí hizo arder su bastón y lo alzó por encima de su cabeza, manteniéndolo cuidadosamente apartado de las ramas. Entonces empezó a cantar.

Las palabras salían torpemente de sus labios, y los acentos de la melodía parecían perder el ritmo. Entonaba un cántico que ningún Amo anterior había pronunciado jamás. Era uno de los oscuros misterios del Reino, prohibido a causa del riesgo que entrañaba. Sin embargo, las palabras de la canción eran claras y sencillas. El peligro que encerraban estaba en otra parte. Según la Ciencia de Kevin, pertenecían como un caro tesoro a los Forestales del Bosque Único. Y los Forestales mataban a todo mortal que profanara aquellas palabras.

No obstante, el Amo Mhoram, alzó su voz y cantó audazmente:

*Las ramas se extienden y los troncos de los árboles crecen
con la lluvia, el calor, la nieve y el frío;
aunque soplen inoportunos los grandes vientos del mundo,
y haya terremotos y se abran abismos.
Mis hojas crecen verdes, mis semillas florecen
desde antes que envejeciera la Tierra
y el Tiempo iniciara su peregrinaje a la condenación.
Los Bosques fortalecen la roca desnuda del mundo,*

*ponen coto al polvoriento desierto y la muerte.
Soy el sostén del Creador del Reino:
Inhalo todo aliento expirante
y exhalo vida para unir y curar.*

Cuando el cántico se desvaneció a lo lejos, oyó la respuesta, una música que sobrepasaba con mucho a la suya. Parecía caer desde todas las ramas como hojas cargadas de un rocío que era una extraña melodía, caían y revoloteaban a su alrededor, y él las contemplaba como si estuviera deslumbrando. La voz tenía un sonido ligero, agudo y claro, como el de un arroyo cristalino, pero percibía en ella un poder que le llenaba de un temor reverencial.

*Pero el hacha y el fuego me matan.
Conozco el odio de las manos audaces.
Parte para salvar la savia roja de tu corazón:
Mi odio no conoce descanso ni tranquilidad.*

La música se acompañaba de un resplandor vibrátil que le ocultó un instante la visión. Cuando se disipó, el Amo vio a Caerroil Bosqueagreste que caminaba por el césped hacia él.

El Forestal era un hombre alto con una larga barba blanca y flotante cabellera también cana. Vestía una túnica de suntuosa tela y llevaba una vara de madera nudosa, como un cetro, apoyada en un brazo doblado. Una guirnalda de orquídeas púrpuras y blancas, alrededor de su cuello, realzaba su austera dignidad. Apareció entre la penumbra de la Espesura como si hubiera salido de detrás de un velo, y se movía como un monarca entre los árboles, los cuales se inclinaban hacia él al pasar. A cada paso desparramaba gotas de melodía, como si toda su persona estuviera empapada en la canción. Su voz cantarina suavizaba la severidad de su rostro. Pero su mirada era dura. Bajo sus pobladas cejas blancas, una luz plateada surgía de unas órbitas sin pupila ni iris, y su mirada tenía la fuerza de un impacto físico.

Tarareando todavía el estribillo de su canción, se acercó al Amo Mhoram. Su mirada le inmovilizó, y contempló cómo aquel ser se aproximaba hasta detenerse a un metro de él. Mhoram sintió que le sondeaba. El sonido de la música continuó, y pasó algún tiempo antes de percatarse de que el Forestal le hablaba.

—¿Quién se atreve a corromper mi canción? —preguntó.

Haciendo un esfuerzo, el Amo Mhoram superó su temor para responder.

—Caerroil Bosqueagreste, Forestal y siervo del alma del Árbol, por favor, perdona mi insolencia. No pretendo ofenderte ni corromper nada. Pero grande es mi necesidad, tanto que empequeñece el miedo y la precaución. Soy Mhoram, hijo de Variol, Amo del Consejo de Piedra Deleitosa, defensor del Reino con el árbol y la

piedra. Busco una dádiva, Caerroil Bosqueagreste.

—¿Una dádiva? —musitó musicalmente el Forestal—. ¿Traes un fuego entre mis árboles y me pides una dádiva? Eres un estúpido, Mhoram, hijo de Variol. No hago tratos con los hombres. No concedo dádivas a ninguna criatura que tiene conocimiento de la hoja que corta o la llama. ¡Vete de aquí!

No alzó el tono de su voz ni modificó su melodía, pero la fuerza de su orden hizo tambalearse a Mhoram.

—Escúchame, Forestal —dijo Mhoram, esforzándose por mantener su voz calmada—. He usado este fuego solamente para llamar tu atención. —Extinguió la llama de su bastón y lo bajó al suelo, apretándolo como si fuera un apoyo contra la negativa del Forestal—. Soy un Amo, servidor del Poder de la Tierra. Desde el inicio de los Amos, todos hemos jurado dedicar nuestras fuerzas a la preservación del Reino y el Bosque. Amamos y honramos la madera del mundo. No he hecho ningún daño a estos árboles, y nunca lo haré, aunque me niegues la dádiva y condenes al Reino al fuego y la muerte.

Como si tarareara para sí mismo, Caerroil Bosqueagreste dijo:

—No sé nada de los Amos. No son nada para mí. Pero conozco a los hombres, los mortales. El Ritual de la Profanación no se ha olvidado en la Espesura.

—Óyeme, Caerroil Bosqueagreste. —Mhoram podía oír los sonidos de la batalla a su espalda, pero recordaba lo que había aprendido de la historia del Bosque Único, y permaneció sereno—. No te pido una dádiva que no pueda devolverte. Forestal, te ofrezco un Delirante.

Al oír la palabra «Delirante», Caerroil Bosqueagreste cambió de actitud. La húmeda y brillante aura de su música adquirió una inflexión de cólera. Su mirada se ensombreció; la luz plateada se trocó en nubes de tormenta. Una niebla surgió de sus órbitas y le envolvió la frente. Pero no dijo nada, y Mhoram prosiguió:

—El pueblo del Reino libra una guerra contra el Despreciativo, el antiguo devastador de árboles. Su gran ejército nos ha traído hasta aquí, y ahora tiene lugar la batalla final en el Espinar de los Cobardes. Sin tu ayuda, seremos destruidos con toda seguridad. Pero con nuestra muerte, el Reino queda sin defensa. Entonces el devastador de árboles guerreará contra todo el Bosque, contra los árboles de la hermosa Andelain, contra el aletargado Grimmerdhore y el inquieto Bosque de Morin. Al final, atacará la Espesura y luchará contra ti. Debe ser derrotado ahora.

El Forestal no pareció conmoverse por estas palabras. En vez de responder a ellas, tarareó sobriamente:

—Has hablado de un Delirante.

—El ejército que nos destruye ahora está mandado por un Delirante, uno de los tres que diezmaron el Bosque Único.

—Dame una prueba de que dices la verdad.

El Amo Mhoram no se atrevió a vacilar. Aunque el terreno que pisaba carecía por completo de caminos, y estaba desprovisto de mapas excepto el que podía trazar su intuición, respondió al punto:

—Es *moksha* Delirante, también llamado Jehannum y Descuartizador. En el pasado remoto, junto con su hermano *turiya* enseñó el desprecio de los árboles a los Demondim, hasta entonces amigos. Su hermano *samadhi* guió al monarca de Doriendor Corishev cuando aquel rey loco quiso dominar la vida y la muerte del Bosque Único.

—*Moksha* Delirante —gorjeó con un dejo amenazante Caerroil Bosqueagreste—. No tengo una especial avidez de Delirantes.

—Ahora su poder es muy grande. Comparte el poder antinatural de la Piedra de Illearth.

—Eso me tiene sin cuidado —replicó casi con brusquedad el Forestal—. Pero me has ofrecido un Delirante. ¿Cómo puedes conseguirlo cuando incluso ahora te está derrotando?

Los sonidos de la batalla se acercaban inexorablemente, mientras el Ala de Guerra retrocedía. A cada momento que transcurría, el Amo Mhoram percibía menos ruidos de combate y más de derrota y muerte. Podía notar la respiración jadeante del Signo General Troy a su espalda. Con aquella serenidad que tanto le había costado conseguir, respondió:

—Ésa es la dádiva que te pido, Caerroil Bosqueagreste. Te pido paso libre para toda mi gente a través de la Espesura Acogotante. Esta dádiva pondrá en tus manos al *moksha* Delirante. Él y su ejército, todos sus ur-viles, Entes de la Cueva y criaturas serán tuyos. Cuando el Delirante vea que huimos a la Espesura y no somos destruidos, nos seguirá. Creerá que eres débil... o que has muerto. Su odio hacia nosotros y los árboles le arrojará con todas sus fuerzas en tus dominios.

Transcurrió un largo y angustioso instante mientras Caerroil Bosqueagreste consideraba aquellas palabras. El ruido de la batalla parecía indicar que pronto no quedaría nada del Ala de Guerra que salvar. Pero Mhoram miraba fijamente al Forestal y esperaba.

Finalmente, el Forestal asintió.

—Es un buen trato —cantó lentamente—. Los árboles están deseosos de luchar de nuevo. Estoy preparado. Pero hay que pagar un pequeño precio por mi ayuda... y por haber corrompido mi canción.

La esperanza de Mhoram cedió súbitamente el paso al temor, y giró sobre sus talones para tratar de detener al Signo General Troy. Pero antes de que pudiera gritar una advertencia, Troy dijo con vehemencia:

—¡Entonces lo pagaré yo! Pagaré lo que sea. Están destrozando a mi ejército.

Mhoram se estremeció al oír aquella promesa irrevocable e intentó protestar. Pero

el Forestal dijo con viveza:

—Muy bien. Acepto tu pago. Trae a tu ejército con cautela entre los árboles.

Troy reaccionó al instante. De un salto, subió a lomos de Mehryl. Algún instinto le guiaba, y quedó a horcajadas de Mehryl con tanta seguridad como si pudiera ver. Al instante galopó hacia la batalla, gritando con toda su fuerza.

—¡Quaan! ¡Retirada! ¡Retirada!

En el momento en que lanzó aquellos gritos, el Ala de Guerra se derrumbaba. Se rompían las filas de los guerreros y las criaturas de Descuartizador se precipitaban con furor sangriento entre ellas. Más de dos tercios del Ala de Guerra ya habían caído. Pero algo en la voz de mando de Troy galvanizó a los guerreros para hacer un esfuerzo final. Rompiendo sus filas, se volvieron y echaron a correr.

Su repentina huida, abrió una breve brecha entre ellos y el ejército de Descuartizador. En seguida, el Amo Callindrill se dispuso a ensancharla. Protegido por un círculo de Guardianes de Sangre, desencadenó un fuego relampagueante que prendió en la hierba y crepitó a lo largo del frente enemigo. Su estallido causó escasos daños, pero hizo que las fuerzas del Delirante vacilaran un instante en su persecución. Aprovechando aquel instante, Callindrill siguió a los guerreros. Reunidos los supervivientes, apenas más que diez Eoalas, corrieron en línea recta hacia Mhoram.

Caerroil Bosqueagreste se había desvanecido, pero su canción permanecía. Parecía resonar levemente en cada hoja del Bosque. Mhoram podía percibir que aquella música le orientaba, y la siguió. Tras él, oyó a los guerreros que hacían un esfuerzo supremo para superar su agotamiento y correr finalmente hacia la salvación o la muerte. Oyó gritar a Quaan, como si estuviera a gran distancia, comunicando que todos los supervivientes estaban ya entre los árboles. Pero no miró atrás. La canción del Forestal ejercía una fascinación en él. Cogiendo a Troy del brazo y escrutando la oscuridad, avanzó a paso rápido siguiendo la senda que marcaba la melodía.

Con Callindrill, Troy, Quaan, Amorine, cuarenta Guardianes de Sangre, todos los Ranyhyn y más de cuatro mil guerreros, el Amo Mhoram salió por algún tiempo del mundo de la humanidad.

Lentamente, la música transmutó su conciencia despierta, y le condujo a una especie de trance. Notó que aún era consciente de todo, pero que parecía flotar. Podía ver que anochecía en la ya de por sí sombría Espesura, pero no notaba el paso del tiempo. En los espacios entre los árboles podía ver las Montañas Occidentales. Por las posiciones cambiantes de los picos, podía calcular su velocidad. Parecía moverse con más rapidez que un Ranyhyn al galope. Pero no experimentaba el esfuerzo o la tensión del viaje. La melodía tiraba de él. Era como si la Espesura le inhalara junto con sus compañeros. Era un viaje misterioso, como en sueños, con una velocidad que no podía experimentar y acontecimientos que no podía sentir.

Llegó la noche cerrada —la luna estaba completamente oscura— pero Mhoram no perdió de vista su camino. Algún atisbo de luz en la hierba, las hojas y la melodía le iluminaba el camino, y el Amo avanzaba confiado, sin que le afectara ninguna necesidad de descanso. La canción del Forestal le liberaba de su condición mortal, le envolvía en una paz no perturbada por ninguna preocupación.

En un momento determinado, percibió un cambio en la canción, en medio de la oscuridad. La alteración no ejerció efecto alguno en él, pero comprendió su significado. Aunque el Bosque absorbía todos los demás sonidos, de modo que no llegaban a sus oídos aullidos, chillidos ni gritos, sabía que el ejército de Descuartizador estaba siendo destruido. La canción describía eras de odio contenido, de aflicción por las amplias extensiones de bosque perdido, siglos de lento furor que ascendía por la savia de los árboles hasta que todas las ramas y hojas lo compartían, lo vivían y anhelaban actuar. Y a través de aquella melancólica narración llegaban susurros de muerte cuando raíces, ramas y troncos se movían al unísono para aplastar y desgarrar.

Contra la inmensa Espesura incluso el ejército de Descuartizador era pequeño e indefenso..., un insulto baladí arrojado contra un océano. Los árboles rechazaban el poder de los ur-viles, la fuerza de los Entes de la Cueva y el temor ciego, irreprimible y desesperado de las demás criaturas. Dirigidos por la canción de Caerroil Bosqueagreste, se limitaban a estrangular a los invasores. Las llamas se apagaban, los que blandían hojas cortantes caían muertos, la ciencia y la fuerza eran vencidas. Luego los árboles bebían la sangre y devoraban los cuerpos, borraban toda señal del enemigo en una apoteosis de antiguo y exquisito furor. Cuando la canción reanudó su anterior ritmo plácido, pareció reflejar de nuevo una sombría satisfacción.

Poco después —a Mhoram le pareció pronto— se oyó entre los troncos un ruido sordo, como de truenos. Al principio creyó oír los estertores de Descuartizador en su agonía, pero luego vio que la fuente del sonido era totalmente distinta. A lo lejos, hacia el oeste, alguna terrible violencia tenía lugar en las montañas. Rojas llamaradas brotaban en alguna parte de la cordillera. Después de cada erupción, trepidaba el suelo de la Espesura y una humareda brillante empalidecía el cielo nocturno. Pero Mhoram era inmune a aquel fenómeno. Lo contemplaba con interés, pero la canción le envolvía con sus encantamientos y le preservaba de todo cuidado.

No se preocupó al darse cuenta de que el Ala de Guerra ya no iba detrás de él. Sólo le acompañaba el Amo Callindrill, Troy, Amorine, el Dagomán Quaam y dos Guardianes de Sangre, Terrel y Morril. Pero no sentía inquietud; la canción le apaciguaba, inspirándole confianza, le orientaba hacia adelante a través de una noche interminable, hacia el alba de un nuevo día.

Cuando se hizo de nuevo la luz, descubrió que avanzaba por un profuso bosque lleno de orquídeas púrpuras y blancas. Sus colores suaves y puros coincidían con la

música como si fueran las notas que cantaba Caerroil Bosqueagreste, y se amontonaban en torno a él, reforzando el consuelo de la melodía. Mhoram sonreía sin darse cuenta y se dejaba llevar, como si la corriente que le transportaba fuera un remedio contra todos sus males.

Ahora percibía mejor la velocidad de su avance. Entre las aberturas en la espesura, por encima de su cabeza, podía ver ya las dos agujas del Vertedero Celeste de Melenkurion, los picos más altos de las Montañas Occidentales. También podía ver la alta meseta de Rocahendida, donde continuaba la lucha oculta. Erupciones y sordos estallidos resonaban desde las profundidades de la montaña, y rojas explosiones de energía se producían en el cielo a intervalos irregulares. Pero Mhoram seguía sin inmutarse. Su velocidad, su fácil y estimulante rapidez llenaban su corazón de vivo júbilo. Había recorrido treinta o cuarenta leguas, desde que penetrara en la Espesura. Se sentía dispuesto a avanzar así eternamente.

Pero el día transcurrió con la misma evanescencia intemporal que le había transportado durante la noche. Pronto el sol empezó a ponerse, sin que Mhoram hubiera tenido ninguna sensación de duración, la menor impresión física de cansancio o apetito, tras haber viajado todo el día.

La canción volvió a cambiar. Gradualmente dejó de transportar a Mhoram, y cuando cesó del todo, el Amo sintió una serena tristeza, pero lo aceptó. Los truenos y erupciones de Rocahendida estaban ahora casi al sudoeste. Mhoram juzgó que se estaban aproximando al río Negro.

La canción le condujo entonces a través del Bosque, hasta una alta y desnuda colina que sobresalía de la espesura como un gran quiste de aridez. Más allá del promontorio, Mhoram podía oír el ruido de una corriente —el río Negro— pero la colina llamó su atención y restauró de alguna manera la conciencia de sí mismo. El suelo de la colina era totalmente estéril, como si en épocas pasadas se hubiera empapado con demasiada sangre para florecer de nuevo. Y por debajo de la cima, en la ladera más próxima, se alzaban dos árboles rígidos como centinelas o testigos, con unos diez metros de separación entre ambos. Estaban tan muertos como la colina, ennegrecidos, despojados de ramas y hojas, sin savia. A cada tronco muerto le quedaba una sola rama. A quince metros por encima del suelo, los árboles se inclinaban el uno hacia el otro, y sus ramas se entrelazaban para formar un travesaño entre ellas.

Aquél era Nido de Horcas, el antiguo lugar de ejecución de los Forestales. Allí, según las leyendas del Reino, Caerroil Bosqueagreste y sus hermanos habían celebrado sus juicios en los tiempos pasados, cuando el Bosque Único todavía luchaba por la supervivencia. Allí los Delirantes que habían caído en manos de los Forestales fueron ejecutados.

Ahora *moksha* Descuartizador colgaba de la horca. Tenía el negro rostro

contorsionado en una mueca de furor, la lengua hinchada sobresalía entre sus dientes y sus ojos abiertos tenían una expresión vacía. Un rictus de odio tensaba y distendía todos sus músculos. El frenesí de su agonía había sido tan intenso que se le habían roto los vasos sanguíneos, manchando su piel con oscuras hemorragias internas.

Mientras el Amo Mhoram alzaba la vista para mirar entre el espeso polvo, se sintió de súbito cansado y sediento. Transcurrieron unos instantes antes de que reparara en la proximidad de Caerroil Bosqueagreste. El Forestal permanecía en una vertiente de la colina, cantando con voz queda, y en sus ojos brillaba una luz rojiza y plateada.

Al lado de Mhoram, el Signo General Troy estiró los brazos como si se despertara y preguntó en voz baja:

—¿Qué sucede? Dime, ¿qué ves?

Mhoram tuvo que tragar saliva varias veces antes de responder.

—Es Descuartizador. El Forestal le ha matado.

Troy hizo una mueca que le tensó el rostro, como si se esforzara por ver, y luego sonrió.

—Gracias a Dios —susurró.

—Es un trato que vale la pena —cantó Caerroil Bosqueagreste—. Sé que no puedo destruir el espíritu de un Delirante, pero es una gran satisfacción matar el cuerpo. Ha sido ahorcado. —En sus ojos apareció un breve destello rojizo, que fue desvaneciéndose hasta que le sustituyó el brillo plateado—. Así, pues, no creáis que he faltado a mi palabra. Vuestras gentes no han sufrido daño. La presencia de tantos mortales sin fe ha trastornado a los árboles. Para acortar su padecimiento, he enviado a los vuestros fuera de la Espesura Acogotante, hacia el norte. Pero debido al trato que hicimos, y al precio que aún debéis pagar, os he traído aquí. Contemplad la venganza del Bosque.

Algo en su voz clara y aguda hizo estremecerse a Mhoram, pero tuvo el suficiente aplomo para preguntar:

—¿Qué ha ocurrido con la Piedra del Delirante?

—Era un gran mal —tarareó sobriamente el Forestal—. La he destruido.

—Has hecho bien —dijo el Amo Mhoram.

Entonces trató de centrar su atención en el precio del que hablaba Caerroil Bosqueagreste. Quería discutir la implicación de Troy en el trato, puesto que el Signo General no comprendía lo que se le pedía. Pero mientras Mhoram buscaba aún las palabras, Terrel distrajo su atención. En silencio, el Guardián de Sangre señaló algún lugar río arriba.

La oscuridad de la noche era casi completa. Solamente la luz de las estrellas y el brillo de los ojos de Caerroil Bosqueagreste iluminaban Nido de Horcas. Pero cuando el Amo siguió la indicación de Terrel, vio dos luces diferentes. A lo lejos era visible

el ardiente holocausto de Rocahendida. Allí la violencia parecía aproximarse a su apogeo. Las llamas crepitaban furiosamente, y negras nubes de tormenta avanzaban hacia la Espesura, como grandes acantilados que se derrumbaban. La otra luz estaba mucho más cercana. Su breve resplandor blanco brillaba a través de los árboles entre Mhoram y el río. El Amo siguió aquella luz, que fue moviéndose hasta perderse de vista más allá del Nido.

Alguien viajaba a través de la Espesura Acogotante, a lo largo del río Negro.

El Amo Mhoram tuvo una súbita intuición y sintió miedo. Atisbos y visiones que había olvidado durante los días pasados cruzaron de nuevo por su mente. Rápidamente, se volvió al Forestal.

—¿Quién viene? ¿Has hecho otros tratos?

El Forestal respondió con un tono cantarín.

—Si los he hecho, no son asunto vuestro. Pero esos dos que ves pasar son suficientes. No me han hablado. Les he dejado entrar porque la luz que llevan no representa peligro alguno para los árboles... y porque ostentan un poder que debo respetar. Estoy sometido a la ley de la creación.

—¡*Melenkurion!* —exclamó Mhoram—. ¡Que el Creador nos proteja!

Cogiendo a Troy por un brazo, empezó a subir la colina. Sus compañeros se apresuraron tras él. Pasó junto a la horca, llegó a la cima del Nido y miró abajo, hacia el río.

Dos hombres subían por la ladera, hacia él. Uno de ellos llevaba una piedra brillante en la mano derecha y sostenía a su camarada con el brazo izquierdo. Se movían con dificultad, como si ascendieran contra una fuerza que obstaculizara su avance. Cuando estuvieron cerca de la cumbre y pudieron ver a todos los hombres de Mhoram, se detuvieron.

Lentamente, Bannor levantó el *orcrest*, de modo que iluminaba la cima del Nido. Hizo un gesto de asentimiento al reconocer a los Amos.

Cuando Thomas Covenant se dio cuenta de que todos los presentes en la colina le miraban, se desasíó de Bannor y permaneció en pie sin ayuda. Era evidente que aquello le costaba un gran esfuerzo, y se tambaleaba. A la luz del *orcrest*, su frente brillaba de un modo atroz. Su mirada parecía no ver..., carecía de objeto, y, sin embargo, tenía tal intensidad que sus ojos parecían atravesados, como si fuera tan consciente de sus propias duplicidades que no pudiera ver con la posición normal de los ojos. Se apretaba el pecho con las manos. Entonces un estruendo procedente de Rocahendida le estremeció y casi perdió el equilibrio. Se vio obligado a tender su mano mutilada a Bannor. El movimiento descubrió su puño izquierdo.

En el dedo anular, la alianza plateada latía intensamente.

Tercera parte
LA SANGRE DE LA TIERRA

LA HIJA DE LENA



roy había considerado un engaño la incredulidad de Thomas Covenant, pero éste no practicaba un juego mental. Era un leproso y luchaba por su vida.

La incredulidad era su única defensa contra el Reino, su única manera de controlar la intensidad, el suicidio potencial de su respuesta al Reino. Sentía que había perdido toda otra forma de autoprotección, y ésta era imprescindible, pues sin ella terminaría como el anciano que había visto en la leprosería... parálítico y hediondo, putrefacto. Era una perspectiva insoportable. Hasta la locura sería preferible. Si se volvía loco, al menos estaría aislado, sin saber qué le sucedía, ciego, sordo e insensible a la enfermedad que roía su carne como un ave carroñera.

No obstante, mientras cabalgaba hacia el oeste, alejándose de Madera Deleitosa con el Ama Superior Elena, Amok y los dos Guardianes de Sangre, en busca de la Séptima Ala de Kevin Arrasatierra, sabía que estaba cambiando. A intervalos el terreno temblaba bruscamente bajo sus pies... Un potente y sutil Poder de la Tierra alteraba su terreno personal, y aquella inestabilidad le empujaba hacia un precipicio. Se sentía impotente ante aquel fenómeno.

El aspecto más amenazante de su situación inmediata era Elena. Su innumerable fuerza interior, sus antepasados, el extraño poder que emanaba impidiendo negarle nada, trastornaban y atraían a la vez al Incrédulo. Cuando abandonaban el Valle de los Dos Ríos, Covenant ya se maldecía a sí mismo por haber aceptado la invitación del Ama Superior. Pero ella tenía el poder de dominarle, enmarañando sus emociones y desanudando luego inesperadas hebras de aquiescencia.

Ésta no era como las demás aquiescencias de Covenant. Cuando el Amo Mhoram le pidió que fuera con el Ala de Guerra, accedió porque carecía por completo de alternativas y necesitaba con urgencia seguir moviéndose, continuar buscando una escapatoria. Ningún razonamiento similar le justificó cuando el Ama Superior le pidió que le acompañara. Sintió que se alejaba del quid de su dilema, la batalla contra el Amo Execrable..., que lo evadía como un cobarde. Pero en el momento de la decisión ni siquiera había considerado la posibilidad de negarse. Y tuvo la sensación de que Elena podía llevarle mucho más lejos. Impotente, sin que en su aceptación intervinieran para nada sus propias convicciones, seguiría a Elena adonde ella quisiera, aunque atacara al mismísimo Despreciativo. Su belleza, su presencia física, el tratamiento que le daba, hacían que se desprendieran grandes porciones de su

blindaje, exponiendo su carne vulnerable.

Viajando por Fidelia, donde imperaba la frescura otoñal, Covenant contemplaba al Ama Superior atemorizado, con todos sus sentidos alerta. Erguida y orgullosa a lomos de Myrha, su Ranyhyn, Elena parecía una vestal coronada, a la vez poderosa y frágil... como si hubiera podido quebrarle los huesos con una mirada y, no obstante, pudiera caer de su montura al recibir el impacto de un simple puñado de barro. Aquella mujer le intimidaba.

Cuando Amok apareció a su lado, como si se hubiera corporeizado bruscamente en el aire, Elena se volvió para hablarle. Intercambiaron saludos y bromearon alegremente como viejos amigos, mientras Madera Deleitosa quedaba cada vez más lejos, a sus espaldas. La reticencia de Amok a propósito de su Ala no le impidió explayarse alegremente en otros temas. Pronto cantaba y hablaba alegremente, como si su única función fuera la de entretener al Ama Superior.

Mientras la mañana discurría así alegrada por las gracias de Amok, Covenant contemplaba el paisaje que le rodeaba.

El grupo cabalgaba sin dificultad, alejándose de las tierras bajas de Fidelia. Recorrieron cierta distancia hacia el sudoeste, siguiendo aproximadamente una línea paralela al curso del río Rill, hacia las Montañas Occidentales. El borde occidental de Fidelia, todavía a sesenta o sesenta y cinco leguas de distancia, se hallaba como mínimo a mil metros de altura por encima del Valle de los dos Ríos, y toda la región ascendía lentamente hacia las montañas. El grupo del Ama Superior avanzaba ya por la cuesta gradual. Covenant podía notar la suave subida mientras cabalgaba entre bosques adornados con los colores del otoño, encendidos con naranja, amarillo y rojo, por las laderas de hierba lujuriente, donde las cicatrices de las antiguas guerras de Piedra Herida habían sido borradas por la espesura de brezos y hierbas de largas espigas cilíndricas que eran como tejido nuevo sobre las heridas, de un verde saludable.

Covenant era apenas capaz de percibir los últimos indicios de convalecencia de Fidelia. Bajo el manto de crecimiento del que surgían árboles y hierba, las heridas de la última guerra de Kevin seguían abiertas. De vez en cuando, los jinetes pasaban cerca de extensiones yermas, que eran como heridas enconadas empeñadas en rechazar la curación, y algunas de las colinas tenían un aspecto extraño, como huesos rotos soldados de una manera imperfecta. Pero la obra de los Amos no había sido en vano. El aire de Fidelia era claro, animado, vital. Pocos árboles evidenciaban que sus raíces se hundían en un suelo que había sido profanado. El nuevo Consejo de los Amos había encontrado una buena empresa a la que dedicar sus vidas.

Debido a lo que había sufrido, Fidelia conmovió el corazón de Covenant. Descubrió que aquella tierra le gustaba, que confiaba en ella. A veces, al atardecer, deseaba no tener un destino final y vagar por Fidelia, sin rumbo, preferiblemente

solo, sin pensar en las Alas, en el anillo ni en la guerra. Hubiera agradecido el descanso.

Amok parecía un guía adecuado para tales viajes. El portador de la Séptima Ala se movía con una ligereza y un vigor juvenil que disimulaba el hecho de que el ritmo que imponía no era precisamente lento, y su buen humor era irresistible. Entonaba largas canciones que afirmaba haber aprendido de los fantásticos *Elohim*..., cánticos tan extraños que Covenant no podía distinguir ni palabras ni frases y, no obstante, tan curiosamente sugestivos, tan parecidos a la luz de la luna en un bosque, que casi le hacían entrar en trance. Y Amok contaba bellos relatos de las estrellas y los cielos, describiendo alegremente la danza celeste, como si él mismo hubiera participado en ella. Su voz entusiasta complementaba el claro y pungente aire de la tarde y la conflagración que el sol poniente hacía representar a los árboles, y entrelazaba a quienes le escuchaban como un encantamiento hipnótico.

Pero Amok desapareció de súbito en el crepúsculo de Fidelia, hizo un gesto y se perdió de vista, dejando solo al grupo del Ama Superior.

Covenant salió sobresaltado de su ensoñación.

—¿Dónde...?

—Amok regresará —respondió Elena. En la oscuridad, Covenant no podía saber si le miraba a él, o a través de él, o dentro de él, o a pesar de él—. Sólo nos ha dejado para pasar la noche. —Bajó de Myrha y añadió—: Ven, ur-Amo. Descansemos.

Covenant siguió su ejemplo y dejó su montura al cuidado de Bannor. Myrha y los otros dos Ranyhyn se alejaron galopando, estirando sus patas tras una jornada de lenta marcha. Entonces Morin fue a buscar agua al río Rill, mientras Elena se preparaba para acampar. Sacó una pequeña urna de gravanel y utilizó las piedras de fuego para cocinar una frugal comida que compartiría con Covenant. Su rostro seguía los movimientos de sus manos, pero la extraña duplicidad de su mirada se dirigía a otra parte, como si en la luz del gravanel leyera los acontecimientos que ocurrían en el extremo opuesto del Reino.

Covenant la observaba. Le fascinaba ver cómo realizaba incluso las tareas más sencillas. Pero mientras contemplaba sus esbeltas formas, sus movimientos seguros, su mirada bifurcada, intentaba delimitar su posición, saber el terreno que pisaba en su relación con aquella mujer, que era un misterio para él. Entre todas las personas fuertes y con conocimientos que poblaban el Reino, le había elegido a él. Había violado a su madre... y aun así le había elegido. En Glimmermere le había besado... El recuerdo le produjo una punzada de dolor. Le había escogido, pero no movida por la cólera o el deseo de venganza..., no por ninguna razón que Trell hubiera aprobado. Podía ver en sus sonrisas, escuchar en su voz, percibir en su semblante, que no tenía intención de hacerle daño alguno. ¿Por qué, entonces? ¿De qué secreta capacidad de olvido o pasión surgía el deseo de su compañía? Tenía que saberlo, y, sin embargo, la

respuesta le inspiraba cierto temor.

Tras la cena, cuando se dispuso a beber su ración de vino de primavera, al otro lado del recipiente de gravanel, frente a Elena, hizo acopio de valor para interrogarla. Los dos Guardianes de Sangre se habían retirado del campamento, y se sintió aliviado al no tener que contar con ellos. Se frotó el mentón a través de la barba, recordando el peligro de las sensaciones físicas, y empezó preguntándole si había aprendido algo de Amok.

Elena meneó la cabeza, despreocupada, y la luz del gravanel rodeó su cabello de un halo.

—Sin duda faltan varios días para que localicemos la Séptima Ala. Habrá tiempo suficiente para interrogar a Amok.

Covenant aceptó estas palabras, pero no satisfacían su necesidad. Haciendo un esfuerzo, le preguntó por qué le había elegido.

Ella le miró, o miró a través de él, unos instantes antes de replicar:

—Thomas Covenant, sabes que no te elegí. Ningún Amo de Piedra Deleitosa te eligió. Lombrizderoca Babeante te convocó por primera vez, guiado por el Despreciativo. Así, pues, somos tus víctimas, de la misma manera que tú eres víctima de él. Tal vez sea como cree el Amo Mhoram..., quizá el Creador del Reino también eligió, o quizá los Amos muertos... Puede que el mismo Amo Superior Kevin tenga alguna influencia más allá de su tumba perdida. Pero yo no elegí. —Entonces su tono cambió—: Pero si hubiera elegido...

—No me refería a eso —la interrumpió Covenant—. Sé por qué me sucede esto, porque soy un leproso. Una persona normal se reiría... No, lo que quiero decir es... ¿Por qué me pediste que viniera contigo en busca de la Séptima Ala? Sin duda podrías haber elegido a otros.

—No comprendo esa enfermedad que te hace ser un... un leproso. Describes un mundo en el que los inocentes son atormentados. ¿Por qué hacen tales cosas? ¿Por qué las permiten?

—Aquí las cosas no son tan distintas. ¿O qué creías que le sucedió a Kevin? Pero estás eludiendo el tema. Quiero saber por qué me elegiste.

Recordó con un sobresalto la consternación de Troy cuando el Ama Superior anunció su elección.

—Muy bien, ur-Amo —dijo ella con evidente desgana—. Si he de responder a esta pregunta, la responderé. Hay muchas razones para mi elección. ¿Querrás escucharlas?

—Adelante.

—¡Ah, Increíble! A veces pienso que el Signo de Guerra Troy no está tan ciego. La verdad... Tú evades la verdad. Pero te diré mis razones. En primer lugar, me preparo para los riesgos del futuro. Si al fin llegaras a desear utilizar tu oro blanco, yo

estoy más capacitada que cualquier otro para ayudarte con el Bastón de la Ley. Desconozco el secreto de la magia indomeñable..., pero no hay más instrumento para discernirlo que el Bastón. Y si al final te volvieras contra el Reino, con el Bastón podría oponerte resistencia. No poseemos nada más con lo que podamos confiar en defendernos del poder del oro blanco.

»Pero tengo también otros objetivos. No eres un guerrero... y el Ala de Guerra se enfrentará a un gran peligro. Sólo la fuerza y la habilidad en el combate pueden preservar la vida. No deseo que arriesgues la tuya. Necesitas tiempo para poder tomar una decisión. Y, en cuanto a mí, deseo compañía. No puedo apartar de la guerra ni al Amo Mhoram ni al Signo General Troy. ¿Deseas más explicaciones?

Covenant percibió que la respuesta de Elena era incompleta y se esforzó para seguir interrogándola a pesar de su temor. Haciendo una mueca de disgusto por la continua incorrección de su conducta en el Reino, dijo intencionadamente:

—¿Compañía? Después de todo cuanto he hecho. Eres notablemente tolerante.

—No soy tolerante. No tomo decisiones sin consultar con mi corazón.

Por un instante, Covenant se enfrentó a las implicaciones de aquellas palabras. Eran tanto lo que había deseado como lo que había temido oír. Sin embargo, una mezcla de simpatía, temor y severidad consigo mismo le impidió continuar por aquel camino.

—Estás rompiéndole el corazón a tu padre —dijo con voz ronca—. Y a tu madre. El rostro de Elena se puso rígido.

—¿Me acusas de causarle dolor a Trell?

—No lo sé. Nos seguiría si le quedara alguna esperanza. Ahora sabe con seguridad que ni siquiera piensas en castigarme.

Se interrumpió, pero al ver el dolor que le causaba a Elena se apresuró a hablar de nuevo, para responder a las réplicas y contraacusaciones que ella no le había hecho.

—En cuanto a tu madre... No tengo derecho a hablar. No me refiero a lo que le hice. Eso es algo que, al menos, puedo comprender. Yo tenía tal... penuria... y ella parecía poseer tanto...

»No, me refiero a los Ranyhyn, aquellos Ranyhyn que acudían todos los años a la Pedraria Mithil. Hice un trato con ellos. Intentaba encontrar alguna solución, alguna forma de evitar volverme completamente loco. Y ellos me odiaban. Eran igual que el Reino... grandes, poderosos, superiores... y me detestaban.

Su voz se quebró al pronunciar la palabra «detestaban», como si repitiera: «¡Paria impuro y leproso!».

—Pero los Ranyhyn retrocedieron ante mí, se encabritaron... Un centenar de ellos. Les impulsaban...

»Así, pues, hice un trato con ellos. Les prometí que no cabalgaría, que no obligaría a ninguno de ellos a transportarme, e hice que me prometieran... Trataba de

encontrar alguna manera de impedir que su tamaño, su poder, su salud y fidelidad me volvieran loco. Les hice prometer que me responderían si alguna vez los llamaba, y también les hice prometer que visitarían a tu madre.

—Su promesa sigue en pie —dijo ella como si aquello la enorgulleciera.

Covenant suspiró.

—Así lo dijo Rue, pero no es ésa la cuestión. ¿No te das cuenta? Intentaba darle algo, compensarla de algún modo. Pero es inútil. Cuando le has hecho a alguien tanto daño, no puedes ir por ahí haciéndole regalos. Eso es arrogante y cruel. —En sus labios se dibujó un rictus amargo—. En realidad, sólo intentaba sentirme yo mismo mejor. Sea como fuere, resultó inútil, pues el Execrable puede pervertirlo todo. Cuando llegué al final de la búsqueda del Bastón de la Ley, las cosas estaban tan mal que ningún trato habría podido salvarme.

De repente, no pudo continuar. Quería decirle a Elena que no la acusaba, no podía acusarla... y al mismo tiempo era innegable que de algún modo la acusaba, pues sentía que el dolor de Lena merecía más lealtad.

Pero el Ama Superior parecía comprenderle. Aunque su mirada seguía en otra parte, respondió a los pensamientos de Covenant.

—No comprendes del todo a Lena, mi madre. Soy una mujer... humana como cualquier otra. Y te he elegido como compañero de esta indagación. Sin duda mi elección revela el corazón de mi madre tanto como el mío propio. Soy su hija. He estado a su cuidado desde que nací, y ella me enseñó. Incrédulo, nunca me inculcó cólera o amargura hacia ti.

—¡No! —exclamó Covenant—. ¡No! ¡Ella no!

Una visión de sangre nubló sus ojos, la sangre en las ingles de Lena. No podía soportar la idea de que le había perdonado, ¡ella!

Desvió la mirada. Sintió la proximidad de Elena, que intentaba hacerle volver la cabeza. Pero Covenant no podía mirarla a los ojos. Temía las emociones que la motivaban y que ni siquiera se atrevía a nombrar. Se tendió en las mantas, dándole la espalda, hasta que ella cubrió el recipiente de gravanel y se acostó.

A la mañana siguiente, poco después del alba, reaparecieron Morin y Bannor. Traían a Myrha y la cabalgadura de Covenant. Éste se levantó y comió con Elena mientras los Guardianes de Sangre recogían las mantas. Poco después de que hubieran reemprendido la marcha hacia el oeste, Amok se hizo de nuevo visible al lado del Ama Superior.

Covenant no estaba de humor para los encantamientos de Amok. Durante la noche había tomado una decisión. Tenía que correr un riesgo, un gesto peligroso que confiaba podría ayudarle a recobrar su integridad. Antes de que el joven comenzara a dispensar sus gracias, Covenant hizo un esfuerzo para contener el súbito martilleo de su corazón y preguntó a Amok qué sabía sobre el oro blanco.

—Mucho y poco, Portador —respondió Amok, riendo y haciendo una leve reverencia—. Se dice que el oro blanco articula la magia indomeñable que destruye la paz. Pero ¿quién es capaz de destruir la paz?

Covenant frunció el ceño.

—Estás haciendo juegos de palabras y yo te he hecho una pregunta directa. ¿Qué sabes de eso?

—¿Saber, Portador? Ésa es una palabra breve... Oculta la magnitud de su significado. He oído lo que me han dicho y he visto lo que mis ojos han contemplado, pero sólo tú eres el portador del oro blanco. ¿Llamas a eso conocimiento?

Elena acudió en ayuda de Covenant.

—Dinos, Amok, ¿acaso al oro blanco se entrelaza de alguna manera con la Séptima Ala? ¿Es el oro blanco el tema o la clave de ese Ala?

—Ah, Ama Superior, todas las cosas se entrelazan. —El joven parecía disfrutar de su habilidad para esquivar las preguntas—. La Séptima Ala puede ignorar el oro blanco, y quien domina el oro blanco puede que no sepa qué hacer con la Séptima Ala... No obstante, ambos son poder, formas y rostros del único Poder de la vida. Pero el Portador no es mi maestro. Hace sombra pero no me oscurece. Respeto aquello de lo que es portador, pero sin que se altere por ello mi propósito.

—Entonces no tienes por qué evadir sus preguntas —le dijo Elena con firmeza—. Habla de lo que has oído y sabido acerca del oro blanco.

—Hablo a mi manera, Ama Superior. Portador, he oído mucho y sabido poco con respecto al oro blanco. Es la paradoja que rodea al arco del Tiempo, la restricción indisciplinada de la creación de la Tierra, el hueso ausente del Poder de la Tierra, la rigidez del agua y el flujo de la roca. Articula la magia indomeñable que destruye la paz. Los *Bhrathair* hablan de él en voz baja, los *Elohim* lo nombran con un temor reverencial, aunque no lo han visto jamás. El gran *Kelenbhrabanal* sueña con él en su tumba, y las sombrías Gorgonas de arena se retuercen en una muda pesadilla al oír su nombre. En sus últimos días, el Amo Superior Kevin lo anhelaba en vano. Es el abismo y la cumbre del destino.

Covenant suspiró, pues se confirmaban sus temores de que recibiría una respuesta así. Ahora tendría que ir más lejos, preguntar lo que más temía.

—Basta, no necesito más. Dime tan sólo de qué manera el oro blanco... —Se interrumpió un instante, pero el recuerdo de Lena le impulsó a seguir—. Dime cómo se puede usar este maldito oro blanco.

Amok se echó a reír.

—Ah, Portador, pregúntale al mar Cuna del Sol o al Vertedero Celeste de Melenkurion. Pregunta a los fuegos de Gorak Krembal o al corazón de yesca de la Espesura Acogotante. Toda la Tierra lo sabe. El oro blanco se usa como cualquier otro poder... a través de la pasión y el misterio, el honesto subterfugio del corazón.

—Maldita sea —gruñó Covenant, haciendo un esfuerzo para disimular su sensación de alivio.

No le gustaba admitir cuánto le alegraba seguir ignorando aquel tema. Pero aquella ignorancia era vital para su autodefensa. Mientras desconociera el uso de la magia indomeñable, no le podrían culpar del destino del Reino. En una pérfida y secreta parte de su corazón sabía que se había arriesgado a hacer aquella pregunta sólo porque confiaba en que la respuesta de Amok no le revelaría nada. Ahora se sentía como un embustero. Hasta sus intentos de recuperar la dignidad eran impuros. Pero el alivio que sentía era superior al disgusto hacia sí mismo.

Aquel alivio le permitió cambiar de tema e intentó mantener una conversación normal con el Ama Superior. Se sentía torpe como un lisiado. No había conversado de una manera informal con otra persona desde que se le declaró la lepra. Pero Elena respondió de buen grado, incluso con alegría, agradeciendo la atención que le dispensaba Covenant. Pronto éste ya no tuvo que buscar preguntas que insinuaran la respuesta.

El sosegado paisaje de Fidelia enmarcaba su charla. Mientras ascendían hacia el oeste, a través de colinas, bosques y brezales, el aire otoñal se hacía más diáfano. El cielo estaba animado por los aleteos de las aves. La luz del sol se extendía como si en cualquier momento pudiera producirse un estallido de chispas y resplandores. Los colores del otoño eran deslumbrantes. Los jinetes empezaron a ver más animales, conejos y ardillas, rollizos tejones y algunos zorros. La atmósfera en general parecía adaptarse al Ama Superior Elena. Gradualmente, Covenant llegó a comprender aquel aspecto de su condición de Ama. Elena se hallaba en Fidelia en su elemento, y la salud de Kurash Plenethor era la suya propia.

En el curso de las preguntas que le hacía Covenant, evitó un solo tema: sus experiencias infantiles con los Ranyhyn. Algo había en sus primeras cabalgatas e iniciaciones demasiado íntimo para hablar de ello al aire libre. Pero respondió a otras cuestiones sin la menor reserva. Permitted que el Incrédulo le hiciera hablar de sus años en la Raat, de Madera Deleitosa, Fidelia, Piedra Deleitosa, de su condición de Ama y del poder. Covenant tuvo la sensación de que ella le ayudaba, le permitía todo, cooperaba, y él le estaba agradecido. Al cabo de algún tiempo, ya no se sentía incómodo en las pausas de la conversación.

El día siguiente transcurrió de modo similar, pero un día después observó que le abandonaba aquel talante abierto y comunicativo. Perdió su facilidad de palabra. El recuerdo de su soledad le refrenaba la lengua y sentía un picor irritante en la barba, que era como un recordatorio de peligro. Se dijo que aquello era imposible, que no podía sucederle. Intencionalmente, impulsado por su enfermedad y por todas las disciplinas de supervivencia que había perdido, sacó a colación al Amo Superior Kevin.

—Me fascina —dijo Elena, y el núcleo de quietud en su voz se parecía a la calma en el ojo de una tormenta—. Fue el más grande en toda la línea de Berek Corazón Fuerte..., el Amo dotado de mayor dominio en toda la historia conocida o legendaria del Reino. Su fidelidad al Reino y al Poder de la Tierra era intachable. Su amistad con los Gigantes era tema para una buena canción. Los Ranyhyn le adoraban, y los Guardianes de Sangre hacían su juramento por él. Si tenía algún defecto, era una confianza excesiva... pero ¿cómo considerar la confianza una falta? Al principio, fue un honor que el Despreciativo obtuviera de él la condición de Amo, y el acceso a su corazón. ¿Acaso el Barón del Colmillo no fue reconocido y aprobado por el *orcrest* y el *lomillialor*, las pruebas de la verdad? La inocencia se glorifica por su vulnerabilidad.

»Y no estaba ciego. En el terrible secreto de su duda, rechazó las convocatorias que le habían conducido a la muerte en la Garganta del Traidor. Con su capacidad de videncia o profecía, tomó decisiones que preservaban el futuro del Reino. Preparó sus Alas. Aportó los medios para la supervivencia de los Gigantes, Ranyhyn y Guardianes de Sangre. Puso en guardia a la gente. Y luego, con su propia mano, destruyó...

»Thomas Covenant, algunos creen que el Ritual de la Profanación expresó la más alta sabiduría del Amo Superior Kevin. Son pocos, pero significativos. En general, se cree que Kevin se esforzó por lograr esa paradoja de la pureza a través de la destrucción... y fracasó, pues tanto él como toda la obra de los Amos fueron destruidos, mientras que el Despreciativo perduraba. Pero estos pocos argumentan que la desesperación o la locura finales con que Kevin invocó al Ritual fue un sacrificio necesario, un precio que hizo posible la victoria definitiva. Argumentan que sus preparativos y luego el Ritual —obligando tanto a la salud como a la maldad a iniciar de nuevo su obra— se llevaron a cabo para proporcionarnos la derrota del Barón del Colmillo. Según este argumento, Kevin previó la necesidad que impulsaría al Despreciativo a convocar el oro blanco en el Reino.

—Debió estar más enfermo de lo que creía —musitó Covenant—. O quizá es que le gustaban las profanaciones.

—Creo que no se trata ni de una cosa ni de la otra —replicó ella severamente—. Fue un hombre valiente y valioso que se vio conducido a una situación límite. Cualquier mortal habría sucumbido a la desesperación... Por ese motivo nos aferramos al Juramento de Paz. Y por esta misma razón el Amo Superior Kevin me fascina. Reconoció el Reino y lo manchó... Afirmó y denunció a la vez. ¡Qué grande debió ser su aflicción! Y qué grande sería su poder si hubiera sobrevivido a aquel último momento devorador... si, tras haber contemplado la Profanación y oído el júbilo del Despreciativo, hubiera vivido para asestar un golpe más.

»Thomas Covenant, creo que hay una fuerza imposible de medir en la

consumación del desespero, una fuerza que está más allá de cuanto puede concebir un alma consumida en un holocausto. Creo que si el Amo Superior Kevin pudiera hablar desde más allá de la tumba, pronunciaría una palabra que dejaría sin tuétano los huesos del mismo Amo Execrable, el Despreciativo.

—¡Eso es una locura! —exclamó Covenant, sin atreverse a mirarla—. ¿Crees que una existencia después de la muerte va a justificarte cuando hayas extirpado la vida de la Tierra? Ése fue exactamente el error de Kevin. ¡Debe estar asándose en el infierno!

—Quizá —dijo ella en voz queda, y Covenant percibió con sorpresa que la tormenta implicada en su tono había desaparecido—. Jamás tendremos ese conocimiento, ni deberíamos necesitarlo para seguir viviendo. Pero creo ver un peligro en la creencia del Amo Mhoram de que el Creador de la Tierra te ha elegido para defender el Reino. Tengo la corazonada de que eso no da razón de ti. Sin embargo, a veces he pensado que tal vez nuestros muertos viven en tu mundo. Quizás ahora el Amo Superior Kevin anda sin descanso por tu Tierra, en busca de una voz que pueda pronunciar aquí su palabra.

Covenant gimió, pues la sugerencia de Elena le consternaba. Oyó en ella la conexión que establecía el Ama entre Kevin Arrasatierra y él mismo. Y las implicaciones de esa relación le hicieron dar un vuelco a su corazón, como si les asaltaran potentes ráfagas de presagio. Mientras seguían cabalgando, el nuevo silencio entre ellos parecía brillar con los blancos ojos del miedo.

Tal estado de ánimo empeoró a lo largo de aquel día y durante el siguiente. La magnitud de lo que estaba en juego paralizaba a Covenant, le hacía sentirse incapacitado para hacer frente a semejantes problemas. Se ocultó en el silencio como si fuera una crisálida, un blindaje contra alguna vulnerabilidad o metamorfosis especial. Un oscuro impulso como un recuerdo de la época pasada con Atiaran le impulsó a rezagarse y cabalgar detrás de Elena. Y a espaldas de ella, siguió a Amok hacia las tierras altas de Fidelia.

Entonces, al sexto día, el trece desde su salida de Piedra Deleitosa, se recuperó hasta cierto punto. Alzó la cabeza con el ceño fruncido y vio la cordillera de las Montañas Occidentales por encima de él. El grupo del Ama Superior Elena se aproximaba al ángulo sudoccidental de Fidelia, donde el río Rill ascendía a las montañas. Ya los riscos y las nieves de la cordillera llenaban todo el cielo occidental. Fidelia se extendía detrás de él como la obra de los Amos expuesta para revisión. Resplandecía bajo la luz del sol como si confiara en su aprobación. El ceño de Covenant se hizo más profundo, y volvió su atención a otra parte.

Los jinetes se aproximaron al borde del cañón del río Rill. El rumor sordo e incesante de la corriente, que no podía verse desde el borde del cañón, daba a Fidelia una dimensión sonora, como un tarareo subliminal emitido por las montañas y las

colinas. Desde todos los ángulos, el paisaje tenía nuevas sugerencias, recordaba a Covenant que subía a uno de los lugares más elevados del Reino, y no le gustaban los sitios altos. Pero su ceño fruncido fue como un ancla de las involuntarias reacciones de su rostro, y regresó al lado de Elena. Ella le dirigió una sonrisa que Covenant no podía devolver, y siguieron cabalgando juntos hacia las montañas.

Al anoecer se detuvieron para acampar junto a un pequeño estanque cerca del borde del cañón. Veían ante ellos el agua que salía de la ladera montañosa y que se acumulaba en una cuenca abierta en la roca antes de verterse por el borde hacia el río Rill. Aquel estanque podría haber servido como un indicador de los límites de Fidelia. Inmediatamente al sur se encontraba el cañón del Rill; al oeste, las montañas parecían surgir abruptamente del suelo, como una emboscada petrificada, y Kurash Plenethor se extendía al noroeste, al otro lado del terreno en declive. La agresiva proximidad de las montañas contrastaba vivamente con la sosegada panoplia de Fidelia, y aquel contraste, multiplicado por el alegre rumor del invisible Rill, daba a todo el conjunto un cariz de sorpresa, un aspecto o impresión de premura. La atmósfera que rodeaba el estanque producía una sensación de frontera casi tangible.

A Covenant no le gustó. Algo parecía al acecho en el ambiente crepuscular, y se sentía vulnerable. Los jinetes no estaban obligados a detenerse allí, pues la luz diurna aún era suficiente para avanzar más. Pero el Ama Superior había decidido acampar junto al estanque. Despidió a Amok, encargó a los dos Guardianes de Sangre el cuidado de su Ranyhyn y el caballo de Covenant y luego colocó su recipiente de gravanel sobre una piedra plana cerca del estanque y pidió a Covenant que la dejara sola para poder bañarse.

Rezongando como si el mismo aire le molestara, Covenant se alejó y buscó abrigo al lado de una roca desde donde no podía ver el estanque. Apoyó la espalda en la piedra, se abrazó las rodillas y dirigió la vista hacia Fidelia. Las lomas boscosas le parecieron especialmente atractivas, ahora que empezaba a cubrirlas la sombra de las montañas. Los picos parecían exudar una austera oscuridad que iba sumergiendo poco a poco la exuberancia de Fidelia. Las montañas se imponían por su impresionante grandiosidad, pero Covenant prefería Fidelia, una tierra menos encumbrada y más humana.

Entonces el Ama Superior interrumpió su ensoñación. Había dejado su túnica y el Bastón de la Ley sobre la hierba, junto al gravanel. Envuelta sólo en una manta, con uno de cuyos extremos se secaba el cabello, fue a reunirse con él. Aunque la manta revelaba menos de su esbelta figura que la túnica, su presencia era más intensa que nunca. El simple movimiento de sus miembros cuando se sentó a su lado ejerció una incómoda influencia en él. Notó que le dolía el pecho otra vez, como le había ocurrido en Glimmermere.

Esforzándose por defenderse de una ternura imposible, se alejó de la roca y

caminó rápidamente hacia el estanque. El picor de su barba le recordaba que también él necesitaba un baño. El Ama Superior quedó fuera de su vista. Bannor y Morin estaban ausentes. Se desnudó junto al recipiente de gravanel y se acercó al estanque.

El agua estaba fría como la nieve, pero se arrojó a ella como un hombre que hace penitencia, y empezó a frotarse la piel como si estuviera manchada. Se friccionó el cuero cabelludo y las mejillas hasta que las puntas de los dedos le cosquilleaban, y luego se zambulló y permaneció bajo el agua hasta sentir que le ardían los pulmones. Pero cuando salió del agua y buscó el calor del recipiente de gravanel, descubrió que sólo había agravado sus dificultades. Se sentía estimulado, más voraz, pero no más limpio.

No podía comprender el poder que Elena ejercía sobre él ni controlar sus reacciones. Elena era una ilusión, una invención. No debería sentirse tan atraído por ella. Y ella no debería estar tan deseosa de atraerle. Covenant ya era responsable de ella. Su único acto de potencia en el Reino le había condenado a aquello. ¿Cómo era posible que no le culpara?

Cogió una de las mantas y se secó con bruscos movimientos. Luego dejó la manta junto al gravanel, para que se secase, y empezó a vestirse. Se puso las ropas con gestos rudos, como si se preparara para un combate. Se calzó las fuertes botas y se puso la camisa y los protectores tejanos de fuerte tela. Se aseguró de que aún llevaba en los bolsillos su cortaplumas y el *orcrest* que le dio el Guardahogar Tohrm.

Cuando estuvo adecuadamente enjaezado, regresó al lado del Ama Superior. Caminó con pasos pesados, para que el ruido de sus pisadas advirtiera a Elena, pero la hierba los absorbió y no hizo más ruido que un espectro indignado.

La encontró de pie, a corta distancia de la roca. Contemplaba Fidelia con los brazos cruzados sobre el pecho, y no se volvió a él cuando se le acercó. Covenant permaneció unos momentos a dos pasos detrás de ella. Aún no habían salido las estrellas, pero Fidelia yacía envuelta en el prematuro crepúsculo de las montañas. A la luz del crepúsculo, la superficie de la promesa que los Amos hicieron al Reino estaba velada y oscura.

Covenant hizo girar el anillo en su dedo, le dio vueltas con fuerza, como si quisiera tensarlo hasta que se rompiera. Cuando habló, su tono revelaba una frustración que no podía aliviar ni reprimir.

—¡Maldita sea, Elena! ¡Soy tu padre!

Ella no mostró signo alguno de haberle oído, pero al cabo de un rato respondió en tono bajo, susurrante:

—Triock, hijo de Thuler, creería que has sido honrado. No lo diría amablemente, pero su corazón hablaría con esas palabras, o tendría ese pensamiento. Si no hubieras sido convocado al Reino, podría haberse casado con Lena, mi madre, y no hubiera ido a la Raat, pues no tenía anhelo de conocimiento. La administración de la vida en

la pedraria habría bastado para él. Pero si él y Lena, mi madre, hubieran tenido una hija que se convertiría en Ama Superior del Consejo de Piedra Deleitosa, se habría sentido honrado, a la vez elevado y humillado por su participación en la existencia de su hija.

»Escúchame, Thomas Covenant. Triock, hijo de Thuler, de la Pedraria Mithil, es mi verdadero padre, el padre de mi corazón, aunque no me engendrara. Lena, mi madre, no se casó con él, aunque Triock le suplicó que compartiera su vida. No deseaba compartirla con nadie..., la vida de tu hija le satisfacía. Pero aunque ella no quiso compartir su vida, él compartió la suya. Cuidó de ella y de mí, y ocupó el lugar de un hijo de Trel, el padre de Lena, y Atiaran, su madre.

»Ah, fue un padre severo. El amor de su corazón fluía por canales rotos..., anhelo, aflicción y, sí, furor contra ti, nunca remitieron, y encontraban nuevos caminos cuando los viejos se desviaban o bloqueaban. Pero nos dio a Lena mi madre, y a mí toda la ternura y dedicación de un padre. Júzgale por mí, Thomas Covenant. Cuando Lena soñaba en ti y apartaba sus pensamientos de mí, cuando Atiaran, atormentada, perdió su capacidad de cuidar de mí y requirió toda la atención de Trel, su marido, entonces Triock, hijo de Thuler estuvo a mi lado. Es mi padre.

Covenant trató de suprimir ácidamente sus emociones.

—Debería haberme matado cuando tuve la ocasión de hacerlo.

Ella prosiguió como si no le hubiera oído.

—Él protegió mi corazón de injustas exigencias. Me enseñó que las angustias y la ira de mis padres y los suyos no tenían que dañarme ni enfurecerme, que yo no era la causa ni la cura de su dolor. Me enseñó que mi vida me pertenece, que podría compartir el cuidado y consuelo de las heridas sin compartir las heridas, sin esforzarme por dominar más vidas que la mía propia. Me enseñó esto, él, que dio su propia vida a Lena, mi madre. Triock te detesta, Thomas Covenant. Y sin embargo, si no fueras mi padre, también yo te detestaría.

—¿Has terminado? —musitó Covenant entre dientes—. ¿Cuánto más crees que puedo soportar?

Elena se volvió hacia él. Las lágrimas recorrían sus mejillas. Su silueta se recortaba contra el oscuro panorama de Fidelia cuando avanzó, le echó los brazos al cuello y le besó.

Covenant se quedó sin aliento, aturdido. Una negra niebla cubrió su visión mientras los labios de Elena acariciaban los suyos.

Entonces, por un instante, perdió el control de sí mismo y rechazó a Elena, como si su aliento estuviera infectado.

—¡Bastarda! —exclamó, y la abofeteó con toda su fuerza.

El golpe la hizo tambalearse.

Covenant se lanzó tras ella. Sus dedos aferraron la manta y la arrancaron de sus

hombros.

Pero su violencia no intimidó a Elena. Recuperó el equilibrio y no retrocedió ni hizo esfuerzo alguno por cubrirse. Con la cabeza alta, se mantuvo erecta y serena, permaneciendo desnuda ante él como si fuera invulnerable.

Covenant retrocedió. Se apartó de ella amedrentado, como si le aterrara.

—¿No he cometido suficientes delitos? —jadeó ásperamente—. ¿No estás satisfecha?

Su respuesta pareció brotar limpia y clara de aquella extraña dualidad de su mirada.

—No puedes violarme, Thomas Covenant. No cometes ningún delito, porque yo lo deseo. Te he elegido.

—¡No! —gimió él—. ¡No digas eso! —Se abrazó el pecho, como si quisiera ocultar un agujero en su blindaje—. Estás tratando de hacerme regalos otra vez. Intentas sobornarme.

—No. Te he elegido. Deseo compartir la vida contigo.

—¡No! —repitió él—. No sabes qué estás haciendo. ¿No comprendes con qué desesperación yo... yo...?

Pero no pudo pronunciar las palabras «te necesito», que se ahogaron en su garganta. La quería, deseaba sobre todas las cosas lo que ella le ofrecía, pero una pasión más imperiosa que el deseo le refrenaba.

Elena no hizo movimiento alguno hacia él, pero le dijo:

—¿Cómo puede hacerte daño mi amor?

—¡Maldición! —exclamó él lleno de frustración, y abrió los brazos como un hombre que descubre un horrible secreto—. Soy un leproso. ¿No te das cuenta?

Pero supo en seguida que ella no se daba cuenta, no podía verlo porque carecía del conocimiento o la amargura necesarios para percibir lo que él llamaba *lepra*. Se apresuró a intentar una explicación antes de que ella se acercara más, y estuviera perdido.

—Mira. ¡Mira! —Señaló su pecho con un dedo acusador—. ¿No comprendes de qué tengo miedo? ¿No entiendes el peligro que encierro aquí? ¡Temo convertirme en otro Kevin! Primero empezaré por amarte y luego aprenderé a utilizar la magia indomeñable o lo que sea, hasta que el Execrable me atrape en la desesperación, y entonces seré destruido. *Todo* será destruido. Ése ha sido su plan desde el principio. Una vez empiece a amarte, o a amar al Reino, ¡sólo tiene que sentarse y reír! ¡Maldita sea, Elena! ¿No lo ves?

Elena se movió entonces. Cuando estuvo al alcance de sus brazos, se detuvo y tendió una mano. Con las puntas de los dedos tocó la frente de Covenant, como si quisiera eliminar la oscuridad que se acumulaba allí.

—Ah, Thomas Covenant —dijo quedamente—, no soporto verte ese ceño tan

fruncido. No temas, querido. No padecerás el destino de Kevin Arrasatierra. Yo te preservaré.

Al sentir su contacto, algo se rompió dentro de él. La pureza de su gesto le venció. Pero no fue su contención lo que se rompió, sino su frustración. Se sintió invadido de ternura que respondía a la de Elena. Pudo ver a su madre en ella, y entonces percibió de súbito que no era la cólera lo que le hacía ser violento con ella, lo que oscurecía su amor, sino más bien la pena y el desprecio hacia sí mismo. El dolor que había causado a su madre era sólo una forma compleja de dañarse a sí mismo, una expresión de su lepra. No tenía que repetir aquel acto.

Todo era imposible. Ella ni siquiera existía. Pero en aquel momento no le importó. Era su hija. Tiernamente, se agachó, recogió la manta y la cubrió con ella, sostuvo su rostro entre sus manos, acarició aquel dulce rostro con la imposible viveza de sus dedos. Le limpió las lágrimas con los pulgares y la besó suavemente en la frente.

XXII

ANUNDIVIAN YAJÑA



la mañana siguiente abandonaron Fidelia y cabalgaron por el terreno desconocido de las montañas. Cuando habían penetrado media legua en la cordillera, Amok les llevó a un puente de piedra que cruzaba la estrecha garganta por cuyo fondo corría el río Rill. Para reducir el efecto de su miedo a las alturas y tranquilizar a su montura, Covenant desmontó y cruzó el puente a pie, flanqueado por los Guardianes de Sangre con sus Ranyhyn. Pasó al otro lado sin dificultad.

Desde allí, Amok condujo al grupo del Ama Superior a lo más recóndito de los picos.

Más allá de las laderas, el camino se volvía abrupto, escarpado, y la marcha tenía que ser lenta. Amok avanzaba con prudencia, delante de todos, y los jinetes le seguían por valles tan llenos de piedras que parecían vertederos de cascotes, subían por cuestas traicioneras, resbaladizas, y laderas cubiertas de guijarros que parecían regurgitados por las entrañas rocosas de la montaña, pasaban por desfiladeros y puertos y descendían por salientes que atravesaban como cicatrices las ásperas paredes de piedra. Pero no había duda de que Amok conocía el camino. Una y otra vez se dirigió directamente a la única salida posible de un valle cerrado, o encontró el único camino de herradura a través de una pendiente rocosa, o corrió sin vacilación a una grieta que circunvalaba la superficie lisa de un pico. A través de la masa en forma de ruda sierra de las montañas, condujo al Ama Superior con la oblicuidad de un hombre que recorre un laberinto conocido.

Durante la primera jornada, su objetivo pareció simplemente subir más alto. Hizo que los jinetes prosiguieran su duro ascenso hasta que el frío parecía abatirse sobre ellos desde las cumbres heladas de los picos más altos. En aquella atmósfera delgada, Covenant tenía la sensación de escalar una montaña inaccesible y despiadada, y aceptó una especie de gruesa esclavina que le ofreció Bannor con un estremecimiento que no estaba causado sólo por el frío.

Entonces Amok cambió de dirección. Como si estuviera finalmente satisfecho con el aire helado y el avance por los vericuetos de la montaña, no buscó más altura y empezó a seguir un tortuoso camino hacia el sur. En vez de internarse más en las Montañas Meridionales, avanzó en paralelo a sus límites orientales. Por el día dirigía a sus compañeros por aquel camino que sólo él conocía, y de noche les dejaba al abrigo de pequeños valles y gargantas, donde encontraban inesperados trechos de hierba para los caballos, y tenían que enfrentarse como podían al frío vigorizante o

cruel.

Amok no parecía sentir el frío. Con su delgada túnica que flameaba y se pegaba a sus miembros, avanzaba con una incansable vivacidad, como si fuera impenetrable a la fatiga y el hielo. A menudo tenía que detenerse para que los Ranyhyn y el potro de Covenant no se quedaran rezagados.

Los dos Guardianes de Sangre eran como él. No les afectaba el frío o la altitud. Pero eran *Haruchai*, nacidos para la vida en aquellas montañas. Sus fosas nasales se distendían con el vaporoso aliento del alba y el crepúsculo. Su mirada inquisitiva se deslizaba por los despeñaderos, los valles a veces adornados con pequeños lagos de color azul marino, los blancos glaciares agazapados en los desfiladeros más altos, los arroyos alimentados por las nieves. Aunque sólo vestían túnicas cortas, nunca temblaban de frío. Sus anchas frentes, sus delgadas mejillas y su actitud confiada no traslucían ningún temor, ninguna excitación visceral. Había, sin embargo, algo claro y apasionado en la atención con que vigilaban a Elena, Covenant y Amok.

Elena y Covenant no eran tan inmunes al frío. Su sensibilidad les hacía desear intensamente el avance hacia el aire cálido del sur. Pero se mantenían calientes gracias a las mantas y las prendas adicionales con que se cubrían. El Ama Superior no parecía sufrir. Y mientras ella no sufriera, Covenant no sentía dolor. Podía hacer caso omiso de la incomodidad. Estaba más en paz consigo mismo de lo que había estado en mucho tiempo.

Desde que salieran de Fidelia, desde que hiciera el descubrimiento que le permitía amarla sin desprejarse a sí mismo, había apartado de su mente todo lo demás, concentrándose en su hija. El Amo Execrable, el Ala de Guerra, incluso la empresa que perseguían ahora eran insignificantes para él. Miraba a Elena, la escuchaba, sentía su presencia en todo momento. Cuando veía que el Ama Superior tenía ganas de hablar, se apresuraba a hacerle preguntas, y cuando ella prefería callar, respetaba su silencio. Pero en cualquier caso se sentía agradecido, profundamente conmovido por el ofrecimiento que ella le había hecho... y que él había rechazado.

Sabía —no podía evitarlo— que ella no estaba igualmente satisfecha. No había hecho su ofrecimiento a la ligera, y no parecía dispuesta a comprender su rechazo. Pero el pesar por haberle ocasionado dolor, no hacía más que aumentar las atenciones de Covenant hacia ella. Se concentraba en ella como sólo podría hacerlo un hombre profundamente familiarizado con la soledad. Y esto no le pasaba desapercibido a Elena. Tras los primeros días de su viaje por las montañas, Elena volvió a sosegar en su compañía, y sus sonrisas expresaron una franqueza de afecto que antes no se había permitido. Entonces Covenant sintió que estaba en armonía con ella, y viajó satisfecho a su lado. A veces daba alegres gritos a su caballo, como si disfrutara cabalgando en él.

Pero en los días siguientes se produjo un lento cambio en Elena, un cambio que

no tenía nada que ver con Covenant. A medida que transcurría el tiempo, mientras viajaban aproximándose al lugar secreto donde se hallaba la Séptima Ala, Elena se preocupaba cada vez más por el propósito de su búsqueda. Interrogaba con más frecuencia a Amok, y lo hacía de una manera más tensa. A veces, Covenant podía ver en aquella mirada dirigida a otra parte que Elena pensaba en la guerra, un deber del que se había apartado, y en ocasiones la inquietud se reflejaba en su voz cuando se esforzaba por formular las preguntas que podrían darle acceso al misterioso conocimiento de Amok.

Covenant no podía soportar que Elena soportara aquella carga. Él mismo desconocía los hechos esenciales. Transcurrieron los días. Salió la luna nueva y luego fue declinando hacia su cuarto menguante, pero Elena no hizo ningún progreso. Finalmente, el deseo de Covenant de ayudarle le hizo hablar con Bannor.

De un modo curioso, se sentía inseguro con los Guardianes de Sangre, no física, sino emocionalmente. La disparidad entre él y Bannor producía una tensión. La pétrea mirada del *Haruchai* tenía el aire autoritario de un hombre que no se digna pronunciar el juicio que le merecen sus compañeros. Y Covenant tenía otras razones para sentirse incómodo con Bannor. Más de una vez había hecho recaer en Bannor el peso de su propia cólera inútil. Pero no tenía a nadie más a quien dirigirse. Era completamente inútil para Elena.

Desde los primeros días en Piedra Deleitosa, había percibido una tenue sombra de discrepancia en la actitud del Guardián de Sangre hacia Amok, una discrepancia que había verificado, pero sin hallarle explicación, en Madera Deleitosa. Sin embargo, no sabía cómo abordar el tema. Obtener información de Bannor era difícil, pues la reserva habitual del Guardián de Sangre era frustrante. Y Covenant estaba decidido a no decir nada que pudiera parecer una ofensa a la integridad de Bannor. Éste ya había demostrado su fidelidad en las madrigueras de los Entes bajo el monte Trueno.

Covenant inició su intento de descubrir por qué la Escolta de Sangre había considerado adecuado enviar sólo a Bannor y a Morin para proteger al Ama Superior en su indagación. Consciente de su falta de destreza, observó:

—Me parece que no consideras que corramos un gran peligro en este viaje.

—¿Peligro, ur-Amo?

El tono de Bannor parecía implicar que cualquiera que estuviese protegido por los Guardianes de Sangre no necesitaba pensar en el peligro.

—Sí, peligro —repitió Covenant, con un dejo de su antigua aspereza—. Es una palabra corriente estos días.

Bannor reflexionó un momento y luego dijo:

—Estamos en las montañas. Aquí siempre hay peligro.

—¿Por ejemplo?

—Pueden caer rocas o desencadenarse tormentas. En estas alturas merodean

tigres. Aquí cazan grandes águilas. —Covenant creyó oír un atisbo de satisfacción en el tono de Bannor—. Las montañas son peligrosas.

—Si es así, ¿por qué...? Bannor, me gustaría saber por qué sólo habéis venido dos Guardianes de Sangre.

—¿Hay necesidad de más?

—¿Y si somos atacados..., por tigres o lo que sea? ¿O si hay una avalancha? ¿Sois suficientes vosotros dos?

—Conocemos las montañas —replicó Bannor en tono neutro—. Nos bastamos.

Covenant no podía contradecir aquella afirmación. Hizo un esfuerzo para abordar de otro modo lo que quería saber, aunque el intento le llevó a un terreno sensible, que prefería haber evitado.

—Bannor, siento como si lentamente os fuera comprendiendo a los Guardianes de Sangre. Bueno, no realmente comprenderos, sino conoceros. Al menos puedo reconocer vuestra dedicación y sé cuál es su aspecto. Ahora tengo la sensación de que aquí sucede algo... algo incoherente, que no puedo reconocer.

»Estamos avanzando entre montañas, donde podría suceder cualquier cosa. Estamos siguiendo a Amok quién sabe adonde, aunque apenas tenemos idea de lo que hace, y no digamos ya de por qué lo hace. Y tú te das por satisfecho con la seguridad del Ama Superior, a la que sólo protegen dos Guardianes de Sangre. ¿No has aprendido nada de Kevin?

—Somos la Escolta de Sangre —respondió Bannor impasible—. El Ama está segura, tan segura como es posible estarlo.

—¿Segura? —protestó Covenant.

—Una docena o un centenar de Guardianes de Sangre no le proporcionarían más seguridad.

—Admiro tu confianza.

Su propio sarcasmo hizo estremecerse a Covenant, e hizo una pausa para reconsiderar sus preguntas. Entonces bajó la cabeza como si quisiera vencer con su frente la resistencia de Bannor, y le preguntó sin ambages:

—¿Confías en Amok?

—¿Confiar en él, ur-Amo? —El tono de Bannor indicaba que, de alguna manera, aquella pregunta era anodina—. No nos ha hecho peligrar, ha escogido un buen camino a través de las montañas y el Ama Superior eligió seguirle. Nosotros no pedimos más.

Sin embargo, Covenant seguía sintiendo la presencia acechante de algo inexplicado.

—Te repito que hay algo que no encaja —dijo irritado—. Oye, es un poco tarde para estas incongruencias. Voy a dejarlas, porque no me sirven de nada. Si no te importa, preferiría escuchar algo que tenga sentido.

»Bannor, tú... me soportas pacientemente. No puedo dejar de darme cuenta. Primero había algo que no comprendo, algo fuera de tono, en la forma en que los Guardianes de Sangre reaccionasteis cuando Amok llegó a Piedra Deleitosa. No sé qué era. Luego, en Madera Deleitosa, no os apresurasteis a ayudar a Troy cuando capturó a Amok. Y después de eso... ¡Sólo dos Guardianes de Sangre! No tiene sentido, Bannor.

Bannor se mostró incommovible.

—Ella es el Amo Superior y tiene el Bastón de la Ley. Es fácil defenderla.

Aquella respuesta frustró a Covenant. No le satisfacía, pero no se le ocurría cómo soslayarla. No sabía qué era lo que estaba tanteando. Supo por intuición que sus preguntas eran insignificantes, pero no podía justificarlas o articularlas de un modo útil. Reaccionó a la insobornable impasibilidad de Bannor como si fuera una especie de piedra de toque, un criterio de rectitud paradójicamente privado e inevitable. Bannor le hacía ser consciente de que había algo no del todo sincero en el hecho de acompañar al Ama Superior.

Covenant se apartó de Bannor y volvió su atención al Ama Superior. Elena no había tenido mejor suerte con Amok, y así lo indicaba su aspecto elusivo cuando regresó al lado del Incrédulo. Cabalgaron juntos, ocultando sus diversas ansiedades tras una charla ligera de conmiseración mutua.

La noche del onceavo día de su viaje por las montañas, Elena le expresó una opinión.

—Amok nos lleva al Vertedero Celeste de Melenkurion —dijo, como si aquella suposición fuera peligrosa—. Allí está escondida la Séptima Ala.

Y al día siguiente, el decimoctavo desde que habían salido de Madera Deleitosa y el vigésimoquinto desde el Consejo de Guerra de los Amos, se rompió el ritmo de su avance.

El día amaneció frío y encapotado, como si la luz del sol estuviera cubierta por grises mortajas. Un extraño olor flotaba en el aire. Ráfagas intermitentes de viento barrían el campamento mientras Elena y Covenant desayunaban, y a lo lejos podían oír un sonido sordo, detonante, como de velas sueltas que azotan los largueros de la arboladura. Covenant previó una tormenta, pero el Primer Signo lo negó con la cabeza.

—Éste no es el tiempo de las tormentas —dijo Elena mirando cautelosamente los picos—. Hay dolor en el aire. La Tierra está afligida.

—¿Qué sucede? —Una ráfaga de viento hizo inaudible la pregunta de Covenant, y tuvo que repetirla a gritos para hacerse oír—. ¿Va a atacarnos aquí el Execrable?

El viento cambió de dirección y Elena pudo responder con normalidad.

—Ha actuado alguna maldad. La Tierra ha sido asaltada. Notamos su revulsión. Pero la distancia es muy grande y ha pasado tiempo. No percibo un peligro directo

hacia nosotros. Quizás el Despreciativo no sabe qué hacemos. —Entonces su voz se endureció—. Pero ha utilizado la Piedra Illearth. ¡Husmea el aire! La maldad ha actuado en el Reino.

Covenant empezó a experimentar lo que significaban aquellas palabras. Lo que había reunido las nubes y desencadenado el viento, fuera lo que fuese, no era la violencia natural impasible de una tormenta. El aire parecía acarrear chillidos inaudibles y atisbos de podredumbre, como si soplara sobre un terreno donde se había perpetrado una atrocidad. Y a un nivel subliminal, casi indiscernible, los altos despeñaderos parecían estremecerse.

La atmósfera hizo sentir a Covenant la necesidad de apresurarse. Pero aunque las facciones del Ama Superior eran sombrías, no parecía tener prisa. Terminó el desayuno y luego recogió cuidadosamente la comida y el gravanel antes de llamar a Myrha. Después de montar, convocó a Amok.

Amok apareció ante ella casi al instante, e hizo una alegre reverencia. Tras saludarle con un gesto de cabeza, le preguntó si podía explicar la maldad que transportaba el aire.

—No soy un oráculo, Ama Superior.

Pero los ojos de Amok revelaban su sensibilidad a la atmósfera. Estaban brillantes, y acechaba en su fondo un fulgor que mostraba por primera vez su capacidad de cólera. Sin embargo, un momento después, desvió el rostro, como si no deseara exponer una parte privada de sí mismo. Con un vigoroso gesto, indicó al Ama Superior que le siguiera.

Covenant giró en la silla de *clingor* de su montura y trató de ignorar el lóbrego ambiente que se cernía a su alrededor. Pero no podía resistir la impresión de que el terreno temblaba bajo sus pies. Pese a todas sus recientes experiencias, no era todavía un jinete confiado, no podía desprenderse de su insistente desconfianza hacia los caballos, y temía que pudiera cumplir la profecía de su temor a las alturas cayéndose de su montura.

Afortunadamente, no tuvo que pasar por salientes estrechos a un paso del abismo ni caminos difíciles. Durante algún tiempo, Amok avanzó a lo largo de una grieta curvada, entre las altas murallas de las montañas. El valle cerrado no era un obstáculo para Covenant a pesar de su inseguridad como jinete. Pero el sordo retumbar del aire seguía en aumento. A medida que transcurría la mañana, el sonido se hizo más claro, y sus ecos eran como débiles gemidos de las escarpadas paredes montañosas.

A primera hora de la tarde, Amok condujo a los jinetes a una curva final. Al otro lado descubrieron un inmenso corrimiento de tierras. A cada lado, en las paredes rocosas, aparecían enormes hoyos, y la masa informe de piedras y pizarras que había caído de ambos lados se amontonaba a varias decenas de metros de altura por encima del suelo del valle, bloqueando por completo el valle.

Aquella era la fuente de las detonaciones. No había ningún movimiento tras la gran avalancha. Tenía un aspecto de antigüedad, como si su formación hubiera sido olvidada mucho tiempo atrás por las montañas. Pero en su interior se producían crujidos y chasquidos, como de huesos rotos.

Amok dio unos pasos adelante, pero los jinetes se detuvieron. Morin contempló el obstáculo un momento y luego dijo:

—Es imposible pasar. No es sólido. Quizá podríamos intentar el paso a pie por los extremos. Pero el peso de los Ranyhyn provocaría una nueva avalancha. —Amok llegó al pie del deslizamiento e hizo un gesto, pero Morin dijo resueltamente—: Debemos encontrar otro paso.

Covenant miró a su alrededor.

—¿Cuánto nos llevará?

—Dos días, quizá tres.

—¿Tanto? Como si este viaje no hubiera sido ya bastante largo. ¿Estás seguro de que no podríamos pasar? Amok aún no ha cometido ningún error.

—Somos los Guardianes de Sangre —dijo Morin.

—Esta avalancha es más joven que Amok —explicó Bannor.

—¿Quieres decir que no se había producido cuando supo el camino que había de seguir? ¡Maldita sea!

El corrimiento de tierras hacía más vivo el deseo de apresurarse que sentía Covenant.

Amok regresó a su lado con semblante grave.

—Debemos pasar aquí —dijo en tono tolerante, como si explicase algo a un niño.

—El camino no es seguro —dijo Morin.

—Es cierto —replicó Amok—. No hay otro. —Volviéndose hacia el Ama Superior, repitió—: Debemos pasar aquí.

Mientras sus compañeros hablaban, Elena había escudriñado el deslizamiento de un lado al otro. Cuando Amok se dirigió a ella directamente, hizo un gesto afirmativo y respondió:

—Pasaremos.

—Ama Superior... —protestó impasible Morin.

—Lo he decidido —respondió ella, y añadió—: Es posible que el Bastón de la Ley pueda evitar la avalancha hasta que hayamos pasado.

Morin asintió y se alejó con su montura del deslizamiento, a fin de que el Ama Superior tuviera espacio para trabajar. Bannor y Covenant le siguieron. Al cabo de un momento, Amok se reunió con ellos. Los cuatro hombres la observaron desde una corta distancia, Elena no hizo preparativos complicados o extenuantes. Alzó el Bastón y permaneció un momento erecta sobre el lomo de Myrha, ante el deslizamiento. Desde el lugar donde se hallaba, Covenant veía conjuntarse la túnica

azul del Ama y el pelaje brillante del Ranyhyn, contra el fondo gris de los pedruscos y las pizarras. El Ama y el Ranyhyn parecían pequeños en el profundo y angosto valle, pero la armonía de sus colores y formas les daba la potente apariencia de iconos.

Elena avanzó entonando una suave melodía hasta el obstáculo. Cogió el Bastón por un extremo y bajó el otro hasta el suelo. El Bastón parecía vibrar mientras ella cabalgaba a lo largo del deslizamiento, trazando en la tierra una línea paralela a la muralla de cascotes. Fue con Myrha hasta una pared y luego regresó a la otra. Todavía tocando el suelo con el Bastón, volvió al centro.

Cuando estuvo de nuevo ante el deslizamiento, alzó el Bastón y dio un golpe breve y seco en la línea que había trazado.

Una ondulante madeja de chispas verdigrises surgieron de la línea hacia el deslizamiento. Brillaban como intersticios de poder sobre todas las líneas o abultamientos rocosos que sobresalían de la cuesta. Al cabo de un instante, desaparecieron, dejando en el aire un olor indefinido, como el aroma de las orquídeas. El apagado gemido que surgía de entre las piedras se hizo más desvaído.

—Venid —dijo el Ama Superior—. Debemos trepar en seguida. Esta Palabra no durará.

Morin y Bannor se pusieron en marcha. Amok corrió a su lado, manteniéndose fácilmente al mismo paso que los Ranyhyn. Al alzar la vista, Covenant sintió una náusea, como un presagio en sus entrañas. Apretó las mandíbulas, lleno de aprensión. Pero espoleó a su caballo con los talones y se acercó a la áspera cuesta gimiente.

Cuando dio alcance a los Guardianes de Sangre, éstos tomaron posiciones a su lado y siguieron a Elena y Amok cuesta arriba.

El grupo del Ama Superior ascendió en ángulo por la cuesta. Su ascensión equilibraba el peligro de retraso con el riesgo de un ataque directo sobre la cuesta. El potro de Covenant avanzaba penosamente, y sus esfuerzos contrastaban con la potencia de los Ranyhyn. Sus cascos hacían rodar por la pendiente fragmentos de pizarra y guijarros, pero su paso era seguro y confiado. No cometían errores. Poco después Covenant se encontraba en lo alto del deslizamiento, que tenía una forma de V redondeada.

Lo que había más allá del bloqueo le cogió desprevenido. Había esperado que el extremo meridional del valle se pareciera al septentrional. Pero desde el borde del deslizamiento, pudo ver que los grandes hoyos abiertos en las paredes rocosas eran demasiado grandes para que los explicara el deslizamiento tal como aparecía desde el norte.

En algún lugar enterrado directamente bajo él, el suelo del valle se hundía espectacularmente. Las dos avalanchas habían cubierto un precipicio. La superficie sur del deslizamiento era tres o cuatro veces más larga que la del norte. Muy por

debajo de él, el valle se ensanchaba, y en su fondo cubierto de hierba había bosquecillos de pinos y un arroyo que surgía de una de las paredes. Pero era necesario descender más de seiscientos metros por la abrupta y ondulante pendiente para llegar a aquel atractivo lugar.

Covenant tragó saliva.

—Maldición. ¿Puedes mantener el terreno firme?

—No —dijo ella bruscamente—, pero lo que he hecho nos sostendrá. Además, puedo emprender otra acción, si surge la necesidad.

Hizo un gesto a Amok para que emprendiera el descenso de la pendiente.

Bannor le dijo a Covenant que le siguiera de cerca y luego avanzó lentamente con su Ranyhyn en pos de Amok. Por un momento, Covenant se sintió demasiado paralizado para moverse, temeroso de lo que iba a suceder. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Lanzó en silencio una maldición y encaminó a su potro en pos de Bannor.

Sabía que Morin y Elena le seguían, pero no les prestó atención y fijó la mirada en la espalda de Bannor, procurando no desviarla de allí mientras durase el descenso.

Apenas había avanzado treinta metros, cuando el nerviosismo de su montura alejó todo lo demás de su mente. El animal alzaba las orejas como si estuviera a punto de espantarse a cada nuevo gemido que surgía de entre las piedras. Covenant maniobró las riendas, esforzándose por dominar al caballo, pero no hizo más que agravar la inquietud del animal.

—Ayudadme —musitó débilmente—. Ayudadme.

Entonces se oyó un estruendo que estremeció el aire, como si una gran roca hubiera estallado en mil pedazos. Una franja de la pendiente se levantó y empezó a moverse. Covenant vio que los pedruscos se deslizaban debajo de él. Su caballo intentó alejarse de las piedras en movimiento. Saltó a un lado y se lanzó cuesta abajo. Aquello no hizo más que precipitar el deslizamiento. Casi al instante, el caballo se hundió en un mar de guijarros que le llegaban hasta las rodillas. Luchó para huir hacia abajo, pero cada movimiento aumentaba el peso de los guijarros que se amontonaban contra él.

Covenant se aferró frenéticamente a la silla de *clingor*. Trató de desviar la cabeza del caballo, hacer que saliera del centro del deslizamiento. Pero el potro mordía el freno y no pudo hacerle girar.

La avalancha de guijarros cubrió entonces al caballo hasta las ancas. Covenant pudo oír a Elena gritar con estridencia, al tiempo que el Ranyhyn de Bannor se colocaba ante él. Abriéndose camino entre los guijarros, apoyó todo su peso en el caballo. El impacto casi desmontó a Covenant, pero liberó al animal. Guiado por Bannor, el Ranyhyn empujó al caballo, obligándole a avanzar hacia el despeñadero. Pero la avalancha ya se movía con demasiada rapidez. Una piedra golpeó la grupa del

caballo y le hizo caer. Covenant rodó cuesta abajo, sin que Bannor pudiera detenerle. Rodó con las piedras, pero de momento consiguió que no le sepultaran. Por encima del estruendo, oyó que Morin llamaba a gritos al Ama Superior. Un instante después la vio pasar velozmente a lomos de Myrha, directamente hacia el borde externo del deslizamiento. Entonces se enfrentó a la avalancha. Dando un grito salvaje, golpeó las piedras con el Bastón de la Ley.

Una llamarada se alzó entre las piedras, y los pedruscos que rodeaban a Covenant dejaron de moverse. El propio impulso de Covenant le lanzó hacia atrás, pero se levantó a tiempo para reunirse con Bannor en el momento en que éste llegaba con su Ranyhyn al pequeño trecho de terreno firme. Bannor cogió a Covenant con una mano, le hizo subir a lomos del Ranyhyn y se alejó del deslizamiento.

Cuando llegaron al terreno relativamente seguro, junto a la pared del despeñadero, Covenant vio que Elena le había salvado arriesgando su vida. La detención que había aplicado a las toneladas de piedras en avalancha no era lo bastante grande para incluir su propia posición. Y un instante después cesó la detención. Otro alud de piedras se precipitaba hacia ella.

Elena no tenía una segunda oportunidad de blandir el Bastón. En seguida la oleada de guijarros cayó sobre ella y Myrha. Un instante después, apareció más abajo. La gran fuerza del Ranyhyn la había protegido momentáneamente. Pero las piedras se amontonaban contra el pecho de Myrha, y el potro de Covenant, que todavía trataba ciegamente de apartarse del deslizamiento, se lanzó hacia el Ranyhyn. Instintivamente, Covenant intentó correr a la avalancha para ayudar a Elena. Pero Bannor le sujetó.

Covenant intentó desasirse, pero se detuvo al ver que una larga cuerda de *clingor* volaba por encima del deslizamiento y se afianzaba en la muñeca del Ama Superior. Con su Ranyhyn apoyado contra la pared, por debajo de Covenant, el Primer Signo Morin arrojó su cuerda, y el cuero adhesivo enlazó a Elena. Ésta reaccionó de inmediato. Le gritó a Myrha que huyera y luego aferró el Bastón y salió de la corriente de piedras, ayudada por la cuerda de la que tiraba Morin.

Aunque la gran yegua había sufrido muchos golpes y sangraba, tenía otras intenciones. Haciendo un tremendo esfuerzo, se apartó del camino que seguía el potro. Cuando el aterrado potro cayó, tras pasar junto a ella, se volvió y cogió sus riendas con los dientes. Hizo levantarse al potro y le hizo avanzar en dirección a la pared.

Entonces la avalancha se abatió sobre ellos. Myrha lanzó un agudo grito antes de quedar sepultada por las piedras. El potro logró mantenerse en pie y siguió cuesta abajo. Pero Myrha no reapareció.

Covenant se apretó el estómago, como si estuviera a punto de vomitar.

—¡Myrha! ¡Ranyhyn! —gritó Elena, con una angustia en su voz que sobrecogió a

Covenant.

Pasaron unos instantes antes de que el Incrédulo se percatara de que su rescate había arrastrado a sus compañeros más de dos tercios de la pendiente.

—Vamos —dijo secamente Bannor—. El equilibrio se ha roto. Habrá más avalanchas. Aquí corremos peligro.

Sus esfuerzos ni siquiera habían acelerado su respiración.

Aturdido, Covenant permanecía en la grupa del Ranyhyn de Bannor, que avanzaba a lo largo de la pared hacia el Ama Superior y Morin. Elena parecía abatida, pasmada por la aflicción. Covenant quería abrazarla, pero el Guardián de Sangre no le dio ocasión de hacerlo. Bannor le llevó cuesta abajo y Morin le siguió, con el Ama Superior en la grupa de su Ranyhyn.

Encontraron a Amok esperándoles sobre la hierba, en el fondo del valle. Había en su mirada algo semejante a la preocupación mientras se acercaba al Ama Superior y la ayudaba a desmontar.

—Perdóname —le dijo quedamente—. Te he ocasionado dolor. ¿Qué podía hacer? No he sido concebido para ser de utilidad en tales aprietos.

—Entonces, vete —replicó Elena ásperamente—. Hoy no te necesito más.

Amok pareció dolorido por las palabras del Ama, pero obedeció en seguida. Hizo una reverencia y desapareció de la vista.

Elena le despidió con una mueca, y se volvió hacia el deslizamiento de tierra. El montón de piedras crujía más, prometiendo otras avalanchas en cualquier momento, pero ella ignoró el peligro y se arrodilló ante la ladera cubierta de guijarros. Se inclinó hacia adelante, como si ofreciera su espalda a un látigo, y las lágrimas recorrieron sus mejillas mientras gemía:

—¡Ay, Ranyhyn! ¡Ay, Myrha! Mi fracaso te ha matado.

Covenant corrió a ella. Anhelaba rodearla con sus brazos, pero la aflicción de Elena se lo impidió.

—Ha sido culpa mía, no tuya. Debería saber cabalgar mejor.

Vacilante, tendió una mano y acarició el cuello de Elena.

El contacto pareció transformar su dolor en cólera. Sin moverse, le gritó a Covenant:

—¡Déjame en paz! Claro que tienes la culpa. No deberías haber enviado los Ranyhyn a Lena, mi madre.

Covenant retrocedió como si le hubiera golpeado. En seguida se encendió su propia ira instintiva. El pánico de su caída había llenado sus venas de una yesca que ardió súbitamente. La rápida recriminación de Elena le cambió en un instante. Era como si la paz de los días pasados hubiera sido transformada abruptamente en resentimiento y vehemencia de leproso. Estaba mudo de cólera. Temblando, dio media vuelta y se alejó.

Ni Bannor ni Morin le siguieron. Estaban ocupados atendiendo los cortes y rozaduras de los Ranyhyn y el potro. Covenant pasó junto a ellos y se internó en el valle como un retazo de frágil ira aleteando impotente en la brisa.

Al poco tiempo, las sordas detonaciones del deslizamiento de tierra empezaron a desvanecerse tras él. Siguió caminando. El olor de la hierba trataba de seducirle, y los umbríos bosquecillos de pinos parecían hacerle señas, susurrarle, para que se entregara a un dulce descanso. Él hizo caso omiso y siguió avanzando con paso vivo, mecánico. La cólera que le embargaba le impulsaba a seguir. ¡Otra vez!, se decía. ¡Le ocurría lo mismo con toda mujer a la que amaba! ¿Cómo podían suceder tales cosas dos veces en una misma vida?

Siguió andando hasta recorrer casi una legua. Entonces se encontró con un arroyo cuya rápida corriente producía un alegre rumor. El fondo del valle era desigual a ambos lados del arroyo. Covenant siguió la corriente hasta encontrar un barranco cubierto de hierba desde donde no podía ver nada de la parte septentrional del valle. Entonces se tendió boca abajo, abandonándose a su aflicción.

Transcurrió el tiempo. Pronto las sombras cruzaron el valle, a medida que el sol iba descendiendo hacia el anochecer. El crepúsculo se inició como si rezumara del terreno entre los despeñaderos. Covenant se puso boca arriba. Al principio observó con una especie de amarga satisfacción cómo trepaba la oscuridad por la pared oriental. Se sentía dispuesto para el aislamiento de la noche y la ausencia del ser al que quería.

Y en aquel momento recordó a Joan con fuerza renovada. El súbito recuerdo le hizo incorporarse. Una vez más se quedó perplejo ante la crueldad de su engaño, la maldad que le había separado de Joan... ¿para qué? Lanzó una maldición. El crepúsculo le daba la sensación de que se estaba quedando ciego de ira. Cuando vio a Elena que caminaba por el barranco hacia él, le pareció que se movía a través de una niebla leprosa.

Desvió la vista de ella, tratando de afirmar su visión con la luz declinante del desfiladero. Mientras tenía el rostro vuelto, ella se aproximó y se sentó en la hierba, a sus pies. Covenant podía sentir vívidamente su presencia. Al principio Elena no le habló. Pero al ver que él se empeñaba en rechazar su mirada, le dijo en voz queda:

—He hecho una escultura para ti, querido.

Haciendo un esfuerzo, Covenant volvió la cabeza. Vio a Elena inclinada, con una sonrisa de esperanza en los labios. En sus manos extendidas tenía un objeto blanco que parecía de hueso. No le prestó atención. Miró el rostro de Elena como si estuviera ante un enemigo.

—La he hecho para ti con los huesos de Myrha —continuó ella en un tono de súplica—. La he incinerado, haciéndole así el máximo honor que estaba en mi mano. Luego he formado esta escultura con sus huesos. Para ti, querido. Acéptalo, por favor.

Covenant miró la escultura. A pesar suyo, atrajo su interés. Era un busto. En principio parecía demasiado grueso para estar hecho con cualquier hueso de caballo, pero luego vio que se trataba de cuatro huesos fundidos de algún modo y moldeados. Tomó la obra de manos de Elena para observarla mejor. El rostro le interesó. Sus rasgos eran menos toscos que en otras obras de hueso que había visto. Era un rostro delgado, adusto, impenetrable, un rostro profético, tenso, con una expresión decidida. Se parecía a alguien conocido, pero pasó un momento antes de que reconociera las facciones. Entonces, cautamente, como si temiera equivocarse, dijo:

—Es Bannor, o uno de los demás Guardianes de Sangre.

—Te burlas de mí —replicó ella—. No soy tan mala como escultora. —Su sonrisa transmitía un peculiar anhelo—. Querido, te he esculpido a ti.

Lentamente, la ira de Covenant se desvaneció. Después de todo, era su hija, no su esposa. Tenía derecho a cualquier reproche que pareciera convenirle. No podía seguir enfadado con ella. Cuidadosamente, dejó el busto sobre la hierba, luego tendió los brazos y la abrazó mientras el sol se ponía.

Ella respondió ansiosa a su abrazo, y durante algún tiempo se aferró a él como si le alegrara dejar su enfado de lado. Pero gradualmente, Covenant sintió que cambiaba la tensión de su cuerpo. Su afecto pareció volverse severo, casi apremiante. Algo tensó sus miembros, y sus dedos parecieron aferrarse como garras. Con voz estremecida, dijo:

—Esto también lo destruiría el Barón del Colmillo.

Él libró la mejilla del cabello que la cubría y le miró el rostro. Entonces se quedó helado. A pesar de la oscuridad, la mirada de Elena le perturbó. Fue como una inmersión en los mares polares.

Aquella desviación de la mirada de Elena, aquella otra dimensión de su poder, se había concentrado hasta convertirse en el núcleo de algo salvaje e ilimitado. Un terrible poder ardía en sus órbitas. Aunque no dirigía a él aquella mirada, le taladró como una barrena. Covenant tuvo la sensación de que aquella mirada abría en él una herida sangrante.

Era una mirada de apocalipsis.

Covenant no encontró una palabra más apropiada que *odio* para denominarla.

XXIII

CONOCIMIENTO



ovenant no pudo soportar aquella visión y se alejó de Elena. Le costaba mantenerse erguido. Se ladeaba como si una galerna le hubiera arrojado a alguna orilla desconocida. Oyó el grito apagado de Elena: «¡Querido!». Pero no pudo volverse. La visión le hacía humear el corazón, como hielo seco, y necesitaba encontrar un lugar donde acurrucarse y sufrir a solas su dolor.

Por unos instantes, el humo oscureció la conciencia de sí mismo. Tropezó con Bannor y cayó hacia atrás como si hubiera chocado con una roca. El impacto le sorprendió. La impenetrable expresión de Bannor tenía la fuerza de una denuncia, y retrocedió instintivamente.

—¡No me toques!

Avanzó en otra dirección y anduvo tambaleándose en medio de la noche hasta que una empinada colina se interpuso entre él y el Guardián de Sangre. Entonces se sentó en la hierba, se rodeó el pecho con los brazos e hizo un esfuerzo para llorar, pero no lo logró, pues su debilidad, su lepra perpetua habían dañado aquel canal emocional. Había pasado demasiado tiempo ignorando la liberación del pesar. Incluso en su engaño no podía rehuir la trampa de su enfermedad. Se puso en pie de un salto y agitó los puños al cielo como un galeón encallado y solitario que dispara sus cañones en inútil desafío al océano invulnerable.

Pero entonces recuperó la conciencia de sí mismo. Su cólera se volvió amargamente fría al reprimir sus gritos, cerrando aquella salida a su furor. Sintió que despertaba después de un negro sueño. Gruñendo entre dientes, se dirigió al arroyo.

No se molestó en desnudarse. Se arrojó furiosamente al agua, como si se zambullera en busca de una cauterización o liberación que le proporcionaría la frialdad glacial del arroyo.

Sólo pudo soportar el frío unos instantes. Le quemaba la carne, se apoderaba de su corazón, convulsionándole. Jadeando, se levantó y permaneció de pie en el lecho rocoso de la corriente. El agua y la brisa le helaban los huesos, como si el frío consumiera su médula.

Salió del agua y vio de nuevo la mirada de Elena. Le abrasaba el recuerdo. Se detuvo. Una súbita idea le hizo olvidar el frío. La vio ante él prácticamente completa, como si hubiera estado madurando durante días en la oscuridad de su mente, esperando hasta que estuviera preparado.

Se dio cuenta de que tenía acceso a una nueva clase de trato, un arreglo o

compromiso lejanamente similar, pero muy superior, al que había hecho con los Ranyhyn. Éstos eran demasiado limitados. No podían plegarse a sus condiciones, cumplir el contrato que había hecho para su supervivencia. Pero la persona con la que ahora podría hacer un trato era casi la más apropiada para ayudarlo.

Era posible que pudiera conseguir su salvación del Ama Superior.

En seguida vio las dificultades que ello entrañaba. Ignoraba el contenido de la Séptima Ala. Tendría que dirigir el apocalíptico impulso de Elena a través de un futuro impredecible hacia una meta incierta. Pero aquel impulso era algo que podía utilizar. Hacía a Elena personalmente poderosa..., poderosa y vulnerable, cegada por la obsesión..., y poseía el Bastón de la Ley. Podría inducirla a que ocupara su lugar, asumiera su posición en la responsabilidad de las maquinaciones del Amo Execrable. Podría dirigir su desmedida pasión para sustituir el oro blanco en el enigma de la condenación del Reino. Si pudiera conseguir que ella adoptara la amarga responsabilidad que había sido dirigida tan ineluctablemente hacia él, estaría libre. Aquello apartaría su cabeza del tajo de su engaño. Y todo lo que él tenía que hacer a cambio era situarse al servicio de Elena de forma que centrara, en vez de disipar, sus impulsos internos y mantenerla bajo control hasta el momento adecuado.

Era un trato más costoso que el que había hecho con los Ranyhyn. No le permitía permanecer pasivo. Requería que ayudara a Elena, que la manipulara. Pero estaba justificado. Durante la Indagación del Bastón de la Ley, había luchado meramente para sobrevivir a un sueño que le imponía un imposible. Ahora comprendía más claramente el peligro que corría.

Había transcurrido tanto tiempo desde que creyera posible la libertad que su corazón casi se detuvo por la excitación de concebirla ahora. Pero tras la primera excitación, descubrió que temblaba con violencia. Sus ropas estaban completamente empapadas.

Inició el regreso hacia el barranco donde estaba el Ama Superior, sintiendo dolor a cada movimiento. La encontró sentada junto a una fogata, abatida y pensativa. Se cubría con una manta encima de la túnica. Los demás estaban tendidos cerca del fuego, calentándose. Cuando Covenant entró en el barranco, ella alzó ansiosamente la vista. El Incrédulo no pudo sostener su mirada, pero ella no pareció percatarse de la desazón de Covenant tras sus labios azulados y su frente tensa. Cogió una manta caliente para él y le hizo acercarse al fuego. Sus pocos comentarios estaban llenos de preocupación, pero no le hizo ninguna pregunta hasta que el calor puso fin a sus estremecimientos. Entonces, tímidamente, como si tratara de averiguar cuál era su postura con relación a él, se le acercó y le besó.

Él devolvió las caricias de sus labios, y el movimiento pareció transportarle por encima de un obstáculo interno. Descubrió que ahora podía mirarla. Elena sonrió dulcemente. El voraz poder de su mirada se había perdido de nuevo en aquella

dualidad visual. Ella pareció aceptar su beso en lo que valía, le abrazó y luego se sentó a su lado. Al cabo de un momento, le preguntó:

—¿Te ha sorprendido saber que soy tan vehemente?

Covenant intentó disculparse.

—No estoy acostumbrado a esas cosas. No me advertiste a tiempo.

—Perdona, querido —dijo ella en tono contrito—. ¿Te consternó mucho lo que viste en mí?

Él reflexionó un momento antes de responder.

—Creo que si alguna vez me mirases así me moriría.

—Estás a salvo —le aseguró ella con vehemencia.

—¿Y si cambias de idea?

—Tus dudas me apenan. Querido, formas parte de mi vida. ¿Crees que podría dejarte de lado?

—No sé lo que creo —dijo él en tono enojado, pero la abrazó de nuevo para compensarlo—. Soñar es como..., como ser un esclavo. Los sueños surgen de aquellas partes de tu persona que no puedes controlar. Ésa es la razón de que la locura sea el único peligro.

Agradeció que Elena no intentara discutir con él. Cuando dejó de temblar, le entró un sueño invencible. Mientras Elena le acostaba y le envolvía en las mantas, junto al fuego, lo único que le impidió confiar del todo en ella fue la convicción de que su trato contenía algo deshonesto.

Durante la mayor parte de los tres días siguientes, olvidó aquella convicción. Tenía un poco de fiebre, que parecía deberse a la zambullida en el arroyo helado. Sus mejillas obstinadamente pálidas se habían teñido de manchas rojizas. Su frente sudaba y, a la vez, estaba fría, y los ojos le brillaban como si se hubiera apoderado de él una excitación secreta. De vez en cuando dormitaba a lomos de su extenuada montura, y al despertar descubría que estaba balbuceando, delirando. No siempre podía recordar lo que había dicho, pero al menos en una ocasión había insistido maníacamente en que la única forma de estar bien era permanecer perpetuamente despierto. Ningún antiséptico podía limpiar las heridas infligidas en sueños. Los inocentes no soñaban.

Cuando no rezongaba semidormido, centraba su atención en el viaje.

El grupo del Ama Superior se aproximaba a alguna clase de destino.

La mañana que siguió al desprendimiento de tierras había amanecido soleada, clara, como una expiación por la angustia del día anterior. Cuando Amok apareció para conducir al Ama Superior hacia adelante, Elena silbó como si llamara a Myrha, y otro Ranyhyn respondió a la convocatoria. Covenant, asombrado, le vio galopar por el valle. La fidelidad de los Ranyhyn hacia las personas que elegían iba más allá de todas las concepciones que Covenant tenía sobre el orgullo o la lealtad. Aquella

visión le recordó su trato anterior, un trato que, según le habían dicho Elena y Rue, los grandes caballos aún mantenían. Pronto, sin embargo, tuvo que dirigir su atención a su montura que avanzaba penosamente, y otros asuntos ocuparon sus febriles pensamientos. Apenas tuvo suficiente conciencia para entregar la escultura de Elena al cuidado de Bannor.

Los jinetes siguieron a Amok hasta la salida del valle, y Covenant tuvo entonces el primer atisbo del Vertedero Celeste de Melenkurion. Aunque todavía se encontraba a muchas leguas, casi en línea recta al sudeste, la alta montaña alzaba sus picos gemelos cubiertos de nieve por encima del abrupto horizonte de la cordillera, y sus glaciares tenían reflejos azulados bajo la luz del sol, como si le rozara el mismo cielo. La suposición de Elena parecía correcta: el rumbo irregular, oblicuo, de Amok conducía directamente al imponente Vertedero Celeste. Se desvaneció en seguida cuando Amok condujo a los jinetes al socaire de otro despeñadero, pero reapareció con creciente frecuencia a medida que transcurría el día. Al mediodía siguiente dominaba el horizonte sudoriental.

Por la noche Covenant dejó de tener la sensación de que las montañas oscilaban hacia él. No podía ver el Vertedero Celeste de Melenkurion. Después de la cena, su fiebre remitió un poco. Liberado de las exigencias de su debilitada concentración, volvió a pensar en su trato y le pareció aceptable.

No necesitaba el consentimiento de Elena, lo sabía, y se censuraba por ello. Una vez que la emoción de la esperanza se había diluido en fiebre y ansiedad, anhelaba decirle a Elena lo que había pensado. Y las atenciones con que ella le colmaba hacían más intenso aquel anhelo. Le preparaba caldos y cocidos especiales para curar su afección; se desviaba de su camino para buscar *alianta*. Pero las emociones de Covenant hacia ella habían cambiado. Había astucia y halago en sus reacciones a la ternura de Elena. Temía lo que sucedería si le contaba sus pensamientos.

Por la noche, mientras permanecía tendido dispuesto, tembloroso y enfebrido, racionalizaba su situación y sentía un sabor amargo en la boca. No era entonces el azoramiento o la confianza lo que le impedía explicarse. Era su necesidad de supervivencia. Apretaba las mandíbulas enfurecido contra la amenaza de muerte.

Finalmente remitió por completo la fiebre. Al caer la tarde del tercer día —el vigésimoprimer desde que el grupo del Ama Superior saliera de Madera Deleitosa— le inundó un sudor repentino, y una tensa fibra interna pareció romperse. Al fin se sintió relajado. Aquella noche se durmió mientras Elena todavía comentaba la ignorancia o la falta de comprensión que le impedía aprender nada de Amok.

El sueño largo y profundo reparó las fuerzas de Covenant y le hizo sentirse sano. A la mañana siguiente pudo prestar más atención a la situación en que se hallaba. Cabalgando al lado de Elena, escrutó el Vertedero Celeste de Melenkurion. Se alzaba sobre él como un escudo de protección, ocultando el alba por la parte sudeste.

Sintiendo una vaga aprensión, juzgó que el grupo del Ama Superior probablemente llegaría allí antes de que finalizara el día. Entonces le preguntó por el Vertedero Celeste.

—Poco puedo decirte —replicó ella—. Es la montaña más alta del Reino, y su nombre comparte una de las Siete Palabras. Pero la Ciencia de Kevin revela poco de ella. Quizás haya más conocimiento en las otras Alas, pero la Primera y la Segunda contienen pocas referencias. En nuestra época, los Amos no hemos avanzado nada en el conocimiento de este lugar. Ninguno había llegado tan cerca del Vertedero Celeste desde que el pueblo regresó al Reino tras el Ritual de la Profanación.

»Tengo la impresión de que estos grandes picos indican un lugar de poder..., un lugar que sobrepasa incluso a Gravin Threndor. Pero no tengo pruebas que avalen esta creencia, aparte del extraño silencio de la Ciencia de Kevin. El Vertedero Celeste de Melenkurion es uno de los lugares más altos del Reino... y, no obstante, la Primera y la Segunda Alas no contienen más conocimiento de él que algunos viejos mapas, un fragmento de una antigua canción y las inexplicadas frases que, si su traducción no es errónea, hablan de mando y sangre. Así, pues, mi fracaso para descubrir los secretos de Amok no es muy sorprendente.

Aquellas palabras le hicieron pensar de nuevo en su ignorancia y quedó en silencio. Covenant intentó buscar un modo de ayudarla, pero el esfuerzo era como tratar de ver a través de un muro de piedra. Su conocimiento era incluso inferior al indispensable. Si quería mantener su posición en el trato, tendría que hacerlo de alguna otra manera. Creía intuitivamente que llegaría su oportunidad. Entretanto, se dispuso a esperar que Amok les llevara a la montaña.

Recorrieron el último trecho con más rapidez de lo que había esperado. Amok les llevó por un largo puerto entre dos picos, y luego entraron en una tortuosa garganta que se orientaba al este en sentido descendente. Al mediodía habían bajado unos seiscientos metros. Allí finalizaba la garganta, dejándoles en una meseta ancha y yerma en las estribaciones de la gran montaña. La meseta se extendía al este y el sur, hasta donde alcanzaba la vista de Covenant, alrededor del Vertedero Celeste de Melenkurion. El terreno llano parecía la base en la que se apoyaban los dos picachos gemelos, con sus seis mil metros de altura. Al este de la meseta no había ninguna montaña.

Los Ranyhyn estaban deseosos de correr tras largos días de obligada ascensión, y trotaron hacia el rocoso suelo llano. Con sorprendente celeridad, Amok se mantenía delante de ellos. Mientras corría, aumentando incluso su velocidad, soltaba risotadas. Los Ranyhyn se lanzaron al galope y empezaron a dejar detrás al potro de Covenant. Pero aún así Amok corría más rápido que ellos. Alegrementemente, condujo a los jinetes primero al este y luego al sur, por el centro de la meseta.

Covenant avanzaba más despacio. Pronto pasó ante la superficie del primer pico.

Allí la meseta tenía una anchura de varios centenares de metros y se extendía hacia el sur, hasta que se curvaba al oeste y desaparecía de la vista más allá de la base del segundo pico. Éstos se unían a unos centenares de metros por encima de la meseta, pero la línea de unión entre ellos permanecía clara, como si difiriese la textura de los dos lados. En el lugar donde esta línea tocaba la meseta, aparecía una hendidura en la roca. Esta grieta recorría la meseta hasta su borde oriental.

Delante de Covenant, los Ranyhyn habían finalizado su galope cerca del borde de la grieta. Ahora Elena trotaba a lo largo de ésta hacia el borde exterior de la meseta. Covenant dirigió su potro en aquella dirección y se reunió con el Ama.

Desmontaron y se tendieron boca abajo para mirar por el precipicio. A más de mil metros bajo el abrupto despeñadero se extendía un bosque oscuro y espeso hasta donde alcanzaba la vista. Los árboles cubrían el terreno ajado, una gruesa capa de árboles que cubrían las estribaciones de las Montañas Occidentales, como para ocultar una rígida e inmediata angustia y proporcionarle el solaz de la intimidad. Al noreste, recorriendo de un lado a otro aquella extensión boscosa, corría la línea rojinegra del río que surgía del fondo de la grieta. Inaudible en la distancia, surgía tumultuoso de la roca y corría hacia el corazón del bosque. El río parecía una herida entre los árboles, un tajo en su brillante superficie verde. Aquella cicatriz daba a la superficie del bosque una expresión de ferocidad, como si soñara en triturar entre las ramas de sus árboles al enemigo que se la había causado.

—Ése es el río Negro —explicó Elena. Hablaba en un tono reverente, pues era el primer Amo que contemplaba aquel paisaje—. Desde aquí fluye a lo largo de más de ciento cincuenta leguas para unirse al Mithil y seguir hacia Andelain. Se dice que sus fuentes están en las profundidades del Vertedero Celeste de Melenkurion. Ahora estamos en Rocahendida, el porche o portal oriental de la gran montaña. Y debajo de nosotros está la Espesura Acogotante, el último bosque del Reino donde todavía habita un Forestal, donde aún alienta la mutilada conciencia del Bosque Único. —Aspiró una bocanada de aire fresco y añadió—: Querido, creo que no estamos lejos de la Séptima Ala.

Covenant se apartó del borde y se puso en pie, inseguro. La brisa procedente del precipicio parecía producirle vértigo. Esperó hasta que estuvo a varios pasos del borde antes de replicar.

—Así lo espero. Por lo que sé, la guerra podría haber terminado. Si los planes de Troy no han salido bien, el Execrable podría encontrarse a mitad de camino de Piedra Deleitosa.

—Sí, también yo he sentido ese temor. Pero sigo teniendo la creencia de que no ganaremos en la guerra el futuro del Reino, y que esa batalla no está en nuestras manos. Tenemos otra obra que realizar.

Covenant la miró a los ojos, midiendo el riesgo de ofenderla, y luego le preguntó:

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez seas incapaz de averiguar los secretos de Amok?

—Naturalmente —replicó ella con brusquedad—. No estoy ciega.

—Entonces, ¿qué harás si no habla?

—Tengo el Bastón de la Ley. Es una llave potente. Cuando Amok nos haya conducido a la Séptima Ala, no estaré impotente.

Covenant desvió la mirada con una agria expresión en el rostro. No creía que fuera tan fácil.

Al lado de Elena, desanduvo el camino a lo largo de la grieta hacia los dos Guardianes de Sangre y Amok. Mediaba la tarde, pero ya el Vertedero Celeste de Melenkurion extendía su sombra sobre Rocahendida. La sombra aumentaba la oscuridad natural de la grieta, por lo que era como una falla de oscuridad de un lado a otro de la meseta. En su parte más ancha no tenía más de seis metros, pero parecía muy profunda, como si llegara a lo más recóndito de la montaña. Obedeciendo un súbito impulso, Covenant arrojó una piedra a la grieta. La piedra rebotó de una pared a otra mientras caía. Covenant contó veintidós latidos del corazón antes de que dejara de oírla. Instintivamente, se mantuvo a una distancia segura de la grieta, mientras seguía andando hacia Bannor y Morin.

Los dos Guardianes de Sangre habían desempaquetado la comida, y Covenant y Elena se prepararon un refrigerio. Covenant comió lentamente, como si tratara de retrasar la siguiente parte de la indagación. Sólo veía tres alternativas: montaña arriba, descenso por la grieta y avance por el otro lado de ésta, y las tres le parecían malas. No quería trepar ni saltar. La simple proximidad de los precipicios le ponía nervioso. Pero cuando vio que el Ama Superior le esperaba, pensó de nuevo en su trato. Terminó de comer y trató de prepararse para lo que Amok pretendiera hacer.

Sujetando el Bastón de la Ley con firmeza, Elena se dirigió a su guía.

—Estamos preparados, Amok. ¿Qué hemos de hacer con los Ranyhyn? ¿Hemos de cabalgar o ir andando?

—Eso depende de ti, Ama Superior —dijo Amok con una sonrisa—. Si los Ranyhyn se quedan, no serán necesarios. Si parten, te verás obligada a llamarlos de nuevo.

—Así, pues, ¿debemos andar para seguirte?

—¿Seguirme? No he dicho que vaya a abandonar este lugar.

—¿Está aquí la Séptima Ala? —preguntó ella con rapidez.

—No.

—Entonces está en otra parte.

—Sí, Ama Superior.

—Si está en otra parte, debemos ir ahí.

—Es cierto. La Séptima Ala no puede venir a ti.

—Para ir a ella, hemos de caminar o cabalgar.

—Eso también es cierto.

—¿Andar o cabalgar?

Mientras escuchaba este diálogo, Covenant sintió una leve admiración por la forma en que Elena abordaba la vaguedad de Amok. Su experiencia pasada parecía haberle enseñado cómo poner al joven contra la pared. Pero éste la eludió con su siguiente respuesta.

—Eso depende de ti —repitió—. Decide y vete.

—¿No nos diriges?

—No.

—¿Por qué no?

—Actúo de acuerdo con mi naturaleza. Hago aquello para lo que he sido creado.

—Amok, ¿no eres el camino y la puerta de la Séptima Ala?

—Sí, Ama Superior.

—Entonces debes guiarnos.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó ella de nuevo—. ¿Eres caprichoso?

Covenant percibió un atisbo de desesperación en su tono. En la réplica de Amok hubo una suave reprobación.

—Ama Superior, he sido creado para el fin al que sirvo. Si parezco caprichoso, debes preguntarle a quien hizo que me explique así.

—En otras palabras —intervino Covenant—. No podemos avanzar sin las otras cuatro Alas. Ésa es la forma de proteger... lo que sea, empleada por Kevin. Sin las claves que introdujo con tanta sagacidad en las otras Alas, nos encontramos ante una pared en blanco.

—El *krill* de Loric recobró la energía —dijo Amok—. Ésa es la palabra señalada. Y el Reino está en peligro. En consecuencia me he hecho accesible. No puedo hacer más. Debo servir mi objetivo.

El Ama Superior le miró inquisitivamente un momento, y luego le dijo con severidad:

—Amok, ¿acaso mis compañeros no son apropiados de alguna manera para tu objetivo?

—De tus mismos compañeros depende que sean apropiados o no. Yo soy el camino y la puerta. No juzgo a aquéllos a quienes busco.

—Amok... —Elena estaba encendida y sus labios se movían en silencio, como si recitara una lista de posibilidades—. ¿Hay que cumplir algunas condiciones... antes de que puedas guiarnos adelante?

Amok hizo una reverencia, reconociendo lo acertado de la pregunta, y respondió con una risita:

—Sí, Ama Superior.

—¿Nos guiarás a la Séptima Ala cuando cumplamos las condiciones?

—Ésa es la finalidad de mi creación.

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Sólo hay una. Si deseas más, debes concebirlas sin mi ayuda.

—¿Cuál es tu condición, Amok?

El joven miró pícaramente de soslayo a Elena.

—Ama Superior —dijo en un tono de creciente júbilo—. Debes nombrar el poder de la Séptima Ala.

Ella le miró boquiabierta un instante, y luego exclamó:

—¡*Melenkurion!* Sabes que carezco del conocimiento necesario.

Amok no se conmovió.

—Entonces quizá sea mejor que los Ranyhyn no hayan partido. Pueden llevarte a Piedra Deleitosa. Si obtienes allí la sabiduría, puedes regresar. Me encontrarás aquí.

Hizo una reverencia, con un gesto de insufrible despreocupación, agitó los brazos y se desvaneció.

Elena se quedó mirando fijamente el lugar que Amok había ocupado y apretó el Bastón como si quisiera golpear el aire. Daba la espalda a Covenant y éste no podía ver lo que ocurría en su rostro, pero la tensión de sus hombros le hizo temer que estaba concentrando su mirada. Aquel pensamiento le hizo estremecerse. Tendió los brazos, tratando de interrumpirla o distraerla.

Al notar su contacto, Elena se volvió hacia él. Su rostro parecía demacrado, tenso y pálido, y estaba sorprendida, como si acabara de descubrir su capacidad de aterrarse. No fue a los brazos de Covenant, sino que se detuvo y cerró los ojos, frente a él. El Incrédulo sintió que en su mente se abría un abismo; una sensación que no comprendía se apoderó de él. Elena estaba allí, bajo la sombra del Vertedero Celeste de Melenkurion, como un icono de hueso reluciente envuelto en una túnica azul. Pero tras ella, tras la sólida estructura de Rocahendida, la oscuridad se ensanchaba como una hendidura en la masa de sus pensamientos. La brecha le succionaba. Estaba perdiéndose a sí mismo.

La sensación procedía de Elena.

De repente, comprendió lo que ocurría. Elena trataba de concentrar sus mentes, fundiéndolas en una sola.

Sintió una oleada de temor en medio del negro vértigo que le absorbía. Se dio cuenta del peligro que corría. Si se abandonaba a la fusión mental, ella conocería la verdad acerca de él, y no podía permitirselo. Gritando: «¡No!» retrocedió, apartándose de ella.

La presión se suavizó. Covenant hizo un esfuerzo para serenarse. Se detuvo y levantó la cabeza.

La mirada de Elena mostraba su decepción y su pesar, y se apoyaba penosamente en el Bastón de la Ley.

—Perdóname, querido —susurró—. Te he pedido más de lo que estás preparado para darme. —Permaneció un instante en silencio, dándole ocasión para responder. Luego añadió—: Debo reflexionar.

Elena se volvió y, apoyándose en el Bastón, avanzó a lo largo de la grieta hacia el borde exterior de la meseta.

Abatido, Covenant se sentó en la roca y apoyó la cabeza en las manos. Le desgarraban emociones conflictivas. Estaba consternado por el peligro que había corrido y enfurecido por su debilidad. Para salvarse había herido a Elena. Pensó que debería ir a ella y consolarla, pero algo en el concentrado aislamiento de su figura le advirtió que no se entrometiera. Durante algún tiempo la miró con el corazón dolorido. Luego se puso en pie, y musitó:

—Podría haber tenido la decencia de decirnos... al menos antes de que ella perdiera su Ranyhyn.

Para su sorpresa, el Primer Signo respondió:

—Amok actúa en consonancia con la ley de su creación. No puede romper esa ley simplemente para evitar el dolor.

Covenant alzó las manos, disgustado. Maldiciendo inútilmente, se alejó por la meseta.

Pasó el resto de la tarde yendo incansable de un lugar a otro a lo largo de Rocahendida, buscando algún indicio para continuar por el camino de Amok. Al cabo de algún tiempo se sosegó lo bastante para comprender el comentario de Morin sobre Amok. Morin y Bannor eran prisioneros de su Juramento, y podían hablar con autoridad acerca de las exigencias de una ley implacable. Pero si el Guardián de Sangre simpatizaba con Amok, aquél era otro remache de ataúd en la condenación de la empresa emprendida por el Ama Superior.

Otro de tales remaches, era la ineficacia de Covenant. Ahora le parecía que su trato encerraba una enorme fatuidad. ¿Cómo podría ayudar a Elena? Ni siquiera sabía lo suficiente para comprender los problemas que planteaba Amok. Aunque recorrió una parte considerable de la meseta, no descubrió nada significativo. La piedra yerma era como su ineficacia... irreducible y dura. Mientras se desvanecían los últimos rayos del sol, dirigió sus pasos hacia el resplandor de gravanel que señalaba el lugar donde acampaba el Ama Superior. Rumiaba la familiar idea de que la futilidad gobernaba su existencia.

Encontró a Elena junto al recipiente de gravanel. Parecía abatida y, a la vez, llena de vivacidad, como si su personalidad se desdoblara y las emociones del ser humano no pudieran confundirse con el porte del Amo. Su mirada refleja resolución. Había aceptado todas las implicaciones de su penosa carga.

Covenant se aclaró la garganta torpemente.

—¿Qué has conseguido? ¿Has averiguado la respuesta?

Ella le respondió con voz distante.

—¿Hasta qué punto conoces el plan de batalla del Signo General Troy?

—Sólo conozco lo que intenta hacer en general... Nada concreto.

—Si su plan no falló, la batalla empezaría ayer.

Covenant reflexionó un momento y luego preguntó:

—Si es así, ¿qué vamos a hacer?

—Tenemos que descubrir la condición de Amok.

Él hizo un gesto de incompreensión.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero creo que puede hacerse.

—Te faltan cuatro Alas.

—Sí —suspiró ella—. Está claro que Kevin se propuso que consiguiéramos la Séptima Ala sólo después de haber dominado las seis primeras. Pero Amok ya ha violado ese propósito. Aunque sabía que no habíamos comprendido el *krill* de Loric, aun así regresó a nosotros. Vio que el Reino corría peligro y regresó. Esto muestra alguna libertad... cierta discreción. No está absolutamente supeditado a su ley.

Elena calló y, tras un momento de silencio, Covenant observó:

—Si he de serte sincero, me parece que eso le hace peligroso. ¿Por qué nos traería hasta aquí cuando sabía que no podríamos continuar...? A menos que intentara distraerte de la guerra.

—Amok no tiene intención de traicionarnos. No percibo ninguna maldad en él.

—Tal vez te engañes. ¿Olvidas acaso que Kevin llegó a aceptar al Execrable como Amo?

—Quizá las seis primeras Alas no contienen el nombre de su poder. Tal vez sólo enseñen la manera en que es posible hacer que el mismo Amok diga su nombre.

—En ese caso...

—Amok nos guió hasta aquí porque, de alguna manera, nos es posible cumplir con su condición.

—¿Pero puedes encontrar las preguntas apropiadas?

—Debo hacerlo. ¿Qué otra elección me queda? Ahora no puedo reunirme con el Ala de Guerra.

El tono de su voz era concluyente, como si se sentenciara a sí misma.

A la mañana siguiente convocó a Amok.

Apareció con su sonrisa juvenil. Elena cogió el Bastón de la Ley con ambas manos y lo apoyó en la roca, ante ella.

Al alba, bajo el Vertedero Celeste de Melenkurion, iniciaron un duelo para acceder a la Séptima Ala.

Durante dos días, el Ama Superior Elena, se esforzó por obtener de Amok el nombre indispensable. Durante el segundo día, una fuerte tormenta se formó en el horizonte sudoriental, pero no se acercó a Rocahendida y todos la ignoraron. Mientras Covenant permanecía sentado, dando vueltas a su anillo, o paseaba incansable junto a los contendientes, o se alejaba a intervalos, rezongando, para aligerar la tensión, Elena sondeaba a Amok con todas las preguntas que podía imaginar. A veces trabajaba metódicamente; en otras ocasiones lo hacía por intuición. Elaboraba ideas para que Amok asintiera o las rechazara. Le obligaba a recitar sus respuestas con una extensión cada vez mayor. Le hacía volver minuciosamente sobre terreno conocido y le arrojaba con precisión al desconocido. Le presentaba trampas lógicas, trataba de cogerlo en contradicciones. Intentaba fundir su mente con la de Amok.

Era como batirse con un estanque de agua. Cada una de sus preguntas salpicaba a Amok como si hubiera golpeado el estanque con la hoja de su espada. Sus respuestas salpicaban, a su vez, a Elena. Pero cuando ésta se esforzaba por sorprender a Amok con una pregunta inesperada, él siempre la esquivaba. En ocasiones Amok se permitía una réplica aguda y jocosa, pero en general encajaba las preguntas con sus habituales alegres evasivas. Elena no vio coronados con el éxito sus esfuerzos. Cuando se puso el sol, temblaba de frustración y furor reprimido, estaba físicamente agotada. La misma solidez de Rocahendida parecía burlarse de ella.

Al anochecer, Covenant la consolaba de acuerdo con las condiciones de su trato. No decía nada de sus propios temores y dudas, de su impotencia y su creciente convicción de que Amok era impenetrable. No decía nada de sí mismo. Dedicaba a Elena toda su atención, concentrándose en ella con todos los recursos que poseía.

Pero todos sus esfuerzos no afectaban el núcleo de la aflicción de Elena, la cual descubría que era incapaz de solucionar el apuro del Reino, y aquél era un pesar para el que no había consolación. Por la noche producía ásperos ruidos apagados, como si rechinara los dientes para no llorar. Y a la mañana del tercer día —el trigésimosegundo desde que saliera de Piedra Deleitosa— se aproximó al final de su resistencia. En su mirada exhausta había un matiz de renuncia.

Con voz apagada, Covenant le preguntó qué iba a hacer.

—Le suplicaré.

Habló con voz entrecortada, ahogada por la emoción, y Covenant tuvo el presentimiento de que estaba a punto de sufrir una crisis. Si Amok no respondía a sus súplicas, quizá Elena se volviera al último recurso de su extraña fuerza interior. La violencia de aquella posibilidad asustaba a Covenant. Estuvo a punto de pedirle que se detuviera, que abandonara el intento, pero recordó de nuevo su trato. Las alternativas se acumulaban en su mente.

Aceptó el argumento de que la respuesta a la condición de Amok debía ser

accesible. Pero creía que Elena no la descubriría, pues abordaba el problema desde un ángulo erróneo. No obstante, no parecía haber más que una posibilidad. Hizo un esfuerzo por apartar la niebla que obturaba su mente e imaginar otras posibilidades.

Mientras trataba de encontrar alguna clase de intuición salvadora, el Ama Superior Elena convocó a Amok. El joven apareció en seguida. La saludó con una profunda reverencia y dijo:

—¿Qué deseas hoy, Ama Superior? ¿Dejamos a un lado nuestro duelo y cantamos juntos?

—Escúchame, Amok, no voy a interrogarte más. —Su tono expresaba a la vez dignidad y desesperación—. La situación del Reino no permitirá más retrasos. Ya ha estallado la guerra, hay derramamiento de sangre y muerte. El Despreciativo avanza contra todo aquello que el Amo Superior Kevin quiso preservar cuando creó sus Alas. Esta insistencia en las condiciones es una falsa lealtad hacia él. Te lo suplico, Amok. En nombre del Reino, guíanos a la Séptima Ala.

Su súplica pareció conmover a Amok y replicó con una desusada gravedad:

—No puedo, Ama Superior. Soy como me hicieron, y si intentara lo que me pides dejaría de existir.

—Entonces muéstranos el camino, para que podamos seguirlo sin ti.

Amok meneó la cabeza.

—Entonces también dejaría de existir.

Elena guardó silencio, como si estuviera derrotada, pero enderezó los hombros. Abruptamente, levantó el Bastón de la Ley y lo sostuvo horizontal ante ella, como un arma.

—Amok —le ordenó—, coloca tus manos sobre el Bastón.

El joven la miró sin amilanarse y obedeció lentamente. Puso sus manos entre las de ella, en el bastón de madera tallada. Elena lanzó un grito agudo, extraño. Unas llamas de color verde cromo surgieron de la madera. Las llamas invadieron las manos de Elena y de Amok, y se intensificaron, como si se alimentaran con sus dedos. Producían un ruido sordo de energía en acción y despedían un aroma denso que parecía el olor de la cocción.

—¡Amok, nacido de Kevin! —exclamó Elena—. ¡Camino y puerta de la Séptima Ala! Por el poder del Bastón de la Ley... En nombre del Amo Superior Kevin, hijo de Loric, que te creó... ¡Te suplico que me digas el nombre del poder de la Séptima Ala!

Covenant percibió la fuerza de su orden. Aunque Elena no la dirigía a él, aunque no tocaba el Bastón, sintió el imperioso deseo de pronunciar un nombre que desconocía.

Pero Amok no pestañeó, y su voz sonó firme y clara entre las llamas del Bastón.

—No, Ama Superior. Soy inmune a las imposiciones. No puedes tocarme.

—¡Por los Siete! —gritó ella—. ¡No toleraré que rechaces mi súplica! ¡Dime el

nombre!

—No —repitió Amok.

Con un gesto salvaje, Elena arrancó el Bastón de las manos de Amok. Las llamas se juntaron formando una sola llamarada alargada que ascendió con estrépito al cielo.

Amok se encogió de hombros y desapareció.

El Ama Superior se quedó inmóvil un largo momento, paralizada, con la mirada fija en el lugar donde había estado Amok. Entonces la recorrió un escalofrío y se volvió hacia Covenant como si soportara en sus hombros el peso de la montaña. Tenía el rostro devastado. Dio un par de pasos vacilantes y se detuvo para aferrarse al bastón. Su mirada estaba vacía. Toda su fuerza se concentraba hacia dentro, contra ella misma.

—He fracasado —musitó—. Condenación. —Un rictus de angustia torcía su boca—. He condenado al Reino.

Covenant no pudo soportar aquella visión. Olvidando todos sus pensamientos inútiles, se apresuró a decir:

—Debe haber algo que podamos hacer.

Ella replicó con una desgarradora dulzura. Con voz tierna, casi acariciante, dijo:

—¿Crees en el oro blanco? ¿Puedes utilizarlo para cumplir la condición de Amok?

Su voz tenía un timbre de locura. Pero al instante siguiente, su pasión se exteriorizó. Con todas sus fuerzas golpeó con el Bastón contra la roca y gritó:

—¡Entonces hazlo!

La energía que liberó hizo que una amplia zona de la meseta se agitara como una balsa en un remolino. La roca se movió a sacudidas y se hundió. Inconsútiles oleadas de fuerza procedentes del Bastón hicieron vibrar el suelo.

El movimiento derribó a Covenant y le hizo caer hacia la hendidura.

Al instante, Elena recuperó el dominio de sí misma. Hizo que cesara el poder del Bastón y llamó a los Guardianes de Sangre. Pero los reflejos de Bannor fueron más rápidos. Mientras la roca todavía se precipitaba, saltó al otro lado de ella y cogió a Covenant por un brazo.

Por un momento, Covenant estuvo demasiado aturdido para hacer nada, y quedó colgando flácidamente de Bannor. La violencia del Ama Superior le inundaba todavía, borrando de su conciencia todo lo demás. Pero entonces sintió en el brazo el dolor que le producía la presa de Bannor. Podía notar algo profético en la antigua fuerza con que el Guardián de Sangre le sostenía, manteniéndole vivo. Aquella presa era de acero, más segura que la piedra de Rocahendida.

—¡Querido! —gimió Elena—. ¿Te he hecho daño?

Pero Covenant ya musitaba a media voz:

—Espera. Aguarda un momento. Ya lo tengo.

Tenía los ojos cerrados. Los abrió y descubrió que Bannor le sostenía en pie. Elena estaba cerca de él. Le rodeó con sus brazos y ocultó el rostro en su hombro.

—Lo tengo —repitió Covenant. Ella no le hizo caso y siguió repitiendo palabras de arrepentimiento en su hombro. Para detenerla, le dijo bruscamente—: Olvídalo. Debo estar volviéndome loco. Hace días que debí haber descubierto esto.

Finalmente, Elena le escuchó. Covenant la soltó y retrocedió. El rostro devastado del Ama se endureció. Contuvo el aliento y se pasó una mano por el cabello. Lentamente, volvió a adoptar su actitud de Ama, y habló con voz insegura pero lúcida.

—¿Qué has averiguado?

Bannor también soltó a Covenant, y el Incrédulo permaneció en pie sin ayuda, tambaleándose. Sus pies desconfiaban de la piedra, pero apretó las rodillas y trató de rechazar la sensación. El problema estaba en su cerebro. Todas sus ideas preconcebidas habían cambiado de contenido. Quería hablar rápidamente, aliviar en seguida la aflicción de Elena. Pero había pasado por alto demasiados indicios. Tenía que abordar lentamente su intuición, de manera que pudiera tirar a la vez de todos los hilos.

Agitó la cabeza, como si quisiera aclarar su mente. Elena se estremeció, como si le recordara su estallido de cólera. Covenant le hizo un gesto para que se apaciguara y se volvió hacia los Guardianes de Sangre. Miró atentamente sus rostros inexpresivos, como si fueran de metal, buscó en ellos algún matiz de duplicidad, de finalidad oculta, que pudiera verificar su intuición. Pero sus ojos antiguos, desconocedores del sueño, no parecían ocultar nada ni revelar nada. Sintió un instante de pánico ante la idea de que pudiera estar equivocado, pero la rechazó y preguntó con el máximo sosiego de que fue capaz:

—Dime, Bannor, ¿qué edad tienes?

—Somos los Guardianes de Sangre —respondió Bannor—. Hicimos nuestro Voto cuando el Amo Superior Kevin era joven.

—¿Antes de la Profanación?

—Sí, ur-Amo.

—¿Antes de que Kevin descubriera que el Execrable era realmente un enemigo?

—Sí.

—¿Y tú personalmente, Bannor? ¿Qué edad tienes?

—Estuve entre los primeros *Haruchai* que llegaron al Reino. Fui de los primeros en hacer el Voto.

—Eso fue hace siglos. —Covenant hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Recuerdas bien a Kevin?

—Ten cuidado —le previno Elena—. No te burles de los Guardianes de Sangre.

Bannor no reparó en las palabras de preocupación de Elena y respondió

inflexiblemente al Incrédulo.

—Nosotros no olvidamos.

—Supongo que no —suspiró Covenant—. Qué infierno de vida. —Desvió un momento la mirada y la dirigió hacia la montaña, buscando valor. Entonces, con súbita brusquedad, prosiguió—: Conocías a Kevin cuando preparó sus Alas. Le conociste y le recuerdas. Estabas con él cuando dio la Primera Ala a los Gigantes, y cuando escondió la Segunda en aquellas malditas catacumbas bajo el Monte Trueno. ¿Cuántas veces viniste aquí con él, Bannor?

El Guardián de Sangre alzó casi imperceptiblemente una ceja.

—El Amo Superior Kevin no viajó a Rocahendida ni al Vertedero Celeste de Melenkurion.

Aquella respuesta dejó estupefacto a Covenant.

—¿Ninguna vez? —No pudo impedir su tono de protesta y añadió—: ¿Me estás diciendo que nunca habías estado antes aquí?

—Somos los primeros Guardianes de Sangre que estamos en Rocahendida —dijo rotundamente Bannor.

—¿Entonces cómo...? Un momento. Espera. —Covenant le miró un instante, aturdido, y luego se golpeó la frente con la mano—. De acuerdo. Si el Ala es alguna clase de fenómeno natural... como la Piedra Illearth..., si no es algo que él colocó aquí... Kevin no habría tenido que venir aquí para enterarse. Loric o algún otro podría habérselo dicho. Loric pudo decírselo a cualquiera. —Aspiró hondo para serenarse—. Pero todos los que pudieron haberlo sabido murieron en la Profanación. Excepto tú.

Bannor miró a Covenant y parpadeó, como si sus palabras no significaran nada.

—Escúchame, Bannor —siguió diciendo Covenant—. Por fin empiezan a tener sentido muchas cosas. Reaccionaste de una manera extraña... cuando Amok apareció por primera vez en Piedra Deleitosa. Y tu reacción no fue menos extraña cuando se presentó en Madera Deleitosa. Y permitiste que el Ama Superior en persona le siguiera a las montañas con sólo dos Guardianes de Sangre para protegerla. ¡Sólo dos, Bannor! Y cuando terminamos bloqueados en esta roca olvidada de Dios, Morin tiene el descaro de disculpar a Amok. ¡Maldita sea! Bannor, al menos deberías haberle dicho al Ama Superior lo que sabes de esta Ala. ¿Qué clase de lealtad crees que es la tuya?

Elena previno de nuevo a Covenant, pero su tono había cambiado. La idea del Incrédulo le intrigaba.

—Somos los Guardianes de Sangre —dijo Bannor—. No puedes dudar de nosotros. Desconocemos el propósito de Amok.

A Covenant no le pasó desapercibido el leve hincapié de Bannor en la palabra «desconocer». Para su sorpresa, sintió el súbito deseo de aceptar la palabra de Bannor

y no tratar de averiguar lo que sabía el Guardián de Sangre. Pero se obligó a preguntar:

—¿No lo sabes, Bannor? ¿Cómo es posible que no lo sepas? ¿Has confiado demasiado en él para que eso sea verdad?

Bannor replicó como lo había hecho antes.

—No confiamos en él. El Ama Superior decidió seguirle. Nosotros no pedimos más.

—Eso no me lo creo. —El esfuerzo que hacía para interrogar de aquel modo a Bannor se tradujo en brutalidad—: Y deja de mirarme sin la menor expresión. Tu pueblo vino al Reino e hiciste un Voto para proteger a Kevin. Juraste preservarle o al menos dar tu vida por él y por los Amos y Piedra Deleitosa hasta que el mismo Tiempo llegase a su fin, si no para siempre. ¿O por qué estáis privados incluso de la simple decencia del sueño? Pero aquel pobre hombre desesperado fue más listo que vosotros. Os salvó cuando se destruyó a sí mismo y destruyó todo lo demás en lo que había creído. Así, pues, os quedasteis sujetos a un Voto inútil, como si todas las razones del mundo hubieran desaparecido de repente.

»¡Y entonces...! Entonces tuvisteis una segunda oportunidad de cumplir con vuestro Voto cuando vinieron los nuevos Amos. ¿Pero qué ocurre? Amok surge de la nada y vuelve a haber una guerra contra el mismo Execrable... ¿y qué hacer? Permitís que esta creación de Kevin aleje al Ama Superior como si eso fuera seguro y ella no tuviera nada mejor que hacer.

»Deja que te diga algo, Bannor. Tal vez no conozcas verdaderamente a Amok. Debes haber aprendido alguna clase de desconfianza gracias a Kevin. Pero no me cabe duda de que sabes y comprendes lo que Amok está haciendo. ¡Y lo apruebas! — La abrupta ferocidad de su propio grito le hizo detenerse un instante. Se sentía abrumado por los juicios morales que veía en Bannor. En voz apagada, añadió—: ¿O por qué arriesgas a Elena a causa de alguien creado por el único hombre que consiguió arrojar duda sobre tu incorruptibilidad?

Amok apareció entonces sin previo aviso. La llegada del joven sobresaltó a Covenant, pero lo consideró una señal de que estaba en el buen camino. Exhaló un profundo suspiro y preguntó:

—¿Por qué en nombre de tu Voto o, al menos, de la simple amistad, no le hablaste a Elena acerca de Amok la primera vez que apareció?

La mirada de Bannor no fluctuó. Con su familiar inflexión sin tonalidad, replicó:

—Ur-Amo, hemos visto la Profanación. Hemos visto el fruto de la ciencia peligrosa. La Ciencia no es conocimiento. La Ciencia es un arma, una espada o una lanza. Los Guardianes de Sangre no utilizamos armas. Todo cuchillo puede volverse y herir la mano de quien lo blande. Sin embargo, los Amos desean la Ciencia. Hacen obras de valor con ella. En consecuencia, no nos resistimos, aunque no la toquemos,

no nos sirvamos de ella ni la salvemos.

»El Amo Superior Kevin hizo sus Alas para preservar su Ciencia... y para minimizar el peligro de que sus armas pudieran caer en manos torpes. Aprobamos esto. Somos los Guardianes de Sangre. No hablamos de Ciencia. Sólo hablamos de lo que sabemos.

Covenant no pudo continuar. Sintió que ya había multiplicado en exceso sus ofensas a Bannor. Y lo que Bannor había dicho, a pesar de su tono neutro, le había afectado.

Pero Elena había aprendido lo suficiente para proseguir el razonamiento de Covenant. Con voz a la vez sosegada y autoritaria, habló así:

—Primer Signo..., Bannor..., los Guardianes de Sangre deben tomar ahora una decisión. Escuchadme. Soy Elena, Ama Superior por elección del Consejo. Ésta es una cuestión de lealtad. ¿Serviréis a la sabiduría de Kevin, un muerto, o me serviréis a mí? En el pasado habéis servido a dos causas, la de los muertos y la de los vivos, y ambas las servisteis bien. Pero ahora debéis elegir. En la situación en que se encuentra el Reino, no hay una vía intermedia. Sobre nosotros recaerá la sangre y la culpa si permitimos que prevalezca la corrupción.

Bannor se volvió lentamente hacia el Primer Signo. Ambos se miraron en silencio largo rato. Entonces Morin se enfrentó al Ama Superior con una expresión de autoridad en sus ojos.

—Ama Superior, desconocemos el nombre del poder de la Séptima Ala. Hemos oído muchos nombres..., algunos falsos, otros muertos. Pero un solo nombre hemos oído pronunciado en susurros por el Amo Superior Kevin y su Consejo. Ese nombre es *Poder de Mando*.

Cuando Amok oyó el nombre, asintió hasta que su cabello pareció danzar de júbilo.

DESCENSO A LA RAÍZ DE LA TIERRA



ovenant sudaba. A pesar de la brisa gélida, tenía la frente húmeda. Le picaba la barba mojada y un sudor frío le corría por la espina dorsal. La sumisión de Morin le había hecho sentirse curiosamente vacío. Alzó la vista y miró un instante el sol, como para preguntarle por qué no le calentaba.

Los picos de Melenkurion se alzaban como largos dedos que pusieran parentesis al sol. Sus cumbres cubiertas de glaciares reflejaban brillantemente la luz, y aquel reflejo deslumbraba a Covenant y le humedecía los ojos. La pétrea masa de los picos le intimidaba. Parpadeó rápidamente y miró de nuevo al Ama Superior Elena.

Cegado por el sol, apenas podía ver el cabello castaño, con matices de ocre rojo, de Elena. Pero al parpadear su visión se hizo más clara y pudo discernir las facciones de la mujer. Estaba sonriendo. Un nuevo impulso de vida iluminaba su rostro con la esperanza recobrada. No habló, pero sus labios formaron una palabra: querido.

Covenant tuvo la sensación de que la había traicionado.

Morin y Bannor estaban tras ella, casi hombro con hombro. Nada en su postura alerta, en el relajamiento de sus brazos que, sin embargo, estaban prestos a actuar en cualquier momento, expresaba alguna sorpresa o indicaba que lamentaran la decisión que habían tomado. No obstante, Covenant sabía que habían alterado básicamente el carácter de su servicio a los Amos. Aquello era obra suya, y deseaba poder pedir disculpas de alguna manera que tuviera significado para los Guardianes de Sangre.

Pero no podía decirles nada. Eran demasiado puros para aceptar cualquier gesto de arrepentimiento. Su sometimiento al Voto no le proporcionaba a Covenant ninguna facilidad para abordarles. Toda excusa sería insuficiente.

—La Palabra de Mando —dijo débilmente—. Tened piedad de mí.

Incapaz de soportar la sonrisa de alivio, triunfo y agradecimiento en los labios de Elena, ni la sonrisa de Amok, se volvió y caminó precavidamente a través de la meseta hacia el borde de Rocahendida, como si sus pies trataran de probar de nuevo la solidez de la piedra.

Avanzó paralelamente a la hendidura, pero permaneció a una distancia segura de ella. En cuanto pudo ver una parte considerable de la Espesura Acogotante más allá del borde del despeñadero, se detuvo. Permaneció allí, esperando a la vez que Elena se acercara a él y que no lo hiciera.

La brisa que soplaba desde el Bosque les acarició el rostro, y por primera vez en

muchos días pudo distinguir el olor característico de la estación. Descubrió que el otoño del Reino había doblado la esquina, que había hecho su recorrido anual desde la alegría hasta la tristeza. El aire no estaba ya cargado de abundancia y fructificación, con madurez tanto risueña como sombría. Ahora la brisa tenía el tenue olor del invierno temprano, un augurio de marchitez que prometía largas noches, desolación y frío.

Husmeó el aire y se dio cuenta de que la Espesura Acogotante no cambiaba de color al pasar de una estación a otra. Pudo distinguir densos grupos de árboles oscuros, los cuales ya habían perdido sus hojas, pero ninguna exhibición deslumbrante paliaba la oscuridad de la Espesura. Pasaba sin transición alguna del verano al invierno. Covenant percibió el motivo con los ojos y el olfato: la conciencia encolerizada del viejo bosque consumía toda su fuerza y su voluntad, y le dejaba sin la capacidad ni el deseo de dedicarse a meras exhibiciones de esplendor.

Entonces oyó el ruido de pisadas tras él y reconoció los pasos de Elena. Quiso adelantarse a lo que ella quisiera decirle o preguntarle.

—¿Sabes? —le dijo—. En el mundo de donde procedo, a los que le hicieron esto a un bosque les llamarían pioneros, una clase muy especial de héroes, puesto que en vez de matar a otros seres humanos se concentran en destruir la misma naturaleza. De hecho, conozco gente que afirma que todo nuestro malestar social se debe simplemente a que no nos queda nada del carácter pionero.

—Querido —le dijo ella quedamente—. No estás bien. ¿Qué te falta?

—¿Qué me falta? —No se atrevió a mirarla, y tuvo que tragar saliva antes de decir—: No te preocupes por mí. Soy como ese bosque de ahí abajo. A veces no puedo evitar los recuerdos.

Se entabló el silencio entre ellos, y él pudo notar lo poco que su respuesta satisfacía a Elena. Se preocupaba por él, quería comprenderle. Pero el renacimiento de la esperanza había restaurado el apremio de su deber. Sabía que Elena no podría dedicar tiempo a explorarle. Asintió, taciturno, mientras Elena decía:

—Debo irme... Las necesidades del Reino me requieren. —Entonces añadió—: ¿Te quedarás aquí, esperando mi regreso?

Finalmente, él encontró las fuerzas necesarias para enfrentarse a ella. Sostuvo la mirada desplazada de Elena y replicó:

—¿Quedarme atrás? ¿Y dejar de arriesgar el cuello de nuevo? Tonterías. No he tenido una oportunidad como ésta desde que estuve en el Monte Trueno.

Su sarcasmo fue más agudo de lo que había querido, pero ella pareció aceptarlo. Sonrió y le tocó levemente un brazo.

—Entonces, ven, querido. Los Guardianes de Sangre están preparados. Debemos partir antes de que Amok ponga otros obstáculos en nuestro camino.

Covenant intentó devolverle la sonrisa, pero los músculos inseguros de su rostro

convirtieron el intento en una mueca. Rezongando por su fracaso, Covenant acompañó a Elena hasta donde se encontraban los Guardianes de Sangre y Amok. Mientras caminaban, la miraba de soslayo, estudiándola disimuladamente. La tensión de los últimos tres días había quedado atrás. Sus pasos firmes y la resolución de sus facciones expresaban una fuerza, una finalidad renovadas. El resurgimiento de la esperanza le permitía desechar el cansancio. Pero sus nudillos estaban tensos cuando cogió con fuerza el Bastón, y adelantó la cabeza con un gesto lleno de decisión. Covenant sintió que su trato se agitaba inquieto en su interior, como si él fuera una tumba inadecuada, abierta.

Recordaba todavía vivamente los estremecimientos de Rocahendida. Tenía que afirmar sus pasos, pues nada le salvaría si no podía mantener su equilibrio.

Vagamente observó que el Primer Signo y Bannor estaban preparados para reemprender el viaje. Habían empaquetado todos los suministros, atando los bultos a sus espaldas con tiras de *clingor*. Amok parecía impaciente por partir; su cabello resplandecía como si en él hicieran cabriolas las visiones. Al ver a los tres, Covenant tuvo súbita y dolorosa conciencia de que no estaba preparado. No se sentía en condiciones de enfrentarse a lo que pudiera esperarles en lo sucesivo. Empezó a sentir una creciente inquietud. Necesitaba hacer algo, tenía que intentar recuperar su integridad de algún modo, pero no sabía cómo.

Contempló cómo el Ama Superior se despedía de los Ranyhyn. Éstos la saludaron alegremente, golpeando el suelo con los pies y lanzando relinchos de placer ante la perspectiva de actividad tras aquellos tres días de paciente espera. Abrazó a cada uno de los grandes caballos y luego retrocedió, sujetando el Bastón, y los saludó a la manera de los hombres de Ra. Los Ranyhyn respondieron agitando sus crines. Miraban a Elena orgullosos y risueños, mientras ella les hablaba.

—Valientes Ranyhyn, primer amor de mi vida, os agradezco vuestro servicio. Hemos sido honrados con vuestra compañía, pero ahora debemos proseguir algún tiempo a pie. Si sobrevivimos a nuestra misión, os llamaremos de nuevo para que nos llevéis de regreso a Piedra Deleitosa..., victoriosos o derrotados, pues necesitaremos la potencia de vuestros anchos lomos.

»De momento quedáis libres. Recorred las tierras que deseen vuestros corazones y vuestros cascos. Y si no os llamásemos, si regresarais a las Llanuras de Ra sin que os hayamos convocado, entonces, valientes Ranyhyn, hablad a los vuestros de Myrha, que salvó mi vida del deslizamiento de tierras y dio la suya por salvar a un caballo inferior. Decid a todos los Ranyhyn que Elena, hija de Lena, Ama Superior por elección del Consejo, y poseedora del Bastón de la Ley, está orgullosa de vuestra amistad. Sois la Cola del Cielo, las Crines del Mundo.

Alzó el Bastón y gritó:

—¡Salve, Ranyhyn!

Los grandes caballos respondieron con un relincho que retumbó en la superficie del Vertedero Celeste de Melenkurion. Entonces dieron media vuelta y se alejaron al galope, llevándose con ellos el potro de Covenant. Sus cascos resonaron con estruendo en la piedra mientras se dirigían al norte y se perdían de vista tras la curva de la montaña.

Cuando Elena se volvió hacia sus compañeros, su rostro mostraba claramente la pérdida que acababa de sufrir.

—Vamos —dijo con tristeza—, si debemos viajar sin los Ranyhyn, al menos hagámoslo con rapidez.

En seguida se volvió expectante a Amok. La joven y anciana criatura hizo una profunda reverencia y empezó a caminar airosamente hacia el lugar donde el despeñadero del Vertedero Celeste se reunía con la hendidura de la meseta.

Covenant se mesó la barba y contempló sin esperanzas a Elena y Morin que seguían a Amok. Entonces, abruptamente, como si jadeara, exclamó:

—¡Esperad! —Los dedos de la mano derecha le cosquilleaban en la barba—. Un momento. —El Ama Superior le miró inquisitivamente. Covenant explicó—: Necesito un cuchillo y un poco de agua. Y también un espejo, si lo tenéis a mano... No quiero cortarme la garganta.

—Debemos irnos, ur-Amo —le dijo Elena en tono neutro—. Hemos perdido demasiado tiempo... y la necesidad del Reino apremia.

—Esto es importante —replicó él con brusquedad—. ¿Tenéis un cuchillo?, la hoja de mi cortaplumas no es lo bastante larga.

Elena le miró un momento, escrutándole, como si su conducta fuera un misterio. Luego, lentamente, hizo un gesto de asentimiento a Morin. El Primer Signo se quitó el bulto que llevaba a la espalda, lo abrió y sacó un cuchillo de piedra, un pequeño recipiente de cuero y un cuenco, lo cual entregó al Incrédulo. En seguida Covenant se sentó en la piedra, llenó el cuenco y empezó a remojarse la barba.

Sintió la presencia del Ama Superior que estaba de pie ante él. Casi podía notar la tensión con que sostenía el Bastón, pero se concentró en humedecerse las patillas. Su corazón latía con fuerza, como si estuviera haciendo algo peligroso. Tenía una vívida sensación de lo que estaba abandonando, pero le impulsaba la repentina convicción de que su trato era falso porque no le había costado lo suficiente. Cuando cogió el cuchillo, lo hizo para sellar su compromiso con su destino.

Elena le detuvo. Con voz baja y áspera, le dijo:

—Thomas Covenant...

Su tono al pronunciar el nombre, obligó al Incrédulo a levantar la cabeza.

—¿Es esto tan urgente? —Elena controlaba su aspereza hablando con sosiego, pero su indignación era tangible en su voz—. Nuestra ignorancia ha hecho que nos retrasáramos tres días. ¿Te burlas ahora de la situación del Reino? ¿Tienes el

propósito de impedir el éxito de esta indagación?

Covenant estuvo a punto de darle una respuesta airada, pero los términos de su trato le hicieron reprimirla. Volvió a bajar la cabeza y siguió humedeciéndose la barba.

—Siéntate —le dijo—. Intentaré explicártelo.

El Ama Superior se sentó ante él con las piernas cruzadas. A Covenant le costaba trabajo sostener su mirada, y no quería mirar al Vertedero Celeste de Melenkurion, que se alzaba austero y frío por detrás de ella. Miró sus manos mientras manipulaba el cuchillo de piedra.

—De acuerdo —dijo embarazosamente—. No soy la clase de persona que se deja barba. Es algo incómodo, que pica, y me da el aspecto de un fanático. Si me he dejado crecer ésta es por una razón. Es una forma de probar... un modo de demostrar algo que incluso alguien de sesera tan dura y generalmente incoherente como yo puede verlo... Cuando me despierte en el mundo real y descubra que no tengo esta barba que me dejé crecer, entonces sabré con seguridad que todo esto es un engaño. Es una prueba. Una barba de cuarenta o cincuenta días no desaparece así como así, a menos que nunca haya existido realmente.

—Entonces, ¿por qué quieres cortarte ahora la barba?

Covenant tembló al pensar en los riesgos que corría. Pero necesitaba libertad, y su trato le prometía proporcionársela. Esforzándose por alejar de su voz el temor a ser descubierto, contó a Elena la parte de verdad que podía permitirse.

—He hecho otro trato..., como el que hice con los Ranyhyn. Ya no intento demostrar que el Reino no es real.

En el fondo de su mente, rogaba: «Por favor, no me preguntes nada más. No quiero mentirte».

Ella le sondeó con la mirada.

—Entonces, ¿crees..., aceptas el Reino?

Covenant se sintió liberado y casi exhaló un sonoro suspiro. Podía mirarla de frente para responder a semejante pregunta.

—No, pero estoy dispuesto a dejar de luchar contra ello. Has hecho mucho por mí.

—¡Ah, querido! —exclamó ella con súbita vehemencia—. No hice nada... sólo seguí los dictados de mi corazón. Haría cualquier cosa por ti, siempre que no estuviera en contradicción con mis deberes de Ama.

Covenant pareció percibir el afecto que Elena sentía por él en el mismo color de su piel. Quiso inclinarse hacia ella, tocarla, besarla, pero la presencia de los Guardianes de Sangre le refrenó. Entonces le dio el cuchillo.

Abdicaba en Elena, y ella lo sabía. Su rostro se iluminó de placer al aceptar el cuchillo.

—No temas, querido —le susurró—. Te preservaré.

Con mucho cuidado, como si llevara a cabo un rito, se acercó a él y empezó a cortarle la barba.

Covenant se estremeció instintivamente cuando la hoja tocó su piel. Pero se quedó inmóvil, apretó las mandíbulas y se dijo que estaba más seguro en manos de Elena que en las suyas propias. Notaba el filo mortal de la hoja y en su mente surgían imágenes de heridas infectadas y gangrena, pero cerró los ojos y continuó quieto.

El cuchillo tiraba de la barba, pero la agudeza de la hoja evitaba que los tirones fueran dolorosos. Pronto los dedos de Elena encontraron los músculos tensos de las mandíbulas, y los acarició para tranquilizarle. Haciendo un esfuerzo, el Incrédulo abrió los ojos, y ella sostuvo su mirada como si sonriera a través de una amorosa neblina. Elena le echó suavemente la cabeza atrás y le afeitó con firmes y seguras pasadas del cuchillo.

Cuando terminó, Covenant notó el frescor del aire en la piel, y se frotó el rostro, gozando de la suave textura de mejillas y cuello. Una vez más deseó besar a Elena. Para responder a su sonrisa, se levantó y dijo:

—Ahora estoy dispuesto. Vámonos.

Elena cogió el bastón de la Ley y se levantó ágilmente. Se dirigió a Amok en un tono festivo.

—¿Nos conducirás ahora hasta la Séptima Ala?

Amok le hizo un gesto para que lo siguiera, como si la invitara a un juego, y se dirigió una vez más hacia el lugar donde la hendidura de Rocahendida se desvanecía bajo el Vertedero Celeste de Melenkurion. Morin se colocó rápidamente su bulto a la espalda y se situó detrás de Amok. Elena y Covenant siguieron al Primer Signo, y Bannor avanzó en último lugar.

En esta formación iniciaron la última fase de su búsqueda del Poder de Mando.

Cruzaron rápidamente la meseta, y Amok llegó pronto a la unión entre el despeñadero y la grieta. Allí hizo una señal a sus compañeros, sonrió alegremente y saltó a la grieta.

Covenant no pudo evitar una exclamación, y corrió con Elena al borde. Cuando se asomaron a la estrecha y oscura sima, vieron a Amok de pie en un saliente de la pared opuesta. Aquel saliente empezaba a unos cuatro o cinco metros por debajo del voladizo de la montaña, y no era visible con claridad. La piedra lisa y la oscuridad de la grieta formaban un abismo sin rasgos definidos. Amok parecía hallarse en un lugar oscuro que daba acceso a más oscuridad.

—¡Maldita sea! —exclamó Covenant mientras miraba abajo, sintiendo ya vértigo—. Olvídalo. Olvida que alguna vez lo mencioné.

—¡Vamos! —dijo alegremente Amok—. ¡Seguidme!

Su voz se oía por encima del distante rumor del río subterráneo. Con una total

despreocupación, se adentró a grandes zancadas en la montaña. En seguida la oscuridad lo engulló por completo.

Morin miró al Ama Superior. Cuando ésta asintió, saltó al interior de la grieta y aterrizó donde Amok había estado de pie un momento antes. Dio un paso al lado y esperó.

—No seas ridículo —musitó Covenant como si hablara con el viento húmedo y frío procedente de la grieta—. No soy Guardián de Sangre, sino un hombre ordinario. Siento vértigo cuando estoy sobre una silla. A veces lo siento simplemente estando de pie.

El Ama Superior no le escuchaba. Musitó algunas palabras antiguas al Bastón y contempló fijamente la llama que brotaba de él. Luego saltó a la oscuridad. Morin la cogió en cuanto sus pies tocaron el suelo del saliente. Pasó junto a él y se colocó de modo que la luz del Bastón iluminara el espacio para que saltase Covenant.

El Incrédulo vio que Bannor le miraba inquisitivamente.

—Adelante —dijo Covenant—. Dame tiempo para hacer acopio de valor. Estaré a tu altura dentro de uno o dos años.

Volvía a sudar, y su transpiración le producía picor en la piel recién afeitada. Para serenarse alzó la vista hacia la montaña. Quería borrar los efectos que producía la sima en su mente.

De improviso, Bannor le cogió por detrás, lo levantó del suelo y lo llevó a la grieta.

—¡No me toques! —barbotó Covenant. Intentó liberarse, pero la presa de Bannor era demasiado fuerte—. ¡Por todos los diablos! ¡No!

Su voz se convirtió en un chillido cuando Bannor le arrojó por el borde.

Morin le cogió con destreza y le colocó en el reborde, al lado de Elena. El Incrédulo tenía los ojos muy abiertos y temblaba.

Un instante después, Bannor saltó, y el Primer Signo pasó junto a Covenant y Elena para quedar entre ésta y Amok. Covenant contemplaba sus movimientos como a través de una niebla. Aturdido, apoyó la espalda contra la piedra y se quedó mirando fijamente la sima como si fuera una tumba. Transcurrió algún tiempo antes de percibir que Elena le sujetaba un brazo para tranquilizarle.

—No me toques —repitió—. No me toques.

Cuando Elena se puso en marcha, él la siguió como un autómatas, dando la espalda a la luz del sol y el cielo abierto por encima de la hendidura.

Rozaba la pared con el hombro izquierdo, manteniéndose cerca de Elena, al amparo de su luz. La incandescencia del Bastón arrojaba un aura verde cromo sobre el grupo del Ama Superior y destacaba llamativamente todas las facetas de la piedra. Iluminaba el camino de Amok sin desvelar la oscuridad de delante. El saliente, que nunca tenía más de un metro de anchura, descendía constantemente. Por encima de

él, el techo de la grieta se expandía lentamente e iba adquiriendo las dimensiones de una caverna. La misma grieta se ensanchaba como si se dirigiera hacia una prodigiosa concavidad en el centro del Vertedero Celeste de Melenkurion.

Covenant sintió como si las fauces abiertas de la montaña le hicieran señas, conminándole seductoramente para que aceptara entregarse al abandono del vértigo y confiara en las profundidades de la sima. Se apretó más contra la piedra, fijando la mirada en la espalda de Elena. A su alrededor, la oscuridad y la enorme masa pétreo comprimían la luz del Bastón. Y a sus espaldas, podía oír las alas de buitre de su maldición privada que se cernían sobre él. Gradualmente comprendió que se iba aproximando a una crisis.

Maldecía su imprevisión. ¡Volvía a estar bajo tierra! No podía olvidar cómo había caído en una grieta bajo el Monte Trueno. Aquella experiencia le había puesto cara a cara con el fracaso de su viejo compromiso, su trato con los Ranyhyn. ¡Por todos los diablos! Sintió que no había hecho nada para prepararse a sufrir una penosa experiencia a través de las cuevas.

Delante de él, el Ama Superior seguía a Morin y Amok, los cuales se adaptaron al ritmo de Elena. Ésta avanzaba con tanta rapidez como podía hacerlo sin arriesgar su seguridad por el estrecho saliente. Covenant tenía que hacer un esfuerzo para mantenerse a su altura, y la rapidez de Elena incrementaba su aprensión, le hacía sentir que la grieta extendía las mandíbulas a su lado. Avanzaba penosamente, lleno de temor, por el reborde, poniendo en juego toda su concentración.

No tenía manera de medir la duración o la distancia, no tenía nada con qué computar el tiempo excepto la acumulación de su miedo, la tensión y el cansancio..., pero gradualmente cambió el carácter del techo de la caverna, extendiéndose como una cúpula. Al cabo de algún tiempo, el fuego de Elena iluminaba sólo un pequeño arco de la piedra. A su alrededor, formas espectrales poblaban la oscuridad. Entonces, la abrupta curva rocosa cubierta por la luz del Bastón se volvió nudosa y hoyada, como un lento fruncimiento en la frente de la cueva, y finalmente aquel fruncimiento cedió el paso a las estalactitas. Aparecieron palos y agujas retorcidas, lanzas y clavos mal clavados, retorcidas excrecencias lentamente acumuladas por las entrañas de la montaña. Algunas de ellas tenían facetas planas que reflejaban fragmentariamente el fuego del Bastón, arrojándolo como un claroscuro en las profundidades de la caverna, y otras se inclinaban hacia el saledizo como si trataran de golpear las cabezas de los humanos intrusos.

A lo largo de cierto trecho, las estalactitas se hicieron más gruesas, más largas e intrincadas, hasta que llenaron la cúpula de la caverna. Cuando Covenant reunió fuerzas suficientes para mirar la hondonada, le pareció contemplar un bosque invertido lleno de sombras e iluminado de azul, un denso bosque de nudosos y malévolos árboles antiguos con sus raíces en el techo. Daban la impresión de que uno

podía perder su camino, aun cuando no era posible pasar por otro lugar que por el saledizo. Aquella sensación hizo renacer el temor de Covenant. Cuando Elena se detuvo abruptamente, casi la rodeó con sus brazos.

Por delante de ella, a la luz aterciopelada del Bastón, vio que una enorme estalactita se había formado en ángulo, adhiriéndose al reborde saledizo. Daba la impresión de que había sido forzada violentamente a llegar hasta allí, y, pese a su antigüedad, parecía estremecerse todavía con la fuerza del impacto. Sólo un estrecho pasadizo permanecía entre la estalactita y la pared.

Amok se detuvo ante esta estrecha abertura y esperó hasta que sus compañeros estuvieron tras él. Entonces, hablando por encima del hombro en un tono casi reverencial, dijo:

—Contemplad la Puerta de Damelon, entrada al Poder de Mando. Por ésta, entre otras razones, nadie puede aproximarse al Poder en mi ausencia. El conocimiento necesario para entrar aquí no está contenido en ninguna de las Alas del Amo Superior Kevin. Y quienquiera que desafíe a la Puerta de Damelon sin conocer el modo de entrar, no hallará el Poder. Vagará eternamente en la soledad sin caminos del desierto que hay más allá. Ahora, escuchadme. Pasad rápidamente a través de la entrada cuando se abra. No permanecerá abierta mucho tiempo.

Elena asintió resueltamente. Tras ella, Covenant se apoyó en su hombro con la mano derecha. Tuvo una súbita e incipiente sensación de que aquélla era su última oportunidad de volverse atrás, de revocar o desdecir las decisiones que le habían llevado allí. Pero la oportunidad, si era tal, pasó tan rápidamente como se había presentado. Amok se aproximó a la Puerta.

Con lenta solemnidad, el joven extendió la mano derecha, tocó el plano vacío de la abertura con el dedo índice. Mantuvo en silencio el dedo índice en aquel punto, a la altura del pecho.

Una delicada filigrana amarilla empezó a crecer en el aire. Se inició en la punta del dedo de Amok, como una delicada tela de araña luminosa que fue extendiéndose hacia afuera en el plano de la abertura. Semejante a una madeja que fuera cristalizándose poco a poco, haciéndose visible a medida que se desenrollaba, se expandió hasta llenar toda la Puerta.

—Vamos —ordenó Amok, y atravesó decididamente la tela, sin romper las delicadas hebras de luz. Más bien desapareció al tocarlas. Covenant no pudo ver trazas de él en el saledizo, al otro lado de la Puerta.

Morin siguió a Amok. También él se desvaneció al entrar en contacto con la tela amarilla.

Entonces el Ama Superior empezó a avanzar. Covenant iba a su lado, todavía cogiéndola del hombro, pues temía separarse de ella. Elena penetró audazmente en la brecha. Él la siguió sin soltarla. Cuando tocó la brillante red, se estremeció, pero no

sintió dolor. Un rápido cosquilleo recorrió su cuerpo, como si un ejército de hormigas se paseara por su piel, al cruzar la brecha. Podía notar a sus espaldas la presencia de Bannor junto a él.

Se encontró de pie en un lugar distinto al que había esperado.

Al mirar a su alrededor, la tela se desvaneció. Pero el Bastón de la Ley seguía ardiendo. Podía ver, al otro lado de la brecha, el saliente, las estalactitas y la sima. Pero no existía sima alguna al otro lado de la Puerta de Damelon, donde él estaba ahora, sino que había un amplio suelo de piedra en el que las estalactitas y estalagmitas parecían rudas columnatas, y un techo abigarrado cubría el espacio. El lugar estaba en silencio; transcurrió algún tiempo antes de que Covenant se percatara de que ya no podía oír el sordo rumor de fondo del río que pasaba por el Vertedero Celeste de Melenkurion.

Amok hizo un gesto que abarcaba todo aquel lugar y dijo en tono solemne:

—Contemplad el Salón de Audiencias de Raíz de la Tierra. Aquí, en tiempos hace mucho olvidados, el lago sin sol se levantaba oportunamente para acoger a quienes buscaban sus aguas. Ahora, como el Poder de la Tierra elude el conocimiento de los mortales, el Salón está seco. No obstante, conserva el poder de confundir, de engañar a quienes no están preparados con la mente y el corazón. Quienes penetran aquí sin el acceso apropiado a través de la Puerta de Damelon, se perderán para siempre. —Sonrió y se volvió a Elena—. Ama Superior, enciende un momento el Bastón.

Ella pareció adivinar su intención. Se enderezó, como anticipando que iba a ver un prodigio. La ansiedad parecía brillar en su frente. Pronunció un murmullo ritual y golpeó la piedra con la contera del Bastón. Las llamas surgieron raudas hacia el techo.

El resultado hizo tambalearse a Covenant. La llamarada desencadenó una reacción en todas las estalactitas y estalagmitas, las cuales se hicieron al instante brillantes y reflexivas. Todas las columnas se iluminaron, resonaron, y un repiqueteo unido a la luz deslumbradora se extendió por toda la cueva. La luz llegaba impetuosa a los ojos de Covenant desde todos los ángulos, hasta que se sintió atrapado en una inmensa campana de luz. Intentó cubrirse los ojos, pero el repiqueteo continuó en su mente. Boquiabierto, buscando ciegamente apoyo, empezó a tambalearse.

Entonces Elena extinguió el fuego del Bastón. La luz clamorosa se desvaneció y resonó a los lejos, como el eco de un clarín. Covenant se vio de rodillas, tapándose los oídos con las manos. Se puso en pie, vacilante. Todos los reflejos habían desaparecido, las columnas habían vuelto a su anterior aspereza. Elena le ayudó a ponerse en pie, y Covenant lo hizo musitando una maldición. Ni siquiera el tierno rostro de Elena ni las facciones uniformes, desapasionadas, de los Guardianes de Sangre, podían contrarrestar su sensación de que ya no sabía dónde estaba. Y cuando Amok condujo al grupo del Ama Superior hacia adelante, Covenant siguió

tambaleándose como si no pudiera afirmar los pies en la piedra.

Tras abandonar la peligrosa caverna, el tiempo y la distancia transcurrieron confusamente para él. Sus retinas seguían deslumbradas y le desorientaban. Podía ver que el Ama Superior y Amok bajaban por una pendiente que se extendía más allá del alcance de la luz del Bastón, como una extensa orilla, una playa con columnas que había quedado seca después de la retirada de un mar subterráneo. Pero sus pies no podían seguir el camino de los demás. Sus ojos le decían que Amok les conducía directamente cuesta abajo, pero su sentido del equilibrio registraba alteraciones en la dirección, cambios en la inclinación y el ángulo de descenso. Cada vez que cerraba los ojos perdía la impresión de ir en línea recta. Giraba en la desigual superficie de un camino retorcido.

No supo qué distancia había recorrido ni en qué dirección cuando Elena se detuvo para tomar un refrigerio. No supo cuánto duró aquel descanso o qué distancia caminó después. Todos sus sentidos estaban descoyuntados. Cuando el Ama Superior se detuvo de nuevo y le dijo que descansara, se sentó con la espalda apoyada en una estalagmita y se quedó dormido de inmediato.

Vagó en sueños como uno de los pobres extraviados que habían desafiado imprudentemente la Puerta de Damelon en busca de la Raíz de la Tierra... Podía oír los desgarradores gemidos, como si llorara por sus compañeros, por sí mismo... y se despertó con una completa confusión. La oscuridad le hizo pensar que alguien había hecho saltar los fusibles de su casa mientras yacía tendido, sangrante e impotente, en el suelo, al lado de la mesita. Aturdido, tanteó en busca del receptor del teléfono, confiando en que Joan aún no habría colgado. Pero entonces sus dedos que se movían torpemente encontraron la piedra, y reconoció su textura. Con un gemido ahogado, se puso en pie en medio de la noche, bajo el Vertedero Celeste de Melenkurion.

Casi al instante, el Bastón se encendió. A su luz azulada, Elena se levantó para cogerle con su brazo libre y apretarle con fuerza.

—¡Querido! —murmuró—. Ah, querido, mantente firme. Estoy aquí.

Covenant la abrazó ansiosamente, hundiendo el rostro en sus suaves cabellos, hasta que pudo silenciar su dolor y recobrar el dominio de sí mismo. Entonces la soltó lentamente. Se esforzó por expresarle su agradecimiento con una sonrisa, pero muy pronto se desvaneció de su rostro.

—¿Dónde estamos? —le preguntó con voz ronca.

Amok, a su espalda, respondió con su tono aflautado.

—Estamos en el Pasillo del Acceso. Pronto llegaremos a la escalera de la Raíz de la Tierra.

—¿Qué...? —Covenant trató de aclararse la cabeza—. ¿Qué hora es?

—El Tiempo no tiene medida bajo el Vertedero Celeste de Melenkurion —replicó el joven impenetrablemente.

—Por todos los diablos —musitó Covenant al oír la respuesta de Amok. Le habían dicho con demasiada frecuencia que el oro blanco era el quid del arco del Tiempo.

Elena acudió en su ayuda.

—El sol se ha levantado hasta media mañana. Éste es el trigésimo tercer día de nuestro viaje desde que salimos de Piedra Deleitosa. —Como si acabara de ocurrírsele, añadió—: Hoy se oscurece la luna.

El oscurecimiento de la luna, se dijo Covenant cáusticamente. Oh, que se apiadaran de él... Cosas terribles sucedían cuando la luna se oscurecía. Los Espectros de Andelain habían sido atacados por ur-viles... Atiaran nunca le había perdonado por ello.

El Ama Superior parecía leer sus pensamientos en su rostro.

—Querido —le dijo quedamente—, no estés tan convencido de que nos acecha la condenación.

Entonces se separó de él y empezó a preparar una parca comida.

Al contemplarla, al ver la resolución y la fuerza personal implícita incluso en su manera de llevar a cabo aquella sencilla tarea, Covenant apretó los dientes y se mantuvo en silencio.

Apenas pudo tomar los alimentos que Elena le ofreció. El esfuerzo por mantenerse en silencio le hacía sentirse mal. Mantener su mentira pasiva parecía agarrotarle las entrañas, y le impedía tragar los alimentos. Sin embargo, se sentía hambriento. Para aliviar la sensación, se obligó a engullir un poco de pan seco, carne curada y queso. Devolvió el resto a Elena. Se sintió casi liberado cuando ella siguió de nuevo a Amok hacia la oscuridad. La siguió en silencio.

En algún momento del día anterior, el grupo del Ama Superior había dejado atrás el Salón de la Audiencia. Ahora viajaban por un túnel ancho, de imprecisos contornos, como una carretera a través de la pétreo masa. La luz de Elena llegaba fácilmente al techo y las paredes, cuyas superficies eran extrañamente suaves, como si las hubieran restregado durante siglos con algo áspero y potente. Esta suavidad daba al túnel el aspecto de un caño o una arteria. Covenant desconfiaba de él. Casi esperaba que un espeso fluido como lava irrumpiera por aquel conducto. Mientras avanzaba, jugaba nerviosamente con su anillo, como si aquel pequeño círculo fuera la altura de su autodomínio.

Elena apresuró sus pasos. Covenant podía ver, al contemplar su espalda, que la impulsaba su creciente deseo de llegar al Poder de Mando.

Por fin el túnel presentó una variación. El suelo giraba a la izquierda, formando una curva cerrada, y la pared derecha se interrumpía, dando acceso a otra grieta. Esta hendidura se convertía inmediatamente en un abismo considerable. La repisa del camino se estrechaba hasta que apenas tenía tres metros de anchura, y luego se

dividía formando unos rudos escalones, que parecían curvarse hacia abajo. Poco después, el grupo del Ama Superior estaba en una escalera en espiral alrededor de un hueco central en el abismo.

A centenares de metros por debajo de ellos un intenso resplandor rojizo iluminaba el fondo del abismo. Covenant tuvo la sensación de que se asomaba al infierno.

Recordó dónde había visto antes una luz similar. Era luz de roca... una radiación brillante de la piedra como la que usaban los Entes de la Cueva bajo el Monte Trueno.

El descenso le afectó con ramalazos de vértigo. Después de dar tres vueltas alrededor del pozo central, se le iba la cabeza. Sólo la luz fija de Elena y su aguda concentración mientras bajaba por los desiguales escalones, le salvaba de precipitarse de cabeza por el borde. Pero estaba decidido a no pedir ayuda a Elena ni a Bannor. No podía permitirse más deudas, pues anularían su trato y pondrían en su contra la balanza del pago. ¡No!, se dijo mientras bajaba con paso vacilante los escalones. No podía ser tan impotente. Tenía que salvar algo para poder establecer su trato, tenía que seguir. Se oyó decir con voz distante: «No me toques. No me toques».

Sintió un acceso de náuseas. Sus músculos se tensaban como precaviéndose contra una caída. Pero se apretó el pecho y buscó apoyo en la luz de Elena. La llama oscilaba por encima de su cabeza como una lengua de valor. Lentamente, su luz azulada adquirió un tinte rojizo, a medida que Elena se aproximaba al resplandor de la sima.

Covenant bajó con movimientos mecánicos, como si lo impulsara una fuerza ajena a su voluntad. Poco a poco se fue acercando al origen de la luz de roca. Pronto la iluminación rojiza hizo innecesaria la llama del Bastón, y el Ama Superior la extinguió. Delante de ella, Amok empezó a moverse con mayor rapidez, como si estuviera impaciente, celoso de todos los retrasos que posponían la resolución de su existencia. Pero Covenant le seguía a su aire, ajeno a todo lo que no fuera la empinada escalera y su intenso vértigo. Recorrió la distancia final envuelto en un baño de luz de roca, tan aturdido como si caminara en sueños.

Cuando llegó al fondo plano, avanzó unos pasos más hacia el lago. Lo hizo lleno de rigidez y aprensión, y entonces se detuvo, se cubrió los ojos para protegerlos de la intensa luz roja y se estremeció como si sus nervios estuvieran al borde de la histeria.

Delante de él, Amok exclamaba lleno de júbilo:

—¡Contempla esto, Ama Superior! ¡El lago sin sol de la Raíz de la Tierra! La savia y el néctar subterráneos del gran Vertedero Celeste de Melenkurion, engendrador de montañas. Contéplalo. Se aproxima el final del objetivo por el que he existido durante largos años.

Sus palabras reverberaban claramente, como si las secundaran docenas de voces cristalinas.

Tembloroso, Covenant aspiró hondo y abrió los ojos. Se hallaba ante la orilla de un lago inmóvil que se extendía ante él hasta donde podía alcanzar la vista. Su alto techo pétreo estaba oculto entre las sombras, pero el lago estaba totalmente iluminado por la luz de roca que ardía en los inmensos pilares que se alzaban como columnas en todo el lago... o como raíces de la montaña que se extendieran hacia el agua. Estas columnas o raíces se espaciaban en forma pareja por toda la caverna, y se repetían con regularidad en todas direcciones. Su luz de roca y la vibrante quietud del lago, daban a todo el lugar un aire de claustro, a pesar de su tamaño. La Raíz de la Tierra era un lugar donde los simples mortales se sentían humildes y devotos.

Covenant se sintió como un sacrílego en el templo santificado y augusto de las montañas.

El lago estaba tan quieto, transmitía tal impresión de peso y solidez, que parecía más de bronce líquido que de agua, una cubierta líquida de los insondables abismos de la Tierra. La luz de roca brillaba en la superficie como si estuviera bruñida.

—¿Es esto...? —empezó a preguntar Covenant, pero se contuvo y aquellas palabras resonaron levemente sobre el agua y se repitieron con toda claridad a lo lejos.

No podía continuar. Incluso el sordo sonido que producían sus botas en la piedra resonaba como si acarrease alguna clase de significación profética.

Pero Amok reanudó alegremente la pregunta que había quedado en el aire.

—¿Si el Poder de Mando está aquí, en la Raíz de la Tierra? —Los ecos multiplicaron su risa—. No, la Raíz de la Tierra solamente lo comparte, pero el corazón de la Séptima Ala está más allá. Debemos cruzar el lago.

—¿Cómo? —preguntó Elena con un hilo de voz, como si también ella se sintiera insignificante ante aquel misterioso lago.

—Se nos proporcionará un camino, Ama Superior. Soy el camino y la puerta... No os he traído a un final sin caminos. Pero vosotros tendréis que saber cómo usarlo. Ésta es la última prueba. Sólo me está permitido decir una cosa: no toquéis el agua. No tendría en cuenta la carne mortal.

—¿Qué hemos de hacer ahora? —inquirió ella en voz baja para minimizar los ecos.

—¿Ahora? —Amok soltó una risita—. Sólo hemos de esperar, Ama Superior. No será por mucho tiempo. ¡Mira! El camino ya se acerca.

Estaba en pie y de espaldas al lago, pero mientras hablaba señaló hacia atrás con un brazo. Como si respondiera a su señal, apareció una embarcación; salió por detrás de un pilar, a cierta distancia de la orilla.

El bote estaba vacío. Era de madera, estrecho y puntiagudo en ambos extremos. Con excepción de una línea brillante, de color dorado reflectante, que recorría la borda y los bancos, carecía de todo adorno. Estaba hecho de un tronco pulimentado,

marrón claro, lo bastante largo para acoger a cinco o seis personas, pero nadie remaba ni dirigía el timón. Sin levantar ondas en el agua, rodeó graciosamente el pilar y se deslizó hacia la orilla. Sin embargo, en la atmósfera sacramental de la Raíz de la Tierra aquello no parecía extraño. Era un aditamento apropiado y natural del lago broncíneo. Covenant no se sorprendió al ver que no tenía remos.

Contempló su avance como si fuera un instrumento temible. Le picaba el dedo donde llevaba la alianza matrimonial. Echó un vistazo a la mano, casi esperando ver que brillaba o cambiaba de color. El metal plateado parecía especialmente vívido a la luz de roca; pesaba mucho y le cosquilleaba la piel, pero no revelaba nada. «Ten piedad», musitó, como si hablara directamente al oro blanco. Entonces se estremeció al comprobar que su voz se multiplicaba en ecos ligeros, extendida por una multitud de repeticiones cristalinas. Amok se rió de él, y el eco de su risa jubilosa se unió al de las apagadas palabras del Incrédulo.

El Ama Superior Elena estaba ahora demasiado extasiada para prestar atención a Covenant. Permanecía en la orilla como si ya pudiera percibir el olor del Poder de Mando, y esperó como un acólito la llegada del bote vacío.

Pronto la embarcación llegó junto a ella. Silenciosamente, deslizó su proa por la cuesta seca y se detuvo allí como si estuviera dispuesta, expectante.

Amok la saludó con una profunda reverencia y luego subió ágilmente a bordo. Sus pies no hicieron ruido alguno al tocar las planchas de madera. Se dirigió al extremo del bote, se volvió y se sentó apoyando los brazos en las bordas, sonriendo como un monarca en su trono.

El Primer Signo Morin siguió a Amok. Luego, el Ama Superior Elena subió a la embarcación y se colocó en un banco central, con el Bastón de la Ley sobre las rodillas. Covenant vio que había llegado su turno. La aprensión latía en sus sienes, pero la reprimió. Se aferró a las bordas con ambas manos y subió al bote. Sus botas hicieron ruido al pisar las planchas, y resonó su eco. Al sentarse, tuvo la sensación de que la inmensa masa pétreo que le rodeaba recibía su presencia con hostilidad.

Bannor empujó el bote al interior del lago y saltó de inmediato a bordo. Pero cuando tomó asiento, la embarcación se había detenido después de haberse deslizado un trecho. Permaneció inmóvil como si estuviera fundida con el agua bruñida a corta distancia de la orilla.

Durante un momento, nadie se movió ni habló. Permanecieron sentados en silencio, esperando que la misma fuerza que había impulsado al bote se lo llevara de nuevo. Pero la embarcación permaneció inmóvil, fija como un turíbulo en la rojiza y quieta superficie del lago.

El pulso se hizo más rápido y violento en las sienes de Covenant. Ásperamente, desafió a los ecos y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

Para su sorpresa, la embarcación se deslizó unos metros más, pero se detuvo de nuevo cuando cesaron los ecos de su voz. De nuevo el grupo del Ama Superior quedó inmóvil, atrapado.

El Increíble miró perplejo a su alrededor. Nadie hablaba. Elena estaba concentrada en sus pensamientos, en una postura rígida. Miró una vez a Amok, pero la feliz sonrisa del joven le consternó tanto que desvió la mirada. Aquella enigmática situación empezaba a hacerse insoportable.

Un inesperado movimiento de Bannor le sobresaltó. Al volverse vio que el Guardián de Sangre se había puesto en pie y sacaba de sus ranuras la tabla del banco. Con una súbita excitación, Covenant pensó que quería utilizar la tabla como remo.

Bannor cogió la tabla con ambas manos, se apoyó en un lado del bote y se dispuso a remar.

Cuando el extremo de la tabla tocó el agua, algún poder invisible se hizo con ella y la arrancó al instante de las manos de Bannor. La tabla se hundió sin ningún chapoteo, sin producir ondas en la superficie del agua. Se hundió como una piedra arrojada a las profundidades.

Bannor se quedó mirando el agua y enarcó una ceja, como si especulase en abstracto sobre la clase de fuerza que con tanta facilidad podía arrebatar algo de las manos de un Guardián de Sangre. Pero Covenant no estaba tan tranquilo y musitaba maldiciones entre dientes.

—Por todos los diablos —dijo débilmente.

El bote volvió a moverse y avanzó unos metros más hasta que los ecos de las palabras de Covenant desaparecieron. Entonces se detuvo y quedó de nuevo en una absoluta inmovilidad.

Covenant miró a Elena, pero no tuvo necesidad de hacerle la pregunta en voz alta. Vio en la expresión de su rostro que comprendía perfectamente.

—Sí, querido —le dijo aliviada, con un tono de triunfo—. Ya veo. —Y mientras el bote empezaba a deslizarse una vez más por el lago, añadió—: El sonido de nuestras voces es lo que hace al bote moverse. Así es como funciona el camino de Amok. La embarcación buscará su propio destino, pero para transportarnos necesita los ecos de nuestras voces.

Lo acertado de su percepción resultó evidente de inmediato. Mientras la clara voz de Elena lanzaba réplicas que eran como ondas en la superficie de la Raíz de la Tierra, el bote se deslizó suavemente por el agua. Él mismo se orientaba entre los pilares como si le arrastrara la piedra imán de su destino. Pronto quedó atrás la escalera de la Raíz de la Tierra. Pero cuando Elena dejó de hablar, cuando los delicados ecos habían cedido de nuevo al silencio, la embarcación se detuvo de nuevo.

Covenant gimió en silencio. De repente temió que le pidieran que hablase, que

ayudara a impulsar el bote. Temía revelar su trato si se veía obligado a hablar extensamente. En defensa propia, se dirigió a los demás antes de que le pidieran a él que hablara.

—Bien, decid algo.

Una leve y ambigua sonrisa se dibujó en los labios de Elena, una respuesta, no a Covenant, sino a alguna perspectiva interna que la satisfacía.

—No tendremos dificultad, querido —le dijo—. Hay muchas cosas entre nosotros que no nos hemos dicho. Hay en ti secretos, misterios y fuerzas de poder que sólo percibo vagamente. Y hay algunos aspectos de mí de los que todavía no he hablado. Éste es un lugar apropiado para que abramos nuestros corazones. Te hablaré de aquella carrera en Ranyhyn que llevó a la joven hija de Lena desde la Pedraria Mithil a la Cordillera Meridional, y del gran rito secreto que le enseñaron los Ranyhyn, entre otras muchas cosas.

Con un movimiento majestuoso, se puso en pie ante Covenant. Apoyó con firmeza el Bastón de la Ley en las planchas y alzó la cabeza al techo de la caverna.

—Ur-Amo Covenant. —Los ecos se extendieron a su alrededor como una madeja de brillante luz de roca, entretejiendo el agua bruñida—. Incrédulo y poseedor del oro blanco, Barón del Anillo, querido... Debo decirte esto. Has conocido a Myrha. En su juventud acudió a Lena, mi madre, de acuerdo con la promesa de los Ranyhyn. Me transportó para que viviera el gran acontecimiento de mi infancia. Así, pues, tú eras la causa desconocida. Antes de que esta guerra llegue a su fin, para bien o para mal, he de decirte lo que han causado tus promesas.

Covenant no se sentía capaz de escuchar lo que Elena podría decirle, pero estaba demasiado aturdido e intimidado por el lago y los ecos para detenerla. Permaneció en su asiento, enmudecido por el temor, y escuchó el relato de Elena sobre su experiencia con los Ranyhyn. Y mientras hablaba, la embarcación les llevaba siguiendo un rumbo oblicuo entre los pilares del lago, impulsada por la resonancia de la voz, como si los estuviera transbordando a una orilla terrible.

La aventura de Elena tuvo lugar la tercera vez que Lena, su madre, le permitió montar un Ranyhyn. Durante las dos visitas anuales anteriores a la Pedraria Mithil, dictadas por la promesa de los Ranyhyn a Covenant, el Barón del Anillo, el viejo caballo de las Llanuras de Ra había abierto mucho los ojos, lleno de sorpresa, al ver a la pequeña, cuando Trel, su abuelo, la subió al ancho lomo. Al año siguiente la joven Myrha ocupó el lugar del viejo semental. La yegua miró a Elena con la ponderación que caracterizaba a todos los Ranyhyn... y la niña, percibiendo el ofrecimiento del Ranyhyn sin comprenderlo, se entregó alegremente a Myrha. No miró atrás mientras la yegua la llevaba lejos de la Pedraria Mithil, hasta las montañas de la Cordillera Meridional.

Myrha galopó todo un día y una noche, llevando a Elena cada vez más hacia el

sur, por caminos de montaña y pasajes desconocidos por las gentes del Reino. Al fin llegaron a un alto valle cubierto de hierba, plegado entre altos despeñaderos, con un pequeño lago alimentado por un arroyo cerca del centro. Era un lago misterioso, pues sus oscuras aguas no reflejaban la luz del sol. El mismo valle era una maravilla ofrecida a la contemplación, pues contenía centenares de Ranyhyn, orgullosos y relucientes sementales y yeguas con una estrella en la frente, que se habían reunido allí para un raro y secreto ritual de los caballos.

Pero la maravilla de Elena pronto se transformó en temor. Entre un coro de salvajes relinchos de bienvenida, Myrha llevó a la pequeña hacia el lago, se agachó para depositarla en el suelo y luego desapareció entre los demás Ranyhyn, los cuales empezaron a correr alrededor del valle con un retumbar de cascos. Al principio trotaban en todas direcciones, empujándose unos a otros. Pasaban casi rozando a la niña, como si apenas fueran capaces de evitar aplastarla. Gradualmente fue aumentando su velocidad. Varios Ranyhyn dejaron la estruendosa multitud para beber en el lago, y luego volvieron al grupo con renovado ímpetu, como si las oscuras aguas bulleran en sus venas. Mientras el sol iba remontándose, los grandes caballos corrían y corcoveaban, bebían en el lago y se precipitaban de nuevo para correr otra vez con el incansable frenesí de una danza alocada. Y Elena estaba en pie entre ellos, peligrando en medio de aquella tormenta de cascos, paralizada de terror. Pensó empavorecida que si se acobardaba e intentaba huir sería de inmediato pisoteada por los cascos y moriría.

De pie, envuelta por el calor, el estruendo y un terror mortal, perdió la conciencia durante algún tiempo. Seguía en pie cuando sus ojos empezaron a ver de nuevo. Estaba erecta y petrificada bajo la última luz de la tarde. Pero los Ranyhyn ya no corrían. La habían rodeado. Estaban contemplándola, escrutándola. Algunos se hallaban tan cerca de ella que notaba en el rostro su aliento cálido y húmedo. Querían hacerle algo..., podía notar la insistencia de sus voluntades tratando de quebrar la inmovilidad en que la había sumido su terror. Lenta, rígidamente, sin poder evitarlo, empezó a moverse. Se dirigió al lago y bebió.

El Ama Superior interrumpió abruptamente su narración y comenzó a cantar. Entonó una canción vibrante, airada y angustiada, que difundía oleadas de pasión en el aire de la Raíz de la Tierra. Por razones que Covenant sólo podía adivinar instintivamente, pronunció el Lamento del Amo Kevin, como si fuera su propio e irremediable canto fúnebre.

¿Dónde está el Poder que protege

la belleza de la decadencia de la vida?

¿Qué preserva la verdad pura de la falsedad?

*¿Qué asegura la lealtad contra esa lenta mácula de caos
que corrompe?*

*¿Cómo somos tan empequeñecidos por el Desprecio?
¿Por qué no entra en erupción la misma roca
para su propia limpieza
o, avergonzada, se convierte en polvo?*

Mientras los ecos de aflicción del cántico corrían sobre el lago, miró fijamente a Covenant por primera vez desde que iniciara su relato.

—Querido —le dijo en voz baja y estremecida—. Mi vida fue transformada... restaurada. Al tocar aquellas aguas desaparecieron la ignorancia y la ceguera de mi corazón. Mi temor se fundió y me uní en comunión con los Ranyhyn. En un instante de visión, lo comprendí todo. Vi que, haciendo honor a tu promesa, me habían llevado a presenciar el rito caballar de *Kelenbhrabanal*, el Padre de los Caballos, un ritual de los Ranyhyn que se lleva a cabo una vez cada generación para transmitir y perpetuar su gran leyenda, el relato de la muerte del poderoso *Kelenbhrabanal* a manos del Barón del Colmillo, el Arrebatador. Vi que aquella tempestuosa carrera de los Ranyhyn obedecía a que compartían su aflicción, ira y frenesí por la muerte del Padre.

»Pues *Kelenbhrabanal* fue el Padre de los Caballos, Semental del Primer Rebaño. Las Llanuras de Ra fueron su dominio y su protectorado. Fue él quien dirigió a los Ranyhyn en su gran guerra contra los lobos del Barón del Colmillo.

»Pero la guerra prosiguió sin resultado, y el hedor de la sangre y la carne desgarrada producía náuseas al Semental. Así, pues, se dirigió al Barón del Colmillo, se le enfrentó y le dijo: «Que termine esta guerra. Husmeo tu odio, sé que necesitas víctimas, pues de lo contrario tú mismo te consumirías en tu pasión. Yo seré tu víctima. Mátame y deja a mi pueblo vivir en paz. Aplaca conmigo tu odio y pon fin a esta guerra». Y el Barón del Colmillo accedió. Así, *Kelenbhrabanal* ofreció su garganta a los dientes del Arrebatador y empapó la tierra con la sangre de su sacrificio.

»Pero el Barón del Colmillo no mantuvo su palabra y los lobos atacaron de nuevo. Los Ranyhyn carecían de dirección y estaban aterrados. No podían luchar bien. Los Ranyhyn restantes se vieron obligados a huir a las montañas. No podían regresar a sus queridas Llanuras, hasta que estuvieran al servicio de los hombres de Ra y, con su ayuda, hubieran alejado a los lobos.

»De ese modo, cada generación de Ranyhyn lleva a cabo su rito caballar para preservar el relato del Semental, para mantener puro en la memoria todo su orgullo por su autosacrificio, toda su aflicción por la muerte del Padre y todo el furor contra el Desprecio que lo traicionó. Así beben de las aguas que mantienen la mente unida, y martillean con sus cascos el terreno, llevados hasta el límite de su pasión, durante un día y una noche. Y así, cuando probé el agua del lago, corrí y gemí enfurecida, igual que ellos, durante toda aquella larga noche de exaltación. Entregué mi corazón, mi

mente, mi espíritu, me abandoné a un sueño en el que era posible la muerte del Barón del Colmillo.

Mientras la escuchaba, mirándola atentamente, Covenant sentía en sus entrañas el nudo de una aflicción imposible de deshacer. Elena era la mujer que se le había ofrecido. Ahora comprendía su pasión, el peligro en que se hallaba. Y aquella mirada doble de Elena, que seguía dos direcciones contrarias, se centraba. Covenant ya podía oír el crepitar de una conflagración alrededor de Elena.

Aquella mirada concentrada lo atemorizó y le dio ímpetu para hablar. Dividido entre el miedo y el amor, con voz entrecortada, balbuceó ásperamente:

—Lo que no comprendo es lo que gana el Execrable con todo esto.

LA SÉPTIMA ALA



urante un largo momento, el Ama Superior Elena sostuvo con fuerza el Bastón de la Ley, mirando fieramente a Covenant. Aquella concentración de su mirada parecía a punto de desencadenar una fuerza que azotaría al Incrédulo. Pero entonces Elena pareció darse cuenta de quién era. Lentamente, la pasión se fue transformando en sosiego, y quedó oculta tras un velo interior. Elena se sentó en el banco del bote y preguntó con voz ahogada que expresaba un enojo contenido:

—¿Todo esto? ¿Preguntas lo que gana el Amo Execrable en lo que te he contado?

Él le respondió al instante en un tono estremecido. Ya no le importaba la ilimitada gama de implicaciones con que los ecos multiplicaba su voz. Se apresuró a explicarse, mejorando, al menos, de aquel modo la falsedad de su posición.

—Sí, también eso. Tú misma lo has dicho... Ese viejo, insoportable trato que hice con los Ranyhyn te llevó... donde estás. Dejemos aparte lo que le hice a tu madre. Eso también. Pero la verdad es que no estoy pensando en esta ocasión. Tú me convocaste, y ahora vamos en busca de la Séptima Ala, y quiero saber qué consigue de ello el Execrable. No desperdiciaría una ocasión como ésta.

—Esto no forma parte de sus designios —replicó ella fríamente—. La decisión de convocarte fue mía, no suya.

—De acuerdo. Así es como actúa el Execrable. Pero ¿qué te hizo decidirte a convocarme? Quiero decir, aparte del hecho de que en algún momento me convocarías de todos modos debido a la simple desgracia de que llevo un anillo de oro blanco y me faltan dos dedos. ¿Qué te hizo decidirte entonces... cuando lo hiciste?

—*Dukkha Waynhim* nos proporcionó un nuevo conocimiento del poder del Despreciativo.

—¡Nuevo conocimiento! ¡Por todos los diablos! ¿Crees acaso que eso fue un accidente? El Execrable lo liberó. —Gritó esta última palabra, cuyos espantosos significados se multiplicaron a su alrededor en los innumerables ecos de la caverna—. Liberó a aquel pobre diablo sufriente porque sabía exactamente cómo reaccionarías. Y quería que yo estuviera entonces en el Reino, en aquel preciso momento, ni más pronto ni más tarde.

Elena comprendió la importancia de lo que decía el Incrédulo. Empezó a escucharle seriamente. Pero el tono de reserva continuó presente en su voz al

preguntarle:

—¿Por qué? ¿De qué manera servimos a sus propósitos?

Covenant rehuyó un momento lo que estaba pensando.

—¿Cómo podría saberlo? Si lo supiera, podría luchar de algún modo contra ello. Aparte de la idea de que mi objetivo es, al parecer, destruir el Reino... —El grave semblante de Elena le interrumpió. Por ella, hizo acopio de valor—. Bien, mira lo que ha ocurrido por mi causa. Le hice algo al *krill* de Loric, y en consecuencia apareció Amok y tú intentas desentrañar la Séptima Ala. Es como un mecanismo de relojería. Si me hubieras convocado antes, entonces cuando llegásemos a este punto no estarías bajo semejante presión para usar una ciencia que no comprendes. Y si todo esto hubiera ocurrido más tarde, no habrías venido aquí... Estarías demasiado ocupada luchando en la guerra.

»En cuanto a mí... —Tragó saliva y desvió la mirada un instante, pues se acercaba más a la raíz de su trato—, ésta es la única manera posible de librarme del anzuelo. Si las cosas se hubieran desarrollado de otro modo, habría sufrido muchas más presiones, desde todas partes, para saber cómo utilizar este anillo. Y Joan... Pero así has estado distraída, pensando en la Séptima Ala en vez de hacerlo en la magia indomeñable o lo que sea. El Execrable no quiere que sepa para qué sirve el oro blanco. Podría usarlo contra él.

»¿No te das cuenta? El Execrable nos ha hecho llegar a esta situación. Él liberó al *dukha* a fin de que precisamente ahora estuviéramos aquí. Debe tener alguna razón para ello. Le gusta destruir a la gente a través de las cosas que les hacen concebir esperanza. De esa manera puede hacerles profanar... No es extraño que hoy se produzca el oscurecimiento de la luna. —Era dolorosamente consciente de cómo hacía peligrar su propia causa cuando concluyó—: Elena, la Séptima Ala puede ser lo peor de todo, peor que todo lo ocurrido hasta ahora.

Pero Elena le replicó sin dilación:

—No, querido, no lo creo. El Amo Superior Kevin formó sus Alas en una época anterior a aquélla en que su sabiduría se trocó en desesperación. La mano del Barón del Colmillo no tiene nada que ver con ellas. Es posible que el Poder de Mando sea peligroso, pero no es maligno.

Aquella afirmación no convenció a Covenant, pero no se atrevió a protestar. Los ecos recalcaban en exceso incluso las palabras más sencillas. Permaneció sentado, mirándose malhumorado los pies mientras se rascaba la mano en la que el anillo producía comezón. Cuando los ecos se disiparon y el bote se detuvo suavemente, sintió que había perdido una ocasión de actuar con probidad.

Durante algún tiempo, ninguna voz se alzó para impulsar el bote. Covenant y Elena estaban sentados en silencio, concentrados en sus respectivos pensamientos. Pero entonces ella habló de nuevo. Quedamente, en tono reverente, recitó las palabras

del Lamento del Amo Kevin. El bote se deslizó de nuevo hacia adelante.

Poco después, la embarcación rodeó otra columna y Covenant se encontró ante una cascada alta, centelleante y silenciosa. Su parte superior desaparecía entre las sombras del techo de la caverna, pero los torrentes que caían sin ruido por la quebrada superficie captaban la rojiza luz de roca en millares de puntos brillantes, de modo que parecía una cascada de cálidas gemas rojas.

El bote avanzó suavemente a impulsos de la recitación de Elena hacia un embarcadero de roca a un lado de la cascada, y se colocó en posición para el desembarco. Al instante, Amok saltó del bote y esperó a sus compañeros en el borde de Raíz de la Tierra. Tardaron un momento en seguirle, pues estaban como hechizados por el esplendor y el silencio de la catarata.

—Vamos, Ama Superior —dijo el joven—. La Séptima Ala está cerca. Debo poner fin a mi existencia.

El tono de su voz armonizaba con la desusada seriedad de su semblante.

Elena movió vagamente la cabeza, como si recordara sus limitaciones, su cansancio y su falta de conocimientos. Covenant se cubrió los ojos para no ver el resplandor de aquella desconcertante cascada que caía sin ruido. Pero entonces Morin saltó al embarcadero y Elena lo siguió con un suspiro. Cogiéndose con ambas manos a las bordas, Covenant se irguió y bajó de la embarcación. Cuando Bannor se reunió con ellos, el grupo del Ama Superior estuvo completo.

Amok los miraba con la misma expresión de seriedad. Parecía haber envejecido durante el viaje en el bote. La alegría había desaparecido de su rostro, y ahora la impresión de ancianidad se imponía sin contradicciones. Movía los labios como si deseara hablar, pero no decía nada. Como un hombre en busca de apoyo, miró brevemente a cada uno de sus compañeros. Luego desvió la mirada y, con pasos extrañamente lentos y fatigados, se dirigió a la cascada. Cuando llegó a las primeras rocas mojadas, subió por ellas y se puso bajo el agua.

Abrió las piernas para sustentarse contra el peso del agua y miró hacia sus compañeros.

—No temáis —les dijo a través del silencioso torrente—. Esto no es más que agua, tal como la conocéis. La potencia de la Raíz de la Tierra surge de otra fuente. Venid.

Hizo un gesto para que lo siguieran y desapareció bajo el agua.

Elena estaba en tensión. La proximidad de la Séptima Ala cubría su rostro de ansiedad. Desdeñando su fatiga, apretó el paso detrás de Morin y avanzó hacia la cascada.

Covenant la siguió. A pesar de que estaba atormentado, exhausto, lleno de temor ante lo incomprensible, no podía quedarse atrás. Mientras Elena se abría paso a través de la cascada y desaparecía, el Increíble subió por el amasijo de rocas húmedas y

empezó a arrastrarse. La espuma le mojaba el rostro y las rocas estaban demasiado resbaladizas, por lo que se veía obligado a arrastrarse, pero siguió avanzando para evitar la ayuda de Bannor. Conteniendo la respiración, penetró en el agua como si fuera una avalancha.

El torrente cayó sobre él como si contuviera el peso acumulado de su engaño. Pero a medida que avanzaba, que el agua le empapaba, le cegaba, le llenaba la boca y las orejas, sentía cierta vitalidad en aquel torrente. Era como una ablución involuntaria, una limpieza realizada como el último requisito previo del Poder de Mando. Le frotaba como si quisiera descarnarle. Pero la fuerza del agua no afectaba al rostro y el pecho. Despertaba todos sus nervios, pero no lograba purificar la médula de su ineptitud. Un momento después, pasó al otro lado de la cascada, penetró en un espacio oscuro sin que ningún encanto o magia lo hubiera transformado.

Temblando, meneó la cabeza y expulsó el agua de la boca y la nariz. Sus manos le indicaron que estaba sobre una piedra plana, pero producía una sensación extraña, a la vez seca y resbaladiza, que resistía el contacto sólido de sus palmas. No podía ver nada, no oía ruido de pasos ni murmullos de sus compañeros. Pero su sentido del olfato reaccionó violentamente. Se encontró en un ambiente tan cargado de fuerza que ahogaba cualquier otro olor. Era como el hedor de la gangrena, como el acre olor del azufre, pero no se parecía a aquellos ni a ningún otro olor conocido. Era como la inmensa y pulimentada extensión de la Raíz de la Tierra, como la inmensidad de la caverna iluminada por la luz de roca, como el oscuro torrente de la cascada, como los ecos, como la inmortal estabilidad del Vertedero Celeste de Melenkurion. Reducía su inquieta conciencia a la escala de la mera carne efímera.

Era el olor del Poder de la Tierra.

Covenant no podía soportarlo. Estaba de rodillas, con la frente apoyada en la fría piedra y las manos en la nuca.

Entonces oyó un ruido crepitante y se encendió el Bastón de Elena. Covenant alzó lentamente la cabeza. La acritud del aire hacía que se le saltaran las lágrimas, pero parpadeó y miró a su alrededor.

Se hallaba en un túnel recto y sin luz que partía de la cascada. En su centro, y corriendo en dirección a la cascada, había un arroyuelo de menos de un metro de anchura. Incluso a la luz azulada del Bastón, el líquido de aquel arroyo era rojo como la sangre fresca. Aquélla era la fuente del olor, la frente de la peligrosa potencia de la Raíz de la Tierra. El Incrédulo podía ver su concentrado poder.

Se puso en pie y se arrastró hacia la pared del túnel. Quería alejarse lo más que pudiera de aquel arroyo. Sus botas resbalaban sobre el negro suelo de piedra, como si estuviera cubierto de hielo. Tenía que esforzarse para mantener el equilibrio. Pero llegó a la pared y se apoyó contra ella. Entonces miró a Elena.

El Ama Superior miraba fijamente al interior del túnel, como si contuviera el

aliento. Una expresión arrobada, exultante, llenaba su rostro y parecía más alta, como si la posesión del Bastón de la Ley, que sujetaba con todas sus fuerzas, aumentara su estatura..., como si la llama del Bastón alimentara un fuego dentro de ella, que era como una visión de victoria. Parecía una sacerdotisa, a punto de llevar a cabo venerables y eficaces ritos, acercándose al terreno oculto de su fuerza. Las mismas brechas de su extraña mirada doble estaban llenas de exaltadas y salvajes posibilidades. Covenant olvidó el incómodo poder que vibraba en el aire, olvidó las lágrimas que brotaban de sus ojos y dio un paso hacia ella para prevenirla.

En seguida perdió el equilibrio y apenas logró evitar una caída. Antes de que pudiera intentarlo de nuevo, oyó que Amok decía:

—Ven. El fin está próximo.

Su voz sonaba tan espectral como una invocación de los muertos, y el Ama Superior Elena empezó a avanzar por el túnel en respuesta a su llamada. Covenant miró rápidamente a su alrededor y vio a Bannor detrás de él. Le cogió un brazo como si quisiera pedirle que la detuviera, que no le permitiera lo que iba a hacer. Pero no pudo decirlo, pues había hecho un trato. Se apartó del Guardián de Sangre e intentó correr tras Elena.

No pudo encontrar punto de apoyo para sus pies. Las botas resbalaban en la piedra. Parecía haber perdido su sentido del equilibrio, pero avanzó penosamente. Con un intenso esfuerzo de voluntad, relajó la fuerza de sus pasos y redujo el ímpetu de sus pisadas. Así pudo obtener cierto control de sus movimientos y logró llegar a la altura del Ama Superior. Pero no pudo detenerla ni ver hacia dónde se dirigía, pues tenía que concentrarse demasiado en sus pasos. No alzó la vista hasta que el penetrante olor volvió a intensificarse. Entonces tuvo que detenerse. Las lágrimas brotaban de sus ojos con tal abundancia que se borraba la visión. Pero aquel olor le indicó que había llegado a la fuente del arroyo rojo.

A través de las lágrimas pudo ver que la llama del Bastón de Elena se extinguía.

Se enjugó los ojos y miró rápidamente a su alrededor. Vio que estaba al lado de Elena en una amplia cueva en el extremo del túnel. Ante él, dispuestos en la piedra negra que configuraba el final del túnel, expuesta como un filón, había una áspera superficie de roca húmeda, colocada oblicuamente, la cual relucía distorsionando la visión del espectador, dándole la impresión de que contemplaba un espejismo, una vibración en la materia sólida. Era como una membrana porosa en los fundamentos del tiempo y el espacio. De arriba abajo exudaba una humedad que goteaba, era recogida en un tosco recipiente de piedra y fluía hacia el centro del túnel.

—Mirad —dijo quedamente Amok—. Mirad la Sangre de la Tierra. Aquí cumpliré la finalidad de mi creación. Yo soy la Séptima Ala de la Ciencia del Amo Superior Kevin. El poder del que soy el camino y la puerta está aquí.

Mientras hablaba, su voz iba haciéndose más profunda, más vieja. La pesada

carga de los años le doblaba los hombros. Cuando continuó, parecía consciente de la necesidad de apresurarse, de hablar antes de que se agotara su vieja inmunidad al tiempo.

—Escucha, Ama Superior. El aire de este lugar me deshace. Ahora debo completar mi finalidad.

—Habla entonces, Amok —dijo ella—. Te escucho.

—Oídmeme —dijo Amok en un tono susurrante, como si la respuesta de Elena le hubiera hecho caer en una ensoñación—. ¿Qué utilidad tiene escuchar si no se hace sagazmente? —Salió entonces de aquel estado de arrobamiento y, en un tono más fuerte, añadió—: Pero oíd entonces, para bien o para mal. Cumpló la ley de mi creación. Quien me hizo no puede requerir nada más de mí.

»Contempla, Ama Superior, la Sangre de la Tierra. Es la savia apasionada y esencial de la roca, el poder de la Tierra que eleva y sostiene los picos montañosos. Sangra aquí, quizá porque el gran peso del Vertedero Celeste de Melenkurion lo exprime de la densa roca, o tal vez porque la montaña está deseosa de descubrir su corazón a quienes lo necesitan y pueden encontrarlo. Sea cual fuere la causa, su resultado permanece. Todo aquél que beba de la Sangre de la Tierra obtendrá el Poder de Mando.

Sostuvo la intensa mirada de Elena y siguió diciendo:

—Es un Poder misterioso y lleno de peligros. Cuanto se ha obtenido de la Sangre, debe ser usado rápidamente, para que su fuerza no destruya a quien lo ha bebido, Y nadie puede soportar más que un solo trago, no hay carne y huesos mortales que resistan más de un solo trago de la Sangre. Es un líquido demasiado precioso para que lo contenga el recipiente de un cuerpo humano.

»Sin embargo, tales peligros no explican por qué el Amo Superior Kevin no probó el Poder de Mando, pues éste es el poder para lograr cualquier acto deseado... para impartir cualquier orden a la piedra, la tierra, la hierba, la madera, el agua y la carne viva, y ver cumplida la orden. Si quien bebe esta Sangre le dijera al Vertedero Celeste de Melenkurion: «Derrúmbate», los grandes picos obedecerían al instante. Si quien la bebe dijera a los Leones de Fuego del Monte Trueno: «Abandonad vuestras yermas laderas, atacad y devastad Ridjeck Thome», ellos se esforzarían al instante con todas sus fuerzas para obedecer. Este poder puede lograr todo aquello que está dentro de las posibilidades del ser al que se le ordena. Sin embargo, el Amo Superior Kevin no se sirvió de él.

»Desconozco todos los fines que guiaron su corazón cuando decidió no probar la Sangre de la Tierra. Pero debo explicar, si puedo, los mayores peligros del Poder de Mando.

El tono de Amok se hacía cada vez más profundo y espectral, y Covenant lo escuchaba desesperadamente, como si se aferrara con dedos magullados al borde del

precipicio que abrían las palabras de Amok. Algo cálido bullía en sus venas, y lágrimas como riachuelos de fuego corrían sin cesar por sus mejillas empapadas en sudor. Sintió que le sofocaba el olor de la Sangre de la Tierra. El dedo anular le picaba horriblemente. No podía mantener su equilibrio, pues sus pies resbalaban sin que pudieran evitarlo. Sin embargo, sus percepciones iban más allá de todo esto. Sus sentidos inundados se extendían como si al fin sacaran la cabeza del agua. Mientras Amok hablaba de peores peligros, Covenant fue consciente de que había algo más en la cueva.

A través del olor de la Sangre, empezó a percibir el hedor de algo maligno que no tenía un origen concreto. Se ocultaba insidioso en el olor que dominaba el ambiente, como un velado desafío que parecía triunfar a pesar de la inmensa fuerza de aquello a lo que se oponía, socavaba, traicionaba. Pero él no podía localizar su origen. O bien el Poder de Mando era de alguna manera falso, o bien la maldad estaba en otra parte, revelándose lentamente a través del denso aire. Covenant no sabía a qué carta quedarse.

Nadie pareció notar el sutil hedor maligno. Tras una breve pausa, Amok reanudó su explicación.

—El primero de estos peligros —el primero pero tal vez no el principal— es el gran límite del Poder. No puede ejercer dominio sobre lo que no forme parte natural de la creación de la Tierra. Así, pues, no es posible ordenar al Despreciativo que deje de guerrear, ni es posible ordenar su muerte. Él vivía ya antes de que se forjara el arco del Tiempo... el Poder no puede obligarle.

»Esto pudo por sí solo hacer vacilar a Kevin. Quizá no bebió de la Sangre porque no podía concebir cómo imponer cualquier orden contra el Despreciativo. Pero hay otro peligro más sutil. Aquí, cualquier ser que tenga el valor de beber puede dar una orden, pero pocos son los que pueden prever el resultado de aquello que han puesto en marcha. Cuando semejante fuerza inconmensurable se desata sobre la Tierra, cualquier realización puede volverse contra quien la ha provocado. Si un bebedor de la Sangre ordenara la destrucción de la Piedra Illearth, quizá la Piedra sobreviviría incontenible para destruir todo el Reino. Aquí el bebedor de la Sangre que no es también profeta se arriesga a traicionarse a sí mismo. Aquí hay posibilidades de Profanación que incluso el Amo Superior Kevin en su desesperación dejó latentes e intocadas.

El hedor de la maldad se hizo más agudo en el olfato de Covenant, pero seguía sin poder identificarlo, ni tampoco podía concentrarse en él, pues ardía en deseos de hacerle una pregunta a Amok. Pero la tenebrosa atmósfera ponía un nudo en su garganta, lo silenciaba.

Mientras Covenant se esforzaba por respirar, algo le sucedió a Amok. Mientras hablaba, su tono se había vuelto más viejo y más cadavérico. Y ahora, en la pausa tras

su última frase, se tambaleó de repente como si se hubiese roto una tensa fibra en su interior. Transcurrió un momento antes de que pudiera enderezarse de nuevo y alzar la cabeza.

Tenía los ojos muy abiertos, con una expresión de temor, dolor o aflicción, y alrededor de ellos se extendían visiblemente las arrugas de la vejez, como si se le estuviera arrugando la piel. La blanda carne de sus mejillas se erosionó. Sus cabellos se tiñeron de gris. Como una esponja seca, absorbió la medida de su edad natural. Cuando habló de nuevo, su voz era débil y hueca.

—No puedo decir más. Se me acaba el tiempo. Adiós, Ama Superior. No malogres el Reino.

Entonces Covenant formuló convulsamente su pregunta.

—¿Y qué me dices del oro blanco?

Amok pareció responderle desde una gran distancia.

—El oro blanco existe más allá del arco del Tiempo. No se le puede dar órdenes.

Otro tirón interno estremeció a Amok, acercándole más al recipiente donde caían las gotas que rezumaba la roca.

—¡Ayudadle! —gritó Covenant, pero Elena se limitó a levantar el Bastón de la Ley, a modo de mudo y vehemente saludo.

Amok se irguió con dificultad. Las lágrimas corrían por sus mejillas arrugadas al levantar el rostro hacia el techo de la cueva.

—¡Ah, Kevin! —exclamó—. La vida es dulce, y he vivido tan poco... ¿Debo desaparecer?

Un tercer tirón le estremeció, como una respuesta a su apelación. Osciló, como si sus huesos se derrumbaran, y cayó al recipiente. En un instante, la Sangre disolvió su cuerpo y desapareció.

—¡Amok! —gimió Covenant, impotente.

Con la visión velada por sus propias lágrimas, contempló boquiabierto el riachuelo de la Sangre. Sintió que la cabeza le daba vueltas, que perdía la sensación de equilibrio. Para serenarse, extendió una mano y tocó el hombro de Elena.

El cuerpo del Ama estaba tenso, rígido, y Covenant tuvo la sensación de que era sólo hueso lo que había bajo el tejido de la túnica. Sobresaltado, y a pesar del vértigo que le invadía, localizó la fuente de aquel indefinible hedor a maldad. El mal estaba en Elena, en la misma Ama Superior.

Ella no parecía darse cuenta. Habló con un tono de excitación apenas controlada.

—Amok se ha ido... Ha cumplido con su finalidad. Ahora no debemos retrasarnos más. Por el bien de toda la Tierra, debo beber y ordenar.

A Covenant le pareció oír en su voz una multitud de ansiosos deseos, de necesidades, deseos y propósitos, todo ello pugnando por realizarse a la vez, como una presión inmensa que amenazaba con hacerla estallar.

Aquella percepción de Covenant fue como una mano húmeda en su nuca, una fuerza que le obligaba a arrodillarse interiormente. Cuando Elena se desasíó de él y se dirigió al recipiente de la Sangre, sintió que el Ama había derribado su última defensa. ¡Elena!, gimió en silencio. ¡Elena! Y eran los suyos gemidos de abyección.

Por un momento se sintió sometido, sojuzgado a la fuerza de una visión. Aturdido, vio todos los aspectos manifiestos en los que era responsable de Elena..., todas las formas en las que le había hecho ser quién y qué era, y estar donde estaba. Su duplicidad era la causa..., su violencia, su futilidad, su necesidad. Y recordó el apocalipsis oculto en su mirada. Aquélla era la maldad. Le hizo estremecerse de angustia. Contempló a Elena a través del velo de sus lágrimas. Cuando la vio inclinarse hacia el recipiente, se irguió, desafiando a la resbaladiza roca, y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Elena! ¡No! ¡No lo hagas!

El Ama superior se detuvo, pero no se volvió hacia él. Toda la rigidez de su cuerpo se concentró en una sola pregunta:

—¿Por qué?

—¿No lo ves? —dijo él con voz entrecortada—. Todo esto es alguna estratagema del Execrable. Nos está manipulando... Tú eres ahora el objeto de su manipulación. Va a suceder algo terrible.

Ella permaneció en silencio unos momentos, mientras el Incrédulo aguardaba con indecible angustia su respuesta. Luego dijo, en un tono de austera convicción:

—No puedo dejar pasar esta oportunidad de servir al Reino. Estoy prevenida. Si ésta es la mejor treta del Barón del Colmillo para derrotarnos, es también nuestro mejor medio de atacarle. No temo medir mi voluntad con la suya. Y poseo el Bastón de la Ley. ¿No sabes acaso que el Bastón no es apto para sus manos? No lo hubiera dejado en nuestro poder si sirviera de algún modo a sus propósitos. No, el Bastón me protege. El Amo Execrable no puede maquinar mi visión.

—¡Tu visión! —Covenant le tendió las manos en un gesto de súplica—. ¿No ves qué es eso? ¿No ves de dónde procede? Procede de mí... de aquel trato atroz que hice con los Ranyhyn. ¡Un trato que fracasó, Elena!

—No obstante, parece que tu trato fue mejor de lo que crees. Los Ranyhyn cumplieron su promesa..., dieron a cambio más de lo que podía prever o controlar. —Aquella respuesta pareció bloquear la garganta de Covenant, y al ver su silencio ella prosiguió—: ¿Qué te ha alterado, Incrédulo? Sin tu ayuda no habríamos llegado a este lugar. En Rocahendida nos ayudaste de una manera intachable, aunque mi propia cólera te ponía en peligro. Sin embargo, ahora me retrasas. Tú no eres tan temeroso, Thomas Covenant.

—¿Temeroso? ¡Maldita sea! ¡No soy más que un cobarde! —Recobró parte de su enojo y balbució a través del sudor y las lágrimas que corrían hasta su boca—: Todos

los leprosos somos cobardes. ¡Tenemos que serlo!

Por fin Elena se volvió hacia él, se le enfrentó con aquella mirada concentrada en la que llameaba un holocausto. La fuerza de aquella mirada le hizo perder el equilibrio y cayó al suelo rocoso. Pero se puso en pie de nuevo. Impulsado por el miedo hacia ella y por ella, se atrevió a enfrentarse a su poder. Precariamente en pie, tomó otra vez la palabra.

—Manipulación, Elena. Estoy hablando de manipulación. ¿Comprendes lo que significa? Significa utilizar a la gente, retorcerla para que persiga objetivos que no habría elegido por sí misma. Manipulación. ¡No del Execrable... sino mía! Te he estado manipulando, te he utilizado. Te dije que haría otro trato..., pero no te expliqué en qué consistiría. Te he estado utilizando para librarme yo mismo del anzuelo. Me prometí que haría todo cuanto pudiera para ayudarte a encontrar este Ala. Y a cambio me prometí que haría cuanto pudiera para hacer que tomaras mi responsabilidad. Te observé y te ayudé para que cuando llegaras aquí actuaras exactamente así... para que tú misma desafiaras al Execrable sin pararte a pensar en lo que hacías, de modo que, ocurra lo que ocurra al Reino, sea tu falta y no la mía. ¡Así podría escapar! ¡Maldición, Elena! ¿Me escuchas? ¡El Execrable va a dominarnos con toda seguridad!

Ella pareció escuchar sólo parte de lo que le decía. Traspasándole con su mirada ardiente, le preguntó:

—¿Me has querido alguna vez?

—¡Claro que te quise! —exclamó él en un tono de angustiada protesta. Entonces se contuvo para aplicar de nuevo toda su fuerza a la súplica—. Nunca se me ocurrió que podría utilizarte hasta... hasta después del deslizamiento de tierras, cuando comencé a comprender de lo que eras capaz. Antes de eso te amaba, como te amo ahora. No soy más que un bastardo sin escrúpulos, eso es todo. Ahora lo lamento. — Con todos los recursos de su voz le suplicó—: Elena, por favor, no bebas de ese líquido. Olvida el Poder de Mando y regresa a Piedra Deleitosa. Deja que el Consejo decida qué hacer de todo esto.

Pero cuando la mirada de Elena se desvió de él y recorrió las paredes de la cueva, Covenant supo que sus palabras no habían surtido efecto. Cuando habló, Elena solamente confirmó su fracaso.

—No sería digna de mi condición de Ama si ahora rehusara actuar. Amok nos ofreció la Séptima Ala porque percibió que la imperiosa necesidad del Reino sobrepasaba las condiciones de su creación. Ahora el Barón del Colmillo acosa el Reino, nos hace la guerra, y el Reino y la vida y todo está en peligro. Mientras haya cualquier poder o arma al alcance de mi mano, ¡no le permitiré el triunfo! —Con voz más sosegada, añadió—: Y si tú me has amado, ¿cómo puedo dejar de esforzarme para que escapes? No tenías que haber hecho un trato secreto. Te quiero y deseo

servirte. Tu arrepentimiento solamente refuerza mi deseo de hacer lo que debo.

Se volvió hacia el recipiente, alzó el bastón llameante por encima de su cabeza y, como un grito de guerra, exclamó:

—*¡Melenkurion abatha!* ¡Guárdate bien, Barón del Colmillo! ¡Quiero destruirte! Entonces se inclinó hacia la Sangre de la Tierra.

Covenant se movió frenéticamente, tratando de ir hacia ella, pero los pies le resbalaron de nuevo y cayó sobre la viscosa roca. Vio que Elena acercaba el rostro al recipiente y, desde el suelo, le gritó:

—¡Ésa no es una buena respuesta! ¿Qué me dices del Juramento de Paz?

Pero su grito no pudo detener la exaltación de Elena. Sin vacilar, sorbió un largo trago de la Sangre.

Al instante se irguió y permaneció erecta y rígida, como si estuviera poseída. Pareció hincharse, expandirse como un icono distendido. El fuego del Bastón corrió por la madera hasta sus manos. Inmediatamente, todo su cuerpo quedó envuelto en llamas.

—¡Elena!

Covenant se arrastró hacia ella, pero la potencia de la crepitante llamarada azul le echó hacia atrás como un huracán. Se enjugó las lágrimas de los ojos para ver con mayor claridad. En el interior de aquel fuego envolvente, Elena permanecía indemne e indómita.

Mientras la llama ardía a su alrededor, envolviéndola de la cabeza a los pies en una mortaja flameante, levantó los brazos y alzó la cabeza. Permaneció un instante inmóvil, atrapada en la conflagración. Entonces habló como si pronunciara palabras de fuego.

—¡Ven! ¡He probado la Sangre de la Tierra! Debes obedecer mi voluntad. Los muros de la muerte no prevalecerán. ¡Kevin, hijo de Loric! ¡Ven!

—¡No! —aulló Covenant—. ¡No! ¡No lo hagas!

Pero incluso aquel grito fue ahogado por una gran voz que temblaba y gemía en el aire, tan poderosa que Covenant tenía la sensación de que no eran sus oídos sino la superficie entera de su cuerpo la que oía.

—¡Desiste, necia! —exclamó la voz, desencadenando en el aire oleadas de angustia—. ¡No hagas eso!

—¡Kevin, escúchame! —gritó Elena, transfigurada—. ¡No puedes negarte! Te obliga la Sangre de la Tierra. Te he elegido para que cumplas mi orden. ¡Ven, Kevin!

—¡Necia! —repitió la gran voz—. ¡No sabes lo que haces!

Pero un instante después el ambiente de la cueva cambió violentamente, como si se hubiera abierto en él una tumba. Rompientes de agonía giraron en el aire. Covenant se estremecía a cada impulso. De rodillas, y reforzando su postura con las manos apoyadas en el suelo, alzó la vista.

El espectro de Kevin Arrasatierra permanecía silueteado en una luz pálida ante Elena.

La empequeñecía... y hacía que la misma cueva pareciera pequeña. Aquella monumental figura era más bien visible a través de la piedra que en el interior de la cueva. Descollaba por encima de Elena como si formara parte de la misma roca. Su boca era como un tajo, sus ojos rebosaban los efectos de la Profanación, y en su frente había una venda que parecía cubrir alguna herida mortal.

—¡Libérame! —gimió—. Ya he hecho demasiado daño para un solo espíritu.

—¡Entonces sírveme! —le gritó ella en éxtasis—. Te ofrezco un Mando para redimir el daño que hiciste. Tú eres Kevin, hijo de Loric, el devastador del Reino. Has conocido la desesperación hasta las heces, has probado hasta el borde la copa de la hiel. Ése es un conocimiento y una fuerza que ningún ser vivo puede igualar.

»—¡Amo Superior Kevin, yo te ordeno que luches contra el Amo Execrable, el Despreciativo, y le derrotes! ¡Destruye al Barón del Colmillo! Te lo ordeno por el Poder de la Sangre de la Tierra.

El espectro la contemplaba horrorizado, y alzó los puños como si pretendiera golpearla.

—¡Necia! —repitió con voz terrible.

Al instante siguiente se oyó un estruendo, como si se cerrara violentamente la puerta de una cripta, y vibró el suelo de la cueva. Una última ráfaga de angustia se abatió sobre el grupo de Elena. La llama del Ama Superior se apagó como la luz de una vela, y la cueva quedó sumida en la oscuridad. Kevin desapareció.

Transcurrió largo tiempo. Cuando Covenant recobró el conocimiento, se puso de rodillas y apoyó las manos en el suelo. Agradecía la oscuridad, la escala reducida de la cueva y la ausencia del espectro. Pero al fin recordó a Elena. Poniéndose en pie, la buscó con la voz.

—¿Elena? Vamos, Elena. Salgamos de aquí.

Al principio no obtuvo respuesta. Luego brilló la llama azulada del Bastón de Elena. Estaba sentada en el suelo y parecía exhausta. Cuando volvió hacia él su rostro demacrado, Covenant vio que la crisis había pasado. Toda su exaltación se había consumido en el acto de usar el Poder de Mando. Se acercó a ella y la ayudó a levantarse.

—Vamos —repitió—. Salgamos de una vez.

Ella meneó vagamente la cabeza y dijo con voz fatigada:

—Me llamó necia. ¿Qué he hecho?

—Confío en que nunca lo sepamos.

La aspereza de su tono traslucía, sin embargo, un impulso de solidaridad con Elena. Quería cuidarla y no sabía cómo. A fin de darle tiempo e intimidad para que reuniera sus fuerzas, retrocedió. Miró lentamente alrededor de la cueva y vio a

Bannor. No se le escapó una leve expresión de sorpresa en el rostro del Guardián de Sangre. Algo en aquella expresión desconocida le hizo sentir aprensión. Parecía dirigida a él. Intentó sondear en busca de una explicación.

—Era Kevin, ¿verdad?

Bannor asintió. La expresión de sorpresa permanecía en su rostro.

—Bien, al menos no era aquel mendigo... Al menos sé que no fue Kevin quien me eligió para esto.

La mirada de Bannor seguía inmutable y le hacía sentirse a Covenant incómodamente expuesto, como si hubiera en él algo indecente que le pasaba desapercibido.

Confuso, se volvió hacia el Ama Superior.

De repente, un ruido sordo, como un aullido pétreo, conmocionó la cueva, la hizo temblar y oscilar como si ocurriera un terremoto. Covenant y Elena perdieron el equilibrio y cayeron al suelo. El grito de advertencia de Morin resonó perentoriamente:

—¡Kevin vuelve!

Entonces se abrió de nuevo la invisible tumba del aire y la presencia de Kevin resonó en el ámbito de la cueva. Covenant sintió la vibración en su piel. Pero esta vez el espectro despedía un horrible hedor a carne putrefacta y esencia de rosas, y en el fondo de su presencia había un rumor sordo, como de rocas aplastadas. Cuando Covenant alzó la cabeza del suelo tembloroso, vio a Kevin dentro de la piedra, en actitud furiosa, con los puños cerrados y amenazantes. Una cálida luz verde llenaba las órbitas de sus ojos, y de ella salía un vapor hediondo que le envolvía la frente. Parecía chorrear luz esmeralda, como si acabara de salir de una ciénaga.

—¡Necia! —gritó en el paroxismo de su angustia—. ¡Condenada traidora! Has quebrado la Ley de la Muerte para convocarme, has desencadenado incalculables oportunidades de maldad sobre la Tierra... ¡Y el Despreciativo me ha dominado tan fácilmente como si fuera un niño! La Piedra Illearth me consume. ¡Lucha, necia! ¡Tengo la orden de destruirte!

Rugiendo como una multitud de fieras, se agachó y cogió a Elena. Ésta no se movió. Estaba horrorizada, estupefacta por el resultado de su atrevimiento. Pero Morin reaccionó al instante.

—¡Espera, Kevin! —exclamó, corriendo en ayuda de Elena.

El espectro pareció oír a Morin..., oírle y reconocer quién era. Un antiguo recuerdo hizo vacilar a Kevin, dándole tiempo a Morin para llegar hasta Elena y colocarse ante ella. Cuando Kevin salió de su incertidumbre, sus dedos se cerraron alrededor de Morin en vez de Elena.

Se apoderó del Guardián de Sangre y lo levantó en el aire.

El brazo de Kevin pasó fácilmente a través de la roca, pero Morin no pudo, y se

estrelló contra el techo con una fuerza tremenda. El impacto le arrebató de las manos de Kevin, pero el golpe había sido suficiente. El Primer Puño cayó muerto como una rama rota.

Al verlo, Elena se despertó. De inmediato percibió el peligro que corría. Hizo girar el Bastón rápidamente por encima de su cabeza. Surgió la llama brillante y un trallazo de energía azul fue al encuentro de Kevin.

Fue como un golpe físico, e hizo dar al espectro un paso atrás a través de la piedra. Pero los efectos del impacto terminaron ahí. Lanzando un rugido de dolor, avanzó de nuevo e intentó atrapar a Elena.

—*¡Melenkurion abatha!* —gritó frenéticamente el Ama, y repelió el ataque del espectro con su Bastón, cuya llameante contera quemó la palma de Kevin.

El espectro retrocedió de nuevo, cogiéndose los dedos chamuscados y gimiendo.

Aprovechando aquella tregua momentánea, Elena gritó extrañas invocaciones al Bastón, e hizo girar la llama a su alrededor tres veces, envolviéndose en un escudo de energía. Cuando el espectro intentó cogerla una vez más, le fue imposible hacerlo. Apretó el escudo y de sus dedos goteó la maldad esmeralda, pero no pudo tocar al Ama. Cada vez que abría una brecha en su defensa, ella la sellaba con el poder del Bastón.

Gritando de frustración y dolor, el espectro cambió de táctica. Retrocedió, juntó los puños y aporreó con ellos el suelo de la cueva. Las piedras saltaron como bajo la acometida de un terremoto. Aquella agitación derribó a Covenant y arrojó a Bannor contra la pared opuesta.

Un jadeante estremecimiento, como una convulsión de tormento, atravesó la montaña. Las paredes de la cueva se tambalearon. El estruendo de las piedras aplastadas llenó el aire. La energía resonaba estrepitosamente. Una grieta apareció en el suelo, directamente bajo los pies de Elena. Antes de que se diera cuenta, empezó a abrirse. Luego, como unas fauces malignas, se abrió del todo.

El Ama Superior Elena cayó a la sima.

Kevin se lanzó tras ella y desapareció de la vista. Sus aullidos surgieron de la grieta resonando como el aullido de un loco.

Pero incluso mientras desaparecían, su batalla continuaba. El fuego de los Amos lanzaba chispas ardientes a la cueva. El estruendo de la piedra torturada se multiplicaba en el túnel, y la cueva oscilaba de un lado a otro como si la náusea invadiera las entrañas del Vertedero Celeste de Melenkurion. Horrorizado, Covenant pensó que la montaña entera estaba a punto de derrumbarse.

Entonces sintió que le cogían y le alzaban del suelo. Era Bannor. El Guardián de Sangre le agarró con dedos de hierro y le gritó a través del tumulto:

—¡Sálvala!

—¡No puedo! —El dolor de su réplica le hizo chillar. La súplica de Bannor

echaba tanta sal en la herida de su futilidad esencial que apenas podía soportarla—. ¡No puedo!

—¡Debes hacerlo!

La presa que Bannor hacía en él no permitía alternativas.

—¿Cómo? —Agitando sus manos vacías ante el rostro de Bannor, gritó—: ¿Con estas manos?

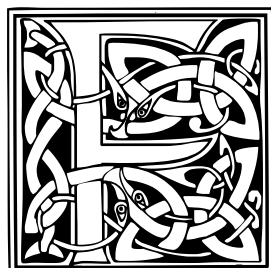
—¡Sí!

El Guardián de Sangre cogió la mano izquierda de Covenant y le obligó a mirársela.

En el dedo anular, el anillo de oro blanco latía intensamente, vibraba con la energía y la luz como un potente instrumento que pidiera ser utilizado.

Covenant miró un instante la alianza plateada como si le hubiera traicionado. Entonces, olvidando sus planes de huida, olvidándose de sí mismo, olvidando incluso que no sabía cómo usar la magia indomeñable, se desasíó de Bannor y se dirigió dando traspiés a la hendidura. Como un hombre sin brazos que se enfrenta impotente a una implacable condenación sin poder hacer nada contra ella, saltó tras el Ama Superior.

EL NIDO DE HORCAS



racasó antes de haber comenzado. No sabía cómo prepararse para la clase de batalla que se libraba por debajo de él. En cuanto cayó por el borde de la grieta le golpeó un estallido de fuerza que era como una erupción dentro de la sima. Covenant no podía defenderse contra aquello, y su conciencia osciló como una débil llama.

Entonces, durante algún tiempo, rodó en la oscuridad, por un ciego y chirriante vacío que le hacía bambolearse como un barco con las maderas resquebrajadas. Sólo era consciente de la fuerza que le arrastraba. Pero algo le cogió de una mano, le ancló. Al principio pensó que era Elena, que ella le sostenía ahora como le había sostenido durante la noche posterior a su convocatoria en el Reino. Pero cuando su vista se habituó a la oscuridad, pudo ver a Bannor. El Guardián de Sangre le sacaba de la grieta.

Covenant se dio cuenta de su fracaso y sintió que le inundaba el abatimiento. Cuando Bannor le puso en pie, aguzó el oído para distinguir los ruidos de la batalla, las detonaciones, los profundos y lastimeros crujidos de la piedra atormentada, los fuertes impactos de las rocas al caer. Era como un casco vacío, un casco sin carga al que inunda la muerte a través de un agujero bajo su línea de flotación. No opuso resistencia ni hizo preguntas cuando Bannor le sacó casi a rastras de la cueva que albergaba la Sangre de la Tierra.

No había ninguna iluminación en el túnel, excepto el reflejo de los destellos del combate, pero Bannor avanzó con paso seguro sobre la negra roca. Poco después, llegó con Covenant, que apenas se tenía en pie, a la cascada. Allí cogió al Incrédulo en brazos y le llevó, como si fuera un niño, al otro lado de la cortina de agua.

En la Raíz de la Tierra, iluminada por la luz de roca, Bannor avanzó con más rapidez. Llegó en seguida al bote que aguardaba junto al embarcadero, instaló a Covenant en uno de los asientos y luego saltó a bordo y lo empujó hacia el interior del lago bruñido. Sin vacilar, inició la recitación de un poema en la lengua nativa de los *Haruchai*. El bote se abrió camino lentamente entre las columnas claustrales.

Pero sus esfuerzos no llevaron a la embarcación muy lejos. Tras recorrer unos centenares de metros, la proa empezó a oscilar, como si no quisiera continuar por la dirección que llevaba. Dejó de hablar y, en seguida, la embarcación giró a un lado y, gradualmente, aumentó su velocidad.

El bote iba a merced de una corriente. Bannor alzó una ceja levemente, como si

percibiera que les aguardaba una penosa experiencia. Durante largos momentos esperó a que el lento aumento de la corriente revelase su destino.

Entonces vio, a lo lejos, lo que originaba la corriente. Muy por delante del bote, la luz de roca resplandecía a lo largo de una línea en el lago, como una grieta que se extendía a ambos lados hasta perderse de vista. La Raíz de la Tierra se precipitaba por aquella grieta, en silenciosa catarata.

Bannor reaccionó con celeridad y eficacia, como si se hubiera preparado para aquella prueba durante sus largos siglos de servicio. Primero sacó del bulto que contenía los pertrechos un trozo de *clingor* y con él ató a Covenant al bote. Como respuesta a la vaga pregunta que vio en la expresión del Incrédulo, le dijo:

—La batalla entre Kevin y el Ama Superior ha abierto una grieta en el suelo de la Raíz de la Tierra. Debemos bajar por la cascada y buscar abajo una salida.

No aguardó respuesta. Volviéndose, afirmó los pies en el suelo del bote, cogió una de las bordas doradas y la arrancó. Con aquella larga y curvada madera en las manos, debidamente equilibrada, para mantener la estabilidad, intentó calcular la distancia hasta la catarata.

La cálida línea de la grieta estaba ahora a menos de cien metros, y el bote se deslizaba rápidamente hacia ella, atrapado por la creciente succión. Pero Bannor hizo otro preparativo. Inclínándose hacia Covenant, le dijo quedamente:

—Ur-Amo, debes usar el *orcrest*.

Su voz autoritaria resonó en las paredes de la cueva. Covenant le miró sin comprenderle.

—Debes usarlo. Lo tienes en el bolsillo. Sácalo.

Covenant siguió mirándole un momento, pero al fin la orden del Guardián de Sangre le llegó a través de su entumecimiento. Lentamente, buscó en el bolsillo y sacó la suave piedra brillante. La sostuvo torpemente en la mano derecha, como si no pudiera sujetarla bien con sólo tres dedos.

Ahora la catarata estaba a muy poca distancia, pero Bannor habló con sosiego y firmeza.

—Sostén la piedra con la mano izquierda. Álzala por encima de tu cabeza, de modo que ilumine tu camino.

Mientras Covenant colocaba el *orcrest* en contacto con su anillo, una penetrante luz plateada brotó en el núcleo de la piedra. Se reflejó a lo largo de la borda que sostenía Bannor y empalideció la luz de roca que le rodeaba. Cuando Covenant alzó aturdido la mano, sosteniendo la piedra como si fuera una antorcha, el Guardián de Sangre hizo una señal de aprobación. Su rostro mostraba una expresión satisfecha, como si se hubieran cumplido todas las condiciones de su Voto.

Entonces cabeceó la proa del bote. Bannor y Covenant descendieron por el torrente de la Raíz de la Tierra hacia las oscuras profundidades.

El agua se agitaba salvajemente, parecía hervir. Pero uno de los extremos de la grieta se abría a otras cavernas. La catarata se inclinaba al caer, y bajaba impetuosa por la grieta, como si fuera un inmenso canal. A la luz del *orcrest*, Bannor vio a tiempo el camino que seguía el agua al caer. Manipuló la madera de la borda, de modo que el bote bajó con el torrente.

A continuación, el bote descendió por el frenético curso de agua en una larga pesadilla de tumulto, rocas quebradas, saltos estrechos e imprevistos, todo lo cual hacía pender de un hilo las vidas de los tripulantes. La caverna avanzaba atronadora de caverna en caverna, pasaba por aberturas laberínticas, túneles y brechas en las entrañas insondables del Vertedero Celeste de Melenkurion. En numerosas ocasiones la embarcación desapareció bajo la avalancha de agua embravecida, pero cada vez su potente madera, madera capaz de resistir la acometida de la Raíz de la Tierra, la hacía salir de nuevo a la superficie. Y muchas veces Bannor y Covenant se precipitaron por cascadas que les inundaban, pero sin que las aguas les dañaran. O bien el agua había perdido su fuerza al caer, o ésta ya había sido diluida por otras fuentes y lagos sepultados.

Covenant mantenía en lo alto el *orcrest* en todo momento. Una última e inconsciente capacidad de resistencia hacía que los dedos no aflojaran su presa y que el brazo siguiera alzado. Y el fuego constante de la piedra iluminaba el camino del bote, de modo que, por muy agitada que estuviera la corriente, Bannor era capaz de dirigir la embarcación, evitando rocas y rebalsas y doblando con destreza las curvas, preservándose a sí mismo y al Incrédulo. La violencia del torrente pronto convirtió la madera en astillas, pero Bannor la sustituyó por la otra borda, y cuando ésta también desapareció, utilizó la tabla de un asiento como timón.

Tenso e impávido, dirigió el bote hasta la crisis final de la travesía.

Sin previo aviso, la embarcación se precipitó de pronto a una caverna que no parecía tener salida. El agua espumeaba contra las paredes, buscando liberación, y la presión del aire aumentaba, se volvía más intensa e insoportable a cada instante. Un rápido remolino apresó el bote y lo hizo girar hasta que quedó sepultado por la ingente masa de agua.

La embarcación se hundió inexorablemente.

Bannor se acercó a Covenant, avanzando penosamente entre los bancos del bote, le rodeó la cintura con las piernas y le arrebató el *orcrest*. Apretando la piedra como si le sirviera para sostenerse, tapó con la otra mano la boca y la nariz de Covenant. Se mantuvo en aquella posición mientras el bote se hundía.

El peso del agua les arrojó directamente al fondo. La presión les oprimía, hasta que los ojos de Bannor pugnaban por salirse de las órbitas y sentía un horrible zumbido en los oídos, como si estuvieran a punto de romperse. Notaba la angustia de Covenant, el terror a morir asfixiado, pero continuó manteniendo su presa, como si

fuera el último deber de su fidelidad, con el *orcrest* en una mano e impidiendo que Covenant respirase con la otra.

Entonces fueron absorbidos por un túnel lateral, una salida. Inmediatamente, toda la presión del aire y el agua atrapados les impulsó arriba. Covenant estaba inmóvil, sin fuerzas, y a Bannor le ardían los pulmones, pero conservaba suficiente conocimiento para impulsarse hacia arriba con el agua liberada. El impulso llevó a los dos hombres a la hendidura de Rocahendida y los lanzó al exterior. A la luz de la mañana, se veía el río Negro y la Espesura Acogotante.

Por un momento, la luz del sol, el cielo abierto y el bosque dieron vueltas alrededor de Bannor. Su vista, liberada de la presión, pugnaba por salir de una constelación de destellos. Entonces la fortaleza de su Voto volvió al Guardián de Sangre. Rodeó a Covenant con ambos brazos y le dio un violento tirón que hizo funcionar de nuevo los pulmones del Incrédulo.

Jadeando con violencia, Covenant empezó a respirar con rapidez, enfebrecidamente. Transcurrió algún tiempo antes de que mostrara algún signo de conciencia, pero su anillo no dejó de latir en ningún momento, como si le sostuviera. Finalmente, abrió los ojos y miró a Bannor.

En seguida trató de desasirse débilmente de sus ataduras de *clingor*. Bannor le pareció como uno de esos genios del desierto que vigilan a los malditos. Entonces dejó de esforzarse. Reconoció donde estaba, supo cómo había llegado hasta allí y qué había dejado atrás. Miró ante sí con expresión vacía mientras Bannor le desataba las cuerdas con las que le había atado al bote.

Por encima del hombro del Guardián de Sangre, podía ver el gran despeñadero de Rocahendida, y tras él el Vertedero Celeste de Melenkurion, que se empequeñecía a medida que el bote seguía río abajo. A intervalos, un humo negro y espeso se alzaba de la hendidura, en la que de vez en cuando se reflejaban destellos de la batalla que proseguía en lo más profundo de la montaña. Ahogados ruidos de angustia desgarraban las entrañas rocosas. Covenant sintió que flotaba en una oleada de destrucción.

Miró su anillo, atemorizado. Para su consternación, observó que seguía latiendo con la misma intensidad. Instintivamente, lo cubrió con la mano derecha. Entonces miró adelante, dando la espalda a Bannor y a Rocahendida, como si quisiera evitar el escrutinio de su vergüenza.

Permaneció acurrucado en el bote, débil y abatido, mientras avanzaba el día. No hablaba a Bannor ni le ayudaba a achicar el agua del bote. No miraba atrás. La corriente que surgía de Rocahendida elevaba el río Negro a un nivel que casi amenazaba con la inundación, y la ligera embarcación de la Raíz de la Tierra avanzaba con celeridad entre las sombrías murallas boscosas. El sol de la mañana danzaba en las oscuras aguas y se reflejaba en los ojos de Covenant, pero éste ni

siquiera parpadeaba, como si incluso el reflejo protector de cerrar los párpados requiriese un esfuerzo que su agotamiento le impedía realizar. Después de aquello, nada interfirió en su visión inmóvil. Comió automáticamente la comida húmeda que le ofrecía Bannor, ocultando la mano izquierda entre los muslos. Pasó la mañana y la tarde sin que se percatara del tiempo, y cuando anocheció siguió acurrucado en su asiento, apretando el anillo contra el pecho como si quisiera protegerse de alguna terrible revelación final.

Entonces, cuando la oscuridad del crepúsculo se cernía a su alrededor, empezó a oír una música. El aire de la Espesura transmitía un tarareo, una canción sin voz, una melodía espectral que parecía alzarse débilmente de todas las hojas y que contrastaba agudamente con el estruendo distante del Vertedero Celeste de Melenkurion, la canción de violencia que estremecía la atmósfera de Rocahendida. Gradualmente, alzó la cabeza para escuchar. Había en la canción de la Espesura una inflexión de sufrimiento, como si reprimiera a propósito una poderosa cólera melódica dirigida hacia él.

A la luz del *orcrest* vio que Bannor conducía el bote hacia una alta colina sin árboles que se alzaba contra el cielo nocturno cerca de la orilla meridional. La colina estaba desolada, desprovista de vida, como si su capacidad para nutrir incluso a las plantas menos exigentes le hubiera sido arrebatada por completo. No obstante, aquella parecía ser la fuente de donde surgía la canción de la Espesura. La melodía que flotaba hacia el río desde la colina parecía una horda de furias agradecidas.

Covenant contempló la colina sin sentir curiosidad. No le quedaban fuerzas para preocuparse por tales lugares. Toda la cordura que le restaba se concentraba en los ruidos de la batalla en el Vertedero Celeste de Melenkurion..., y en ocultar su anillo. Cuando Bannor amarró el bote y le cogió por el codo derecho para ayudarlo a bajar a la orilla, Covenant se esforzó para subir la ladera.

A pesar de su cansancio, la colina despertaba nuevas sensaciones en su conciencia. Notaba a través de los pies que su suelo estaba muerto, como si pisoteara un cadáver. Pero era la suya una muerte ávida: la atmósfera del lugar acarreaba efluvios de matanzas, de consumación del odio contra los enemigos. Y aquella ansiedad de muerte que percibía Covenant hacía que le dolieran las articulaciones. Empezó a sudar y temblar como si llevara sobre los hombros la carga de una tremenda atrocidad.

Entonces, ya cerca de la cumbre, Bannor le detuvo. El Guardián de Sangre levantó el *orcrest*. A su luz, Covenant vio la horca al otro lado de la cima. Un Gigante colgaba de ella. Y entre él y la horca, contemplándole como si fuera una pesadilla, había gente, personas a las que conocía.

El Amo Mhoram estaba allí, con su túnica sucia y rasgada por el combate. Sostenía su bastón en la mano izquierda, y su delgado rostro estaba rígido,

transfigurado por una visión. Tras él estaba el Amo Callindrill y dos Guardianes de Sangre. La expresión de la mirada del Amo era de fracaso. Quaan y Amorine estaban con él. Y a la derecha de Mhoram, sostenido por la mano derecha del Amo, estaba Hile Troy.

Troy había perdido sus gafas oscuras y la cinta de la cabeza. La superficie sin ojos de su rostro estaba arrugada, como si se esforzara por ver. Con la cabeza alta, moviéndola de un lado a otro, trataba de centrar su oído. Covenant comprendió por intuición que Troy había perdido la visión que había conseguido en el Reino.

Con aquellas personas estaba un hombre a quien Covenant no conocía. Era el cantor... un hombre alto, de cabellos blancos, con brillantes ojos plateados, el cual tarareaba como si estuviera esparciendo un rocío melódico sobre el terreno. Covenant adivinó, sin necesidad de pensar en ello, que era Caerroil Bosqueagreste, el Forestal de la Espesura Acogotante.

Algo en la mirada del cantor, algo severo pero a la vez extrañamente respetuoso, hizo pensar al Incrédulo en sí mismo. Finalmente percibió el temor en los rostros de quienes le miraban. Prescindió del apoyo de Bannor y cargó sobre sus hombros todo el peso de su carga. Por un momento se enfrentó a aquellos seres aterrados con una mirada tan feroz que las sienas le latieron. Pero entonces, cuando estaba a punto de hablar, una tremenda detonación procedente de Rocahendida le estremeció, haciéndole perder el equilibrio. Cuando tendió la mano a Bannor, expuso la vergüenza de su anillo.

Miró a Mhoram y a Troy lo más directamente que pudo y gimió:

—La hemos perdido... La he perdido.

Su rostro se contorsionó y las palabras salieron entrecortadas de sus labios, como fragmentos de su corazón.

Aquellas palabras parecieron hacer palidecer la música, destacando más el estruendo apagado de Rocahendida. Sintió cada estallido de la batalla como un golpe interno. El ansia mortífera del terreno bajo sus pies le resultó más vívida. Y el Gigante colgado ante él le colocaba ante una inmediatez que no podía ignorar. Empezó a darse cuenta de que se hallaba ante personas que habían sobrevivido a sus propias terribles experiencias. Se tambaleó, pero no cayó, cuando se iniciaron sus protestas..., cuando Troy lanzó un grito ahogado.

—¿Perdida? ¿Perdida?

Y Mhoram preguntó con voz ronca:

—¿Qué ha sucedido?

Bajo el cielo nocturno, en la colina sin vida, iluminada por las estrellas y los destellos gemelos de los ojos de Caerroil Bosqueagreste y el fuego del *orcrest*, Covenant permanecía apoyado en Bannor como un tullido testigo contra sí mismo, y describió con voz entrecortada por la emoción lo ocurrido al Ama Superior. No

mencionó su extraña mirada doble, la pasión que la consumía, pero contó todo el resto... Su trato, el fin de Amok, la convocatoria de Kevin Arrasatierra, la solitaria caída de Elena. Cuando terminó, le respondió un terrible silencio que resonaba en sus oídos como una denuncia.

—Lo lamento —dijo al fin. Obligándose a apurar las heces de su ineficacia personal, añadió—: La quería. La habría salvado si hubiera podido.

—¿La querías? —murmuró Troy—. ¿Tú solo? —Su voz era demasiado inconexa para reflejar el grado de su dolor.

Otro estallido en Rocahendida hizo estremecerse el aire. Mhoram alzó la cabeza y miró a Covenant con el rostro bañado en lágrimas.

—Es como dije —susurró compungido—. La locura no es el único peligro en los sueños.

Al oír esto, el rostro de Covenant se contorsionó de nuevo, pero no tenía nada más que decir. Incluso le estaba negada la liberación de la aquiescencia. Sin embargo, Bannor creyó oír algo distinto en el tono del Amo. Como si quisiera corregir una injusticia, se dirigió a Mhoram, y mientras andaba sacó de su bulto la escultura en hueso de Covenant. Ofreció la obra a Mhoram.

—El Ama Superior le hizo este regalo.

El Amo Mhoram cogió con fuerza la escultura y sus ojos brillaron con una súbita comprensión. Comprendió entonces el vínculo entre Elena y los Ranyhyn, comprendió qué significaba la entrega de semejante regalo a Covenant. Pareció a punto de echarse a llorar, pero superó aquel instante de debilidad con su autodomínio intacto. Sus labios curvos adoptaron su viejo ángulo humano. Cuando se volvió de nuevo hacia Covenant, le dijo en tono afable:

—Es un regalo precioso.

El inesperado apoyo de Bannor y el gesto conciliador de Mhoram conmovieron a Covenant. Pero no tenía fuerzas para dirigirse a ninguno de ellos. Su mirada estaba fija en Hile Troy.

Los últimos acontecimientos fueron como golpes para el Signo General. Se estremeció, como si se levantara en su interior un viento tempestuoso. Parecía ver a Elena en su mente, recordarla, saborear su belleza, disfrutar del poder de la visión que ella le había proporcionado. Parecía ver su fin solitario, inútil.

—¿Perdida? —jadeó mientras su furor iba en aumento—. ¿Perdida? ¿Sola?

Y de repente estalló. Lanzó un aullido y apostrofó a Covenant:

—¿¡Llamas a eso amor!?! ¡Leproso! ¡Incrédulo! —Escupió las palabras como si fueran las peores maldiciones que conocía—. ¡Todo esto no es más que un juego para ti! Trucos mentales. Excusas. ¡Eres un leproso! ¡Un leproso moral! Eres demasiado egoísta para amar a nadie salvo a ti mismo. Te limitaste a volverle la espalda cuando ella te necesitaba. Tienes el poder para hacer cualquier cosa, pero no quieres usarlo.

¡Tú... despreciable... leproso! ¡Leproso!

Gritó con tanta fuerza que le sobresalían los músculos en el cuello y las venas en las sienes, latiendo como si estuvieran a punto de estallar.

Covenant percibió la verdad de la acusación. Su trato le exponía a tales cargos, y Troy golpeó en la carne viva de su vulnerabilidad como si alguna intuición profética guiase su ceguera. Su mano derecha se torció en un fútil movimiento de defensa, pero la izquierda siguió aferrada a su pecho, como para localizar su vergüenza en aquel único lugar. Cuando Troy se interrumpió a fin de hacer acopio de fuerzas para otro ataque, Covenant dijo débilmente:

—La Incredulidad no tiene nada que ver con esto. Era mi hija.

—¿¡Qué!?

—Mi hija. —Covenant pronunció estas palabras como una denuncia—. Yo violé a la hija de Trell. Elena era su nieta.

—Tu hija. —Troy estaba demasiado asombrado para gritar.

Las implicaciones de lo que Covenant decía atravesaban su mente como atisbos de depravación. Gimió como si los crímenes de Covenant fueran tantos que no pudiera contenerlos en su mente a todos a la vez.

Mhoram se dirigió a él en tono mesurado.

—Amigo mío, éste es el conocimiento que te oculté, y esa ocultación te ha causado un dolor que ha sido ajeno a mi voluntad. Perdóname, por favor. El Consejo temía que este conocimiento te haría abominar del Incrédulo.

—Eso es condenadamente cierto —jadeó Troy.

De súbito, su pasión acumulada estalló en acción. Orientado por un instinto seguro, avanzó raudamente, arrebató al Amo Mhoram su bastón, giró sobre sus talones para obtener impulso y dirigió el bastón con todas sus fuerzas a la cabeza de Covenant.

Lo inesperado del ataque sorprendió incluso a Bannor, pero el Guardián de Sangre se recobró al instante y saltó en pos de Troy, empujándole lo suficiente para desequilibrarle. El resultado fue que sólo la contera del bastón rozó la frente de Covenant, pero con tanto ímpetu que le lanzó rodando colina abajo.

El Incrédulo pudo detenerse y se arrodilló. Cuando se llevó una mano a la frente vio que sangraba profusamente por una herida situada en su centro. Podía sentir el antiguo odio y la muerte que rezumaban de la tierra calcinada. La sangre corría por sus mejillas.

Un instante después, Mhoram y Quaan sujetaron a Troy. Mhoram le arrancó el bastón de las manos.

—¡Necio! —exclamó el Amo—. Olvidas el Juramento de Paz. ¡Es preciso ser leal!

Troy luchó para desasirse de Quaan. La rabia y la angustia contorsionaban su

rostro.

—¡No hice ningún Juramento! ¡Soltadme!

—Eres el Signo General del Ala de Guerra —dijo Mhoram en un tono amenazante—. El Juramento de Paz obliga, pero si no puedes refrenar tus impulsos homicidas por esa razón, hazlo porque el ejército del Despreciativo ha sido destruido. Descuartizador cuelga muerto de la horca.

—¿Llamas a eso victoria? ¡Hemos sido diezmados! ¿De qué sirve una victoria tan costosa? ¡Habría sido mejor que hubiéramos perdido! ¡Entonces no se habría producido semejante desastre!

La pasión se acumulaba en su garganta, le hacía jadear en busca de aire, como si le asfixiara el hedor de la perfidia de Covenant.

Pero el Amo Mhoram permanecía impassible. Cogió a Troy por el peto metálico y lo zarandeó.

—Entonces refrénate porque el Ama Superior no ha muerto.

—¿No? —jadeó Troy—. ¿No ha muerto?

—Incluso ahora podemos oír los ruidos de la batalla. ¿Es que no comprendes? Está luchando contra el muerto Kevin. El Bastón la sostiene... y ese cadáver no tiene la fuerza que ella creía. Pero la prueba de que resiste está aquí, en el mismo Increíble. Fue ella quien le convocó... y permanecerá en el Reino hasta que ella muera. Así ocurrió cuando Lombrizderoca Babeante le convocó por primera vez.

—¿Todavía lucha? —preguntó Troy, boquiabierto. Parecía considerar aquella idea como la prueba concluyente de la traición de Covenant. Pero entonces se volvió hacia Mhoram y gritó—: ¡Tenemos que ayudarla!

Mhoram retrocedió al oír esto. Una oleada de dolor cubrió su rostro.

—¿Cómo? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Cómo? No me lo preguntes. ¡Tú eres el Amo! ¡Tenemos que ayudarla!

El Amo se enderezó, apoyándose en su bastón.

—Estamos a cincuenta leguas de Rocahendida. Pasarían un día y una noche antes de que cualquier Ranyhyn nos llevara al pie del despeñadero. Entonces Bannor tendría que guiarnos al interior de la montaña, en busca del lugar de la batalla. Quizá los efectos del combate han destruido todos los accesos, o quizá nos destruyan a nosotros. Aun así, si llegamos hasta el Ama Superior, no tendremos nada que ofrecerle salvo la frágil fuerza de dos Amos. Ella, con el Bastón de la Ley, es mucho más fuerte que nosotros. ¿Cómo podríamos ayudarla?

Estaban frente a frente, como si se miraran, no a través de los ojos, que Troy no tenía, sino directamente con sus mentes. El furor del Signo General no hacía mella en Mhoram, pero su rostro reflejaba claramente el dolor que le producía su impotencia, aunque ni negaba ni maldecía su debilidad.

Troy temblaba de ansiedad, pero tuvo que recurrir a otra parte. Se volvió hacia

Covenant.

—¡Tú! —le gritó—. ¡Si eres demasiado cobarde para hacer algo, al menos dame la oportunidad de ayudarla! ¡Dame tu anillo! Noto su fuerza desde aquí. ¡Dámelo! Vamos, bastardo. Es su única posibilidad de salvación.

Arrodillado en la tierra muerta y arenosa del Nido de Horcas, Covenant alzó la vista y miró a Troy a través de la sangre que le cubría los ojos. Por algún tiempo no pudo responder. La exigencia de Troy parecía caer sobre él como un alud, barriendo su última defensa y dejando expuesta su vergüenza final. Debería haber sido capaz de salvar a Elena. Tenía el poder para ello; latía como una herida en su dedo anular. Pero no lo había usado. La ignorancia no era una excusa. Su afirmación de futilidad ya no le ponía a cubierto.

Se incorporó lentamente, dolorido. Aunque apenas podía ver adonde iba, empezó a subir la ladera. El esfuerzo le produjo un dolor de cabeza insoportable, como si astillas de hueso se le clavaran en el cerebro, y el corazón le latía descompasadamente. Una voz silenciosa le gritaba: ¡No!, ¡no!, ¡no!, pero él la ignoró. Con su media mano intentó quitarse el anillo. La alianza parecía resistirse, los dedos se deslizaban sobre su superficie, pero cuando llegó al lado de Troy pudo finalmente quitársela del dedo. Con voz húmeda, como si tuviera la boca llena de sangre, le dijo:

—Toma. Sálvala.

Puso el anillo en manos de Troy.

El contacto del anillo vibrante exaltó a Troy. Apretándolo en su puño, se volvió y echó a correr colina arriba. Aguzó los oídos, localizó la dirección de Rocahendida y se colocó de manera que quedaba frente al lugar de la batalla. Como un titán, alzó el puño al cielo. La energía surgió del oro blanco como si respondiera a la pasión de quien lo sujetaba.

—¡Elena! —exclamó Troy—. ¡Elena!

Entonces el alto cantor canoso llegó a su lado. La música adoptó una lúgubre cadencia que pareció extenderse como una niebla sobre la colina, inmovilizándolo todo. Los presentes se quedaron quietos, perdida la facultad del movimiento.

En medio de aquella inmovilidad, Caerroil Bosqueagreste alzó su nudoso cetro.

—No —dijo—, no puedo permitir esto. Es una ruptura de la Ley. Y olvidas el precio que se me debe. Quizá cuando hayas adquirido un adecuado dominio sobre la magia indomeñable, la usarás para rescatar el precio.

Tocó con su centro el puño levantado de Troy y el anillo cayó al suelo. Al caer, todo el calor y el impulso de su poder se desvaneció. Cuando tocó la tierra sin vida parecía mero metal. Rodó lentamente, siguiendo la dirección de la música, y se detuvo cerca de los pies de Covenant.

—No lo permitiré —siguió diciendo el cantor—. La promesa es irrevocable. En los nombres del Árbol Único y el Bosque Único, en nombre de la Espesura que no

olvida, reclamo el precio de mi ayuda. —Con un gesto solemne que era como el sonido de cuernos distantes, tocó con su cetro la cabeza de Troy—. Tú, el que no tiene ojos, has prometido pagar. Reclamo tu vida.

El Amo Mhoram quiso protestar, pero la inmovilidad a que le había sometido el cantor se lo impidió. No pudo hacer nada, sino contemplar el cambio que empezaba a producirse en Troy.

—Te reclamo para que seas mi discípulo —tarareó el cantor—. Serás Caer-Caveral, mi ayuda y mi sostén. De mí aprenderás lo que sabe un Forestal, conocerás las raíces y las ramas, las semillas y la savia, las hojas y todo lo demás. Juntos caminaremos por la Espesura, y yo te enseñaré las canciones de los árboles, los nombres de los viejos, valientes y despiertos troncos, la antigua cultura del bosque. Mientras existan árboles, les cuidaremos juntos, nos alegraremos con cada nuevo brote y llevaremos a cabo la venganza del bosque contra toda odiosa intrusión humana. Olvida a tu necia amiga. No puedes socorrerla. ¡Caer-Caveral, sé mi servidor!

La canción modeló la forma de Troy. Lentamente, sus piernas se juntaron. De sus pies empezaron a salir raíces que penetraron en el suelo. Sus ropas se transformaron en espeso musgo oscuro. Se convirtió en un viejo tocón con una última rama alzada al cielo. De su puño surgieron lentamente hojas verdes.

El cantor concluyó en voz baja:

—Juntos restauraremos la vida en el Nido de Horcas.

Entonces se volvió hacia los Amos y Covenant. Aumentó el brillo plateado de sus ojos, disminuyendo incluso el fulgor del *orcrest*, y cantó con un tono que transmitía una frescura de rocío:

El hacha y el fuego me dieron muerte.

Conozco el odio de las manos que se vuelven audaces.

Partir para salvar la savia roja de vuestro corazón:

Mi odio desconoce el descanso y el bienestar.

Mientras las palabras danzaban a su alrededor, el Forestal pareció desaparecer en una niebla de música, como si se hubiera envuelto en ella, desvaneciéndose. Pero el aviso que entrañaba su melodía permaneció en el aire, como un eco, repitiendo su orden una y otra vez hasta que fuera imposible olvidarla.

Gradualmente, como figuras que salieron rígidas de un sueño, los presentes en la colina empezaron a moverse de nuevo. Quaan y Amorine corrieron hacia el tocón envuelto en musgo. Una intensa aflicción ensombrecía sus rostros. Pero habían soportado demasiado, habían luchado duramente y ya no les quedaban fuerzas suficientes para horrorizarse o protestar. Amorine miraba fijamente el árbol como si no pudiera comprender lo que había sucedido, y las lágrimas brillaban en los ojos del

viejo Quaán.

—¡Salve, Signo General! —exclamó. Pero su voz sonó débil y sombría en el Nido de Horcas, y no dijo nada más.

Detrás de ellos, el Amo Mhoram se encorvaba como si le abrumara una carga insoportable. Le temblaban las manos mientras alzaba su bastón en silenciosa despedida. El Amo Callindrill se unió a él, y ambos permanecieron juntos, como si se prestaran mutuo apoyo.

Covenant se arrodilló lentamente para recoger su anillo. Lo tomó como un acólito que inclina su frente hasta tocar el suelo, y cuando lo tuvo en su mano, se lo colocó en el dedo anular. Entonces, con ambas manos, trató de limpiarse la sangre que le cubría los ojos. Pero mientras lo intentaba, un estallido en Rocahendida estremeció el aire. La montaña gimió como si hubiera sido herida de muerte. La fuerza expansiva hizo caer a Covenant de bruces. La oscuridad cubrió su visión, como si fluyera hacia él desde el yermo Nido. Y tras la oscuridad escuchó el atronador aullido, como el triunfo de los espíritus malignos.

Un largo temblor recorrió la Espesura, y tras él se produjo un rumor crepitante, como si empezara a derrumbarse la pétreo masa de Rocahendida. Oyó a la gente moverse, oyó voces que iban y venían, pero no podía distinguirlos con claridad. El tumulto engañaba sus oídos, un grito multitudinario de júbilo diluviaba sobre él. El sonido se fue acercando, se fue haciendo más y más inmediato hasta que abrumó sus tímpanos y pasó más allá del límite de la percepción física, gritando directamente en su cerebro.

Después, unas voces oscuras se dirigieron a él, lograron penetrar de algún modo hasta su mente atormentada por aquel ruido insoportable.

—Rocahendida estalla —dijo Bannor—. Habrá una gran inundación.

—Algún bien producirá —replicó el Amo Callindrill—. Servirá para limpiar las madrigueras de los Entes bajo el Monte Trueno.

—Mirad... —terció el Amo Mhoram—. El Incrédulo parte. El Ama Superior ha sucumbido.

Pero estas cosas quedaron pronto atrás. Covenant no pudo seguir oyendo. La negra tierra del Nido de Horcas apareció ante su rostro como una encarnación de la noche. Y a su alrededor, circundándola, consumiendo tanto a la tierra como a él, el terrible grito seguía ascendiendo, llenando su cráneo, su pecho, sus miembros, como si convirtiera sus mismos huesos en polvo. El aullido le venció, y respondió con un grito que no produjo ningún sonido.

XXVII

LEPROSO



El aullido se incrementó, se hizo más atronador a medida que se volvía más imperioso y dañino. Covenant podía sentir que rompía las barreras de su comprensión, alterando el terreno de su existencia. Finalmente, pareció quebrarse contra él. Le pareció caer desde una gran altura, rompiendo la desalmada superficie de aquel ruido. La fuerza del impacto le estremeció. Cuando quedó tendido de nuevo, inmóvil, notó algo duro que presionaba contra su rostro y su pecho.

Gradualmente, se dio cuenta de que la superficie estaba húmeda, viscosa. Olía a sangre coagulada.

Aquella percepción le llevó al otro lado de una frontera. Descubrió que podía distinguir entre el terrible grito externo y el intenso dolor dentro de su cabeza. Haciendo un penoso esfuerzo, movió una mano para quitarse la sangre coagulada de los ojos. Entonces, solapadamente, los abrió.

Le pareció ver como a través de unas gafas sucias, pero al cabo de un rato comenzó a reconocer dónde estaba. Brillaba una inclemente luz amarilla. Las patas del sofá estaban a pocos pasos, al otro lado de la gruesa y protectora alfombra. Covenant estaba tendido en el suelo, al lado de la mesita, como si se hubiera caído de un catafalco. Con la mano izquierda se quitó algo pegado a su oreja, algo que chillaba brutalmente.

Cuando levantó la mano, descubrió que sujetaba el receptor del teléfono. De allí procedía el ruido, el gemido penetrante de un teléfono descolgado. El resto del aparato yacía en el suelo, fuera de su alcance.

Pasó un largo momento antes de que se recuperase lo suficiente para preguntarse cuánto tiempo haría que Joan había colgado.

Gimiendo, se volvió de lado y miró el reloj de la pared. No pudo distinguir las cifras, pues su visión era aún demasiado borrosa, pero pudo ver a través de la ventana, las primeras luces de un alba grisácea. Había permanecido inconsciente la mitad de la noche.

Se puso en pie, pero tuvo que sentarse de nuevo en el suelo, para acallar el dolor que perforaba su cabeza. Temió perder el conocimiento de nuevo. Pero al cabo de un rato el ruido remitió, se redujo al sonido normal de un teléfono. Pudo ponerse de rodillas.

Se quedó allí, mirando a su alrededor. Vio el orden riguroso de su sala de estar, la foto de Joan y la taza de café exactamente en el mismo lugar en que las había dejado.

El choque de su cabeza con el borde de la mesa ni siquiera había derramado el café.

La familiaridad del lugar no le consoló. Cuando intentó concentrarse en la premeditada limpieza de la estancia, su mirada siguió deslizándose hacia la sangre, seca, casi negra, que formaba una costra en la alfombra. Aquella mancha violaba su seguridad como si fuera un chancro. Para alejarse de ella, hizo un esfuerzo y se puso en pie.

La habitación parecía dar vueltas, como si estuviera atrapada en un torbellino, pero Covenant se sujetó en el brazo acolchado del sofá, y al cabo de un momento recobró la mayor parte de su equilibrio. Cuidadosamente, como si temiera molestar a un demonio, colocó de nuevo el receptor en su sitio y suspiró profundamente cuando quedó interrumpido el ruido agudo. El eco siguió sonando en su oído izquierdo, alterando su equilibrio, pero lo ignoró lo mejor que pudo. Empezó a moverse por la casa como un ciego, abriéndose paso de un apoyo en otro, del sofá, al dintel de la puerta y de éste al mostrador de la cocina. Entonces tuvo que dar varios pasos vacilantes hasta llegar al baño, pero logró cubrir la distancia sin caerse.

Se apoyó en el lavabo y descansó de nuevo.

Cuando recobró el aliento, abrió el grifo y se lavó las manos, el primer paso en su rito de limpieza, una parte vital de su defensa contra la recaída. Durante algún tiempo se frotó las manos sin alzar la cabeza. Luego se miró al espejo.

La visión de su rostro le inmovilizó. Reconoció en aquella imagen el rostro que Elena había esculpido. No había puesto una herida en la frente de su talla, pero aquel corte no hacía más que completar la imagen que ella se había formado de él. Pudo ver un brillo óseo a través de las manchas de sangre negruzca que ensombrecían su frente y sus mejillas, que se extendían alrededor de sus ojos, resaltándolos, revelando en ellos terribles propósitos. La herida y la sangre de su rostro demacrado y pálido le daban el aspecto de un falso profeta, un traidor a sus mejores sueños.

—¡Elena! —gritó en voz apagada—. ¿Qué he hecho?

Incapaz de soportar la visión de sí mismo, se volvió y miró a su alrededor. Bajo la luz fluorescente, la loza de la bañera y el metal cromado de sus peligrosas juntas brillaban como si el llanto no tuviera nada que ver con ellas. Su superficie lisa parecía insistir en que aquella aflicción, aquella sensación de pérdida eran irreales, irrelevantes.

Miró al baño durante largo tiempo, contemplando su vacía blancura. Luego, cojeando, salió del cuarto. Se había dejado a propósito la frente tal como estaba, sin limpiarla. No quiso repudiar la acusación que estaba escrita allí.

GLOSARIO

Acence: pedrariana, hermana de Atiaran.

Aflicción, La: *Coercri*, ciudad de los Gigantes.

Ahanna: pintora, hija de Hanna.

Ala de Guerra: el ejército de las Defensas de los Amos.

Ala Primera de la Ciencia de Kevin: conocimiento principal legado por el Amo Superior Kevin.

Alegre: un ganatecho de los hombres de Ra.

alianta: bayas-tesoro.

amanibhavam: hierba curativa para los caballos y venenosa para los hombres.

Amatin: un Ama, hija de Matin.

Amigo de la Tierra: título concedido por primera vez a Berek Mediamano.

Amo: maestro de la Espada y el Bastón, partes de la Ciencia de Kevin.

Amo Fundador: Berek Mediamano.

Amo Execrable: el Enemigo del Reino.

Amo Superior: dirigente del Consejo de los Amos.

Amok: guía misterioso y servidor de la antigua Ciencia.

Amorine: Primer Puño, posteriormente Dagomán.

Anciano de Grado Espada: el primer Guardián de la Ciencia de la Espada en la Raat.

Antiguos Amos: Amos anteriores al Ritual de la Profanación.

anundivian yajña: arte perdido de los hombres de Ra, escultura en hueso.

Árbol Único, el: árbol místico con cuya madera se hizo el Bastón de la Ley.

Asesino Gris: nombre que se da en las Llanuras al Amo Execrable.

Atiaran de Trell: pedrariana, madre de Lena.

Asuraka: anciano con Grado de Bastón en la Raat.

aussat Befylam: forma infantil de jheherrin.

Bañas Nimoran: la Celebración de Primavera.

Bann: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Trevor.

Bannor: un Guardián de Sangre, asignado a Covenant.

Baradakas: un Estigmatizado de la Fustaria Alta.

Barón del Anillo: nombre que los hombres de Ra dan a Thomas Covenant.

Barón del Colmillo, el Arrebatador: nombre que los hombres de Ra dan al Amo Execrable.

Bastón, el: una rama de la Ciencia de Kevin, a distinguir de otros bastones.

Bastón de la Ley, el: formado por Berek con madera del Árbol Único.

Bayas-tesoro: fruto nutritivo que se encuentra por doquier en el Reino.

Berek Mediamano: Corazón Fuerte, fundador del linaje de los Amos, primero de los Antiguos Amos.

Bhratair: pueblo al que se enfrentaron los Gigantes errantes.

Birinair: un Estigmatizado, Guardahogar de las Defensas de los Amos.

Borillar: un Estigmatizado y Guardahogar de las Defensas de los Amos.

Bosque Único, el: antiguo bosque que cubría la mayor parte del Reino.

Brabha: un Ranyhyn, montura de Korik.

caamora: ordalía de aflicción mediante el fuego a la que se entregan los Gigantes.

Caer-Caverall: aprendiz de Forestal en el bosque de musgo de Morin.

Caerroil Bosqueagreste: Forestal de la Espesura Acogotante.

Callindrill de Faer: un Amo.

Cámara fustacordial: lugar de reunión en una fustaria.

Celebración de Primavera: danza de los Espectros de Andelain a la luz de la luna en las medianoches de primavera.

Cercado, el: Cámara del Consejo en las Defensas de los Amos.

Cerrin: un Guardián de Sangre, asignado al Ama Shetra.

Ciencia de Kevin: conocimiento de la fuerza dejado por Kevin en las Siete Alas.

Ciencia de la Guerra: conocimiento de la Espada en la Ciencia de Kevin.

Círculo de ancianos: dirigentes de la pedraria.

clingor: cuero adhesivo.

Coloso, el: antigua figura de piedra que protege la Tierra Superior.

Corazón de Satán: nombre que dan los Gigantes al Amo Execrable.

Corazón del Trueno: cueva de la fuerza en el Monte Trueno.

Corazón Fuerte: Berek Mediamano.

Corazón Salado Vasallodelmar: un Gigante amigo de Covenant.

Cordón: segundo rango de los hombres de Ra.

Cordonación: ceremonia de nombramiento del Cordón.

Corimini: el más anciano de la Raat.

Corrupción: nombre que da la Escolta de Sangre al Amo Execrable.

Creador, el: legendario Amo del Tiempo y Señor de la Tierra, enemigo del Amo Execrable.

Crowl: un Guardián de Sangre.

Cumbre de los Leones de Fuego: el Monte Trueno.

Curador: médico.

Dagomán: segundo grado en el mando del Ala de Guerra.

Damelon Giganteamigo: hijo de Berek Mediamano, antiguo Amo Superior.

Danza de los Espectros: Celebración de Primavera.

Defensas de los Amos: Piedra Deleitosa.

Delirantes: tres antiguos sirvientes del Amo Execrable.

Demondim: vástagos de ur-viles y Waynhim.

Descuartizador: un Gigante-Delirante, Jehannum, *moksha*.

Desolación, la: era de ruina en el Reino, tras el Ritual de la Profanación.

Despreciativo, el: el Amo Execrable.

Desprecio, el: Poder del mal.

dharmakshetra: «desafiar al enemigo», nombre Waynhim.

Doar: un Guardián de Sangre.

Drinishok: Anciano con grado de Espada en la Raat.

Drinny: un Ranyhyn, montura del Amo Mhoram, potro de Hynaril.

dukkha: «víctima», nombre Waynhim.

Duna Flancobello: potro salvaje, montura de Covenant.

Elena: Ama Superior durante el primer ataque del Amo Execrable. Hija de Lena.

Elohim: pueblo al que se enfrentaron los Gigantes errantes.

Energía de la Tierra: la fuente de todo poder en el Reino.

Entes de la Cueva: criaturas malignas que viven bajo el monte Trueno.

Eoala: veinte Eomanes más un Puño General.

Eoman: veinte guerreros más un Puño de Guerra.

Escolta de Sangre: defensores de los Amos.

Espada, la: una rama de la Ciencia de Kevin.

Espectros de Andelain: criaturas que se entregan a la danza en la Celebración de Primavera.

Estigmatizado: maestro de la Ciencia de la Madera.

Fael Befylam: forma de serpiente del jheherrin.

Faer: compañera del Amo Callindrill.

Forestal: protector de los restos del Bosque Único.

Fuego de los Amos: bastón de fuego usado por los Amos.

Fuego de los Saltos: fuego de aviso en Piedra Deleitosa.

Fustaria: pueblo-árbol.

Fustariano: habitante de una fustaria.

Fustigador: primer rango de los hombres de Ra.

Ganatecho: grado inferior de los hombres de Ra.

Garth: Signo General del Ala de Guerra.

Giganteclave: conferencia de los Gigantes.

Gigantes: los Sinhogar, antiguos amigos de los Amos.

Goral Krembal: muerte de Hotash.

Gorgonas de Arena: monstruos descritos por los Gigantes.

Gracia: cordón de los hombres de Ra.

Gravanel: piedras de fuego a las que hace fulgurar la Ciencia de la Piedra.

Gravanélico: maestro de la Ciencia de la Piedra.

Gravin Threndor: el Monte Trueno.

grifo: bestia parecida a un león alado.

Guardián de Sangre: miembro de la Escolta de Sangre.

Hacedor, el: nombre *jheherrin* del Amo Execrable.

Haruchai: pueblo del que proceden los miembros de la Escolta de Sangre.

Heredero: dirigente de una fustaria.

Herem: un Delirante.

Hermano, hermana piedra: expresiones de afecto entre hombres y Gigantes.

Hile Troy: Signo General del Ala de Guerra del Ama Superior Elena.

Hoerkin: un Puño de Guerra.

Hogar: tierra natal de los Gigantes.

Hombres de Ra: pueblo que sirve a los Ranyhyn.

Howor: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Loerya.

Hurn: un cordón de los hombres de Ra.

Huryn: un Ranyhyn, montura de Terrel.

Hynaril: un Ranyhyn, montura de Tamarantha y Mhoram.

Hyrim: un Amo, hijo de Hoole.

Illearth: «piedra de la mala tierra». Piedra hallada bajo el Monte Trueno, fuente de poder maligno.

Imoiran de Tomal: un pedrariano.

Incrédulo, el: Thomas Covenant.

Indagación, la: búsqueda para rescatar el Bastón de la Ley.

Inquina: Fuerza del Mal.

Irin: guerrero del tercer Eoman del Ala de Guerra.

Jain: un Fustigador de los hombres de Ra.

Jehannum: un Delirante.

jheherrin: subproductos vivos y blandos de la maldad del Execrable.

Juramento de Paz: juramento de los pueblos del Reino contra la violencia innecesaria.

Kam: un Fustigador de los hombres de Ra.

Kelenbhrabanal: Padre de los Caballos en las leyendas de los Ranyhyn.

Kevin Pierdетиerra: hijo de Loric Acallaviles, último Amo Superior de los Antiguos Amos.

Kiril Threndor: Corazón del Trueno.

Korik: miembro de la Escolta de Sangre.

kresh: lobos salvajes, gigantes y amarillentos.

krill: espada encantada de Loric, un misterio para los Nuevos Amos, cuyo poder despierta Thomas Covenant.

Kurash Plenethor: región llamada antiguamente Piedra Herida y hoy denominada Fidelity.

Kurash Qwellinir: las Colinas Quebrantadas.

Lal: un Cordón de los hombres de Ra.

Lena: pedrariana, hija de Atiaran.

Leones de Fuego: fuego que brota del Monte Trueno.

Ley de la muerte: la separación de los vivos y los muertos.

lillianrill: ciencia de la madera, o maestros de la ciencia de la madera.

Lithe: un Fustigador de los hombres de Ra.

Loerya de Trevor: un Ama.

Lombrizderoca Babeante: Ente de la Cueva, descubridor del Bastón de la Ley.

lomillialor: Madera Superior.

lor-liarill: madera de oropelino.

Loric Acallaviles: un Amo Superior, hijo de Loric Acallaviles.

Llaura: heredera de Fustaria Alta.

Madera Superior: vástago del Árbol Único.

Madrigueras de los Entes: hogares de los Entes de la cueva bajo el Monte Trueno.

Maestro de la Ciencia: dirigente de los ur-viles.

Malliner: heredero de Fustaria Alta, hijo de Veinnin.

Mane: un Ranyhyn.

Mansión: zona principal de residencia de los hombres de Ra.

Mar Brillante: lago en la meseta situada más arriba de Piedra Deleitosa.

Marga antilesiones: barro con propiedades curativas.

Marny: montura de Tuvor.

Mataclanes: un Gigante-Delirante, Herem, *turiya*.

Mehryl: un Ranyhyn, montura de Hile Troy.

Melenkurion abatha: frase de invocación o poder.

Mhoram: Amo, hijo de Variol.

Miembrosdespato Colocaquillas: un Gigante, padre de trillizos.

moksha: un Delirante, Jehannum, Descuartizador.

Morada del Hacedor: Guarida del Execrable.

Morin: Primer Signo de la Escolta de Sangre, antiguo jefe del ejército *Haruchai*.

Morril: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Callindrill.

Murrin de Odon: un pedrario.

Musculoso: un Cordón de los hombres de Ra.

Myrha: un Ranyhyn, montura de Elena.

Nido de Horcas: lugar de ejecución en la Espesura Acogotante.

Ominosa: fuerza repelente, muralla de energía.

Omournil: heredera fustariana, hija de Mournil.

orcrest: una piedra de fuerza.

Oropelino: árbol parecido al arce con hojas doradas.

Osondrea: Ama, hija de Sondrea.

Ostela: escultura en hueso.

Padrias: heredero fustariano, hijo de Mili.

Palabra de Aviso: una poderosa y destructiva prohibición.

Pedraria: pueblo de piedra.

Pedrariano: habitante de una pedraria.

Pelotrenzado Tiradetodo: giganta, esposa de Miembrosdespato Colocaquillas, madre de trillizos.

Piedra Herida: ahora denominada Fidelia.

Piedra de la Mala Tierra: Piedra Illearth, fuente de poder maligno hallada bajo el Monte Trueno.

Piedras de fuego: gravanel.

Piedra Deleitosa: Defensas o lugar donde residen los Amos, ciudad de los Amos en la montaña.

Pietten: niño fustariano, hijo de Soranal.

Poder de Mando: Séptima Ala de la Ciencia de Kevin.

Porib: un Guardián de Sangre.

Pren: un Guardián de Sangre.

Primer Guerrero: comandante del Ala de Guerra.

Primer Puño: tercero en el mando del Ala de Guerra.

Primer Signo: comandante de la Escolta de Sangre.

Prothall: hijo de Dwillian.

Prueba de Verdad: prueba de veracidad mediante el *lomillialor* o el *orcrest*.

Puente Vedado: entrada a las catacumbas bajo el Monte Trueno.

Puño de Guerra: comandante de un Eoman.

Puño de Satán: un Gigante-Delirante, Sheol, *samadhi*.

Puño General: comandante de una Eoala.

Quaan: Puño de Guerra del tercer Eoman del Ala de Guerra.

Quirrel: un predariano, compañero de Tricok.

Raat: escuela de Fidelia donde se estudia la Ciencia de Kevin.

Ranyhyn: caballos grandes y libres de las Llanuras de Ra.

Recinto Sagrado: Sala de Vísperas en Piedra Deleitosa.

Redimidos: estudiantes de la Ciencia, liberados de las responsabilidades convencionales.

Reino, el: generalmente, área que se encuentra en el mapa.

Resguardo: lugar de descanso para los viajeros.

rhadhamaerl: Ciencia de la Piedra, o maestros de la Ciencia de la Piedra.

Ridjeck Thome: Guarida del Execrable.

rillinlure: polvo de madera curativa.

Ritos de Redención: ceremonia en la que se otorga la redención.

Ritual de Profanación: acto de desesperación con el que el Amo Superior Kevin destruyó a los Antiguos Amos y arruinó la mayor parte del Reino.

roge-Befylam: forma Ente de la cueva de los *jheherrin*.

Rompealmas: nombre que los Gigantes dan al Amo Execrable.

Rue: una Fustigadora, llamada anteriormente Alegre.

Ruel: un Guardián de Sangre, asignado a Hile Troy.

Runnik: un Guardián de Sangre.

Rustah: un Cordón de los hombres de Ra.

Saltos Aferrados: catarata en Piedra Deleitosa.

samadhi: un Delirante, Sheol, Puño de Satán.

Sheol: un Delirante, Puño de Satán, *samadhi*.

Shetra de Verement: un Ama.

Shull: un Guardián de Sangre.

Siete Alas: conjunto de conocimientos dejados por el Amo Superior Kevin.

Siete Palabras: palabras de fuerza.

Signo General: jefe del Ala de Guerra.

Sill: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Hyrim.

Sinhogar, los: los Gigantes.

Sien de Terass: un pedrario.

Soranal: heredero fustariano, hijo de Thiller.

suru-pa-maerl: arte de la piedra.

Taller de la Ciencia: laboratorio de la energía de los Demondim.

Tamarantha de Variol: Ama, hija de Enesta.

Terass de Sien: pedrariana, hija de Annoria.

Terrel: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Mhoram, antiguo jefe del ejército *Haruchai*.

Thew: un Cordón de los hombres de Ra.

Thomin: un Guardián de Sangre, asignado al Amo Verement.

Tierra Inferior: tierra al este del Declive del Reino.

Tohrm: gravanólico y Guardahogar de las Defensas de los Amos.

Tomal: pedrariano experto en el arte de la piedra.

Tragavidas: el Gran Pantano.

Trell de Atiaran: gravanólico de la Pedraria Mithil.

Trevor de Leorya: un Amo.

Triock: pedrariano, hijo de Thuler.

Tull: un Guardián de Sangre.

turiya: un Delirante, Herem, Mataclanes.

Tuvor: Primer Signo de la Escolta de Sangre, antiguo jefe del Ejército *Haruchai*.

ur-Amo: título otorgado a Thomas Covenant.

ur-viles: vástagos de los Demondim, criaturas malignas.

Vailant: antiguo Amo Superior.

Vale: un Guardián de Sangre.

Valle de los Dos Ríos: lugar de Madera Deleitosa.

Variol Vistaclara de Tamarantha: un Amo, más tarde Amo Superior, hijo de Pentil, padre de Mhoram.

Verement de Shetra: un Amo.

viancome: lugar de reunión de Madera Deleitosa.

Veta oropelina: madera de fuerza que se obtiene de los árboles oropelinos.

Vedado, el: muralla de poder.

«**Victoria del Amo Mhoram, La**»: una pintura de Ahanna.

Viles: progenitores de los Demondim.

Vino vigorizante: licor suave y refrescante.

Voto, el: juramento *Haruchai* con el que se constituyó la Escolta de Sangre.

Waynhim: asistentes de los resguardos, contrarios a los ur-viles, aunque son vástagos de los Demondim.

Whane: un Cordón de los hombres de Ra.

Yeurquin: pedrariano, compañero de Triock.

Yolenid: hija de Loerya.